

# Las actividades de mantenimiento en Creta durante la Edad del Bronce

La influencia de la elaboración textil y la preparación de alimentos en el sistema sexo-género minoico

Sandra Lozano Rubio

---

TESIS DOCTORAL UPF / 2014

DIRECTORAS DE LA TESIS

Dra. Sandra Montón Subías

Dra. M<sup>a</sup> Ángeles Querol Fernández (Departamento de Prehistoria, UCM)

INSTITUT UNIVERSITARI D'HISTÒRIA JAUME VICENS I VIVES

DEPARTAMENT D'HUMANITATS





A mi madre,



«— ¿Qué significa *domesticar*? —volvió a preguntar el principito.

— ¡Ah!.. Es una cosa muy olvidada —respondió el zorro-. Significa crear vínculos.»

Antoine de Saint-Exupéry



## AGRADECIMIENTOS

No habría sido capaz de llevar a término este trabajo de no haber tenido el apoyo de muchísimas personas. He de agradecer, en primer lugar, a mis directoras de tesis, Sandra Montón Subías y M<sup>a</sup> Ángeles Querol Fernández, por la confianza que depositan en mí y el cariño que las dos me profesan; por ponérmelo siempre fácil y tener tanta paciencia con mis muchos defectos. También a Almudena Hernando, por su absoluta disponibilidad para echar un cable siempre que hace falta. Las tres son, para mí, el ejemplo palpable de que ser auténticamente feminista en el seno de la academia no se limita a la reflexión teórica, se lleva a la práctica día a día, poniendo en las relaciones profesionales todo el cuidado y el afecto del que son capaces.

Agradezco enormemente el apoyo de mis compañeros/as de OrJIA, con quienes disfruté tantísimo; mis gracias especiales a Lucía Moragón, Núria Gallego, David González, Beatriz Marín y Manuel Sánchez-Elipe por el cariño y la amistad que me brindan. También querría expresar mi gratitud a mis compañeros/as del Laboratorio de Arqueología de la UPF: Barbara Mura, Mohamed El Mhassani, Giovanni Piredda, Pau Sureda, Apen Ruiz, Laura Trelliso e Isabel Muntalt, por alegrar y acompañar mis días de trabajo en Barcelona. Mis más sinceras gracias a Jan Driessen, Charlotte Langhor y Quentin Letesson, por ser el equipo más estimulante y generoso con el que he trabajado. Gracias a Jaime Almansa, por el apoyo técnico a horas intempestivas, su buen hacer y su paciencia.

En lo más íntimo y personal, he de reservar un agradecimiento inmenso a Damien Tavan, porque su amor es el combustible que me permite enfrentarme a cualquier dificultad. Y, finalmente, mi agradecimiento más profundo a mi familia, en especial, a mi madre, Paqui Rubio, mi fuente inagotable de comprensión, fortaleza y alegría.





## RESUMEN

Partiendo de los principios epistemológicos de las *teorías del punto de vista* y del concepto de actividades de mantenimiento, la presente tesis doctoral analiza las características espaciales, materiales y simbólicas del trabajo textil y de cocina en Creta durante los periodos Pre-, Proto- y Neopalacial (*ca.* 3100-1425 ANE). Teniendo en cuenta la importancia que históricamente han tenido estos trabajos en la estructura que regula las relaciones entre hombres y mujeres, la tesis aportará información sustancial acerca de la configuración del sistema sexo-género minoico.

## ABSTRACT

Drawing on the epistemic principles of standpoint theories and the concept of maintenance activities, this doctoral thesis examines the spatial, material and symbolic features of textile production and cooking in Crete during the Pre-, Proto- and Neo-palatial (*ca.* 3100-1425 ANE). Considering the main role that, historically, these activities have played in the structure that governs gender relations, this thesis will shed light on the minoan sex-gender system.



## PRÓLOGO

Entre los varios motivos que me llevaron a centrar mi investigación en una isla lejana del Mediterráneo hay uno que ejerció más influencia que los demás: mi deseo de establecer vínculos con otros mundos alejados del mío. En estos años de trabajo, los viajes han constituido el mejor de los alicientes, siempre con la tesis doctoral embutida en la maleta. A pesar de las dificultades, los vínculos personales y profesionales que me ha proporcionado esta experiencia compensan con creces todos los esfuerzos.

La tesis doctoral ha sido elaborada gracias al apoyo del Ministerio de Educación y Ciencia que financió mi trabajo a través del programa de Formación del Profesorado Universitario (FPU). La investigación se ha desarrollado en dos sedes diferentes: el Departamento de Prehistoria de la Universidad Complutense de Madrid y el Institut Universitari d'Història Jaume Vicens i Vives de la Universitat Pompeu Fabra. Además, he disfrutado de varias estancias de investigación en centros internacionales: University of California at Berkeley (EE. UU.), British School of Archaeology at Athens (Grecia), Université Catholique de Louvain (Bélgica) y École Française d'Athènes (Grecia). Asimismo, el trabajo se ha visto beneficiado por la colaboración, desde el año 2011, con el equipo de investigadores/as dirigido por el prof. Jan Driessen (Université Calotholique de Louvain, Bélgica), con quienes he participado en distintos trabajos de campo desarrollados en Creta.



# ÍNDICE

	PÁGINA
PRIMERA PARTE. INTRODUCCIÓN	1
CAPÍTULO 1. INTRODUCCIÓN	3
1.1. Marco Espacial	7
1.2. Marco Cronológico	9
CAPÍTULO 2. LUCES Y SOMBRAS EN LOS DOMINIOS DE LA DIOSA MADRE: HISTORIOGRAFÍA DE LAS RELACIONES DE GÉNERO EN LA CRETA MINOICA	13
2.1. Introducción	13
2.2. La Diosa Madre prehistórica y el matriarcado	14
2.3. Arthur Evans y la Diosa Madre minoica	17
2.4. Marija Gimbutas y el discurso del matriarcado	23
2.5. La crítica feminista	28
2.6. El agotamiento de la cuestión del reparto de poder y el inicio de la arqueología feminista en Creta	30
2.7. Conclusiones	37
SEGUNDA PARTE. TEORÍA, OBJETIVOS Y MÉTODO	39
CAPÍTULO 3. PRINCIPIOS TEÓRICOS: LAS ACTIVIDADES DE MANTENIMIENTO	41
3.1. Las actividades de mantenimiento	41
3.1.1. Origen y características del concepto	41
3.1.2. Vínculos entre las actividades de mantenimiento y la «household archaeology»	46
3.1.3. El estudio de las actividades de mantenimiento como un ejercicio de standpoint theory	50
3.1.4. Las actividades de mantenimiento y el sistema sexo-género	54

3.1.5. Los límites del estudio de las actividades de mantenimiento	60
3.2. La preparación de alimentos y la elaboración de tejidos: consideraciones generales	62
3.2.1. La cocina	63
3.2.2. La elaboración de tejidos	69
CAPÍTULO 4. EL ANÁLISIS DE LAS ACTIVIDADES DE MANTENIMIENTO EN CRETA. OBJETIVOS Y MÉTODO	73
4.1. Introducción	73
4.2. Cocinar en la Creta minoica	75
4.3. La elaboración de tejidos en la Creta minoica	77
4.4. Objetivos	79
4.5. Metodología	82
4.5.1 Selección de los casos de estudio y consideraciones preliminares	82
4.5.2. Identificación de la práctica de cocina y la elaboración textil en el registro arqueológico	84
4.5.3. Análisis Espacial	89
4.5.4 Análisis Material	90
4.5.5 Análisis Simbólico	94
<hr/>	
TERCERA PARTE. ANÁLISIS	95
<hr/>	
CAPÍTULO 5. MYRTOS FOURNOU KORIFI: ACTIVIDADES DE MANTENIMIENTO EN EL PREPALACIAL	97
5.1. Introducción	97
5.2. El Prepalacial	98
5.3. Myrtos Fournou Korifi	105
5.3.1. Modelos explicativos del poblado de Myrtos	109
5.3.2. Las unidades residenciales del poblado	114
5.3.3. La unidad social que habitó Myrtos	118

5.4. Actividades de Mantenimiento en Myrtos : la cocina y la producción textil	120
5.4.1. Las cocinas de Myrtos	121
5.4.2. Análisis espacial de las cocinas	132
5.4.3. Análisis material de las cocinas	136
5.4.4. Análisis espacial y material de la elaboración textil	151
5.4.5. Conexiones con el mundo simbólico de las actividades de mantenimiento	156
5.5. Ejemplos auxiliares del Prepalacial	160
5.6. Conclusiones	166
CHAPTER 6.	
QUARTIER MU: MAINTENANCE ACTIVITIES IN THE PROTOPALATIAL	171
6.1. Introduction	171
6.2. The Protopalatial Period	172
6.2.1. Role and nature of court buildings	173
6.2.2. The origin of writing	175
6.2.3. The pottery wheel	178
6.3. Quartier Mu: A Significant Polity	180
6.4. Maintenance Activities in Quartier Mu	187
6.4.1. Spatial dimension of cooking	188
6.4.2. Material dimension of cooking	196
6.4.3. Spatial and material dimension of textile production	213
6.4.4. Ritual dimension of cooking	219
6.5. Maintenance activities in other Protopalatial sites	224
6.6. Conclusions	230
CAPÍTULO 7.	
EL BARRIO DE LOS ARTESANOS (MOCHLOS)	233
7.1. Introducción	233
7.2. El Neopalacial	234
7.3. El Barrio de la Artesanía (Artisans' Quarter) en Mochlos	245

7.3.1. La actividad artesanal	251
7.4. Las Actividades de Mantenimiento	256
7.4.1. Análisis espacial de las cocinas	262
7.4.2. Análisis material de la actividad de cocina	267
7.4.3. Análisis espacial y material de la producción textil	279
7.4.4. Conexiones de las actividades de mantenimiento con el mundo simbólico	283
7.5. Ejemplos auxiliares	285
7.6. Conclusión	294
<hr/>	
CUARTA PARTE. CONCLUSIONES	299
<hr/>	
CAPÍTULO 8. CONCLUSIONES	301
CHAPTER 9. ENGLISH SUMMARY	311
<hr/>	
BIBLIOGRAFÍA	315
<hr/>	



## ÍNDICE DE FIGURAS

FIGURA	PÁGINA
Fig. 1a. Situación de Creta en el Mediterráneo Oriental.	8
Fig. 1b. Mapa geográfico de Creta con las divisiones conceptuales mencionadas.	8
Fig. 2. Figurillas femeninas halladas en los repositorios del templo de Knossos tal y como están expuestas en el Museo de Iraklio. Foto de la autora.	19
Fig. 3. Impresión de uno de los sellos hallados en Knossos (imagen extraída del archivo online del Corpus of Minoan and Mycenaean Seals, referencia CMS VI 281 1).	19
Fig. 4. Reproducción del panel central del fresco conocido como El salto del toro (según Evans et al 1967).	22
Fig. 5. Impresión del sello conocido como Master's Impression. (imagen extraída del archivo online del Corpus of Minoan and Mycenaean Seals).	31
Fig.6. Reconstrucción del fresco conocido como El Príncipe de los Lirios (según Evans 1928: pl.XIV).	32
Fig. 7. Principales actividades de mantenimiento.	43
Fig. 8. Esquema conceptual de las partes básicas de un«household» o unidad doméstica.	47
Fig. 9. Elementos relacionados entre sí en el seno de los sistemas sexo-género patriarcales.	55
Fig. 10. Logograma en Lineal A con posible representación de un telar (reproducido a partir de Barber, 1992: 92).	78
Fig. 11. Relación entre las evidencias materiales y los procesos relacionados con la comida.	85
Fig. 12. Prácticas de consumo grupales.	87

Fig. 13. Mapa de Creta con los yacimientos prepalaciales mencionados en el texto.	98
Fig. 14. Algunas de las variedades paleográficas del signo 057 de la escritura jeroglífica cretense (según Godart y Olivier, 1996: 412).	100
Fig. 15. Mapa de la costa sur de Creta en torno a Myrtos y yacimientos del Minoico Antiguo más cercanos (según Nowicki 2010: fig. 22.1.).	106
Fig. 16. Plano de Myrtos Fournou Korifi, según Warren 1972: desplegable en pág. 10.	107
Fig. 17. Distribución de actividades en el poblado de Myrtos según Warren, 1972.	110
Fig. 18 Etapas constructivas de Myrtos propuestas por Whitelaw, 1983: 325, fig. 62.	112
Fig. 19. Sectores del poblado no habitacionales, a partir de Whitelaw 1983: fig. 63.	113
Fig. 20. Áreas de actividad identificadas por Whitelaw. Basado en Whitelaw 1983: fig. 68.	116
Fig. 21. Unidades domésticas identificadas por Whitelaw (1983) en Myrtos.	117
Fig. 22. Cocinas y posibles espacios de cocina en Myrtos, a partir de Whitelaw (1983).	121
Fig. 23. Planta de la cocina número 20 con la situación de los hallazgos más destacados (según Warren 1972: fig. 18).	124
Fig. 24. Fragmento de la maqueta diseñada por Atkinson donde vemos el interior de la cocina número 20 con los recipientes recreados en el lugar de su hallazgo (según Atkinson 2011: fig. 3.8).	125
Fig. 25. Recipientes catalogados de la cocina 57. A ellos hay que añadir dos ánforas de las que no se incluye ni fotografía ni dibujo.	128
Fig. 26. Planta de las cocinas 88 y 89 con los hallazgos in situ más destacados (según Warren 1972: fig.28).	129

Fig. 27. Fragmento de la maqueta del poblado de Myrtos. Foto de la autora.	130
Fig. 28. Recipientes cerámicos hallados en la cocina 89.	131
Fig. 29. Planta de la Casa B en Myrtos y esquema de su sintaxis espacial.	135
Fig. 30. Distribución espacial de las formas cerámicas de cocina en el poblado de Myrtos.	137
Fig. 31. Localización de algunos de los molinos de piedra hallados en Myrtos.	146
Fig. 32. Distribución de las herramientas para la elaboración textil halladas en Myrtos.	153
Fig. 33. Figurilla de cerámica bautizada como la Diosa de Myrtos, según Warren 1972: 208.	158
Fig. 34. Foto aérea de la Necrópolis de Moni Odigitria. Tomada de Myers (1992: fig. 29).	162
Fig. 35. Plano de la tumba en Myrtos Pyrgos. Según Cadogan 2011a: 42, fig. 4.2.	164
Fig. 36. Map showing the protopalatial sites mentioned in this chapter.	172
Fig. 37. Standard form of logograms for woman and man in Linear B (after Weilhartner 2012, pl. LXVI 1).	178
Fig. 38. Varieties of the Linear A logogram 100/102 (after Weilhartner 2012, pl. LXVI 10).	178
Fig. 39. Plan of Quartier Mu (after Poursat, 1996: pl. 80).	181
Fig. 40. General plan of the site of Malia showing the different proto- and neo-palatial «quartiers» and the main court building (after Van Effenterre, 1980: 18).	183
Fig. 41. Plan of Potter's workshop (after Poursat, 1996: fig. 15 and 16).	186
Fig. 42. Plan of Seal cutter's workshop (after Poursat, 1996: fig. 3 and 4).	186

Fig. 43. Distribution of storage rooms, semi-basement rooms and sets of tableware found in Quartier Mu (with id numbers of main rooms).	189
Fig. 44. Distribution of cooking pots and identification of cooking locations in Quartier Mu.	197
Fig. 45 Sample of several cooking pots from Quartier Mu. The three top rows show different types of tripod jars (note the miniature, number 349).	198
Fig. 46. Volume (in litres) of cooking jars from Quartier Mu	201
Fig. 47. Room I 12 with fixed hearth in the middle (photo by Milán Quiñones de León, 2008: 237).	203
Fig. 48. Examples of braziers from Quartier Mu. Type 2 (the five above) and 3 (the two below). After Poursat 2013: plate 6.5. Scale 1:4.	209
Fig. 49. Examples of braziers from Quartier Mu. Type 5 (the five above, scale 1:6) and 6 (the three below, scale 1:8). After Poursat 2013: plate 6.7.	210
Fig. 50. An example of portable hearth from the potter's workshop. According to Poursat (1996: plate 34).	211
Fig. 51. Main concentrations of loomweights with the number of them found in each space.	214
Fig. 52. Plan of the so-called MM II Sanctuary in Malia.	221
Fig. 53. Plan of the Upper West Shrine from Phaistos (after Muhly, 1984: 117).	224
Fig. 54. Plan of the South Houses in Malia (after Van Effenterre 1980: 157, fig. 223).	226
Fig. 55. Plan of Agia Varavara.	227
Fig. 56. Mapa de Creta con los yacimientos neopalaciales mencionados en el texto.	234

Fig. 57. Frescos hallados en Knossos. A la derecha, fragmento del conocido como «Grandstand fresco» (según la reproducción en Evans et al., 1967). A la izquierda el «Sacred Grove and Dance fresco» (expuesto en el Museo Arqueológico de Iraklio, foto de la autora).	242
Fig. 58. Fragmento de uno de los paneles del fresco «Salto del Toro», hallado en Knossos.	244
Fig. 59a. Situación del yacimiento de Mochlos. La flecha señala el empañamiento del Barrio de la Artesanía (mapa topográfico de M. Raid en Soles, 2003: figure 1).	246
Fig. 59b. Edificios del Barrio de la Artesanía (según Soles, 2003: figure 2).	247
Fig. 60. Planta de los Edificios A y B del Barrio de la Artesanía en Mochlos (según Soles, 2003: figure 4).	248
Fig. 61. Planta del Edificio A.	249
Fig. 62. Planta con las sucesivas ampliaciones del Edificio B.	250
Fig. 63. Distribución actividades en el Edificio A.	252
Fig. 64. Distribución actividades en el Edificio B.	252
Fig. 65a. Porcentaje de tazas y recipientes de cocina hallados en cada sala del Edificio A.	270
Fig. 65b. Porcentaje de tazas y recipientes de cocina hallados en cada sala del Edificio B.	270
Fig. 66. Ollas trípodes de cocina halladas en El Barrio de la Artesanía, Mochlos (según Barnard y Brogan, 2003: figure 48).	271
Fig. 67. Volúmenes interiores de tres ollas de cocina procedentes del Edificio B del Barrio de la Artesanía.	273
Fig. 68. Distribución de las pesas de telar encontradas en los Edificios A y B del Barrio de la Artesanía.	280

Fig. 69. Reconstrucción del funcionamiento del sorporte de urdimbre en la sala B2 del Barrio de la Artesanía, vista desde el sur hacia la esquina norte (dibujo de C. Dietrich y D. Faulmann en Soles, 2003: figure 39).	281
Fig. 70. Plano del poblado principal de Mochlos. Los números en el interior de algunas salas corresponden a algunas de las cocinas identificadas por Barnard y Brogan (según Barnard y Brogan, 2011: 192).	287
Fig. 71. Planta de la granja de Chalinomouri.	289
Fig.72. Planta de la Casa de la Plaza en Pseira.	290
Fig. 73. Reconstrucción de la planta baja de la Casa Norte en Kommos. La flecha muestra la sala 3 (según Shaw y Shaw: plate 2.6).	292

# ÍNDICE DE TABLAS

TABLA	PÁGINA
Tabla 1. Resumen esquemático de la cronología relativa en la Eda del Bronce en Creta (según Manning 2010: 17).	10
Tabla 2. Fechas absolutas aproximadas de la Edad del Bronce en Creta. Cronología baja según Warren y Hankey (1989: 169). Cronología alta según Manning (2010: 23).	11
Tabla 3. Tabla con los datos recogidos por Murdock y Provost (1973: 207, tabla 1).	57
Tabla 4. Tipos de estructuras de combustión en las cocinas de Myrtos.	140
Tabla 5. Número de recipientes catalogados en cada cocina por categorías funcionales generales.	142
Table 6: Evolution of wheel-thrown pottery shapes, according to Knappett (in Crewe and Knappett, 2012: 178).	179
Table 7. Number of cooking pots catalogued in Quartier Mu, by types.	199
Table 8. Description of types of cooking pots found in Mu.	206
Table 9. Comparison between restricted feasting and public commensal events in Quartier Mu (Malia).	231





**PRIMERA PARTE**

**INTRODUCCIÓN**



# CAPÍTULO 1.

## INTRODUCCIÓN

Partiendo de los principios epistemológicos de las *teorías del punto de vista* —que proponen situar la investigación en la experiencia vital femenina— y del concepto de actividades de mantenimiento —aquellas que satisfacen las necesidades humanas básicas—, la presente tesis doctoral analiza las características espaciales, materiales y simbólicas del trabajo textil y de cocina en Creta durante los periodos Pre-, Proto- y Neopalacial (*ca.* 3100-1425 ANE). A partir de unos casos de estudio representativos de cada periodo, me propongo observar qué tipo de cambios y de permanencias afectaron a estas actividades. Teniendo en cuenta la importancia que históricamente han tenido estos trabajos en la estructura que regula las relaciones entre hombres y mujeres, la tesis aportará información sustancial acerca de la configuración del sistema sexo-género minoico.

Si bien este trabajo se inscribe en la tradición arqueológica feminista, no persigue analizar el género en tanto que categoría analítica. En esta tesis doctoral, el género está presente sólo como una plataforma conceptual (ver Conkey, 2005: 19) desde la que he diseñado el marco analítico de la investigación. Esta consta de dos ejes principales, que constituyen sus pilares teóricos. Por un lado, el deseo de contribuir al estudio de aquellos valores que, por estar asociados a la identidad femenina, han sido relegados a un segundo plano en las explicaciones sobre el pasado humano. Por otro lado, la intención de arrojar algo de luz sobre los mecanismos que afectaron a la configuración desigual de las relaciones de género.

Una de las consecuencias más espinosas del sesgo androcéntrico en los discursos históricos es el énfasis recurrente en las actividades, experiencias y valores que han conformado la masculinidad normativa contemporánea. El cambio, la tecnología, la esfera pública, los conflictos, etc., constituyen los puntos principales en la agenda de los análisis históricos. Así, se transmite la idea de que la Historia es el resultado de un progreso constante por alcanzar mayores cotas de individualidad y de agencia (Hernando, 2006, 2008). De forma inadvertida, se ignora que el desarrollo histórico también fue posible gracias a los esfuerzos de las personas que trabajaron por mantener la estabilidad cotidiana, reducir el impacto de los cambios, garantizar el bienestar emocional, mantener los vínculos sociales y asegurar que

las necesidades básicas humanas estuvieran cubiertas. Al silenciar la importancia de estas esferas vitales, los discursos históricos contribuyen a la lógica patriarcal, que sitúa en un lugar subordinado a las mujeres y los papeles que tradicionalmente han desempeñado.

Revertir esta tendencia es una de las líneas que, si bien estuvo presente desde el principio en la agenda de la investigación arqueológica feminista (ver p.e. Conkey y Spector, 1984), es la que mayores resistencias ha encontrado en el camino. Probablemente, ello se deba a que exige un cambio en la cultura disciplinar, que no sólo integre a nuevos agentes (mujeres, terceros géneros, minorías subalternas, etc.) sino que englobe en su discurso los valores y las capacidades tradicionalmente sostenidos por mujeres (Montón Subías y Lozano Rubio, 2012). El análisis de las actividades de mantenimiento que desarrollo en esta tesis doctoral pretende dar unos pasos en esta dirección.

Por otro lado, el interés por examinar los mecanismos que afectaron a las relaciones desiguales entre hombre y mujeres cobra una significación especial cuando hablamos de la Creta minoica. Tal y como desarrollo en el capítulo 2, desde que Evans comenzara a desenterrar las primeras imágenes y figurillas femeninas en los albores del siglo xx, el tema del reparto de poder entre los sexos ha estado muy presente en la literatura sobre la cultura protohistórica cretense. Las particularidades de la iconografía minoica —generosa en representaciones femeninas—, las teorías sobre el culto primigenio a una divinidad femenina de la naturaleza y el auge de las tesis sobre el matriarcado ancestral conformaron la idea de una isla protegida por la Gran Diosa Madre y liderada por mujeres, lo que se consideró una de las primeras evidencias de matriarcado en una cultura compleja. A partir de los años noventa del siglo xx, los avances en los métodos arqueológicos y los cambios de paradigmas teóricos pusieron en cuestión las ideas del matriarcado en Creta sin remplazar el antiguo modelo por otro nuevo, que diera una explicación alternativa al reparto de poder entre hombres y mujeres. Paradójicamente, además, la influencia de la teoría feminista en la arqueología del Egeo ha sido muy limitada (Kokkinidou y Nikolaïdou, 2009; Hitchcock y Nikolaïdou, 2012), y sólo algunas autoras han abordado frontalmente la cuestión de las asimetrías entre los sexos (Kokkinidou y Nikolaïdou, 1993; Mina, 2008).

Es preciso señalar que el estudio de las diferencias de poder entre hombres y mujeres en el pasado desde postulados feministas críticos no está motivado por el deseo de encontrar sociedades no patriarcales o más benévolas con las mujeres. A mi juicio, constituye un

error pensar que el feminismo necesite apoyarse en la existencia de un pasado mejor que hemos de poder replicar. La gran variedad de esquemas culturales documentados por las ciencias sociales —incluida la arqueología— ya demuestra que los grupos humanos pueden organizarse siguiendo pautas muy diversas, lo que implica que no estamos predestinados/as a sufrir ningún tipo concreto de desigualdad. Defender una configuración social más justa, sin patriarcado, donde el género no constituya un eje de desigualdad social es una cuestión ética y moral, no depende de la existencia de un modelo en el pasado (Conkey y Tringham, 1995; Eller, 2000). Resulta más efectivo, desde el punto de vista del feminismo crítico, abordar qué estructuras perpetúan y recrean la dominación masculina, así como qué factores contribuyen a su desactivación. En este sentido, coincido con Bourdieu cuando afirma que «no sirve de nada negar las permanencias y las invariantes, que forman una parte incontestable de la realidad histórica; es preciso *reconstruir* [...] la historia de la (re)creación continuada de las estructuras objetivas y subjetivas de la dominación masculina que se está realizando permanentemente, desde que existen hombres y mujeres, y a través de la cual el orden masculino se ve reproducido de época en época. En otras palabras, una “historia de las mujeres” que intente demostrar, aunque sea a pesar suyo, una gran parte de las constantes y las permanencias, está obligada, si quiere ser consecuente, a *la historia de los agentes y de las instituciones que concurren permanentemente a asegurar esas permanencias*» (Bourdieu, 2000: 104-105). Lo que me propongo con esta tesis doctoral es observar, no exactamente una institución o unos agentes —como propone Bourdieu—, sino las características de unas actividades que, históricamente, han jugado un papel central en los sistemas sexo-género.

Como decía anteriormente, las tesis sobre el matriarcado en Creta no fueron sustituidas por una explicación alternativa que diera cuenta del desarrollo del sistema sexo-género minoico. Si atendemos a los estudios que analizan el origen de los sistemas patriarcales en Europa, veremos que la mayoría los ubica en la Edad del Bronce (Sherratt, 1981; Randsborg, 1984; Goody, 1986; Ruiz-Gálvez Priego, 1992; Robb, 1994). En el centro de sus análisis suelen situar lo que Sherratt (1981) denominó la «revolución de los productos secundarios», un paquete de innovaciones en el ámbito de la subsistencia que traería consigo una reordenación socio-económica sin precedentes (ver capítulo 5). Sin embargo, cada vez hay más ejemplos que demuestran que la complejidad material que trae aparejada la Edad del Bronce (como también otros momentos históricos de grandes avances materiales) no siempre resultó en

esquemas socio-políticos jerárquicos y análogos, sino que las respuestas ante los cambios materiales fueron muy variadas (ver ejemplos en Blanton y Fargher, 2008). Ello abre la puerta a la posibilidad de que no en todas partes los cambios tecnológicos que acontecen en la Edad del Bronce den como resultado la emergencia de sistemas patriarcales.

En Creta, los avances en los trabajos de campo han obligado a revisar algunas de las teorías en torno a la configuración socio-política de la isla. En particular, parece que el escenario político no estaba dominado por estructuras jerárquicas piramidales donde los llamados «palacios» ejercían el poder desde la cúspide. Al contrario, todo apunta a que en Creta convivieron multitud de agentes políticos cuyas relaciones se ajustaban más a un panorama heterárquico e inestable, donde las estrategias corporativas —no individuales— podrían haber sido las protagonistas, y los «palacios» podrían haber desempeñado un papel más ceremonial y ritual que estrictamente político (Driessen *et al.*, 2002; Barrett y Halstead, 2004; Pullen, 2010).

En esta línea, autoras como Maria Mina (2008, 2009) han empezado a preguntarse si las particularidades políticas de Creta también tuvieron su reflejo en el sistema sexo-género minoico (ver capítulo 5). Si bien las tesis del matriarcado no se sostenían empíricamente, tampoco parece adecuado dar por sentado que Creta desarrollara un sistema patriarcal durante la Edad del Bronce porque la complejidad material así lo requería. La cuestión acerca de cómo era el sistema sexo-género minoico demanda la formulación de nuevos marcos teóricos y nuevas herramientas analíticas. Con esta tesis doctoral me gustaría realizar una pequeña aportación en esta dirección.

Los próximos capítulos se organizan como sigue. En el capítulo 2 abordo el análisis de la literatura sobre la Diosa Madre y el matriarcado, los elementos que, hasta la fecha, han protagonizado los estudios sobre la configuración de género en Creta. En el capítulo 3 desarrollo los principios teóricos que sustentan el análisis de la tesis doctoral. En el capítulo 4 realizo un breve repaso a las características de la elaboración textil y la actividad de cocina en Creta, a lo que le sigue una descripción de los objetivos y el método que seguiré en los capítulos posteriores. En los capítulos 5, 6 y 7 llevo a cabo el análisis de las actividades de mantenimiento en los periodos Pre-, Proto- y Neopalacial, respectivamente, centrándome en tres casos de estudios paradigmáticos de cada fase. Finalmente, en el capítulo 8 recopiló los resultados y propongo las conclusiones finales.

## 1.1. Marco Espacial

Creta (fig. 1.) es la más grande de las islas griegas, con un eje longitudinal predominante este-oeste que alcanza los 250 km. La parte más amplia en sentido norte-sur sólo mide 57 km y se estrecha hasta los 12 km en puntos como el istmo de Ierapetra. Su geografía está salpicada de cadenas montañosas entre las cuales a menudo se hallan llanuras aluviales. Esta tesis doctoral se centra en la parte central y oriental de la isla, las zonas que han recibido mayor atención académica y de las que mejor conocemos el registro arqueológico de la Edad del Bronce. La región occidental —lo que hoy corresponde a la mayor parte de la provincia de Rethymno y la totalidad de Haniá— se conoce mucho menos, aunque en las últimas décadas se ha acelerado enormemente el ritmo de su estudio (ver Moody, 2004).

En la zona central y oriental de la isla se distinguen tres partes geográficas: las regiones centro-norte, centro-sur y este.

1. La región centro-norte está dominada, en su parte septentrional, por la llanura de Heraklion y el macizo del monte Ida. La llanura es una de las zonas agrícolas más fértiles, en ella comenzó la ocupación humana de la isla en tiempos neolíticos, tal y como evidencian los estratos más antiguos del yacimiento de Knossos (Evans, 1964; Broodbank, 1992). La amplitud de la línea costera septentrional ha permitido el desarrollo de amplios puertos y el establecimiento de los núcleos urbanos más densamente poblados. Al sur de esta llanura se encuentra el macizo del monte Ida, el pico más alto de la isla, que se eleva 2460 m.
2. La región centro-sur está dominada por la llanura de Mesará y las montañas de Asterousia. La llanura aluvial cuaternaria de Mesará es también un área muy fértil, que forma un corredor este-oeste de unos 40 km y 10 km de ancho norte-sur. Está atravesada por el río Yeropótamos, uno de los pocos cauces con caudal permanente de la isla que desemboca en la bahía de Mesará. Al sur de esta llanura se encuentran las montañas de Asterousia que descienden abruptamente hacia el mar, haciendo de la costa sur una zona mucho más inhóspita que la costa norte.
3. La región este contiene las montañas Lasithi, que forman una barrera natural con la zona central de la isla. Al norte de estas montañas se encuentra una llanura costera y muy fértil en la que se sitúa el yacimiento palacial de Malia. Más al este se encuentra la bahía de

Mirabello. Este es el punto más estrecho de la isla, conocido como istmo de Ierapetra. En la zona más oriental encontramos otra pequeña bahía de tierras fértiles, la bahía de Siteia, en la costa norte.



Fig. 1a. Situación de Creta en el Mediterráneo Oriental.

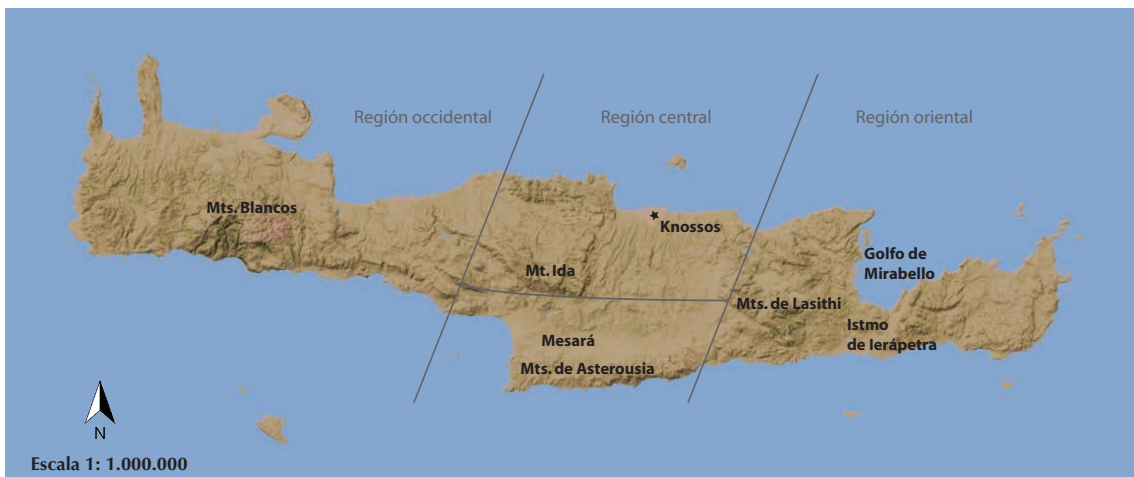


Fig. 1b. Mapa geográfico de Creta con las divisiones conceptuales mencionadas.



## 1.2. Marco Cronológico

El rango cronológico del que me ocuparé en esta tesis doctoral abarca desde los inicios de la Edad del Bronce a principios del tercer milenio antes de nuestra era hasta la clausura del denominado Periodo Neopalacial en el inicio del siglo xv a. C. En términos absolutos, y siguiendo las dataciones propuestas por Sturt Manning (1995, 2010), el presente trabajo abarca desde el 3100 al 1470/60 ANE.

La Edad del Bronce en Creta ha sido ordenada en el tiempo siguiendo varios modelos cronológicos. A Arthur Evans (1904; 1906; 1921: 25-27) le debemos el primer modelo de cronología relativa. Dividió la Edad del Bronce en Creta en tres fases —Minoico Antiguo (MA), Minoico Medio (MM) y Minoico Reciente (MR)— con tres subdivisiones internas cada una —I, II y III—. Este esquema cronológico es deudor de la lógica evolucionista según la cual la cultura, como un organismo vivo, pasa por las tres fases de nacimiento, madurez y decadencia (Evans, 1921: 25). En total, Evans vislumbró nueve fases cronológicas, un claro guiño a los nueve años que, según La Odisea, gobernó el rey Minos en la isla (MacGillivray, 2000: 233-234). Para calcular la cronología absoluta del periodo minoico Evans echó mano de los paralelismos egipcios, dados los contactos recurrentes que el registro arqueológico revelaba. Así, marcó el inicio del Minoico Antiguo cerca del 3400 ANE, coincidiendo con la llegada de la primera dinastía egipcia y el final de esta primera etapa alrededor del 2100 ANE, más o menos en el ocaso de la dinastía XI (Evans 1921: 26). La etapa del Minoico Medio coincidiría con las fechas del llamado Reino Medio egipcio. El Minoico Reciente habría coincidido con las dinastías XVIII y XIX del Imperio Nuevo, y su fin se situaría en algún punto entre el 1580 y el 1200 ANE (Evans 1921: 26). A pesar de que las fechas absolutas se han modificado, aún persiste en la literatura el uso convencional de las fases definidas por Evans.

A estas fases generales corresponden subdivisiones establecidas a partir de rasgos formales de la cerámica, que fueron concretándose con el desarrollo progresivo de los trabajos de campo a partir de depósitos estratificados. La cronología relativa a partir de la cerámica dio lugar a una mayor subdivisión temporal, como por ejemplo el desdoblamiento del MA II en MA IIa y MA IIb; el MM I en MM IA y MMIB, etc.

Además de la cronología relativa basada en la cerámica y las fechas absolutas propuestas por Evans, en los años sesenta del siglo xx Platon (1961, 1968) propuso una cronología basada en criterios culturales que situaba a los denominados «palacios» como los ejes vertebradores de la protohistoria cretense. La Edad del Bronce se dividía, según este nuevo modelo, en las fases Prepalacial, Protopalacial (o Época de los Primeros Palacios), Neopalacial (o Época de los Segundos Palacios), Monopalacial (o Palacial Final, cuando Knossos es el único centro palacial que sigue en funcionamiento) y Postpalacial. Esta terminología sigue empleándose en la actualidad a pesar de las dudas respecto a la centralidad de los «palacios». La naturaleza y el papel que desempeñaron estos edificios continúan siendo cuestiones abiertas. Hoy en día, los dos modelos de cronología relativa conviven y procuran ajustarse (tabla 1).

### Esquema de cronología relativa

Bronce Antiguo	Minoico Antiguo (MA)	MA Ia	Prepalacial
		MA Ib	
		MA IIa	
		MA IIb	
		MA III	
Bronce Medio	Minoico Medio (MM)	MM Ia	Protopalacial
		MM Ib	
		MM IIa	
		MM IIb	
		MM IIIa	Neopalacial
		MM IIIb	
Bronce Reciente	Minoico Reciente (MR)	MR Ia	Neopalacial
		MR Ib	
		MR II	Palacial Final
		MR IIIa1	
		MR IIIa2	
		MR IIIb	
		MR IIIc	Postpalacial

Tabla 1. Resumen esquemático de la cronología relativa en la Eda del Bronce en Creta (según Manning 2010: 17).

En cuanto a las dataciones absolutas, existen dos modelos diferentes: un esquema de cronología baja defendido fundamentalmente por Warren y Hankey (1989) y otro de cronología alta cuyas principales aportaciones pertenecen a Sturt Manning (1995). En el primer caso, el método seguido consiste en establecer correspondencias cronológicas entre las culturas del mar Egeo y las de Egipto y Próximo Oriente a través de las importaciones, exportaciones o intercambios de estilos y tecnologías. Las referencias de las fechas absolutas se obtienen a partir de los registros escritos y los calendarios egipcios y próximo-orientales. En el segundo modelo se utiliza la datación radiocarbónica y el método de la dendrocronología (tabla 2). Entre ambos hay dos discrepancias fundamentales: el inicio del Minoico Antiguo y la fecha de la erupción del volcán de Santorini en el Minoico Reciente (McEnroe, 2010: 6). La comunidad científica tiende a dar más crédito a las fechas propuestas por Manning para ambos eventos.

<b>Fases cerámicas</b>	<b>Fechas absolutas (ANE)</b>	
	<b>Cronología Baja</b>	<b>Cronología Alta</b>
<b>MA I</b>	3650/3500-3000/2900	3100-3300
<b>MA II</b>	2900-2300/2150	2650-2200
<b>MA III</b>	2300/2150-2160/2025	2200-2100/2050
<b>MM Ia</b>	2160/1979- s. XX	2100/2150-1925/1900
<b>MM Ib</b>	s. XIX	1925/1900-1875/1850
<b>MM II</b>	s. XIX-1700/1650	1875/1850-1750/1700
<b>MM III</b>	1700/1650-1600	1750/1700-1700/1675
<b>MR Ia</b>	1600/1580-1480	1700/1675-1625/1600
<b>Erupción en Thera</b>	1550-1530	ca. 1628
<b>MR Ib</b>	1480-1425	1625/1600-1470/1460
<b>MR II</b>	1425-1390	1470/1460-1420/1410
<b>MR IIIa1</b>	1390-1370/1360	1420/1410-1390/1370
<b>MR IIIa2</b>	1370/1360-1340/1330	1390/1370-1330/1315
<b>MR IIIb</b>	1340/1330-1190	1330/1315-1200/1190
<b>MR IIIc</b>	1190-1070	1200/1190-1075/1050

Tabla 2. Fechas absolutas aproximadas de la Edad del Bronce en Creta. Cronología baja según Warren y Hankey (1989: 169). Cronología alta según Manning (2010: 23).

En la literatura, cada autor/a expresa su preferencia personal por uno u otro esquema, dificultando la comparación de las fechas de yacimiento a yacimiento. A ello hay que añadir los problemas habituales que imponen las diferencias regionales, la irregularidad en la presencia de depósitos adecuadamente estratificados y las lagunas que aún existen en varias de las transiciones de unas fases a otras. A lo largo de los capítulos que concentran el análisis de la tesis doctoral se tomarán como referencia las fechas establecidas en las monografías de los casos de estudio y se comentarán las peculiaridades cronológicas regionales que atañan al análisis.

## CAPÍTULO 2.

# LUCES Y SOMBRAS EN LOS DOMINIOS DE LA DIOSA MADRE: HISTORIOGRAFÍA DE LAS RELACIONES DE GÉNERO EN LA CRETA MINOICA

### 2.1. Introducción

Una profesora de sociología contó un día la siguiente anécdota. Estando ella y un amigo sentados en unas butacas, esperando el comienzo de un concierto de música, su amigo le hizo la siguiente observación: «estarás contenta, ¿has visto cuántas mujeres hay en la orquesta? Son muchísimas». Ante tal efusión, a la profesora se le ocurrió comprobar de forma matemática la afirmación de su compañero. Contó el número total de músicos de la orquesta y después el número concreto de mujeres en ella. Para su sorpresa las mujeres no alcanzaban en número la mitad del conjunto de músicos. ¿Cómo podía ser que menos-de-la-mitad hubiera suscitado el calificativo de «muchísimas» a su amigo? La respuesta tiene que ver con un aspecto algo inconsciente de las sociedades patriarcales. En el patriarcado, lo masculino es la norma y lo femenino la excepción que necesita ser explicada. La presencia de mujeres fuera de los ámbitos que tradicionalmente se les han asignado aún se percibe como extraordinaria.

La anécdota explica por qué la cuestión del reparto de poder entre hombres y mujeres ha estado presente en la arqueología minoica desde el origen de la disciplina. Desde que en 1900 Sir Arthur Evans comenzara a excavar en Knossos, los trabajos arqueológicos han desenterrado una considerable cantidad de frescos, figurillas, sellos y relieves con imágenes de mujeres en contextos no convencionales que hacía ineludible dicha reflexión<sup>1</sup>. La ausencia de lo femenino no suele suscitar un debate teórico, pero su presencia desencadena el interés por su papel social, y, en particular, por las cotas de estatus y poder que las mujeres

---

<sup>1</sup> No existe una cifra concreta que refleje el número de representaciones femeninas y masculinas en la iconografía minoica. Como referencia se puede tomar Knossos, el yacimiento que más frescos neopalaciales ha proporcionado. Allí, al menos cinco de las escenas principales que conocemos están protagonizadas por mujeres. Algunas de ellas dibujadas a gran escala como en el *Fresco de la procesión*, *Las Mujeres de azul*, o *La Parisina*. Otras, protagonizando escenas en miniatura como el *Fresco del graderío* y el *Fresco de la Danza* en el Bosque Sagrado. A su vez, hay imágenes donde hombres y mujeres comparten escena, como el *Fresco del salto del toro* (ver reproducciones de las imágenes en Evans *et al.*, 1967). Otros edificios de lujo fuera de Knossos también están decorados con imágenes de mujeres a gran escala, como en Archanes, Chania, Katsamba, Palaikastro o Pseira (Chapin, 2010: 226).

podieron detentar. Si, por ejemplo, las pinturas del palacio de Knossos hubiesen ofrecido escenas protagonizadas solo por hombres, probablemente pocos/as habrían reparado en la sospechosa ausencia de mujeres o —al revés— en la exagerada representación masculina. En ese caso, quizás, las cuestiones de género no habrían salpicado la literatura durante décadas como de hecho ha ocurrido.

La iconografía ha sido el vehículo a través del cual se ha explorado la cuestión del reparto del poder en Creta en detrimento de otras fuentes materiales (Nikolaïdou y Kokkinidou, 2007). Más concretamente, existen una serie de hitos iconográficos (ver figs. 2, 5, 6) que apuntalaron la mayoría de las interpretaciones. Se ha insistido recurrentemente en el aspecto religioso que la mayoría de las imágenes parecen contener por lo que la religión y su aparente sesgo centraron las interpretaciones (Downing, 1985). Dos grandes ejes han vertebrado los debates hasta el último tercio del siglo xx: la presencia del culto a la llamada Diosa Madre y la existencia del matriarcado. Por un lado, la Creta protohistórica se ha empleado como un ejemplo paradigmático de las teorías sobre las religiones antiguas. Por otro lado, en el camino se han cruzado intereses políticos feministas que han dado más aliento a la hipótesis matriarcal, situando en la cultura minoica un pasado utópico proveedor de esperanzas para un futuro sin patriarcado.

A continuación, aclararemos en qué consistió exactamente el discurso sobre la Diosa Madre prehistórica y el matriarcado para entender por qué se interpretó la cultura minoica en la misma clave. Haremos un breve repaso a la trayectoria de estas ideas en Creta y a las alternativas más recientes.

## **2.2. La Diosa Madre prehistórica y el matriarcado**

La idea de una divinidad ancestral femenina que habría dominado la cosmología de las gentes prehistóricas surgió a finales del siglo xix al calor del Romanticismo europeo (Morris, 2006: 71) en el seno de estudios de religión comparada, una disciplina que buscaba conexiones universales de la espiritualidad humana. En el panteón grecorromano clásico creían atisbar rastros de un culto femenino ancestral, una divinidad de la naturaleza y protectora de la vida. Muy pronto, el avance de trabajos arqueológicos a lo largo y ancho de Europa empezó a

desenterrar figurillas femeninas, casi siempre desnudas, que se interpretaron como evidencias de un culto a una gran Diosa Madre muy antigua. Así, por ejemplo, interpretó Hornblower en 1929 las figuras paleolíticas. A medida que aparecían más figurillas, la tesis de la Diosa Madre se fue consolidando, y arqueólogos como Gordon Childe no dudaron en apoyarla (Masvidal y Picazo, 2005: 16-18). A la altura de los años 50 del siglo xx, la literatura sobre la Diosa Madre y su culto ancestral aún disfrutaba de una intensa atención en la literatura académica (Neumann, 1955; James, 1959; ver más citas en Morris, 2006: 69).

Paralelamente, la idea de la existencia de sociedades matriarcales en los albores de la historia se forjó alimentada por varias disciplinas como la antropología, la filosofía o el psicoanálisis. En plena efervescencia del evolucionismo social, los/as pensadores/as de las diversas ciencias sociales se disponían a diseñar el relato universal sobre el devenir de los seres humanos. Tal y como relatan Masvidal y Picazo (2005: 19), los/as antropólogos/as sugirieron que la humanidad había evolucionado partiendo de un estadio primitivo y bárbaro hacia la civilización. Dicho estadio primitivo se podía aún observar en ciertas sociedades preindustriales por su sistema de parentesco matrilineal, que muy pronto comenzó a identificarse con matrifocalidad y matriarcado (Meskell, 1995: 77), términos que en la antropología moderna no se vinculan necesariamente. Esta misma idea de matriarcado ancestral comenzó a contemplarse también desde la filosofía, donde los pensadores contractualistas gustaban de imaginarse cómo habrían sido las sociedades en los orígenes humanos. Hobbes, por ejemplo, propuso que el dominio masculino se produjo cuando se abandonó el estado natural por el estado civil (citado en Masvidal y Picazo, 2005: 19). Por su parte, desde el psicoanálisis, autores como Freud (1913 [1976]) también defendían la existencia de un matriarcado ancestral que correspondería con la psique de los humanos primigenios. Muchos otros autores célebres, como Engels (1884 [1970]), Morgan (1877), o Taylor (1871), también acogieron las tesis del matriarcado.

Una de las obras más influyentes de esta corriente evolucionista fue *Das Mutterrecht* de Johann Jakob Bachofen (1861). En ella, su autor desarrollaba el concepto de «derecho materno», aquel que emanaba del vínculo natural y biológico entre madre e hijo/a y que habría sido la ley más antigua entre los humanos. Este derecho materno primigenio habría pasado por diversas etapas de desarrollo, alcanzando la matrilinealidad (la herencia por línea femenina) y, en último término, la ginecocracia, el dominio político de las mujeres (Bachofen nunca usó el término matriarcado). El sistema social resultante habría sido pacífico y dominado por los

valores propios de la maternidad femenina, unida a la naturaleza y el cuidado de todos sus seres. El derecho materno habría sido suplantado por el posterior y más sofisticado derecho paterno, aunque el sistema anterior habría dejado huellas perennes en las religiones antiguas (ver un repaso de las ideas de Bachofen en Bamberger, 1974; Reeves Sanday, 2001; Masvidal y Picazo, 2005). De esta manera la idea de matriarcado, la teoría sobre una Diosa Madre antigua y las figurillas prehistóricas de mujeres se entrelazaron para conformar una narrativa uniforme y totalizadora del pasado humano más remoto.

A partir de la segunda mitad del siglo xx, las tesis de Bachofen y otros teóricos del matriarcado fueron poco a poco perdiendo credibilidad. Bachofen derivaba su teoría de fuentes clásicas, tanto de historiadores como de poetas, tomando sus relatos como hechos históricos aun cuando ni siquiera dichos clásicos atribuían historicidad a sus obras (Bamberger, 1974: 263). En su época nada o casi nada se sabía de la cultura material de la prehistoria del Mediterráneo. La antropología y la arqueología desarrollaban nuevos paradigmas teóricos y metodológicos que exigían mayor rigurosidad con el manejo de las evidencias empíricas. Por ejemplo, Malinowski (1922 [2003]) refutó la frecuente identificación entre matrilinealidad y matriarcado. En su estudio sobre los trobriandeses del Pacífico había comprobado que, a menudo, la matrilinealidad (unida a la matrilocidad) suponía un poder masculino indiscutible ejercido normalmente por el hermano de la madre (citado en Masvidal y Picazo, 2005: 23). En los años sesenta del siglo xx llegaron nuevos aires a la disciplina arqueológica. La nueva escuela anglosajona procesualista fue muy dura respecto a los *metarrelatos* decimonónicos que no se fundamentaban en las leyes del método científico. En el caso de las figurillas femeninas, la obra procesualista que inició la crítica al matriarcado y la Diosa Madre fue *Anthropomorphic figurines of Predynastic Egypt and Neolithic Crete* de Peter Ucko (1968). En ella, su autor propuso que las figurillas eran multifuncionales y polisémicas, a tenor de los diferentes contextos de hallazgo y la variabilidad de su uso en el registro etnográfico. Además, dada la variedad de sus formas (asexuadas, masculinas, femeninas, abstractas, etc.) no parecía muy adecuado asignarles sistemáticamente un carácter divino y menos aún de una única deidad.

Debe quedar claro que el relato sobre la posición privilegiada de las mujeres en los orígenes humanos no tuvo que ver con una nueva sensibilidad hacia el papel de las mujeres en la Historia. En realidad, la descripción de las mujeres en el matriarcado se alimentó de la moral del Romanticismo europeo y de la Inglaterra victoriana, donde a las mujeres se les atribuía



una corrección moral innata, una tendencia escrupulosa hacia la castidad y la decencia, y se las admiraba como madres abnegadas (Bamberger, 1974: 265). Además, se podría decir que la existencia de un matriarcado ancestral fue la manera que tuvo el evolucionismo de entender las relaciones de género, un relato sobre cómo lo femenino y lo masculino fueron ordenados a lo largo de la Historia, que sólo contempla dos fases diacrónicas y lineales. Y dentro de la lectura más generalista del evolucionismo, cualquier cosa que se sitúe al principio de la cadena de la evolución constituye un prototipo imperfecto que gracias a las leyes darwinianas de la naturaleza se logra superar. De una manera absoluta, universal y sin matices, las relaciones entre hombres y mujeres habrían sufrido una evolución progresiva y ascendente desde un estadio infantil y no civilizado (el matriarcado), a etapas sucesivas en las que el patriarcado hizo posible la «civilización» y el progreso. Ejemplos como el de las amazonas, mujeres autónomas y con poder, eran vistos como episodios «patológicos» (Masvidal y Picazo, 2005: 20) y bárbaros, fuera del único orden social digno de sobrevivir, que es el patriarcado.

### **2.3. Arthur Evans y la Diosa Madre minoica**

El relato de cualquier temática minoica ha de comenzar necesariamente citando a Sir Arthur Evans y el modo en que el arqueólogo británico sentó cátedra en la materia. La cuestión del reparto de poder entre hombres y mujeres no es una excepción. Al fin y al cabo fue él mismo el que rescató de las entrañas de la tierra la mayor parte de las imágenes de mujeres encontradas en el yacimiento de Knossos que tanto llamaron la atención. Fue Evans quien confeccionó el relato fundacional sobre la religión minoica y sentó las bases de la configuración política de la isla.

Recientemente, Cynthia Eller (2012) ha revisado la evolución del pensamiento de Evans respecto a la religión minoica y las razones que le impulsaron a vislumbrar un culto centrado en la figura de la Diosa Madre. Eller ha destacado que Evans no siempre defendió la existencia de una divinidad femenina nutricia como dueña del panteón minoico y que llegó a ella a partir de una visión muy distinta que fue modificando paulatinamente. Su primera versión del culto minoico se centraba en la figura de un Zeus cretense inspirado en los mitos clásicos, donde Zeus había nacido de su madre Rea en una cueva del monte Ida en Creta.

Las primeras figurillas femeninas no fueron identificadas por Evans como diosas, sino como ídolos de culto o figuras votivas. En el mejor de los casos, cuando mencionaba la existencia de una diosa se refería a la pareja divina Rea-Zeus, o a una pareja de diosa-madre y dios-hijo o dios-consorte, donde la divinidad suprema era masculina y a ella aludían todos los símbolos icónicos como pilares, betilos o incluso la famosa imagen del «labrys» o doble hacha (Eller, 2012: 75-82). Inicialmente, su única mención a un culto de la Diosa Madre se limitó a una breve nota al pie de página de su primer informe de excavación en Knossos donde afirmaba que el lugar principal que algunas imágenes femeninas parecían ostentar en ciertos sellos debía entenderse como restos del ancestral sistema matriarcal que dominaba Europa durante el Neolítico, insinuando su práctica desaparición en la Edad del Bronce (Evans, 1899/1900: 42 nota al pie 1, citado en Eller 2012: 79).

Fue a partir de 1903, tras el descubrimiento de las tres figurillas de fayenza halladas en los repositorios del templo de Knossos (fig. 2), al que siguieron más espacios de culto con imágenes femeninas, cuando Evans dio un giro considerable a su discurso y comenzó a contemplar explícitamente la preponderancia del culto a una Diosa Madre local, cuyo hijo/consorte habría ocupado un lugar secundario. Los símbolos como la doble hacha, que antes atribuía al Zeus cretense, fueron a partir de entonces el signo distintivo de la diosa, y sus interpretaciones de imágenes emblemáticas —como la del sello (fig. 3) que describe en su obra de 1901— se modificaron para enaltecer la figura de la diosa por encima de la imagen masculina (Eller, 2012: 86). Esta fue la versión que dejó descrita en su obra magna *The Palace of Minos*, publicada en cuatro volúmenes entre 1921 y 1935. En todos sus escritos defendió de forma persistente una idea monoteísta del culto a la Diosa Madre a pesar de la diversidad de representaciones femeninas que encontraba (p.e. Evans, 1928: 277). Ello resulta sorprendente si tenemos en cuenta que en las culturas aledañas que le servían a menudo como fuente de analogías se reconocen multitud de divinidades femeninas desligadas de los atributos maternos (Morris, 2006: 70).



Fig. 2. Figurillas femeninas halladas en los repositorios del templo de Knossos tal y como están expuestas en el Museo de Iraklio. Foto de la autora.

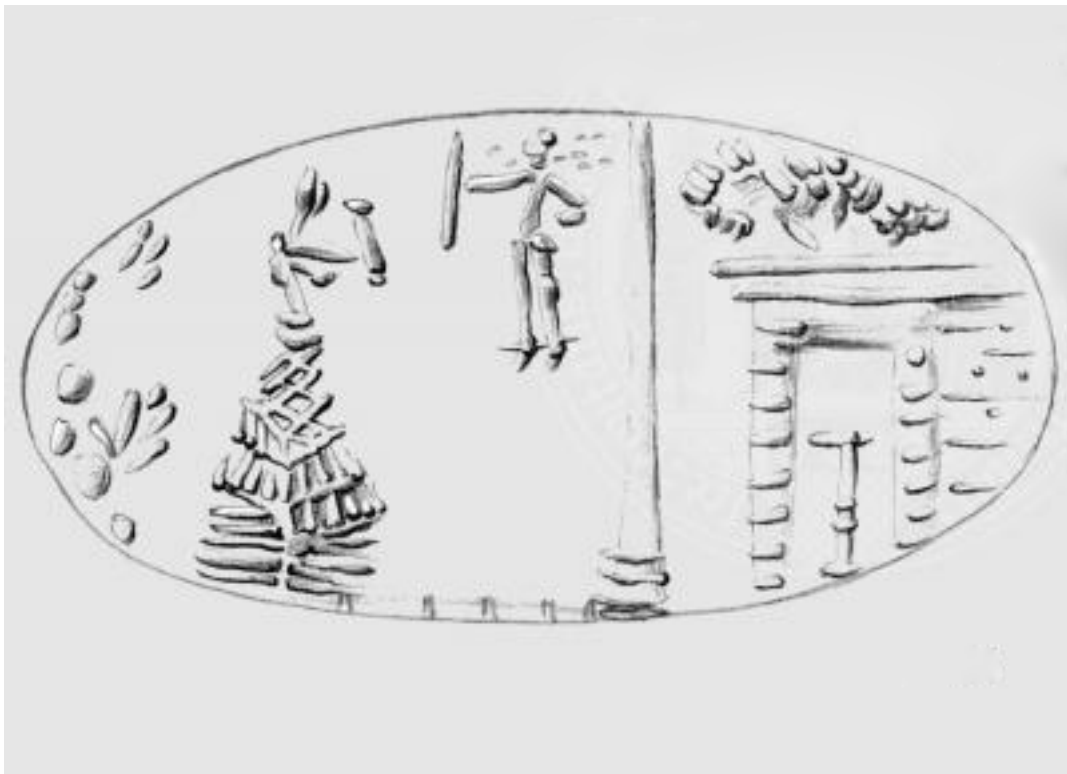


Fig. 3. Impresión de uno de los sellos hallados en Knossos (imagen extraída del archivo online del *Corpus of Minoan and Mycenaean Seals*, referencia CMS VI 281 1).

Hay varias hipótesis respecto a los motivos por los que Evans alteró su visión del culto minoico. Podría pensarse que su cambio de parecer se debió a los avances de su trabajo de campo y la aparición de nuevas evidencias, pero lo cierto es que sus ideas respecto al culto nunca se ajustaron a una lectura prudente de los datos empíricos (Eller, 2012: 75). Quizás tuvieron mucha influencia las numerosas falsificaciones de sellos y figurillas que circulaban a principios del siglo xx, muchas de las cuales fueron adquiridas por él mismo para fortalecer sus teorías (Lapatin, 2001, 2002). Pero hay otros dos factores que se han esgrimido para darle explicación. Uno de ellos es de carácter psicológico y atribuye a Evans un profundo trastorno de apego por haber perdido a su madre de niño, que provocó su fascinación por una divinidad maternal todopoderosa (Evans, 1943: 389; Gere, 2009: 123). Sea cierto o no dicho trastorno, también hay que considerar la influencia de la cultura británica victoriana, en la que la ideología de la maternidad como fin último de toda aspiración femenina estaba en su mayor auge. Ello explicaría también que Evans nunca considerara la representación de los senos desnudos como signos sexuales o eróticos, o que no tuviera objeción en interpretar el cuerpo femenino en clave maternal (Morris, 2006, 2010), a pesar de la persistente ausencia de imágenes explícitas de madres con niños/as, embarazos o lactancia que caracteriza toda la iconografía minoica (Olsen, 1998; Pomadère, 2009; Budin, 2010).

El otro factor contempla la exposición de Evans a las ideas del antropólogo James George Frazer contenidas en su obra magna *La Rama Dorada*<sup>2</sup> (1922). La obra es un estudio comparativo sobre el pensamiento «primitivo» y la evolución de las religiones. En él, Frazer daba cuenta de un patrón recurrente en numerosos paradigmas religiosos: la relación mítica entre la gran diosa y su hijo consorte, y el dios que muere y resucita. Dicha relación constituiría el núcleo de buena parte de las religiones existentes, lo cual solo podía explicarse por el origen matrilineal/matriarcal de la humanidad y su necesaria creación de divinidades femeninas. En opinión de Eller (2012: 88-91), las célebres ideas de Frazer, que ya de por sí eran consideradas el núcleo irrefutable del pensamiento antiguo a principios del siglo xx, fueron las responsables de que Evans ajustara sus teorías al patrón descrito por Frazer. Además, la clasicista Jane Ellen Harrison —quien mantuvo una amistad y un intenso contacto profesional con Evans—, conocida por su promoción entusiasta del matriarcado primitivo (ver p.e. Harrison, 1903 [1991]), pudo ser quien empujara a Evans en esta dirección (Eller, 2012: 92-93).

---

<sup>2</sup> *La Rama Dorada* fue publicada entre 1890 y 1915 en un total de 12 volúmenes. En 1922 el autor elaboró un volumen recopilatorio que resume las ideas contenidas en su obra.

Sin embargo, Evans no amplió su entusiasmo por la Diosa Madre al terreno de la política y la organización social. No contempló la idea del matriarcado en Creta durante la Edad del Bronce, al que no dedica ni una sola página de reflexión en su obra (Marinatos, 2010: 2). Si bien la diosa dominaba los cielos, y sin duda su influencia se dejaría notar en la benevolencia de la cultura minoica, Evans destacó que el poder terrenal estuvo siempre dominado por una autoridad masculina, la encarnación del hijo de la diosa en la tierra, que no dudó en identificar con el mítico rey Minos (MacGillivray, 2000: 193, 224).

Sólo existe la duda de que, tal vez por unos meses, Evans se hubiera planteado la existencia de una reina soberana. Se ha reproducido en numerosas ocasiones una cita de la arqueóloga Harriet Boyd Hawes, quien estuvo presente el día que Evans vio, por primera vez, el famoso trono de piedra adosado a la pared que sus trabajadores habían desenterrado en abril de 1900:

“The afternoon we were at Knossos, Mr. Evans had 140 men at work. They were uncovering a bath belonging to the Palace and they laid bare a marble throne which Mr. Evans immediately named in spot «The Throne of Ariadne»” (Boyd Hawes, 1965: 97).

Al parecer, en las notas del diario de excavación, Evans también atribuyó el recién descubierto trono a una soberana, que llamó Ariadna (Gere, 2009: 79); sin embargo, en el informe de excavación de aquella primera campaña, publicado meses después en el *Annual of the British School* (1899/1900), la atribución del trono cambió de sexo, y se menciona al rey Minos como su legítimo propietario. Una breve nota al pie de dicho informe muestra la ligera justificación de su cambio de parecer: en ella adujo que las máscaras de *wanax* halladas en Micenas eran masculinas. Y así fijó Evans su teoría del poder masculino, tal y como él mismo publicó posteriormente en el primer volumen de su monumental obra *The Palace of Minos*, “a Minoan priest-king may have sat upon the throne at Knossos, the adopted Son on earth of the Great Mother of its islands mysteries” (Evans, 1921: 5).

Un año después, la campaña de trabajos en Knossos produjo nuevos hallazgos, entre los cuales destaca una sala con restos de otro asiento, esta vez más humilde y peor conservado, que Evans decidió asignar a una reina consorte. A partir de entonces, imbuido de sus ideas victorianas sobre la realeza, dividió los sectores del palacio en masculino y femenino, el primero de carácter público, el segundo doméstico, a imagen y semejanza de los palacios de

principios de siglo xx. Inauguró así toda una tradición de atribuir género a la arquitectura minoica (Driessen, 2013: 143-146), basada en los estereotipos de la época, que fue seguida por algunos de sus sucesores (p.e. Graham, 1962).

A pesar de ello, en los escritos de Evans existe un sutil margen de ambivalencia. En su descripción e interpretación de los frescos del palacio de Knossos, no pudo eludir reconocer la preeminencia de las imágenes femeninas, presentes en los lugares más destacados de las escenas y protagonistas en imágenes tan emblemáticas como *El salto del toro* (fig. 4). Resultaba difícil encajar en la Creta del rey Minos el poder de un cuantioso sector femenino. Evans solía salvar la dificultad haciendo referencia a la reminiscencia del sistema matriarcal neolítico y a la influencia de la Diosa Madre, que garantizaría una situación beneficiosa para las mujeres a las que se permitía acceder a los estadios sociales de mayor prestigio (Evans, 1930: 58-59, 227).



Fig. 4. Reproducción del panel central del fresco conocido como *El salto del toro* (según Evans *et al* 1967).

Las lecturas que se han realizado en las últimas décadas sobre el legado de Evans señalan la intrincada malla de ideas, orientaciones políticas y circunstancias personales que confluyeron en el arqueólogo británico a la hora de interpretar la cultura protohistórica cretense. Hay que recordar que Evans comienza sus excavaciones en el promontorio de Knossos en el año 1900, sólo dos años después de que Creta se viera despojada del poder otomano, en pleno debate sobre la pertenencia de la isla al ámbito de influencia oriental u occidental. Muchas de

sus ideas buscan demostrar el carácter europeo de Creta y separarla de la tradición oriental, a expensas de incurrir en algunas contradicciones. Insistir en la maternidad, el monoteísmo o el estatus de las mujeres se inserta en la estrategia de presentar la sociedad minoica como una cultura sofisticada y moderna, la legítima fundación de la Europa contemporánea<sup>3</sup>. Pero ello no impidió que a menudo estableciera analogías con Egipto o manejara conceptos como el del harem para definir la cultura femenina en el palacio de Knossos (Morris, 2010: 88).

## 2.4. Marija Gimbutas y el discurso del matriarcado

Aunque ya la antropología no confiaba en las tesis de Bachofen y la arqueología había modernizado sus métodos, el discurso de la Diosa Madre y el matriarcado asociado a las figurillas experimentó un fuerte resurgimiento de la mano de Marija Gimbutas a partir de los años setenta del siglo xx. Esta investigadora de origen lituano, pero criada en Estados Unidos, reavivó la vieja teoría de un culto ancestral a una divinidad femenina, que estaría íntimamente vinculado a la existencia de un orden social matriarcal. Hasta principios de los años noventa del siglo xx Gimbutas, arqueóloga experimentada y experta en la Edad de Bronce del sureste europeo, renovó el discurso del matriarcado con nuevos matices metodológicos. La premisa básica de su trabajo puede resumirse de la siguiente manera: en todo el territorio de lo que ella llama la «Vieja Europa» (cuyo centro neurálgico serían Grecia y los Balcanes) dominó, desde el Paleolítico Superior hasta el final del Neolítico, un culto ancestral a la Diosa Madre. Esta divinidad, que encarnaría valores ligados a la fertilidad, la maternidad y la vida, favorecería la apreciación positiva de las mujeres en dichas sociedades y su autoridad en igualdad de condiciones con los hombres. La prueba irrefutable de estas premisas sería la existencia de figurillas predominantemente femeninas a lo largo y ancho de la Vieja Europa desde hace 40.000 años hasta el periodo neolítico. Esta religión paneuropea generó una unidad simbólica que ella trata de descifrar en sus obras y llamó *The Alphabet of the Metaphysical*. Esta visión romántica del pasado europeo terminaría con la abrupta invasión de los pueblos patriarcales indoeuropeos, concretamente con la llegada de la cultura de los kurganes desde la estepa rusa, que traerían consigo la violencia y la destrucción (Gimbutas, 1982, 1989, 1991).

---

<sup>3</sup> Para una revisión del contexto político de los trabajos de Evans y su proyección de ideas europeístas ver, por ejemplo, McEnron (2002)

Con Gimbutas, el metarrelato decimonónico sobre el matriarcado ancestral se disfrazó de versión bienintencionada del pasado humano. Si antes el matriarcado había sido apreciado como una etapa de infantilismo social, Gimbutas trastocó su valoración otorgándole un significado positivo, como un periodo cuya estructura ideológica sería deseable rescatar. Hubo sectores feministas que acogieron sus tesis con los brazos abiertos (ver ejemplos en Eller, 2005) y Gimbutas se convirtió en toda una autoridad. La existencia de un matriarcado prehistórico era una excelente justificación de sus peticiones: un modelo de sociedad que no subyugara a las mujeres era posible porque en el pasado existió, lo cual demostraba dos cosas: que el patriarcado no tenía que ver con la naturaleza humana y que el cambio hacia una sociedad libre de subyugación femenina era posible. Dentro del feminismo, cabe destacar la influencia de Gimbutas en los llamados movimientos espirituales asociados a la Diosa Madre que surgieron al calor del feminismo de la segunda ola (p.e. Chris y Plaskow, 1979). En ellos, se buscaba un cambio de conciencia espiritual a través del arquetipo junguiano de la diosa que no necesitaba de evidencias empíricas o justificación racional, pero que se apoyó férreamente en las viejas ideas de Bachofen y aplaudió las interpretaciones sobre la religión ancestral de Gimbutas (Simonis Sampedro, 2012, 2013). Su intención era subvertir la larga historia de subordinación que han sufrido las mujeres en las religiones de carácter islámico y judeocristiano (Meskell, 1995: 75; Masvidal y Picazo, 2005: 29), para lo cual concibieron una diosa con las características de divinidad todopoderosa, benévola, que muestra su cuerpo orgullosa de todos sus atributos y que ama la naturaleza, el arte y la sexualidad.

La difusión de las obras de Gimbutas también ha sido remarcable en ciertos sectores minoritarios de la academia donde investigadoras de múltiples disciplinas no han dudado en adoptar sus tesis (p.e. Gould Davis, 1975; Eisler, 1987; Spretnak, 1992; Eisler, 2009). Entre ellas, cabe destacar un buen número de teóricas contemporáneas del matriarcado (p.e. Reeves Sanday, 2001; Eisler, 2009; Goettner-Abendroth, 2009a) para las cuales las ideas de Gimbutas otorgan profundidad histórica a sus tesis<sup>4</sup>. Estas investigadoras insisten en que el matriarcado —tal y como ellas lo definen— no es la imagen especular del patriarcado. No es un orden social opresor donde los hombres viven subyugados al poder femenino. Así lo explica, por ejemplo, la antropóloga Reeves-Sanday (2009). Para Reeves-Sanday, una

---

4 Es necesario advertir en este punto que Gimbutas evitó utilizar el término matriarcado para soslayar las connotaciones negativas de los anteriores autores evolucionistas, pero sus sucesoras han invertido mucho esfuerzo en recuperar el término y redefinirlo (Marler, 2009: 293).



sociedad matriarcal vendría a ser aquella en la que el esquema cosmológico y el orden social están vinculados por la figura de una diosa, un ancestro femenino o una reina primordial. Dicha figura femenina ha de encarnar unos principios que son los que guían la vida de la comunidad. Casi como en una teocracia, los valores que simboliza la diosa son el motor del grupo social y estos valores son todos aquellos que la antropóloga asocia con la maternidad: cooperación, cuidado, bienestar y benevolencia. Las mujeres en estas sociedades gozan de un amplio prestigio por ser quienes mejor encarnan estos valores, pero, en palabras de Reeves-Sanday (2009: 224-225), no significa que ejerzan un poder sobre el resto del grupo. El poder en las sociedades matriarcales se comparte entre los sexos y no es jerárquico.

Sin embargo, fuera de estos ámbitos reducidos, las ideas de Gimbutas han sido más contestadas que aplaudidas. En primer lugar, por su metodología. Fue acusada de seguir un método superficial y sesgado según el cual solo escogía aquellos objetos arqueológicos que encajaban con su discurso (Barnett, 1992). Ignoró la importancia de otras imágenes asexuadas, masculinas o con rasgos sexuales de los dos sexos (Meskell, 1995). No logró explicar ni justificar de forma convincente su cadena de inferencias, que resultaba ser un salto tras otro sin vínculo inequívoco entre ellas. Por ejemplo, interpretaba los cuernos de toro (símbolo muy frecuente en la Creta minoica) con la fertilidad femenina por la «evidente» referencia que hacen a las trompas de falopio y, de esta manera, como símbolos de la Diosa Madre (Gimbutas, 1989: 265). Pero como ya señalara William Barnett (Barnett, 1992: 171), dicha semejanza sólo sería posible a través de una cirugía muy precisa y la relación de las trompas de falopio con la fertilidad no tiene mucho sentido fuera de la medicina contemporánea.

En los escritos de Gimbutas, cada pequeño matiz de decoración o estilo debía tener una explicación religiosa que ella era capaz de descifrar, convirtiendo sus inferencias en algo místico o casi esotérico (Tringham y Conkey, 1998). Y eso a pesar de que el contenido de la religión de los grupos del pasado es uno de los aspectos más inaccesibles para la arqueología. Ningún objeto de los yacimientos que discute tiene un significado mundanal, todo es un símbolo de la diosa. No sólo las figurillas, sino motivos como espirales, líneas paralelas, zigzags, pilares, animales, e incluso elementos fálicos (Barnett, 1992; Meskell, 1995; Tringham y Conkey, 1998). Se ha señalado en numerosas ocasiones su falta de rigurosidad a la hora de interpretar yacimientos o incluso la manera en que ella misma registró los datos de sus propias excavaciones (Runnels, 1990; McPherron, 1991). Estructuras parcialmente excavadas

son definidas como casas-templo o lugares de culto, y simples bancos se interpretan como «altares» (Meskell, 1995: 81-82). No contrastó sus hipótesis ni contempló otras interpretaciones alternativas, y, en definitiva, no logró convencer a la comunidad investigadora de la adecuación de sus ideas con la cultura material (Barnett, 1992).

Pero además, las tesis de Gimbutas transgredían todas las reglas teóricas básicas de la arqueología moderna. Resultaba ser una teoría muy ahistórica. Tringham y Conkey (1998) pusieron en cuestión la uniformidad de su discurso respecto al culto, que ignoraba el cambio tan trascendental que supuso el paso de la caza-recolección en el Paleolítico Superior a la agricultura en el Neolítico, que para Gimbutas no afectaba al mundo simbólico ni cosmológico de los grupos humanos. ¿Cómo fue posible que la Diosa Naturaleza permaneciera inmutable una vez los humanos aprendieron a domesticar plantas y animales? Gimbutas también caía en un esencialismo muy tosco al considerar una amplísima región como una única unidad cultural, obviando por completo las diferencias y las ambigüedades del registro. Más que a la arqueología sus métodos la acercaban al mundo del anticuarismo porque estudiaba figurillas totalmente descontextualizadas, sin atender a su entorno inmediato, ni espacial ni cronológico. Pero en arqueología sabemos que ningún objeto habla por sí mismo, al margen de su contexto de producción y uso<sup>5</sup>. Como ya dijera Lynn Meskell (1995: 82), interpretar todas y cada una de las estatuillas prehistóricas que aparecen desde las Islas Británicas hasta la actual Turquía, del Paleolítico al Neolítico, como distintas encarnaciones de la Diosa Madre es cometer el mismo error de bulto que considerar un retrato de la Virgen María y una muñeca Barbie como portadoras de la misma significación ideológica.

### *Las ideas de Gimbutas en Creta*

La existencia del matriarcado a menudo se justifica a partir de ejemplos etnográficos<sup>6</sup>, pero también con casos arqueológicos como los de la Creta de la Edad del Bronce. Si bien, según Gimbutas, la Vieja Europa se habría visto invadida por los pueblos indoeuropeos patriarcales a finales del Neolítico, la Creta minoica suponía una gratificante excepción porque los supuestos indoeuropeos no llegaron a la isla hasta la segunda mitad del segundo milenio antes

---

5 Ver una discusión a este respecto en el caso de las figurillas en el *Cambridge Archaeological Journal*, 6 (2) de 1996.

6 El examen de los ejemplos etnográficos excede los objetivos de esta tesis doctoral. Baste mencionar algunos de los casos más paradigmáticos esgrimidos por las defensoras de la existencia de matriarcado: los iroqueses de Norteamérica, los shipibo de la Amazonía, los asante de Ghana, los khasis de India, los Minangkabau de Sumatra o los mosuo en China (ver estudios y referencias en Goettner-Abendroth, 2009b).

de nuestra era, lo cual habría dado un margen mucho mayor para el desarrollo cultural de la isla bajo los auspicios de la diosa. Las gentes de Creta habían logrado alcanzar el estatus de «civilización» sin abandonar el matriarcado. La sofisticación de los palacios, el arte exquisito y naturalista, la arquitectura urbana, el refinamiento de sus artesanías, el desarrollo de la escritura y la burocracia no dejaban lugar a dudas. Era una sociedad próspera que no había necesitado de la violencia patriarcal para alcanzar cotas de desarrollo similar a las culturas de su entorno, como vaticinaban los esquemas evolucionistas de finales del siglo XIX y principios del XX. Para muchos/as, Creta ha sido una isla en el plano simbólico, un lugar apartado en el que situar una sociedad pasada ideal y totalmente genuina. El relato sobre la existencia de una cultura matriarcal, pacífica y próspera ha servido para alimentar la esperanza de que los seres humanos fuimos capaces de desarrollar modos de vida sofisticados sin violencia ni desigualdades. Lamentablemente, todos los esfuerzos por sustentar dicho relato en evidencias empíricas o dotarlo de una justificación teórica convincente no han dado buenos resultados. Al contrario, los excesos interpretativos y la poca rigurosidad científica han provocado un rechazo frontal de la comunidad académica que decidió, a partir de los años ochenta del siglo XX, enterrar el paradigma matriarcal en la fosa de las teorías obsoletas.

El discurso del matriarcado en Creta ha sido abordado de manera más directa por escritores/as y académicos/as ajenos/as a la arqueología y aficionados/as a la historia. Con ellos/as, las imágenes de mujeres en frescos, figurillas y sellos volvieron a destacarse, esta vez, como signos irrefutables de una sociedad dominada por la bondad de una Diosa Madre y sin signos de desigualdad. Es el caso, por ejemplo, de Riane Eisler, autora del *bestseller*, *The Chalice and the Blade* (1987), en el que repasa la historia de la humanidad destacando los ejemplos de supuestas sociedades de paz, benévolas e igualitarias. Creta ocupa un lugar privilegiado en su obra a pesar de demostrar un manejo deficiente de la literatura especializada. En 2009, cuando la autora vuelve a escribir sobre el matriarcado en Creta sus referencias son exiguas y obsoletas<sup>7</sup>. Es también el caso de Susan Evasdaughter. Escritora de libros de difusión histórica y vinculada a movimientos espirituales feministas, publicó en 1996 un libro titulado *Crete Reclaimed: A Feminist Exploration of Bronze Age Crete*, dirigido a un público no especializado. En él la autora defiende la existencia de una poderosa casta sacerdotal femenina que, como únicas interlocutoras de la divinidad, habrían dominado la vida en la isla.

---

7 Básicamente se limitan a Mellaart (1967), Platon (1966), Willets (1977) y Reusch (1985).

En estas y otras obras de carácter divulgativo, se habla de la cultura minoica como un todo indiferenciado y homogéneo, sin distinciones cronológicas ni geográficas, sin atender al contexto concreto de los objetos ni a las diferencias sociales que pudiera haber en el seno de la sociedad, ni siquiera al contexto cronológico. Cualquier evidencia se aplica a la totalidad de la Edad del Bronce y de la cultura cretense. Los excesos interpretativos son manifiestos, así como las conjeturas injustificadas y la insistencia en explicarlo todo en claves religiosas o místicas. Otro elemento característico de este discurso es que se desarrolló, en gran medida, al margen de la disciplina arqueológica. No han logrado intercambiar hipótesis con quienes conocen de primera mano el registro arqueológico protohistórico. Es por ello que apenas se referencian trabajos arqueológicos, no se hacen eco de los desarrollos teóricos académicos y ni siquiera mencionan obras que marcaron un antes y un después en nuestra comprensión del periodo minoico. Es un discurso paralelo, atascado en métodos y teorías que tienen su origen en el siglo XIX.

## **2.5. La crítica feminista**

Aunque como veíamos la teoría del matriarcado prehistórico y su asociación a un culto homogéneo a la Diosa Madre está muy desacreditada por sus deficiencias metodológicas, sigue gozando de credibilidad en ciertos sectores académicos no relacionados con la arqueología (por ejemplo Marler, 2009), tiene un éxito significativo a nivel popular y aún resuena en determinados sectores feministas, incluidos —pero no sólo— aquellos asociados a movimientos espirituales como los descritos más arriba.

Sin embargo, el rechazo desde la arqueología feminista contemporánea ha sido prácticamente unánime. Ninguna agenda política que busque mejorar la vida de las mujeres justifica el asimilar de forma acrítica una teoría ampliamente desacreditada a nivel empírico y teórico, y en origen de marcado carácter misógino. Recordemos que el relato pasó de ser una versión decimonónica evolucionista al mito legitimador de cierto sector del movimiento feminista dejando intactos todos los problemas de ahistoricidad y determinismo con que nació la teoría. Cuando la arqueología feminista surgió como un paradigma alternativo desde el cual estudiar a las sociedades del pasado, una de sus premisas básicas señaló que las identidades

de género son contingentes. Al contrario de lo que se propone la arqueología de género, el discurso del matriarcado no se hace preguntas sobre la relación entre los géneros, sobre los papeles de hombres y mujeres en cada cultura concreta, las diferencias dentro de cada género, su identidad, sus prácticas, su capacidad de agencia, etc. Es un discurso totalizador a imagen y semejanza de los relatos decimonónicos.

Como señalaron Conkey y Tringham (1995; 1998), la autoridad incontestable que se le profesa a Gimbutas en los foros de estudios del matriarcado y su fuerte *esencialización* de las identidades y relaciones de género son la antítesis de los objetivos de una arqueología feminista. Ésta siempre ha defendido la necesidad de la *multivocalidad*, es decir, la presencia de diferentes voces que tengan igual acceso al pasado, pero siempre respetando las limitaciones que el registro material nos impone (Talalay, 1994; Tringham y Conkey, 1998). El binomio matriarcado/Diosa Madre ignora que el objetivo de los análisis arqueológicos es entender la relación que los seres humanos tuvieron con la cultura material, y como esta estructura y es a su vez estructurada por la acción humana. La adopción en los setenta y ochenta del siglo pasado del discurso del matriarcado fue ya en la época un anacronismo en la disciplina. Cuando la Nueva Arqueología proponía una renovación metodológica, las defensoras del matriarcado estaban abrazando una teoría con todos los defectos del Difusionismo y el Historicismo Cultural, más propio de viejos anticuarios que de investigadores/as sociales.

Asimismo, se han mostrado muchos recelos hacia el hecho de que el supuesto poder de que gozarían las mujeres emanara exclusivamente de su capacidad biológica de ser madres. Al igual que hicieran Bachofen o Morgan, todas las imágenes femeninas se vinculan exclusivamente con términos de fertilidad y sexualidad. El único papel histórico que se les otorga a las mujeres dentro del patriarcado es aquel relacionado con sus cuerpos, y el mito del matriarcado no hace más que abundar en la misma idea. Si el poder de las mujeres sólo derivó de sus capacidades biológicas limitamos otra vez a las mujeres a un espacio natural, no cultural, fuera de las dinámicas que requieren otras capacidades intelectuales que son las propias del devenir histórico. Su papel será siempre asumido, no ganado, y por tanto susceptible de ser reapropiado por otros (Talalay, 1994; Tringham y Conkey, 1998).

Tampoco justifican, ni Gimbutas ni sus seguidoras, cómo se establece la relación directa entre el estatus de la diosa y el de las mujeres reales y concretas que vivieron en culturas tan

diversas: existen muchos ejemplos de culturas en cuyas religiones hay abundantes divinidades femeninas y que son abiertamente patriarcales (Talalay, 1994: 171; Meskell, 1995: 78-79). O por qué las imágenes de mujeres se relacionan recurrentemente con el concepto de «maternidad» y no simplemente «mujer» (Talalay, 1994; Tringham y Conkey, 1998).

Además, parece contraproducente justificar la necesidad de un orden social más igualitario acudiendo a un supuesto pasado ancestral de dudosa existencia. Esta misma estrategia ha sido utilizada recurrentemente para justificar el presente patriarcal, ignorando a las mujeres en la Historia o limitando su participación a un papel secundario. Y lo que justamente intenta combatir la arqueología feminista es la apropiación del pasado por parte de discursos políticos actuales de manera esencialista.

## **2.6. El agotamiento de la cuestión del reparto de poder y el inicio de la arqueología feminista en Creta**

Dentro de la arqueología minoica, las tesis del matriarcado perdieron fuelle enseguida, pero la idea sobre la Diosa Madre se mantuvo<sup>8</sup>. Hasta aproximadamente los años setenta las tesis de Evans no se cuestionaron. Se adoptó la visión de una diosa de la naturaleza con un hijo consorte, representado por un líder masculino en la isla. Ese hijo consorte sería el rey-sacerdote, presente en el sello encontrado en Haniá (fig. 5) y en el *Fresco del Príncipe de los Lirios* (fig. 6). Desafortunadamente, Evans nunca definió claramente el término, ni explicó cuáles habrían sido las funciones y privilegios de dicha figura (Bennett, 1961-2). Simplemente se asumía que a las mujeres se les había otorgado un fuerte poder religioso y al rey-sacerdote un dominio total en la política y la economía.

Pero si no había evidencias empíricas de la existencia de un matriarcado, tampoco fue sencillo justificar la visión de una jerarquía masculina encabezada por un rey-sacerdote. De manera más matizada y en términos más aceptables, el debate en arqueología se redujo a dos

---

<sup>8</sup> La literatura reciente sobre la religión minoica se ha centrado en la caracterización del culto y de la divinidad femenina, sin pretender vincular la esfera religiosa con el estatus de las mujeres en la vida real. Los debates giran en torno a cuestiones como la posible multiplicidad de diosas en el panteón minoico (p.e. Goodison y Morris, 1998b), la presencia desigual de la(s) diosa(s) en el culto oficial y en la religión popular (p.e. Gesell, 2004) o sus vínculos con los cultos religiosos en Egipto y Próximo Oriente (p.e. Marinatos, 2010).

cuestiones: si era posible señalar un poder centralizado en los palacios, y, de ser así, quién o quiénes lo habrían liderado (y por ende, qué sexo tendrían).

Al contrario de lo que ocurre en las culturas vecinas, en Creta la iconografía de la autoridad es tenazmente escurridiza. Una de las voces críticas con la idea de un rey-sacerdote fue la de Hellen Waterhouse (1974). Esta arqueóloga fue la primera en señalar la escasez de imágenes masculinas denotando autoridad (Goodison y Hughes-Brock, 2002). Resaltó la contradicción, presente en el discurso que inició Evans, de considerar el periodo minoico vertebrado por palacios-templos, tener multitud de imágenes de mujeres consideradas sacerdotisas y deducir que debió ser un rey-sacerdote quien dominara el palacio. De las escasas imágenes del supuesto rey, algunas fueron puestas en tela de juicio. Por ejemplo, el llamado *Príncipe de los Lirios* (fig.5) es un fresco compuesto por una serie de fragmentos encontrados en 1901 en la parte este del pasillo norte-sur del palacio de Knossos. Los más destacados representan un torso, un muslo, una corona de lirios y restos de brazos. Dos investigadores confirmaron, de forma independiente, que el príncipe era en realidad un pastiche de varias figuras, mal compuestas en la restauración, y que, en consecuencia, no se podía tomar como una imagen real (Coloumb, 1979; Niemeier, 1987). Incluso el famoso trono del palacio de Knossos —en realidad de época micénica— contenía cierta ambigüedad, porque su respaldo flanqueado por dos grifos pintados al fresco encontraba paralelos directos en el ámbito del Próximo Oriente referentes a epifanías femeninas (Reusch, 1985; Koehl, 1995; Goodison y Hughes-Brock, 2002).



Fig. 5. Impresión del sello conocido como *Master's Impression*. (imagen extraída del archivo online del *Corpus of Minoan and Mycenaean Seals*).

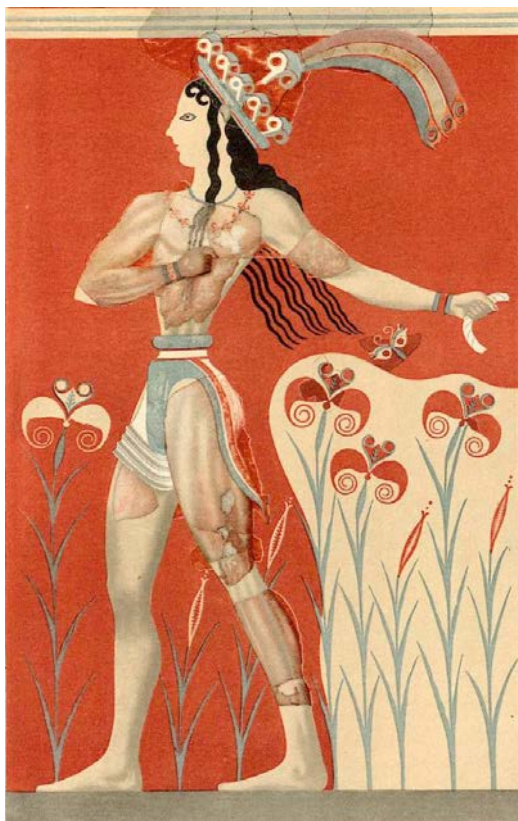


Fig.6. Reconstrucción del fresco conocido como *El Príncipe de los Lirios* (según Evans 1928: pl.XIV).

En los años noventa del siglo pasado, todavía seguía siendo una incógnita la identidad de la autoridad en los palacios. En 1995, el título de Ellen Davis *The missing ruler* resultaba bastante elocuente. Janice Crowley (1995) puso de relieve la dificultad que implica saber si las pinturas reflejan divinidades, seres humanos, ancestros, nobleza, realeza, sacerdotes o sacerdotisas, escenas rituales o seculares (Crowley, 1995: 483). Además, el lenguaje iconográfico minoico no sigue esquemas simbólicos conocidos en otras culturas contemporáneas (Crowley, 1995; Davis, 1995: 12). Frente a los excesos interpretativos que vimos anteriormente, Crowley da unos cuantos pasos atrás para señalar los baches materiales que impiden una profunda interpretación de las imágenes. En primer lugar todas las figuras nos son anónimas. No existen nombres o títulos que podamos aplicar porque no contamos con textos. En segundo lugar, la tradición cultural de esta época no ha tenido continuidad y sus modelos iconográficos se perdieron, por lo que no sabemos datos tan básicos como la manera en que representan dioses o sacerdotes. Y, por último, existe un sesgo de conservación, ya que a menudo hay detalles visuales que aparecen muy pocas veces o sólo una vez, lo que hace complicado sacar conclusiones contundentes con una base tan pequeña.



De manera que las relaciones de poder entre hombres y mujeres en la Creta minoica han sufrido un efecto péndulo. Como respuesta a los excesos cometidos por los metarrelatos decimonónicos que insinuaban la existencia de un matriarcado, se produjo una insistencia injustificada en una autoridad masculina de la que apenas había evidencias. El tema del reparto de poder entre los sexos se limitó a identificar la imagen de la autoridad, y como las evidencias iconográficas no parecían dar respuesta, el asunto se abandonó en los años noventa sin haber alcanzado resultados concluyentes. Las investigaciones en torno a la estructura política de Creta durante la Edad del Bronce han apartado las pesquisas sobre la identidad de los grupos en la cúspide del poder para centrarse en el carácter, las funciones y el desarrollo de los edificios llamados «palacios» (ver p.e. Driessen *et al.*, 2002).

Hubo que esperar a que la perspectiva feminista contemporánea llegara a la arqueología del Egeo para que las relaciones de género volvieran a estar en la agenda, esta vez desprovistas de los defectos anteriores: las identificaciones simplistas entre imágenes y vida social, las proyecciones de los mitos clásicos o el énfasis excesivo en el culto y la religión (Hitchcock y Nikolaïdou, 2012: 502; Nikolaïdou, 2012: 39). Pero la introducción de la perspectiva de género y del feminismo fue tardía. En Grecia, el compromiso de la práctica arqueológica con la ideología nacionalista del Estado, la impermeabilidad a las tendencias teóricas y metodológicas internacionales y la ausencia de un movimiento feminista influyente están detrás del retraso (Kokkinidou y Nikolaïdou, 2009). El desarrollo también fue muy tenue en el seno de la comunidad internacional de arqueólogos/as del Egeo.

Existen tres hitos en este camino: el texto de Lucia Nixon (1983), el libro de Kokkinidou y Nikolaïdou (1993) y la recopilación de artículos en *Fylo*, el volumen editado por Kopaka (2009). En el artículo pionero de Lucia Nixon (1983), la autora reclamaba una mayor atención a las cuestiones sociales en la arqueología de la Creta minoica y, en particular, a la cuestión del estatus de las mujeres. Para ello propuso la elaboración de protocolos de registro de datos y metodologías de análisis que centraran sus esfuerzos en todas las evidencias materiales y no sólo en aquellas estéticamente destacables. Una década después, Dímitra Kokkinidou y Marianna Nikolaïdou (1993) escribieron la única síntesis que existe hasta la fecha de la prehistoria del Egeo desde una perspectiva de género. En ella, las autoras abordan el estado de las relaciones de género desde el Paleolítico hasta el final de la Edad del Bronce, enfatizando en cada etapa el papel que jugaron hombres y mujeres en el ámbito productivo, reproductivo

y simbólico. Su obra se vertebra como un análisis crítico del desarrollo patriarcal en el Egeo en la que se subraya el carácter contingente de la categoría «género» y sus fluctuaciones a lo largo de varios milenios. El libro de Kokkinidou y Nikolaïdou constituye la aplicación más completa y profunda de los principios básicos de la arqueología feminista en el Egeo. Lamentablemente, el impacto de esta obra ha sido muy limitado, en parte por su redacción en griego, pero también por el reducido interés que estas cuestiones han despertado en el conjunto de la comunidad científica<sup>9</sup>. De su obra, hemos de saltar al reciente volumen de la serie *Aegaeum*, fruto de un congreso dedicado a las cuestiones de género en el Egeo y el Mediterráneo, editado por Katerina Kopaka (2009a). En él, se puede observar cómo el asunto de las relaciones de poder ha perdido su espacio en favor de los análisis sobre la identidad y el cuerpo (Alberti, 1997; Hitchcock, 2000; Chapin, 2009; Goodison, 2009; Kopaka, 2009b; Morris, 2009).

El giro hacia la identidad de género ha traído consigo un manejo más refinado de los conceptos básicos de la teoría feminista, la introducción de principios de la teoría *queer*, y la preocupación creciente sobre el cuerpo y la ambigüedad sexual (ver p.e. Hitchcock, 2000; Alberti, 2002). Con ello se ha vuelto a reafirmar el material iconográfico como fuente privilegiada para bucear en estas nuevas cuestiones. Junto a ellas, pervive el interés por explorar el culto y la religión, evitando caer en los excesos del pasado pero sin ignorar la preeminencia femenina en las representaciones religiosas (Goodison y Morris, 1998; Masvidal y Picazo, 2005; Zembeki, 2009).

Por último, me gustaría destacar lo que para mí es el intento más significativo de recuperar el análisis de las relaciones de género partiendo de fuentes no iconográficas. Se trata de las recientes aportaciones de Jan Driessen (2010b, 2010a, 2012, 2013) sobre la configuración social cretense fundamentadas en el análisis arquitectónico. Driessen ha lanzado una serie de teorías, que si bien sólo están parcialmente justificadas y aún cuentan con un cierto grado de especulación, constituyen una base útil para avanzar en los aspectos sociales que llevaban tiempo paralizados.

---

<sup>9</sup> A mediados de los años noventa del siglo pasado, el número de investigadores/as inscritos/as en el *Directory of Aegean Prehistorians* que afirmaban tener un interés por las cuestiones de género ascendía a menos de 15 personas, apenas un 5% del total (Hitchcock y Nikolaïdou, 2012: 503). Aún no hay datos más recientes.

En concreto, Driessen plantea la existencia durante toda la Edad del Bronce de una organización social basada en grupos corporativos que él identifica con lo que se conoce como «sociedad de casas» *sensu* Lévi-Strauss (1982). Las *sociétés à maison* son un modelo antropológico que Lévi-Strauss diseñó para caracterizar a determinados grupos humanos cuyo sistema de parentesco era un tanto confuso y para los que el territorio —y más concretamente la casa— suponía una fuente de adscripción identitaria más potente que la adscripción familiar. En la actualidad dicho modelo se utiliza como una nueva herramienta interpretativa en arqueología en una amplia variedad de contextos geográficos y cronologías, aunque a veces se utilice con poca rigurosidad y ampliando en exceso la definición original (González Ruibal, 2006: 144-145). En los próximos capítulos habrá ocasión de profundizar en las evidencias en que se apoya Driessen para argumentar la aplicabilidad del modelo en Creta, aquí nos limitaremos a comentar el carácter matrilineal que Driessen adjudica a esta configuración social.

Según Driessen, la unidad social más significativa durante el periodo minoico — especialmente en los periodos Prepalacial y el Protopalacial— no sería la familia nuclear sino un grupo más extenso cuya identidad derivaría de la adscripción a un espacio concreto. El signo material más característico de dichos espacios, en el caso de los grupos más prósperos, serían las grandes «villas», y en el caso de grupos más humildes, conjuntos de pequeñas casas. Driessen propone como hipótesis que el patrón de descendencia de estos grupos podría haber sido matrilineal y el patrón de residencia matrilocal, ya que el registro material de la Creta minoica guarda correspondencias con algunas de las características estadísticamente más relevantes de los grupos matrilineales/matrilocales conocidos a partir de la etnografía (Driessen, 2012: 371-375). Por ejemplo, los grupos matrilineales suelen materializar sus conflictos con enemigos distantes, ya que los varones de las regiones cercanas están emparentados y se disfruta de una cierta cohesión regional (ver p.e. Peregrine, 1994; Peregrine, 2001). También es característico de estos grupos el bajo perfil de integración política que algunos autores atribuyen al absentismo masculino (Helms, 1970; Divale, 1984, citados en Driessen 2012: 373). Y, al parecer, más de la mitad de los grupos matrilineales registrados en el *Standard Cross-Cultural Sample* son horticultores con una baja proporción de ganado bovino (Holden y Mace, 2003, citados en Driessen 2012: 373). A ello hay que añadir criterios formales como el tamaño de las casas. Parece ser que en sociedades campesinas existe una correlación significativa entre el tamaño de las casas

y la residencia matrilocal/patrilocal, aunque no lo suficientemente fuerte como para que el dato sea el único indicador del patrón de residencia. Las casas matrilocales tienden a tener una superficie mayor que las patrilocales (Ember, 1973; Porčić, 2010).

Driessen (2012) cree que estos criterios se ajustan a lo que conocemos de Creta durante el tercer milenio y la primera mitad del segundo milenio antes de nuestra era. Además, el régimen matrilineal/matrilocal explicaría la simbología femenina de buena parte de las figurillas encontradas en tumbas y asentamientos prepalaciales, así como los posteriores frescos neopalaciales. Aunque en las sociedades matrilineales/matrilocales el poder suele recaer en la figura masculina del hermano de la madre, las mujeres disfrutaban de posiciones mucho más ventajosas que en sociedades patrilineales (Carranza, 2002: 24; Driessen, 2012: 374), dando como resultado sociedades de un perfil de desigualdad de género muy tenue.

Si las casas minoicas son propiedad de linajes matrilineales, significa que en ellas habitan mujeres emparentadas y hombres relacionados por afinidad que se ausentan recurrentemente. Por ello, parece aceptable asumir que buena parte de los espacios rituales de las casas fueran destinados a ceremonias femeninas. Por otro lado, una mirada general a los frescos neopalaciales revela que en las escenas rituales al aire libre hombres y mujeres no suelen coincidir en las ceremonias (Marinatos, 1987; Chapin, 2007). Siguiendo una lógica estructuralista, Driessen (2013) entiende que la misma separación que vemos en los rituales llevados a cabo en el exterior debió existir en los rituales domésticos (centrales también para la cultura minoica, dado el carácter de sociedad de casas que sugiere el autor). En términos arquitectónicos, Driessen propone que en las grandes «villas» puede apreciarse una separación espacial de los lugares ceremoniales propios de cada sexo. Los baños lustrales (*lustral basins*) precedidos de vestíbulos (*minoan halls*) son espacios especialmente diseñados para ritos de menstruación u otros casos de sangrado femenino como la ruptura del himen o el parto, según las últimas interpretaciones (así lo sugieren Rehak, 2002: 41; Kopaka, 2009b: 186). Arquitectónicamente, se sitúan muy alejados de las salas para banquetes también presentes en las grandes casas como en la Casa A de Tylissos o la Casa Za en Malia (Driessen, 2013: fig. 9). Si aceptamos que la separación física de hombres y mujeres en las escenas rituales de los frescos se reflejaba también en las casas, quizás las salas de banquetes fueran un dominio masculino. La parte más externa estaría dedicada a la comensalidad, que es masculina, y la parte interna ritual a la femenina. Esta hipótesis de Driessen se ajusta sólo a algunas de las

estructuras domésticas neopalaciales más lujosas, pero proporciona ideas nuevas que merece la pena seguir investigando. En los próximos capítulos tendremos ocasión de volver a ellas y compararlas con nuestros casos de estudio.

## **2.7. Conclusiones**

Lamentablemente, el resultado de tantas pesquisas sobre el reparto de poder entre hombres y mujeres no es muy satisfactorio. Al haber estado en la agenda de la investigación desde los inicios de la disciplina cabría esperar la existencia de un sólido esquema interpretativo que explicara cómo y en qué medida hombres y mujeres participaron en la construcción de la organización social minoica, y junto a él, una potente base empírica que lo apoyara. En cambio, nuestro conocimiento sobre las relaciones de género en la Creta de la Edad del Bronce continúa siendo muy limitado. Los esfuerzos realizados desde el ángulo de la religión y el culto se agotaron. Los intentos por buscar de forma directa la identidad sexual de las personas en la cúspide han conducido a un punto muerto. Este pequeño repaso a la historiografía demuestra, en mi opinión, la necesidad de retomar el asunto del reparto de poder entre hombres y mujeres desde nuevas premisas teóricas y distintos registros materiales, siguiendo el ejemplo de la obra de Kokkinidou y Nikolaïdou (1993) o la reciente tentativa de Driessen (2013).



## **SEGUNDA PARTE**

# **TEORIA, OBJETIVOS Y MÉTODO**





## CAPÍTULO 3.

### PRINCIPIOS TEÓRICOS:

### LAS ACTIVIDADES DE MANTENIMIENTO

#### 3.1. Las actividades de mantenimiento

##### 3.1.1. Origen y características del concepto

En los años noventa del siglo pasado, un grupo de arqueólogas catalanas acuñó el concepto de *actividades de mantenimiento* con la intención de superar —en lo que a los análisis arqueológicos se refería— las limitaciones teóricas y metodológicas de lo que tradicionalmente se conocían como trabajos o tareas domésticas. Lejos de ser un simple cambio en la terminología, la propuesta supuso una nueva manera de entender y estudiar unas prácticas fundamentales para el desarrollo humano que tradicionalmente han constituido buena parte de la experiencia vital femenina. Los estudios sobre actividades de mantenimiento están firmemente anclados a una larga tradición de literatura feminista que, especialmente desde los años setenta, había reclamado la necesidad de sacudir las connotaciones androcéntricas con las que habitualmente era concebido el papel sociohistórico desempeñado por las mujeres<sup>19</sup>.

Más en particular, fue en el seno de la tradición del materialismo histórico en arqueología donde el concepto de actividades de mantenimiento comenzó a tomar forma. En sus fundamentos básicos coincidía plenamente con el énfasis dado por el feminismo de inspiración marxista al análisis de las formas de trabajo y las condiciones de vida de las mujeres. La propuesta proponía profundizar en un ámbito de la (re)producción social que había sido olvidado en la narrativa histórica (incluida la marxista). En concreto, planteaba el estudio del *mantenimiento*, entendido como la obligación que toda comunidad tiene de garantizar el desarrollo óptimo de las personas (el trabajo de socialización, manutención, cuidado, atención, etc.). El hecho de que el mantenimiento no se tuviera en consideración y que, por el contrario, el foco se

---

19 En los setenta, la antropología empezó a interesarse por los mundos inexplorados de las mujeres y sus expresiones culturales silenciadas. Ver, por ejemplo, Rosaldo y Lamphere (1974), Boserup (1970), Moore ([1988] 1999) o en filosofía a Heller (1972). Además de la literatura feminista, la propuesta de actividades de mantenimiento también se inspiró en el clima general que imperaba en las ciencias sociales desde hacía años, e invitaba al análisis de las prácticas cotidianas como fuente imprescindible para entender cómo se estructuran los grupos humanos, como indicaban —por ejemplo— Bourdieu con su idea del habitus o Giddens con la estructuración (citados en Curià y Masvidal, 1998).

situara recurrentemente en la producción de objetos, resultaba en la ocultación sistemática de toda una serie de trabajos necesarios para la continuación de la vida y de los agentes que los realizan (Sanahuja Yll, 2007: 21-28).

Muy pronto se unieron otras investigadoras, que vieron en este concepto una herramienta útil para abordar las experiencias de las mujeres en el pasado y aportaron ideas de diversas escuelas teóricas. El resultado es la configuración de una de las propuestas teóricas y metodológicas más fructíferas de la arqueología de género en nuestro país y también fuera de él (ver, por ejemplo, Montón Subías y Sánchez Romero, 2008).

Se entiende por *actividades de mantenimiento* una serie de trabajos básicos y necesarios para garantizar el sustento, bienestar y reproducción de todos los miembros de un grupo (Picazo, 1997; Colomer i Solsona *et al.*, 1998; González Marcén y Picazo Gurina, 2005; González Marcén *et al.*, 2007; González Marcén *et al.*, 2008; Montón Subías y Sánchez Romero, 2008; Sánchez Romero, 2008; Alarcón, 2010)<sup>20</sup>. Estas actividades y cómo se organizan varían en función de la cultura, pero en general comprenden todas las relacionadas con el procesamiento y cocinado de alimentos, la manufactura textil básica, los trabajos relacionados con la higiene y la salud, la socialización de los miembros infantiles, la reproducción física y social, el acopio de combustible, y, a menudo, la manufactura de objetos necesarios para llevar a cabo todos los trabajos enumerados (fig. 7). Son las actividades que gestionan lo cotidiano y aseguran la base para que el resto de ámbitos vitales puedan llevarse a cabo. Se ocupan del bienestar de las personas desde que nacen hasta que mueren. El término enfatiza que el objetivo común que comparten todas ellas, más allá de los particulares campos de acción de cada una, es el de *mantener* al grupo, en el sentido de cubrir sus necesidades materiales, psicológicas y simbólicas básicas.

La idea de satisfacer las necesidades básicas remite a un concepto clave que pocas veces aparece en los relatos sobre el pasado humano: el **cuidado**. Se puede decir que las actividades de mantenimiento están especializadas en cuidar (Montón Subías, 2010). Desde el feminismo se ha insistido mucho en visibilizar la relevancia social, política y económica de este aspecto

---

20 Además de esta definición, existe una versión más restringida que limita la calificación de actividades de mantenimiento a los trabajos que inciden en el estricto cuidado de los cuerpos biológicos y, por tanto, accesibles sólo a través del estudio de las paleopatologías, de la paleodemografía y la bioarqueología (Sanahuja Yll, 2002; Castro *et al.*, 2002a; Escoriza Mateu y Sanahuja Yll, 2003).

fundamental de la vida humana que, sin embargo, nuestras sociedades modernas no reconocen suficientemente. En 1982, Carol Gilligan reclamó la existencia y validez de la llamada «ética del cuidado», aquella que practicaban las mujeres como consecuencia de su socialización centrada en el servicio a los demás. Dicha ética se basa en la responsabilidad para con los demás y la concepción de la realidad como una red de relaciones donde los afectos son la parte esencial de los vínculos. Es a través de las actividades de mantenimiento como los vínculos sociales más básicos se crean y reproducen (González Marcén y Picazo Gurina, 2005: 148). Nutrir, sanar o abrigar a alguien pueden ser actos de puro afecto.



Fig. 7. Principales actividades de mantenimiento.

Quienes son responsables de la realización de las actividades de mantenimiento tienden a desarrollar una identidad personal que se aproxima al modelo identitario **relacional** (Hernando, 2000, 2002, 2006) y que se caracteriza por situar en el centro ontológico de la persona las relaciones que esta establece con su grupo y no un «yo» supuestamente autónomo e independiente. Existe una relación estructural entre este tipo de identidad y los siguientes elementos: «limitación de la movilidad a los espacios conocidos/rechazo del cambio/falta

de especialización en el trabajo» (Hernando, 2005: 82). Si bien es un modelo identitario que proporciona una amplia gratificación emocional, tiene como inconveniente la ausencia de poder sobre el mundo que se habita. La identidad relacional se sitúa en el lado opuesto al de la identidad individualizada, pero las dos son extremos de un amplísimo continuo en que ambas son combinadas, como de hecho se constata en la mayoría de las culturas. La individualidad —al contrario que la *relacionalidad*— lleva aparejada la sensación de poseer poder sobre el mundo. De hecho, Hernando sostiene (p.e. en 2005, 2008) que la dialéctica entre individualidad y relacionalidad es la clave para entender el desarrollo de las sociedades patriarcales, en la medida en que las mujeres adoptarán el modelo relacional y los hombres irán conformando su ser de acuerdo al esquema individualizado.

Como también ha señalado esta autora en numerosas ocasiones (p.e., 2003; 2008; 2012), la individualidad no es sostenible como modo de identidad humana si no se ve apuntalada por personas que encarnan una identidad relacional que cuide los vínculos y garantice la cohesión social. Las actividades de mantenimiento materializan este ámbito de la identidad humana. Son el mecanismo a través del cual se teje la red social más básica (Curià y Masvidal, 1998). Están especializadas en el vínculo, la relación y en el cuidado al otro y, por tanto, permiten que se produzcan los cambios en otras esferas de la vida que contribuyen a desarrollar la individualidad (Picazo, 1997; Montón Subías, en prensa). En la medida en que el trabajo —junto con otros factores— determina el tipo de identidad de las personas que lo realizan, se entenderá así que el análisis de las actividades de mantenimiento nos permite asomarnos a cómo y qué lugar ocupan los rasgos relacionales en las culturas del pasado.

Las actividades de mantenimiento ofrecen, además, un marco conceptual que posibilita el estudio de un aspecto del desarrollo humano negado recurrentemente en los discursos sobre el pasado. Tanto la historia como la arqueología consideran el cambio como el protagonista indiscutible de la evolución humana, hasta el punto de constituir la columna vertebral de ambas disciplinas. Sin embargo, desde presupuestos feministas, se ha llamado la atención sobre otro elemento opuesto, pero igualmente indispensable: la **estabilidad** (Colomer i Solsona *et al.*, 1998; Hernando, 2006). En efecto, para el buen funcionamiento de cualquier sociedad es necesario garantizar unas cotas mínimas de estabilidad, entendiendo con ello que las necesidades básicas de las personas estén cubiertas. Las actividades de mantenimiento son las garantes de este aspecto vital insoslayable. Su función primordial consiste en garantizar

la continuidad de las formas de vida y la cohesión social a través de dos mecanismos: la recurrencia (estar siempre ahí y desarrollarse siempre de la misma manera) y la canalización de los cambios en nuevos patrones de repetición y recurrencia (González Marcén *et al.*, 2008). Efectivamente, estos trabajos cambian a lo largo de la Historia, sin embargo, el cambio no es su objetivo, al contrario, su eficacia reside en ser resilientes, en absorber los nuevos estímulos sin romper la estabilidad de la que son garantes (González Marcén *et al.*, 2007: 177). El énfasis en el cambio como motor de la Historia se corresponde con la sobrevalorización de la individualidad como tipo de identidad propio de los seres humanos y ha relegado a un segundo plano todo lo relativo a la relacionalidad (Hernando, 2002).

Los trabajos de mantenimiento transcurren con un ritmo propio, de carácter cíclico y rutinario. Ello contrasta con los tiempos lineales que son objeto de estudio histórico, y por extensión, de los esquemas cronológicos que se manejan en arqueología. El tiempo de la historia normativa deja fuera de su línea todas aquellas experiencias vitales que transcurren de forma circular, que no cambian con tanta frecuencia. Las cronologías relativas, por ejemplo, raras veces tienen en cuenta los artefactos de las actividades de mantenimiento. Así, se crea una visión sesgada de la evolución de los grupos humanos, que no considera el ritmo de cambios que se experimenta en la cotidianidad (Picazo, 1997; Hernando, 2006; González Marcén y Montón Subías, 2009).

Además de garantizar el cuidado, la cohesión social y la estabilidad, muchas de ellas satisfacen también **necesidades materiales**. Transforman los productos y/o las materias primas básicas en recursos aptos para el consumo. Por ejemplo, la cocina transforma productos alimenticios brutos en comida apta para ser consumida. O el trabajo de hilar, que transforma las fibras en hilos aptos para ser tejidos. Es este aspecto más ligado a lo material lo que las hace abordables a través del registro arqueológico. Crean y se componen de materialidad: ocupan determinados espacios, emplean herramientas, transforman objetos, requieren del uso de estructuras, etc.

Si tenemos en consideración las actividades de mantenimiento podemos reordenar el conjunto de trabajos de las sociedades del pasado. La **clasificación** contendrá las siguientes categorías: (1) actividades artesanales, cuyo producto se destina principalmente al intercambio; (2) actividades de subsistencia, que garantizan el abastecimiento de alimentos; (3) actividades

de mantenimiento, con el cuidado como elemento esencial de su naturaleza; (4) actividades simbólicas o rituales. En la práctica, sin embargo, la frontera entre las cuatro categorías es muy permeable, como tendremos ocasión de ver a lo largo de este trabajo.

### 3.1.2. Vínculos entre las actividades de mantenimiento y la «*household archaeology*»

Si bien a nivel teórico las actividades de mantenimiento se arraigan en la literatura feminista, a nivel arqueológico tienen mucho en común con la denominada *household archaeology*, también conocida como la arqueología de los grupos domésticos. La detección de áreas de actividad, el interés por vincular la esfera cotidiana con los desarrollos políticos y económicos o la utilización de la categoría género son algunos de los puntos en común que desarrollo a continuación.

«Grupo doméstico» es una de las posibles traducciones al castellano del término *household*, que engloba una serie de rasgos para los que nuestro idioma no tiene una palabra única. Su definición precisa es complicada porque la gran variedad de comportamientos humanos observables desde la antropología desafía cualquier intento por universalizar sus características. En general se acepta que el *household* está formado por un espacio de cohabitación, una unidad social y una unidad de trabajo (Yanagisako, 1979; Wilk y Rathje, 1982; Guyer, 1997; Hendon, 2006). Podríamos decir que un *household* es la unión conceptual de una casa, una familia y las actividades que llevan a cabo para mantenerse (fig. 8). Sin embargo, la variabilidad de estos tres factores es amplísima y no siempre se superponen, por lo que algunos/as autores/as como Jane Guyer (1997) han concluido que el *household* —con sus tres componentes— es un fenómeno histórico no universal.

En términos arqueológicos, las huellas de los trabajos son sin duda uno de los factores que más ayuda a caracterizar un *household*. Aunque éstos varían culturalmente, suelen implicar todas las esferas vitales: producción, reproducción, consumo, mantenimiento, etc. (Wilk y Rathje, 1982; Guyer, 1997; Allison, 1999). Los miembros de un grupo doméstico han de cooperar y responsabilizarse de las tareas necesarias para garantizar el bienestar general, lo cual es fundamental para su pertenencia al grupo (Hendon, 2006). Pueden concentrar todos sus esfuerzos en la propia subsistencia, producir excedentes para intercambio o pago de tributos,

e incluso especializarse. La tendencia dominante en arqueología ha otorgado prioridad a los estudios sobre la especialización y la creación de riqueza por considerar que tienen efectos directos en la estratificación social de los grupos. Por su parte, las actividades domésticas encaminadas a garantizar la subsistencia no han sido objeto de tanta atención por considerarlas poco influyentes a nivel social o político, aspecto en el que me detendré más adelante.

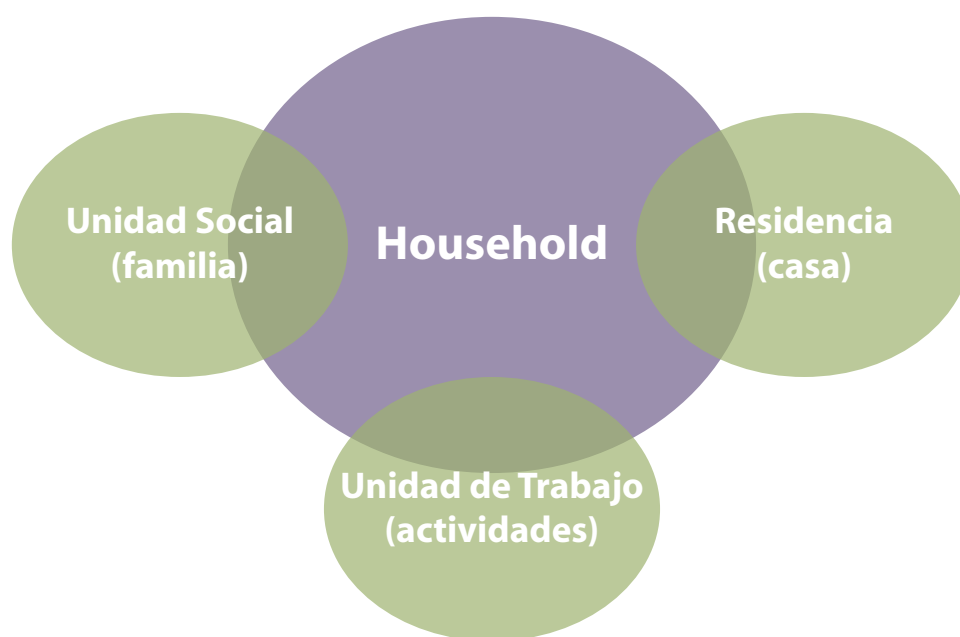


Fig. 8. Esquema conceptual de las partes básicas de un «household» o unidad doméstica.

La arqueología procesualista norteamericana inauguró el interés por explicar los procesos y los cambios que experimentan las culturas prehistóricas a nivel doméstico. En 1982, Richard Wilk y William Rathje acuñaron el término *Household Archaeology* en las actas de un simposio organizado un par de años antes bajo el título *Towards an Archaeology of the Household*. En él se recopilaron los trabajos que comenzaban a explorar las posibilidades teóricas y metodológicas del estudio de los grupos domésticos. Hasta entonces, había una desconexión significativa entre las grandes teorías del cambio cultural y el registro arqueológico, que en gran medida estaba formado por los restos de poblados y casas. La arqueología de los grupos domésticos vendría a cubrir el hueco entre el nivel macro de los discursos sobre las formas de organización política de los grupos humanos y la realidad cotidiana del trabajo arqueológico de fragmentos cerámicos, suelos de habitación y otros restos materiales. Sus primeros análisis se aplicaron a la arqueología mesoamericana (por ejemplo Flannery y Winter, 1976; Wilk y Netting, 1981), ya que allí contaban con la ventaja de tener a disposición un amplio registro

etnográfico que les facilitaba la definición de las posibles formas de organización social y la construcción de modelos. Para los/as procesualistas los grupos domésticos eran entendidos como unidades de comportamiento que reflejaban de forma pasiva el sistema económico, político y ambiental en el que se enmarcaban. Partiendo de las condiciones ambientales y el modo de subsistencia se podía comprender cómo los grupos domésticos se habían adaptado a dichas circunstancias (Wilk y Rathje, 1982). Esta visión tenía varias consecuencias: exigía un análisis decreciente —que partía de una escala superior para entender la inferior— y, además, no contemplaba la existencia de influencia mutua: las condiciones exteriores afectaban a la forma de los grupos domésticos y no al revés.

Metodológicamente la estrategia procesual consistió en identificar el espacio arquitectónico y las actividades llevadas a cabo. Fruto de ello fueron los primeros análisis de las áreas de actividad en contextos domésticos, definidas como zonas espacialmente restringidas donde una tarea o serie de tareas relacionadas fueron llevadas a cabo (Flannery y Winter, 1976: 34). En un primer momento los objetivos se limitaban a identificar las actividades y entender el patrón de dispersión espacial de estas áreas. Una de las primeras reflexiones que suscitó este tipo de análisis fue la relevancia de la categoría género. El uso de la etnografía para explicar el registro arqueológico puso de manifiesto que frecuentemente dichas áreas de actividad estaban agrupadas por género, creando zonas de trabajo femeninas y masculinas. No significa esto que las áreas de trabajo fueran impermeables a la presencia del género opuesto —las interacciones diarias lo impedirían—, sino que habría zonas de trabajo asociadas culturalmente a hombres y a mujeres y que tendrían una huella material identificable en el registro arqueológico (ver, por ejemplo, Hill, 1966; Flannery y Winter, 1976). No obstante esta manera inicial de incluir el criterio de género sólo implicaba considerar las zonas de trabajo femeninas y masculinas como una escala más en el sistema clasificatorio de unidades de estudio (entre el área de actividad y el *household*). Fue la arqueóloga Janet Spector quien dio un paso más allá y reconoció las implicaciones profundas que la división sexual del trabajo revelada por la etnografía tenía para el estudio arqueológico de las áreas de actividad, y en general para la comprensión de las culturas del pasado.

Spector (1983) diseñó una metodología conocida como *task differentiation framework* («método de la distinción de tareas»). Proponía llevar a cabo un registro preciso del sistema de trabajo en los grupos preindustriales actuales con el fin de crear una base empírica que permitiera cotejar



la materialidad etnográfica con la arqueológica. Lo específico de su método radicó en incluir el género como una variable más junto con la dimensión espacial, temporal o material de cada una de las tareas. De su metodología destacaron dos resultados. Primero, demostró que, cuando hay una división sexual del trabajo acusada, el género vertebró todo el sistema de trabajo: hombres y mujeres se relacionan con su entorno cotidiano de maneras muy distintas. Segundo —y en consonancia con lo anterior—: cualquier cambio o estrategia de adaptación afectará de manera distinta a cada uno de los sexos. En consecuencia, Spector advertía del error que se cometía cuando un determinado grupo humano se describe haciendo referencia únicamente a las actividades masculinas. Las novedades que introdujo Spector en la manera de concebir las áreas de actividad constituyeron el primer intento de introducir criterios feministas en el estudio de los grupos domésticos. A partir de entonces el paradigma procesual fue interpelado desde el feminismo, del que surgió una nueva manera de entender los *households*.

Las feministas —en línea con otros desarrollos teóricos como el postprocesualismo (ver p.e. Hodder, 1990)—, centraron sus esfuerzos en entender los aspectos simbólicos y políticos de los grupos domésticos. En primer lugar, propusieron un análisis de tipo *bottom-up* («de abajo arriba») que reconocía la importancia cultural y la carga de significación de los contextos cotidianos, que podían influir —y de hecho lo hacían— en el conjunto de la sociedad. En segundo lugar, rechazaron la idea de los *households* como unidades homogéneas y, en su lugar, consideraron la posibilidad de que fueran unidades integradas por personas con intereses opuestos y vinculadas a través de relaciones de poder (Hendon, 2006). El reparto de poder ha sido uno de los temas centrales abordados por el feminismo en los grupos domésticos.

Si bien todo lo descrito anteriormente es compartido en buena medida por el programa de las actividades de mantenimiento, estas suponen un cambio de enfoque que no requiere tener que identificar una unidad espacial o social concreta, soslayando así la dificultad de definir unas fronteras no siempre claras en el registro arqueológico (ver las limitaciones para identificar *households* en Alexander, 1999). A veces simplemente no es posible llevar a cabo el análisis de los *households* porque la unidad arquitectónica no se detecta (por ejemplo Colomer i Solsona *et al.*, 1998). Tal y como explica Montón (2000: 54-55), aunque las casas son un espacio cardinal para estas actividades, también suelen desempeñarse en muchos otros lugares, como mercados, parques, lavaderos, fuentes, plazas, patios, cruces, etc. El cambio de perspectiva supone buscar la acción a partir de la cual describir el espacio en el que transcurre.

### 3.1.3. *El estudio de las actividades de mantenimiento como un ejercicio de standpoint theory*

El gran atractivo que, en mi opinión, tiene el concepto de actividades de mantenimiento radica en su **particularidad epistemológica**, ya que se sitúa en una manera de hacer ciencia típicamente feminista. De entre las estrategias que el feminismo ha utilizado para crear conocimiento (ver revisión reciente en Lozano, 2011), el concepto de actividades de mantenimiento se enmarca dentro de las llamadas «teorías del punto de vista» (*standpoint theories*), desarrolladas en los años ochenta del siglo xx por diversas epistemólogas anglosajonas (Hartsock, 1983; Rose, 1983; Harding, 1986; Smith, 1988; Collins, 1991). Partiendo de una concepción constructivista del conocimiento, las teorías del punto de vista sugieren partir de la experiencia vital de las mujeres como un grupo social subalterno para obtener un conocimiento más inclusivo y objetivo<sup>21</sup>.

Un *standpoint* o punto de vista no es sinónimo de opinión o parecer particular. El *standpoint* emerge cuando un grupo de personas que ocupan una posición social subordinada se involucra en la lucha política para cambiar las condiciones de su existencia, para lo cual han de reflexionar y analizar dichas condiciones (Potter, 2006: 131-132). El *standpoint* es el discurso resultante, es decir, el relato sobre la realidad social que realiza un determinado grupo consciente de su inferioridad y con voluntad de cambiar su situación. Podríamos decir que el *standpoint* que explica la posición subordinada de las mujeres, de forma global, es la teoría feminista. Para las epistemólogas citadas más arriba, los *standpoints* alcanzan un conocimiento de la realidad más inclusivo que los discursos hegemónicos porque observan la realidad desde posiciones que sufren las peores consecuencias del orden social en que se inscriben. Por su parte, las personas que disfrutan de una situación privilegiada tienen más dificultades para ser críticos con los problemas o limitaciones de la realidad que habitan. Tal y como lo expresó Eagleton (2005: 141):

«Esto [tratar de ser objetivo] resulta especialmente difícil para aquellos que detentan el poder: porque el poder tiende a alimentar la fantasía y a reducir el yo a un estado de narcisismo quejumbroso. A pesar de su inflexible pragmatismo, el poder está lleno

---

21 Hay otras corrientes epistémicas muy similares que no desarrollaremos aquí, como el conocimiento situado de Haraway (1991) o el «partir de sí» de Rivera Garreta (1994). Ver más referencias respecto a otras epistemologías derivadas del feminismo de la diferencia y su relación con las actividades de mantenimiento en González Marén y Picazo (2005: 144-148).

de falsas ilusiones cuando supone que el mundo entero gira servilmente en torno a sí. Disuelve la realidad en el espejo de sus propios deseos. Son aquellos cuya existencia material es bastante sólida quienes tienden a suponer que el mundo no es así. El poder es por naturaleza solipsista, incapaz de salir de su propio pellejo. [...]. Son los que no tienen poder quienes con mayor facilidad aprecian que el mundo no está ahí para satisfacer nuestras necesidades y que gira a su propio modo, sin apenas dirigirnos una mirada de soslayo»

Sin embargo, las epistemólogas del punto de vista no afirman que cualquiera que se sitúe en una posición subordinada tenga automáticamente una mayor lucidez en el análisis social, ni que cualquier integrante de una minoría sea capaz de producir un mejor conocimiento. Ello depende, en última instancia, de la calidad del *standpoint*, la rigurosidad de la metodología y su adecuación a los datos empíricos (Wylie, 1994, 2003).

En la práctica, la clave de la praxis científica basada en los puntos de vista radica en anclar la investigación en las experiencias de vida de los grupos en posiciones inferiores (Harding, 2002: 347) para lograr un conocimiento lúcido de cuestiones que han pasado desapercibidas en el discurso dominante. En este caso, la pregunta inicial que da origen a la investigación sería: ¿qué podemos aprender de sociedades pre- y protohistóricas si nos situamos en los trabajos que tradicionalmente han desempeñado las mujeres? Así mismo es como lo expresaron las iniciadoras del programa de actividades de mantenimiento:

«El fet diferencial de les aproximacions feministes en les ciències socials [...] rau en que neixen, no només d'una voluntat per obtenir un major rigor epistemològic o d'un afany per eixamplar el coneixement sobre les societats, sinó també de la **inquietud viscuda**. En el nostre cas aquesta inquietud està provocada per la pràctica absència de repercussió en els estudis arqueològics de tota una sèrie d'activitats, portades a terme fonamentalment per dones, i a les quals s'associen experiències i coneixements fonamentals per entendre les dinàmiques socials d'ara i d'abans. **La inquietud porta a la recerca**» (González Marcén *et al.*, 2006a: 1, la negrita es mía).

Hay un matiz importante que es necesario recalcar. El interés epistemológico de la propuesta radica en visibilizar y situarse en toda una serie de trabajos de tradición femenina y utilizarlos de prisma a través del cual observar el resto de la cultura, no en asumir, a priori, que estos

trabajos son la responsabilidad exclusiva de las mujeres en todo tiempo y lugar. A menudo se ha criticado que, desde posturas feministas, se insista en la supuesta universalidad del binomio mujeres/trabajos domésticos. Si nos ceñimos a las exigencias epistémicas de la tradición científica arqueológica, no podemos afirmar que estas actividades hayan sido desempeñadas siempre por mujeres en las culturas del pasado. A pesar de las numerosas evidencias históricas y etnográficas que así lo atestiguan, convertir los casos particulares en un universal sería un ejercicio inductivo algo ingenuo. Sería más sofisticado científicamente apelar a la concordancia estructural que existe entre estos trabajos y el desarrollo histórico de la identidad de género femenina normativa, tal y como se entiende desde presupuestos estructuralistas (Hernando, 2002), aunque ello pueda no convencer a otras escuelas teóricas. Sin embargo, el potencial feminista de la propuesta no se limita a la atribución femenina de estas actividades (que ha de probarse en cada caso); su potencial radica en que apelan directamente a la experiencia de la mayoría de las mujeres de antes y de ahora, independientemente de quién las realizara en la (pre)historia.

Una de las primeras preguntas que surgen cuando nos situamos en la experiencia vital femenina es por qué se infravaloran sistemáticamente sus ámbitos de actuación, en este caso, las actividades de mantenimiento. La respuesta tiene que ver con el androcentrismo hegemónico y los discursos de legitimación que impone. Los trabajos de mantenimiento no están directamente relacionados ni con la especialización productiva, ni con la adquisición de riqueza, ni con los debates sobre el control de los recursos (Hendon, 1996: 50), todos ellos ámbitos que se consideran propiamente masculinos y que marcan las prioridades del discurso histórico. Tampoco están vinculados con la individualidad, que es la identidad que han encarnado principalmente los hombres a lo largo de la Historia (Hernando, 2006).

La justificación ideológica de la infravaloración de las actividades de mantenimiento se formula a través del **binomio público/privado**. Ampliamente cuestionado desde la teoría feminista (p.e. Rosaldo, 1974; McKinnon, 1989; Murillo, 1996; Pateman, 1996), se definió tomando como referencia al sujeto masculino. En primer término, se situó todo lo relacionado con el ámbito propio de actuación masculina: el mundo de la política, la ciudadanía, la economía productiva y todo aquello que está sujeto a leyes y normas. Por el contrario, en lo privado se ubicó el mundo propio de las mujeres: el cuidado, la familia y la casa organizados conforme al altruismo y la tradición. A este binomio, claramente jerarquizado en favor de lo público, se

le superponen otros como el modelo de hombre proveedor/mujer cuidadora que establece una división ideológica de los roles de sexo y que ha caracterizado a nuestras sociedades hasta hace muy poco. Como apunta Sandra Montón (2000) a partir de las reflexiones de Murillo (1996), uno de los errores ideológicos implícitos en el binomio público/privado es la identificación de lo privado con lo doméstico. En origen, lo privado designaba aquello que los hombres realizaban en su vida no-pública, el tiempo que dedicaban para sí mismos, a menudo en el seno del hogar. Nada tienen de privado las actividades domésticas que, al contrario, son trabajos que satisfacen las necesidades de otros/as, no las propias. En todo caso, como propone Montón (2000: 46), público o privado deberían ser calificativos de lo doméstico. De ahí que la nueva propuesta decida adoptar el concepto mantenimiento y se prescinda del adjetivo doméstico, para crear un marco conceptual nuevo que sacuda las connotaciones negativas que derivan de la ideología androcéntrica actual y permita nuevas definiciones (Montón Subías, 2000: 52-53).

Tradicionalmente, la arqueología había adoptado el discurso sobre la importancia de lo público y la irrelevancia de lo privado situando en sus agendas el estudio de las actividades especializadas, la riqueza y los intercambios como únicos ámbitos desde los que abordar las cuestiones económicas y políticas. Esta visión guardaba una clara concordancia con cómo el capitalismo de las últimas décadas concebía los trabajos domésticos: como tareas no remuneradas y confinadas en un sector invisible para los indicadores económicos de bienestar (ver Murillo, 1996: 119). Ello cambió paulatinamente con la llegada de las aproximaciones feministas y las de corte postprocesual.

En la propuesta de actividades de mantenimiento subyace un interés por construir una forma de concebir a los seres humanos más inclusiva, que englobe todo aquello que tradicionalmente han encarnado las mujeres y que ha contribuido al desarrollo social (Sanahuja Yll, 2007; Montón Subías, en prensa). Con ello se avanza hacia otro de los postulados básicos de la teoría feminista: la creación de redes de comunicación y solidaridad entre mujeres que contribuya a una mejor comprensión de su situación (González Marcén, 2005). La finalidad no es invertir los esquemas para ensalzar los valores asociados a los femeninos por encima de los masculinos, sino reivindicar el necesario reconocimiento de unos valores y capacidades sin los cuales la vida humana sería insostenible (Montón Subías, 2010: 28; Hernando, 2012; Montón Subías y Lozano Rubio, 2012).

El énfasis en las prácticas cotidianas tampoco implica la idea de que las mujeres sólo han contribuido en el ámbito de los trabajos de mantenimiento, sin influir en otras esferas. De hecho, hay toda una línea de corte feminista en arqueología que focaliza sus esfuerzos en encontrar a las mujeres en otros ámbitos de la vida humana tradicionalmente asociados a los hombres (ver p.e. Arnold, 1991). Esta estrategia tiene un inmenso valor para combatir los estereotipos de género esencialistas. Sin embargo, no hay que caer en el error de dejar intactas las connotaciones ideológicas del binomio público/privado, aceptando implícitamente que sólo se es relevante si se actúa en el ámbito público (Montón Subías, 2000). Ello sería aceptar la visión androcéntrica que privilegia la individualidad y todo lo que han encarnado los hombres sobre lo relacional que han materializado las mujeres, presentándolos como antagónicos sin serlo (Hernando, 2006, 2012).

#### *3.1.4. Las actividades de mantenimiento y el sistema sexo-género*

Una de las nociones teóricas que propongo en mi tesis doctoral es que las actividades de mantenimiento son también una herramienta útil para asomarse a la configuración del «sistema sexo-género», término acuñado por la antropóloga Gayle Rubin (1975: 97 y 102). El sistema sexo-género hace referencia al criterio de ordenación social más primigenio. Dicho sistema opera a partir de una distinción que se considera natural (entre macho y hembra) sobre la cual se construye una distinción cultural (entre lo masculino y lo femenino). En la práctica totalidad de las sociedades conocidas dichas diferencias se jerarquizan a través de diversos mecanismos (ver p.e. Rubin, 1975). Los sistemas sexo-género son, pues, jerárquicos, o como los describe Janet Saltzman (1992), son sistemas de estratificación sexual. La desigualdad es una cuestión de grado, es decir, hay sociedades más y menos estratificadas, pero existe un elemento recurrente: la desventaja suele ser para las mujeres, sobre las que los varones imponen su autoridad. Cuando esto ocurre, al sistema sexo-género se le conoce como patriarcado. En efecto, el patriarcado contemporáneo fue el primer sistema sexo-género en ser reconocido y analizado, a partir del trabajo pionero de Kate Millett (1970). Como advierte la propia Rubin (1975: 103-104), sin embargo, no hay que confundir ambos conceptos, pues la fuerza del término sistema sexo-género reside en posibilitar alternativas al patriarcado. La distinción es más conveniente, si cabe, cuando hablamos de sociedades del pasado protohistórico, de las que conocemos apenas retazos de su configuración social.

Un análisis detallado del sistema sexo-género en la Edad del Bronce en Creta implicaría una comprensión profunda de los elementos materiales e ideológicos que lo sustentan junto con unas pautas metodológicas para su identificación a partir del registro material. Mi intención es bastante más humilde y sólo alcanza a señalar uno de los múltiples factores que, a mi juicio, impactan en el sistema sexo-género, a saber, el lugar que ocupan las actividades de mantenimiento en el seno de las comunidades.

Los trabajos de cuidados —y las actividades de mantenimiento como concepto que los aglutina— son una de las claves que intervienen en la estructura que pauta las relaciones entre hombres y mujeres. En sociedades patriarcales, cuando se produce la división sexual del trabajo, estas actividades se asignan mayoritariamente a las mujeres al tiempo que ellas son excluidas de los circuitos donde se negocia el poder. Esta dinámica forma un triángulo conceptual (fig. 9) entre cuyos términos no hay necesariamente una relación causal, pero su recurrencia ha sido constatada repetidamente.

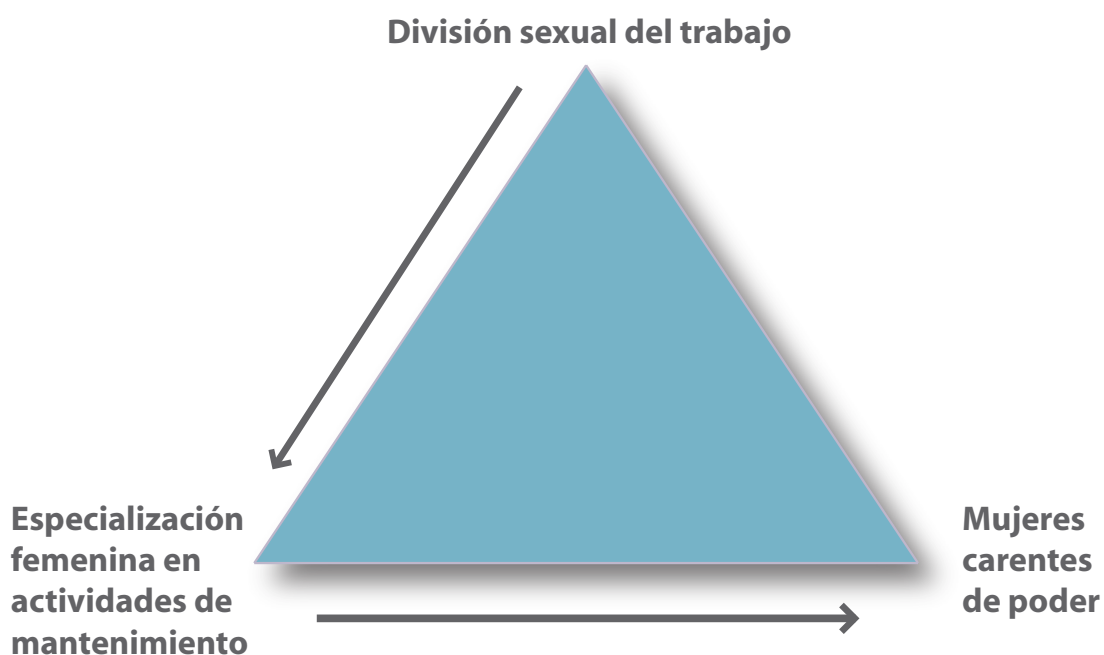


Fig. 9. Elementos relacionados entre sí en el seno de los sistemas sexo-género patriarcales.

Son numerosos los/as autores/as que han considerado la división sexual del trabajo la semilla que dará lugar a la desigualdad entre los sexos. Una semilla que se combina con otros elementos, como las normas de parentesco, la transmisión de la propiedad y los sistemas de

producción agrícola para hacer la desigualdad efectiva. La escuela del feminismo marxista es la que más ha insistido en situar la clave de la desigualdad en lo que ocurre una vez se instaura la división sexual del trabajo: en los sistemas patriarcales las mujeres son explotadas en virtud de su especialización en las tareas reproductivas y de cuidados<sup>22</sup> (Boserup, 1970; Engels, 1970 [1884]; Goody, 1976; Lévi-Strauss, 1991 [1949], etc.).

En efecto, la mayor parte de los grupos humanos practica la división sexual del trabajo en algún grado, aunque las características de dicha división son altamente contingentes. Entre los intentos más destacables por encontrar regularidades o patrones en este asunto destaca el estudio clásico de Murdock y Provost (1973) (tabla 3). En él, se mostraban datos relativos a 185 sociedades y su manera de asignar por sexos 50 actividades de subsistencia, artesanía y mantenimiento. Los datos constituían una foto fija de un momento concreto en la vida de las comunidades consultadas. El objetivo del trabajo consistía en aplicar un tratamiento estadístico a los datos para encontrar factores influyentes en la asignación sexual. Como se ve en la tabla 3, hay un buen bloque de actividades de mantenimiento (marcadas en gris) de las que se responsabilizan las mujeres en la mayoría de los grupos consultados, otras en que la asignación es menos predecible. No obstante, tan solo hay dos actividades con una asignación exclusiva, en este caso masculina, en todos los casos consultados: la caza de grandes animales marinos y la fundición del metal. La fuerza física y la asunción de mayores riesgos suponen, según Murdock y Provost (1973: 210-211), el factor que mayor impacto tiene en las actividades clasificadas como estrictamente o quasi-estrictamente masculinas. Respecto a los factores que influyen en los trabajos desempeñados por mujeres, Murdock y Provost confiaron en las tesis de Judith Brown (1970), cuyas tesis han tenido un largo recorrido en la literatura. Brown propuso que los trabajos femeninos, según el registro empírico, tendían a ser aquellos que «do not require rapt concentration and are relatively dull and repetitive; they are easily interruptible and easily resumed once interrupted; they do not place the child in potential danger; and they do not require the participant to range very far from home» (1970: 1075-1076).

---

22 Ver una revisión reciente en los capítulos 2-6 de Amorós y De Miguel (eds.) (2007).



### Asignación sexual de 50 trabajos en 185 sociedades

Trabajo	M	N	E	G	F	INDEX
1 Caza de grandes animales marinos	48	0	0	0	0	100
2 Fundición de minerales	37	0	0	0	0	100
3 Trabajo del metal	85	1	0	0	0	99,8
4 Explotación de árboles	135	4	0	0	0	99,4
5 Caza de grandes animales terrestres	139	5	0	0	0	99,3
6 Trabajo de la madera	159	3	1	1	0	98,8
7 Caza de aves	132	4	3	0	0	98,3
8 Manufactura de instrumentos musicales	83	3	1	0	1	97,6
9 Captura de pequeña fauna terrestre	136	12	1	1	0	97,5
10 Construcción de barcos	84	3	3	0	1	96,6
11 Trabajo de la piedra	67	0	6	0	0	95,9
12 Trabajo de huesos y conchas	71	7	2	0	2	94,6
13 Minería	31	1	2	0	1	93,7
14 Cirugía y recolocación de huesos	34	6	4	0	0	92,7
15 Carnicería	122	9	4	4	4	92,3
16 Recolección de miel salvaje	39	5	2	0	2	91,7
17 Clareado de bosques y terrenos	95	34	6	3	1	90,5
18 Pesca	83	45	8	5	2	86,7
19 Ganadería de grandes animales	54	24	14	3	3	82,4
20 Construcción de viviendas	105	30	14	9	20	77,4
21 Preparación de los suelos de cultivo	66	27	14	17	10	73,1
22 Confección de redes	42	2	5	1	15	71,2
23 Manufactura de cuerdas	62	7	18	5	19	69,9
24 Encendido de fuegos	40	6	16	4	20	62,3
25 Mutilación corporal	36	4	48	6	12	60,8
26 Preparación de pieles	39	4	2	5	31	54,6
27 Captura de pequeña fauna terrestre	27	3	9	13	15	54,5
28 Plantación de cultivos	27	35	33	26	20	54,4
29 Manufactura de objetos en piel	35	3	2	5	29	53,2
30 Recolección	10	37	34	34	26	45
31 Cuidado de cultivos	22	23	24	30	32	44,6
32 Ordeñado	15	2	8	2	21	43,8
33 Cestería	37	9	15	18	51	42,5
34 Cargar pesos	18	12	46	34	36	39,3

	<b>Trabajo</b>	<b>M</b>	<b>N</b>	<b>E</b>	<b>G</b>	<b>F</b>	<b>INDEX</b>
35	Manufactura de esteras y alfombras	30	4	9	5	55	37,6
36	Cuidado de animales pequeños	19	8	14	12	44	35,9
37	Conservación de carne y pescado	18	2	3	3	40	32,9
38	Tejer	24	0	6	8	50	32,5
39	Pesca de pequeña fauna acuática	11	4	1	12	27	31,1
40	Acopio de combustible	25	12	12	23	94	27,2
41	Manufactura de tejidos y ropa	16	4	11	13	78	22,4
42	Preparación de bebidas	15	3	4	4	65	22,2
43	Producción de cerámica	14	5	6	6	74	21,1
44	Recolección de frutos salvajes	6	4	18	42	65	19,7
45	Producción de lácteos	4	0	0	0	24	14,3
46	Hilar	7	3	4	5	72	13,6
47	Lavar tejidos y ropa	5	0	4	8	49	13
48	Abastecer de agua	4	4	8	13	131	8,6
49	Cocinar	0	2	2	63	117	8,3
50	Preparación de comidas vegetales	3	1	4	21	145	5,7

Tabla 3. Tabla con los datos recogidos por Murdock y Provost (1973: 207, tabla 1). M = actividad exclusivamente masculina, N = actividad normalmente masculina, E = actividad desempeñada igualmente por hombres o mujeres, G = actividad normalmente femenina, F = actividad exclusivamente femenina. El index refleja el porcentaje de «masculinidad» de cada actividad, siendo 100 que sólo se documenta desempeñada por hombres y 0 sólo por mujeres.

Pronto se puso en tela de juicio que la crianza en sí misma supusiera un freno a la participación productiva de las mujeres (p.e. Nerlove, 1974), ya que puede organizarse de diversas formas con cuidadores/as alternativos. Asimismo, hubo quien cuestionó que los trabajos femeninos como la cocina o el trabajo en el telar pudieran interrumpirse con facilidad (Nordquist, 1997).

Quizás una manera más interesante de observar los motivos que dictan la asignación de trabajos por sexo sea entender qué implicaciones tienen las actividades productivas y de mantenimiento en las estructuras sociales de poder. En efecto, el aspecto crucial de las actividades de mantenimiento no es tanto su carácter repetitivo, rutinario o que se desempeñen en espacios cotidianos. Lo verdaderamente determinante es que al estar especializadas en el vínculo, el cuidado y la relación, hay algo estructural en ellas que desincentiva el ejercicio

de un poder dominador. Son trabajos en sí mismos altruistas (Yanagisako, 1979: 187), que fomentan la identidad relacional de quien las realiza (como ya hemos visto) y que, además, limitan el contacto con personas ajenas al grupo de parentesco, impidiendo así el acceso a las redes principales de negociación de poder en las sociedades complejas (Costin, 1991)<sup>23</sup>. Además, no acumulan ni producen más que bienes de consumo inmediato, lo que impide que compitan por el poder material de sus comunidades.

Los sistemas patriarcales no sólo explotan la capacidad reproductiva y material de las mujeres, también les imponen la responsabilidad de mantener bien lubricadas las relaciones sociales y los vínculos emocionales imprescindibles para el buen funcionamiento del grupo, lo que a su vez retroalimenta su identidad relacional, que las aleja de aspirar a posiciones de poder (Hernando, 2005). Este es el mecanismo propio y particular de la dominación en razón de sexo, que no se limita a cuestiones materiales como podrían ser las desigualdades de clase, sino que afecta al espinoso ámbito de la identidad, las emociones, el cuidado y los afectos (Lozano, 2012). Por suerte, las actividades de mantenimiento constituyen la expresión material de este ámbito vital, haciéndolo accesible a través del estudio arqueológico.

Aquí es necesario hacer un inciso para definir qué entendemos por poder y en qué se diferencia de otro concepto muy cercano: el prestigio. En este trabajo, el poder se entiende en dos de sus acepciones: como poder material que acapara medios de producción, plusvalías y trabajo, y también como la capacidad de tomar decisiones que afectan —a menudo negativamente— a la vida y el destino de otras personas, lo cual incluye el poder normativo de las instituciones. Mientras el poder forma parte de la esfera material y siempre conlleva dominación, el prestigio pertenece a la esfera de lo ideológico o simbólico y no implica necesariamente dominación (Ortner, 1996: 172, citado en Hernando *et al.* 2011). El prestigio podría equipararse a lo que Bourdieu (1977: 171-183) denominó capital simbólico. En antropología, el concepto de prestigio (que a menudo se equipara con estatus) es central en las discusiones en torno a sociedades igualitarias. Como explica Wiessner (1996: 5):

«Prestige is the only form of accumulation permitted in many societies with a strong egalitarian ethos; accordingly, so-called “prestige economies” develop. This is partly

---

23 Recientemente se ha señalado la relación de los hombres con la afinidad y de las mujeres con la consanguinidad en sociedades de cazadores-recolectores (Hernando, 2010; Hernando *et al.*, 2011).

because the benefits of prestige accumulation filter out to others in the form of material goods distributed in exchange for status and/or the protective umbrella of a prestigious reputation, which can cover both high-ranking individuals and their fellow group members.»

Si bien las actividades de mantenimiento no implican poder en sí mismas, nada impide que puedan gozar de prestigio. Su prestigio, como espero poder ampliar en la sección de metodología, puede observarse a través de su presencia en espacios públicos, lo que puede leerse como un signo de reconocimiento social del trabajo y de la persona que lo realiza<sup>24</sup>. Una idea similar defendía la antropóloga Michelle Rosaldo (1974) cuando afirmaba que a mayor separación entre lo público y lo doméstico mayor discriminación sufrían las mujeres.

Propongo que el análisis de las actividades de mantenimiento nos puede dar pistas acerca del estado del desarrollo (o la ausencia) de un sistema patriarcal. A través de su análisis en detalle podemos ver si éstas se desarrollan en total segregación respecto al resto de trabajos (y, por tanto, podemos intuir una división sexual del trabajo) y si forman parte de los circuitos de prestigio o no. En una sociedad de perfil patriarcal acusado, cabría esperar que los trabajos de cuidado se desempeñen en espacios completamente segregados y carentes de prestigio. En una con perfil patriarcal más tenue o con sistema sexo-género relativamente igualitario cabría esperar una convivencia más estrecha entre los trabajos productivos y de mantenimiento a la vez que la presencia de los trabajos de cuidado en ámbitos o eventos públicos, a través, por ejemplo, de la cultura material que les es propia.

### *3.1.5. Los límites del estudio de las actividades de mantenimiento*

El concepto de actividades de mantenimiento deriva de una reflexión situada en el presente donde la diferencia entre producción y reproducción, o producción y mantenimiento, es bastante clara dado el grado de especialización tan alto que existe en las sociedades actuales. Pero en el pasado estas divisiones no eran tan diáfanas y las fronteras entre la producción, el mantenimiento, lo ritual, etc., son difíciles de acotar, especialmente cuando sólo se cuenta con las evidencias proporcionadas por el registro material. Una misma actividad puede cumplir

---

<sup>24</sup> Ver un argumento similar en Sánchez-Romero, 2011: 16.

funciones en varios ámbitos. Por ejemplo, la elaboración textil puede servir para abastecer de prendas y tejidos a una unidad familiar o puede ser una fuente de productos de intercambio. La cocina puede satisfacer las necesidades nutricionales de los miembros de la familia o puede ser parte de acontecimientos grupales en donde entren en juego otros parámetros que superan los límites del cuidado y la nutrición. ¿Cuándo una actividad deja de satisfacer necesidades básicas y cómo se detecta en el registro arqueológico? ¿Dónde empiezan y dónde terminan las actividades de mantenimiento?

Las dudas se acrecientan a la hora de diferenciar entre mantenimiento y producción. Como decía más arriba, los productos de las actividades de mantenimiento son de consumo inmediato o casi inmediato. Hay algunas de ellas para las que no caben dudas, como los trabajos de crianza maternal, la socialización infantil o los relacionados con la salud y la higiene que en toda circunstancia pertenecen a la esfera del mantenimiento. Pero, en contrapartida, son los trabajos con una presencia material más tímida y los que resultan más complicados de estudiar en sociedades ágrafas (aunque ver p.e. Sánchez Romero, 2006; Sanahuja Yll, 2007; Sánchez Romero, 2007). En los casos de la actividad de cocina y la elaboración textil (que son el objeto concreto de esta tesis doctoral) los límites son mucho más complejos de determinar. Su producción se puede intensificar hasta constituir una fuente de recursos destinados al intercambio o al pago de tributos. A veces, la existencia de talleres especializados claramente distinguibles en el registro arqueológico facilita la tarea. Pero en numerosas ocasiones son las mismas unidades domésticas, los mismos agentes — a menudo, con la misma cultura material— quienes realizan el trabajo para cubrir los dos tipos de necesidades. Ello constituye todo un desafío metodológico bien conocido en la arqueología del Egeo (Schofield, 1978; Branigan, 1983; Tournavitou, 1988; Smith, 2002 para un caso en Chipre). Las estrategias para distinguirlos pasan por cuantificar las evidencias para detectar indicios de intensificación en la producción, pero en la práctica no siempre los resultados son concluyentes.

Otra tensión teórico-metodológica es la que opone mantenimiento a especialización. Se entiende que las personas encargadas de llevar a cabo las actividades de mantenimiento no se dedican en exclusiva a una de ellas, no son lo que se denomina en arqueología «especialistas a tiempo completo»; es decir, personas que trabajan en una actividad no relacionada con la subsistencia. En general, la existencia de la especialización se detecta en el registro arqueológico por las características formales de los objetos artesanales, como la estandarización, la

técnica o la exclusividad de los materiales, características que también se entienden como ajenas a los trabajos de mantenimiento. Sin embargo, recientemente, en el estudio sobre el Bronce Antiguo en Creta, se han puesto en tela de juicio los marcadores tradicionales de la especialización y se ha llamado la atención sobre cómo la variedad de patrones productivos entre lo doméstico subsistencial y el taller con artesanos/as profesionales es muy amplia (Day *et al.*, 1997; Whitelaw *et al.*, 1997). La especialización es, en realidad, un amplio espectro que afecta en grados diferentes a las distintas partes de los procesos productivos. Puede haber especialización de recursos, funcional, de productores, de materias primas, etc. Es decir, las actividades de mantenimiento también podrían crear objetos especializados (telas y cerámicas, sobre todo) como tendremos ocasión de ver a lo largo de los próximos capítulos.

En mi opinión, es precisamente en estas fronteras difusas entre un recurso de cuidados y un recurso económico más amplio donde se materializa con mayor claridad el complejo papel que desempeñan las actividades de mantenimiento y el valor social al que están asociadas (como así se demostró, por ejemplo, en los trabajos pioneros de Brumfiel [1991] y Hastorf [1991]).

Hay quienes consideran la preparación de alimentos como parte de las actividades de subsistencia, o la producción textil como parte de las actividades artesanales, ahorrándose los problemas metodológicos que acabo de exponer. Pero recordemos que, por muy complicado que sea reconocer sus límites, es imprescindible singularizar los trabajos que sacan adelante las necesidades de cuidado y bienestar para evitar la constante invisibilización de este aspecto de la vida humana.

### **3.2. La preparación de alimentos y la elaboración de tejidos: consideraciones generales**

La preparación de alimentos y la elaboración de tejidos comparten la circunstancia de ser dos de las actividades de mantenimiento con una presencia material en el registro arqueológico más contundente. Además, en varias ocasiones han sido analizadas de manera conjunta, bien como prácticas femeninas, bien como actividades predominantes de las unidades domésticas (Brumfiel, 1991; Hastorf, 1991; Hendon, 1997; Curià *et al.*, 2000; Sorensen, 2000; Alarcón

García y Sánchez Romero, 2010; Webb y Frankel, 2011). Sin embargo, la atención dedicada a la cultura material relativa a la manufactura textil (en especial fusayolas y pesas de telar) y la cocina (cerámica de cocina, molinos de piedra, etc.) cuenta a menudo con importantes lagunas. La prioridad otorgada a los objetos de lujo, los decorados y los que evidencian relaciones a larga distancia ha ralentizado el interés por los artefactos domésticos. A continuación, haré un repaso sucinto a cómo se han tratado en arqueología ambas actividades. En el caso de la cocina, además, nos detendremos a explicar las relaciones que ésta guarda con el estudio de la comensalidad.

### 3.2.1. *La cocina*

Desde hace ya varias décadas, todas las ciencias sociales han reconocido la importancia social y política de la comida más allá de su inherente valor nutricional o económico. Se sabe que la preparación y el consumo de alimentos son prácticas que encierran potentes cargas de significado cultural, que intervienen de forma trascendental en la negociación, contestación y construcción de las relaciones sociales y de poder, así como en la formación y transformación de la identidad. El contenido semántico de la comida tiene mucho que ver con su dimensión sensorial. Nutrirse no es sólo conseguir el combustible necesario para que nuestro cuerpo funcione, también es activar todo un mecanismo de comunicación que pasa por nuestros cinco sentidos, esquivando el filtro racional de la mente (Hamilakis, 1998; Sánchez Romero, 2011: 24-25). La alimentación y todo lo que gira en torno a ella constituye el verdadero núcleo material y simbólico de la vida cotidiana, y, por extensión, de la vida en general.

La antropología y la sociología han sido las disciplinas que ha marcado el paso y las que han proporcionado algunos de los estudios más influyentes<sup>25</sup>, como los elaborados por Levi-Strauss (1969), Mary Douglas (1975b, 1980), Appadurai 1981, o Jack Goody (1982). El tema de la comida ha pasado por el tamiz de varias escuelas de teoría social tales como el funcionalismo, el estructuralismo, el postestructuralismo o el marxismo, cada una de las cuales ha elaborado sus propias agendas<sup>26</sup>. Sin embargo, en la mayoría de los casos, es la práctica del

---

25 Ver una de las últimas revisiones respecto al asunto de la comida en antropología en Mintz y DuBois (2002).

26 Ver un repaso de las mismas en Lupton (1996).

consumo lo que ha acaparado la atención, ignorando recurrentemente la importancia cultural y social presente en la preparación y cocinado de los alimentos en la vida cotidiana. Fue con la emergencia del feminismo y su inclusión de lo doméstico en los estudios sociales cuando la cocina fue analizada y, en particular, el papel de las mujeres como cuidadoras responsables de la alimentación familiar y las asimetrías de poder que ello les supone (por ejemplo, Cowan, 1983; McIntosh y Zey, 1989; DeVault, 1991; Allen y Sachs, 2007).

A la comida se le atribuye una potentísima carga simbólica en tanto que transforma lo natural en cultural. En palabras de Parker Pearson: “The ‘natural’ world out there must be brought into our ‘cultured’ bodies through the ambiguous zone of the mouth. Animal feed but humans eat, in a myriad different cultural forms” (2003: 1). Lo que a menudo se pasa por alto es que para consumir alimentos aptos para nuestros cuerpos *culturados* se necesita transformarlos y la cocina es el paradigma de dicha transformación. Después del gran paso cultural que fue la domesticación de las especies, la cocina es, probablemente, el trabajo más relevante en la capacidad humana de convertir lo natural (crudo) en cultural (cocinado) (Montón Subías, 2002: 12, basándose en Lupton 1996). Precisamente, hay quien ha reconocido el valor que tuvo la cocina entre los primeros homínidos, proporcionando una gran ventaja evolutiva al favorecer un descenso en la cantidad de energía necesaria para la digestión (Cordón, 1980; Wrangham, 2009), así como las ventajas de los recipientes culinarios, que no suelen ser destacadas suficientemente, pero que contribuyeron en buena medida a mejorar la higiene, la salud y la alimentación de los grupos humanos (Colomer i Solsona, 1996)

En arqueología, los estudios en torno a la comida también han gozado de un interés creciente (Bray, 2003; Parker Pearson, 2003; Halstead y Barrett, 2004; Mee y Renard, 2007; Twiss, 2007a; Aranda Jiménez *et al.*, 2011a; Collard *et al.*, 2012). Podríamos decir que la literatura bascula entre dos polos: los estudios con un fuerte componente técnico que analizan los aspectos nutricionales y medioambientales de los restos botánicos y de fauna, y, por otro lado, aquellos que se preocupan por los aspectos sociales y culturales de la comida (Parker Pearson, 2003: 1-30). Las temáticas que predominan en la literatura incluyen cuestiones de dieta, de gestión de recursos, sistemas de producción, distribución y consumo, así como la expresión de identidades a través de la comida y las dinámicas de poder que estas suponen. Tal variedad, sin embargo, esconde una ausencia notoria. El foco se centra o bien en la producción de comida o bien en su consumo. Como si una grieta hubiera engullido lo que pasa entre ambos,



la cocina y su impacto en las personas que la realizan ha estado sólo tímidamente tratada en la literatura arqueológica. Sólo en los últimos años han aparecido líneas de investigación que examinan las dimensiones culturales, sociales y políticas de la cocina doméstica.

Entre ellas, me gustaría destacar los estudios recientes sobre los contactos culturales y coloniales. Muchos/as autores/as se han percatado de que la cultura material relacionada con la cocina doméstica encierra información valiosa respecto al grado en que un determinado lugar se ve alterado por contactos con una cultura externa. El carácter conservador de las costumbres cotidianas se ha convertido en un sólido indicador de cómo y cuánto permean o se transforman las costumbres traídas por gentes foráneas (ejemplos en la arqueología del Mediterráneo: Delgado y Ferrer, 2007; Spagnoli, 2010; Bunimovitz, 2011; Webb y Frankel, 2011; Yasur-Landau, 2011).

Otras aproximaciones al mundo de la cocina, como las que proporciona *The Menial Art of Cooking*, editado por Graff y Rodríguez-Alegría (2012) y buena parte de las contribuciones en *Women and Men in the Prehispanic Southwest*, editado por Crown (2000a), sitúan el énfasis en los agentes encargados de cocinar y su papel crítico en el seno de las comunidades. Por último, son también crecientes los estudios que analizan los aspectos técnicos de la cocina, lo que algunos/as autores/as han englobado bajo el término *cuisine* (Crown, 2000b) y que se define como el conjunto de normas culturales en torno a las formas apropiadas de cocinar cada comida, condimentar los alimentos, el número de comidas diarias y su esquema, la manera de servir, los usos de la comida en momentos especiales y los tabús alimenticios (ver un ejemplo en Atalay y Hastorf, 2006)

### *Cocina y comensalidad*

La cuestión de cómo las prácticas en torno a la comida influyen en la negociación del estatus y el poder merece una mención aparte. Desde la antropología se considera que toda ocasión social que reúne a quien alimenta y a quien es alimentado es susceptible de generar sutiles influencias (Wiessner y Schiefenhövel, 1996). Tal y cómo lo expresa Wiessner (1996: 8):

«Let there be no doubt, though, that all such occasions include subtle relations of influence or even dominance on the part of the nurturant. With the family in the grip of a well-prepared meal, women may make their opinions heard, a visitor may be put

in a position of gratitude by the hospitality of this host, and those who are generous in times of feasting may later call in their debts.»

En particular, son los llamados eventos de comensalidad los que han suscitado más análisis en torno al binomio comida-poder. La variedad de eventos documentados impide formular una definición muy precisa, pero en su sentido más amplio podemos decir que un evento de comensalidad es aquel constituido por el consumo comunal y abundante de comida y bebida, a menudo ritualizado y que suele incluir un gran número de personas (Dietler y Hayden, 2001: 3-7; Hayden, 2001). Los esfuerzos más fructíferos por clasificar los distintos tipos de eventos de comensalidad o festines —como comúnmente se conocen, sobre todo en su acepción inglesa, *feasts*— fueron realizados por Michel Dietler (1996, 2001) y Brian Hayden (1996, 2001). Ambos autores parten de intereses y bases teóricas muy distintas entre sí. Mientras Dietler procede de la tradición de la teoría social y su trabajo se preocupa por la relación entre cultura y poder, Hayden parte de una aproximación evolucionista y cercana a la ecología cultural, y sus intereses se centran en las implicaciones de los festines en la evolución de las estructuras sociopolíticas. Sin embargo, sus esquemas se solapan en buena medida. Los festines se pueden clasificar en función de multitud de criterios (como la función, su tamaño, su grado de obligatoriedad, su uso de determinados objetos, etc., ver listado en Hayden, 2001: 35-36) y al mismo tiempo pueden tener diversos propósitos, los cuales podrían resumirse en tres: o bien se organizan para reforzar vínculos comunitarios o bien para adquirir beneficios de diverso tipo (económico, ideológico, político, social, etc.) o bien para consagrar y legitimar un determinado orden asimétrico. Sin embargo, cualquier clasificación corre el riesgo de simplificar en exceso la realidad porque, sin duda, los festines son eventos altamente polisémicos (Aranda Jiménez *et al.*, 2011b) y en ellos las dinámicas de poder pueden darse en muchas direcciones y esferas (Hamilakis y Sherratt, 2012). Lo más prudente es ajustarse a las características que presentan en cada contexto cultural.

En general, los/as autores/as coinciden en señalar una frontera diáfana entre festines y el consumo cotidiano de comida. Es más, la definición de festín se formula como práctica contrapuesta a la experiencia cotidiana de la alimentación. Así, los festines se definen con características que se consideran ausentes de la cotidianidad: ritualidad, excepcionalidad, agregación de grandes grupos y abundancia de comida. Las comidas cotidianas serían, en comparación, moderadas en todos los sentidos (Twiss, 2007b: 51, citando a diversos autores).

Sin embargo hay quienes han señalado que, a menudo, hay una relación metonímica entre la comida diaria y los festines (Douglas, 1975a). Hay evidencias etnográficas que apuntan que los mismos alimentos, con la misma cultura material, pueden estar presentes en los dos modelos de consumo, incluso en los mismos espacios (Twiss, 2007b: 55), por lo que autoras como Twiss (2007a: 51) reclaman la necesidad de concebir la experiencia del consumo no como opuestos sino como un continuo de prácticas que va desde el consumo esporádico de pequeños alimentos al mayor de los banquetes. Parece lógico asumir que todo acto de comida ritualizada parte, de un modo u otro, de la experiencia de la comida doméstica, y de hecho la preparación de banquetes es, en multitud de casos, parte de la responsabilidad de los *households* (Hendon, 1996: 50-51).

Los encuentros grupales en que se ingiere comida y bebida son escenarios privilegiados para desplegar políticas de poder y prestigio porque las potentes experiencias sensoriales, emotivas y mnemónicas que implican sirven de camuflaje a los discursos de poder y disminuyen la posibilidad de contestación (Wiessner, 1996: 8; Hamilakis, 1998: 118, tomando ideas de Connerton 1989). Los esfuerzos y recursos invertidos en los eventos de consumo comunal se transforman en valiosos activos, o usando el léxico de Bourdieu (1977), en «capital simbólico» (Aranda Jiménez *et al.*, 2011b: 2). Además, proporcionan el escenario ideal para definir y legitimar categorías sociales, entre ellas el género. Tal y como explica Dietler (2001: 90-93), las ocasiones de consumo grupal pueden marcar las diferencias y asimetrías de género de dos maneras: o bien escenificando diferencias visibles en el evento en sí (ofreciendo diferente comida para hombres y mujeres, diferentes cantidades, diferentes posiciones en el evento, etc.), o bien a través de las diferencias en su contribución al trabajo y en el reparto de beneficios. En muchas ocasiones, el trabajo femenino es el que posibilita el festín pero son los hombres quienes se llevan la mayor parte de su beneficio. Es bastante común que las mujeres aporten el trabajo culinario, agrícola y de servicio para las prácticas políticas masculinas. De hecho, Dietler y Herbich (2001: 249-256) han comprobado el vínculo frecuente que se establece entre la costumbre de la poliginia y el poder político masculino, precisamente por este trabajo que ellas sacan adelante y que constituye un valiosísimo recurso. Un caso arqueológico paradigmático fue documentado por Hastorf (1991) en las poblaciones prehispánicas sausa, pertenecientes al subgrupo de pueblos peruanos wanka. La llegada del poder inca supuso la creación de una organización política regional antes inexistente, que

se sustentó en nuevas obligaciones rituales como, por ejemplo, el consumo comunitario de la chicha, una cerveza con base de maíz. Hastorf pudo comprobar, a través del estudio de isótopos estables en esqueletos, una diferencia considerable en la dieta a base de maíz entre hombres y mujeres. Antes de la llegada del poder inca, hombres y mujeres tenían la misma dieta, incluyendo, por tanto, cantidades similares del consumo de chicha. Después, son los hombres quienes parecen incrementar significativamente el consumo de maíz, a pesar de que el trabajo agrícola y la preparación de la chicha siguen siendo trabajos asignados a las mujeres.

Pero no siempre la presencia de trabajo femenino en los eventos de comensalidad implica explotación, hay casos más equilibrados en donde el trabajo se reparte y en los que las mujeres comparten el estatus y el beneficio político de su trabajo, o incluso ocasiones en que son ellas las que disfrutan de un papel central por la hospitalidad que ellas mismas dirigen. El estudio de Gero (1992) constituye un ejemplo paradigmático. En él, Gero analiza las prácticas de comensalidad en el poblado peruano de Queyash Alto durante el Periodo Intermedio Antiguo (200 a. C.-600 d. C.). En la evolución de las relaciones de género que ella observa a través de los festines, hay un primer momento en que las mujeres y su trabajo disfrutan de un papel central y prominente en las celebraciones de banquetes en los cuales los anfitriones son clanes poderosos que buscan acumular prestigio y saldar deudas (Gero, 1992: 18). Ello se debe a un sistema de parentesco que proporciona altas cotas de poder y de control de los medios de producción a las mujeres y a una escasa segregación sexual del trabajo (Gero, 1992: 24-25). Un caso semejante es el de Chipre, donde se ha comprobado la participación femenina en los banquetes funerarios durante el Bronce Final. Allí, hay mujeres enterradas con equipos de bebida e incluso alguna evidencia iconográfica con escenas de banquetes donde hombres y mujeres coinciden (Steel, 2002: 111). Según Steel (2002: 113), hay suficientes evidencias que demuestran que a ciertas mujeres de la élite no se las excluía de las ceremonias de comensalidad donde se reforzaba la pertenencia al grupo.

Siempre que se dan negociaciones de prestigio o actividades ceremoniales que descansan en recursos transformados en comida por las mujeres es lícito reconocer su posición crucial en ámbitos que traspasan lo doméstico (Crown, 2000b: 227-228).

### 3.2.2. *La elaboración de tejidos*

La elaboración de tejidos ha gozado de muchísima menos atención que la alimentación en las ciencias sociales, y por extensión en arqueología. Una buena parte de los estudios se centra, sobre todo, en los detalles técnicos del trabajo textil, en la organización y el carácter de la producción, en los patrones de consumo y, sobre todo, en las características del producto final (p.e. Jenkins, 2003), ignorando en buena medida el aspecto antropológico relacional y de cuidados implícito. Mientras los análisis que analizan el fenómeno desde un punto de vista general son escasos, en la literatura abundan los trabajos particulares de regiones o épocas muy concretas (p.e. Seibold, 1990).

En general, aunque no siempre de forma explícita, se le atribuye un papel secundario en el desarrollo cultural:

«Weaving in itself is not regarded as a crucial technology; it is not one of the factors, such as horses, ships, or metallurgy, that determine the fate of social formations. It is not a cutting-edge, a strategic technology. Consequently, the supervision of weaving output may not be a very crucial matter for the community. It is, however, an activity which, with the added value invested in it and the relatively long utilization of its products, produces wealth when traded or gives prestige when presented as gift.»  
(Tzachili, 2007: 194).

Esta cita, aunque anecdótica, revela los prejuicios que a veces subyacen en torno al mundo de la elaboración textil y que, quizás, sean la causa que ha ralentizado el conocimiento que tenemos, sobre todo, de su dimensión social. Sin duda, la autora de la cita tiene una idea de lo que son las «tecnologías estratégicas» muy cercana a la visión androcéntrica de la Historia. Como venimos recordando en este capítulo, la elaboración textil, en tanto que actividad de mantenimiento, es uno de los trabajos que sustentan y posibilitan el desarrollo de la vida, pero cuyo papel en el cuidado no ha sido suficientemente recalado. En cualquier grupo humano, antes que ninguna otra función, los tejidos satisfacen la necesidad básica de abrigo, aportando una cobertura contra el calor o el frío, complementos suaves para el confort, o escudos que garantizan la privacidad (Bender Jørgensen, 2007: 7). Además, intervienen en multitud de trabajos cotidianos proporcionando todo tipo de cuerdas, cordones, aperos y

correas. Más allá de estas funciones utilitarias cotidianas, los tejidos también intervienen en otros dos niveles: son un potente medio de comunicación de la identidad (de estatus, de etnia, de género, de edad, etc.) y en sociedades complejas pueden ser un producto de intercambio que en general suele considerarse de lujo. Estos últimos son los dos aspectos que más se han tratado en la literatura arqueológica.

En arqueología, las obras clave en torno a la elaboración textil en culturas pre- y protohistóricas son relativamente recientes. Tras los trabajos tempranos de Elizabeth Barber (1992; 1994) y Stig Sørensen (1991, 2000), en los últimos años las monografías se han multiplicado (Gillis y Nosch, 2007; Andersson *et al.*, 2008; Burke, 2010; Nosch y Laffineur, 2012). Los estudios históricos sobre la Antigüedad también disfrutaron de un interés renovado en el tema de los tejidos, aunque en este caso, con una atención particular a los elementos de lujo, como los tintes púrpura y su papel en las redes de intercambio de las élites (Alfaro *et al.*, 2004; Alfaro y Karali, 2008).

Dentro de la arqueología feminista el trabajo textil sí ha sido un objeto de estudio frecuente, especialmente prolífico en la arqueología americana (ver referencias en Hendon, 1996: 53). Los casos en que este trabajo se vincula estrechamente con las mujeres son innumerables a lo largo y ancho del globo, incluyendo nuestra propia cultura, la cual alberga abundantes mitos y costumbres que atestiguan dicha relación (González Marcén y Picazo Gurina, 2005: 141-143). El vínculo entre el trabajo textil y las mujeres es un asunto recurrente en la literatura. Barber comprobó que en muchas de las culturas del Bronce y del Hierro mediterráneo de las que tenemos textos, el trabajo textil también se asocia a las mujeres, lo que la autora traslada a las culturas, como la minoica, de la que tenemos menos certeza por falta de textos o apoyos iconográficos. Siguiendo ideas de Brown (1970), Barber cree que el trabajo de hilar y tejer es compatible con el cuidado de la prole, lo que contribuye a maximizar la participación económica de las mujeres (Barber, 1992: 289). A ello, añadiría Nordquist (1997), en su estudio sobre la producción textil en el Egeo, que hilar es un trabajo que pueden aprender los individuos infantiles con relativa facilidad, ya que no requiere una fuerza física extraordinaria. Además, iniciar a los/as niños/as en el hilado tiene la ventaja de hacerles partícipes de los trabajos productivos muy temprano, sin poner en peligro su integridad física. No obstante hay quien discrepa de los criterios de Brown, como por ejemplo Lucia Nixon (1999), quien cuestiona la idea de que el trabajo textil no necesite una intensa concentración y pueda ser

interrumpido y retomado constantemente. De hecho, argumenta —quizás no sin razón— que ningún trabajo es por definición compatible con el cuidado de los/as niños/as. Nixon propone que quizás para explicar la frecuente asociación de las mujeres con el trabajo textil habría que explorar con más empeño la cuestión de la división del trabajo por edades, ya que podría ser que las mujeres más jóvenes y las más mayores, sin dependientes a su cargo, sean quienes realicen los trabajos.

Como ya apunté más arriba, una peculiaridad de la elaboración textil en sociedades antiguas es la dificultad que entraña distinguir, a partir del registro arqueológico, la producción privada para el consumo de los miembros de una unidad doméstica (lo que sería en esencia la actividad de mantenimiento), de la que se destina al intercambio y excede las necesidades básicas de autoabastecimiento<sup>27</sup>. Bien por las dificultades metodológicas que señalaré más abajo, bien por el carácter del trabajo en sí, veremos a lo largo de los próximos capítulos que siempre es una cuestión de difícil respuesta.

---

<sup>27</sup> Ver, por ejemplo, el caso descrito por Kemp y Vogelsang-Eastwood (2001) sobre la ciudad de Amarna en el Egipto del Imperio Nuevo.





## CAPÍTULO 4.

# EL ANÁLISIS DE LAS ACTIVIDADES DE MANTENIMIENTO EN CRETA. OBJETIVOS Y MÉTODO

### 4.1. Introducción

El concepto de actividades de mantenimiento no ha sido tratado como tal en la arqueología minoica<sup>19</sup>, pero en los últimos años ha habido un interés renovado por el ámbito de lo doméstico que, a veces, ha llevado implícitas reflexiones similares a las que componen el ideario de los trabajos cotidianos que aquí presento. Por ejemplo, Knappett (2009) reflexionaba recientemente sobre la posibilidad de aplicar la organización de las unidades domésticas a las unidades comunitarias más amplias, sugiriendo que quizás los llamados *households* eran replicados en su lógica interna a distintas escalas. De alguna forma, lo que Knappett proponía era considerar lo doméstico como una fuente privilegiada de códigos culturales que pueden aplicarse en otros ámbitos, una de las ideas que también inspira esta tesis doctoral.

Por su parte, Tomkins (2004: 47) al estudiar la cerámica del Neolítico en Knossos, señaló que la estabilidad del conocimiento y la ausencia de innovación deben entenderse en un sentido más activo. La estabilidad en la cerámica no debería considerarse una simple característica conservadora. Si el comportamiento en el pasado se entiende como acciones de actores conscientes, entonces la sucesiva recreación del mismo tipo de recipiente, usando las mismas técnicas durante muchos siglos, debe entenderse como un intento dinámico y deliberado de mantener la continuidad entre pasado y presente, así como de reforzar la cohesión del grupo. Esta es una de las primeras veces que, en el contexto de la arqueología protohistórica cretense, se conciben la estabilidad y la continuidad en la cultura material como decisiones conscientes, aunque Tomkins no llegue a describir las implicaciones más profundas de su reflexión: la estabilidad es una característica necesaria para el desarrollo de cualquier grupo humano y de ella son garantes las actividades de mantenimiento.

Recientemente, ha visto la luz la monografía de un congreso celebrado en 2005 que aunó investigadores/as interesados/as en el ámbito de las unidades domésticas en Creta. La obra,

---

<sup>19</sup> Solo recientemente, el término ha sido mencionado por Nikolaidou y Hitchcock (2012).

titulada *Stega: the archaeology of houses and households in ancient Crete* y editada por Glowacki y Vogeikoff (2011), recoge contribuciones que abarcan desde el Neolítico hasta los tiempos del Imperio romano y contiene los grandes temas transversales que hoy en día ocupan las agendas en la investigación del mundo doméstico. Entre ellos destacan los estudios de la arquitectura doméstica o vernácula<sup>20</sup>, el estudio de la identidad de las élites a través de sus casas, los aspectos simbólicos de los hábitats<sup>21</sup>, los rituales domésticos y la identificación de actividades. Las referencias a las cuestiones de género en los ámbitos domésticos son, hasta la fecha, marginales para la época protohistórica (Glowacki y Vogeikoff-Brogan, 2011: 8). Esta obra es, no obstante, el último exponente de una tradición de estudios minoicos sobre lo doméstico que arrancó varias décadas antes (Faure, 1973; Darcque y Treuil, 1990; Hägg, 1997; Westgate *et al.*, 2007).

Por último, me gustaría citar brevemente a Stella Souvatzi (2012), porque aunque su obra trata del Neolítico en el norte de la Grecia continental (lo que no se corresponde con el ámbito crono-cultural de mi trabajo) sus aportaciones respecto al estudio de los contextos domésticos de la prehistoria griega son esclarecedoras. Algunas de sus ideas principales también han inspirado mi trabajo. Souvatzi considera los llamados *households* como las unidades más activas en la creación y reproducción de la vida social en general. En particular, defiende el intenso intercambio entre las escalas micro y macro de la vida social y explora, a través del registro arqueológico (la arquitectura, la producción artesanal, la práctica ritual y los enterramientos intramuros) las contradicciones y tensiones entre la comunidad y la organización doméstica.

A continuación, continúo con una descripción breve del estado de la cuestión en lo que respecta a la actividad de cocina y la elaboración textil en la Creta de la Edad del Bronce. A lo largo de los capítulos donde se aborda el análisis de los casos de estudio habrá tiempo para matizar y desarrollar las ideas expuestas aquí.

---

<sup>20</sup> El estudio de la arquitectura minoica ha gozado de una atención creciente desde los años ochenta del siglo pasado (McEnroe, 1982; Preziosi, 1983; Palyvou, 1987; Darcque y Treuil, 1990, entre otros) y más recientemente Letesson (2009).

<sup>21</sup> Aquí cabría destacar los vínculos que se aprecian entre el mundo de las casas y de las tumbas durante el Periodo Prepalacial (Soles, 1992; Cadogan, 2011).

## 4.2. Cocinar en la Creta minoica

La investigación sobre los espacios y objetos de cocina en la Creta minoica ha sido bastante escasa, concentrándose la mayor parte en la fase neopalacial. Durante mucho tiempo, se pensó que en Creta, pasada la época del Neolítico, la gente utilizaba braseros portátiles para cocinar, probablemente al aire libre, en lugar de instalaciones fijas, dada la escasez de espacios encontrados que pudieran calificarse como cocinas. Con el avance de los trabajos de campo, esta realidad cambió y fueron apareciendo habitaciones provistas de hogares fijos, recipientes culinarios, restos botánicos y de fauna, y herramientas de piedra, que obligaron a replantear la cuestión. Aún así, el número de cocinas identificadas siguen siendo poco abundante si se compara con el número ingente de recipientes culinarios que se recuperan en las excavaciones, lo que hace que persista la idea de una actividad de cocina que en muchos casos se practica en el exterior (en patios o en los tejados de las casas). Si bien es cierto que la práctica de la cocina al aire libre se constata a menudo, el número de ejemplos registrados en interior es suficiente para poder plantear, por ejemplo, en qué edificios hay instalaciones fijas de cocina y en cuáles no, o a qué se debe que en ocasiones se dediquen esfuerzos materiales a construir espacios de cocina fijos y en otras no.

No hay muchos trabajos que describan la actividad de cocina propiamente dicha<sup>22</sup>. Ello resulta sorprendente sobre todo porque en los últimos años ha habido un interés renovado en el tema de la comida y la bebida como elementos a través de los cuales entender dinámicas políticas o sociales en la Edad del Bronce cretense. Pero el acento ha sido puesto, fundamentalmente, en el consumo, no en el cocinado. Yannis Hamilakis (1998, 1999, 2008; Hamilakis y Sherratt, 2012) fue uno de los primeros en reclamar la relevancia social implícita en el consumo de alimentos, que lejos de ser un simple acto para la supervivencia biológica, es una práctica cargada de significación cultural, política e identitaria (1998: 116). Cabe destacar dos publicaciones, fruto de sendos seminarios celebrados recientemente. En *Food, Cuisine and Society in Prehistoric Crete* (2004) se puso todo el acento en el consumo, considerando que “consumption of food and drink had played a major role in shaping both material culture and social formations in the Aegean during the Neolithic (...) and Bronze Age” (Halstead y Barrett, 2004: 1). Y *Cooking up the past. Food and Culinary practices in the Neolithic and Bronze Age Aegean* (2007), en el que los/

---

<sup>22</sup> Hay excepciones como por ejemplo el reciente análisis de las cocinas en el asentamiento neopalacial de Mochlos de Barnard y Brogan (2011).

as participantes examinaron “the ways in which the production and consumption of food developed in the Aegean region over the course of the Neolithic and Early Bronze Age, and to see how this was linked to the appearance of more complex forms of social organization” (Mee y Renard, 2007: preface). En esta última obra, sí se incluyen varios capítulos en los que se tratan aspectos relativos a la preparación de la comida (como la conservación de los alimentos, las estructuras de combustión o los residuos orgánicos en las ollas de cocina) pero se refieren a la Grecia continental. Aunque sus aportaciones metodológicas son de un valor incuestionable, siguen poniendo el acento en la dieta y el aspecto técnico de la cocina y no tanto en lo que respecta a su relevancia social o política.

Hay excepciones de gran importancia que sí desplazan la atención del consumo a la cocina pero lo hacen buscando las características de la cocina diferenciadora de las élites en contextos palaciales. Nos referimos al trabajo pionero de Rutter (2004) en el entorno palacial de Kommos, quien identifica los espacios de cocina e intenta conectarlos con los eventos de comensalidad celebrados en las áreas al aire libre cercanas. O el original trabajo de Issakidou (2007) quien, tomando el concepto de *haute cuisine* desarrollado por Jack Goody (1982), explora la existencia de una cocina elaborada, con ingredientes poco comunes, que constituiría uno de los vectores más importantes en la formación de las élites<sup>23</sup>.

#### *Prácticas de comensalidad en la Creta minoica*

Las prácticas de comensalidad en Creta son una costumbre arraigada en la isla desde el Neolítico. Los casos de depósitos de banquetes son tan abundantes que se ha llegado a considerar la comensalidad como uno de los principales motores de la vida social minoica (Letesson y Driessen, 2008: 212). La variedad de contextos es tan amplia que resulta complicado hacer una clasificación de los distintos tipos (Borgna, 2004: 270; Hamilakis, 2008). En cuanto a su ubicación, los contextos más frecuentes son áreas al aire libre cerca de tumbas, en patios, en cámaras funerarias, en santuarios de cima y en grandes villas, entre otros. Los artefactos que dominan el registro son equipos para servir y consumir bebida, con pequeñas tazas como elemento más significativo. No obstante, también el consumo de alimentos tiene lugar (Borgna, 1997). A lo largo de los próximos capítulos detallaremos las características de estas prácticas en cada periodo.

---

23 Una aproximación similar en el mundo micénico: Hruby (2011).

Me gustaría recopilar aquí, brevemente, algunas de las teorías generales en torno a la comensalidad en Creta. El sentido del consumo comunitario en el Neolítico griego fue considerado por Halstead (1995, 1999) como la estrategia de igualación por excelencia. Según el autor, a inicios de la Edad del Bronce, esta costumbre se vio alterada cuando, poco a poco, los eventos dejaron de ser comunitarios para pasar a ser organizados por unidades domésticas concretas. Es lo que Halsted denominó el proceso «*from sharing to hoarding*» («del compartir al acumular»), que propició el mayor protagonismo de los *household* en detrimento de la comunidad (Halstead y Isaakidou, 2011). Sin embargo, la tendencia hacia el individualismo de las unidades domésticas no cristalizó en una sociedad jerarquizada con élites en la cúspide, al contrario, parece que la sociedad minoica fue de tipo corporativo (ver p.e. Driessen, 2010) y sus dinámicas internas se entienden mejor a partir de modelos *heterárquicos* (Schoep y Knappett, 2004), a lo que dedicaremos espacio a lo largo de la tesis. Esto quiere decir que, desde el Prepalacial hasta el Neopalacial, el poder no residía en ninguna cúspide, sino que fluctuaba entre diversos grupos, quizás facciones (Hamilakis, 2002) o miembros de casas más pudientes (Driessen, 2012). Así, los eventos de consumo comunitario fueron dominados por grupos que buscaban apoyos o grupos que necesitaban enfatizar los principios de solidaridad e unión (Borgna, 2004: 266). Una vez se instauró la centralización en la isla a partir del MR II, con el dominio del Knossos micénico, la competencia ya no fue necesaria y las evidencias de banquetes disminuyeron drásticamente (Hamilakis, 1999: 48-49).

### **4.3. La elaboración de tejidos en la Creta minoica**

El estudio sobre la elaboración textil en Creta bascula entre dos temáticas principales: las características técnicas del trabajo (ver p.e. Barber, 1992: 9-125; Evely, 2000: 485-511; Burke, 2010: 49-60) y la organización de la producción (Barber, 1997; Alberti, 2007a; Militello, 2007, entre otros). Sabemos que desde fechas tempranas se usaba el telar vertical para tejer. Las pesas de telar, muy abundantes en Creta desde el Neolítico, son el principal señuelo para inducir su uso, aunque no será hasta el 1500 a. C. cuando aparezca un ideograma en Lineal A (fig. 10) con la imagen del telar con la urdimbre tensada por las pesas (Barber, 1992: 92), una de las imágenes más antiguas de este artilugio en el Mediterráneo. Lamentablemente, no se han conservado muestras de tejidos y sólo contamos con material iconográfico para conocer

retazos de lo que la cultura cretense era capaz de hacer con las telas. A partir del análisis de los patrones textiles que muestran las imágenes pictóricas y las figurillas, Barber fue capaz de comprobar que todas y cada una de las prendas de vestir dibujadas podían ser trabajadas en el telar (Barber, 1992: 311-357). También Creta fue pionera en el uso del teñido púrpura que está atestiguado desde los comienzos del segundo milenio antes de nuestra era (Alberti, 2008a; Burke, 2010: 34-39).

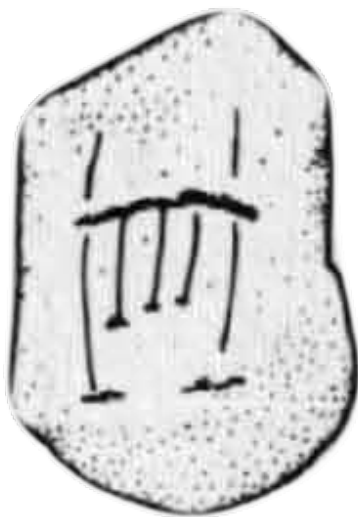


Fig. 10. Logograma en Lineal A con posible representación de un telar (reproducido a partir de Barber, 1992: 92)

A pesar de la relevancia de la producción textil que se intuye desde el Neolítico, no es nada fácil detectar su presencia en el registro arqueológico. Recientemente, Alberti (2007a, 2007b, 2008b) ha comenzado a esclarecer esta cuestión, diseñando una estrategia para identificar instalaciones de trabajo apropiadas para los procesos de la elaboración textil tales como el lavado o el teñido de las fibras. Tras un exhaustivo reconocimiento de las necesidades materiales que requieren los procesos textiles, Alberti ha elaborado un listado arqueológico de marcadores: mordientes, sustancias para teñir y otros elementos químicos, grandes recipientes e instalaciones de evacuación de líquidos, morteros y molinos para machacar las sustancias del teñido, etc. (Alberti, 2007b: 60). Ninguno de sus marcadores (salvo quizás las sustancias químicas) son exclusivos de la producción textil, al contrario, la mayor parte de las instalaciones que Alberti detecta son probablemente multifuncionales, a pesar de lo cual la combinación de múltiples variables garantiza que la manipulación de tejidos está entre las actividades probables de los espacios que la autora identifica. Con trabajos como el suyo, se logra combatir poco a poco la invisibilidad de esta actividad.

Respecto a la organización de la producción, el periodo micénico de Creta (c. 1490-1200 a. C.) constituye el referente ampliamente conocido por los textos en Lineal B con el que se compara lo que debió acontecer en el largo periodo minoico, carente de textos que den pistas para interpretar el registro arqueológico. Si bien en ambos casos la producción alcanzó altas cotas de especialización (Nordquist, 1997), todo parece indicar que había diferencias significativas entre la Creta minoica y la micénica. Los textos en Lineal B de esta última señalan una fuerte centralización del trabajo controlado por las instancias de los palacios, donde las personas encargadas de producir (en su mayoría mujeres) se especializaban en pequeñas subtarefas (Barber, 1992: 284). Sin embargo, en la Creta minoica, especialmente durante el Prepalacial y el Neopalacial, no hay indicios de que la producción esté dominada por los palacios, que se erigen como grandes consumidores de tejidos y otros productos. En opinión de Barber, es bastante probable que en el periodo minoico el régimen de producción de tejidos fuera similar al asirio, donde eran las unidades domésticas las que gestionaban todo el proceso (Barber, 1992: 288). En ello coinciden también los últimos análisis llevados a cabo por Militello (2006, 2007) en Festos y Hagia Triada, a partir de los cuales el autor defendió el papel de los palacios como demandantes de tejidos. Como tales, ejercerían una influencia indirecta en la producción, pero no controlarían su proceso.

#### 4.4. Objetivos

En los siguientes capítulos llevaré a cabo el análisis de la práctica de cocina y la elaboración textil en tres asentamientos de los periodos Prepalacial, Protopalacial y Neopalacial (c.3100-1425 a. C.) respectivamente. El primero será el poblado de Myrtos Fournou Korifi, situado en la mitad oriental de la costa meridional cretense. El segundo, será el núcleo urbano denominado Quartier Mu, en el yacimiento de Malia, en la costa norte de la isla, a pocos kilómetros de Knossos. Por último, analizaré el *Artisan's Quarter* (Barrio de la Artesanía) del yacimiento de Mochlos, localizado también en la costa septentrional, al este de la Bahía de Mirabello. Junto a ellos, comentaré las evidencias presentes en otros yacimientos contemporáneos para reforzar las conclusiones extraídas.

Uno de los aspectos que más se han explorado en referencia a las actividades de mantenimiento en arqueología es su comportamiento en momentos de **transición** (González Marcén *et al.*,

2006a). Por ejemplo, se ha demostrado que, a menudo, en momentos de tensión política que terminan en procesos de jerarquización, el nuevo sistema de poder se asienta apropiándose de parte de la producción relacionada con las actividades de mantenimiento, aumentando la carga de trabajo y obligando a una reordenación de la cotidianidad (Brumfiel, 1991; Hastorf, 1991; Wright, 1996; Masvidal *et al.*, 2000; Meyers, 2006). Sabemos que, en contra de lo que sugiere el paradigma de la división público/privado, la interrelación de las prácticas de mantenimiento con el resto de esferas culturales (económica, política, social, cultural y simbólica) es patente. Las decisiones que se toman en estas actividades afectan a otras instancias culturales, y al revés: los cambios que llegan de otros ámbitos ponen a prueba la capacidad de resiliencia de las actividades de mantenimiento (Montón Subías, 2002). Como diría la filósofa Ágnes Heller (1972: 42), la cotidianidad constituye, de hecho, el núcleo del devenir histórico. El carácter diacrónico del análisis que desarrollo en los próximos capítulos sigue este mismo interés por observar los cambios generales que se observan en las actividades de mantenimiento, en este caso, a lo largo de casi dos milenios de protohistoria en Creta.

El discurrir del análisis está marcado por los tres objetivos que me propongo:

1. Caracterizar los rasgos materiales de las actividades de mantenimiento mencionadas, en particular, lo que respecta a sus dimensiones espacial, material y simbólica, con el marco teórico expuesto en las páginas anteriores como referencia.
2. Analizar la relación entre las actividades de mantenimiento y las dimensiones económicas y políticas supradomésticas. En particular los vínculos entre la cocina y la comensalidad por un lado, y la elaboración textil y el comercio por otro.
3. Proponer algunos rasgos del sistema sexo-género minoico a partir del examen de las actividades de mantenimiento. En concreto, observar qué lugar ocupan los valores relacionales en cada uno de los periodos.

El primer punto es el comienzo necesario para abordar los dos restantes. Las particularidades materiales de ambas actividades serán examinadas siguiendo la metodología que desgrano en el próximo apartado. Lo segundo que será analizado será hasta qué punto la cocina y la elaboración textil se limitan a sus funciones básicas de cuidado o tienen un papel significativo también en otras esferas. Algunas de las preguntas que intentaré responder serán: ¿Cómo se



organiza la actividad de cocina en el poblado? ¿Y la elaboración textil? ¿Qué lugar ocupan estos trabajos en la vida del poblado? ¿Se realizan en el interior o en el exterior de las casas? ¿Cada unidad doméstica gestiona sus necesidades o hay algún aspecto que se comparta? ¿Hay homogeneidad en las prácticas de cocina o diversidad? ¿Hay algún indicio que señale la presencia de eventos de comensalidad? Si los hay, ¿tiene la cocina algún papel en ellos? ¿Es la misma cocina con la misma cultura material o los banquetes están caracterizados por prácticas distintivas? Con respecto a la elaboración textil, ¿cuál es la escala de la producción? ¿Tenemos indicios de que se intensifique? Y, por último, ¿existe algún indicador que transmita la importancia simbólica de estos trabajos?

Podrían presentarse diversos escenarios. Por ejemplo, podrían observarse dos niveles diferentes tanto de la preparación de alimentos como de la producción textil. Uno encaminado a satisfacer las necesidades cotidianas y otro a cumplir un papel más conspicuo, como la celebración de banquetes privados, o la producción de telas de lujo. Si ambos niveles se diferencian en el registro arqueológico ya sea por los espacios donde se desempeñan, o por la cultura material que emplean, plantearía la hipótesis de que las personas encargadas de estos trabajos a nivel doméstico no están al cargo de ellos en otras esferas y, por tanto, los/as responsables del cuidado y el bienestar del grupo están excluidos/as de los ámbitos en que se negocia el prestigio y el poder. Pero puede pasar que ambas escalas se mezclen entre sí, se desarrollen en los mismos espacios y con la misma cultura material, evidenciando estrategias alternativas de negociación del poder y del prestigio más inclusivas, donde los valores relacionales (que implican los trabajos de cuidados) y las personas que los encarnan están incluidos.

El vínculo que establezco entre estas dinámicas y el sistema sexo-género tiene que ver con la identificación de las actividades de mantenimiento con los valores relacionales. Los sistemas patriarcales tienden a explotar a las mujeres en su calidad de proveedoras de cuidados y bienestar, negando e invisibilizando la importancia de esta función vital. En casos como el de la Creta minoica, en que es difícil atribuir con certeza las características de la división sexual del trabajo porque sólo contamos con el registro arqueológico, propongo la estrategia alternativa de rastrear qué lugar ocupan las actividades de mantenimiento como marcadores privilegiados de los valores relacionales.

No obstante, he de reconocer que cuento con un margen especulativo considerable, porque asumo unas premisas de partida que no siempre son fáciles de testar empíricamente. Por ejemplo, ¿hasta qué punto podemos afirmar que detrás de un tipo de cultura material se encuentra siempre el mismo agente social? El registro etnográfico ha confirmado en múltiples ocasiones que el cambio de cultura material responde al cambio de agentes. Por ejemplo, Jack Goody (1982: 71) constató que en muchas sociedades los hombres, cuando sustituyen a las mujeres para realizar las preparaciones culinarias de eventos rituales o lejos del hogar, realizan preparaciones diferentes, como asar en lugar de cocer, que requieren materiales distintos. Pero, con toda seguridad, habrá ejemplos que demuestren lo contrario. Por tanto, y a falta de evidencias suplementarias que completen nuestro conocimiento de la sociedad minoica, tomaré dicha premisa como una hipótesis de trabajo.

## **4.5. Metodología**

### *4.5.1 Selección de los casos de estudio y consideraciones preliminares*

El análisis que planteo en esta tesis doctoral requiere la identificación de la práctica de cocina y la producción de tejidos en el registro arqueológico. Una vez identificadas, el estudio explora tres de sus dimensiones: la espacial, la material y la simbólica. Estas premisas exigieron, como punto de partida, el establecimiento de una serie de requisitos mínimos de conservación y publicación que debían cumplir los datos arqueológicos escogidos, lo cual condujo a una intensa labor de búsqueda para localizar los casos de estudio que conforman el núcleo central de mi investigación. Como se verá a continuación, los requisitos limitan considerablemente los sitios arqueológicos susceptibles de formar parte del análisis principal. Algunos de los casos no tratados en profundidad serán mencionados, en la medida de lo posible, para comparar los resultados.

Desde un inicio también decidí excluir los llamados «palacios». La complejidad funcional que estos edificios entrañan y lo mucho que aún se debate sobre su naturaleza habría complicado en exceso esta primera aproximación al estudio de las actividades de mantenimiento en el mundo minoico. No obstante, se ha hecho el esfuerzo de incluir el resto de realidades habitacionales (entornos urbanos, rurales, casas aisladas, granjas, etc.). Los requisitos de partida fueron los siguientes:

Los yacimientos debían ser asentamientos con unidades domésticas excavadas y publicadas en su totalidad, incluyendo no sólo el estudio de las estructuras arquitectónicas, sino también el catálogo de los hallazgos. Los planos de las unidades domésticas debían estar completos o casi completos para poder abordar con solvencia el análisis espacial. Las unidades domésticas debían haber conservado buena parte de los suelos de habitación inalterados y, a ser posible, en la publicación, debían distinguirse los artefactos hallados in situ del resto.

De los tres casos de estudio principales, el poblado de Myrtos Fournou Korifi (cap. 5) y el Barrio de los Artesanos de Mochlos (cap. 7) cumplen las tres condiciones, sin embargo, el complejo urbano Quartier Mu de Malia (cap. 6) no satisface convenientemente el punto 2. No obstante, la calidad de su publicación, la abundancia de sus datos, el carácter excepcional del sitio, y la ausencia de alternativas protopalaciales que sí cumplieran las tres condiciones, me llevaron a incluirlo como ejemplo central del periodo protopalacial.

Superadas las tres condiciones anteriores, aún hay otros factores que han limitado las posibilidades de la investigación. Los casos de estudio escogidos fueron excavados y estudiados por distintos equipos en distintas fechas. Aunque pudiera parecer un detalle anecdótico, lo cierto es que cada grupo de investigación abordó el estudio de los yacimientos de acuerdo a la cultura científica propia de su tiempo y de su contexto, e, ineludiblemente, en consonancia con los medios de que disponían. Myrtos Fournou Korifi fue excavado por el americano Peter Warren a finales de los años sesenta del siglo pasado, en un par de breves campañas con escasez de especialistas y recursos exiguos, lo que impidió, por ejemplo, un reconocimiento exhaustivo de los útiles líticos. Las excavaciones en Quartier Mu se produjeron bajo los auspicios de la escuela francesa y bajo la dirección de varios arqueólogos a lo largo de distintos años desde la década de los cincuenta. Algunos de los datos de las primeras campañas no fueron publicados. Finalmente, el Barrio de los Artesanos de Mochlos se excavó en los años noventa bajo la codirección grecoamericana de Jeffrey Soles y Costis Davaras y es, de los tres casos de estudios, el que contó con más especialistas y más medios. La cerámica es la categoría de artefactos de la que más datos se recogen siempre, no así de útiles líticos, estructuras de combustión o material textil, lo que supone un obstáculo considerable en el presente trabajo.

La consecuencia de las limitaciones mencionadas provoca que el método seguido en el estudio no sea completamente uniforme en todos los casos. Las tres vertientes del análisis (espacial,

material y simbólica) han de hallar su sitio en la literatura y amoldarse a la heterogeneidad de los datos que hay disponibles. Soy consciente de que esto debilita mis interpretaciones y las conclusiones a las que llego. No obstante, considero que el valor fundamental de la investigación queda intacto: poner de manifiesto las posibilidades que entraña el estudio de las actividades de mantenimiento en el contexto de la Creta minoica.

#### *4.5.2. Identificación de la práctica de cocina y la elaboración textil en el registro arqueológico*

Empezamos con otra precaución a tener siempre en cuenta: la mayor parte de los contextos arqueológicos analizados son estancias en el interior de unidades domésticas (otras, las menos, son áreas al aire libre) de las que siempre hay que asumir, a priori, un cierto grado de multifuncionalidad (McEnroe, 1982: 7; Tsipopoulou y Alberti, 2011: nota al pie 38).

##### *La cocina*

Cocinar, tal y como se entiende en el presente proyecto, es el proceso por el cual se alteran las cualidades físico-químicas de los recursos vegetales y animales para facilitar su ingestión, es decir, para transformarlos en *alimentos* (Montón Subías, 2002: 8; Rodríguez-Alegría y Graff, 2012: 2). Esta definición simplifica en exceso la realidad porque preparar la comida implica además otras operaciones tales como la búsqueda de agua y combustible y el mantenimiento de los espacios y los artefactos (Montón Subías, 2002: 8-9, 2005: 164), que en este primer trabajo de investigación no se van a tener en cuenta.

De entre los muchos procesos de alteración físico-química que existen, aquí nos vamos a centrar en dos: aquellos que implican el uso del fuego para hervir, asar, freír, etc. —lo cual vamos a considerar cocinar propiamente dicho— y, siempre que sea posible, aquellos que implican moler o machacar con el uso de molinos y morteros —que consideraremos un proceso de preparación muy habitual previo al cocinado—.

En tanto que proceso, el cocinado de alimentos es el trabajo intermedio que se produce entre la producción y el consumo. En los hábitats protohistóricos hallamos evidencias del almacenaje, la preparación, el cocinado, el consumo y el desecho de alimentos (fig. 11). Los

correlatos arqueológicos de cada uno de estos procesos a menudo se solapan, de modo que cabe preguntarse cómo haremos para identificar la actividad de cocina y no confundirla con el resto de actividades relacionadas con la comida. Trataré de explicarlo a partir de la figura 2. En ella observamos que cada uno de los procesos (almacenaje, preparación, cocina, consumo, desecho) se traduce en una serie de marcadores arqueológicos<sup>24</sup>. Algunos marcadores son exclusivos de una actividad, como es el caso de las estructuras de combustión<sup>25</sup>, que siempre se usan para cocinar y nunca intervienen en los otros procesos. O los recipientes de almacenaje. Otros, como los restos orgánicos de fauna o vegetales son mucho menos diagnósticos, porque, en realidad, a no ser que un estudio tafonómico y zooarqueológico determine con más precisión para qué fueron usados, pueden indicar la presencia de cualquiera de los cinco procesos.

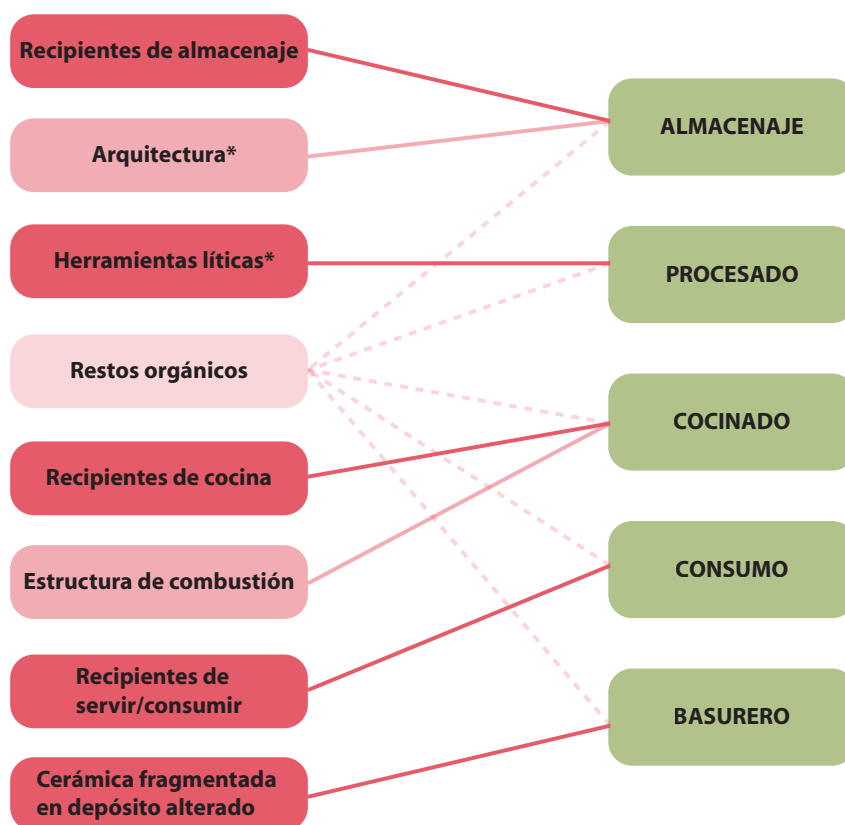


Fig. 11. Relación entre las evidencias materiales y los procesos relacionados con la comida. \* Por «arquitectura» me refiero aquí al tipo de estancias rectangulares, a veces con canales, con que se construyen a veces los almacenes en el Neopalacial. Por «herramientas líticas» me refiero, especialmente, a los equipos de molienda.

24 En la figura, el marcador que llamo «singularidad arquitectónica» se refiere a las características especiales que muestran algunos almacenes en Creta, con una estructura alargada y estrecha (Poursat, 1992: 35).

25 Las estructuras de combustión como hornos u hogares pueden satisfacer otro tipo de funciones, como servir de luz, de fuente de calor o incluso formar parte del proceso productivo de alguna artesanía. Aquí nos referimos sólo a su papel en el ámbito de la comida.

La identificación arqueológica de la actividad de cocina se fundamenta en la combinación, en un mismo depósito, de una o varias de las siguientes evidencias: cerámica específica de cocina, instalaciones de combustión (hornos, hogares), restos botánicos y de fauna, y herramientas líticas típicas del procesado de alimentos (molinos, morteros, etc.). La certeza en la identificación irá de mayor a menor en función de la cantidad y la calidad de marcadores de que se disponga. En nuestro caso, sólo consideraremos que la actividad de cocina está atestiguada en un determinado contexto si hay, como mínimo, presencia de estructura de combustión o concentración significativa de cerámicas de cocina.

#### *Relación entre cocina cotidiana y comensalidad*

Como hemos mencionado más arriba, será fundamental en este trabajo observar las relaciones (si las hubiera) entre la cocina cotidiana y la comensalidad. Para ello, retomando la idea de Twiss (2007b) de concebir el consumo de alimentos como un continuo de prácticas, he elaborado el siguiente planteamiento.

Podríamos representar los diversos tipos de consumo de alimentos en una línea en cuyos extremos se situarían, por un lado, la cocina doméstica diaria —que da lugar al consumo cotidiano— y, por otro, los ritos de comensalidad que Dietler (2001: 85-88) llamó *diacritical feasts* (fig. 12). La cocina doméstica constituye un ejercicio básico de cohesión social, de cuidado del grupo, donde se refuerzan constantemente los valores comunes y los lazos relacionales. Los «banquetes diacríticos» representan los valores opuestos: son ocasiones socialmente restrictivas donde se practica una cocina, y unos modos de consumo sensiblemente diferenciadores, que se utilizan simbólicamente por miembros de la élite para reafirmar su estatus y consolidar su identidad diferenciada del grupo. Un extremo materializa el carácter relacional de la identidad, el otro la tendencia individualista.

En medio, caben un sinnúmero de posibilidades de organizar el consumo de comida, como los festines de celebración o los banquetes de ayuda recíproca en los cuales se combinan en distintos grados términos como cohesión/diferenciación social o competencia/colaboración. Antes de que los festines se conviertan en arenas donde predomina la competencia por el poder político hay opciones en que la comensalidad constituye una extensión de la cocina doméstica diaria donde los agentes y su contribución son los mismos sólo que a una escala más amplia (ver un ejemplo en Gero, 1992).

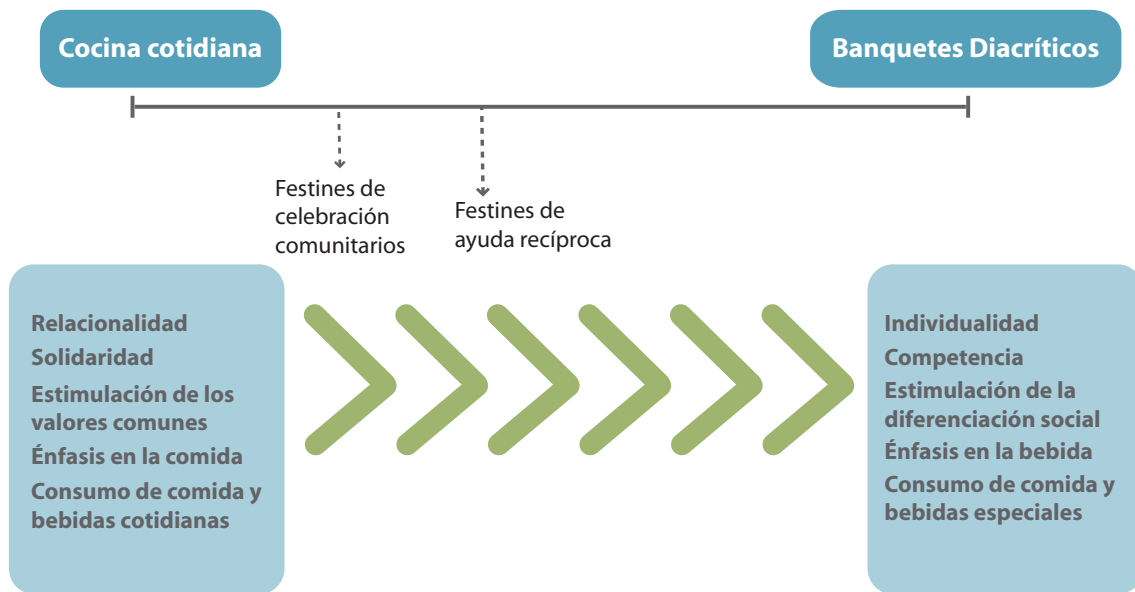


Fig. 12. Prácticas de consumo grupales.

La línea esquemática que presento no pretende tener un sentido lineal y obligatorio según el cual cada grupo humano debe pasar por cada etapa de manera sucesiva. Es sólo una herramienta conceptual para aclarar los términos. Mi objetivo es fijar la atención en el primer término de la línea, y observar si la cocina doméstica queda limitada al ámbito privado o alcanza una presencia pública. En lugar de rastrear los ejercicios de individualidad y la búsqueda de poder, propongo observar la evolución de las prácticas relacionales y comunitarias.

### *La elaboración textil*

Por elaboración textil nos referimos a las dos actividades centrales del trabajo con fibras: hilar y tejer. La primera hace referencia a la fabricación de hilos a partir de la fibra animal o vegetal; en el caso de Creta en la Edad del Bronce, la fibra utilizada es la lana<sup>26</sup>. La segunda consiste en entramar los hilos para realizar lienzos de tela. Como ocurría con la actividad de cocinar, hemos de simplificar muchísimo una actividad que en verdad consta de una larga cadena de operaciones. El trabajo textil comienza con la producción de las fibras, que en este caso implica la cría de ovejas y el posterior esquilado de las mismas. A continuación, la lana ha de lavarse para eliminar grasas e impurezas, posteriormente cardarse y a veces teñirse. Entonces

<sup>26</sup> Durante la Edad del Bronce en Creta no hay evidencias concluyentes de la producción de lino. Sólo hay un ideograma en Lineal A que quizás represente el lino pero aparece muy pocas veces y sin relación alguna con la producción agrícola (Militello, 2007: 38).

se pasa a la manufactura de los tejidos propiamente dichos a través del hilado y tejido. Por último, las telas son consumidas o intercambiadas hasta su desechado final (Militello, 2007: fig. 6.2.). Si lo comparamos con el anterior esquema del procesado de alimentos, veremos que los trabajos de hilar/tejer guardan cierta correspondencia con preparar/cocinar alimentos, en la medida en que también se sitúan entre la producción y el consumo.

Los indicadores arqueológicos del proceso textil son extremadamente escurridizos. Para empezar, las características geológicas y de conservación han impedido que ninguna muestra de tejido llegue hasta nuestros días. Todo lo que la cultura minoica era capaz de hacer con la lana se conoce a través de las imágenes de frescos y figurillas. Del amplísimo abanico de herramientas necesarias durante el proceso, se intuye que la mayor parte eran fabricadas en material perecedero. Sólo los útiles hechos en piedra o barro cocido se han conservado en el registro arqueológico. Salvo rarísimas excepciones, no conocemos peines, batientes, husos, ni siquiera telares.

Para identificar la actividad de hilar contamos con tres tipos de objetos: fusayolas, bobinas y los llamados «cuencos de hilado»<sup>27</sup>. Los tres elementos son objetos pequeños que pocas veces se conservan in situ. A ello hay que añadir que la actividad de hilar no requiere ni de instalaciones fijas ni de espacios concretos, se puede desempeñar en cualquier momento y lugar, lo cual implica que pocas veces los hallazgos del hilado garanticen la localización precisa de la ejecución.

En el caso de tejer, los indicadores principales son las pesas de telar, y, en ocasiones, otros objetos como los «soportes de urdimbre» o las enigmáticas *gournes*, que abordaremos cuando analicemos las evidencias proto- y neopalaciales. Generalmente, las pesas de telar son objetos relativamente abundantes en prácticamente todos los hábitats minoicos. Sin embargo, resulta todo un desafío localizar una concentración significativa de las mismas que atestigüe la localización concreta de un telar. En la inmensa mayoría de las veces, las pesas de telar aparecen dispersas e inconexas. Este detalle se achaca, en general, a la multifuncionalidad de estos objetos o a procesos depositacionales derivados de la frecuente localización al aire libre de los telares (Barber, 1992: 97).

---

<sup>27</sup> Los cuencos de hilado son unos pequeños recipientes en forma de escudilla con un asa en el interior que sirve para sujetar el penacho de lana mientras se está hilando (Barber, 1992: 70-75).



### 4.5.3. *Análisis espacial*

Una vez identificadas las actividades, la primera pregunta que motiva el análisis es dónde se realizan y si su disposición tiene alguna consecuencia para los miembros del grupo. Existen multitud de teorías y autores/as que defienden la existencia de una relación muy estrecha entre el espacio y la comunidad que lo habita<sup>28</sup>. La configuración espacial refleja normas culturales de todo tipo, a la vez que limita, posibilita y naturaliza las divisiones sociales. Es un buen indicador material ampliamente disponible en arqueología. En la literatura feminista hay numerosos/as autores/as que han vinculado el espacio y la arquitectura con las relaciones de género, tanto en arqueología como en antropología (Rosaldo, 1980; Hendon, 1997; Hegmon *et al.*, 2000; Sánchez Romero, 2000; Robin, 2002).

De todo lo leído al respecto he destacado uno de los factores que refleja el estatus de una determinada actividad (y por extensión de quien la realiza) que será la guía de esta parte del análisis. Se trata de la «segregación espacial». Cuando existe división sexual del trabajo, la separación espacial de los mismos refuerza y naturaliza las diferencias de quienes las realizan. La segregación espacial provoca un fenómeno que Spain (1992) ha destacado: el acceso desigual a la información, y —añado yo— a los recursos y a las fuentes de poder y prestigio. Cuando hay información estratégica para el grupo y sólo un segmento de la población tiene acceso a ella a través de su trabajo, se produce desigualdad. Spain señala varios ejemplos paradigmáticos de sociedades con una segregación muy acusada como los eskimo del norte de Alaska (Spain, 1992: 86-91). La información que los hombres obtienen en su actividad de caza de grandes mamíferos es fundamental para decidir cuándo el grupo ha de cambiar de emplazamiento. La clave, es, pues, identificar cuál es la información estratégica en cada caso, cuál es la información que da acceso al poder y al prestigio.<sup>29</sup>

Spain ha comprobado que los grupos humanos en los que hombres y mujeres trabajan cerca los unos de los otros o incluso en los mismos espacios la desigualdad es mucho menor, porque aunque realicen actividades diferentes el conocimiento derivado de las mismas

---

<sup>28</sup> La literatura sobre esta cuestión es muy extensa. Basta con mencionar algunos ejemplos como Sack (1980) y Wolch & Dear (1989) en geografía; Hillier (1984) en arquitectura; o Moore (1986) en antropología.

<sup>29</sup> Otro factor clave que no tratamos aquí es la movilidad: cuando la división sexual del trabajo implica importantes diferencias en el desplazamiento ello provoca diferentes identidades con diferentes capacidades de ejercer poder (Hernando, 2000, 2005; Hernando *et al.*, 2011).

está abierto al escrutinio de los demás y es más difícil de acaparar. El escrutinio a su vez provoca restricciones y monitorización por parte de la comunidad de lo que hace el resto (Hegmon *et al.*, 2000: 49). En relación con la segregación está la variable del acceso, es decir, la permeabilidad o inaccesibilidad de un determinado lugar. La restricción a determinados espacios de trabajo puede indicar el estatus de dicha actividad. Por último, prestaremos atención al carácter distribuidor de los espacios, es decir, si en algún caso las actividades de mantenimiento se realizan en lugares que forman nódulos de comunicación o espacios centrales en el interior de las casas.

Aunque como he señalado anteriormente la división sexual del trabajo no se puede comprobar empíricamente en el caso de la Creta minoica, sí podemos sin embargo observar la variable que determina la asimetría: la organización espacial; si hay actividades segregadas espacialmente o no, dónde se llevan a cabo y con qué otras actividades interactúan. En este caso, la dimensión espacial de unas actividades tan relevantes para el sistema sexo-género como son las de mantenimiento nos puede aclarar ciertos puntos:

- 1) ¿Están espacialmente recluidas o en contacto con otras actividades?
- 2) ¿Se llevan a cabo en el interior de las casas o en zonas al aire libre?
- 3) ¿Su patrón espacial es uniforme o variable dentro de una misma comunidad?

#### *4.5.4 Análisis Material*

El segundo paso en el análisis es describir y analizar los objetos y las instalaciones propias de la cocina y la elaboración textil. Será aquí donde busquemos los posibles vínculos de la cocina con la comensalidad y de la producción textil con el ámbito del comercio.

##### *La cocina*

La cerámica de cocina será la categoría de artefactos a la que más atención vamos a prestar, por su disponibilidad en la literatura y la homogeneidad de los datos de que disponemos. Cuando decimos cerámica de cocina nos referimos concretamente a los recipientes que

fueron diseñados para soportar cambios bruscos de temperatura a consecuencia de su uso cotidiano sobre el fuego. Hay cuatro propiedades físicas que han de tenerse en cuenta a la hora de fabricar un recipiente cerámico destinado al cocinado de alimentos: el grosor, la resistencia al estrés mecánico, el comportamiento térmico y la permeabilidad/porosidad (Price 2005: 226-232):

- Grosor. Para cocinar son preferibles las paredes finas porque conducen mejor el calor, aceleran la cocción y ahorran combustible. Además, aumentan la resistencia al estrés térmico. Sin embargo, si lo que se quiere es mantener la temperatura del contenido una vez cocinado, unas paredes gruesas ayudan a ralentizar la pérdida de calor, aunque en contrapartida el recipiente será mucho más pesado.
- Resistencia al estrés mecánico. Se refiere a la habilidad de un recipiente para resistir las roturas, la penetración y la deformación. Depende sobre todo de la dureza y de la fuerza, que a su vez se relacionan con el tipo, el tamaño, la forma y la composición de la pasta. Generalmente, los recipientes que se cuecen a altas temperaturas o que han pasado un periodo de cocción reductora tienden a ser más duros. Esta propiedad es deseable en cualquier recipiente.
- Comportamiento térmico. Es la propiedad más importante si el recipiente se va a usar para cocinar o para servir comida caliente. Se refiere a la capacidad de un recipiente de soportar los cambios bruscos de temperatura, es decir, de resistir al estrés térmico. Para reducir el estrés hay varias estrategias: reducir el grosor de las paredes para disminuir el gradiente térmico, evitar las formas angulosas, elegir desgrasantes con altos coeficientes de dilatación térmica y aumentar la elasticidad del cuerpo a través de la porosidad de la pasta.
- Permeabilidad/porosidad/densidad. Son propiedades muy relacionadas que ayudan a reducir el estrés térmico. Si el recipiente se va a usar para cocer líquidos, cubrir la superficie con un engobe o con otra sustancia ayudará a reducir la filtración (también cumplen esa función los restos de comida carbonizada en las paredes de las ollas).

La elección de la pasta, la forma, el cocido de las piezas e incluso el tratamiento de la superficie suelen estar supeditadas a estas propiedades. Pero esto sólo es una tendencia, porque hay factores externos y culturales que pueden influir con mayor intensidad en la forma final

de un recipiente que su adaptación a una función concreta. El contexto arqueológico es fundamental a la hora de determinar el uso culinario de las cerámicas, por ejemplo, que se hallen cerca de un hogar. También las frecuentes marcas de hollín en la base o incluso en el interior, o los restos orgánicos que puedan haberse adherido a las paredes ayudan a la identificación. No obstante, siempre hay que asumir un cierto grado de multifuncionalidad en todo recipiente cerámico (Tzedakis y Martlew, 1999: 183, y las sorpresas de los análisis de residuos orgánicos).

Normalmente, estos recipientes han ocupado un lugar secundario en los estudios de cerámica porque el conservadurismo los/las que los produjeron provoca que las formas y las pastas cambien poco y, por tanto, no sean indicadores precisos de cronología. Los escasos intentos de dar a las formas de cocina un valor cronológico (ver en Betancourt, 1980; Haggis y Mook, 1993) no han resultado ser muy útiles en la práctica (Tsipopoulou y Alberti, 2011: 484). Aquí no vamos a insistir en el aspecto cronológico de las cerámicas sino en sus formas y sus pastas.

En el caso de Creta durante la Edad del Bronce, los recipientes de cocina guardan una semejanza sorprendente a lo largo del tercer y el segundo milenio antes de nuestra era. Las pastas son recurrentemente no calcáreas, con desgrasante añadido de gran tamaño y cocidas a baja temperatura (Tsipopoulou y Alberti, 2011: 481-482 y nota 32). Los análisis petrográficos y macroscópicos han determinado, sobre todo a partir del tipo de desgrasante, el origen regional de las distintas arcillas usadas para los recipientes de cocina, desvelando con ello un interesante patrón de intercambio de estas cerámicas durante todo el periodo que será una de las claves centrales de nuestro análisis material.

Las formas son también muy consistentes. Los tres tipos fundamentales son ollas, platos (de base convexa) y bandejas (de base plana). A lo largo de todo el periodo, las ollas terminarán adoptando la forma trípode. Las ollas parecen diseñadas para cocer y hervir, mientras que bandejas y platos habrían servido para freír y asar (Betancourt, 1980: 8). En alguna ocasión, se ha señalado la abundante presencia de platos y bandejas a lo largo de la Edad del Bronce como una peculiaridad cultural minoica que refleja el interés culinario por las comidas fritas o asadas (Borgna, 1997: 211, quien lo compara con la escasez de estos artefactos en la Grecia micénica). Las ollas, por su parte, difieren muchísimo en su capacidad, habiendo ejemplares

de menos de 1 L y de más de 40 L. Prestaremos atención a las formas que predominan en los contextos, para dar cuenta de las diferencias en las prácticas culinarias que se observan en cada caso.

Además de las cerámicas, también nos detendremos en las estructuras de combustión (hogares fijos, braseros móviles y hornos), en las herramientas de piedra (en especial las relacionadas con la molienda) y en la presencia de fauna y restos vegetales para completar la descripción de la experiencia de cocina en la cultura minoica. Sin embargo, estos elementos no se han tratado de manera tan sistemática como la cerámica y no todos están presentes en cada caso de estudio.

### *La elaboración textil*

Como decíamos más arriba, serán las fusayolas y las pesas de telar las protagonistas del análisis material de la elaboración textil, junto a bobinas, soportes de telar y cuencos de hilado cuando estén presentes. No obstante, a partir del Prepalacial, las fusayolas son prácticamente inexistentes, mientras que las pesas de telar serán un artefacto muy común a lo largo de toda la Edad del Bronce. La ausencia de fusayolas es un hecho que aún intriga, especialmente porque en las culturas circundantes no dejarán de usarse en ningún momento. Se han sugerido tres explicaciones: que a partir del Protopalacial se usara un material perecedero, objetos indeterminados como piedras (que son indetectables en el registro arqueológico) o que el hilado se especializara y se llevara a cabo en poblados o centros aún no descubiertos (Burke, 2010: 51).

Los objetivos del análisis material serán tres. Primero, evaluar, en función del número de fusayolas y pesas de telar si la producción de tejidos encaja con una producción doméstica o, por el contrario, puede sugerirse una cierta intensificación destinada probablemente al intercambio. Segundo, cuando sea posible, se evaluará el peso en gramos de las pesas de telar para discernir si había o no telares especializados en tejidos diferentes. Se ha sugerido como hipótesis probable, que las pesas de pesos uniformes pertenecen a un mismo telar, porque así se facilita el trabajo (Cutler *et al.*, 2013)<sup>30</sup>. Tercero, en algún caso, contaremos con

---

<sup>30</sup> Aunque comparar con Barber (1992: 95-96) donde la autora menciona la existencia de casos donde los telares se componen de pesas de distintos tamaños, ajustando el número de hilos que se atan a cada una.

el análisis petrográfico o macroscópico de las pastas cerámicas de las pesas de telar que nos permitirá comprobar si efectivamente todas son locales, o, por el contrario, estos objetos aparentemente mundanos son fruto de intercambio.

#### *4.5.5 Análisis Simbólico*

Por último, exploraremos los posibles vínculos que la cocina y el mundo textil puedan tener con el ámbito ritual o religioso. Esta es la parte del análisis más heterodoxa y la que surge como consecuencia de las particularidades que muestran algunos de los casos de estudio en este campo. Por ejemplo, comentaremos la presencia de un cráneo humano en una de las cocinas de Myrtos Forunou Korifi o el enterramiento de un niño bajo el hogar de una cocina en el Barrio de los Artesanos de Mochlos. También abordaremos el caso de los hogares fijos y la controversia en torno a su carácter ritual o doméstico.

Una reflexión recurrente que surgirá con el análisis del mundo simbólico abordará la costumbre de eliminar el epíteto «doméstico» de aquellos contextos que contienen algún objeto de carácter no utilitario o que se considere de significación religiosa, como si lo doméstico y lo ritual fueran términos antagónicos. Apoyándonos en autores como Bradley (2006), pondremos de manifiesto que ambos conceptos son perfectamente compatibles y tienen que ver con la consideración social y el prestigio de las actividades de mantenimiento.

**TERCERA PARTE**

**ANÁLISIS**





## CAPÍTULO 5.

# MYRTOS FOURNOU KORIFI: ACTIVIDADES DE MANTENIMIENTO EN EL PREPALACIAL

### 5.1. Introducción

El yacimiento de Myrtos Fournou Korifi es un poblado situado en la costa centro-sur de Creta que fue fundado en el Minoico Antiguo IIA y se abandonó tras un incendio cuatro siglos después, al final del Minoico Antiguo IIB. Ello corresponde, en cronología absoluta, al lapso entre el *c.* 2600-2170 cal ANE (Switsur en Warren, 1972). El análisis de la actividad textil y de cocina en esta pequeña aldea revela la preponderancia que las actividades de mantenimiento tuvieron durante su ocupación, dominando buena parte del espacio y las prácticas sociales.

En este capítulo argumentaré que, ante las transformaciones materiales que trajo consigo la Edad del Bronce, esta pequeña comunidad minimizó sus efectos desestabilizadores insistiendo en reforzar los valores comunitarios. Una de las estrategias utilizadas fue lo que podríamos denominar la práctica de la «comensalidad cotidiana», donde la cocina y sus agentes jugaron un papel público destacado. Por su parte, la elaboración textil, cuyas evidencias materiales son más exiguas, también disfrutó de una presencia destacada en el espacio comunitario del poblado. Myrtos constituye un ejemplo paradigmático de pequeña comunidad rural donde las diferencias sociales son mínimas y la relevancia de las actividades de mantenimiento muy alta, lo que seguramente limitó el desarrollo de asimetrías en el sistema sexo-género. De todos modos, como veremos después, en Myrtos se atisban también las primeras semillas de diferenciación social.

A continuación voy a detallar algunos de los aspectos más relevantes del periodo Prepalacial en el que se inserta el yacimiento. Después, tras una breve introducción al mismo, llevaré a cabo el análisis de la actividad culinaria y la elaboración textil abordando tres niveles distintos: su dimensión espacial, material y simbólica. Finalmente repasaré otros contextos del Prepalacial que puedan contrastarse con mis tesis y para terminar, en la conclusión, resumiré las principales ideas en torno al papel que desempeñaron las actividades de mantenimiento para ralentizar la aparición de desigualdades entre los sexos.

## 5.2. El Prepalacial

A principios del tercer milenio ANE Creta experimenta una serie de cambios que inauguran la Edad del Bronce. Una tecnología cerámica nueva, una expansión territorial notable y unas formas arquitectónicas sin precedentes (las tumbas monumentales) marcan un nuevo escalón de complejidad material en la isla. De ahí hasta el comienzo del segundo milenio a. C. se desarrolla el denominado periodo Prepalacial (*ca.* 3100-1900 a. C.) (fig.13), situado entre el Neolítico Final y la construcción de los edificios conocidos comúnmente como «palacios». Hasta hace poco la época Prepalacial se comparaba recurrentemente con la etapa posterior, hasta el punto de considerarla una mera antesala<sup>31</sup> del periodo Protopalacial.



Fig. 13. Mapa de Creta con los yacimientos prepalaciales mencionados en el texto.

En los últimos tiempos, sin embargo, el Prepalacial se estudia en sus propios términos, a la vez que se ha vuelto la mirada hacia el Neolítico, reconociendo los muchos aspectos comunes que unen a ambos periodos (Tomkins, 2010: 32).

Los cambios en la subsistencia que trae consigo la Edad del Bronce son parte de la explicación sobre el origen de los sistemas de dominación masculina. Sherratt (1981: 271) había augurado que hacia finales del cuarto milenio e inicios del tercero se desarrollaría la Revolución de los

---

31 Las aproximaciones teóricas de la arqueología minoica estuvieron durante décadas dominadas por el evolucionismo histórico. El término Prepalacial implicó durante mucho tiempo la idea de que esta etapa prehistórica sólo tenía interés en la medida en que contenía las condiciones que hicieron posible el surgimiento de los palacios (vid. Hamilakis, 2002b; Legarra Herrero, 2009; Tomkins y Schoep, 2010). En este trabajo se emplea el término Prepalacial sin esta connotación.

productos secundarios (RPS) en el Egeo, un fenómeno de grandes consecuencias culturales y sociales que muchos/as autores/as (p.e. Sherratt, 1981; Randsborg, 1984; Goody, 1986; Ruiz-Gálvez Priego, 1992; Robb, 1994; Hernando, 2005) han relacionado, además, con el inicio de los sistemas patriarcales, fundamentalmente por el acopio de excedentes, la acumulación de poder y el desarrollo de la individualidad que, en general, conlleva el proceso.

Las evidencias directas e indirectas de tal proceso hay que llevarlas mucho más atrás en el tiempo. Las innovaciones vinculadas con la RPS en Creta —y en el Egeo en general—, se sitúan en un espacio temporal más extenso de lo que Sherratt había previsto. Algunas, como el uso del arado, aparecen ya durante el Neolítico Tardío (ca. 5300-4500 a. C.), mientras otras, como la expansión hacia tierras marginales, no lo harán hasta el Neolítico Final (ca. 4500-3100 a. C.) o Edad del Bronce Antiguo (ca. 3100-2900 a. C.). El Bronce Antiguo es por tanto el momento culmen de unos cambios en las estrategias de subsistencia que se vienen produciendo desde mediados del cuarto milenio aproximadamente (Barker, 2005; Halstead, 2008).

Hay dos tipos de datos que indirectamente demuestran la puesta en marcha de la RPS. La primera es la expansión territorial hacia tierras marginales o menos fértiles, una opción económica viable cuando se cuenta con productos animales complementarios como la lana o la leche. Si bien la presencia humana en terrenos áridos y en altura se atestigua en el Neolítico Final (Tomkins, 2008), en el Bronce Antiguo el fenómeno es más intenso. En la región de Mesará, por ejemplo, la prospección llevada a cabo por Watrous y su equipo (2004: 226-231) demostró que aunque la mayoría de los nuevos asentamientos del MA I se situaban en llanuras con tierras fértiles que aún estaban disponibles, también se localizaban por primera vez en las montañas de Asterousia. El hecho de ocupar tierras más altas indicaría la consolidación del pastoreo de ovejas y cabras que ya se observaba en el Neolítico Final (Watrous y Hadzi-Vallianou, 2004: 225).

En segundo lugar, la expansión territorial a tierras fértiles aún vírgenes se vincula indirectamente con el uso del arado (Pullen, 1992). Esta nueva tecnología habría permitido el trabajo en tierras de suelos más duros o más profundos, difíciles de trabajar con la azada o el palo cavador propios del Neolítico. Sin embargo, las evidencias directas son difíciles de detectar en el registro. Los primeros arados serían de madera y sus marcas de uso en la tierra no se conservan en el medio ambiente del Egeo. Hasta hace poco había tres evidencias clave

para inferir el uso del arado a finales del Bronce Antiguo (Pullen, 1992): (a) una tabla de terracota de Vounous, en Chipre, que muestra una escena de arar y cuya fecha aproximada habría que situar en el 1900 a. C.; (b) el signo nº 057 de la escritura jeroglífica cretense (fig 14) que parece representar un arado<sup>32</sup> y cuya fecha es difícil de precisar, pero que se situaría a finales del Protopalacial (Godart y Olivier, 1996: 35), y (c) las figuras de terracota de Nemea (en la Grecia continental) que representan unos bóvidos con restos del yugo (aunque podrían evidenciar tanto el uso del arado como del carro). Sin embargo, recientemente, Valasia Isaakidou (2006, 2008: 96) ha aportado evidencias nuevas y reveladoras. Su análisis de la fauna neolítica de Knossos ha dado como resultado la detección de «patologías de tracción» en hembras de bóvidos a partir, al menos, del sexto milenio (Neolítico Medio).

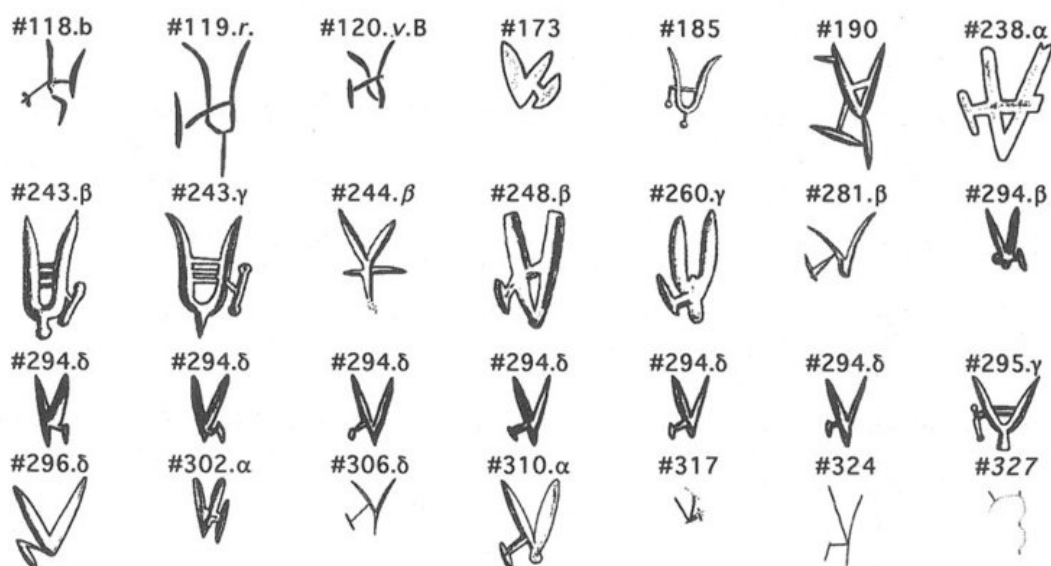


Fig. 14. Algunas de las variedades paleográficas del signo 057 de la escritura jeroglífica cretense (según Godart y Olivier, 1996: 412).

Al tiempo que, como vemos, se va esclareciendo el ritmo de adopción de las innovaciones de la RPS en Creta, se alzan voces que discrepan respecto a las consecuencias sociales que habitualmente se le atribuyen. Recientemente, Halstead (2008) ha puesto en cuestión que la ocupación de tierras marginales o menos fértiles durante el NF-BA se deba principalmente a las innovaciones en el campo de la subsistencia (la adopción del arado, los nuevos productos

32 Tanto Evans (1909: 190-191) como Olivier (1990: 19) coinciden en relacionar este signo con el arado, aunque el estado actual de nuestro conocimiento (el jeroglífico cretense es aún una escritura sin descifrar) imponga la necesidad de ser prudentes con este tipo de identificaciones (ver Godart y Olivier, 1996: 15-16)

secundarios animales, etc.). Entre los muchos argumentos que Halstead desgana en su estudio, el autor afirma que no está tan claro que el arado implique siempre la colonización de tierras de difícil acceso. De hecho a veces se documenta lo contrario. Por ejemplo, en Knossos —el poblado Neolítico situado en la llanura más fértil de la isla— la llegada del arado permitió su expansión natural por la llanura, lo que retrasó a su vez la colonización marginal. Asimismo, Halstead considera que se ha sobredimensionado la capacidad del ganado para ser la dieta principal de las comunidades marginales. La cantidad en kilogramos de carne, grasa y derivados lácteos que una familia nuclear necesitaría para sobrevivir anualmente, si la base de su alimentación es animal, se encuentra con importantes dificultades, como la limitación en el tamaño del rebaño, la variación estacional de la calidad de las carcasas, la disponibilidad de los pastos o la precariedad del mercado con las poblaciones agrícolas, entre otras. Los datos de mortalidad de la fauna ovicáprida de finales del Neolítico y Bronce Antiguo no atestiguan las estrategias de optimización de recursos que habrían aliviado parcialmente dichas dificultades (ver todos los datos en Halstead, 2008: 241-244).

En su opinión, el nuevo patrón de asentamiento responde fundamentalmente a cuestiones sociales. A partir del Neolítico Final y durante el Bronce Antiguo se deterioraron los lazos comunitarios y los hogares (*households*) avanzaron hacia una mayor independencia que les permitió acumular excedente —no compartirlo necesariamente con la comunidad más cercana—, y trasladarse a lugares más aislados. La tecnología del arado posibilitó el cambio, pero no fue la causa de la expansión territorial. A su vez, la mejora en las rutas comerciales garantizó a estas recién instaladas aldeas nuevos contactos a media y larga distancia que fueron necesarios para su supervivencia. Es lo que Halstead (1995) denominó como un cambio de estrategia del *sharing* al *hoarding* (de «compartir» a «acumular»).

La propuesta de Halstead abre la posibilidad de matizar los cambios sociales que habitualmente se atribuyen a la RPS. Si como él sugiere las innovaciones en el campo de la subsistencia no provocan los cambios sociales sino que los acompañan, entonces también debemos revisar en cada caso si la RPS suscita la aparición de sistemas patriarcales o no.

Siguiendo con la caracterización del periodo Prepalacial, otra novedad a destacar es la cerámica. En el MA I surge un tipo de cerámica que introduce innovaciones tecnológicas sin precedentes en el Neolítico. Ahora, toda la cadena operativa de la cerámica será nueva: desde

la preparación de la pasta, las formas, los tratamientos, la decoración, hasta la cocción. Como destaca Betancourt (1985, 2008), las pastas tienen mayor proporción de marga, lo que resulta en texturas más finas y composiciones más calcáreas que cuecen mejor y que le dan el color claro característico del MA I. Además, usan menos desgrasantes gruesos, especialmente en los recipientes pequeños. Las cerámicas están cocidas a altas temperaturas, lo que indirectamente muestra el uso de hornos más sofisticados que los neolíticos, con doble cámara para conseguir temperaturas altas y constantes. Las nuevas formas son más grandes y con paredes más finas que no necesitan ser bruñidas para alcanzar niveles aceptables de resistencia. Surge toda una variedad nueva de formas abiertas y cerradas como las características jarras con pitorro o los llamados platos. El estilo Agios Onouphrios ilustra bien todas estas novedades tecnológicas que, no obstante, se adoptan de manera progresiva e irregular en las distintas regiones de la isla. No obstante, la tecnología propia del Neolítico Final seguirá usándose en paralelo hasta bien avanzado el periodo Minoico Antiguo.

Betancourt (2008) vincula la nueva tecnología cerámica con la RPS. Al contrario que la cerámica neolítica, los nuevos recipientes —más duros, más densos y más resistentes— son aptos para almacenar y transportar los productos secundarios de origen animal, como la leche, el yogur o el queso, además de los productos agrícolas o líquidos como la miel o el aceite (2008: 9-10). Los nuevos recipientes surgen al calor de la intensificación agrícola y la explotación de los productos secundarios, que aumentan las necesidades de almacenamiento y conservación. La nueva cerámica es resistente a los insectos y a los hongos y no deja escapar el líquido como sí hacían los vasos porosos neolíticos, de manera que incrementa la capacidad de acumular excedentes (Betancourt, 2008: 96-100).

Otro rasgo característico del Prepalacial son las tumbas monumentales, que constituyen la realidad material mejor representada en Creta. El comienzo de la Edad del Bronce supone un incremento considerable de las formas visibles de enterramiento, en contraposición a la débil presencia material de los poblados (de la que hablaremos más adelante). A lo largo de la Edad del Bronce ambos mundos —el de los muertos y el de los vivos— alternan su presencia en el paisaje. Por ejemplo, en el Neopalacial se da la relación opuesta: mientras las tumbas apenas tienen presencia, los poblados alcanzan dimensiones monumentales (Vavouranakis, 2007: 52-54). No obstante, las tumbas minoicas prepalaciales están lejos de ser un objeto de estudio ideal. A los habituales procesos postdeposicionales que sufre el registro arqueológico, hay

que sumarle los frecuentes saqueos que han sufrido, de los que se quejan recurrentemente los/as arqueólogos/as en las monografías. Además, todas las tumbas prepalaciales se usaron de manera continuada durante muchos siglos —algunas se acercan al milenio— en el transcurso de los cuales fueron fumigadas, limpiadas y reorganizadas numerosas veces. El resultado es un registro arqueológico confuso y estratigrafías que a veces no son fáciles de discernir. Aunque sin duda lo que más complica el registro es el hecho de que todas estas tumbas albergaron inhumaciones colectivas, no individuales. El ritual a menudo requería amontonar los huesos en zonas específicas para hacer hueco a los nuevos cuerpos, o retirar los cráneos y huesos largos para depositarlos en otra parte, así que las muestras de esqueletos in situ y articulados escasean. Asimismo, los ajuares casi nunca pueden asignarse a personas concretas ni conocer con exactitud si fueron depositados al tiempo que los cuerpos, detalles que dificultan la interpretación social de las tumbas.

En el Prepalacial coexisten cuatro tipos diferentes de sepulturas: tumbas en cuevas, cistas de piedra, tumbas de planta rectangular o tumbas-casa y los *tholoi* o sepulcros circulares. Las dos últimas son las formas más paradigmáticas del periodo Prepalacial y se caracterizan por su monumentalidad. Guardan una cierta coherencia geográfica, los *tholoi* se sitúan en la región de Mesará (incluyendo la llanura, las montañas de Asterousia y las faldas del monte Ida), salvo alguna excepción más al norte como Kراسi. Las tumbas rectangulares son propias del noreste de la isla, aunque igualmente hay algunos ejemplos en el sur, como Myrtilos-Pyrgos.

Las tumbas prepalaciales están en el centro del debate sobre la complejidad social en el tercer milenio a. C, una cuestión que pivota en torno a la presencia o no de élites sociales. Diversos/as investigadores/as han defendido que la elaboración arquitectónica de ciertas tumbas demuestra la existencia de élites a partir del MA II (Soles, 1988, 1992; Maggidis, 1998, 2000), mientras otros/as realizan una lectura diferente del registro y afirman que no hay rastros inequívocos de desigualdad (Watrous, 1994: 712-717). Recientemente, Legarra Herrero (2009) reivindicaba abordar el registro funerario prepalacial desde otro ángulo: los diferentes comportamientos funerarios (en especial elementos arquitectónicos y depósitos) responden, en su opinión, a estructuras sociales distintas que reaccionan de diferente manera a los estímulos externos. Es decir, lejos de ser un contexto homogéneo, en la Creta prepalacial las diferentes regiones experimentaron evoluciones locales diversas (ver también Relaki, 2004; Whitelaw, 2004). Los ajuares funerarios dejan ver que las regiones más expuestas a los

intercambios a larga distancia —como la costa septentrional— muestran una estructura social con más niveles diferenciadores (Legarra Herrero, 2009: 48-49). Pero, en efecto, durante el Prepalacial no se vislumbran centros que monopolicen el poder ni líderes individualizados, sólo tímidas diferenciaciones de riqueza grupal, materializada en las tumbas, donde están representados todos los miembros del grupo (hombres, mujeres, niños/as) (Kokkinidou y Nikolaidou, 1993: 161).

Durante el prepalacial se han identificado diversas prácticas de comensalidad, especialmente en el entorno de las tumbas como parte de los ritos funerarios (ver p.e. Branigan, 1993; Hamilakis, 1998; Campbell-Green y Michelaki, 2012) y en depósitos extraordinarios como el hallado en un silo en Knossos (Day y Wilson, 2002). Sin embargo, recientemente, también se reconocen otras formas de consumo comunal en contextos «ordinarios» (Catapoti, 2011: 101) y menos institucionalizados como los poblados. En Myrtos, Catapoti (2006, 2011) ha podido detectarlos a partir de la abundante concentración de jarras de pequeño y mediano tamaño, su morfología, su calidad, su posible contenido alcohólico y su contexto de uso.

Nos referimos a prácticas que podríamos denominar de «comensalidad cotidiana», que se caracterizan por ser eventos inclusivos celebrados en el seno de una pequeña comunidad. Corresponden a lo que Hayden llamó *solidarity feasts* (2001: 38), en los que no suele haber elementos de prestigio ni ningún tipo de parafernalia distintiva, y en los que no se necesita el impulso de ningún/a líder. Es por ello que son «banquetes mínimamente distintivos» (Hayden, 2001: 54-55), apenas identificables en el registro material por el aumento de la cantidad de comida preparada o el exceso de recipientes. El número de comensales se limita a unas pocas decenas (son banquetes de tamaño intermedio, según Hayden, 2001: 47) que no dejan tras de sí grandes acumulaciones de desechos. Por el momento, los casos de comensalidad cotidiana identificados en Creta son muy escasos. Junto a Myrtos, podemos mencionar el ejemplo mucho más tardío de Halasmenos durante el siglo XII ANE (Yasur-Landau, 2006). Ambos tienen en común el uso de equipos de cocina domésticos y el aprovechamiento de las zonas al aire libre comunitarias para celebrar los festines<sup>33</sup>. Además de ser casos difíciles de detectar y probablemente muy heterogéneos, no han sido prioritarios en las agendas sobre el fenómeno

---

33 La costumbre de utilizar los espacios al aire libre, en especial los patios centrales, parece formar parte del ADN de la política en la Creta minoica. Schoep ha usado la expresión *court-based communal rituals* (2012: 417) para describir este formato predilecto durante la Edad del Bronce para reproducir relaciones sociales y legitimar el orden social, que puede rastrearse desde el Neolítico hasta el Neopalacial.



de la comensalidad<sup>34</sup>. Pero como bien señala Catapoti (2011: 112), es necesario explorar estos ejemplos más humildes y difusos para tener una visión completa de los contextos en los que la comensalidad es la herramienta para generar papeles sociopolíticos.

La comensalidad cotidiana en casos como el de Myrtos y Halasmenos tiene como objetivo amortiguar el ascenso de poderes individuales, forzando la isonomía política en la vida de la comunidad (Yasur-Landau, 2006: 64), sobre todo en momentos de inestabilidad o de presión creciente hacia la jerarquización. Pero será inevitable que la competencia entre los hogares más exitosos económicamente provoque desequilibrios. Así lo han comprobado Halstead e Isaakidou (2011), quienes han observado que las prácticas de comensalidad en Creta reflejan un aumento paulatino en la asimetría social desde la solidaridad colectiva de inicios del Neolítico, hasta la supremacía de los *households* más poderosos, que despegará a partir del Bronce Medio. Podríamos decir que la comensalidad cotidiana es un eslabón intermedio de esta evolución, situado en algún punto cercano a la solidaridad colectiva (ver fig. 12, capítulo 4).

### 5.3. Myrtos Fournou Korifi

El asentamiento de Myrtos Fournou Korifi (de ahora en adelante Myrtos) se halla en la costa sur de la isla de Creta (fig. 13), al oeste del istmo de Ierápetra y a 3,5 Km del actual pueblo de Myrtos (fig. 15). Está situado en la cima de una colina llamada Fournou Korifi que se eleva muy cercana al mar. Fue descubierto por una prospección encabezada por Sinclair Hood, Gerald Cadogan y Peter Warren en 1962 (Hood *et al.*, 1964). Unos años después, Peter Warren dirigió las excavaciones que fueron acometidas en dos campañas en los años 1967 y 1968.

Myrtos es un poblado agregado (fig. 16), compuesto por un entramado orgánico de unos cien espacios, la mayoría de los cuales son estancias y el resto lugares de transición o áreas al aire libre, donde no es posible distinguir a simple vista módulos independientes. Se puede decir que el poblado está excavado totalmente, y que apenas había posibilidad de que fuera más extenso<sup>35</sup>. En la actualidad ocupa un área de unos 1250 m<sup>2</sup> (Warren, 1972: 267).

---

34 Recientemente, se han identificado prácticas de comensalidad cotidiana en poblados del sur de Mesopotamia durante el periodo de Uruk (*c.* 4000-3100 a.C.). Las casas también aquí se aglomeran en torno a un espacio central comunitario y los equipos de cerámica doméstica muestran números muy elevados de equipos de bebida (Whalen, 2012: 123-125).

35 Whitelaw señala que quizás hubo una estancia más en la zona central-este y en el área sur-oeste (Whitelaw, 1979: 6-8). En contra, Nowicki (2012: 225) cree que en la zona este erosionada podrían haber cabido hasta dos unidades domésticas más.



Fig. 15. Mapa de la costa sur de Creta en torno a Myrtos y yacimientos del Minoico Antiguo más cercanos (según Nowicki 2010: fig. 22.1.)

Los límites norte y este son acantilados naturales de pendiente muy pronunciada. El acantilado oriental desemboca en el valle de Troulli, de donde probablemente los/as antiguos/as habitantes extraían el agua. En los lados sur y oeste el límite lo forman los muros de las estancias situadas en esta zona. Su abandono fue consecuencia de un gran incendio, tras el cual el lugar nunca fue reocupado.

Warren (1972: ??) distinguió dos fases de ocupación. El Periodo I corresponde al MA IIA (2600-2400 calB.C.) y se asocia a cerámicas finas grises y a una gran variedad de cerámicas pintadas del tipo *oscuro-sobre-claro*. Este nivel de ocupación se sitúa sobre la roca madre y está limitado al centro del poblado. El periodo II data del MA IIB (2400-2170 calB.C.) y en él destacan las cerámicas pintadas rojas y marrones, y las de tipología *Vasiliki*. En el periodo II las cerámicas grises están completamente ausentes y de las variedades *oscuro-sobre-claro* sólo sobrevive un tipo autóctono conocido como *tipo Myrtos*. Esta fase se distingue por dos niveles estratigráficos: el nivel de habitación que fue afectado por el incendio y la capa de derrumbe provocado por el fuego. Al parecer, todo apunta a que las estancias del periodo I no estaban visibles durante el periodo II y en su lugar habría un espacio abierto (Whitelaw, 1979: 6).

Hoy sabemos que Myrtos no era un asentamiento aislado, formaba parte de una región en la que había otras poblaciones aledañas (fig. 15). La mayoría se situaban en las cimas de las colinas circundantes. Lamentablemente, la fuerte erosión que afecta a las colinas ha impactado negativamente en la conservación de estas aldeas, que solo se conocen vagamente por los restos que sobreviven en la superficie (Nowicki, 2010). La excepción la encarna

Myrtos Pyrgos, otro asentamiento muy próximo que sí fue excavado y del que hablaremos más adelante. Fruto de las prospecciones en la zona, Nowicki (2010) ha propuesto una dinámica de poblamiento en la que se habrían sucedido etapas de poblamiento en el interior y en la costa, desde el NF IV y MM I.



Fig. 16. Plano de Myrtos Fournou Korifi, según Warren 1972: desplegable en pág. 10

Respecto al incendio que pone fin a su ocupación, sabemos que muchos otros sitios en la zona oriental de la isla sufrieron desastres parecidos en la misma época, al final del MA IIB, como Myrtos Pyrgos (Cadogan, 2000) o Vasiliki (Branigan, 1970 [1988]), aunque no se sabe con exactitud la causa. Se ha especulado con que fuera provocado por gentes hostiles llegadas de Anatolia, que también habrían causado desastres similares en otras partes del Egeo (Hood, 1986: en Nowicki 2010), o, más recientemente, que los incendios fueran fruto de hostilidades internas entre distintos grupos cretenses (Nowicki, 2010). El muro corrido de la zona sur del poblado ha sido desde el inicio considerado como defensivo (Warren, 1972: 11) y un par de espacios reducidos adyacentes a este muro han sido interpretados como torres defensivas, aunque el hecho de que dicho muro no sea de un grosor superior al del resto de las habitaciones pone en cuestión tal interpretación (Sanders, 1984: 415-16)<sup>36</sup>.

<sup>36</sup> A favor de las tesis sobre la existencia de conflictividad hacia el final del Prepalacial y del carácter defensivo de Myrtos ver Alexiou, 1979; Whitelaw, 2007: 73; Nowicki, 2010.

*¿Por qué es un buen caso de estudio?*

Myrtos es uno de los asentamientos mejor conocidos en un periodo en el que los ejemplos de poblados excavados escasean. Su destrucción total a causa de un incendio y su abandono inmediato sellaron los últimos suelos de habitación permitiéndonos un acceso privilegiado a cómo estaba organizado el poblado en su última etapa. A ello se une el excelente trabajo de Warren, que además de excavarlo en su totalidad registró con detalle todos los hallazgos. Su monografía sigue siendo hoy una herramienta muy útil para conocer la naturaleza del asentamiento (Warren, 1972). Estos dos factores —la conservación del yacimiento y su excelente publicación—han propiciado que Myrtos sea el epicentro de los debates en torno a la organización social de los poblados prepalaciales.

El resto de asentamientos prepalaciales conocidos adolecen de varios inconvenientes. A menudo son sitios excavados a principios del siglo xx y las publicaciones originales limitan mucho el estudio. Esto ocurre, por ejemplo, con Vasiliki, que fue excavado por Seager en 1904 y 1906. A pesar del enorme esfuerzo que Zoïs realizó en los años setenta del siglo xx por aclarar la estratigrafía y las fases constructivas del sitio, hay mucha información de Seager referente a los hallazgos que se ha perdido (McEnroe, 2010: 23) o nunca se ha publicado con detalle<sup>37</sup>. Otro ejemplo es la casa oval de Chamaizi, excavada por Xanthoudides (1906), de la cual sólo tenemos publicaciones parciales con pocos detalles sobre los contextos de hallazgos<sup>38</sup>. En otras ocasiones el estado de conservación no permitió la recuperación de los suelos de habitación o de las plantas completas de las casas, como es el caso de los restos hallados al sur del palacio de Festos o de Malia. De los otros casos que mejor se conservan (Debla, Trypiti, Agia Triada, Petras Kephala o Kalo Chorio) ninguno alcanza el nivel de detalle suficiente para poder llevar a cabo un análisis exhaustivo de las actividades de mantenimiento o su publicación aún no ha visto la luz. No obstante, rescataremos algunas de sus evidencias hacia el final del capítulo para contrastarlas, en la medida de lo posible, con lo hallado en Myrtos.

A pesar de que el registro cuidadoso de la excavación en Myrtos permitió a Warren rescatar numerosos suelos de habitación, no en todas las zonas del poblado se conservan de la misma

---

37 Es el caso de los objetos relacionados con la elaboración textil, que nunca fueron publicados en detalle (Burke, 2010: 30).

38 No obstante, Lanuzza (2011) ha organizado toda la información disponible del sitio para analizar su configuración interna.

forma. Recientemente, Todd Whitelaw (2007) mostró los porcentajes de conservación de los suelos del poblado y advirtió cómo este dato afecta al número de restos conservados. La zona norte sufrió una mayor degradación que la zona sur, una precaución a tener en cuenta a la hora de interpretar la distribución de hallazgos. Por este motivo centraremos el análisis especialmente en la zona sur. Igualmente, dadas las diferentes amplitudes y estados de conservación del periodo I y del periodo II, a partir de ahora vamos a fijar la atención exclusivamente en el periodo II.

Uno de los inconvenientes que presenta la excavación de Myrtos es la atención desigual que se prestó a los distintos tipos de materiales. La mayor parte de los esfuerzos se destinaron a registrar con todo detalle la cerámica, mientras que los objetos de piedra o de otros materiales no gozaron del mismo interés. Especialmente grave para nuestro análisis es, por ejemplo, la imprecisión acerca de la localización exacta y la tipología de los molinos de piedra.

### *5.3.1. Modelos explicativos del poblado de Myrtos*

La claridad de los restos arqueológicos del poblado de Myrtos ha suscitado, paradójicamente, diversas interpretaciones del sitio. La mayoría pivotan en torno a tres tipos de datos: la arquitectura, la distribución de los objetos y la funcionalidad de los distintos espacios y estructuras (Whitelaw, 2007: 65). La principal preocupación se ha centrado en definir la unidad social que habitó el poblado: si era un solo linaje o un conjunto de familias nucleares. Para ello, algunos autores apelaron también a la demografía, usando distintas formas de contabilizar las personas que pudieron vivir entre sus muros. De todo ello dedujeron el tipo de configuración política que ordenaría la vida de sus habitantes. La diferencia entre los modelos explicativos reside en cómo establecer los patrones y a qué se le da importancia (Whitelaw, 2007: 66). Vamos a centrar nuestra atención aquí principalmente en dos. El modelo de Warren (1972) —el arqueólogo que excavó el yacimiento— y el modelo de Whitelaw (1979, 1983), cuya visión del poblado es hoy en día la más aceptada (ver p.e. Warren, 1983). De otros modelos, como el de Branigan (1970 [1988]), Sanders (1984, 1990), Tenwolde (1992) o Catapoti (2005, 2011), comentaré los detalles más significativos cuando el transcurso del análisis así lo requiera.

Originalmente, Peter Warren (1972) consideró el conjunto como una única y gran estructura articulada mediante pasillos y patios al aire libre (1972: 11 y 260). Las actividades se agruparían en zonas funcionalmente diferenciadas y complementarias. Almacenes y talleres en el norte, zonas de hilado y tejido en las estancias 27-28, 57-58 y cerca del área 73; almacenes, cocina y talleres en el sur-este, zona de habitación al oeste de la entrada sur, más almacenes en las estancias 71-74, 80-82 y 90; y finalmente una zona de culto en el extremo sur-oeste con un altar en la estancia 92, un almacén de elementos rituales en la sala 91 y quizás otra sala de culto en 89 (fig. 17). Warren estimó que el total de la población debió ascender a 100-120 personas. Su cálculo, que reconoce muy aproximativo, se basa en la intuición de considerar que cuadruplicar el número de trabajadores en la excavación (fueron 25 personas) ya alcanzaría el límite máximo para garantizar un mínimo confort en el sitio (1972: 267).

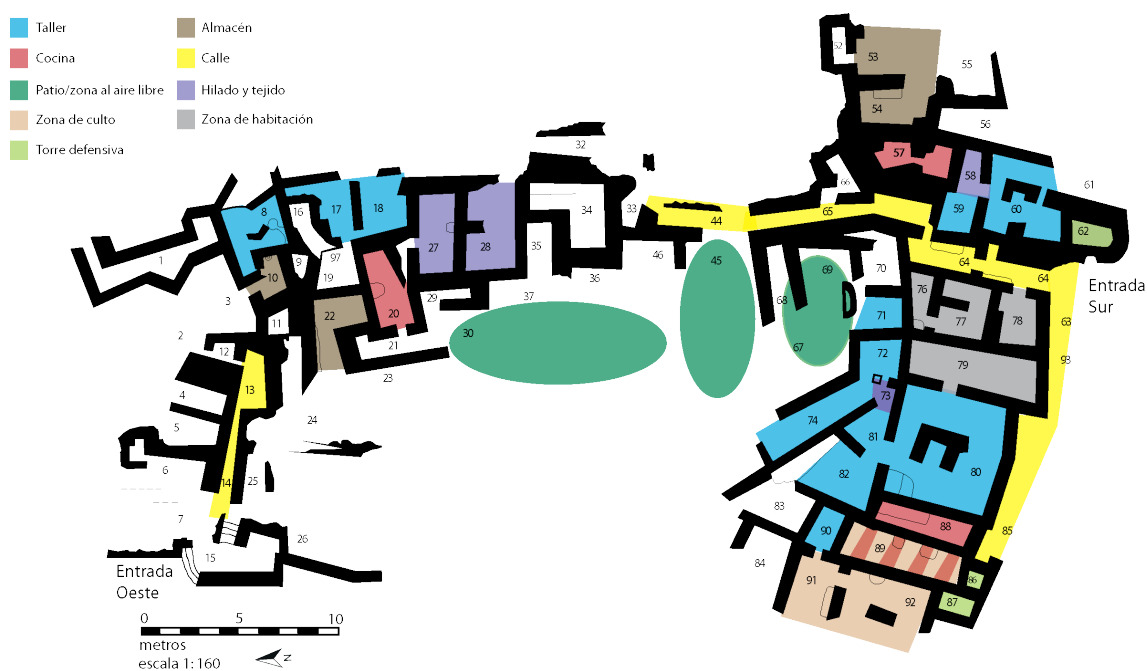


Fig. 17. Distribución de actividades en el poblado de Myrtilos según Warren, 1972.

Socialmente, Myrtilos sería la expresión material de un grupo grande y único, como un clan o un linaje que convive en un mismo poblado, quizá sin división de familias nucleares y sin jefes aparentes. Ello estaría en consonancia con la información que tenemos de las tumbas en el Bronce Antiguo. Como mencioné más arriba, todas ellas son colectivas, sin cuerpos individualizados ni ajuares que podamos adscribir a personas concretas. En cuanto

a la arquitectura, Warren consideró Myrtos como el embrión de lo que unos siglos después serían los palacios. Al igual que estos, Myrtos estaría separado en zonas funcionalmente independientes y, además, tendría ya la costumbre de integrar patios centrales (los espacios **30** y **45**). Otros investigadores, como Keith Branigan (1970 [1988]: 40-79), coincidían en interpretar en clave *palacial* los hallazgos de poblados como Myrtos o Vasiliki, aunque a medida que se clarificaban los datos, tuvieron que matizar su interpretación.

Cuando Warren definió las áreas funcionales del asentamiento no utilizó un método cuantitativo muy claro y él mismo admitió que su propuesta se fundamentaba en patrones de distribución «muy generales» (Warren, 1972: 260), porque en realidad existían evidencias de cada función en todas las zonas del poblado. Unos años después, Todd Whietlaw (1979), aplicó una serie de métodos cuantitativos y cualitativos de corte procesualista que revelaron nuevos y esclarecedores patrones funcionales, lo que dio origen a una visión de la organización económica y social del poblado muy distinta a la de Warren. Me detendré en la propuesta de Whitelaw, la cual nos servirá, además, para repasar las principales características del poblado.

Lo primero que esclareció Whitelaw fue la secuencia constructiva del poblado. Aunque Warren (1972) ya había señalado sucintamente la existencia de distintas fases de crecimiento, fue Whitelaw quien concretó los detalles del proceso (1983: fig. 62, 2007: fig. 8.1a). Al revisar la estructura de los muros, sus juntas y sus diversos estilos Whitelaw dedujo que el poblado había crecido paulatinamente a partir de un primer bloque integrado de estancias (*cluster*). A lo largo de los dos siglos que duró el periodo II se sucedieron diversos episodios constructivos que añadían cada vez un nuevo núcleo de estancias interconectadas, formando un patrón de crecimiento orgánico y, en opinión de Whitelaw, no estructurado desde el inicio<sup>39</sup>. No fue posible detallar, sin embargo, el lapso cronológico entre las etapas, si lo hubo (fig. 18).

En segundo lugar, definió las partes del asentamiento que no tenían un carácter estrictamente habitacional<sup>40</sup> (fig. 19): zonas abandonadas, estancias públicas, patios y calles. El núcleo inicial y más antiguo lo compondrían las habitaciones **27-28-34-35**. Aunque en origen sirviera de

---

<sup>39</sup> Nowicki (2010) propone, al contrario, que el plano del poblado estaba diseñado desde el principio por el número de elementos comunitarios integrados en el plano arquitectónico: las entradas, las vías de comunicación, etc.

<sup>40</sup> Para distinguir entre zonas de hábitat, zonas en desuso y áreas de carácter público o comunitario, Whitelaw utilizó métodos estadísticos cuantitativos relacionados con las características y el estado de la cultura material encontrada en cada zona del poblado. Para ver los detalles de su método ver Whitelaw 1979: 5-54 y 1983: 324-332.

zona de habitación, varias evidencias apuntan a que fue abandonado antes del colapso del poblado: en su interior no se hallaron depósitos de suelos, apenas había rastro del incendio (lo cual sugiere que no estaba techado), tampoco había restos de enlucido en los muros (muy habitual en el resto del asentamiento) y el estado de fragmentación de los hallazgos junto con abundantes restos de fauna señalan a un último uso como basurero. Lo mismo ocurre en la zona central-sur del poblado (salas 68-71 y 76-77) donde Whitelaw delimitó otra zona en desuso, con muy pocos hallazgos y seguramente sin tejado<sup>41</sup>.

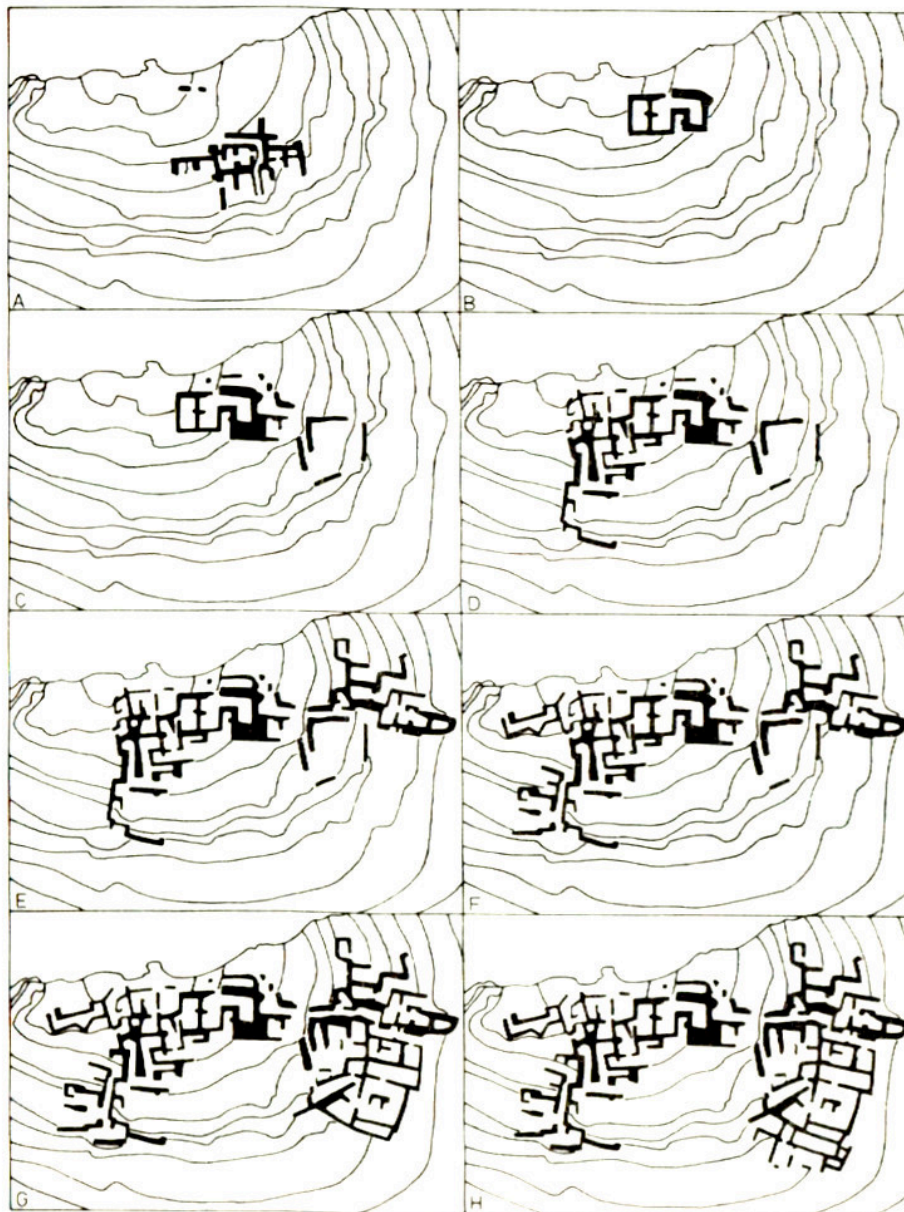


Fig. 18 Etapas constructivas de Myrtos propuestas por Whitelaw, 1983: 325, fig. 62

41 Hay otras habitaciones que Whitelaw consideró en desuso o con una actividad muy limitada antes de la destrucción del poblado (ver fig. 7). Nowicki (2010) y Haggis (1999: 60-1) discreparon aduciendo que las zonas con pocos hallazgos y depósitos muy alterados pudieron haber sido objeto de pillajes posteriores.





Fig. 19. Sectores del poblado no habitacionales, a partir de Whitelaw 1983: fig. 63.

Se identificaron cuatro áreas abiertas o patios, caracterizadas por una extensión superior a 2.5 m y sin nivel de incendio, salvo los restos de cenizas esparcidos con origen en otras estancias. Uno en la esquina nororiental (2-3), otro encima de algunos de los restos del periodo I (30, 38-40), el tercero es el espacio 45 y, en el extremo sur, fuera del muro que limita el poblado un cuarto patio, el espacio 63-85 y 93, que además tiene restos de pavimento a la altura de 78-79 y un banco en 85.

Unos pasajes y dos entradas vertebraban el movimiento a través del poblado. En la zona norte se encuentra el eje 12-13-14 que comunica el patio norte con la entrada oeste. En la zona sur el eje 64-65 cumple una función parecida, uniendo la entrada sur con el patio 45. De ahí parte una tercera vía, 44-33-32, que circunvala la zona central-este. Por último, el pasillo 67 da acceso a la parte oeste del poblado.

Además, hay cinco espacios que Whitelaw calificó de estancias de carácter comunitario: unas habitaciones de uso público en contacto con los patios (10, 29, 46) y dos salas de espera cerca de las dos entradas del poblado (78 y 15). Las tres primeras son pequeñas estancias desconectadas del resto de edificios y abiertas hacia los patios del poblado. Las tres tienen algún elemento de piedra peculiar. En el caso de 29 y 46 es un *kernos*<sup>42</sup> en el pavimento, en el caso de 10 una especie de pila de piedra suspendida en uno de los muros.

### 5.3.2. *Las unidades residenciales del poblado*

El análisis que dio los mejores frutos a Whitelaw fue su método para desentrañar la función predominante de las habitaciones de Myrtos. Gracias a él, descubrió que tras la apariencia de aglomeración indivisible se escondían varias unidades residenciales (o casas), identificables y perfectamente delimitadas, que en su interior replicaban la misma serie de funciones.

---

42 Los *kernoi* son objetos de piedra (documentados en áreas públicas y ceremoniales, es decir, de actividades grupales), en sitios contemporáneos en Vasiliki, Gournia o Mallia (Whitelaw, 2007:73),

Para ello agrupó los hallazgos (especialmente la cerámica) en categorías funcionales generales y observó cómo los objetos de una misma categoría se asociaban en el poblado. De ello extrajo patrones significativos de concurrencia que no eran visibles a simple vista<sup>43</sup>. Los recipientes cerámicos fueron agrupados en categorías muy generales: recipientes de cocina, recipientes de almacenaje, piletas (o grandes recipientes abiertos en los que se llevarían a cabo trabajos especializados) y recipientes domésticos generales (la categoría menos específica que incluye gran parte de la vajilla para servir y comer). La copresencia (en una cantidad estadísticamente significativa) de artefactos cerámicos de la misma clase en una habitación permitían distinguir entre cocinas, zonas de trabajo especializadas, almacenaje de comida, almacenaje de recipientes y zonas domésticas generales (fig. 20). Como se ve, sus categorías funcionales tanto de cerámica como de habitaciones son lo suficientemente generales como para evitar una sobreinterpretación, pero con un grado de concreción que permite observar diferencias significativas. En cualquier caso, Whitelaw sólo sugirió que las funciones detectadas serían las predominantes, en un poblado en el que seguramente todos los espacios eran multifuncionales (fig. 20).

De esta manera, Whitelaw definió con claridad cuatro unidades residenciales, pero extrapolando los datos a las zonas menos conservadas quizás hubiera cinco o seis (fig. 21). La residencia mejor conservada se halla en la zona central-sur (Casa B en fig. 21). Conserva la totalidad de su perímetro y el mejor estado de conservación de los suelos. En su interior se pueden localizar todas las funciones que Whitelaw encuentra en el yacimiento. Le sigue la residencia sur-oriental (Casa A), peor conservada, que sólo carece de un espacio para el almacenaje de cerámica. La unidad sur-occidental (Casa C) también es equivalente, salvo por la inexistencia de un espacio de trabajo especializado. En la zona norte, la residencia mejor preservada, incluso teniendo muchas lagunas en su conservación aun presenta la mayoría de actividades.

---

43 Para conocer más en profundidad su método estadístico ver Whitelaw, 1979: 22-23. Sólo incluyó en el análisis la cerámica en uso antes del incendio, no la encontrada en niveles más superficiales. Además de la cerámica y los otros objetos, para definir la función de un espacio también tuvo en cuenta las características constructivas singulares de las estancias, como, por ejemplo, la presencia de instalaciones de cocina.



Fig. 20. Áreas de actividad identificadas por Whitelaw. Basado en Whitelaw 1983: fig. 68.

El carácter de todas las unidades residenciales es eminentemente doméstico, no hay nada que haga pensar en una diferencia de estatus o prestigio, al menos en cuanto a cantidad y calidad de los objetos presentes en ellas<sup>44</sup> (Whitelaw 1983:333). Pero tampoco son idénticas, se diferencian en la disposición interna de las distintas funciones, en el tamaño y en las preferencias de tipologías y decoraciones cerámicas. Por ejemplo, la Casa B usaba recipientes de fondo negro con rombos blancos, que no están presentes en las otras casas. Por su parte, las Casas A y D muestran una preferencia por las ollas piriformes locales, mientras en el oeste y el sur se prefieren las importadas del golfo de Mirabello (Whitelaw *et al.*, 1997; Whitelaw, 2007: 73).

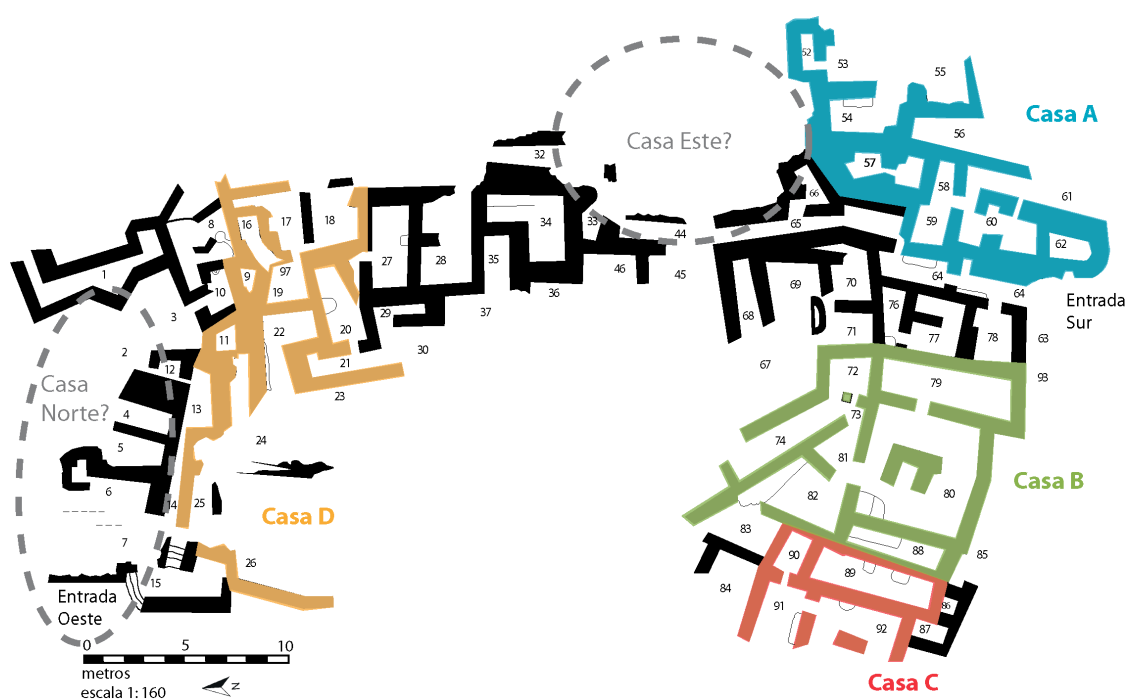


Fig. 21. Unidades domésticas identificadas por Whitelaw (1983) en Myrtos.

Uno de los puntos fuertes de la reinterpretación de Whitelaw fue la atención prestada a los procesos depositacionales del yacimiento. Por ejemplo, se preocupó por determinar un índice de preservación del sitio: el distinto grado de preservación de los suelos de habitación tiene un efecto en la densidad de hallazgos recuperados y en su grado de fractura. Esta circunstancia no fue tomada en cuenta por otros/as investigadores/as que se acercaron a Myrtos, como, por ejemplo, Sanders<sup>45</sup> (Sanders, 1984, 1990). Este consideró que la parte norte del yacimiento,

44 Hay dos objetos de carácter ritual que comentaremos más adelante.

45 Me detendré en algunos aspectos de sus ideas sobre Myrtos más adelante, cuando hable de la dimensión espacial de las actividades de mantenimiento.

en la actualidad físicamente desconectada de la parte sur, habría sido una zona comunitaria mientras que la parte sur sí estaría dividida en tres unidades domésticas independientes. Pero esta diferencia bien podría deberse al sesgo en la preservación del registro.

### 5.3.3. *La unidad social que habitó Myrtos*

Aclaradas las peculiaridades de la configuración espacial del poblado de Myrtos, Whitelaw sugirió que la unidad social mínima del poblado sería la familia nuclear, una hipótesis que se alejaba de la propuesta de Warren y su idea del clan o la familia extensa. De forma tentativa, realizó el cálculo demográfico para cada unidad residencial tomando tres criterios: la superficie de las casas, el número de recipientes conservados y la capacidad de almacenaje derivada de los grandes recipientes. Uniendo a esto referentes etnográficos de poblaciones agrícolas rurales, Whitelaw concluyó que la unidad básica sería la familia nuclear de entre 4 y 6 individuos. En los años previos al incendio, el número total de habitantes en el poblado sería de entre 25 y 30 personas. Así, el poblado habría sido fundado por una primera familia que poco a poco habría crecido hasta formar los 5 o 6 hogares que debió tener el poblado en su máxima extensión (Whitelaw, 1983)<sup>46</sup>.

Whitelaw no acompañó su hipótesis de un modelo concreto de parentesco que encajara con sus números, por lo que no sabemos a qué tipo concreto de familia se refería. Pero en la literatura arqueológica procesualista el modelo multifamiliar de cohabitación que describe se conoce como *residential corporate group* (Hayden y Cannon, 1982; Wilk y Rathje, 1982; Coupland, 1996). Una de las formas más comunes que adoptan estos grupos se caracteriza precisamente por la presencia en el registro arqueológico de viviendas individuales aglomeradas. La cohesión entre la comunidad y las familias nucleares que lo conforman varía de un caso al otro. Existen casos en que la comunidad domina gran parte de la vida de las familias (se

---

46 A falta de asentamientos prepalaciales completamente excavados con los que contrastar sus conclusiones, Whitelaw buscó corroborar su hipótesis demográfica analizando los datos antropológicos de las tumbas coetáneas. Pero el carácter comunal de las sepulturas, su estado de conservación y las estimaciones imprecisas sobre el número de enterramientos que se produjeron en cada fase cronológica dificultaron la tarea. Aún así, Whitelaw logró ajustar sus cálculos para que reflejaran una correspondencia entre la familia nuclear y el uso de las tumbas. Otros/as investigadores/as, sin embargo, proponen que las tumbas habrían sido usadas por unidades sociales mayores que la familia nuclear (Soles, 1992: 251-255; Branigan, 1993: 84-89; Maggidis, 1998: 95). Ver una revisión reciente sobre la discrepancia demográfica entre tumbas y asentamientos en Murphy (2011).

comparte el trabajo, los medios de producción, el consumo, etc.),<sup>47</sup> y otros donde el peso de la comunidad es menor. Whitelaw sostuvo que Myrtilos respondería al segundo tipo, donde la familia nuclear sería la unidad social y económica más significativa y el peso de la comunidad quedaría limitado a la función defensiva (construcción del muro externo), la manutención de los espacios comunes (las calles, los patios y las salas públicas), alguna actividad como la de tejer y los más que probables lazos de parentesco (Whitelaw 2007:73). Es decir, si bien en Myrtilos se aprecia la existencia ineludible de una vida comunitaria (el poblado), para Whitelaw el *household* (la casa) sería, sin embargo, la unidad social más significativa. Los contactos que se aprecian con el exterior en forma de importaciones de cerámica, algo de metal y obsidiana pudieron tener como objetivo los intercambios de esposas frecuentes en los grupos patrilineales (Whitelaw 1983: 336).

El debate sobre las relaciones casa/poblado en Myrtilos ha suscitado otras lecturas alternativas que —sin negar la existencia e importancia de las unidades residenciales— invierten el peso identitario a favor del poblado. En efecto, Whitelaw subestimó las evidencias empíricas que, en realidad, atestiguan una vida comunitaria más intensa de lo que él vislumbró. Además de los espacios al aire libre, las vías de circulación, las estancias comunales y el muro perimetral del poblado, la revisión de los equipos cerámicos ha revelado posibles interacciones comunitarias en la producción y el consumo. Por ejemplo, Tenwolde (1992) resaltó la presencia de recipientes para almacenar y transferir líquidos que se hallaron in situ en mitad de la vía N-S, así como molinos de piedra, que parecen estar a disposición de la comunidad. Por su parte, Catapoti (2006) ha sacado a la luz la presencia, más que probable, de eventos de comensalidad en el poblado a partir —entre otros— del análisis de los equipos de bebida, cuyo número supera con creces las necesidades de cuatro o cinco unidades familiares nucleares<sup>48</sup>.

Por último, cabe destacar el modelo de *sociedad de casas* propuesto por Driessen (2010) para el que el Prepalacial constituye el periodo en que este modelo de organización se hace más evidente. Recordemos que una *Casa* —o *established house*, como la rebautiza Driessen—

---

47 Es el caso de la *zadruga*, un tipo de comunidad rural típico de los Balcanes, regida por la descendencia patrilineal. La *zadruga* se define como un *household* compuesto por dos o más familias nucleares, vinculadas biológicamente o por afinidad que comparten los medios de producción, el acceso a los recursos, y regulan el control de la propiedad y las normas del trabajo en comunidad. El modelo ha sido utilizado para interpretar el registro arqueológico de algunas de las culturas neolíticas de los Balcanes, como la cultura Vinča (p.e. Stevanović, 1997: 340).

48 Nos detendremos en las hipótesis de Catapoti más adelante, durante el análisis.

constituye un grupo social extenso e intergeneracional vinculado a una residencia (un espacio arquitectónico, en este caso el poblado en su conjunto) y sus propiedades agrícolas. El poblado de Myrtos alberga, además, un cráneo humano y un vaso antropomorfo, ambos elementos hallados típicamente en tumbas, que para Driessen son reliquias familiares que rinden culto a los ancestros o quizás al antepasado fundador, y que confirman el modelo de *société à maison* de Lévi-Strauss (ver cap. 2). Este modelo elimina la aparente contradicción entre la realidad social representada en los poblados y en las tumbas, porque ambas construcciones serían el reflejo del mismo grupo extenso e intergeneracional.

El análisis de la actividad textil y de cocina en Myrtos puede aportar datos y reflexiones nuevas a este debate en torno a la configuración social del Prepalacial y las relaciones entre lo individual y lo comunitario. Las actividades de mantenimiento reflejan el grado de cohesión grupal, el nivel de desarrollo de la individualidad, el peso de lo relacional y, con ello, la situación de las diferencias sociales, que afectan en un primer lugar al sistema sexo-género. Al hablar de los aspectos comunitarios de Myrtos, los/as distintos/as autores/as han pasado por alto las peculiaridades que guardan unas actividades (la de cocina y la textil) tan influyentes en la identidad del grupo, y que en esto caso subrayan la preponderancia de lo comunitario en Myrtos.

#### **5.4. Actividades de Mantenimiento en Myrtos : la cocina y la producción textil**

Como decíamos, el análisis de las actividades de mantenimiento puede aportar nuevos matices al debate en torno a las interacciones entre las unidades domésticas y el poblado. En las próximas páginas veremos si los trabajos responsables del cuidado y la cohesión grupal adquieren una dimensión comunitaria, o, por el contrario, cada unidad doméstica aborda las actividades de mantenimiento por su parte. Ello nos dará una idea más clara del lugar que ocupan los rasgos relacionales en Myrtos Fournou Korifi, y nos permitirá emitir algunas hipótesis respecto al sistema sexo-género que debió vertebrar las relaciones entre hombres y mujeres.



### 5.4.1. Las cocinas de Myrtos

Dentro de las cuatro unidades domésticas que Whitelaw identificó en el poblado (fig. 21), hay una estancia definida como la cocina (fig. 22). Son los espacios **20**, **57**, **88** y **89**. Existe una quinta, en la estancia **35**, localizada en el interior de la unidad original del poblado que se abandonó antes del incendio. Lo que las identifica es la presencia de dos elementos principales: una estructura de combustión (hogar u horno) y recipientes culinarios (ollas de cocina y/o platos de horno). Estos dos elementos pueden venir acompañados, además, de otros objetos también sintomáticos del trabajo en una cocina, como morteros, molinos de piedra o residuos de comida.



Fig. 22. Cocinas y posibles espacios de cocina en Myrtos, a partir de Whitelaw (1983).

Por sí solos, los recipientes de cocina no son siempre indicadores de la actividad de cocinar ya que pueden haber satisfecho otras funciones. De hecho, los platos se encuentran también en salas relacionadas con otros trabajos domésticos (como ocurre en el espacio **59**). Por su parte, las ollas debieron usarse, además de para cocinar, para tareas como la de servir o almacenar, de ahí que su distribución abarque otras áreas (así ocurre, por ejemplo, en la sala **80**, un espacio reservado al almacenaje de alimentos).

Whitelaw (1979: 45-46) señaló la posibilidad de que se hubiese cocinado en otras zonas, aunque las evidencias no son inequívocas en estos casos. Por ejemplo, la estancia número **8**, considerada una especie de taller por la instalación de una pileta y un canal de evacuación de líquidos. En el centro de la estancia hay una fina capa de ceniza bajo un murete construido a posteriori, y en él se encontró un fragmento de plato de horno que hizo dudar sobre la función culinaria del espacio. Warren (1972: 25-26) explicó la zona con cenizas como el lugar donde calentar algo que tuviera relación con el proceso llevado a cabo en la pileta, quizás el lavado de lana o la producción de aceite, lo que parece razonable. En el espacio **83** también se encontró un ligero depósito de cenizas en conexión con fragmentos de ollas y platos de cocina. Pero la ausencia de un suelo de habitación claro y de rastros del incendio indica que este espacio —junto con el **84**— estuvo abandonado antes de la destrucción del poblado, sin techumbre que alimentara el fuego y quizás utilizado como basurero en los últimos años, como parece desprenderse del grado de fragmentación de los hallazgos (Whitelaw, 1979: 17). De la zona **69** Warren sugirió un uso de cocina al aire libre, por la cantidad de recipientes de cocina en fragmentos en su relleno (1972: 61-62). Pero de nuevo, lo más probable es que fuera una zona en desuso en la que además no se encontró rastro de cenizas<sup>49</sup>.

Parece claro que la actividad básica de cocinar, la que consiste en transformar las propiedades físicas de los alimentos a través del calor, se llevaba a cabo, principalmente, en espacios interiores con un claro sesgo monofuncional. Antes de proceder al análisis espacial, repasaré brevemente las características de cada cocina, prestando especial atención a los rasgos que las identifican como tales, a sus instalaciones fijas (hogares, hornos, bancos, etc.) y, sobre todo, a sus accesos. De los hallazgos muebles nos ocuparemos en la próxima sección.

### *La cocina número 20*

Situada en la zona norte del poblado, la cocina **20** (fig. 19) tiene un área aproximada de 7,17 m<sup>2</sup>. El acceso a esta cocina (en el muro oeste) se realiza a través de una rampa pronunciada (el pasadizo al aire libre número **21**) que parte del patio central (espacio **30**). Se encontraron

---

<sup>49</sup> Zonas donde hay restos de cenizas diferentes a las de la destrucción final pero sin restos de recipientes de cocina son el basurero **2/3**, **34** y fuera del poblado en **93** (Whitelaw, 1979: 45-46).

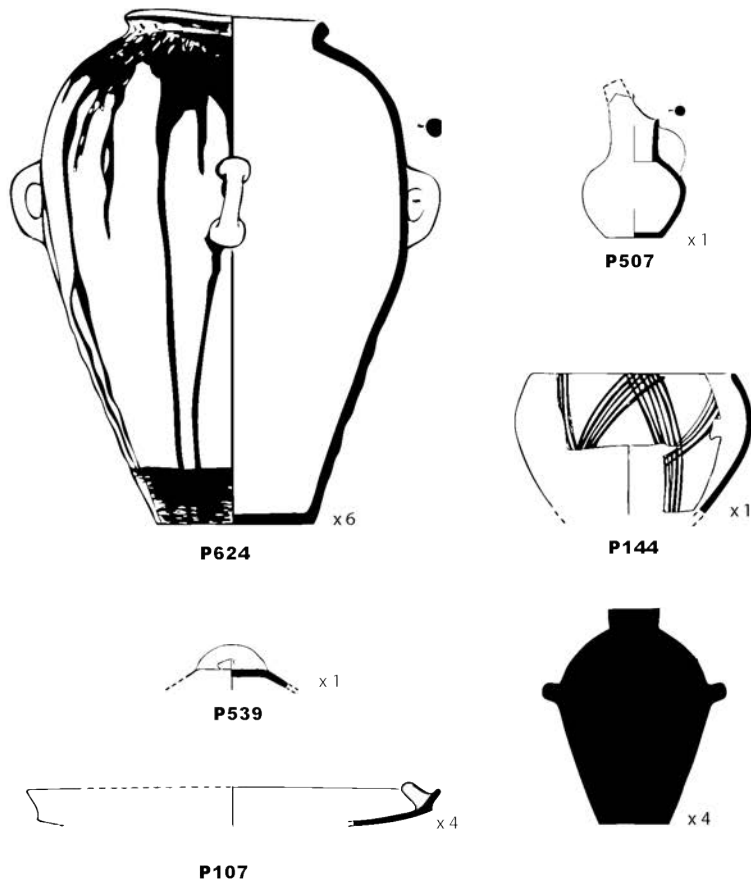
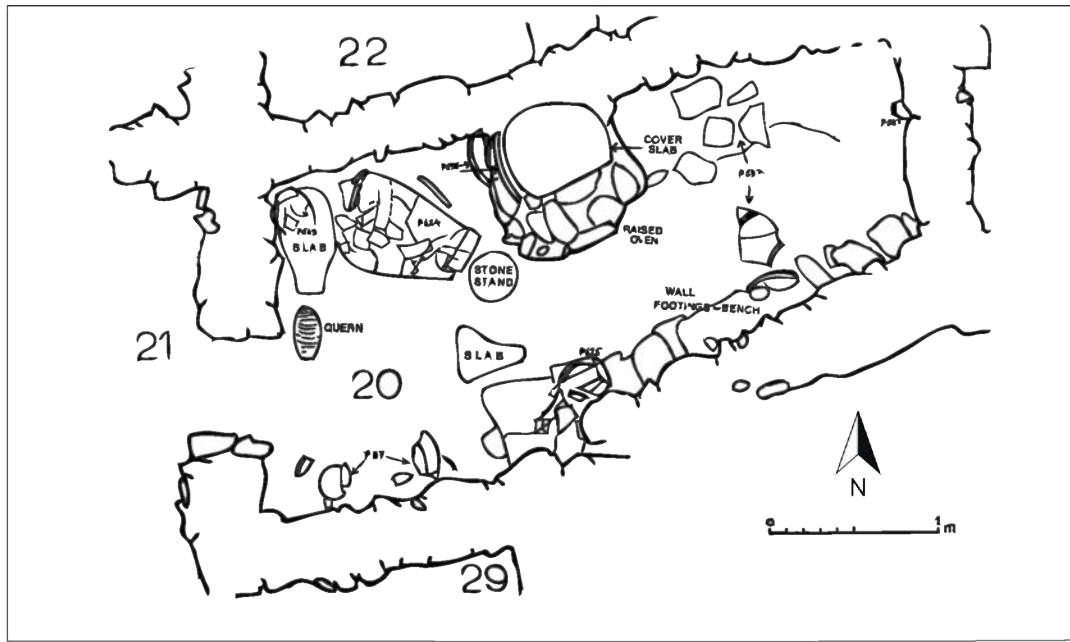
restos de enlucido<sup>50</sup> tanto en el muro norte como en la zona oeste del suelo, así como en las paredes del horno, lo que da una idea del buen acondicionamiento del espacio.

Hay dos estructuras que destacan en esta cocina. Una de ellas es el horno construido contra el muro norte en la mitad de la estancia. Es una estructura que mide 80 cm de ancho y se proyecta hacia el exterior otros 80 cm. Está formada por lajas de piedra que le dan una altura de 60 cm. En lo alto de las lajas se encontraron los fragmentos de la parte superior de un gran *pitbos*. Los fragmentos estaban dispuestos de tal manera que habrían formado la pared posterior del horno, sobre las lajas. Sobre todo ello, había una losa plana y pesada, semicircular, que podría haber cubierto la estructura, apoyándose en el *pitbos*. En el interior se encontraron restos de tierra quemada y cenizas que confirmaron el uso de esta estructura como un horno elevado, abierto en el frente. En la parte oeste de la estructura los restos del enlucido indican el cuidado especial que se dedicó a esta instalación. Enfrente, en el muro sur, se encuentra la otra estructura destacable: un pequeño banco o repisa que sobresale 22 cm y que ocupa buena parte de la longitud del muro.

En el suelo de la estancia se encontró un buen número de grandes recipientes fragmentados y quemados que pueden verse en el plano que publicó Warren con los hallazgos in situ (fig. 23). El espacio interno está muy bien organizado, como reveló más claramente la reconstrucción a escala que se hizo del yacimiento (fig. 24). Atkinson (2011: 34-35), el autor de la maqueta albergada en el museo cercano al yacimiento, destaca la adecuada posición del pequeño *pitbos* sobre el soporte de piedra, que queda a la altura de la mano izquierda de quien trabajara con el horno, y la localización del molino de piedra cerca de la entrada, a la izquierda, en el espacio más amplio de la sala.

---

50 El enlucido con base de cal es un material muy usado para acondicionar los muros y los techos, y en menor medida, los suelos y los bancos en Myrtos (Cameron en Warren, 1972: 305).



Escala 1:5

Fig. 23. Planta de la cocina número 20 con la situación de los hallazgos más destacados (según Warren 1972: fig. 18). Debajo, muestra de cada una de las formas cerámicas encontradas en la cocina. A la derecha de cada recipiente el número de ejemplares hallados.



Fig. 24. Fragmento de la maqueta diseñada por Atkinson donde vemos el interior de la cocina número 20 con los recipientes recreados en el lugar de su hallazgo (según Atkinson 2011: fig. 3.8).

### *La cocina número 35*

Es la cocina situada en la unidad residencial más antigua del poblado y abandonada antes del incendio. Es también un espacio rectangular cuya área mide aproximadamente 3,9 m<sup>2</sup>. Aunque no se ha conservado el muro oeste, todo apunta a que en él se situaría la entrada, cuyo acceso se haría desde el patio central **30**. La dispersión de las cenizas de esta cocina hacia la zona abierta número **30** así lo atestigua. En el interior, destaca un pequeño saliente en el muro sur que Warren (1972: 45) interpretó como el apoyo de una escalera.

En este caso no hay restos de horno u hogar ni se ha conservado el suelo de habitación. El grado de fragmentación de los abundantes hallazgos cerámicos señala que pudo haber sido usada como un basurero al final de sus días. Lo que llevó a Warren y a Whitelaw a calificar la sala como una cocina es el potente depósito de tierra quemada (que distinguen del incendio que causó el abandono) y los múltiples fragmentos de ollas de cocina y platos de horno encontrados en el depósito, presentes incluso en la parte del depósito que se desbordó hacia el área **30** y **37-39**. Como plataforma de combustión debió usarse simplemente el suelo o algún *cooking pit* que no ha conservado su forma original (Whitelaw, 1979: 41). Las únicas piezas catalogadas procedentes de esta sala son cuatro pequeños cuencos y una taza.

### *La cocina número 57*

Esta estancia es la única cocina que no es rectangular. El espacio adopta la forma de dos polígonos irregulares unidos por una entrada estrecha. El eje longitudinal más largo alcanza unos 3 m.

El polígono oeste, donde se localizó la cocina propiamente dicha, está rodeado de muros muy gruesos. Uno de ellos, el muro oeste, flanquea uno de los pasajes más importantes del poblado, el que parte de la entrada sur y da acceso a la zona central. El acceso a esta estancia no está del todo claro al no haber restos evidentes de aperturas en ninguno de los muros. Warren (1972: 51) sugirió que la entrada estaría situada en el techo y que se accedería al espacio a través de una escalera, aunque reconoce que esta opción sería un sistema un tanto extraño al estar claro el uso cotidiano y doméstico del espacio. Quizás la clave para entender el acceso a esta cocina esté en el muro norte y su relación con el espacio número **66**.

La parte superior del muro norte de la cocina **57** y la del muro sur del espacio **66** están unidas por una plataforma empedrada que mide unos 75 cm. Warren afirmó que esta superficie que conecta ambas estancias pudo estar al aire libre (1972: 60). En ella, se encontraron 22 huesos quemados de animales (una concentración inusual en el yacimiento), una hoja y una lasca de obsidiana, un fragmento de plato de horno y una jarra quemada, todo lo cual parece indicar que la plataforma se usaba como espacio de consumo (quizás de los alimentos cocinados más abajo, en la sala **57**).

En la relectura arquitectónica del sitio, Whitelaw (1979: 53) sostuvo que el espacio **66** habría sido la entrada original a la cocina **57**. En un momento dado se cerró dicha entrada dándole aspecto de estancia cuando se rehizo el muro oriental del pasillo **65**. En este pequeño espacio se encontraron muchos restos: cuencos, copas, fragmentos de platos de horno, tazas, el pie de una olla de cocina trípode, jarras e incluso la parte baja de un *pitbos* con un agujero sobre la base para verter líquidos. Warren no indicó si los hallazgos se encontraron en el suelo de la habitación o en el relleno, pero su descripción detallada de las zonas concretas de la habitación donde rescataron los objetos hace pensar en la primera opción. Además de los recipientes, se encontraron 51 huesos de animales, lo que evidencia que este espacio fue de consumo. Whitelaw sin embargo mantuvo que el espacio **66** no estaba en uso en el momento de la destrucción, a tenor de la fragmentación de los hallazgos, y que habría sido usada en sus últimos momentos como basurero. De modo que, o bien se usaba la plataforma y el espacio **66** para comer, o la plataforma para comer y el **66** para depositar los deshechos.

Una vez se cerró el acceso por **66**, es probable que se abriera una entrada en el techo de la cocina **57**, como sugería Warren. De hecho, la estructura de la cocina, con gruesos muros muy próximos entre sí pudo tener un sentido práctico si la superficie del tejado se usaba como zona transitable<sup>51</sup>.

En la parte este de la estancia **57** hay una oquedad excavada en la roca, de unos 29 cm de profundidad y 40 de diámetro que se va estrechando hacia el final. Un círculo de piedras circunvala parte de su perímetro. Justo al norte del orificio hay una piedra plana, quizás no in situ y con quemaduras debajo que sugiere un uso como tapadera. A pesar de que el único hallazgo en su interior fue el fragmento de una concha, no cabe duda de que se trata de un

---

51 Ver la discusión sobre el posible uso de los tejados en Myrtos en Warren, 1972: 71.

hogar excavado en el suelo. Dos pequeños bancos o repisas en el muro norte, de distintas alturas, completan las instalaciones presentes en la cocina.

El depósito de la estancia 57, muy afectado por el incendio, contenía restos de cinco ollas de cocina (la mayor concentración del poblado) y tres platos de horno, muy fragmentados porque aquí la roca es más alta y el nivel arqueológico quedaba más cerca de la superficie. Restos de fauna y algunas hojas de obsidiana completan el conjunto de hallazgos indicativo de la actividad de cocina (fig. 25).

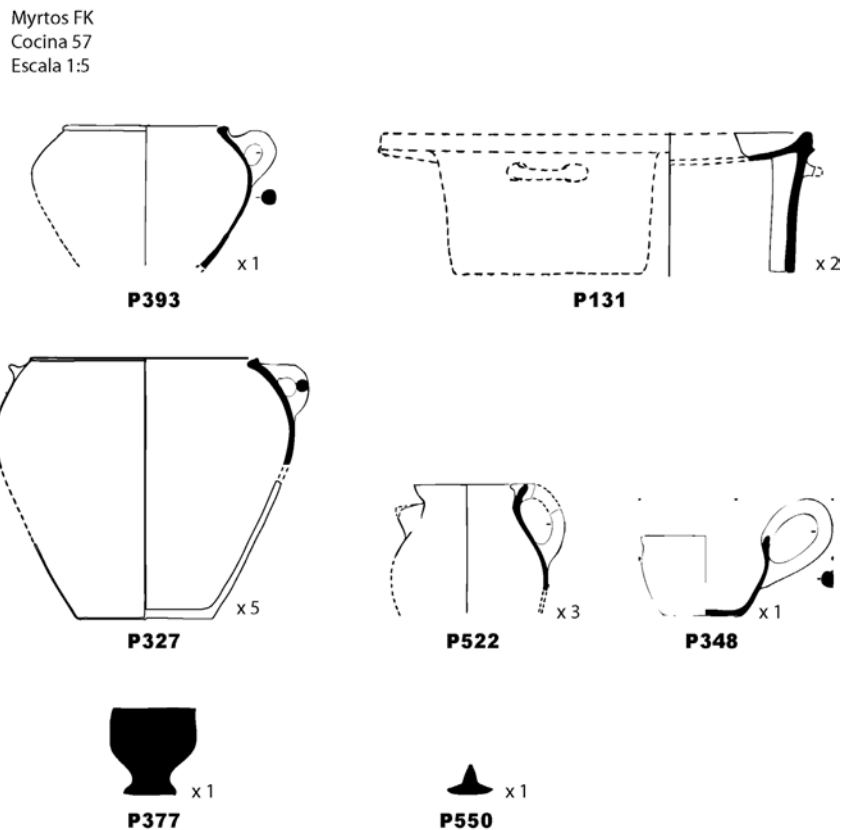


Fig. 25. Recipientes catalogados de la cocina 57. A (a partir de Warren, 1972) ellos hay que añadir dos ánforas de las que no se proporcionó ni fotografía ni dibujo.

La parte sur de la estancia, a la que hay acceso a través de una entrada con un quicio de piedras, es un espacio llamativo. Tiene un suelo de piedras cuidadosamente enlucidas y un pequeño saliente del muro norte también enlucido. Aparte de algunos ladrillos de adobe procedente de los muros, el espacio sólo contenía una tapa de cerámica en miniatura cerca del quicio. No parece que se pueda acceder a esta zona desde ningún otro sitio que no sea la cocina. Quizás la delgadez del muro sur sugiera una posible apertura hacia el espacio 58, como veremos, el lugar donde se situaba uno de los telares del poblado.



*La cocina número 88*

Esta cocina, situada en la unidad residencial mejor conservada, es rectangular y de unos 5,8 m<sup>2</sup>. Como ocurría con la cocina 57, no existe ninguna interrupción en los muros que haga pensar en una entrada (fig 26). Warren (1972: 80) llamó la atención sobre el muro sur que apenas conservó dos pequeñas hileras de su altura, alcanzando sólo los 24 cm. Este rasgo de conservación inusual le llevó a pensar que quizás este muro sur fuera un umbral elevado de acceso a la zona 85, el área que limita la zona sur-oriental del poblado. Esta zona es un área al aire libre, rectangular, pavimentada, con dos pequeños bancos, y en la que además se encontraron restos de cenizas, por lo que Warren insinuó que podría haber sido una zona de cocina al aire libre (1972: 79). Esta posibilidad de comunicación entre 88 y 85 fue la que se seleccionó para reflejar en la maqueta que cuidadosamente reproduce la arquitectura del yacimiento (fig. 27). No obstante, autores/as posteriores siempre han priorizado la hipótesis de que en realidad su entrada estaría en el tejado.

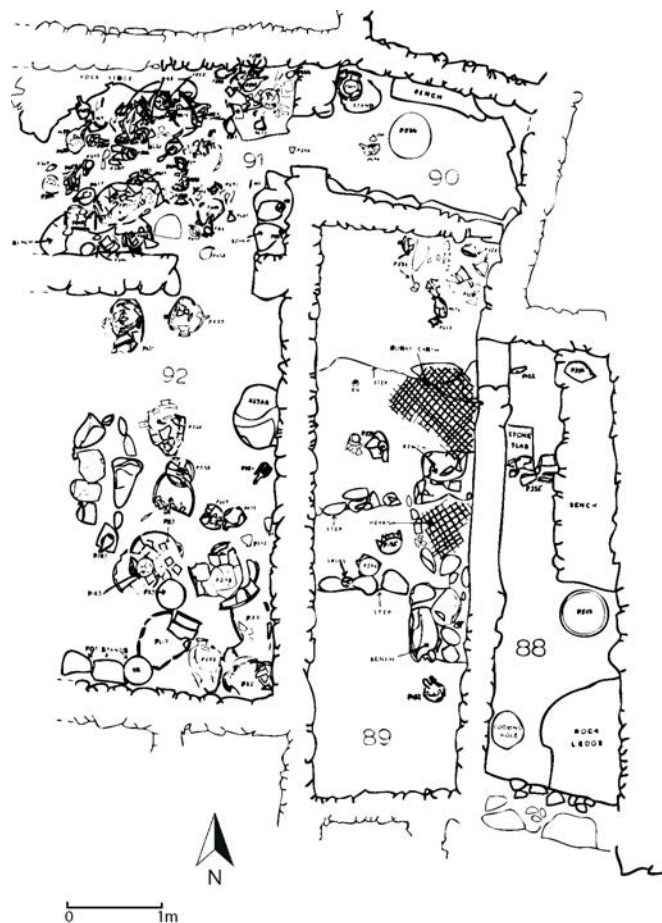


Fig. 26. Planta de las cocinas 88 y 89 con los hallazgos in situ más destacados (según Warren 1972: fig.28).



Fig. 27. Fragmento de la maqueta del poblado de Myrtos. Foto de la autora.

En su interior alberga un gran banco adosado al muro este que ocupa buena parte del espacio en la mitad norte de la cocina. Conservó su altura intacta, 57 cm, que termina en una capa de piedras planas. Una o dos hileras de estas piedras reposan sobre arcilla compactada. En la parte sur del banco hay rastros de enlucido in situ, y huellas de su presencia en todo el perímetro. El conjunto forma, en palabras de Warren, “a neat and carefully built structure” (1972: 80). En la parte sur de la estancia hay un orificio, más o menos circular, de un diámetro de 0,35 m, excavado en la roca, similar al encontrado en la cocina 57. En este caso, estaba lleno de cenizas y con un fragmento de plato en su interior. Justo al lado, la roca se eleva un poco y forma una superficie de trabajo elevada.

El muro oeste de la cocina mereció una descripción muy detallada en la monografía. Está formado por una base de piedra de tres hileras. La última hilera en la zona sur es muy plana, para sostener lo que sí vemos en el lado norte: una parte hecha de ladrillos de adobe alargados con intersecciones horizontales de piedra y arcilla que en conjunto mide 30 cm de alto. El total de la altura conservada es de 60 cm. Esta configuración no se conoce en ninguna otra estancia.

Los hallazgos fueron pocos, pero entre ellos había restos de ollas de cocina, platos de horno y un *lekane* o pileta en el que nos detendremos en el próximo apartado.

La cocina de la residencia al SO del poblado, rectangular y de un área cercana a los 10 m<sup>2</sup> tampoco tiene un acceso claro (fig 26). Las hipótesis de nuevo apuntan a que o bien se accedía por el techo o por la zona **85-86**, si resulta que aquí también el muro sur, que conserva una altura muy pequeña, funcionaba como un umbral hacia el minúsculo espacio **86**.

El elemento más destacable de su interior es un hogar en forma de estructura tripartita construido contra el muro este. Está formado por dos pequeños bancos o mesas con el hogar en medio. Al oeste, el hogar está delimitado por una hilera de lajas verticales (similares a las lajas que delimitan un pequeño armario en la sala **80**). El interior estaba muy quemado. Los bancos tienen una superficie suficiente como para haber desempeñado diferentes funciones: bien para posar recipientes, bien para sentarse. A Warren le pareció una de las estructuras más cuidadas del poblado, hasta afirmar que “the tripartite arrangement is unique at Myrtos and strikes one as highly elaborate if the room were simply a kitchen” (1972: 81). El otro elemento constructivo destacable son unos escalones naturales en la roca que van en dirección al oeste en el medio de la estancia.

Respecto a los hallazgos (fig. 28), junto a los recipientes habituales en las cocinas, se encontraron otros más particulares, como un *pyxis* o una lámpara. Pero sin duda el artefacto más sorprendente de esta cocina es un cráneo humano encontrado en el suelo, cerca del banco sur, al que volveremos más adelante. Fue la presencia de este cráneo lo que empujó a Warren a considerar esta habitación como algo más que una cocina.

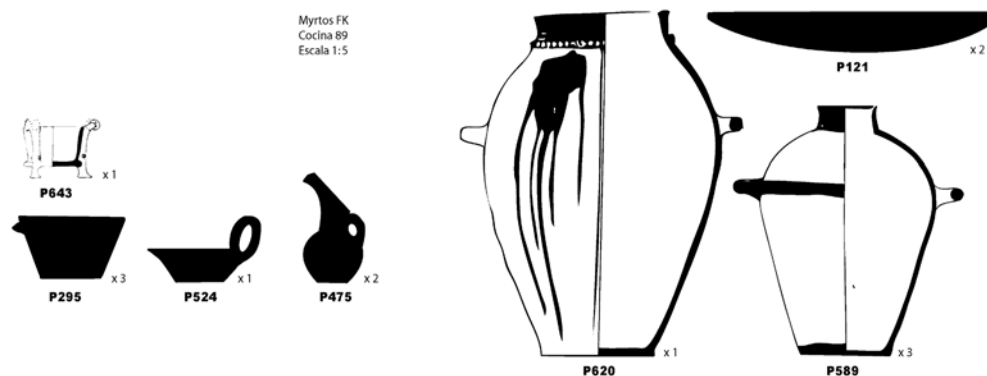


Fig. 28. Recipientes cerámicos hallados en la cocina 89 (a partir de Warren, 1972).

#### 5.4.2. *Análisis espacial de las cocinas*

Hay un hecho común a todas las cocinas que no ha recibido, a mi modo de ver, la suficiente atención: su aparente aislamiento. Ninguna de ellas tiene puertas que comuniquen con las estancias de su entorno. Se encuentran completamente aisladas de las casas de las que forman parte<sup>52</sup>. Whitelaw (1979: 55) trató sucintamente este hecho y lo explicó apelando a un criterio de practicidad. La región de Ierápetra disfruta de temperaturas cálidas en invierno<sup>53</sup>, lo que no hace necesario tener un hogar en el interior de las casas que aporte calor. Manteniendo las cocinas aisladas del resto de habitaciones se ahorrarían los incómodos trastornos del humo y del hollín. Sin embargo, la explicación resulta insuficiente. Hay muchas formas de acabar con los problemas del humo y del hollín<sup>54</sup>, cada una de las cuales responde a motivaciones socioculturales que han de explorarse.

En contrapartida, las cocinas están conectadas directamente con el exterior. La **20** y la **35**, las más antiguas del poblado, dan directamente al patio central. En el caso de **20** a través de la rampa número **21** y en el caso de **35** parece que directamente. La cocina **57**, como he explicado más arriba, pudo estar abierta hacia la calle **65** a través del espacio de consumo **66**. Sin embargo, cuando la calle se rehizo, este espacio se cerró y la entrada a **57** quedó aparentemente bloqueada. A partir de entonces se ha propuesto que la entrada se haría por el techo, lo que parece plausible dado el grosor y la cercanía de los muros.

Los accesos a la cocina **88** y **89** son menos claros. Las distintas propuestas que explican cómo se accedía a ellas tienen importantes repercusiones. Warren sugirió que el problema de la hipótesis de una entrada en el muro sur en estas dos cocinas cuenta con el inconveniente de que no hay otros ejemplos similares en el yacimiento que tengan una entrada en forma de escalón. El resto de habitaciones comunica con umbrales a ras de suelo. Sin embargo,

---

52 De hecho, Sanders (1984, 1990), quien también revisó en profundidad la configuración espacial del sitio, no las consideró parte integrante de las casas. Sin embargo, me parece más convincente el argumento de Whitelaw (1979: 5-9) que demuestra la coherencia estructural y de materiales que une los muros de las cocinas con sus respectivas unidades residenciales.

53 Si bien no existen datos paleoambientales de la región meridional de Creta durante el MA, los datos ambientales de Egipto a finales del tercer milenio antes de Cristo y principios del segundo, así como los diagramas de pólenes de la Grecia continental hacia finales del segundo milenio hacen pensar que el clima en Myrtos podría haber sido muy cercano al actual en temperaturas y humedad (Wagstaff, 1972: 281-282).

54 Por ejemplo, podrían haber optado por cocinar en el exterior y acudir al uso de braseros portátiles para hacerlo en el interior los días de inclemencias climáticas.

todo el poblado de Myrtos está construido sobre la cima rocosa de una colina que provoca constantes desniveles. La diferencia de alturas entre habitaciones no es un elemento extraño en Myrtos. La ventaja de dar esta hipótesis por buena es que daría sentido a la zona **85**, que por el momento continúa sin tener una explicación que justifique sus características. **85** es una zona pavimentada que transcurre al lado del muro con supuestas funciones defensivas. Pero en el exterior del muro hay dos pequeños bancos, uno a la altura de la habitación **80** y otro en el muro este del espacio **86**. ¿No resulta contraproducente situar dos bancos a los pies de una muralla y además pavimentar el suelo para facilitar el tránsito? Parece más sencillo considerar que los bancos y el pavimento responden a un uso frecuente por parte de la comunidad y que no sería un muro ciego, sino abierto a través de la puerta de la cocina **88** (ver fig. 27).

El caso de la cocina **89** es aún más peculiar. Su muro sur está precedido del pequeño espacio **86** que mide menos de un metro cuadrado y no contenía hallazgos. Warren (1972: 79) encontró dentro de este exiguo rincón el posible zócalo (una piedra circular con una depresión curva) de una puerta. De estar *in situ*, la puerta se abriría hacia el interior de **86**, lo que haría complicado el movimiento en su interior. Warren sugirió que este estrecho cubículo quizás fuera una torre defensiva, en conexión con **87** y **85**, formando todo ello un conjunto que sirviera para soportar un muro y proteger el flanco sur-occidental del poblado. A mi modo de ver, parece más plausible considerar **86** como una pequeña antesala a la cocina **89**, una especie de barrera que limite su acceso, pero que, de nuevo, da dinamismo a la zona pavimentada **85**.

La otra opción es que las entradas de estas dos cocinas estuvieran en el techo, un espacio bastante utilizado en el poblado, a tenor de la disposición de muchos de los hallazgos y de la forma aterrazada del sitio. De hecho, varias evidencias apuntan a que la comunicación entre los espacios del sector sur se haría por los tejados planos, aterrazados, donde las habitaciones septentrionales estarían algo más altas y darían fácil acceso a las meridionales más bajas. En algunos pueblos de los valles cretenses se puede ver hoy en día el uso de esta configuración (Warren 1972:71). En algunos puntos, como la estancia **79**, los recipientes procedentes del tejado indican la posibilidad de que en ellos se consumieran alimentos y bebida (Warren, 1972: 72; Whitelaw, 2007: 69).

Aunque una trampilla en el tejado como único punto de entrada y salida pueda parecernos una solución farragosa en una cocina de uso cotidiano, lo cierto es que hay ejemplos arqueológicos, como el poblado neolítico de Çatal Hüyük, en el que esta solución era la norma; es más, allí las trampillas de acceso se situaban justo encima de los hogares para facilitar la salida de humos (Atalay y Hastorf, 2006: 306). Sin embargo, al contrario que en Çatal Hüyük, no hay evidencias de arranque o apoyos para escaleras de madera en las cocinas.

De modo que, recapitulando, tenemos cinco cocinas completamente segregadas de las unidades domésticas de las que aparentemente forman parte. Parece que la preparación de alimentos no ocurre en el espacio de la familia, no sigue los ritmos de la realidad interna de las casas. En contrapartida, las cocinas están abiertas hacia las zonas de carácter comunitario. El contacto con el espacio público del poblado, ya sean los tejados transitables, las áreas pavimentadas, o el patio central, las sitúa en conexión con la comunidad en general.

Asimismo, resulta destacable que los espacios de cocina son, junto con algunas áreas de trabajo especializado, los únicos lugares *monofuncionales* del poblado. O dicho de otro modo, la cocina no parece mezclarse con otro tipo de trabajos. Por otro lado, su particular aislamiento de las casas les confiere cierta privacidad, similar a la de un taller especializado, donde la actividad que se realiza en el interior de la sala sólo atañe a un número limitado de personas, en este caso los/as cocineros/as. Podemos decir que en el poblado de Myrtyos la cocina es una *actividad segregada*, que no se realiza bajo la mirada de la comunidad. En este sentido, la cocina **89** es especialmente interesante. Si se acepta mi hipótesis según la cual el estrecho cubículo **86** es en realidad un pequeño vestíbulo que regula el paso hacia la cocina y no una torreta defensiva, nos encontraríamos ante la sala más protegida y segregada del poblado. Casualmente, es esta misma sala/cocina la que alberga el cráneo humano del que hablábamos más arriba.

La segregación espacial puede ser un síntoma de bajo estatus o de prestigio, ello depende de la relevancia política, económica o simbólica de la actividad en cuestión y de la influencia de la misma en la vida pública de la comunidad. En este caso la actividad culinaria cumple un papel fundamental en los eventos de comensalidad que posiblemente se celebraban en el poblado y, además, se relaciona con el culto a los ancestros, como tendremos ocasión de ampliar enseguida.

La permeabilidad de las cocinas hacia las zonas comunes contrasta con el hermetismo que refleja la unidad residencial mejor conservada, la Casa B (fig. 29). La configuración espacial de la Casa B fue analizada por Sanders (1984, 1990). Este investigador dedicó su tesis doctoral a explorar la estrecha relación existente entre las personas y la arquitectura que habitan, para lo cual diseñó un método propio que recorría múltiples variables formales y no formales de los edificios. Su intención era demostrar que de los restos arquitectónicos de que disponemos en arqueología se puede extraer información relativa al comportamiento humano, y decidió aplicar su método al asentamiento de Myrto. Su investigación coincide con el desarrollo de la sintaxis espacial por Hillier y Hanson (1984).

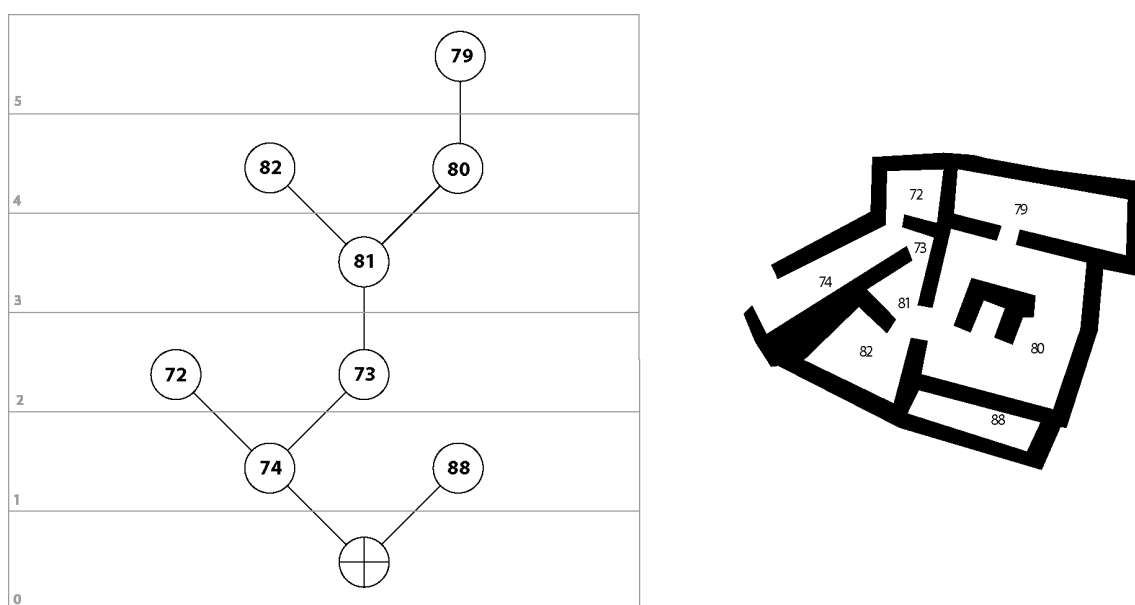


Fig. 29. Planta de la Casa B en Myrto y esquema de su sintaxis espacial.

De su análisis se desprende que la Casa B<sup>55</sup> (de la cual contempla sólo siete espacios, excluyendo la cocina 88) está sensorialmente muy aislada de su entorno. Tal y como está configurada externa e internamente, hay muy pocas opciones de que haya alguna intrusión *sensorial*, es decir, que se vea, se oiga o se huela algo de lo que ocurre dentro desde fuera (Sanders, 1990: 60). Aunque las ventanas podrían contrarrestar el hermetismo, cualquier visitante tendría que franquear una primera barrera: el pasillo alargado y oblicuo que conforma la entrada **74** y que sólo permite ojear parcialmente **72** y **73**, bloqueando las líneas visuales principales. Si observamos el plano justificado de la casa (fig. 29) en el que se esquematizan las conexiones espaciales entre las

55 Para todos los principios espaciales que gobiernan la Casa B ver Sanders, 1984: 435 y siguientes.

distintas salas veremos que adopta una forma arbórea típica de los planos profundos donde cada uno de los espacios ejerce un fuerte control hacia los siguientes. La distancia entre los muros internos (o entre los muros y otras instalaciones fijas) conforma espacios muy estrechos (rara vez supera los 1,8 m), no adaptados al tránsito de dos personas a la vez sin comprometer el espacio vital, lo cual limita la presencia de personas ajenas a la unidad familiar (1990: 59). Ni siquiera en el espacio **80**, el más grande de todos, se permiten diversas opciones de tránsito, ya que el pilar central y los recipientes de almacenaje instalados en su zona sur obstruyen gran parte de la estancia. ¿Qué sentido tiene que se proteja el interior de las viviendas pero se dé una total permeabilidad a las cocinas? A mi juicio, dicho contraste redundaría en la idea de que las cocinas cumplirían una función comunitaria más allá de las necesidades de cada casa.

Las cocinas guardan más coherencia y conexión con los espacios de consumo. Se han podido identificar dos de estos espacios, ambos al aire libre: la plataforma al norte de **57** y el tejado de **79**. El uso del tejado en este último caso está atestiguado por los restos de madera de una posible escalera, apoyada en uno de los muros. La cerámica en lo alto del derrumbe provenía claramente del techo, y el conjunto contenía cinco cuencos y cinco tazas (junto con dos ollas de cocina y una lámpara) que se conservaron casi intactas. Tanto el consumo como la cocina transcurrían en espacios ajenos al interior de las casas.

Por último, cabría destacar la *variabilidad* que muestran las cocinas. Como dijimos en la introducción sobre el yacimiento, estamos ante un tipo de arquitectura acumulativa, que no está diseñada en su conjunto previamente sino que se va ampliando a medida que las necesidades surgen o las convenciones cambian. Si tomamos como referencia las casas A, B y C mejor conservadas, y observamos el elemento en forma de  $\Pi$  como punto de referencia veremos que las tres cocinas están situadas en tres puntos distintos de la casa. Los tamaños y las formas son diferentes en las cinco cocinas, así como sus instalaciones fijas (bancos, hornos, hogares, etc.), que veremos a continuación.

#### 5.4.3. *Análisis material de las cocinas*

Vamos a centrar nuestra atención primero en la cerámica típica de cocina y a detallar sus características y su presencia en Myrto. La cerámica de cocina constituye una categoría



definida por un tipo concreto de pasta tosca con presencia de desengrasantes minerales gruesos, cocción de baja temperatura y dos formas paradigmáticas: los platos de horno y las ollas de cocina. A continuación revisaremos las estructuras de combustión y los molinos de piedra. Atenderemos a dos particularidades de la cultura material culinaria: las diferencias entre las cuatro cocinas en uso antes de la destrucción y el fenómeno de la importación de las formas paradigmáticas: los platos de horno y las ollas.



Fig. 30. Distribución espacial de las formas cerámicas de cocina en el poblado de Myrtos.

### *Platos de horno (baking plates)*

Los platos de horno son un tipo de cuencos de diámetro muy amplio (40-60 cm) y muy poco profundos (Warren, 1972: 111-113). La superficie externa es muy basta y la interna suele tener engobe. Las paredes y la base son muy delgadas, lo que ha impedido la conservación de ejemplares enteros, sólo se han hallado fragmentos. Su fragilidad les hace poco aptos para una manipulación que requiera constantes desplazamientos, lo que seguramente explique bien su concentración en lugares de cocina (fig. 30). Funcionalmente parecen idóneos para cocinar, ya que el calor se difunde muy rápido por la superficie gracias a las paredes finas.

Se distinguen dos modelos diferentes, uno con la base ligeramente convexa y el borde grueso, y el otro con una base plana y las paredes muy abiertas. Los ejemplares con asas son raros, lo habitual es que los bordes se alarguen ligeramente para formar una proyección que ayuda a sujetar los platos, unas veces hacia el exterior, otras hacia el interior (como el ejemplar P108 de la cocina 57). En uno de los platos que conserva el borde casi entero se observa una ligera depresión para verter el contenido. Hay un ejemplar curioso que se sustenta sobre tres patas planas y muy anchas, que llevan asas (es el P131 de la fig. 25).

En el poblado, Warren catalogó 32 platos en el periodo II, la mayoría de los cuales se acumulan en todas las cocinas, salvo restos de 3 platos hallados en 59, 2 más en 74 y en dos espacios al aire libre (fig. 30). En el espacio 59 los platos se asocian a un *lekane* cuyo estudio de lípidos demostró la presencia de grasa animal, no vegetal. Warren propuso que este conjunto cerámico sería el equipo para lavar y secar lana, aunque ya vimos más arriba los inconvenientes de dicha interpretación. En el relleno de la estancia 74 se encontraron otros dos fragmentos de dos platos, pero la funcionalidad de estos se desdibuja, en una estancia en la que los hallazgos no atestiguan una función clara. En el área 69-68 hay dos platos, en conexión con otros fragmentos de ollas de cocina y que posiblemente fuera un lugar donde cocinar alimentos al aire libre, como explicábamos más arriba. En la zona 37-38 hay también varios platos, seguramente procedentes de la cocina 35 que esparció su depósito más allá de sus límites hacia la zona del patio.

En tres de las cuatro cocinas con platos se mezclan las dos formas. En cuanto a su cadena tecnológico-operativa cabe destacar que estas piezas se moldean ayudándose de una cavidad

en el suelo sobre la que se extiende la arcilla húmeda<sup>56</sup>, lo que explica que la parte en contacto con el suelo sea siempre rugosa (Whitelaw *et al.*, 1997: 272)

#### *Ollas de cocina (cooking jars)*

Son ollas de pastas toscas, con inclusiones oscuras y normalmente con engobe (Warren, 1972: 123-125). En Myrtos se encontraron cuatro variedades: las ollas con perfil curvo, las que tienen un cuello vertical pronunciado, las muy abiertas y grandes (casi como cuencos) y las ollas trípode<sup>57</sup>. De las dos primeras variedades, Warren destacó una subvariante de mayor tamaño. Siempre tienen bases planas y asas o agarraderas. Los trípodes son pies que se añaden a la olla por la base, rayando esta para favorecer una buena unión. El único refinamiento que a veces se aprecia en las ollas es el engrosamiento del borde o el hacerlo exvasado, o los pies del trípode apuntando ligeramente hacia fuera. Algunas ollas tienen restos de quemaduras en el exterior de la base y otras en el interior (quizás rastros de carbones, o de haber sido usadas para hervir otros recipientes, o por descuidos). Ello indica que se usaron para cocinar, pero no todas ellas tienen marcas quemadas, de modo que no se puede descartar su multifuncionalidad.

De las 29 ollas catalogadas, sólo 7 fueron recuperadas de los suelos o rellenos de cocinas (fig. 30). La concentración más clara está en la cocina **57**, donde se encontraron restos de cinco ollas, y en la cocina **88**, donde había dos. En el resto del poblado las concentraciones más significativas se producen en los espacios **79**, **80**, **69** y **18**. Esta dispersión demuestra que a las ollas se les dio más usos que el de cocinar sobre el fuego; entre ellos, seguramente, servir la comida allí donde se consumiría. Las habitaciones **79** y **80** de la Casa B y la **18** de la Casa D son lo que Whitelaw llamó áreas domésticas generales (fig 20). Son zonas que no están especializadas sino que lo que se desprende del registro es una variedad de actividades relacionadas con la vida cotidiana, seguramente con el consumo de alimentos, la fabricación de herramientas y las áreas de descanso. No se solapan con las otras categorías de Whitelaw y resultan ser estancias amplias. En el caso de la estancia **69**, como mencioné más arriba, la concentración de restos de ollas de cocina hizo pensar a Warren que se trataba de una cocina. No obstante, su estado de conservación indica que estaba en desuso.

---

56 El mismo tipo de manufactura revelan los platos encontrados en Petras Kephala del MA I (Papadatos, 2008: 263)

57 Las ollas trípode, que serán una de las formas paradigmáticas de la cocina minoica a lo largo de todo el Bronce aparecen ya en el MA I en el asentamiento de Debla (Warren *et al.*, 1974: 329).

Precisamente las ollas trípodes —que parecen estar diseñadas especialmente para situar la fuente de calor bajo ellas (así también lo cree Muhly, 1984: 88)—, están fuera de las cocinas. Las huellas de calcinación en los ejemplares mejor conservados despejan cualquier duda al respecto. Se sitúan en zonas domésticas generales (18, 22, 79, 80) y en la zona abandonada 68. Su presencia fuera de las cocinas puede señalar dos cosas: se encuentran allí donde se consumía la comida o también se cocinaba en áreas al aire libre.

#### *Las estructuras de combustión*

La concurrencia de instalaciones para encender y mantener el fuego junto con los denominados recipientes de cocina es muy clara en el poblado. Sin embargo, al mismo tiempo, las cocinas son muy diferentes entre sí. Por ejemplo, todas ellas tienen estructuras de combustión distintas (tabla 4):

	Cocina 20	Cocina 35	Cocina 57	Cocina 88	Cocina 89
Estructura de combustión	<b>Horno elevado</b>	<b>Leve marca en el suelo</b>	<b>Orificio excavado (29 cm de profundidad)</b>	<b>Oquedad superficial en la roca</b>	<b>Hogar tripartito</b>

Tabla 4. Tipos de estructuras de combustión en las cocinas de Myrtos.

Cada estructura de combustión, con su forma y tamaño específicos, favorece un tipo de preparación de alimentos. Como señalan acertadamente Papadopoulou y Prévost-Dermarkar (2007), los hogares, los hornos o los llamados *cooking pits* (los hogares excavados en el suelo) tienen una manera de obtener, difundir y controlar el calor diferente, favoreciendo distintos tipos de cocciones. La elección de un tipo u otro depende de muchos factores, entre ellos socioculturales, derivados de las relaciones sociales complejas que se generan en torno a la cocina cotidiana. Pero también de orden más práctico o ecológico, como el hecho de que, a menudo, el modo de cocinar cambia en función de la estación del año, cocinándose en cada una platos diferentes que requieren tratamientos térmicos distintos.

La configuración de las estructuras de combustión en el poblado de Myrtos supone un cambio sustancial respecto al Neolítico. Por ejemplo, en Knossos, donde se han excavado hasta siete estructuras domésticas de dicho periodo, vemos que los hogares se sitúan tanto en el interior

de las viviendas como en los espacios al aire libre. Así ocurre en el Neolítico Antiguo (c. 6000-4500 a. C.), donde cerca de la Casa E y la Casa C (en cuyo interior se albergan hogares) hay una zona exterior pavimentada con un hogar excavado en el suelo significativamente más grande que los domésticos (McEnroe, 2010: 13-14). Durante el Neolítico Medio y Final (c. 4500-3000 a. C.), los hogares se situan en el centro de estancias amplias, como en la Casa E o la sala central entre las Casas A y B (McEnroe, 2010: 14-16).

En Festos, varios sondeos bajo el edificio palacial han dado con dos áreas en las que se produjeron distintos episodios de consumo en torno a grandes hogares durante la fase del Neolítico Final IV (Todaro y Di Tonto, 2008; Di Tonto, 2011)<sup>58</sup>. En ambos casos, los restos de fauna y equipos cerámicos domésticos superan los niveles de subsistencia de una unidad residencial, por lo que se entienden como episodios de consumo colectivo realizados al aire libre.

En Myrtos parece que se abandonó la costumbre de situar los hogares allí donde se realizaban los actos de consumo comunitario, porque en la zona central del poblado —donde Catapoti (Catapoti, 2006: 184-186) los sitúa— no se halló rastro alguno de estructura de combustión, como tampoco se continuó con la costumbre de situar los hogares domésticos en el interior de las casas.

### *Equipos cerámicos*

Asimismo, las cocinas presentan diferencias significativas en los equipos cerámicos que albergan. En el caso de los hallazgos muebles es necesario abordar el registro arqueológico con mucha precaución. Hay que contar con los sesgos propios de los procesos postdeposicionales y del método de registro. Sólo se han catalogado los recipientes mejor conservados o cuyos fragmentos eran diagnósticos, lo cual depende en buen grado de cómo estaban dispuestos en la estancia y cómo les afectó el incendio, el derrumbe y los años pasados a la intemperie y enterrados. La falta de tratamiento estadístico de los fragmentos hallados en los suelos de habitación nos impide saber, por ejemplo, el número mínimo de recipientes de cada tipo que había en el poblado en el momento de la destrucción. De modo que hemos de considerar la tabla que presento a continuación como una muestra *representativa* de lo que había en cada cocina:

---

<sup>58</sup> En los últimos meses ha visto la luz el último libro de Todaro (2013) que recopila y analiza todos los datos hallados en el sito de Festos antes de la construcción del palacio.

Cocinas	Recipientes de almacenaje	Recipientes de cocina	Recipientes domésticos generales	Otros
20	<b>10</b>	<b>4</b>	<b>3</b>	
57	<b>3</b>	<b>8</b>	<b>7</b>	
88	<b>0</b>	<b>5</b>	<b>0</b>	<b>1</b>
89	<b>4</b>	<b>2</b>	<b>5</b>	<b>3</b>

Tabla 5. Número de recipientes catalogados en cada cocina por categorías funcionales generales.

De la tabla anterior destacan algunos patrones. El primero, la concentración de recipientes de almacenaje en la cocina **20**. En su interior albergaba cuatro grandes *pitthoi*, un ánfora, una olla *pitthoide* y cuatro grandes ollas piriformes. La rampa de acceso pudo haberse diseñado para facilitar la entrada y salida de estos grandes recipientes. Otros elementos catalogados fueron: un cuenco de grandes dimensiones, una pequeña jarra, una gran tapa con asa en su parte superior y restos de cuatro platos de horno. En cuanto a los objetos no cerámicos se encontraron dos pesos de piedra perforados, un molino y un mortero. La combinación de grandes recipientes de almacenaje, un horno, platos de horno y un molino de piedra invita a pensar en la organización de una cocina destinada, principalmente, a la preparación de algún alimento para su posterior conservación y almacenaje, probablemente el tostado de cereal<sup>59</sup>. La especificidad de este espacio, único en el poblado, junto con su acceso directo a la zona central hicieron pensar a muchos en una función comunitaria (p.e. Warren, 1972: 36; Sanders, 1990: nota 9).

En las cocinas **57** y **88** predominan los recipientes de cocina. Ambas tienen restos de tres platos de horno y cinco y dos ollas de cocina respectivamente. Sin embargo, mientras **57** cuenta con ejemplares de todo tipo de recipientes, en **88**, junto a los recipientes de cocina sólo se encontró un *lekane*, un tipo de piletta multifuncional de trabajo. Su presencia en la cocina **88** y sólo en esta también apunta hacia una cierta especialización, aunque se nos escape a qué tareas concretas se dedicaba el *lekane*. Por su parte, no hay que olvidar que la cocina **57** está unida a un espacio enlucido y vacío, también único en el yacimiento. Aunque no podamos especificar más, parece razonable pensar que ambas cocinas tienen rasgos que las hacen particulares y que quizás afectaron a su uso.

<sup>59</sup> Tostar el cereal es un método que se utiliza para prolongar el tiempo de almacenamiento. Inhibe la aparición de roedores e insectos y ayuda a eliminar los posibles restos de cáscaras de los granos. En arqueología ha sido un proceso atestiguado en poblados como Çatal Hüyük (Atalay y Hastorf, 2006: 299)

Por su parte, la cocina **89** destaca por el gran número de recipientes pequeños domésticos en proporción con los escasos recipientes de cocina. Este aparente desajuste hizo dudar a Whitelaw de su función como cocina (1979: 51). Junto a pequeñas jarras y cuencos se hallaron tres objetos atípicos en una cocina: una lámpara, un aro de arcilla de función desconocida y un pyxis. Tan sólo se encontraron 6 pyxides en el poblado de Myrtos, 4 de los cuales se albergaban en la sala **91**, considerada un almacén de cerámica fina por Whitelaw y el repositorio de vasos rituales por Warren. Los pyxides son un tipo pequeño de recipiente con tapa que a menudo se relaciona con la presencia de ungüentos u otras sustancias de tipo no utilitario. Se encuentran frecuentemente en las tumbas, destacando, por ejemplo los *tholoi* de Lebena, donde los arqueólogos distinguieron 14 subtipos diferentes de pyxides que constituían el 38% de la cerámica encontrada en las tumbas (Alexiou y Warren, 2004). En la cocina **89** se halló también uno de los vestigios más comentados de Myrtos, un cráneo humano, al cual dedicaremos una línea más abajo. El cráneo, el pyxis, y, si recordamos, la posible antesala **86**, hacen de esta cocina, también, un lugar particular, quizás relacionado con un tipo de cocina ritual o con significación religiosa.

Si las cuatro cocinas pertenecieran a cada una de las unidades domésticas identificadas, y si su razón de ser estribase en alimentar a los miembros de cada unidad residencial, entonces, ¿cómo se explican las diferencias en las estructuras de combustión y en el equipo de cocina? ¿Es posible que en un poblado agregado como Myrtos las familias sigan pautas de cocina cotidiana tan diferentes entre sí? Este mismo fenómeno fue identificado por Yasur Landau (2006) en el poblado de Halasmenos, donde recordamos también se celebraran banquetes domésticos. Según el autor, “the variability of cooking ware within the houses themselves indicates that each house practiced an array of different cooking methods” (Yasur-Landau, 2006: 57).

Del repaso a la cultura material de las cocinas se deriva que no son espacios equivalentes. Cada una de ellas está especializada en algún sentido, aunque se nos escape si su especificidad era una cuestión estacional, del tipo de alimentos para el que estaban preparadas o los eventos para los que cocinaban.

Recientemente, Despina Catapoti (2006, 2011, en prensa) ha llamado la atención sobre el elevado número de recipientes para servir que fueron hallados en Myrtos. La morfología de estos recipientes, su calidad, su elevado número de importaciones, su posible contenido

y el contexto de uso demuestran, en su opinión, la práctica recurrente de episodios de comensalidad en el poblado. En concreto, resulta especialmente significativo la cantidad de jarras de pequeño y mediano tamaño, tanto locales como de importación, que había en uso antes del colapso, entre 25 y 30 por unidad doméstica. Es difícil explicar este excedente apelando a un uso regular y cotidiano de una sola familia, por lo que parece factible pensar que respondiese a un uso en eventos que requerirían la presencia de más personas.

Si recordamos el análisis espacial de la Casa B de Sanders, el espacio interior es muy estrecho, e incluso la habitación más amplia de la casa tiene un espacio de tránsito limitado por la instalación de grandes recipientes de almacenaje, lo cual hace difícil imaginar la reunión de un grupo de personas en su interior. Catapoti propone que los eventos de comensalidad donde se haría un uso efectivo de las jarras tendrían lugar fuera de los confines de la casa, en los espacios al aire libre del poblado (en el patio central y los tejados transitables), marcando así una distancia espacial entre el lugar de almacenaje y el lugar de consumo. La forma de muchas de las jarras, con picos exageradamente alargados que enfatizan el acto de servir y una decoración pródiga, redundan en la idea de «exceso», una idea que debía ponerse en escena cada vez que las jarras salían y entraban de las casas para ser llenadas (¿de vino?). Las jarras y demás recipientes de servir se hallan en números similares en todas las casas identificadas. Por ello, Catapoti (2006: 186) afirma que todas las casas debieron tener la oportunidad o la obligación de celebrar dichos eventos, bien bajo un principio de rotación, bien mediante cooperación.

Siguiendo las tesis defendidas por Catapoti, propongo que la configuración de las cocinas — por su emplazamiento en el poblado, sus diferentes estructuras de combustión y sus distintos equipos cerámicos—, responde a las obligaciones que cada unidad residencial tenía en dichos eventos. De la misma manera que cada hogar procuraba acumular excedentes líquidos y jarras para servirlo en los eventos comunitarios, también procurarían tener unas instalaciones de cocina al servicio de la comunidad y capaces de preparar los alimentos adecuados para los banquetes. Si en el caso de los líquidos los hogares competían seguramente por ofrecer «cantidad» (lo que se aprecia en los diferentes números de recipientes para almacenamiento), lo que se desprende de las cocinas es una competencia basada en más criterios: cocciones distintas (en hornos u hogares), preparados diferentes (la presencia o no de lekane), y la cantidad (mayor o menor proporción de grandes recipientes). Para reforzar el argumento de que la preparación de la comida se organizaba para poder abastecer a todo el grupo (y



no sólo a los miembros que cohabitan en cada casa) en eventos de comensalidad hay más evidencias que a continuación desarrollo.

### *Los pies de las ollas trípodes*

Fuera de las cocinas hay dos elementos relacionados con el preparado de alimentos que merecen una especial atención. El primero de ellos son los pies de las ollas trípodes. Warren encontró un total de 433 pies sueltos de cerámica. Estos pies se desprendieron de un número mínimo de 144 ollas de cocina en uso durante el periodo II, aunque quizás sea más aproximado su número medio, 289. Ello contrasta con la escasez de ollas catalogadas (aquellas que se han conservado lo suficiente como para ser identificables), solo 11 (Warren 1972:123-125). Los pies, al ser piezas macizas que se acoplan a la olla, se desprenden fácilmente y no se rompen; el cuerpo de las ollas, sin embargo, es mucho más frágil.

La manufactura de recipientes elevados sobre trípodes merece algo de atención porque desde un punto de vista conceptual es una forma compleja y exigente a nivel técnico. Las patas son, junto con las asas, partes muy frágiles de un recipiente: pueden romper la olla si se desprenden. Su uso tiene que venir motivado por alguna razón. Entre las posibles razones Sophronidou y Tsirstoni (2007: 247-248) señalaron que los pies mejoran la uniformidad de la cocción y permiten un mayor control de la misma, decidiendo, por ejemplo su rapidez o lentitud. De hecho, hay quienes asocian la adopción de las ollas trípodes a cambios en la dieta (Watrous, 1994: nota al pie 65). Establecer una distancia entre la fuente de calor y la olla permite, además, la circulación de aire, mejorando considerablemente el manejo del fuego. Por otro lado, los pies adosados a la olla favorecen el transporte del recipiente evitando tener que cargar con otro tipo de trípodes. Las ollas están adaptadas a la cocina sobre cualquier hogar improvisado al aire libre.

Warren afirmó haber encontrado los pies aislados en todas las áreas y en todos los niveles del periodo II. El patrón de distribución de los pies seguramente no es un indicador exacto de la distribución original de las ollas. Pero tampoco lo contrario, no es posible que la distribución de los pies esté completamente desligada del contexto de uso o almacenaje de estas. Si los pies hubieran sido considerados desechos, habría sido lógico encontrar ciertas acumulaciones en las zonas de basura que se han reconocido en el poblado, pero no es así. Su dispersión por el yacimiento, aunque de una manera indirecta y como hipótesis provisional, nos habla de la

probable ubicuidad de estas ollas en el poblado. Debieron ser recipientes muy presentes<sup>60</sup>.

### *Molinos de piedra*

El segundo elemento más habitual en el proceso de preparado de alimentos son los molinos y morteros de piedra. Warren (1972: 224-228) señaló que la presencia de molinos de piedra en la superficie fue lo que más llamaba la atención cuando el asentamiento fue visitado por primera vez. En la excavación se encontraron 164 de los cuales 4 provienen claramente del periodo I, aunque del resto es posible que alguno más perteneciera a esa cronología (fig. 31). Lamentablemente, los molinos y otros instrumentos de piedra no se registraron con el mismo celo que la cerámica. Hay bastante incertidumbre en torno a sus contextos de hallazgo, no se sabe si vienen de suelos o de rellenos, y si todos fueron registrados por cada uno de los excavadores. No obstante, Warren sí que indicó los espacios donde se encontraron muchos de ellos, y de su lista se desprende la abundancia de estos objetos sino también su ubicuidad. Están presentes en el interior de las casas, en las vías de comunicación y en los espacios al aire libre (fig. 31). También sabemos que algunos molinos no muy usados fueron amortizados en los muros como material constructivo<sup>61</sup>, aunque Warren no precisó ni cuántos ni dónde.



Fig. 31. Localización de algunos de los molinos de piedra hallados en Myrtos.

60 Así se desprende también del plano de Whitelaw 1983 en su fig. 64, pág. 327 en la que recoge la distribución de fragmentos de ollas de cocina a los que el autor tuvo acceso directo.

61 Una práctica también registrada en los niveles neolíticos de Knossos (McEnron, 2010: 13).

Están hechos de una roca arenisca local, disponible en la ladera. El tipo más común es el que tiene forma de montura, de forma ovalada o rectangular con extremos redondeados, pero también se hallaron circulares, triangulares, uno rectangular y otro semicircular. En cuanto al uso de los más comunes (forma de montura), la intensidad del desgaste varía. La zona usada, que forma una especie de cavidad, se trabajaba con una piedra cilíndrica de la que se encontraron también numerosos ejemplares.

Su uso principal debió ser el de moler cereal porque la superficie trabajada es siempre regular<sup>62</sup>, no dentada o con agujeros debidos a trabajos con martillos. Estas herramientas tienen una larga duración y, en principio, no necesitan recambios frecuentes, por lo que su elevado número en el poblado ha de explicarse por otros criterios que van más allá de la estricta utilidad para abastecer de harina a los miembros del poblado. De nuevo, su ubicuidad nos habla de la constante presencia de gente trabajando en la preparación de alimentos, quizás especialmente en momentos de comensalidad que implicaran la preparación de una cantidad abundante de comida en la que se involucraba la comunidad en su conjunto.

#### *Importación de recipientes de cocina*

La importancia dada a los recipientes de cocina se observa, además, en el hecho de que muchos de ellos son importados. Para entender este fenómeno vamos a revisar, brevemente, la situación general de la producción y el consumo de cerámica en el contexto del Bronce Antiguo en Creta.

La cerámica encontrada en Myrtos ilustra fielmente la complejidad del sistema de producción y consumo de cerámica en el mundo prepalacial, en el cual queda más que demostrada la especialización, la producción más allá de las necesidades domésticas y los intensos intercambios entre regiones (Wilson y Day, 1994; Day *et al.*, 1997; Whitelaw *et al.*, 1997; Day *et al.*, 1998; Day *et al.*, 2010).

Aunque recientemente se ha localizado el primer contexto de producción cerámica prepalacial y protopalacial en Festos (Day *et al.*, 2010: 216-218), hasta hace poco sólo había evidencias controvertidas y poco claras en Patrikies y en el Periodo I de Myrtos. Aquí, en el espacio **49**

---

62 Aunque la abrasión regular de la superficie responde a otros usos, como la fabricación de polvo de ocre, la molienda de plantas medicinales, dar forma a ornamentos, pulir hachas de piedra, conchas o hueso, etc., estos no están atestiguados en el yacimiento. Warren sugirió también un uso como soporte de grandes recipientes o como asientos (Warren, 1972: 225)

se encontraron ocho discos de alfarero y en una estancia cercana restos de tres pithoi con las bases desintegradas a causa, propuso Warren, de su contenido en arcilla no cocida (1972: 18 y 20). Pero siempre ha generado muchas dudas por qué estos discos aparecen a menudo con funciones muy diversas, como tapas para ollas o soportes para grandes recipientes. Las reducidas dimensiones de la estancia no hacen muy plausible el trabajo de un alfar en ella. Aunque la manufactura cerámica podría haber sido una actividad al aire libre y la estancia **49** un pequeño almacén donde guardar los materiales, no se encontraron ni horno ni zonas de trabajo en el poblado.

De modo que nuestro conocimiento de la actividad cerámica en el Prepalacial deriva fundamentalmente del análisis de las cerámicas en los espacios de consumo. El estudio simultáneo de colecciones cerámicas provenientes de diversos yacimientos prepalaciales, con especial énfasis en el análisis petrográfico de las pastas (Wilson y Day, 1994; Day *et al.*, 1997), puso de manifiesto la existencia de distintas regiones productoras y la especialización a varios niveles. Por ejemplo, en las materias primas, con ciertas pastas que se usan en exclusividad para ciertos tipos<sup>63</sup> cerámicos, como se observa en las cerámicas grises o las *claro-sobre-oscuro*. O en la función, con regiones en Creta que parecen especializarse en hacer una serie limitada de formas, como es el caso de la cerámica de *Vasiliki*. Estudios en sitios como Knossos (Wilson y Day, 1994) o Myrtyos (Whitelaw *et al.*, 1997) revelan, además, un intenso tráfico de cerámicas de unas zonas a otras, que va variando sus flujos a lo largo del Bronce Antiguo. Si durante el MA I y MA IIA había una mayor presencia de la cerámica originaria de Mesara, en el MA IIB las preferencias cambian y se observa un mayor consumo de recipientes que vienen del istmo de Ierápetra (Day *et al.*, 2010: 216). Junto a estas grandes tendencias perviven intercambios cerámicos multidireccionales. Por ejemplo, la cerámica local de la región costera de Myrtyos aparece también en yacimientos del MA II como Malia o Kalo Chorio (Day *et al.*, 2010: 214).

En Myrtyos de los 370 recipientes que con certeza estaban en uso antes de la destrucción, el 96% pertenece a tres tradiciones<sup>64</sup> diferentes que a su vez provienen de 2 fuentes geográficas. El 47% pertenece a la tradición de la *Costa Sur* y el 49% a las tradiciones originarias de la

---

63 Cuando me refiero a «tipos» cerámicos quiero decir lo que a menudo se traduce como *ware* en inglés, es decir, un conjunto de cerámicas agrupadas por una decoración o tratamiento de la superficie similar. Pueden estar hechas de una o varias pastas.

64 Las tradiciones se caracterizan por el origen geográfico de las pastas así como por las formas, el montaje de las piezas (grosor de las paredes, enganche de las asas, etc.) y los acabados (decoraciones y tratamientos de la superficie).

región septentrional del istmo de Ierápetra: la de Mirabello y la de Vasiliki (Whitelaw *et al.*, 1997). Las cerámicas de la *Costa Sur* se consideran las cerámicas locales en Myrtyos, incluso si dichas pastas se encuentran en otros sitios de esta zona costera<sup>65</sup>. Entre las tradiciones importadas del istmo de Ierápetra hay una complementariedad evidente: la de Mirabello produce los recipientes grandes y más utilitarios, la de Vasiliki produce las formas más pequeñas, revelando así una posible organización de la producción en el norte de Creta. Se diferencian de las cerámicas de la *Costa Sur* en la mayor estandarización de las piezas y la mayor tasa de trabajo empleado en la manufactura (Whitelaw *et al.*, 1997).

A pesar del elevado grado de regionalismo que muestra toda la cerámica en el Prepalacial, existe una excepción notoria: la cerámica de cocina. En toda la isla esta cerámica es muy similar, tanto en sus formas, como en sus pastas y manufactura. Están hechas de pastas que no calcáreas, toscas, de tono rojizo y con inclusiones de esquisto y mica. Se cuecen a baja temperatura (650-750°C) para conseguir un cuerpo poco vitrificado, que junto a las características de las pastas, revierte en una mayor resistencia a la aplicación repetida de calor (Day *et al.*, 1997: 281). De hecho, la homogeneidad es tal, que el tipo cerámico *cooking pot* es el único en el Prepalacial cuya definición se fundamenta en el criterio de forma<sup>66</sup>. Esta coincidencia de la cerámica de cocina en las diferentes tradiciones regionales se ha explicado como una muestra del alto grado de interacción entre artesanos/as de distintas zonas (Whitelaw *et al.*, 1997: 269 y 272).

Lo sorprendente es que, a pesar de que estética y funcionalmente esta cerámica es prácticamente idéntica en las distintas tradiciones, se intercambia. En los niveles prepalaciales de Knossos, por ejemplo, sólo han aparecido ejemplares de cocina importados, no locales (Wilson y Day, 1994; Day *et al.*, 2010: 215). En el caso de Myrtyos, junto a las cerámicas de cocina locales, las hay también importadas de la tradición de Mirabello, sólo distinguibles por la composición de las pastas. La única diferencia es un tipo de plato de horno de perfil anguloso que sólo se manufactura con barro local, del resto —los distintos tipos de ollas de cocina y los demás platos de horno— hay tanto ejemplares locales como importados de Mirabello. Y ambos se

---

65 Una prospección geológica reciente ha identificado los mismos micro y nanofósiles de la cerámica de la costa sur en la formación geológica donde se halla Myrtyos, así que quizás sí fue, después de todo, un centro productivo (Quinn y Day, 2007).

66 También se habla de pasta *de recipiente de cocina* cuando se observa la misma composición petrográfica en otras formas, sobre todo grandes recipientes, lo cual, sin embargo, no ocurre con frecuencia (Day *et al.*, 1997: 283).

encuentran juntos en tres de las cuatro cocinas del poblado en funcionamiento antes de la destrucción. Esta duplicación de formas importadas y exportadas debe tener una explicación social o cultural, porque funcionalmente no se han detectado diferencias.

El fenómeno del intercambio de cerámica doméstica es característico del periodo MA IIB. Durante el MA IIA lo que se intercambia son recipientes pequeños y bien acabados. A partir del MA IIB aumentan las importaciones de forma significativa y se incluyen platos de horno, ollas de cocina y grandes recipientes. Es decir, se amplía la naturaleza del intercambio, que ahora incluye elementos de poco valor y de naturaleza muy básica. Según los autores que estudiaron la cerámica de Myrtos (Whitelaw *et al.*, 1997), este cambio es posible gracias a mejoras significativas en el transporte y las vías de comunicación. El movimiento de recipientes de almacenaje se entiende en realidad como intercambio de productos agrícolas, y su generalización con la mejora de las vías de comunicación tiene sentido. Pero las ollas de cocina son demasiado frágiles para transportar víveres con seguridad, ni qué decir de los platos que no son recipientes contenedores. ¿Qué explicación tiene entonces el intercambio de recipientes de cocina frágiles y disponibles localmente?

Este mismo fenómeno fue observado por Tomkins (2004: 48-50) en el Neolítico Antiguo y Medio de Knossos. La razón para importar recipientes cuyo grado de similitud funcional o morfológica con los locales es muy alta no parece deberse a una necesidad práctica o económica, sino cualitativa y social. Algún valor especial o algún prestigio debía acompañar a estos objetos cuyo origen estaba lejos. Hay mucha literatura antropológica, histórica y arqueológica que ilustran el simbolismo ideológico y político asociado a la importación de recursos valiosos que vienen de lejos y su papel para negociar poder, estatus e identidad. En este caso, Tomkins recuperó las tesis de Appadurai (1986) y su concepto *tournaments of value* («torneos o concursos de valor»).

Un buen contexto para estos torneos simbólicos son las ocasiones públicas de comensalidad. Adquirir piezas de lejos, pero que respetan las formas y gustos locales, es una manera de competir por estatus o reputación sin desafiar la estabilidad social o el sistema cultural. Es decir, se introduce algo nuevo pero cuya novedad es muy limitada. En los actos comunitarios es donde se construye particularmente una visión fuerte de la identidad de grupo y esta identidad no se quiere poner en riesgo. La estabilidad durante el NA y NM en Knossos

quizás se deba, en opinión de Tomkins, al éxito de esta estrategia, que minimiza (no elimina) los intentos de cualquier *household* por perseguir su propio interés. Halstead explicó que las unidades domésticas pueden competir fundamentalmente por dos cosas: por acumular su excedente agrícola y/o por establecer alianzas matrimoniales o relaciones de intercambio con otros hogares prósperos fuera de la comunidad inmediata (Halstead, 1999: 90). Lo que se consigue con los objetos importados, pero iguales a los locales, es mostrar públicamente la pericia que se tiene en establecer contactos con el exterior.

El fenómeno de los recipientes de cocina importados en Myrtos seguramente siga la misma lógica. Probablemente ello nos hable de la práctica de la exogamia aunque, lamentablemente, no hay elementos adicionales que nos permita confirmar tal hipótesis. Lo que sí denota es la relevancia cultural de estos cacharros, a mi juicio, centrales en la vida comunitaria y política del poblado a través de los banquetes.

#### *5.4.4. Análisis espacial y material de la elaboración textil*

##### *Los espacios del textil*

La producción textil en Myrtos está ampliamente documentada durante los dos periodos del poblado. Los restos de fauna indican que de los 300 animales identificados en el yacimiento, el 90% son ovicápridos de los cuales, la mayoría corresponderían a ovejas, criadas tanto por su lana como por su carne (Jarman, 1972). No hay, sin embargo, evidencias directas del cultivo de lino.

La presencia de esta actividad sorprendió a Peter Warren, quien dudó de su dimensión productiva, sugiriendo la posibilidad de que en Myrtos se exportaran telas (1972: 263). En realidad, todo apunta a que la dimensión fue completamente doméstica y en una escala mucho menor de lo que se observa, por ejemplo, en el cercano poblado de Vasiliki, donde se hallaron hasta 70 pesas de telar almacenadas en una sola casa (Watrous, 1994: 709).

Las fusayolas y las pesas de telar atestiguan la actividad de hilado y tejido en telar vertical. A estas, hay que unir una herramienta muy particular que se usa durante el hilado para sujetar el

copo de fibra del que se va tirando para formar el hilo: el cuenco de hilado. Es un recipiente cerámico que tiene un asa en el interior, a través de la cual se pasa un pedazo de la lana, lo que permite que el copo de lana o de lino no se ensucie ni se mueva.

Sin embargo, existen dudas acerca de la presencia de otras etapas de la producción de tejidos, como por ejemplo, el lavado de la lana. Esta tarea requiere de grandes recipientes donde sumergir el material y un producto alcalino<sup>67</sup> para eliminar la grasa. Warren (1972: 27 y 139) propuso este uso para las varias piletas que hay en el yacimiento, respaldado por los análisis de lípidos que mostraron la presencia de grasas animales en estos recipientes. El lavado de la lana explicaría la presencia de las grasas en unos recipientes que seguramente cumplían funciones diversas. Si bien Whitelaw (1979: 47-48) mostró sus dudas al respecto por lo farragoso que habría resultado acarrear el agua necesaria para el lavado hasta la colina, lo cierto es que hasta hace bien poco, en Grecia el lavado de la lana se realizaba en dos pasos: primero con agua caliente en las casas, en las que se deja reposar la lana toda la noche, y posteriormente en el mar, donde una vez aclaradas las impurezas, se deja secar extendida al sol (Koster, 1976: 34). Nada impide que en Myrtilos se realizara el lavado también en dos pasos. De hecho este sistema de prelavar las fibras con agua caliente explicaría los restos tenues de un hogar situado cerca de la piletta en la sala **8**. Respecto al teñido de la lana, no hay evidencia material alguna, sólo la tímida presencia de unas pocas conchas de *Murex trunculus* cuyo número limitado impide pensar en la extracción de púrpura (Shackleton en Warren 1972: 323).

El mapa de distribución del material textil revela una presencia de fusayolas muy repartidas por el poblado (fig. 32). Destaca el hallazgo de algunas de ellas en parejas, como en las salas **60, 79** o **28**, en los pasajes del poblado **64-65** y **33-32**, y cerca de lugares con concentración de pesas de telar, indicando, quizás, que a veces ambas tareas se realizaban conjuntamente. La ubicuidad de las fusayolas y su escasa determinación espacial en el poblado se debe, probablemente, a la versatilidad de una tarea, la de hilar, que puede llevarse a cabo en cualquier lugar. Por su parte, la distribución de pesas de telar reveló dos espacios que debieron de estar dotados con un telar: la habitación **58** y la **73**.

---

<sup>67</sup> Esto puede ser simplemente orina o una planta llamada *salsola kali*, que crece cerca del asentamiento. La planta quemada y mezclada con agua produce una solución con el PH necesario para desgrasar la lana (Rackham, 1972:297)





Fig. 32. Distribución de las herramientas para la elaboración textil halladas en Myrtos<sup>68</sup>.

68 En la figura, los asteriscos corresponden a las siguientes precauciones: En la zona del telar 58 se señalan 5 cantos rodados perforados que, dado el contexto, pudieron haber servido de pesas de telar. Ahora bien, 2 de ellos (uno encontrado en 58 y otro en 59, son ejemplares grandes con un grosor de 7 cm) difieren mucho en el peso respecto a las pesas (Whitelaw en su análisis los descarta por este motivo). En el espacio 57 hay 2, que no están incluidos en esta cifra, porque se encontraron en los niveles superficiales, sin más especificación. El asterisco en el soporte de huso advierte de las dudas de que el objeto fuera un zócalo (aunque la forma de la hendidura y su contexto de hallazgo no lo confirman). El asterisco en la zona del telar 73 advierte de que una de las fusayolas se encontró en la superficie entre las salas 73 y 81.

La pequeña sala **58** apareció cubierta por una gran cantidad de enlucido calcinado que había caído de las paredes y del techo. La parte oeste estaba probablemente abierta hacia el espacio **59**, como parecen indicar una serie de piedras calcinadas a lo largo de este lado, parte seguramente de un umbral o un escalón. El espacio mide 1 m x 1,30 m. En la superficie del relleno de enlucido, cerca del muro sur se encontraron tres pesas de telar esféricas y cuatro más estaban en el suelo quemado hacia la esquina sur-este. Una octava estaba justo fuera, en el relleno del área **56**; una novena se precipitó hacia la esquina de la estancia **60**. No se encontró ningún recipiente cerámico. Con el gran número de pesas de arcilla cocida no cabe duda de que algún telar se instaló por aquí, no quizás en el interior, donde el espacio es pequeño y la falta de luz habría impedido el trabajo, sino en el techo de **58**. El telar habría sido vertical y es posible que los restos de madera de roble hallados en el relleno de la sala fueran parte del mismo.

Junto a las pesas de telar y las fusayolas, se hallaron otras herramientas líticas muy probablemente vinculadas con el trabajo textil. Hacia el centro de la estancia había una mano de majar, finamente trabajada, cuatro piedras de molino junto con una mano de molino, una piedra con depresiones circulares que fue interpretada como un soporte para los husos de hilar y por último una gran piletta encontrada in situ en la sala contigua **59** (Warren, 1972: 52-53). Todo ello nos habla de una zona de trabajo especializado en la que la actividad de tejer se desarrollaría en el tejado, al aire libre.

La otra sala que cabe mencionar es la **73**. Es una estancia muy pequeña, de 1,08 m x 0,84 m, que se asemeja a una zona de paso, abierta hacia las tres estancias que la rodean dentro de la Casa B. En su interior se encontraron una pesa de telar, una fusayola y un peso con perforación bicónica. Lo que hace pensar que en este espacio también había un telar es que en las estancias aledañas se hallaron cinco pesas de telar más y una fusayola. En este caso estaríamos ante un lugar donde se guardaba el material del telar. Las dimensiones del espacio no permitirían ahí el trabajo y el material no está completo, o sería un telar mucho más pequeño. En opinión de Sanders (1990: 70) **73** sería en realidad un pequeño almacén donde guardar el material textil de un telar situado en el exterior. En su descripción de la lógica espacial de la Casa B, Sanders vislumbró una diferencia significativa entre dos zonas de la casa unidas por el espacio **81**. La parte cercana al exterior, donde se encuentra el pequeño almacén **73**, sería la más pública y accesible, dentro del hermetismo general de la vivienda. El hecho de

que el material textil se encuentre en esta zona guarda cierta concordancia con lo que vimos respecto al telar en **58**. Tejer es una actividad que se realiza al aire libre y que forma parte del paisaje de la vida pública en Myrtos.

No hay más lugares que indiquen la presencia de un telar. El resto de pesas esparcidas por todo el poblado puede explicarse de la siguiente manera: las que están fuera de las casas están en su mayoría fragmentadas, y quizás fueran parte de los desechos del yacimiento; de hecho se concentran en zonas periféricas o en desuso (Whitelaw, 1979: 29). Aquellas encontradas dentro de las casas, aisladas, pueden haberse usado para otras tareas: para sujetar la techumbre, mantener algo en su sitio (como juguetes), etc.

La presencia de sólo 2 telares, instalados en las zonas públicas del poblado, junto con el posible uso de la sala 8 para lavar la lana sugiere que la elaboración textil era una actividad cuyos medios de producción se compartían entre todas las unidades residenciales, lo cual abundaría en el predominio de la vida comunitaria. Quizás los rebaños también se gestionaban conjuntamente. Al contrario de lo que veíamos con la actividad de cocina, el desarrollo al aire libre de la elaboración en el telar sugiere que el escrutinio del resto de los miembros del grupo no era un problema, quizás porque la actividad textil no formaba parte de ninguna dinámica susceptible de causar diferenciación social. El número de pesas de telar concentradas en torno a los espacios **58** y **73** nos habla de telares de pequeñas dimensiones, con menos de 15 pesas cada uno, que abastecerían exclusivamente las necesidades de la población local. En este sentido, se observa una clara continuidad con el Neolítico. Curiosamente, en el estrato III del Neolítico Medio en Knossos las dos concentraciones de pesas de telar que se hallaron también contenían 7 y 13 respectivamente (Burke, 2010: 23).

#### *Las herramientas textiles*

De la cultura material relativa a lo textil hay menos detalles que explicar. Hay 28 fusayolas de barro cocido del periodo II, o en contextos mixtos, con hasta 7 tipologías distintas, lo que indica que no son objetos muy estandarizados. Las más frecuentes (superan en número al resto de tipos juntos) son las cilíndricas. Los diámetros de los agujeros miden entre 0,45 y 0,80 cm, adecuados para introducir husos de madera o de caña muy finos, capaces de elaborar hilos de distinto grosor. Hay otros objetos posiblemente relacionados con el hilado,

como dos piedras con varias hendiduras circulares que han sido interpretadas como soportes de husos (una en el relleno del área **30**, otra en la puerta del pasaje **64 a 65** y una tercera, no catalogada como tal, pero sí señalada por Warren en la descripción de los hallazgos de la estancia **58**). Por último los dos cuencos de hilado que fueron descritos más arriba.

En cuanto a las pesas de telar, se reconocieron 32, tanto de barro cocido como de piedra. Las de barro cocido responden, fundamentalmente, a dos tipologías: cilíndricas y plano-ovaladas. Lamentablemente, no conocemos detalles respecto a las pastas con que se manufacturaron las herramientas textiles, un dato que podría esclarecer si todas ellas son locales o, si por el contrario, también se importaban. Como explicaba más arriba, destacan dos concentraciones en torno a la estancia **58** y **73**. Por los pesos de los dos conjuntos más significativos, se deduce que el telar situado en **58** era para tejidos más gruesos y fuertes, mientras que en **73** el material sería más ligero. 6 de las pesas estaban lo bastante completas como para poder pesarse. 2 de ellas, del telar **58**, pesan entre 669 y 690 gr. Mucho más pesadas que las del telar **73**, donde las 2 pesas de las que tenemos datos pesan 507 y 332 gr. La más pesada del poblado resultó ser un ejemplar desaparejado de la sala **78** que pesa 757 gr (Warren, 1972: 221). Es decir, es bastante probable que cada telar se utilizara para la confección de tejidos diferentes que requerían hilos de distinto grosor.

Junto con las pesas de telar se encuentran a menudo cantos perforados, en cuyo caso se puede inferir su uso en los telares. Pero estos objetos (se encontraron 93) están distribuidos por todo el asentamiento y fueron, sin duda, herramientas multifuncionales.

#### *5.4.5. Conexiones con el mundo simbólico de las actividades de mantenimiento*

Una buena manera de medir el prestigio social de un trabajo doméstico es constatar su vinculación con elementos ceremoniales. En la cocina **89**, Warren (1972: 83) encontró uno de los hallazgos más comentados del yacimiento, un cráneo humano hallado en el suelo de la habitación que posiblemente cayó de la estructura tripartita que enmarca el hogar de la estancia. Se encontró fragmentado y quemado, como el resto de los objetos, por el incendio. Los restos permitieron reconstruir cerca de un cuarto de la totalidad del mismo. A pesar de que la muestra no permitía un análisis métrico y formal exhaustivo, Sunderland y Cartwright

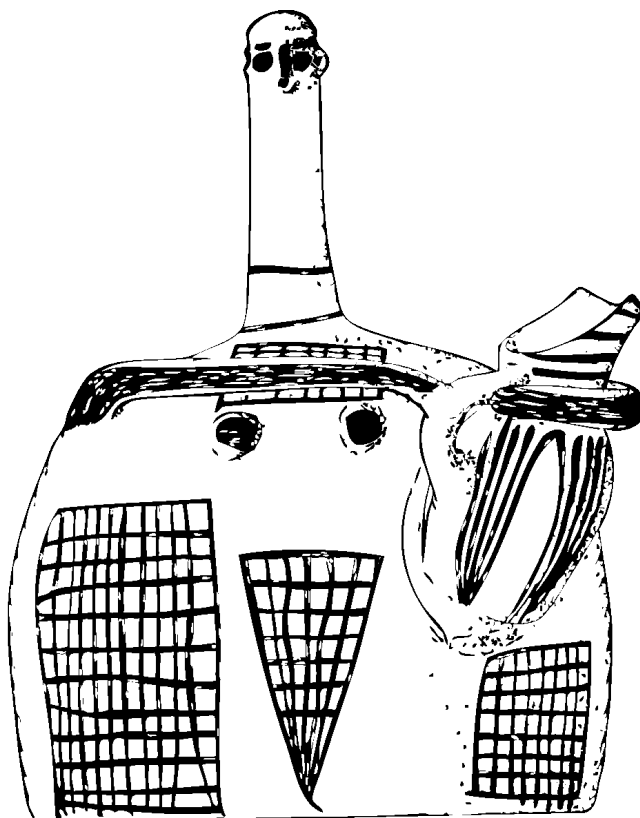
(en Warren 1972:342) propusieron que el cráneo sería de un hombre adulto joven (de 20 o 30 años) a partir de escasos rasgos formales. Ni el método ni la calidad de la muestra parecen indicar que el sexado o la edad propuestas sean datos fiables, de manera que no vamos a tenerlos en cuenta.

No se encontraron más restos humanos en el poblado por lo que parece plausible que ni fuera un enterramiento ni una víctima accidental del incendio. Más bien, como sugiere Warren (1972: 83), “[t]he skull can only have been an object as such, deliberately situated near the tripartite structure with central hearth”, una reliquia<sup>69</sup> conservada por los habitantes del poblado. La presencia del cráneo daba a la estancia una importancia singular, a ojos de Warren. En lugar de una cocina doméstica, cabía la posibilidad de que fuera un escenario para realizar rituales, relacionados, tal vez, con el culto a los ancestros, lo que explicaría la elaboración del hogar tripartito (y el orden aparente de los recipientes: el cuenco y un par de ollas en frente del hogar con los ingredientes necesarios para las ceremonias y, en la esquina NE, los grandes recipientes para su almacenamiento). La sala contigua número **92**, el espacio central de la Casa C, alberga, también, un elemento único en el poblado: una pequeña escultura de cerámica en forma de mujer sosteniendo una jarra en sus caderas. Fue bautizada por Warren (1972: 86-87) como la «Diosa de Myrtos» (fig. 33), quien la interpretó como una deidad doméstica relacionada con la protección de las fuentes de agua, un recurso muypreciado en una zona árida como la de Myrtos (1972: 266 y 287). Divinidad o amuleto (ver una relectura reciente de la figurilla en Cadogan, 2010), sí que parece plausible que la imagen sancione una escena que debía repetirse cotidianamente: mujeres que bajan a buscar agua con sus cántaros. La imagen apareció en el suelo cerca de la estructura de piedra en el centro del muro este, lo que parecía ser la plataforma desde la que se precipitó. A su vez, el pequeño espacio número **91** reveló una alta concentración de pequeños recipientes cerámicos moldeados con pastas muy finas, lo que Warren consideró el almacén de elementos rituales. El conjunto de estancias en este extremo del poblado habría funcionado como el santuario de la comunidad de Myrtos (Warren, 1972: 265-266). La hipótesis de que el extremo sur occidental del poblado

---

69 Al parecer, el fenómeno de los restos óseos humanos encontrados en contextos habitacionales, aislados y conservados como reliquias es relativamente frecuente en la Edad del Bronce del Mediterráneo (Talalay, 2004). En Creta hay otros casos de restos óseos encontrados fuera de las tumbas a lo largo de la Edad del Bronce, aunque la mayoría de ellos no son considerados reliquias sino enterramientos intramuros, algo que ocurre esporádicamente desde el Neolítico hasta finales del Bronce y que quizás estén relacionado con tabúes sociales, no particularmente con el culto a los ancestros. De los enterramientos intramuros en Creta desde el Neolítico hasta finales del Bronce da buena cuenta McGeorge (2003).

cumpliera funciones religiosas para la comunidad fue apoyada por otros/as autores/as como Gesell (1985) quien insistió en la idea de que esta parte del yacimiento no cumplía funciones domésticas sino estrictamente rituales.



Escala 2:3

Fig. 33. Figurilla de cerámica bautizada como la *Diosa de Myrtos*, según Warren 1972: 208.

Whitelaw (1983, 2007), sin embargo, defendió el carácter doméstico del conjunto. Que el recipiente antropomorfo y el cráneo tengan connotaciones simbólicas o religiosas no modifica, necesariamente, el carácter del espacio que lo alberga. Aplicando sus métodos cuantitativos para hallar la función de los espacios, defendió que la Casa C era directamente comparable al resto de unidades domésticas, en lo que a presencia de artefactos y rasgos constructivos se refiere. Nada hacía pensar, en realidad, que fuera un precedente de los santuarios domésticos que se generalizarían más tarde en Creta. De hecho, Whitelaw no tuvo reparos para calificar ambos objetos (el cráneo y la figurilla) como posesiones personales de algún individuo o de la familia que habitaba la unidad doméstica (1979:39; 2007:73), una apreciación quizás exagerada cuando hablamos de sociedades preindustriales.

Si aceptamos que el cráneo no está depositado en la cocina de manera accidental y que no forma parte de un cadáver completo, hemos de entender que fue rescatado de una tumba y reinsertado en el poblado. En ese caso cabe preguntarse si el cráneo está ahí representando un individuo concreto o a una categoría general de ancestros. La existencia de un culto a los ancestros en Creta durante el Bronce Antiguo parece bastante plausible a tenor de la costumbre documentada en las tumbas de retener los cráneos y acumularlos apartados del resto del esqueleto (Soles, 2001).

Driessen (2010) ha reflexionado recientemente en torno a la presencia de este cráneo en Myrtos. Según este autor, el fenómeno de reintroducir algunos huesos en el mundo de los vivos (así como objetos típicamente funerarios como la figura de la diosa) responde a la necesidad de reforzar los vínculos comunitarios. Partiendo de conceptos desarrollados por Fowler (2004) y Chapman (2000), Driessen propuso que el cráneo sería una personificación de los ancestros, de la idea de grupo, del poblado, pero no de un individuo.

Si damos como válida la propuesta de Whitelaw sobre las fases cronológicas del poblado, el cráneo estaría situado en la última unidad doméstica construida, el hogar más joven y quizás con mayor necesidad de protección o de reforzar los vínculos con el resto de la comunidad. Otra explicación a la presencia del cráneo y de la figurilla femenina puede tener que ver con el incendio final. Bradley (2006) ha rastreado numerosos ejemplos de la Protohistoria europea en los que hay una estrecha vinculación formal entre las casas y las tumbas. En algunos casos es frecuente encontrar rituales de abandono de las casas, en las que se sitúan depósitos especiales (típicos de tumbas), o se sitúan entre las cenizas restos humanos (Bradley, 2006: 79-80). Quizás el incendio fue intencionado y ambos objetos (el cráneo y la figurilla) fueron colocados allí para proceder a la destrucción del poblado, considerándolo un elemento vivo como las personas (Bradley, 2005: 47)<sup>70</sup>. Para comprobar tal hipótesis, sin embargo, habría sido necesario rastrear los puntos de ignición, la temperatura que alcanzó el fuego y su trayectoria<sup>71</sup>.

---

<sup>70</sup> En el poblado neolítico de Opovo, donde las casas se quemaban intencionadamente con todas las pertenencias en su interior, sus investigadores/as han elaborado una metodología basada en el rastreo de los puntos de ignición y la temperatura del incendio para confirmar la intencionalidad del fenómeno (ver p.e. Stevanović, 1997). Lamentablemente sería imposible recuperar estos datos del poblado de Myrtos.

<sup>71</sup> Ver por ejemplo los estudios de ignición realizados en el asentamiento balcánico de Opovo donde se ha podido demostrar la intencionalidad en los incendios para destruir casas en los Balcanes (Stevanović, 1997).

Entre la propuesta de Warren, que sacraliza la estancia donde encontró el cráneo negando su función como cocina doméstica, y la idea de Whitelaw de considerar el cráneo como una posesión personal con matices religiosos, que no afecta al carácter doméstico de su contexto, hay un término medio. Las tesis de Bradley (2006) resultan muy oportunas para entender este tipo de fenómenos ambiguos entre lo doméstico y lo ritual. Para Bradley ambos conceptos no son opuestos. Lo doméstico puede adquirir un marcado carácter ritual a través de un determinado énfasis especial puesto en sus características formales. En sociedades prehistóricas lo ritual da fuerza a la vida doméstica y la vida doméstica provee la materia prima para los eventos ritualizados (2006: 120).

El cráneo confiere a la cocina **88** un carácter religioso. Es una cocina doméstica ritualizada. Si aceptamos la hipótesis de que el cráneo representa a la colectividad o a los ancestros, se da entonces una interesante coincidencia estructural. Así como el cráneo escenifica el estrecho vínculo entre los ancestros y la comunidad de los vivos, la cocina es el espacio que nutre al grupo, que también lo mantiene unido. A un nivel más simple, la presencia del cráneo nos indica que la cocina era un espacio merecedor de albergar la representación de los ancestros (durante la vida del poblado o justo antes de su incendio), o lo que es lo mismo, era una actividad de mantenimiento con una potente carga simbólica. Probablemente, la figurilla femenina que sostiene una jarra nos hable también de la sacralidad de otra actividad de mantenimiento fundamental, como es el acopio de agua, tal y como el propio Warren sugirió. Aunque también podría ser la representación de uno de aquellos eventos de comensalidad doméstica descritos por Catapoti, que sancionarían la vida comunitaria con el vaivén de jarras entrando y saliendo de las casas para servir bebidas a los/as comensales.

## **5.5. Ejemplos auxiliares del Prepalacial**

A continuación haremos un breve repaso a otros yacimientos del Prepalacial, que lejos de ser exhaustivo, sólo pretende ser una muestra de cómo las dinámicas observadas en Myrtos a lo largo de este capítulo se repiten más allá de él. Lamentablemente, sólo haremos referencia a la actividad culinaria dados los escasos datos que tenemos de la actividad textil en contextos arquitectónicos suficientemente conocidos.



En este caso echaremos un vistazo a algunas de las tumbas en la zona sur de Creta y sus relaciones con el ámbito culinario para comprobar si efectivamente la cocina tiene el prestigio o el reconocimiento social necesarios para estar presente en los espacios funerarios. Como avanzamos en la introducción al periodo prepalacial, el paisaje está salpicado por tumbas monumentales comunales donde los cuerpos de los difuntos y las ofrendas se acumulan en los depósitos. El rito funerario entrañaba sucesivas manipulaciones de los cuerpos para cambiarlos de lugar, depositar sus cráneos en lugares concretos o remover los esqueletos y, así, acomodar nuevos cadáveres. Junto a los enterramientos, multitud de objetos cotidianos fueron depositados como ajuares. En el examen que Branigan (1970 [1988], 1993) realizó de los *tholoi* —el tipo de sepultura más común al sur de la isla—, el autor detectó la práctica ausencia de restos de alimentos en el interior de las cámaras funerarias, así como de cerámicas de cocina. Por el contrario, la abundancia de equipos cerámicos de bebida dominados por tazas y jarras daban fe de ritos de consumo comunal, posiblemente de bebidas alcohólicas que se conocen como *toasting rituals*. La evolución de los depósitos señalaba un aumento progresivo del tamaño de los mismos, que pasaron de ser celebrados en el interior de las sepulturas a desarrollarse en las cámaras anexas.

La ausencia de cerámicas de cocina y de alimentos en las tumbas fue revisada por Walberg (1987), quien detectó un fuerte problema de conservación y registro de los datos recuperados en los *tholoi*. Es posible que los recipientes de cocina o las ollas con víveres estuvieran presentes en las tumbas pero que su estado precario de conservación y la falta de interés por recuperar las formas domésticas fragmentadas las hayan excluido de los inventarios. En apoyo a esta hipótesis, Walberg (1987: 54-55) señala la presencia de grandes tapas de cerámica entre los depósitos de ofrendas en el tholos B de Koumasa y en la necrópolis de Drakones. Se asume que servirían para tapar ollas grandes y toscas, posiblemente con comida, que sin embargo no se recuperaron. La ausencia de restos de comida en las tumbas pudo deberse, según Walberg (1987: 57) a que el consumo de alimentos, así como el de bebida, tenía lugar fuera de las sepulturas, en las áreas pavimentadas o en las posteriores cámaras anexas. Al acabar el rito, los recipientes utilizados en el banquete se enterraban con los muertos, vacíos. Esta hipótesis también daría cuenta del elevado número de jarras.

Los pequeños recipientes de las tumbas sufren una evolución notable cuyo punto de inflexión sería, aproximadamente, el MA II. Si al inicio del Prepalacial los pequeños recipientes cerrados

como los píxides dominan las ofrendas, al final serán sustituidos por equipos de jarras y tazas. Por su parte, las grandes tapas, señuelos de ollas y quizás de víveres, no desaparecen (Walberg, 1987: 60).

Recientemente, Campbell-Green y Michelaki (2012), revisando los materiales de la necrópolis de Moni Odigitria (fig. 34), también han comprobado que la presencia de cerámica en las tumbas no responde simplemente a ajuares de los difuntos sino que cumplían un papel en las ceremonias de comensalidad celebradas en las inmediaciones de las sepulturas. En este caso, hay evidencias contundentes que atestiguan el consumo comunal de comida y la preparación de alimentos en la necrópolis. En el patio oriental del cementerio, se halló una zona de tierra quemada y carbón de cierta profundidad ocupando aproximadamente un metro cuadrado: un hogar. En su interior y en las inmediaciones se concentraban abundantes fragmentos de cerámica doméstica de cocina, como ollas trípodes, platos de horno, grandes cuencos con pie y pequeños cucharones, la mayoría con restos de calcinación provocadas por la exposición constante al fuego.



Fig. 34. Foto aérea de la Necrópolis de Moni Odigitria. Tomada de Myers (1992: fig. 29).

Las dimensiones y el carácter del depósito en el hogar sugieren que fue el área de preparación de alimentos predilecta para cocinar durante las ceremonias funerarias en el MA II, pero no la única, porque otros hogares de pequeñas dimensiones fueron detectados alrededor de las sepulturas. La acumulación de restos de cocina alcanza su máxima expresión en el MA II, donde la cerámica doméstica culinaria se halla esparcida por toda la necrópolis. A partir de entonces el patio oriental del cementerio se abandona y los recipientes asociados con la cocina desaparecen. En su lugar hay una reaparición de los recipientes para líquidos que se trasladan al interior de las antecámaras, sugiriendo la vuelta a los ritos exclusivamente de bebida.

El ejemplo de Moni Odigitria y las pesquisas de Walberg sobre la presencia de ollas para víveres en otros cementerios nos hablan de un papel activo de la cerámica doméstica de cocina en las ceremonias celebradas en torno a las tumbas.

El asentamiento de **Myrtos Pyrgos** (Cadogan, 2000, 2011b, 2011a) se encuentra muy cerca de Myrtos Fournou Korifi, a menos de 2 km al oeste. El poblado en Pyrgos presenta una historia más longeva con restos que van del Neolítico al Neopalacial. La larga ocupación ha perjudicado la conservación de los restos coetáneos al asentamiento de Myrtos Fournou Korifi. Entre los pocos datos que se conocen de Myrtos Pyrgos durante el MA II, destaca la extensión del poblado, que habría ocupado cuatro veces más espacio que su vecino Myrtos Fournou Korifi. Al igual que éste, la etapa prepalacial acabó con un incendio. Pyrgos se reocupó después rápidamente, comenzando la fase conocida como Pyrgos II, fechada en el final del Prepalacial (MA III-MMIA). De esta época data la construcción de una tumba-casa monumental (fig. 35) que será la primera de sucesivas construcciones de alto perfil en periodos posteriores. La tumba consta de dos osarios y una estancia central.

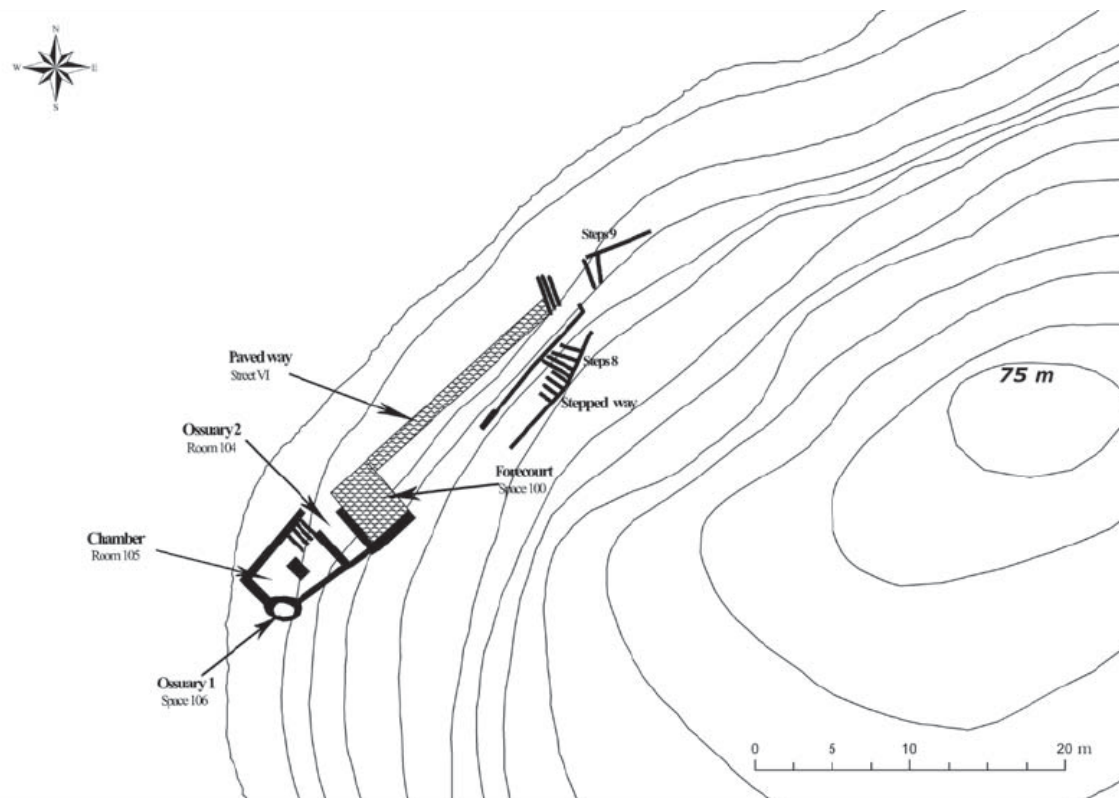


Fig. 35. Plano de la tumba en Myrtos Pyrgos. Según Cadogan 2011a: 42, fig. 4.2.

Cadogan (2011a) establece un vínculo directo entre la arquitectura de la tumba y la arquitectura doméstica de Myrtos Fournou Koriphí, lo que le lleva a considerar la sepultura monumental como una casa doméstica elevada a un estatus simbólico. La clave de esta similitud reside en el soporte central de la estancia de la tumba, muy parecido a los pilares en forma de  $\Pi$  que hay en las tres casas de la zona sur de Myrtos. La habitación parece tener, además, unas dimensiones parecidas a las estancias centrales de dichas casas. Asimismo, está construida bajo las ruinas del poblado del MA, insistiendo en el vínculo con las gentes de dicho periodo. El otro vínculo que enlaza las casas de Phournou Korifphi con la tumba en Pyrgos es el cráneo hallado en la Casa C dentro de la cocina **89**, que comentamos más arriba. Todo ello refuerza la intuición de Driessen (2012) sobre la existencia del modelo de *sociétés à maison*, o al menos un modelo domocéntrico donde el linaje se privilegia por encima de élites individuales. La tumba albergaría una muestra de todos los miembros del linaje. En ella se acumulan cuerpos de mujeres, hombres y niños/as en los niveles correspondientes al Prepalacial (Cadogan, 2011b: 113).

En Myrtos Pyrgos, la cocina doméstica también parece formar parte de los ritos funerarios. En la entrada de la tumba hay un patio enlosado donde desemboca una calle pavimentada de 20 m de longitud alineada con la entrada de la sepultura, y que enlaza por el otro extremo, con unas escaleras que llevan a lo alto del poblado en la colina. Tras la inauguración de la tumba, en la siguiente fase (Pyrgos IIc-IIId, Prepalacial final), se abren una serie de patios de grava con grandes hogares en medio de la vía, que, según Cadogan (2011b: 110), están acompañados por cerámica doméstica de cocina y posiblemente conectados con los ritos de la tumba. De nuevo, en este caso, se comprueba el papel especial que se reserva a la cocina en los rituales funerarios, sin que la cultura material de la misma difiera de los equipos culinarios que abundan en los contextos domésticos. Las personas encargadas de cocinar en las ocasiones cotidianas y en las ceremonias funerarias eran, probablemente, las mismas.

Por último, merece la pena señalar que la ausencia de diferenciación social, y más concretamente en el sistema sexo-género, también ha sido detectada por Maria Mina (2008, 2009) en su estudio de las figurillas neolíticas y prepalaciales. Mina realiza un análisis comparativo de las figurillas del Neolítico y EBA en Creta y Chipre del cual deduce que no se puede afirmar la aparición de la dominación masculina en el Bronce Antiguo en ninguna de las islas. En el caso de las figurillas minoicas del Bronce Antiguo, destaca el cambio respecto al Neolítico de la preponderancia de las figurillas asexuales. Las formas son muy estandarizadas y las posturas neutras, con los brazos cruzados sobre el abdomen, sin énfasis en las zonas genitales. Todo parece indicar que la forma corporal y las decoraciones que presentan son de personas vestidas, con adornos en sus ropas. Las figuritas refuerzan la identidad de grupo de clanes o linajes. La categoría que se resalta es la del grupo, el linaje o la familia y rasgos como el sexo pasan a un segundo plano. El énfasis se sitúa en el estatus social corporativo y la filiación de parentesco, borrando o enmascarando las diferencias identitarias de género, lo que Mina interpreta como una ausencia de jerarquía sexual, que, a mi juicio, también se refleja en la presencia pública y simbólica que muestran las actividades de mantenimiento en casos como el de Myrtos.

## 5.6. Conclusiones

El poblado de Myrtos ofrece una buena oportunidad para analizar qué estrategias sociales se están poniendo en juego en los primeros momentos de la Edad del Bronce en Creta, cómo afectan al sistema sexo-género y en qué medida podemos entenderlas a partir del registro material.

La RPS se adopta en Creta poco a poco y sus innovaciones van introduciéndose a lo largo de varios milenios. Durante la Edad del Bronce Antiguo los cambios se aceleran, dando un salto considerable en la escalada de complejidad material que justifica un cambio de era respecto al Neolítico. Aunque en los estudios del pasado a menudo se asume que el cambio es un fenómeno positivo del que los grupos humanos se benefician, lo cierto es que para las sociedades prehistóricas y preindustriales el cambio es una amenaza desestabilizadora (ver Hernando, 2002). La mejora de las vías de comunicación y de transporte, el aumento de la productividad agrícola gracias a las nuevas herramientas (animales de tiro, arado, cerámica más eficiente), la expansión territorial, etc., constituyen un caldo de cultivo que puede suscitar la aparición de desigualdades sociales (incluyendo las que afectan al género), el acaparamiento de riqueza y de poder, y el desarrollo de la individualidad y del estatus personal.

El caso de Myrtos ilustra una forma particular de resistir a esos cambios que amenazan la cohesión social. Sus habitantes pusieron en funcionamiento estrategias de igualación que enfatizaron la importancia simbólica de la comunidad, idealizaron la solidaridad y minimizaron al máximo el efecto desintegrador de la acumulación de riqueza. Esto no es una novedad ni algo exclusivo de Myrtos, pues Halstead (1995) y Tomkins (2004) han desgranado la forma de estos mecanismos en Creta desde el Neolítico, y Souvatzi (2012) ha mostrado dinámicas similares en la Grecia continental. Lo que propongo es que esas estrategias de igualación en el caso de Myrtos (y posiblemente en otros lugares) pasa por dotar de prestigio, de presencia pública y de relevancia simbólica a las actividades de mantenimiento —en este caso la cocina—, las prácticas garantes de la cohesión social por antonomasia. Y ello, probablemente, debido al carácter matrilineal de la sociedad prepalacial que sugiere Driessen (2010, 2012) y que desgranamos en el capítulo 2.

Muchos/as autores/as han puesto de manifiesto la importancia de la comensalidad en el mundo prepalacial como la arena donde se escenifican la competencia por las nuevas dimensiones

de poder que trae consigo la complejidad material de la Edad del Bronce (Hamilakis, 1996, 1998). Pero han dirigido su atención a la comensalidad en contextos extraordinarios (como los funerales) y en lugares lejos de la cotidianidad. Como ya avanzó Catapoti (2006), la comensalidad también se produce en contextos domésticos y así lo demostró en el caso de Myrtos. Sin embargo, la autora no ha cuestionado el excesivo énfasis que se pone en lo relativo a la bebida y en especial al consumo de alcohol en dichos eventos.

Lo que se desprende de mi análisis de la actividad de cocina en Myrtos, es que el cocinado de alimentos es una actividad predominante, comunitaria y cuya cultura material era objeto de intercambios con otras regiones de la isla. El emplazamiento de las cocinas y sus accesos indica que su actividad no forma parte del ritmo interior de los hogares, sino que se conectan directamente con los espacios públicos. Son merecedoras de espacios propios muy bien acondicionados, prácticamente monofuncionales, lo que en términos arqueológicos suele caracterizar a los trabajos especializados. Asimismo, el consumo de alimentos parece haber tenido lugar, sobre todo, en el exterior de las casas, situando todo lo que tiene que ver con la comida en un mismo plano público y seguramente implicando en algún grado a la comunidad en su conjunto. La cantidad de molinos de piedra y de ollas trípodes de cocina esparcidas por todo el poblado indican no sólo la ubicuidad de la preparación de alimentos (que debió ser una de las actividades más presentes en la vida cotidiana del poblado) sino el énfasis en la abundancia y en el consumo más allá de los límites de cada unidad doméstica. Por último, el hecho de que una buena parte de las ollas y los platos de cocina no sean locales sino de importación denota la importancia que tenían este tipo de objetos para la comunidad. Por todo ello, parece que dentro de los episodios de comensalidad en torno al consumo de bebidas que identificó Catapoti en Myrtos debemos incluir, también, el consumo de comida y el importante papel que debieron cumplir las personas encargadas de cocinar. De modo que es la *comensalidad cotidiana* lo que hace de pegamento social y garantiza la cohesión del grupo en Myrtos. En la misma línea, del análisis de la producción textil se desprende que éste es otro de los trabajos que habitan el espacio público, en clara coherencia estructural, pues proveer de abrigo al grupo cumple la misma función básica que la de abastecer de alimentos cocinados: ambas actividades satisfacen necesidades elementales para la subsistencia de cualquier sociedad. Además, todo apunta a que la organización de la producción y los medios materiales eran gestionados por la comunidad, y no una labor de cada unidad residencial.

Compartir una actividad esencial para el cuidado del grupo garantiza una cohesión social sólida. No hay indicios de que la producción alcanzara niveles suficientes para que las telas fueran material de intercambio, por lo que la elaboración textil no se entrelazó con otras arenas de poder o competencia, como sí ocurrió con la cocina.

Al mismo tiempo que la cocina doméstica contribuye a la celebración de banquetes comunitarios solidarios, también refleja la incipiente semilla de desestabilización social. Gracias al análisis pionero de Whitelaw (1979, 1983, 2007) sabemos que Myrtos no es un aglomerado indiviso de estancias donde vive un clan o un linaje igualmente indiviso. Hay unidades domésticas claramente identificables que debieron corresponder a unidades familiares más pequeñas dentro del grupo. Aunque Whitelaw (1983, 2007) sobrevaloró el papel y la independencia de estas unidades, sí que debieron jugar un papel clave en la inevitable trayectoria hacia la diferenciación social. Tal y como ilustró Sanders (1990) con su análisis espacial de la Casa B, frente a la profusión de espacios públicos y de actividades comunitarias, el interior de las casas es muy hermético. En los espacios internos exigüos y de difícil circulación que son las casas destaca la presencia de numerosos recipientes de almacenamiento. Cada casa guardaba en su interior una cantidad de excedentes agrícolas (y/o de otro tipo) no abierto al escrutinio de la comunidad. Seguramente dicha acumulación no se interpretaba como un acopio de riqueza, puesto que se compartía en los eventos de comensalidad. Pero, probablemente, fue el factor que introdujo, la competencia entre las familias. La unidad familiar que más bebida y comida aportaba a los eventos seguramente acumulaba mayores cotas de prestigio.

Además, hay otros dos aspectos con los que seguramente se competía y que han surgido como consecuencia del análisis de las actividades de mantenimiento. El primero es el tipo de alimentos cocinados que se ofrecían. Como vimos, las cocinas son muy diferentes entre sí en las instalaciones de combustión y el equipo que contienen, y ello debió repercutir en el tipo de preparados que en ellas se hacían. Teniendo en cuenta la importancia crucial que la experiencia sensorial tiene en los festines (Hamilakis, 1999, 2002a, 2008), ofrecer cocciones o preparaciones distintas debía ser parte de los objetivos de los/as organizadores/as. El segundo es la cerámica importada. Como vimos más arriba, se importan<sup>72</sup> recipientes de

---

72 Se importan también recipientes de Vasiliki que introducen muchos cambios (de forma y de decoración) con respecto a la cerámica local. El uso público de la cerámica de Vasiliki debió ser un mecanismo de diferenciación más directo que el de los recipientes de cocina.



cocina prácticamente idénticos a los locales, que introducen de manera muy sutil un elemento diferenciador sintomático del éxito de los contactos con el exterior. De hecho, estas cocinas singulares, específicas de cada casa, atestiguan uno de los pasos más significativos hacia la diferenciación de las casas individuales. Como veremos en el próximo capítulo, esta paulatina singularización de las casas se manifestará con más contundencia en el proto- y neopalaical a través del traslado de las cocinas, y más concretamente los hogares, al interior de las viviendas.

El haber escogido las actividades de mantenimiento como estrategia de igualación es lo que permitió frenar un proceso de jerarquización basado en el estatus personal y en élites masculinas. Lamentablemente el abrupto final del poblado no nos permite observar hasta dónde llegó dicha estrategia allí y cuando empezó a quebrar. Por ello, seguimos a continuación con el análisis del periodo protopalacial.



## CHAPTER 6.

# QUARTIER MU: MAINTENANCE ACTIVITIES IN THE PROTOPALATIAL

### 6.1. Introduction

The complex of Quartier Mu is an aggregation of high-profile buildings situated in Malia (see fig. 36), along the north coast of Crete, at around 40 kilometers east of Knossos (Poursat *et al.*, 1978; Detournay *et al.*, 1980; Poursat, 1996; Poursat y Knappett, 2005; Poursat, 2013). It flourished during MM II, and was destroyed in a fire before MM III (Poursat y Knappett, 2005: 193-194). The luxurious constructions, and the conspicuous character of the material culture discovered inside its walls situated Quartier Mu at the core of the discussions on the emergence of elites in Protopalatial Crete (Poursat, 2012).

Quartier Mu offers a compelling opportunity to analyze the role of maintenance activities in what constitutes, to date, the best-known stratified and competitive community from MM II. The presence of craft specialists, evidence of writing and administrative activities, or the traces of long-distance trade, had an impact on how maintenance activities were organized. As such, the present study will show how domestic cooking lost its prominence in commensal and household practices, and how the elaboration of textiles became geared towards trade activities. Furthermore, if women were in charge of maintenance activities, the findings in Quartier Mu will show the tensions they suffered in the domestic arena, and their decreasing influence in the political milieu.

However, the analysis of Quartier Mu may provide too sharp a contrast with the analysis of Prepalatial Myrto. It is not the intention of this study to convey the idea of a direct and simple evolution from one case to the next. Both examples are just glimpses of a relatively unknown wider framework, where regional trajectories—among other factors—must have had a large impact. Despite the limitations imposed by the amount of evidence at hand, we will have a chance to look briefly at a number of final-Prepalatial/early-Protopalatial houses that constitute an intermediate level between the rather egalitarian communities of the prepalatial and the highly stratified case of Quartier Mu.

Below, the study will briefly describe aspects—such as the emergence of palaces, the origin of writing, or that of the potter’s wheel—to illustrate the new level of material complexity that was experimented with in the Protopalatial, and which certainly led to social stratification. The study will then introduce features of Quartier Mu, and proceed with the spatial, material and ritual dimensions of cooking practices and the elaboration of textiles. Evidence remaining from the Protopalatial will also be touched upon, before the main ideas derived from the analysis are presented.



Fig. 36. Map showing the protopalatial sites mentioned in this chapter.

## 6.2. The Protopalatial Period

The Protopalatial period (Fig. 36) expanded, according to the low chronology proposed by Warren and Hankey (1989), between 1900-1700/1650 BC. However, the new dates suggested by Manning (1995) situate its end closer to 1750 BC, reducing the Protopalatial to a span of 150 years. With regard to the ceramic sequence, the period is divided into three phases: Middle Minoan IB, IIA and IIB. In general terms, all regions in Crete reached maximal population expansion, including the more prominent centers, like Knossos or Phaistos (Watrous, 1994: 98). Along with numerous monumental tombs that continue to be used (e.g., Kamilari, Agia Triada, Archanes), new types of settlements and buildings were discovered: the so-called ‘palaces’ or court buildings, large residential/ritual complexes, and isolated farms. Some of these settlements formed the first real urban centers, showing a complex architectonic program. New types of religious constructions were also found, many of them

situated on top of hills and known as ‘peak sanctuaries’ (e.g., Kamares, Iuktas, Petsophas). In addition to these new architectonic landscape, a number of technological innovations arose during the Protopalatial, such as the potter’s wheel, or the development of the Linear A and Cretan Hieroglyphic scripts. However, it is necessary to keep in mind that this new landscape was the result of changes and developments taking place in preceding Prepalatial phases, as several have recently noted (Schoep y Knappett, 2004; Schoep et al., 2012).

### *6.2.1. Role and nature of court buildings*

The origin and role of the aforementioned ‘palaces’ have constituted, until recently, an abiding focus in Protopalatial analyses, to the detriment of a more general understanding of the period. These high-profile buildings were considered—largely based on Arthur Evans’ writings at the turn of the 20th century—the seat of economic, political and religious hierarchical power in Crete. Up until recently, most scholars endorsed this view, with differences only in the specific functions on which emphasis was placed. In *The Emergence of Civilization* (1972), Renfrew proposed a new model for the emergence of the palaces, which refined their economic function and left their central role untouched. Drawing on functionalist principles, Renfrew provided a detailed account of the economic, social and environmental interactions that resulted in the creation of the palaces as surplus redistributive centers linked to an agricultural hinterland.

In recent decades, however, some of these ideas have been called into question. Although the genealogy of arguments regarding the role and nature of court buildings cannot be discussed here at length (see Hagg and Marinatos, 1987; Driessen et al., 2002b), a brief summary of the latest perspectives must be presented to frame the overall context of the analysis. First, it must be kept in mind that the very definition of a ‘palace’ to describe these court structures has become problematic. The conventional use of the term derives from a single one of them (Knossos) in its final phase (LM II-III), and as Schoep (2010: 115) reminded, it has often been combined with subjective criteria regarding the existence of a state-level organization. Differences in chronology, form, scale and organization were rarely taken into account, even though the differences have been proved to be very significant. To complicate things further, developments in the field made in the late 1980s have brought to light a remarkable

number of high-profile buildings in sites like Kommos, Galatas, Monastiraki, Archanes and Petras. Although some of these buildings are smaller in size, their plans and conspicuous architectural patterns are similar to the those of ‘classic’ palaces. These new ‘palaces’ not only call formal matters into question, their density and proximity require a revision of the palace paradigm. In addition, the classical notion of control over a considerable span of land in this definition has been challenged by the presence of multiple palaces at close distance (see a full review in Driessen et al., 2002a).

Scholars also continue to disagree on the functions these buildings fulfilled. Two functions in particular, traditionally considered as definitive, have been contested: their redistributive role, and their use as the residence of the ruling elite. Regarding the latter, scholars have looked for evidence similar to those in contemporary cultures, notably Mycenaean Greece, Egypt and the Near East. Iconography has been examined to look for the ruler of palaces—a queen or a king—but all attempts have highlighted the elusiveness of royal images (Bennett, 1961-2; Crowley, 1995; Davis, 1995; Farnoux, 1995; Koehl, 1995)<sup>73</sup>. Additionally, the circulation patterns of palaces do not seem to direct visitors towards a room where an authority figure would receive them; all paths seem to guide circulation towards the central court (Letesson y Driessen, 2008; Driessen, 2009), a fashion not replicated in nearby Mediterranean populations. And unlike neighboring cultures, there are no royal tombs in Crete.<sup>74</sup> This ‘lack’ of evidence conveys a resistance to overt expressions of individuality typical of hierarchical state-like systems. Thus, if the people at the top of the pyramid are so intangible in material records, then it is possible that a conventional pyramidal system in Proto- and Neopalatial Crete did not exist.

Concerning the economic role of the palaces, the redistributive function envisioned by Renfrew (1972: 291-297) relied on the presence of large storage facilities as the main archaeological correlation. Certainly, the storage capacity of these buildings largely surpasses what households could feasibly accumulate. However, with the evidence at hand, the storerooms of the palaces are not large enough to gather and later distribute staples to support a large community, neither in the Protopalatial nor in the Neopalatial, as Christakis (2011) has convincingly shown. The redistributive model also relies on the hypothesis of

---

<sup>73</sup> One possible exception is LM IB, where there are human figures represented more eloquently; these representations, however, remain isolated (Driessen, 2002: 4).

<sup>74</sup> A possible exception may be Chrysolakkos at Malia.

crop specialization, where peasants would have concentrated their efforts in a single crop, and would have counted on the palace to acquire the necessary variety of products for subsistence (Renfrew, 1972). But agricultural patterns and other archaeological data do not seem to support this view either (Hamilakis, 1996).

The scholars that explored the role of the palaces *outside* the redistribution paradigm found instead evidence of feasting events and conspicuous consumption. They suggested that rituals of commensality might have been the main activity in these buildings,<sup>75</sup> and therefore, they shifted the emphasis from the economic to the ceremonial (e.g. Driessen, 2002; Hamilakis, 2002). For instance, in the case of Protopalatial Knossos, Day and Wilson (1998) show that the palace was acquiring the luxurious ceramics of Kamares ware from elsewhere, calling into question the previously assumed role of Knossos as a production center. The hosting of commensal events is, in fact, one of the few certain activities attested in the Protopalatial levels of the court compounds (Schoep, 2012: 411). In light of this shift of emphasis in the palaces' economic roles, the political aspect has also been reassessed. Sources of power have been found outside the palaces—as we shall see below when discussing the Quartier Mu complex—which challenges the idea of the palaces as central authorities. Driessen (2002) and Hamilakis (2002), for instance, envision corporate groups or factions as the social units competing for power in the palace's ceremonies.

To a certain extent, the absence of a clear model to explain the nature and functions of the palaces is due to the realization that even though the buildings as such remained a powerful material presence in the Cretan landscape for a long period of time, they hosted different institutions, performed different functions, and were used by different groups of people along their trajectories (Day y Relaki, 2002: 220).

### 6.2.2. *The origin of writing*

Literacy in Bronze Age Crete is consistently attested in the Protopalatial, when evidences of the Linear A and Cretan Hieroglyphic scripts appear in the archaeological record. However,

---

<sup>75</sup> Given the changes in the interpretation of the 'palaces', some scholars have decided to abandon the misleading term, and replace it by other, less-biased terms like 'court compounds' (Driessen, 2002). Henceforth, I will follow the same tendency.

it may be more accurate to talk of consolidation rather than origin. There are traces of an earlier writing development occurring towards the end of the Prepalatial (EM III-MM IA), with some signs found on a small number of seals being termed the 'Archanes script' (Yule, 1981: 170), that may have been the progenitor of one or two later Protopalatial writing systems (see Tomas, 2010: 342-343). Both seem to be syllabic in nature and remain undeciphered. Cretan Hieroglyphic documents have been found in significant numbers at Knossos, Malia, and Petras, while isolated seals with Cretan hieroglyphic inscriptions have been found in north-central and northeastern Crete (see distribution map in Schoep, 1999: 266). In Malia, evidence was found in two locations: the court building in MM III (Neopalatial), and Quartier Mu in MM II (Protopalatial). The latter provided a remarkable assemblage of documents (mainly tablets, medallions and sealings), inscriptions (two or more signs inscribed on pots), and potter's marks (included here because some of them consist of signs from the hieroglyphic script). Most of them have been found scattered in Buildings A and B, with no significant concentration indicating, for instance, a possible archive room (Poursat et al., 1978). According to Godart and Oliver (in Poursat et al., 1978: 34), all of these were found on the first floor, where an archive room could have existed. The authors have listed 38 documents (called 'archives'), 42 inscriptions, and 273 potter's marks (with a total of 12 hieroglyphic different signs being identified).

Linear A script has also been found in MM II deposits at a limited number of sites (including the Knossos and Phaistos court buildings). During LM IB, the script seems to have been used widely all over the island (Schoep, 1995). Whereas the largest deposit of Cretan Hieroglyphic documents was found in the court building of Knossos around the end of MM II or beginning of MM III (see a brief discussion in Tomas, 2010: 342), the most abundant deposit of Linear A documents was found in Agia Triada, a non-palatial center, in LM IB.

Discussions on early writing are often coupled with those on the origins of administration—specifically whether these two phenomena were contemporary or developed independently. In Crete, it seems that an administrative system was at work as early as EM II. A number of seals and sealings on an albeit limited number of portable objects attest to an interest to keep records at a local, most likely household level (see Schoep, 1999). Later, a similar sealing system seemed to adapt to the new scripts, together with new methods such as records on tablets or medallions (Schoep, 1999). In contrast, the first writing signs from the



‘Archanes script’ were found in EM III-MM IA burial contexts, in particular fine sealstones with inscriptions that are considered to have a prestigious and symbolic function, tied to the conspicuous display of elites in Prepalatial funerary ceremonies (Schoep, 2006: 46-48). The fact that during the palatial periods, writing and administration were not exclusively associated with main court buildings, but rather dispersed throughout multiple and different elite sites, seems to further indicate a lack of central authority in Minoan Crete, as explained above. In addition, some scholars have drawn attention to the wider use of writing in religious or symbolic contexts (Whittaker, 2005)—which also related to elite competition, but shows a remarkable difference with near cultures such as Mycenaeans, where the use of Linear B is limited to administrative purposes and controlled by the palaces.

Both scripts coexist up to MM III, when Cretan Hieroglyphic seems to disappear. Their coexistence resulted in mutual influence, which has sometimes caused problems identifying the actual script being used (Tomas, 2010: 350). The larger amount of Linear A documents have made possible the understanding of its contents to a significant degree (see Schoep, 2002b), notably regarding administrative language (total, subtotals, numerals, etc.).

Interestingly, a comparison between Linear A and the Mycenaean script Linear B has provided interesting insights into the gender configuration that both seem to convey (Olsen, 1998; 2009). Linear B, which is fully translated, show a clearly stratified society with a strong sexual division of labor (Billigmeier y Turner, 1981). Accordingly, there are two different logograms used to express ‘man’ and ‘woman’ (Fig. 37). The minimal strokes used in logograms focus on features with high informational content. In this case, Linear B uses clothing and posture to express idealized concepts of masculinity and femininity. While the sign for men depicts a dynamic human figure unclothed with emphasis on leg muscles and movement, the sign for woman shows a static figure with a long robe.

In contrast, Linear A contains a single sign resembling a human figure (Fig. 38) (see Weilhartner, 2012). Olivier (1983: 82-83) notes that the sign was a generic term meaning ‘person’, without any sexual indication. The variations of the sign that are known seem to respond to scribal idiosyncrasies rather than different meanings (Weilhartner, 2012: 294). If this is true,<sup>76</sup> it would mean that the Cretan sex/gender configuration placed less emphasis

---

<sup>76</sup> See reserves in Driessen, 2000: 126; and Uchitel, 2009: 131.

on difference and, therefore, may have remained less hierarchized— unlike the Mycenaean equivalent, which seemingly demonstrates that gender is a central organizing principle. In fact, other scholars have also found the same ambiguity regarding gender differences in Late Minoan paintings (Hitchcock, 2000; Alberti, 2002, see more details in the next chapter), Neolithic and Early Bronze Age figurines (Mina, 2008) or kourotrphi images (Olsen, 1998). Minoan gender configuration resists the frequent schemes of strong dimorphism.

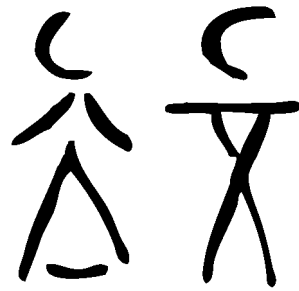


Fig. 37. Standard form of logograms for woman and man in Linear B (after Weilharter 2012, pl. LXVI 1).



Fig. 38. Varieties of the Linear A logogram 100/102 (after Weilharter 2012, pl. LXVI 10).

### 6.2.3. *The pottery wheel*

The use of the potter's wheel adds to the number of innovations arising during the Protopalatial period. The first wheel-thrown pots appear in MM IB. However, the adoption of this technology was gradual. In examining forming techniques in Minoan pottery,<sup>77</sup> especially the emergence and development of wheel technology in Protopalatial times, Karl Knappett (1999b, 1999a) distinguishes a general pattern of progression in the use of the

<sup>77</sup> In an attempt to encourage the study of forming techniques, Knappett has insisted on the definition of different forming techniques. In fact, he has highlighted the intermediate techniques that exist between handmade and wheel-thrown.

wheel (Table 6), from its initial appearance to its exclusive use as the forming technique in LM III (Crewe y Knappett, 2012: 178). That is, he demonstrates that in MM IB there was no complete switch to the new technology; rather, the embrace of the new technique was more nuanced, most likely affected by cultural, political and economic factors. The advent of the wheel results in the coexistence of a wide range of techniques, especially during the Protopalatial, increasing the complexity of ceramic typologies (Knappett, in Manning and Knappett, 2008: 122).

<b>Period</b>	<b>Pots made on the wheel</b>
MMIB	Some small vessels
MM IIA	All small vessels, and some medium size vessels (jugs)
MM IIB	All small vessels, and all medium size vessels
MM III	Some medium to large vessels such as amphorae
LM I	Some large storage vessels

Table 6: Evolution of wheel-thrown pottery shapes, according to Knappett (in Crewe and Knappett, 2012: 178).

Knappett was able to detect the same progression in sites of different nature, palatial and non-palatial, such as Knossos, Malia, Myrtos-Pyrgos and Palaikastro. Hence, it seems that the adoption of the wheel follows a similar pattern in many places, which may correspond, according to Knappett (in Crewe and Knappett, 2012: 178), to a single “community of practice.”<sup>78</sup> At the same time, though, every region retains a strong character in their pottery production, resulting in a striking variety of styles and shapes, which were exchanged between themselves (Knappett, in Manning and Knappett, 2008: 126-127).

Knappett (1999a) also suggests, against what used to be normally assumed, that its advent not only responded to economic motivations, there were also political reasons. The fact that small, decorated pots were the first wares being made with this new technique may indicate the interference of elites in this process. Small drinking vessels in fine wares are closely related with practices of commensality, where competition between different groups

<sup>78</sup> “Communities of practice are formed by people who engage in a process of collective learning in a shared domain of human endeavor...Note that this definition allows for, but does not assume, intentionality: learning can be the reason the community comes together or an incidental outcome of member’s interactions” (Wegner, 2011: 1). In fact, Knappett mentions intermarriages as the probable mechanism sustaining the community, and explaining resemblances in the technique. In a recent paper, Day (2004) explores the importance of post-marital residence among the community of potters in contemporary Crete.

of factions was performed. Therefore, it seems plausible that elites were the agents triggering the adoption of the technique, demanding new artifacts in their competition for prestige (Crewe and Knappett, 2012: 178). In the discussion on whether wheel technology was an internal or external development, the role of elites appear to be the key to understand that it is both things at the same time. On one hand, the wheel was used to throw traditional shapes (Knappett, 2012),<sup>79</sup> but on the other, the elites' connections with the Near East might have provided an extra impetus (Knappett, 1999b: 105).

Commensal practices in the Protopalatial reached a new level of complexity. New wheel-thrown cups and goblets were found in greater numbers. Interestingly, we also found sets of drinking vessels (normally cups and jugs) with matching decorations, which is considered to signify a change in the nature of banqueting towards a more conspicuous elitist practice (Borgna, 2004: 259). The banquets offer new possibilities for certain participants to be singled out by the pots they use. Settings for feasts increased during the Protopalatial as well. Aside from the usual presence of commensal rituals in cemeteries and some settlements, we now find evidence in court compounds and peak sanctuaries. It is also likely that the systematic production of wine had begun (Hamilakis, 1996). We will see through the analysis of Quartier Mu that under these new parameters (i.e., wheel technology, small and prestigious drinking vessels, production of wine), the role of cooking during ceremonial consumption events diminishes considerably.

### 6.3. Quartier Mu: A Significant Polity

The Protopalatial urban complex of Quartier Mu, situated 200 meters to the northwest of the court building of Malia, can be considered the paramount example of all the changes brought about in this new period (Fig. 39). Built over the remains of previous houses, its date of construction probably was MM IB,<sup>80</sup> but its main phase of occupation was MM II. The pottery study concludes that all the ceramics from Quartier Mu formed a very homogeneous

---

<sup>79</sup> In fact, there is evidence of previous use of rotational kinetic energy in Myrtos Fournou Koriphi (Warren, 1972: 18), or in Knossos, where some goblets present wheel riling at the interior body (Knappett, 1999b: 104).

<sup>80</sup> The starting date of MM IB is suggested by a deeper layer over the bedrock discovered in some surveys carried out in 1984, according to some wheel-thrown shapes and decorations found. However, the stratigraphy does not allow for complete certainty (Poursat and Knappett, 2005: 194).

assemblage belonging to MM II, without the possibility to distinguish stratigraphically or in terms of style the sub-phases A and B (Poursat y Knappett, 2005: 193-194).

Quartier Mu also contains a number of buildings of different nature. Buildings A and B seem to be the core of the complex for their size, layout, and the type of artifacts found within. They are the buildings used in trade, administration and feasting. Buildings D and E are their annexes, used primarily for storage. The less well known Building F has been identified as a house of uncertain features and functions (Poursat, 2013: 1). Around these, there are five smaller buildings known as *maisons-ateliers* (artisans' houses), considered to be residential units containing specialized workshops. Besides the common features they all share, there were also significant architectonic innovations: for the first time in Bronze Age Crete, the construction of full second-storey floors is evident, as well as the active use of rooms partially under-floor (van Effenterre, 1980: 177-180; Poursat, 1987).



Fig. 39. Plan of Quartier Mu (after Poursat, 1996: pl. 80).

The fine state of preservation justifies its privileged presence in all accounts on MM II Crete. Quartier Mu was abandoned after a fire and it was never reoccupied. The lack of later disturbances has been capitalized upon to study artifact distribution and explore the functions of some rooms. Although the sudden destruction sealed a big number of deposits and artifacts, however, most of them came from the first floor of buildings and were not found *in situ*. Also, not all parts of the site are equally known: the so-called Atelier de Fondateur and building D were very badly eroded and only part of their foundations remained. The Atelier de Sceaux and Atelier C were partially excavated in 1956 and 1948 respectively, and their materials are yet unknown (Poursat, 1996: 14). Quartier Mu has been thoroughly studied by Poursat and Knappett, among others, and five volumes of the *Études Crétoises* series (numbers 23, 26, 32-34) have been dedicated to it.

In order to understand the nature of Quartier Mu, one must keep in mind that it is just one of the main elements in the very rich and elaborate proto-palatial town of Malia (Fig. 40). There are other prominent contemporary buildings such as the Crypte Hypostyle, the Agora, the Magasins Dessenne, and the Villa Alpha<sup>81</sup> (van Effenterre, 1980: 181-201; Poursat, 1987, 1988; Poursat, 1992: 49-55; Schoep, 2002a: 107-111; Schmid, 2007; Driessen, 2010: 562-563). While the latter two are recognized as elite residential units, the functions of the former two remain unclear, although most of the hypotheses point towards ceremonial, public functions (see, for example, Schmid, 2007). All these constructions add up, in MM II, to the court building, the different clusters of houses (like the Masions Sud), and the residential quarters (Gamma, Epsilon, Zeta and Theta) present in the town of Malia from the end of EM III and MM IB.

A brief description of the site will suffice to frame the analysis presented below and understand the questions raised by Quartier Mu. There is little doubt that Buildings A and B are luxurious constructions that played a central role. They feature many high-status elements and practices. Concerning architecture, they include ashlar blocks in some of their walls, a type of material always tied to conspicuous constructions. Also, they contain new and elaborate types of rooms, like Minoan Halls or lustral basins, which were key features in high-profile architecture until the end of the Neopalatial. Among the practices that these

---

81 See also (Van Effenterre y Van Effenterre, 1969) for the Agora, (Amouretti, 1970) for the Crypte Hypostyle, (Daux, 1961: 940-943) and (Treuil, 1999) for the Magasins Dessenne.

two buildings reveal are: the use of writing and administration, mass storage of agricultural goods and finished objects, as well as imported commodities from Egypt and the Near East. As mentioned before, there is a first floor above all the ground floor rooms, which Poursat (Poursat, 2007: 831) argues were used, like the open air terraces on top of the buildings and other open spaces outside them, as small squares and courts.

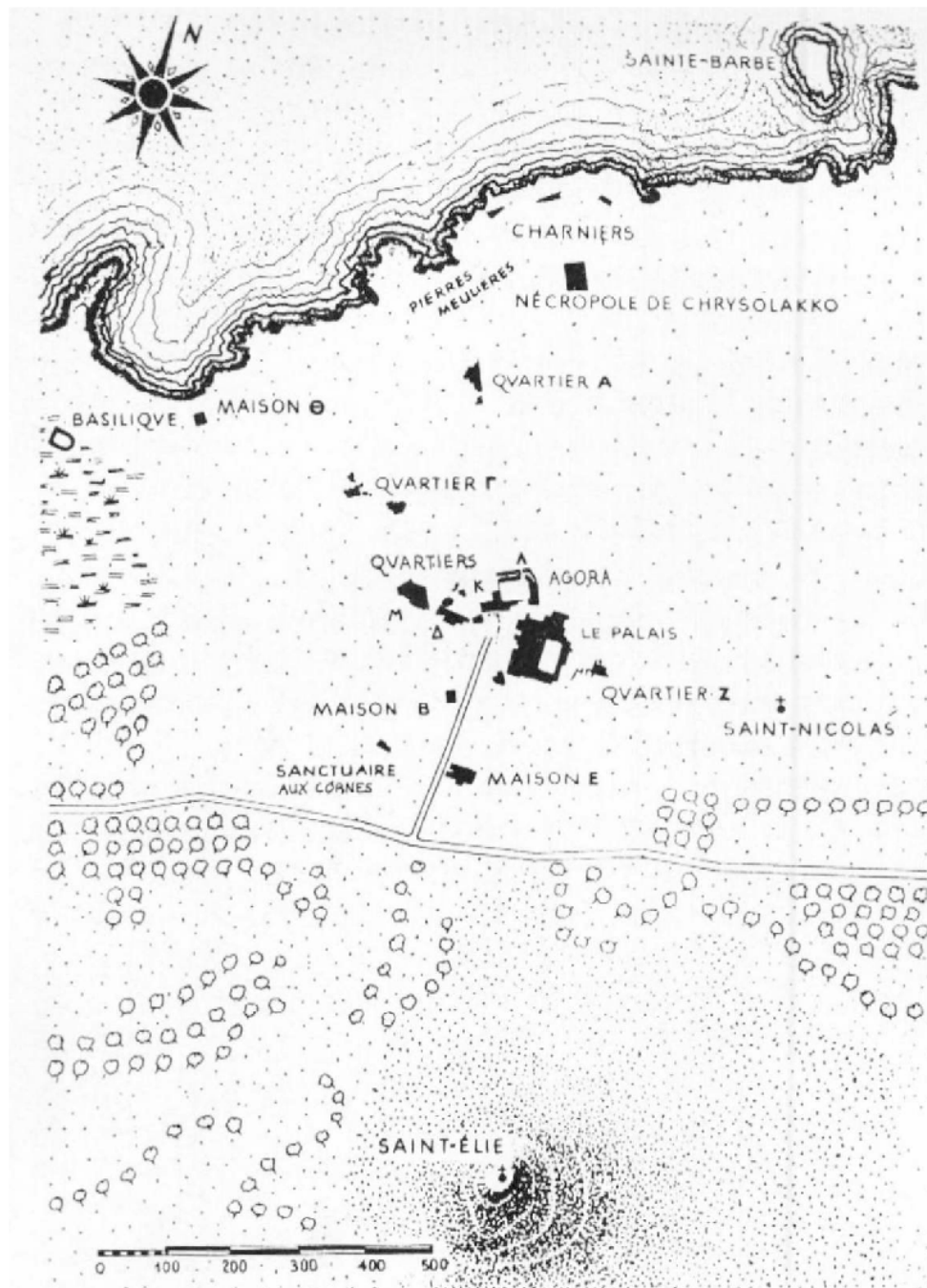


Fig. 40. General plan of the site of Malia showing the different proto- and neo-palatial «quartiers» and the main court building (after Van Effenterre, 1980: 18).

Despite the preservation of these buildings, the details of specific functions remain elusive, as well as the nature of the buildings' interaction. To elucidate these issues, scholars have brought attention to the differences in their assemblages, as well as in the construction sequence (Poursat y Knappett, 2005; Poursat, 2007). The pottery analysis shows a significant contrast between Buildings A and B. Although both have abundant presence of fine decorated wares, Building A contains a larger number. Likewise, Building A has almost all of the imports from Egypt and the Near East (only a few other places contains small quantities, such as Atelier de Potier). The same is true of the storage facilities: Building B has five times less storage vessels than A, and even less than Atelier de Potier. Despite their abundance, however, the storage capacity in Quartier Mu is rather limited; neither of the buildings were aimed at storing surplus for redistribution. Maybe the most eloquent difference pointing to function is the large divergences in tableware. For instance, in Building B there were only 12 cups from the most popular type (type 1), whereas in Building A we count 300. The same disproportion occurs with other cups and also with jugs. Moreover, in Building A there are specific sets of tableware (see details below) that evidence more than ten consumption scenarios (Poursat y Knappett, 2005: 200). Each of these sets seems to be linked to storage rooms.

As for the construction sequence, the northern part of building A was built first, followed by its southern extension (Sector III), and lastly, Building B, which leans against the façade of Building A. It appears that the addition of Sector III to the south of Building A concentrated most of the written documents and objects related to banqueting practices, most notably braziers. In this way, the south sector reveals an increase in the social activities taking place in Building A, which was mainly engaged in the organization of feasts or communal banquets. In turn, Building B might have been a high-status house, given that the assemblages are not very different from those in the workshops (Poursat y Knappett, 2005; Poursat, 2007: 198-200).

To the north and south of Buildings A and B there are five smaller constructions identified as artisans' houses. They are known as Atelier de Potier (potter's workshop), Atelier de Sceaux (seal cutter's workshop), Atelier de Fondateur (metal founder workshop), Atelier Sud (south workshop) and Atelier C (C workshop). The three latter are less well known, as explained above. They are considered to be households where one or more of the family members were artisans. The identification of these constructions as workshops is due to the clear presence of several phases of the production chain. For instance, in the Atelier de Potier



there were a number of wheels and molds to make *apliquées*. In the Atelier de Fondeur there were all kind of metal molds and several tools. For Atelier Sud and Atelier C, the specific craft was not identified; however, the few remains point towards the presence of multiple crafts. Other than that, they are considered to be domestic houses with two floors.

Their dual nature challenges many conceptions on the way production was carried out. If we follow the classification of workshops coined by Tournavitou (1988) for the Mycenaean context, it becomes apparent that the *maisons-ateliers* do not exactly fit the category. Tournavitou classified workshops in two main groups: permanent and domestic. The former are:

“spaces, not necessarily specifically design for, but certainly devoted to, all, or most of the year, workshop activities; spaces where a number of specialists are employed; that is, individuals depending more or less completely on their craft for their livelihood.” (Tournavitou, 1988: 447)

In turn, she defines domestic workshops as:

“spaces within private domestic buildings, used as workplaces by the inhabitants of these buildings, either at certain fixed times of the year, or whenever the need arose, to fulfill household requirements, as opposed to the far greater turnover expected from a permanent workshop.” (Tournavitou, 1988: 447)

The workshops found in Quartier Mu challenge both categories. They seem to be placed within a household, but their production capacity is devoted almost exclusively to luxurious items, not objects for conventional use. In fact, they seem to meet the demands of prestige and symbolic items for other agents, notably Buildings A and B (Poursat, 1996: 152). The Atelier de Sceaux (Fig. 41), for instance, was engaged in the manufacturing of a very specific type of seal. In Atelier de Potier (Fig. 42), meanwhile, the production consists of braziers, lamps, and small cooking pots. There were also molds for relief decoration in pots (Poursat, 1996: 113), as well as double axes, scissors and kernoi in the rest of the workshops. The clear spatial association between them and Buildings A and B seems to prove that the workshops housed attached-artisans—that is, people dependent on and providing to the main buildings A and B (van Effenterre, 1983; Poursat, 1996: 151-152). In fact, some of the products made in the workshops have been found in A and B. However, the workshops may have provided others simultaneously (Schoep, 2002a: 115).

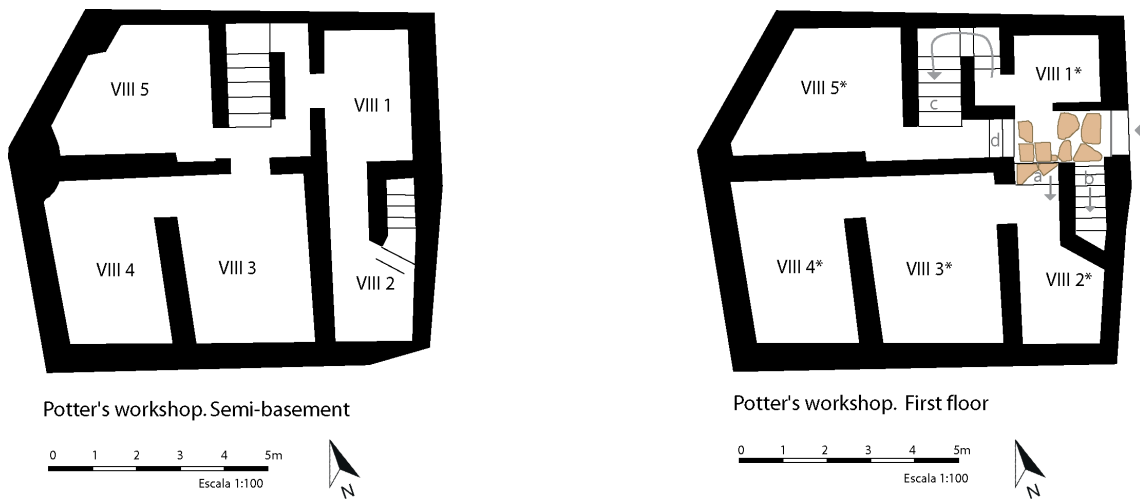


Fig. 41. Plan of Potter's workshop (after Poursat, 1996: fig. 15 and 16).

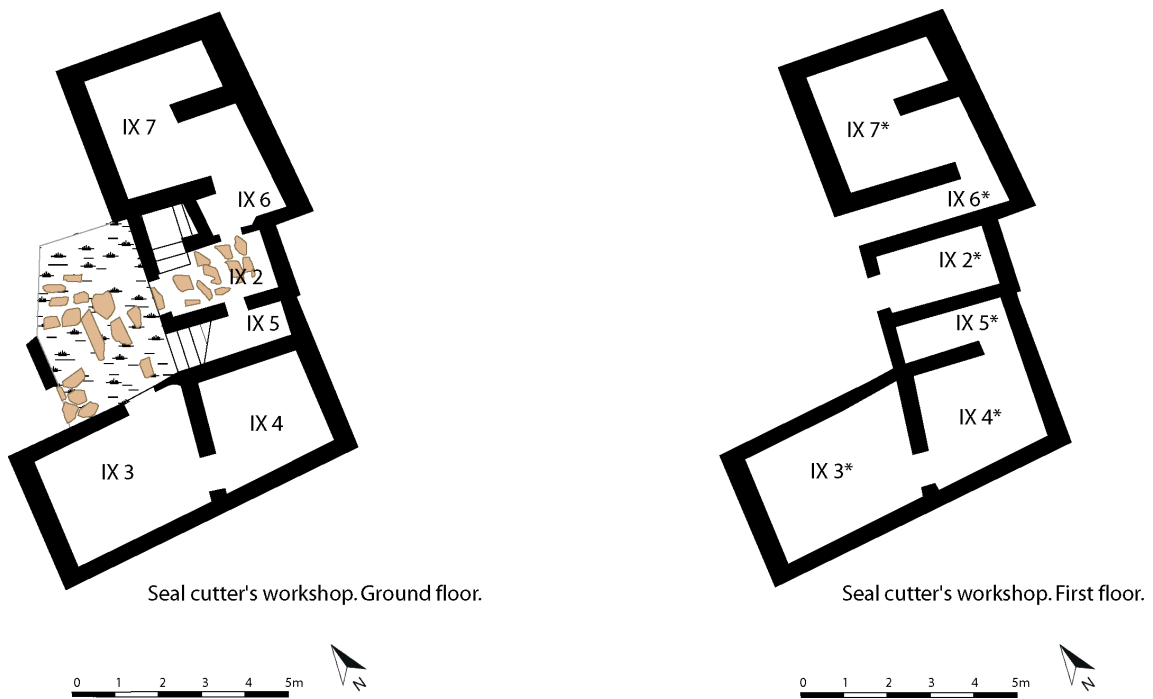


Fig. 42. Plan of Seal cutter's workshop (after Poursat, 1996: fig. 3 and 4).

Quartier Mu stands out as key evidence to support the new paradigm on political structure in Crete during the Middle and Late Bronze Age, as explained above. As Schoep (2002a, 2006, 2010) has repeatedly argued, it constitutes one of the most eloquent non-palatial polities during Middle Minoan times, the residence of an elite group that performed a prominent role in the production and negotiation of power. Many of these practices were once thought

to be centralized in the court building. Now we know that, with the evidence at hand, their presence in the Protopalatial court building of Malia was not especially remarkable. Moreover, as Schoep (2002a: 115-120) highlights, all these high status practices were not even monopolized by Quartier Mu, but are present and scattered around the other buildings in town. In short, the relation between Quartier Mu and the ‘palace’ is unclear and difficult to discern. So far, no evidence for the existence of administration has been found in the latter, although we need to keep in mind the poor preservation of its Protopalatial levels (Poursat, 2013: 193). The more uncertain it is the role of the palaces as economic and political centers in view of the evidences, the harder it is to understand the link between them and their neighbors. Schoep (2002a: 111-115, 2006: 58) claims that, with the evidence at hand, the Protopalatial palaces, and the one in Malia in particular, must be understood as social institutions housing the main ceremonies for the community.

#### **6.4. Maintenance Activities in Quartier Mu**

Before proceeding with the analysis, it must be kept in mind that most of the artifacts found in Quartier Mu come from the rooms on the first floor.<sup>82</sup> The collapse of a two-storey building produces a very complex archaeological record, because it is a technical challenge to elucidate the original location of the finds. In this case, the abundance of artifacts from the first floor contrasts with the scarcity of objects found *in situ* on the ground floor. The collapse of the buildings undoubtedly dispersed materials that were originally connected, which has seriously hampered the identification of distribution patterns. Add to this the likely use of terraces (an even higher level) and the presence of semi-buried rooms (a lower level). Notwithstanding these difficulties, the archaeologists of Quartier Mu made a great effort to distinguish between objects coming from the ground floor and from upper levels, and, sometimes, they could even recognize objects fallen from shelves set in the ground floor rooms. It is assumed that the shape of the rooms placed above the ground floor followed, roughly, the same plan as the ground floor, but it is very hard to prove this in every case. All these circumstances severely limit the spatial analysis of the activities performed in Quartier Mu (Poursat and Knappett, 2005: 247).

---

<sup>82</sup> In order to distinguish between the features and objects coming from the upper levels, an asterisk is added to the name of the rooms. For instance, VIII 4 makes reference to the space at ground level in the Atelier de Potier, whereas VIII 4\* makes reference to those features coming from the floor right above the ground floor room.

As in the previous chapter, I will focus first on the question of ‘where’, in order to elucidate the cultural connotations of the spatial sphere of maintenance activities, and leave for the next section the detailed study of all the objects involved. Finally, I will explore the links between maintenance activities—in this case cooking—and the ritual milieu.

#### *6.4.1. Spatial dimension of cooking*

The spatial analysis consists of plotting the presence of cooking pots, hearths, and querns used for culinary activity. Despite the obstacles imposed by the archaeological record, the scrutiny of all the available data has been used by Poursat and Knappett (2005) to suggest the spatial distribution of the most eloquent functions (Fig. 43). Some of them, like food and vessel storing magazines (mainly coming from the ground floor), were identified with sufficient certainty through the pottery study; others, such as eating, cooking or weaving, were less firmly anchored in the site plan (Poursat, 1996: 73-74, and plate 80; Poursat and Knappett, 2005: 157-173, and plate 76). With requisite cautions, the study takes the functional organization of Quartier Mu suggested by these two authors as the starting point of the analysis. The main diagnostic elements at our disposal were cooking pots, hearths, and querns. Unfortunately, most of them fell from the upper levels, and were therefore not found in their primary positions. To this, we have to add the slender significance of their concentration, which prevents a clear-cut characterization of the cooking spaces. That is, in Quartier Mu there are never enough unambiguous cooking devices placed together to be able to determine the precise location of kitchens. This is in part due to the particularities of the site preservation, but also due to the nature of the culinary practices in Quartier Mu, as I will try to argue.

In Atelier de Potier,<sup>83</sup> the only trace of food preparation comes from the room on the first floor VIII 3\*. Smashed on the destruction fill found in VIII 3, there were two storage/transport vessels, one medium size basin, two jugs and one cooking pot. Also, two weights, some fragments of stone implements, a sharpening tool, and a copper basin. The combination of the cooking pot and the clay basin of medium size may attest to some cooking or preparation

---

83 All the finds of the *maisons-ateliers* along with their locations are found in Poursat (1996).

of food. However, it is hard to be precise, and Poursat could only suggest that this room performed a general domestic function (1996: 43). The discordant objects such as the copper basin and the stone fragments, found in the southeastern corner of the room, may in fact come from VIII 2\*, a small storage room for implements and tools, maybe in connection with the workshop room VIII 5\*. With these limited evidence it is hard to say if cooking was really taking place in Atelier de Potier, but if it did, it must have been in the first floor. Also, kept in the storeroom VIII 4 there was a big brazier (a diameter of 42 centimeters) with burning traces in its surface that could have worked as a portable hearth.



Fig. 43. Distribution of storage rooms, semi-basement rooms and sets of tableware found in Quartier Mu (with id numbers of main rooms). Say in a footnote that the authors found more numbers of tableware sets probably fallen from shelves, and many more from the upper levels, hard to locate with precision (Poursat and Knappett, 2005: 170).

In Atelier de Sceaux the only implements with a possible cooking function are three pots (tripod jar, cooking jar, cooking dish) and one brazier that were found in the first excavation directed by Dessenne in 1956. At the time, works were carried out in an area covering the northwestern corner of Quartier Mu, including some rooms in Building B, room VIII 4 in Atelier de Potier, and most likely part of the Atelier de Sceaux (Poursat, 1996: 21-22). Poursat was able to identify the findings that might have belonged to Atelier de Sceaux, but unfortunately, without any chance of knowing their exact location. Such lack of information may be behind the fact that later, these vessels were not included in the pottery study of Quartier Mu, and, therefore, they are not included here in the distribution of the map of findings. To this we could add the discovery in 1965 of a portable hearth<sup>84</sup> to the north of the workshop, in an open-air zone. Again, such indeterminacy and lack of information does not help much in elucidating the possible places used for cooking.

The remaining three *maisons-ateliers* yielded even less objects and no meaningful concentrations. In Atelier de Fondateur, a cooking jar was found in X 4\*, and a portable hearth in an unspecified location. Lastly, in Atelier Sud, a brazier that fell from the upper level was found on the ground floor. From the evidence at hand, it appears that no built cooking facility was present in any of these buildings. In turn, it is interesting to note that in all the artisans' houses there was at least a portable device to hold hot embers or light a fire, which is perfectly suitable for preparing food. Hence, it is possible to infer that cooking in the *maisons-ateliers* did not take place in a specific, allocated space, but was rather performed in a number of different locations, including open-air areas.

In line with this, it is worth noting that Poursat and Knappett (2005: 172) point out the presence of numerous fragments of cooking dishes coming from the semi-basement rooms in the southeastern sector of Building A, notably I 20, III 11 and III 13, adding this sector to the list of possible cooking settings. Apparently, many of these rooms, partially below ground, ended up filled with all the materials collapsed from different floors. The abundant cooking material fell, most likely, from the terraces. Yet, the fragments of cooking dishes are not included in the pottery catalogue for further scrutiny or an assessment of their number. Four querns also fell from these terraces (coming in particular from III 13\*), along with multiple braziers, spit-holders and several fragments of possible portable-hearths (Poursat

---

<sup>84</sup> It was called *plat foyer* ('dish hearth') by Poursat and Knappett (2005: 215).

2013). Also, it is worth noting the presence of two well preserved tripod jars, and one tripod cooking dish outside the west façade of Building A, in the so-called west road. Finally, the fact that the largest concentrations of mammal remains, with traces of having been cooked or consumed, came from all the open-air courts —not only *ramblai est* but also *espace nord* or the terraces to the SE of building A—reinforce the premise of a cooking practice tied with public and outdoor spaces, an idea also pointed out by Poursat and Knappett (2005: 190 and footnote 62; Poursat, 2007: 832).

In Sectors I and III of Building A, the situation is rather different. Poursat and Knappett (2005: 172-3) pointed out two spaces as likely cooking spaces. I 11\* corresponds to the upper floor of I 11. The latter forms, along with I 12, a self-contained unit. In the collapsed remains from the first floor, they found a tripod cooking cauldron, a medium size amphora, a pithoid crater, and two querns. In the center of room I 12 there was a rectangular fixed hearth with a small cavity carved towards one of its shorter sides. The second one is the *sottoscala* III 7, a tight space under the stairs where objects are normally stack. Among the finds there were two amphors, one pithos, one cooking pot, one basin, and a considerable number of tableware: two tripod cups, multiple goblets, cups, and three jugs. The most significant find, though, is a large tray (a diameter of 65 centimeters) fixed in the floor. Poursat and Knappett (2005: 168) suggested its use as a fixed hearth.

In my view, it would be possible to add to this list the space I 3, and its cupboard I 3a. It is recognized by Poursat and Knappett (2005: 173) as a consumption space. Here, five cooking pots were found, three of which seemed to be stuck in the little cupboard at the southeastern corner of the room. The cupboard contained more than 80 pots, nearly 60 of which were cups and goblets, together with few medium size vessels, and the cooking pots mentioned. These were very small tripod vessels, less than 15 centimeters in height. The two others, slightly bigger, were found on the floor of the room. If my hypothesis is accepted, then we have an important locus for consumption formed by the complex I 12/I 11/ I 3 that includes a fixed hearth, cooking pots of different sizes, abundant drinking and serving sets, and querns and other pots on the first floor.

Finally, in Building B, only one room has been proposed as a possible cooking place. IV 6\* yielded three querns, a fragment of a hearth, a tripod cooking cauldron and a basin. At the

same time, Poursat and Knappett found evidence of big storage vessels in an area covering IV 6\* and IV5\*, that would be the only storage facility placed on the first floor of Building B. If both deposits actually came from the same contexts, then we could argue the presence of a storage facility with a kitchen for processing foods before storing them, in a similar vein to what we encountered in room 20 at Myrtos Fournou Koriphi. No meaningful concentration of cooking devices was found in the annexes D or E.

To sum up, I believe that there is sufficient evidence to argue for the existence of, at least, three distinct cooking practices in Quartier Mu: one performed inside, in fixed installations in noble areas of Building A, and two kinds of practices carried out outside or in non-permanent locations: one represented by the presence of few artifacts such in the artisans' houses, and another one by the concentrations of abundant cooking material, such as the terraces at the southeastern corner of Building A. The extensive use of outdoor spaces (whether it be terraces or ground floor courts) might explain, particularly, the lack of fixed cooking installations in all the *maisons-ateliers*. If this was the case, the contrast with the evidence in other houses of the prolific site of Malia would be quite remarkable. Many of them, notably the late-Prepalatial houses south of the court building (Chapouthier y Demargne, 1962: 13-17), those found in the contemporary Quartier Gamma (Demargne y Gallet de Santerre, 1953: 27-29) and the Neopalatial rural house of Agia Varvara (Pelon, 1966) contained a central room with a fixed hearth.<sup>85</sup> Even though the material context of these hearths does not always show complementary evidences of cooking, it is generally accepted that cooking was among their functions.

Neither the lack of a fixed installation for cooking nor the scant remains related with this activity seemed to prevent the description of the workshops as households. Poursat (1996) justified that the workshops were also family residences mainly because they have storage rooms and vessels suitable for the storage of basic food supplies for domestic consumption (1996: 149). As is usually the case, he equates storage with households, assuming that storing is the most diagnostic feature performed by a domestic residence. If they are certainly houses, it is worth reflecting on this apparent lack of cooking installations in order to better explain the nature of these buildings.

---

<sup>85</sup> See more details below, in Section 6.5.



In my view, the lack of fixed facilities for cooking in the *maisons-ateliers* could be directly related to craft activity. The insertion of specialists' workshops inside a household implies the coexistence of two modes of production, the craft and the common domestic modes. The overlapping of both within the same space remains untheorized. As Hendon (1996: 52, the bold is mine) claims,

“By focusing on the craft specialist as the primary social actor and on the household as only one of several modes of production, we run the risk of overlooking the effects of such production on the domestic group. Any change in the occupation of some members of the household will have an impact on the household as a whole. As with food preparation and other forms of household-focused production, incorporating specialized production into the household's definition of its appropriate and necessary tasks must result in reallocations of time and responsibility for specialists and other household member alike. It may also change the balance of power among household members and *how certain tasks are valued.*” (52; emphasis added).

In her review of household archaeology and craft specialization, Hendon (1996: 49) also notices that the appearance of status goods and the production of wealth usually take up all the attention in studies about the development of elites, political control, and the forging of hierarchies. Certainly, leaders tend to put their efforts in controlling the production and distribution of wealth. However, by doing so, we tend to overlook the primary sphere of political negotiation, where the inequalities in power, status, and wealth might appear for the first time: the household.

The incorporation of specialized production of luxurious items into the households of Quartier Mu undoubtedly affects the customary ways of organizing necessary maintenance activities. I would argue that the lack of permanent installations for cooking shows a shift in priority. The workrooms, the repositories of tools and supplies, and the food storerooms (here not only for subsistence but probably to hoard artisans' wages) take most of the room and are very visible archaeologically. In turn, cooking is elusive, almost invisible in the archaeological record. What we see is the preference for tripod pots and portable hearths, both elements suitable for performing the task outdoors. In contrast with Myrtos Fournou Koriphi, where the kitchens had a compelling presence in special mono-functional rooms,

in the *maisons-ateliers*, it is craft activity that takes such role. If we accept that the division of labor might be reflected in the organization of space, the configuration of the *maisons-ateliers* shows a clear-cut dichotomy, where the artisans inhabited multiple central rooms, and those in charge of daily cooking performed their task either outside, or in temporary internal locations. Given that the production of luxurious items was certainly the main source of income and power, their material and spatial investment runs proportionally to their status, which, in turns, reflects the status of the artisans within their households.

Turning now to Building A, it is worth revising what we know of its nature in order to discuss the role of cooking, in Sectors I and III. With the evidence at hand, we know that Building A was involved, particularly, in four activities: foreign trade, administration, storage, and feasting, to a much greater extent than Building B. It is of special interest to the present study due to the practice of commensality, firmly attested through the presence of sets of tableware, the most abundant deposits in Quartier Mu. There are at least ten different places where these sets were found (Fig. 43). They are pottery deposits arranged in a particular way, forming small rectangular clusters (like real boxes), or placed on a shelf or coming from the first floor (Poursat and Knappett, 2005: 170). The majority of vessels found in them are cups and goblets usually forming piles. Along with the cups and goblets there are groups of jugs, as well as scoops and saucers. The content of every set is very consistent in the shapes they include; however, each of them have their own character and specific types. All of them attest to the practice of drinking events. They correspond to distinctly defined and frequent commensal practices. Their location seem to correspond to specific “sectors of consumption” (Poursat and Knappett, 2005: 199-200).

Did cooking and eating have any presence in these important events? I would suggest that cooking had a minor role in these practices, in clear contrast with what Myrtos Fournou Koriphi showed, but still, a careful scrutiny of the evidence reveals the presence of a very specialized type of cooking for group consumption occasions. With the fixed hearth in I 12, a closer look at its surroundings clarifies the kind of activities that might have been performed here. I 12 contained no finds, except for a small cup and the fixed hearth. To its south, bay windows provide access to another room containing a small compartment where a tableware set was stored, plus a group of loom weights (Poursat and Knappett, 2005: 168-169). It is worth noting that I 12-I 11 form a self-contained unit that was added to the original building

A. In fact, the new addition hid the earlier west façade with ashlar blocks (Poursat, 1992: 32). Interestingly, I 12 was provided with a door towards the southern part of I 3, the primitive lustral basin covered with a floor to turn I 3 into a big square consumption room. I 3 is part of what Poursat called the *salles de cérémonies et d'apparat* (Poursat, 1992: 37). It is a large squared room (6 x 6 meters) with a small compartment in the southeastern corner. As it was described above, the tableware set found in the compartment included three small cooking pots, to be added to the ones found on the floor of I 3. In the north wall, a door opens to a range of four small storerooms, linked by a slabbed corridor. **I 5** and **I 7** were prepared to store liquids.

If we assume here that the central fixed hearth was used as a cooking device (a more detailed argument for this hypothesis will be presented in the next section), then it seems clear that the sector was functionally consistent: a kitchen with its own storage for vessels supply, storerooms, and a consumption room. The especially small size of the cooking pots found in I 3 (see more details below) and the use of the fixed device might indicate special culinary preparations. In a similar vein, we could interpret the sottoscala space III 7. Spatially, it shares the east wall with III 4, a consumption room with benches all around the perimeter. There is no door between them, but a sign in the plan seems to reflect a window. Poursat and Knappett acknowledged the relationship between the sottoscala space III 2 with the consumption room. What I suggest, is that III 7 might also be tied to the events held in III 4. This would explain the presence of the tray fixed in the floor of such small corner to work like a hearth.

Both areas of Building A show the presence of group gatherings of limited, selected people, where toasting rituals and drinking had a major role given the high numbers of serving and drinking vessels, but where minor cooking had place as well, most probably performing a distinct kind of preparations. The people drinking, eating, and cooking in these facilities seem to be denoting their status by the different locations and material culture they use in their gatherings.

#### 6.4.2. Material dimension of cooking

##### *Cooking pots*

In the study of pottery from Quartier Mu, Poursat and Knappett (2005: 39) contemplate a number of morpho-functional groups defined by their significant role in the long process from the procurement of food to its consumption. As it is usually stated, these functional categories must be taken with caution because most vessels were suited for multiple uses. Among these groups, they singled out the category of cooking vessels, whose presence in the whole assemblage of the site is very scarce. The total number of catalogued vessels belonging to this category is 33 (Fig. 44) —which is a relatively low figure to that found in the notably smaller site Myrtos Fournou Koriphi (1,250 meters<sup>2</sup>, compared to over 3,000 meters<sup>2</sup> of Quartier Mu). Nevertheless, given the large size of the site, the final publication of the pottery from Quartier Mu could not include all the shreds that were studied. Many fragments from cooking pots were left unpublished, notably a big number of tripod feet belonging to very large tripod cooking pots (Knappett *pers. comm.*). The presence of some other culinary pots is at least briefly mentioned to indicate significant concentrations, like the dishes and tripod pots found in the semi-basement sector of Building A (Poursat and Knappett, 2005: 188). It is only thanks to these brief notes that we could envisage the terraces above the semi-basements as spaces for cooking.

All cooking vessels are made in the local Maliote red fabric, a non-calcareous terra rossa clay with naturally present schists, phyllites and quartz. Within this fabric, there are five variants, ranging from fine to coarse, and combining different kinds of slip. The big majority of cooking vessels belong to the semi coarse to coarse variant, with the exception of few fragments of cooking dishes (Poursat and Knappett, 2005: 18-20). Contrary to what we described in Myrtos Fournou Koriphi, the local Maliote red fabric is not exclusively used for the manufacture of cooking vessels, but for a larger range of shapes including pithoi, jars, amphorae and jugs.

Quartier Mu has yielded pots in the three typical shapes of Minoan cooking ware: cooking pots, cooking dishes, and cooking trays. Despite the low number of catalogued items, the archaeologists classified a total of 16 different sub-types (see description in Table 2 below), a sign of the low level of standardization.



Fig. 44. Distribution of cooking pots and identification of cooking locations in Quartier Mu.

In the topics addressed by Poursat and Knappett in their pottery analysis, there is a special emphasis on identifying the different forming technologies of the pots and the modes of production. Concerning the former, in their attempt to overcome the simplistic dichotomy wheel-thrown/handmade, the authors identify seven different techniques (Poursat and Knappett, 2005: 30-35). Cooking pots were built following three different techniques (see Table 7). Tripods pots types 1, 2, and 3 were ‘wheel-fashioned’, a mixed method that requires the use of a wheel plus certain amount of handmade technique. Cooking dishes with inverted rims were made using a mold. The rest of the cooking pots were formed with coils using certain amount of kinetic rotational energy. None of them seem to be wheel-thrown, a technique reserved for small vessels. Regarding the mode of production, culinary vessels

appear to be manufactured locally, at the household level, where no authority controlled the process, and time investment was generally low. This is not true, however, for the small cooking pots manufactured in the potter's workshop.

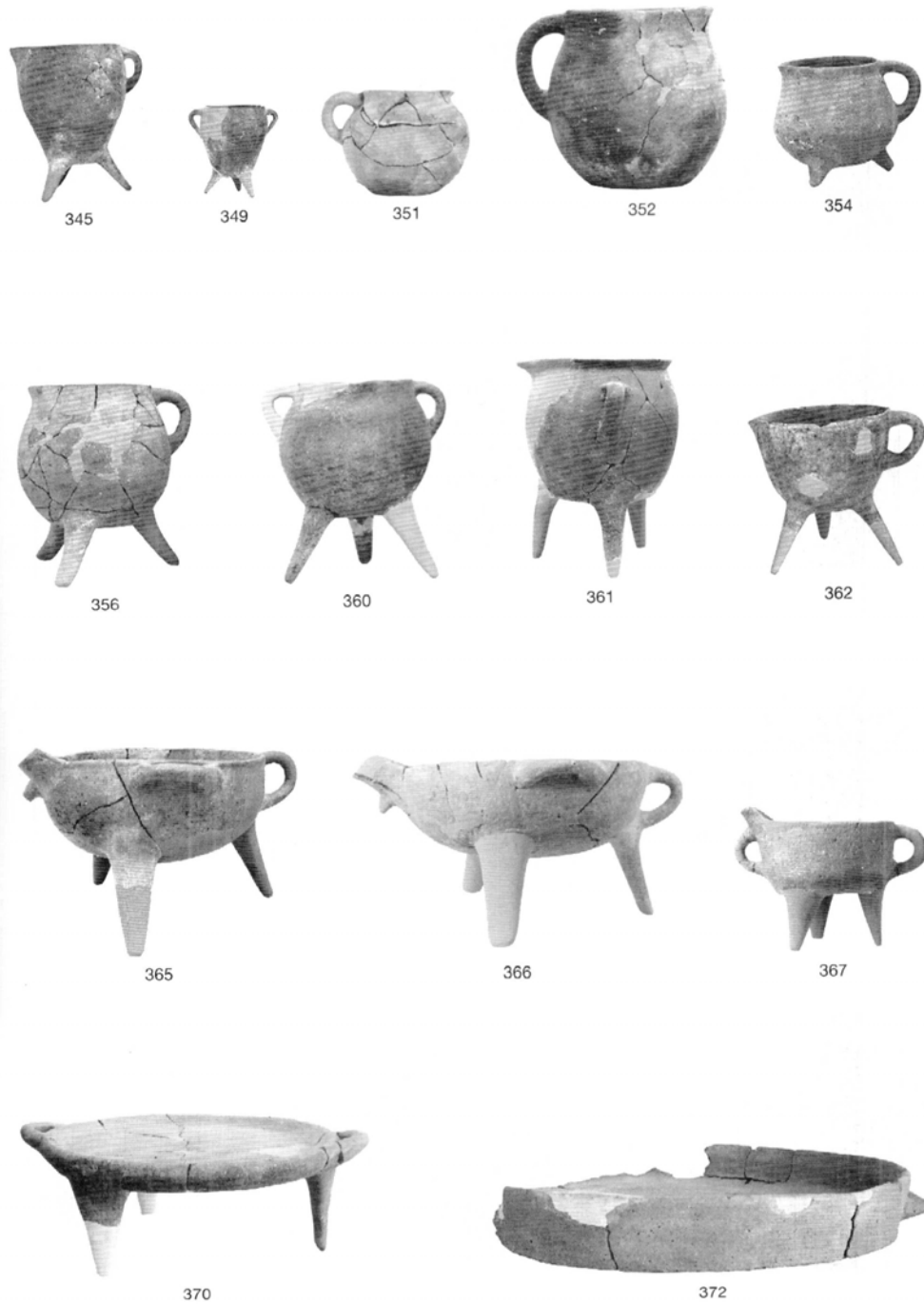


Fig. 45 Sample of several cooking pots from Quartier Mu. The three top rows show different types of tripod jars (note the miniature, number 349). The last row show two examples of cooking tray. After Poursat and Knappett, 2005: plate 17.

There are important differences with regard to cooking pots from the Prepalatial and, particularly, with the evidences from Myrtos Fournou Koriphi. First, there is a dramatic increase of tripod pots. If in Myrtos Warren catalogued one type of tripod pot with 11 items (approximately a third of the total number of cooking pots), in Quartier Mu the tripod pots are classified in ten sub-types with a total number of 23, plus the two examples of tripod trays and one dish (26 in total, the 79% of the cooking vessel assemblage) (see Table 7). It appears to be the consolidation of tripod legs as the preferred technology for cooking.

<b>Jars</b>		
Jar w/ neck 3	4	341-344
<b>Tripod pots</b>		
Broc Tripod	1	345
Jarre Tripod	4	346-349
Tripod 1	10	350-359
Tripod 2	2	360-361
<b>Total</b>	<b>17</b>	
<b>Tripod cauldrons</b>		
Tripod 3	2	362-363
Tripod 4	3	364-366
Tripod 4b	1	367
Tripod 5	0	
Tripod 6	0	
<b>Total</b>	<b>6</b>	
<b>Cooking Dishes</b>		
Inverted rim 1	1	368
Inv. Rim tri 2	1	369
Hearth dish	1	373
<b>Total</b>	<b>3</b>	
<b>Cooking trays</b>		
Tray tripod 1	1	370
Tray tripod 2	1	371
Tray tripod 3	1	372
<b>Total</b>	<b>3</b>	
<b>Total</b>	<b>33</b>	

Table 7. Number of cooking pots catalogued in Quartier Mu, by types. The second column indicates number of vessels catalogued, the third column shows their ID number.

In general terms, tripod feet offer two basic functional advantages. On one hand, a pot with built feet elevates the surface of the pot in contact with fire, allowing the circulation of air that feed the flames or the coals, keeping the fire alive. In this manner, the temperature is also better controlled, and the heating of the pot is more regular and uniform. On the other hand, having the feet attached to the pot facilitates transportation. There is no need to carry other accessories, such as separate tripods or cooking rigs (see Sophronidou and Tsirtsoni, 2007: 247-248). If in Quartier Mu most of the cooking was performed in open-air spaces, with no fixed installations, tripod pots would have come in handy to move around, and place them wherever fire was made.

Second, differences in volume show the existence of two distinct culinary practices. Of the 27 cooking jars catalogued in the pottery study (that is, not counting dishes and trays), the authors were able to specify the capacity, in liters, of 14. Despite the limited evidence, and keeping in mind that not all cooking pots found in Quartier Mu were published, some interesting conclusions can be drawn after comparing their volume. As it can be seen in Figure 46, there is a consistent group of small cooking jars with a capacity of less than five liters. Above that, the evidence is less categorical, but we can see the existence of one jar of 15 liters, and two above 25 liters. The abundance of small cooking jars might be due to a bias in the record. Considering the features of cooking pots (fired at low temperatures, thin and friable walls), it is expected that the smallest types will be better preserved and identified. It can be reiterated here that since many tripod feet from non-preserved large jars were found scattered in Quartier Mu (Knappett *pers. com.*), they must have constituted a bigger group than what is reflected in the catalogue. Nevertheless, what I would like to emphasize is the polarity between the very large and the very small cooking pots. It appears that they correspond to two different culinary practices, one with pots of less than five liters where small quantities were available for a small number of people or a single person, and other with pots above 15 liters, where a single jar could provide with food to a much larger group. Unfortunately, the few number of cooking pots at our disposal for scrutiny is not enough to test other patterns. All other parameters do not show any regularity: the nine pots under five liters are made in five different types of shapes, which means that with the evidence at hand, there does not appear to be any correspondence of capacity and shape.



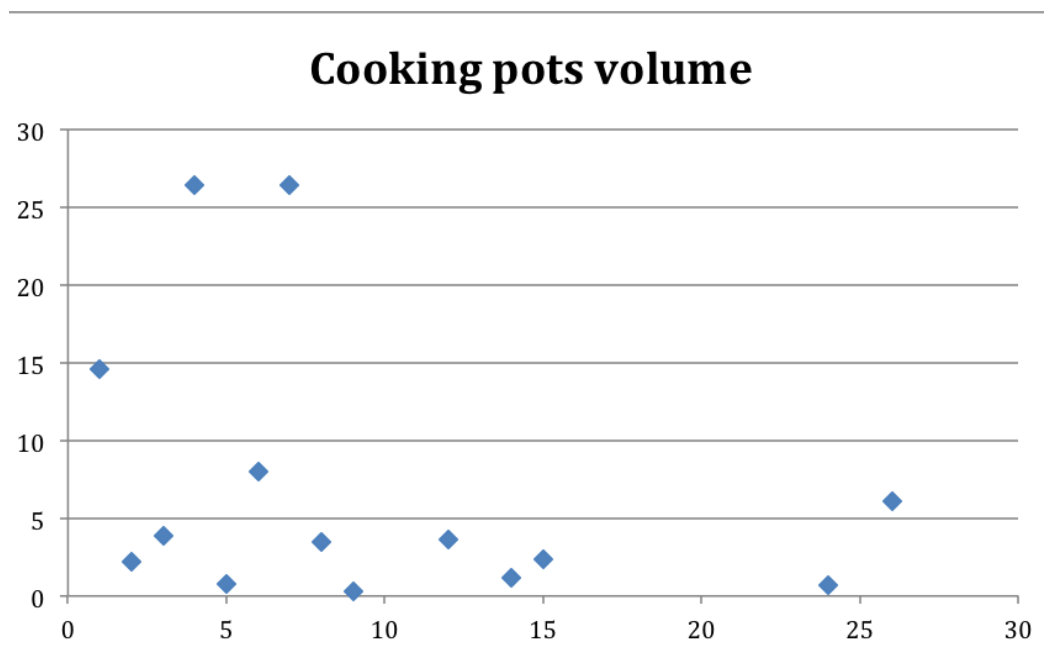


Fig. 46. Volume (in litres) of cooking jars in Quartier Mu.

Poursat and Knappett (2005: 180 and 188) remark that many tripod pots were very small, referring not only to capacity, but to other dimensions as well, and they used this fact to suggest these pots belonged to tableware rather than culinary vessels. Instead, I would propose that the small size of tripod cooking pots might reflect the kind of culinary practices that occurred in some of the restricted commensal events. The deposit found in I 3 and its cupboard I 3a shows the only context where drinking sets on the ground floor are together with five cooking pots, all of them of reduced size, with heights of 15 centimeters or less, and a known volume of less than one liter. The kind of consumption which took place there, in the core of Building A, in what seems to be the more noble and symbolic room, implies the ingestion of small quantities of food, maybe cooked in the fixed hearth of I 12 and likely consumed by an exclusive group of attendants.

A second context of consumption was, nevertheless, identified in sector III of Building A. The room III 4 contained benches along its perimeter. Three concentrations of pottery were found, with many drinking cups, where the few utilitarian, big vessels (two brocs, one stamnos, and one jar) do not seem to be, a priori, cooking vessels. Interestingly however, the nearby *sottoscala* place III 7, which I suggested could be connected with III 4, contained a small tripod pot. The two different types of tripod pots indicate the clear distance between the cooking performed at the most elitist feasting events and domestic cooking. However, the

difference is not total; it is expressed in terms of size and location. The technology, as well as the fabrics, remains the same. Also, it is possible to suggest that the feasting ceremonies celebrated on the terraces of the southeastern corner of Building B would have used a combination of domestic cooking wares (pots, trays and dishes) together with fine braziers and portable hearths manufactured at the Atelier de Potier, conforming an intermediate commensal strategy, accessible to greater numbers of people.

#### *Hearths and braziers in Quartier Mu*

In Quartier Mu there is a surprising variety of objects related to fire: fixed and portable hearths, braziers, and different kinds of lamps (more than 160) were used to light fires, hold hot embers, or transport them. Add to this the intriguing clay cones (98 in number), most probably used to put up fires (Poursat, 2013: 121-128). Quartier Mu is not exceptional in this; in Knossos a similar range of shapes related with fire was also found in Middle Minoan II levels<sup>86</sup> (Macdonald y Knappett, 2007: 30-31,123). These objects are generally made with the same coarse red fabric used for cooking pots, and for this reason they are often included under the same category.

Some scholars have discouraged this practice because of the function mistakes it implies (Georgiou, 1983: 75; Tsipopoulou y Alberti, 2011: 482 and footnote 36). Actually, these objects tend to be surrounded by a certain confusion. They do not have a central role in pottery studies because they usually belong to coarse wares that do not have a prominent role in determining chronology. Their analysis normally follows the same procedure as vessels, where shape, fabric and surface treatment are prioritized. Function is rarely discussed, even though they seem to be highly practical items. Such disregard for function has resulted in unclear terminologies, where one type of object might have multiple names in the literature, implying misleading differences in function (see below). We lack studies that explore in detail the functioning of fire devices, their suitability to perform cooking, heating or lighting, and the functional implications of their changes in shape. With these difficulties in mind, I am going to proceed to the description of the devices that most probably had a role as hearths for cooking in Quartier Mu.

---

<sup>86</sup> However, it seems that the clay cone are a Quartier Mu phenomena.

*Fixed hearth in Building A.* Near I 3 there is I 12, a room with a central fixed hearth, rectangular in shape, with a decentered cup-hole carved in its surface (Fig. 47). As I described above, it belongs to a self-contained unit that has a storeroom at its south, I 11. There, a small cupboard (I 11a) contains a range of tableware, utilitarian vessels, more than 60 loomweights, and an offering table. The presence of the latter, together with the fixed hearth, encouraged the interpretation of this complex (I 12-I 11) as a shrine with an antechamber (Poursat in Daux, 1967: 885; Poursat, 1972: 179; Poursat et al., 1978: 23; Poursat, 1992: 32-33). Apparently, it is not the only one found in the area. A similar device was identified in the MM II levels of the near Quartier Nu, in room X2 (Schoep and Knappett 2003: 60). Unfortunately, in Quartier Mu, the MM II levels were only revealed through selected sound pits, that prevents a thorough comparison.



Fig. 47. Room I 12 with fixed hearth in the middle (photo by Milán Quiñones de León, 2008: 237).

For a long time in Minoan archaeology, fixed hearths were considered rare items associated with cultic practices, whereas cooking and other domestic tasks were thought to rely mainly on portable hearths and braziers. Some authors have even employed the term “offering table” instead of hearth (see, for instance, Gesell 1985). Evans (1921: 20) believes that fixed hearths disappeared in Crete after the Neolithic, due to the influence of Egyptians customs.

Only much later, with the arrival of the Mycenaeans, central hearths would have appeared in Crete inside Mycenaean megarons. The discovery of two fixed hearths in two MM houses of Quartier Gamma in Malia altered his views (Demargne, 1932: 83-87). In later years, more fixed hearths were uncovered from Protopalatial Phaistos and Malia. Nowadays, the presence of fixed hearths is more firmly (if not more commonly) attested to, and its religious interpretations have been challenged.

In one of the most thorough papers on Minoan hearths, Muhly (1984) stresses the inconsistencies of the religious explanations, and suggests instead a primary domestic function. According to her, most of fixed hearths from MM and LM Crete, notably those found in Malia and Phaistos, were not associated with sufficient cultic objects, they lacked similarities with other external cultic places, and, in contrast to them, they did not enjoy a long-lasting presence. Instead, they went out of use as soon as the residences they were in were abandoned. The few cultic items found in context with them might be better explained as part of domestic cult practices rather than religious shrines external to household activities (Muhly, 1984: 121). Actually, and in agreement with Muhly's views, the room of the fixed hearth is in direct connection with the consumption space I 3 (Poursat and Knappett, 2005: 173) where several cooking pots were found (see above) in a reasonable functional correspondence. Therefore, it appears sound to think that cooking, however ritualized, took place in the fixed hearth. Nevertheless, the scarcity of in situ finds and the dearth of remains in I 12 forces us to consider this explanation with caution. We are far away from the clear cooking context found in the settlement of Myrtos Fournou Koriphi analyzed in the previous chapter. In any case, the fact that the archaeologists of the site have not considered this hypothesis might be explained by a certain reluctance to contemplate a domestic function for such devices. The cultic vs domestic debate reveals, once again, the long-lasting belief that both terms are at odds, and at the same time, the fact that the cultic is considered a superior term, one more worthy of academic attention.

*Other cooking devices.* In contrast with the scarcity of fixed devices for cooking, Quartier Mu has been very prolific in portable hearths and braziers. In the literature of the site, these items have not been the object of deep scrutiny that could clarify, for example, their morphological differences, or their suitability for specific activities. As a consequence, it is hard to say whether the distinction is justified or, rather, both terms refer to functionally

equivalent objects. In fact, the term 'brazier' has not always been used in the same manner. In MM Knossos, for example, the term 'brazier' has been applied to flaring bowls with thick walls, and a horizontal long handle that pushes the rim at the joining part (Macdonald and Knappett, 2007: 30-1, Fig. 3.33-3.34, pl. 3.4). However, Georgiou (1986: 28-29), in her revision of domestic clay objects exposed to fire in Agia Irini (Keos), and Alexiou (1967: 45) before her, reject the term 'brazier', and suggest instead the term 'scuttles'. This is because the shape looks more like big scoops suitable to transport hot coals, and their size is generally too small to efficiently heat a room. Hence, the term 'brazier' is deceptive.

In Quartier Mu the term 'brazier' is used to designate a bowl-like shape with a foot (which is often missing). Six different types of braziers have been identified, with differences in the kind of foot (pedestal or tripod feet), and the form of the base (flat or convex) (see Table 8). The total number of braziers reported amounts to 89 units (Poursat, 2013: 125-126). Those belonging to Type 1 were concentrated mainly in Annex E, in XII 5. Seven braziers corresponding to Types 2 and 3 were found in room VIII 5 of the Atelier de Potier as part of the workshop production. Most of them, notably types 2-6, were discovered in Sector III of Building A in a similar distribution pattern than lamps (some of which were also manufactured in Atelier de Potier) (Poursat, 2007: 833). Types 4-6 were particularly concentrated in the semi-basements in the southeastern section of Building A (Fig. 48 and 49). Poursat (1996) makes a distinction between 'brazier' and what he specifically terms "portable or circular hearths." Initially, he reported three of the latter from Atelier de Potier, Atelier Sud and Atelier de Fondeur respectively (Poursat, 1996: 64, 35, and 52). The fabric was also red and coarse, most probably from local maliote clay. All three had burning marks, and two were provided with a solid layer of plaster. In the final study of clay objects (Poursat, 2013: 134-135), however, he gathered 13 more items furnished with the very same features. The items that could be measured had a diameter ranging from 40 to 60 centimeters. The new examples reported were found scattered throughout all the buildings, being part of the "usual domestic assemblage of residences" (Poursat, 2013: 135).

To what extent were braziers and portable hearths functionally different? Clearly, braziers were exposed to, or use in conjunction with, fire, as it is the case with portable hearths. Braziers could have worked as lamps, but Poursat et al. (2013: 126) discard this idea because of the morphological difference between the numerous lamps found in Quartier Mu and

the braziers. The former have groves for wicks that braziers do not—although floating wicks cannot be completely ruled out. The authors suggest instead, following the ideas of Mercado on the braziers in Phaistos (1975: 98-99), that braziers were used for heating rooms. In no case has cooking been suggested as a likely use of braziers, but I would like to argue in favor of this option.<sup>87</sup> We know that Types 2 and 3 of braziers were manufactured in Atelier de Potier, together with lamps and small tripod pots. According to the distribution pattern, braziers of all types and most lamps are concentrated in Sector III of Building A, an area that seems to be particularly dedicated to feasting. It seems reasonable to argue that the potter's workshop supplied highly specialized devices to carry out the commensal events. The large number of braziers found in Sector III seem too elevated to have been used mainly for raising the temperature of rooms; after all, why would this area of Building A need so much heating? Instead, I suggest that many, if not all of braziers, must have been used for minor or extensive cooking (in the case of the largest ones), performed during the banqueting events in the outside.

NAME	SHAPE	TREATMENT	FABRIC	TECHNIQUE	NUMBER	ID
<b>Jars</b>						
Jar w/ neck 3	Variable profiles. Everted rim. Two flat vertical handles	Smoothed slip at interior	C2	IIA	4	341-344
<b>Tripod pots</b>						
Broc Tripod	Piriform. Spout	no	C2	IIB	1	345
Jarre Tripod	Conical. No spout. Two round vertical handles.	no	C2	IIB	4	346-349
Tripod 1	Ovoid. Spout. Everted rim. One vertical handle opposite spout	no	C2	IB	10	350-359

<sup>87</sup> In later Greek historical periods, braziers have been acknowledged as cooking devices: “*les braséros...jouent principalement un double rôle dans la cuisine grecque. Ils servent pour la cuisson des aliments, en tant que support des vases culinaires: des braises, chauffées ailleurs, étaient placées dans la vasque puis un vase culinaire était posé dessus. Ils peuvent également servir, tout comme d’autres dispositifs culinaires, pour la cuisson des pains de froment, ou des grains pour le gruau des galettes, la vasque étant préalablement chauffée*” (Claquin y Capelli, in press)

NAME	SHAPE	TREATMENT	FABRIC	TECHNIQUE	NUMBER	ID
Tripod 2	Like Tripod 1 but 2 vertical handles and lug opposite spout	no	C2	IB	2	360-361
Sub-Total					17	
<b>Tripod cauldrons</b>						
Tripod 3	Conical. One round vertical handle opposite spout	Smoothed slip at interior	C2	IB	2	362-363
Tripod 4	Lower profile. Convex base. Lug under spout. One or two vertical round handles opposite spout	Smoothed slip at interior	C2	IIA	3	364-366
Tripod 4b	Like Tripod 4 but flat base and straighter walls	Smoothed slip at interior	C2	IIA	1	367
Tripod 5	No complete forms. Probable large size	Rope decoration at feet	C2/C3	IIB	0	
Tripod 6	No complete forms. Very everted feet	Smoothed at interior	C4/C5	IIA	0	
Sub-Total					6	
<b>Cooking Dishes</b>						
Inverted rim 1	Open and convex shape	no	C2/C3	V	1	368
Inv. Rim tri 2	Like type Inverted rim 1 but with tripod legs	no	C2/C3	V	1	369
Hearth dish	Very large dish with 2 lugs.	Smoothed slip at interior	C2	IIB	1	373
Sub-Total					3	

NAME	SHAPE	TREATMENT	FABRIC	TECHNIQUE	NUMBER	ID
<b>Cooking trays</b>						
Tray 1 tripod	Low rim. 2 round handles or lugs.	Red or light smoothed slip at interior	C2	IIB	1	370
Tray 2	Low rim. Chamfer at base	Smoothed	C2/C3	IIB	1	371
Tray 3 tripod	High rim. 2 horizontal lugs	Light smoothed slip at interior	C2/C3	IIB	1	372
<b>Sub-Total</b>					<b>3</b>	
<b>Total</b>					<b>33</b>	

Table 8. Description of types of cooking pots found in Mu. C2 = Semi coarse to coarse Maliote red fabric. C3= coarse with calcite Maliote red fabric C4= Coarse pink Maliote fabric C5= Barbotine Maliote fabric. IB = Wheel-fashioned. IIA/IIB = Coils with rotative action. V= Mould.

The use of braziers as hearths, and hence for cooking, has been attested to, for example, at Phaistos, where some braziers with broken feet were found embedded in the floor of houses around the court building (like in room  $\gamma$  of Agia Photini), and in the court building itself (Mercando, 1975: 98 and footnote 4). Muhly (1984) argues that in these cases,

“the blackened condition of the utensils and, in one case, of the surrounding floor, as well as the frequent association of domestic pottery, querns and whetstones, indicates that these objects served as fixed sources of heat and light, i.e., as hearths. The form of the upper surface of the braziers is indeed essentially the same as that of the permanent circular hearths from Mallia and Knossos.” (110)

That is, they are basically analogous objects in many cases. They can function in a similar vein, performing a similar range of activities from lighting, to heating, and to cooking (Fig. 50). Braziers and portable hearths have, however, important formal differences: the former always have feet (whether preserved or not), whereas the latter do not. Portable hearths have a central cavity whose functionality has not been determined, whereas braziers that are found complete (such as A 30 in Atelier de Sceaux) do not possess these cavities. Diameters tend to be larger in hearths (40-60 centimeters) than in braziers (24-39 centimeters), which might



be directly related with the kind of device put on top for cooking: small tripod pots, dishes, trays, or simple spits to roast over the coals or flames. Given the lack of studies addressing the technical suitability for cooking of the portable hearths and braziers found in Quartier Mu, I suggest as a working hypothesis that the formal differences between these two kinds of objects are related to the varied culinary practices they were used to perform.

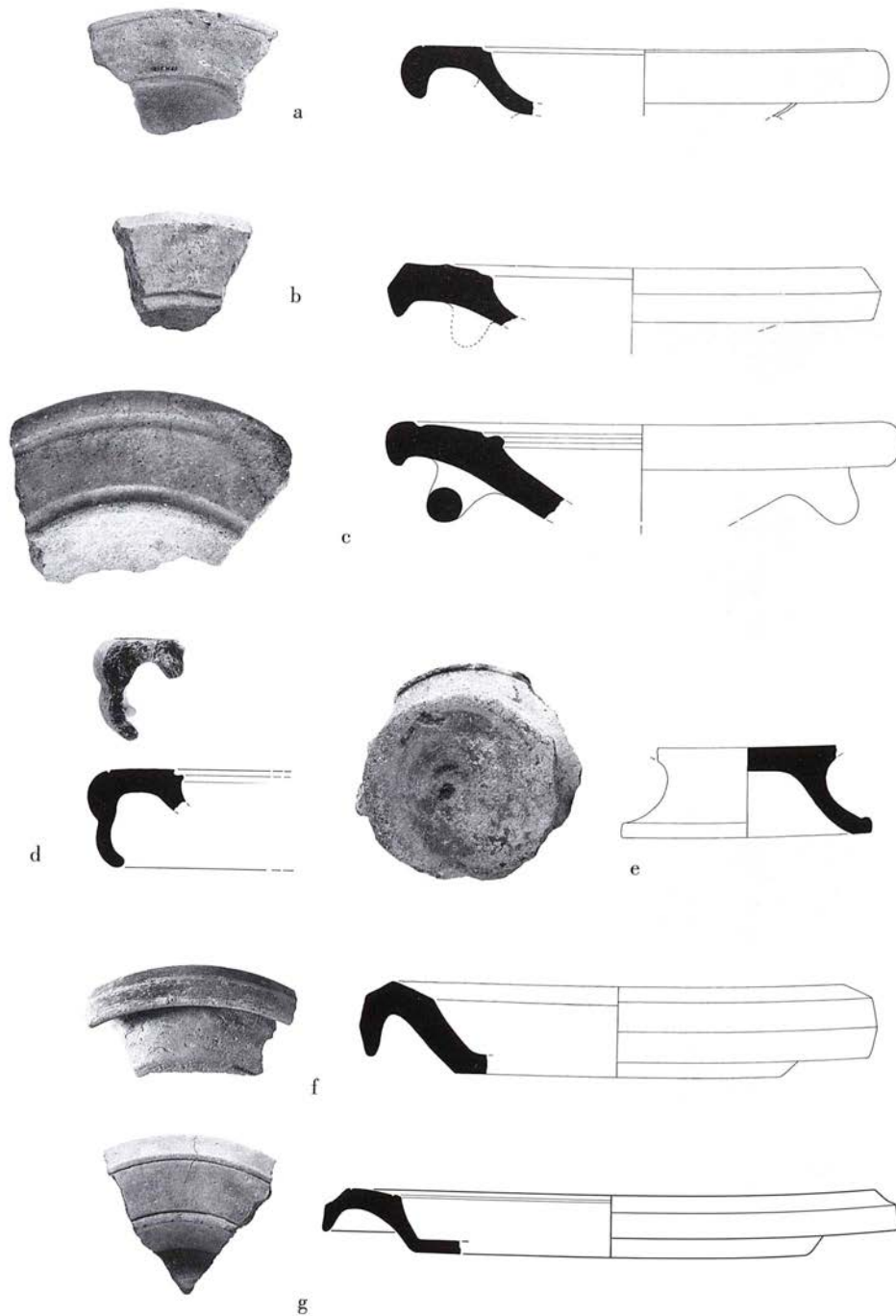


Fig. 48. Examples of braziers from Quartier Mu. Type 2 (the five above) and 3 (the two below). After Poursat 2013: plate 6.5. Scale 1:4

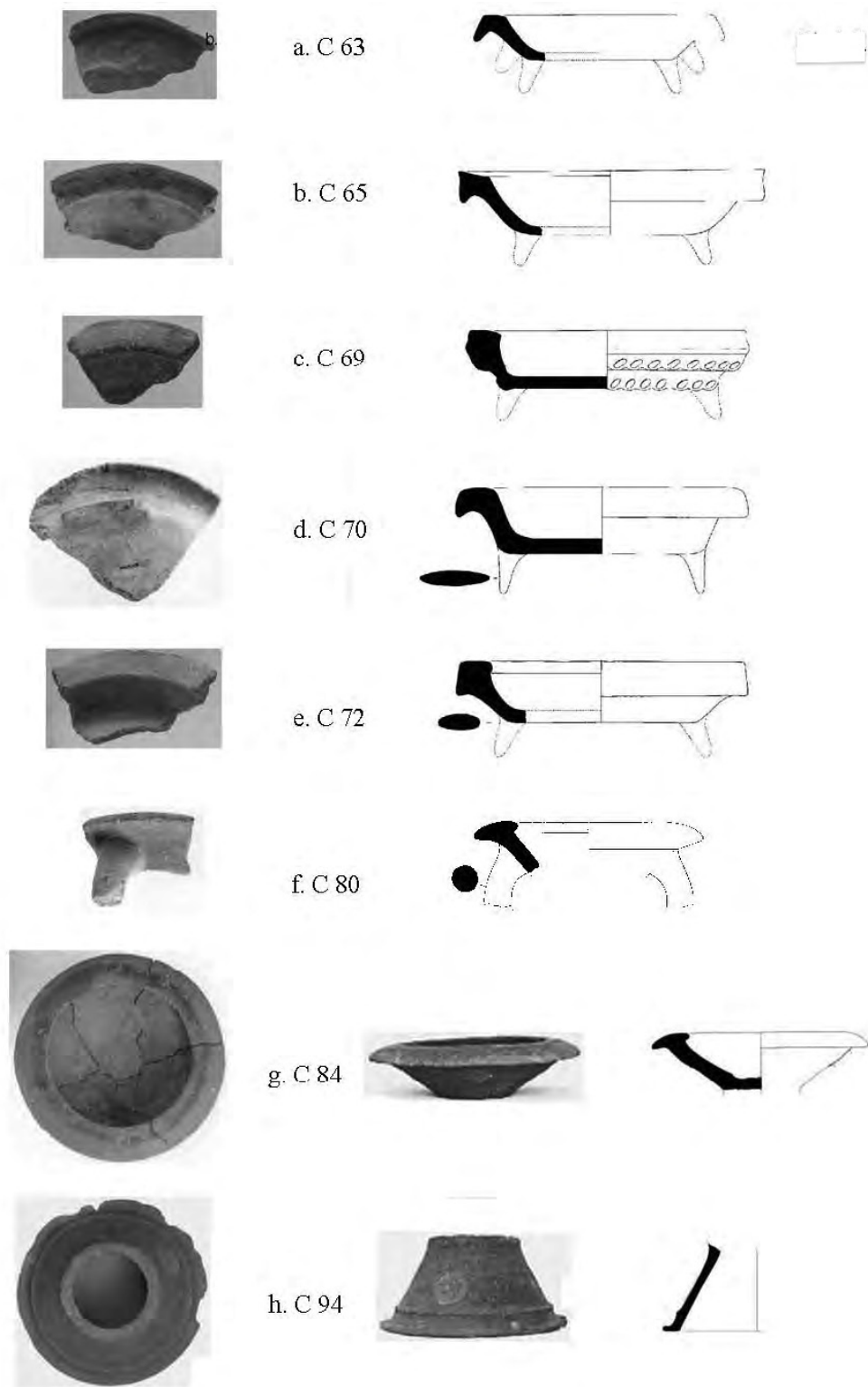


Fig. 49. Examples of braziers from Quartier Mu. Type 5 (the five above, scale 1:6) and 6 (the three below, scale 1:8). After Poursat 2013: plate 6.7.

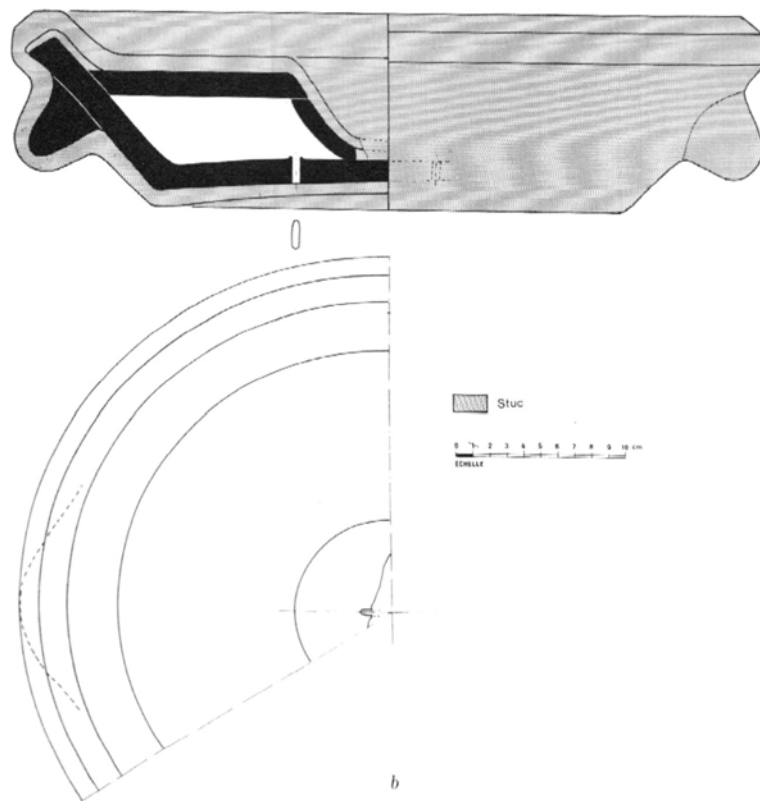


Fig. 50. An example of portable hearth from the potter's workshop. According to Poursat (1996: plate 34).

To sum up, there is a fixed hearth and multiple portable hearths/braziers. The former seems to be connected with ritual practices and restricted commensality inside the most noble and symbolic rooms of Building A. Among the latter, there are some items manufactured as specialized products in the potter's workshop, and found, in high concentrations, in the sector of Building A where feasting appears as one of the main activities. Unfortunately, the lack of in situ contexts hinders the possibility to connect all these devices straightforward with the activity of cooking. However, I have argued that explanations considering other functions such as heating as primary are unsatisfactory. The fixed hearth does not contain enough ritual objects and features to discard its use as a cooking device, as Muhly (1984) and Murphy (2003) demonstrate. Neither see the heating of rooms as a critical enough need to justify the large amount of braziers found in Quartier Mu. I suggest, instead, that this varied array of devices attest to diverse culinary practices: some of them connected with restricted (diacritical) feasting, others in the open-air spaces on top of buildings which was possibly open to more participants, and, finally, everyday cooking, which is more elusive in records, but still attested to by the big number of big tripod feet and the portable hearths inside the workshops and main buildings.

## *Querns*

The recent study of querns shows that the people from Quartier Mu selected a specific kind of rock to manufacture their querns that was not available in the nearby area (Procopiou, 2013). 52 of the 56 querns found in Quartier Mu were made out of a type of sandstone found ten kilometers further to the East or West. The sandstone is a very resistant rock with a uniform structure. Although its surface is rather smooth, a few hits with a pointy tool are enough to create the rugosity necessary to abrade and/or grind. Both actions produce a fair amount of particles that increase the abrasive nature of the device, but in turn, are too thin to be removed when the production of flour is intended. According to the analysis, most of the querns are carefully worked, as is apparent from the negative percussion marks and the polished surfaces of their sides (Poursat, 1995: 49-50).

Five different types of querns have been documented, according to the contour of the device and the shape of its base. The features of the surface have been ignored for classification, as they are closely related to the intensity of the use. The types include querns with concave bases, or rough and flat, whereas the shapes tend to be elliptical or conical. According to Procopiou (2013: 52) the efforts invested to give shape to the querns are beyond the functionality of the devices, showing the special care dedicated to these tools. The surfaces of the querns were analyzed using different methods, including interferometry, to gain access to the features of the superficial micro-reliefs. The results revealed the existence of two patterns of wear marks that make possible the division of the querns into two functional groups: querns with very polished surfaces, and querns with rougher surfaces. It is suggested that the former were used to grind cereals, whereas the latter were used in craft industries to abrade hard raw materials (Procopiou, 2013: 54). Their spatial distribution shows that most of the querns found in the workshops, originally thought to be of domestic use for grinding cereals, are in fact tools tied to craft activities. In contrast, most of the querns found in Buildings A and B were intended to grind cereals, such as those found in III 13, IV 4a, III 3 and I 8.

In an effort to envisage the social organization of food production, Procopiou (2013: 55-56) underlines the lack of specific rooms with fixed installations or abundant equipment for grinding, as is the case in Near Eastern cultures. According to Procopiou, the lack of significant concentrations of querns suggests two possibilities: either there was no centralized control of the production by a specific authority, or the control was exerted in a manner

that did not entail the modification of domestic traditions. In Quartier Mu, the technology, distribution and deposits of querns point to the grinding of cereals in small quantities. In fact, the size and number of food storage facilities do not point to any of the buildings playing a redistributive role. This becomes even more apparent if we compare it with the small Prepalatial settlement of Myrtos Fournou Koriphi, that provided 160 querns only in EM IIB. But the limited number of querns found in Quartier Mu might be better explained by the nature of the main buildings, especially Building A. If it is certain that commensality was among the main activities performed by the high-profile buildings, it seems reasonable that querns were used in connection to these commensal events.

In fact, the reduced numbers of querns that we observe between Myrtos and Quartier Mu, along with the limited storing of food, could indicate a very significant dynamic: the decreasing emphasis in food during banqueting occasions, and the increasing emphasis on the consumption of alcoholic drinks, attested to by the multiple deposits of cups and jugs, and the moderate scale of cereal grinding. Because the latter seems to slightly surpass the basic needs of Quartier Mu inhabitants, it could have been a maintenance activity that supplied edibles for commensal events.

#### *6.4.3. Spatial and material dimension of textile production*

There is ample evidence regarding weaving in Quartier Mu (Fig. 11) but, surprisingly, very few spindle whorls to attest the presence of spinning. In fact, from the Protopalatial onwards, the extreme scarcity of spindle whorls will be a constant in Bronze Age Crete (Militello, 2007: 41; Burke, 2010: 50). A total of 432 clay loom weights were found in the destruction layers of Quartier Mu (Cutler et al., 2013: 99) plus 130 in the form of pierced pebbles (Poursat et al., 2000: 105). The excavators, following estimations from Carrington-Smith (1975) and Tzachili (1992), suggested that the bare numbers might correspond to a total of 20 looms of 30 weight each in use (Poursat et al., 2000: 105). In contrast, other scholars (notably Militello, 2007: 41) consider it more accurate to envisage 30 looms with 20 loom weights each. If two or three workers worked together in every loom, that amounts to between 60 and 90 people being involved in weaving according to Militello's count, or between 40 and 60 according to Poursat et al.



Fig. 51. Main concentrations of loomweights with the number of them found in each space.

However, these numbers are not completely reliable given the uncertainties around the elaboration of textiles. The number of loom weights in a given loom depends on the width of the fabric, which is unlikely to be identical in every loom. In order to know how many looms were in use simultaneously, it would be necessary to have the wooden frames, which is not the case. Also, the number of weavers in Quartier Mu might not be proportional to the number of looms, given that the same weaver could work in different looms to elaborate different fabrics. Nevertheless, the amount of loom weights found indicate a remarkably higher scale of weaving compared to the Prepalatial settlement of Myrtos, suggesting a production level suitable for exchange. Many of the loom weights came from the upper storey, and were too

scattered in the destruction layer to show any significant pattern of distribution. However, a few in situ assemblages were found in the ground floor, representing careful gatherings of loom implements, giving a hint of the location of probable looms (Cutler et al., 2013).

In Atelier de Potier, three small concentrations of loom weights were found, all of them having fallen from the upper levels. The first one came most probably from VIII 2\*, nine loom weights were found just under it in VIII 2, and three more very close in VIII 3, all surely belonging to the same group. Additionally, eleven loom weights were found in VIII 5\*, again, most likely from the upper floor, the room considered to be the pottery workshop. Another six were stored in the antechamber VIII 1\*. In the northwestern corner of Building B, room IV 5 yielded a group of 34 loom weights found in their primary position. They form a clear rectangular layout, of about 30 centimeters of side length, suggesting that they were kept in some kind of box. Twenty-five of them were pierced pebbles and nine clay loom weights. This cluster of textile implements was the only content of the room considered to be a magazine. As Cutler et al. suggest (2013: 107), it may have contained finished textiles or raw fibers as well. The room gives access to an open court where the loom might have been set.

Building A provided four significant concentrations of loom weights. Inside the closet of room I 11, three clay loom weights were found together with 65 pierced pebbles that are also likely to have been used in a loom (Cutler et al., 2013: 103). In the storeroom I 8, 30 spherical clay loom weights appeared stacked on the floor, next to the east bench of the room. They formed a circular layout around one of the loom weights. As in the case of room IV 5 in Building B, the archaeologists considered this arrangement to be the storing of the loom implements, rather than the location of the loom itself (Poursat et al., 2000: 107). In the small open-air court III 1, 25 loom weights were found. Similarly, I 13 and III 11 yielded 16 and 15 loom weights respectively.

The most important group of loom weights was found in the northwestern corner of Building D, all of them in situ. Within room VII 3, archaeologists unearthed about 28 pierced stones, 92 spherical loom weights, four discoid, 12 cylindrical, four rings, and four weights with a wide central hole. All of them add up to 144 implements in total, four or five times more than the content of the other assemblages. If Millitello's estimation of 20 weights per loom could be taken as an acceptable average, room VII 3 would contain enough weights

for seven looms. This group constitutes a coherent ensemble, defined by irregular triangular boundaries, of which only two spherical weights seem to roll out of it. Amongst the weights many stone tools were found, whereas in the center of the layout, a vase was also located. It is probable that these finds have indeed fallen from the upper floor and eventually were found as one group of finds. Another assemblage was unearthed next to south wall of the adjacent area VII 4, only two meters away from the last one described. It contained 41 loom weights, the majority of them in spherical shape.

#### *Features of the loom weights*

Quartier Mu yielded 14 different types of loom weights. The two major types are spherical rounded (288 items) and flat discoid (125 items). Certain loom weights were decorated with different techniques (Poursat et al., 1978: 99-105; Detournay et al., 1980: 204-206; Poursat, 1996: 176). 13 spherical weights and one discoid had incised lines carved before firing, all of which were manufactured in a foreign clay fabric whose most probable source is the South Coast of Crete, between Myrtos and East Mesara (Poursat y Knappett, 2005: 24). They were inside larger assemblages of other local fabric loom weights. The meaning of the incised symbols is still unclear, however. Two more loom weights had painted traces and five more were imprinted with seals. As they were found along with larger sets of loom weights, their function in the weaving of textiles is not compromised. Poursat (2013: 93) suggested that they may indicate quantities of wool provided by a certain producer. In contrast, Militello (2007: 41) considered the marks as identifiers of owners or receivers. Beyond the specific meaning of the symbols, it may be possible to argue that these multiple types of marks might confirm the existence of an organized system of textile production.

Recently, Cutler, Andersson and Nosch (2013) developed a methodology to understand the different kind of fabrics that were woven in the looms of Quartier Mu. Combining the mathematics of weaving with tests and weaver's experience, they have come up with a means to understand the range of textiles than can be produced using a particular set of loom weights. According to them, there are certain principles that govern the work in a loom in order to optimally perform the task of weaving. For instance, the number of threads that can be attached to a loom weight depends on the optimal tension that the threads require. In turn, the tension that a thread needs depends on its thickness. In order to be practical,



the number of threads attached to each loom weights ranges between 10 and 30. Also, the weight and thickness of the loom weights are key parameters. The former can indicate the thickness of the threads attached to them, the latter affect the width of the fabrics and their density. Uneven thickness and weight in a loom set up complicate the task unnecessarily. As Cutler et al. (2013) show,

“heavy, thick loom weights would be optimal for the production of a coarse open fabric using thick yarn; in contrast, heavy, thin loom weights would be suited to the manufacture of a coarse dense fabric of thick yarn. On the other hand, if an open fabric of fine yarn were required, light, thick loom weights would be desirable. Finally, light, thin loom weights would be preferable when weaving a dense fabric using fine yarn, with many threads per cm.” (98)

Hence, it is possible to infer the range of textiles that were produced in Quartier Mu by comparing the weight and thickness of the multiple deposits of loom weights. Their study reveals the manufacture of different types of textiles in Quartier Mu. Whereas in Building A, B, E and the Potter’s Workshop, the different deposits of loom weights are suitable for threads requiring five to ten grams of tension, the abundant deposits found in Building D, as well as those found in Building C, contained heavier weights suitable for thicker threads, needing between 15 and 25 grams of tension. Also, there are buildings such as the founder’s workshop and the south workshop, in which both kind of weights were found, suggesting the manufacture of different types of fabrics. Regarding the width of the weights, in most buildings there is an abundant presence of spherical and discoid shapes, which indicates the existence of different weaving techniques to produce denser and lighter fabrics.

The authors explain that the attachment of threads under 25 grams of tension to the warping point was ideal for delicate fabrics, but inappropriate for the manufacture of rough textiles, such as sails or sacks. At the same time, the preference for spherical weights (which are more abundant than discoids, 265 versus 84), in combination with such thin threads, would have resulted in very open fabrics, what was most probably compensated with the addition of threads in the weft—creating what is known as weft-faced fabrics. In most cases, the groups of loom weights found together, along with the pierced pebbles in the same deposits, have consistent features, confirming their likely use in the same loom set up. It appears that

production was planned and organized according to the type of textiles. Production was on a big scale, greatly surpassing the needs of the population inhabiting the buildings, and highly specialized. The authors underline the extensive and time-consuming work required to produce such delicate fabrics. They estimate that in order to produce one square meter of fabric woven with the simplest techniques, an average of 1,400 meters of thread was needed. Considering these numbers and the lack of spindle whorls, the supply of threads might have come from elsewhere.

Even though we do not have access to actual textiles produced during the Protopalatial, the fabrics must have acquired a quality and variety similar to the ones depicted in the later Neopalatial frescoes because, as Barber (1992: 322) indicates, the same technology was available from the Prepalatial. What we see in Quartier Mu is a rapid intensification of the production that might have resulted in a significant advancement in the technique. It is probably in contexts such as Quartier Mu that luxurious clothes became a prestige item for the elites.

After the review of the spatial and material aspects of the elaboration of textiles, some ideas can be put forward. Considering that many loom weights come from the upper levels, and that some of the most meaningful in situ deposits are close to courts, it seems likely that most of the weaving work was performed outside. In contrast with other crafts, such as pottery or seal cuttery, weaving was available for open scrutiny. Also, all the buildings were involved in the task of weaving fabrics, the difference being a question of scale. There was not a specific workshop or facility where textiles were produced. These three points indicate that the working in the loom was not considered a 'specialized' craft in the conventional sense of the term, many people were involved in the task, scattered throughout all the site, performing the job in a wide variety of places.

However, the output coming from the looms were most likely very luxurious products. The fabrics everybody was producing in Quartier Mu, regardless of the place, were fine and delicate, requiring the use of thin threads. In fact, the high numbers of loom weights, especially in sectors such as Building D, suggest that the elites had a genuine interest for fine clothes—more luxurious than practical—that all buildings were involved in producing. It is proposed here that textile elaboration in Quartier Mu experienced an upgrade of

prestige without abandoning the character of a maintenance activity. In one of the most highly competitive and elitist contexts, where some crafts reach a high-level of specialization, weaving remains decentralized, echoing the customary domestic task where every household or kin unit produces the necessary cloths for their own needs, where the work in loom is intertwined with many other routine and daily activities.

The elaboration of textiles in Quartier Mu illustrates how a work that originally developed to satisfy basic needs can turn into a specialized craft supplying prestigious items without a dramatic change in its social configuration. Nothing indicates that the status of weavers were low, as it is often the case when whole workshops with looms are powered by slaves.<sup>88</sup> In fact, as Barber (2007: 174) claims, commenting on later Neopalatial Crete, the quality and complexity of the fabrics depicted in Minoan iconography bespeak “artistry over efficiency” (174), which is typical of free, independent weavers. Maybe the pressure was put into the workers dealing with spinning, in view of the huge amounts of thread needed to function all the looms. Unfortunately, no evidence whatsoever remains of how and who was providing the thread.

#### *6.4.4. Ritual dimension of cooking*

In the Protopalatial, religious cults seem to have been performed in special locations dedicated to them. One of the most notable novelties is the intensive use of the so-called ‘peak sanctuaries’, or small shrines situated on hilltops (Nowicki, 2001; Peatfield, 2001; Soetens et al., 2006; Peatfield y Morris, 2012). Among the commonest finds in these locations, otherwise very poor in architectonic structures, are terracotta anthropomorphic and zoomorphic figurines. Down in the settlements, two new cult places appear: the pillar crypt and the lustral basin (Gesell, 1985: 9-18), now timidly attested in Phaistos and Malia, but intensively used all around Crete in the Neopalatial. Both types are found in elite contexts, whereas religious cult in domestic residences seem to vanish in this period (see, for instance, van Effenterre, 1980: 174 for Malia). In general terms, the investment in communal tombs suffers a general drop across the island (Vavouranakis, 2007: 52-53), even though some key cemeteries such

---

<sup>88</sup> Such was the case of Syria around 1800 BC, according to Barber (2007: 174).

as Archanes continued to be used, showing a possible shift from ancestry and the world of the dead, to more stratified and varied practices (see, for instance, Murphy, 2003 for south-central Crete). Along with the new types of places, Gesell also recognized the persistence of the ‘bench sanctuary’ that she identified as well in the Prepalatial, and defined it as a room with a built-in bench where cult objects are set (Gesell, 1985: 2).

Concerning maintenance activities, and particularly cooking, we find again in the Protopalatial a certain entanglement of culinary practices and cult that have not always been recognized in literature. The most eloquent case in Malia, not far from Quartier Mu, is represented by the so-called MM II Sanctuary. A hundred meters to the west of the court building of Malia, and contemporary to Quartier Mu, there is a small MM II construction that Poursat (1966) identifies as a sanctuary (Fig. 52). It is a free-standing building internally divided in three different rooms, accessed through a long paved passage. The circulation pattern brings any visitor from the paved passage to a spacious vestibule. From the southeast corner of the vestibule, a door gives access to the main room of the sanctuary. Here, the main visible feature is a rectangular fixed hearth in the middle of the room, with a cavity towards one of the shorter sides, showing burning traces. It lacks the decoration of the one found in the shrine of Phaistos (see below) and its manufacture seems to be rougher. Poursat calls this implement “offering table,” although he had already noted the astonishing resemblance with the fixed hearths found in the houses of Quartier Gamma (Poursat, 1966: 523). Together with a number of objects denoting ritual or symbolic use, he found a significant number of coarse wares—mostly shreds, but also some full shapes (Poursat, 1966: 523, 543). They were mostly found in connection with the bench on the southeast side of the room. At its feet, a tripod cooking pot was smashed and could be fully reconstructed. On the surface of the central hearth, still in situ, a tripod pot turned upside down was also found. What led Poursat, and many after him, to interpret this room as a religious cultic place were the three small offering tables found in the northwest corner, a small conic cup, a jar buried at the entrance of the room with a hole at its base (supposedly for libations), and an incised mark of a double axe at the base of the tripod pot on the fixed hearth.

Gesell (1985) endorses Poursat’s interpretation, and goes a bit further. To Gesell, “the connection of the double axe vase with the rectangular offering table establishes securely the cult use of this type of offering table, a fact which had long been assumed but without

full proof” (1985: 9). As a result, the ritual aspect of the hearth in I12 was, in this way, deduced by comparison. In 1992, Poursat also called attention to the fact that the plan of this sanctuary was very similar to the one inside Quartier Mu (rooms I 12-I 11), but used the term ‘fixed hearth’ to refer to the central implement embedded in the floor (Poursat, 1992: 53). The third space was a storeroom where around ten jars and small pithoi were found scattered on the ground. A tube vessel, a small zoomorphic figurine, and a shred with little horns of consecration, added up to the ritual interpretation of the whole complex.

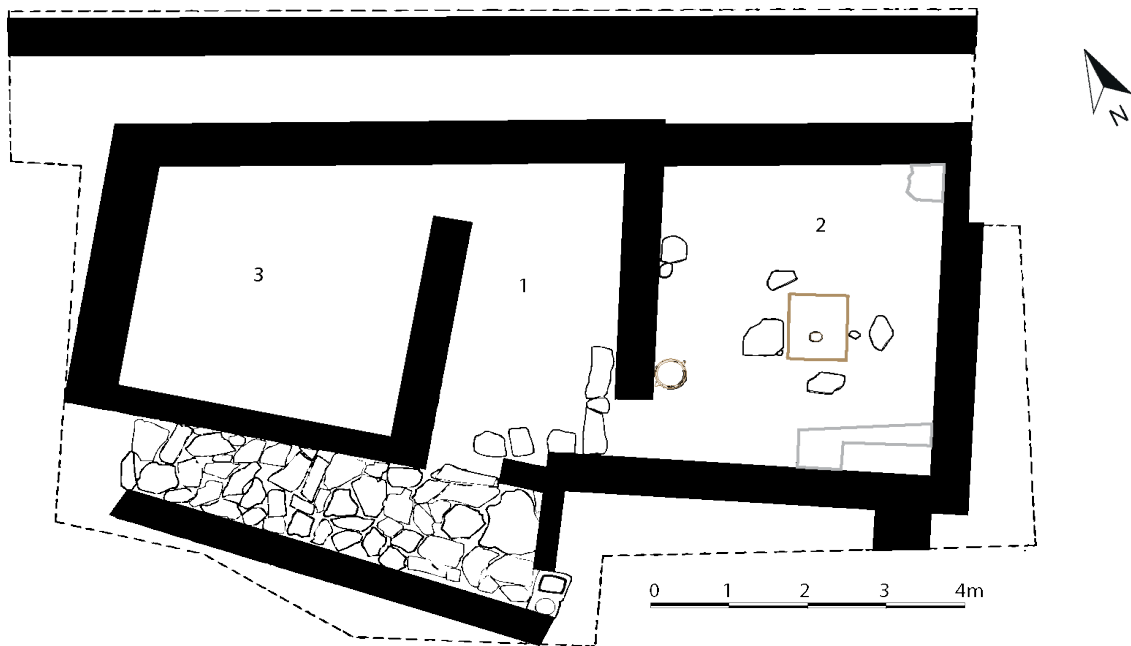


Fig. 52. Plan of the so-called MM II Sanctuary in Malia.

In her analysis on Minoan hearths, Muhly (1984: 116) calls into question the emphasis on the ritual aspect of this building. She pointed out that it might have belonged to a larger construction, as revealed by resistivity tests, and as indicated by the wall running south from the southeast corner. So, at best, it was not a separate unit but was part of a larger building, whose character (still unknown) could reveal other uses of the so-called sanctuary. Watrous (1994: 740) agrees with Muhly’s critiques, and considers more accurate the idea that food was served in this complex, probably accompanied by rite or ceremony.

I would like again reiterate how the material culture denoting cooking tends to be ignored or misinterpreted as soon as other materials denoting a symbolic or religious role appear. As I explained in the previous chapter when discussing room 88 in Myrtos Fournou Koriphi,

when a cultic or religious object appears, the whole context is reinterpreted as a shrine or a cult room, and not a kitchen. This is not to imply that cultic objects do not have a defining role, nor to question the way cult and ritual is identified in the material record (for that see Murphy, 2003).<sup>89</sup> I am merely attempting to point out the problems arising from the overemphasis on the religious, to the detriment of other practices.

An immediate consequence of reducing buildings such as the sanctuary in Malia to a religious function is the limited range of research questions that it encourages. When facing a sanctuary, archaeologists tend to ask questions such as the kind of divinity it is dedicated to, the gestures or actions comprising the rites (pouring of liquids, burning of substances, etc.), connections that can be established with other cultic places, the genealogy of the symbols, etc. (see Poursat, 1966: 550). That is, what is acknowledged as religious is disconnected from the social and political reality, that, if mentioned at all, it is generally limited to the identification of the person/s controlled the cult. Despite the abundant literature that reclaims a more nuanced anthropological approach to religion and cult (see Murphy, 2003; Rountree et al., 2012), this has not been applied in cases such as Protopalatial Malia. In this ‘sanctuary’ of Malia—despite the presence of a hearth with burning marks and a tripod cooking pot on its surface—few authors have discussed the role of cooking. Instead, the double axe incised on the pot has monopolized the debate. The abundant presence of coarse wares and cooking vessels are mentioned by Poursat, but merely it seems to add the adjective “poor” to the sanctuary (Poursat, 1966: 550). The same applies in the case of rooms I 12-I 11 in Building A. A single ritual object kept in the small enclosure I 11a provides a general religious character to the whole ensemble. And as I have discussed above, it has been a particularly persistent tendency to consider simple hearths as ‘offering tables’. Hearths might serve a multiple range of functions. From the ones satisfying basic needs such as light, heat, cooking, or other production processes, to the ones more symbolic like the center of communal life, or ritual. However, the stress on religion has blurred, in particular, the presence of maintenance activities in cultic practices.

---

<sup>89</sup> In some cases, it has been suggested that the ritual character of certain objects is not always justified. Warren (1969: 96), as well as Muhly (1981: 276-283), argue for a domestic use, probably tied to cooking, of some of the stone offering tables found in Crete.

In contrast, when situating the research on daily cooking it turns out to be reasonable to consider that those other culinary practices tied with cultic performances could stem, originally, from the everyday practice of cooking. Probably, the sanctuary of Malia as well as room 88 in Myrtos Fournou Koriphi are secular cultic installations, where the acts performed do not imply an interaction with the supernatural (Murphy, 2003: 120-121).

If we accept the assumption that a certain degree of division of functions existed in Minoan times, then it is possible to bring up whether the agents performing cooking in cultic practices are the same of those in charge of feeding the group in a daily basis. The know-how derived from the regular act of cooking might have been applied in rituals by those already familiar with it, especially when the same kind of material culture (coarse wares and cooking pots) are used in both situations. This brings us to the main point I try to argue here: cases such as the sanctuary of Malia show that domestic cooking—one of the most influential maintenance activity—retains its symbolic role in the Protopalatial.

A similar situation is observed in the Protopalatial site of Phaistos where different fixed hearths have been described as religious devices. Such is the case of the so-called Upper West Court Sanctuary complex (Fig. 53). Here, a large, open-air fixed hearth was described by the excavators as a “sacrificial pit” (Pernier y Banti, 1951: 580), despite the clearly secular character of the objects, and the faunal remains found in connection with it (Muhly, 1984: 116-117). The open-air hearth seems to be related with the complex of rooms V-IX, where grinding equipment, benches, an additional hearth, basins, etc., were found, leading to the interpretation of the block as an area for the preparation of food and liquids (Pernier y Banti, 1951: 578). Again, it appears that the secular commensal practices performed in Protopalatial Phaistos involved the practice of cooking, with pots and devices similar to the ones used in domestic contexts. This is not surprising given the long history of banqueting practices around open fires in the site.

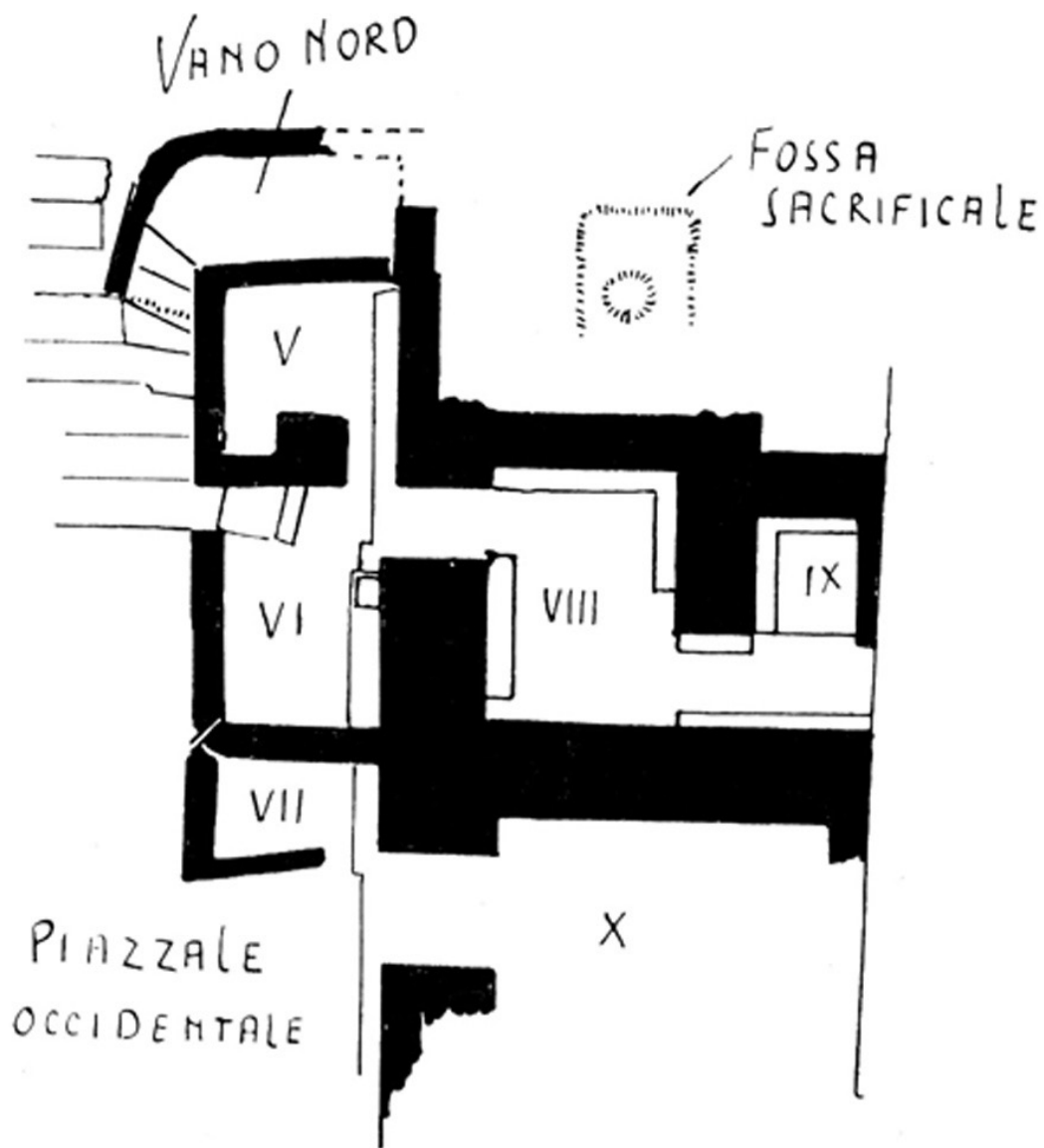


Fig. 53. Plan of the Upper West Shrine from Phaistos (after Muhly, 1984: 117).

## 6.5. Maintenance activities in other Protopalatial sites

Quartier Mu constitutes an exceptional case study of Protopalatial context, given that it is fully conserved and excavated. No other contemporary site can be compared to it in terms of scale, wealth, and amount of available information. Below, I will briefly review some of the evidence on cooking and textile elaboration during the Protopalatial in different sites, to gain a broader picture of what dynamics are affecting these maintenance activities.



Fixed hearths provide a sound trace to locate some of the places where cooking was performed. Outside Quartier Mu, they occur much more frequently. The first place to look at is the site of Malia itself. Right before MM II, in the transition period between the Pre- and Protopalatial, the site was inhabited by a number of houses known as the Maisons Sud, situated at the south of what later became the court building of Malia (Chapouthier y Demargne, 1962: 13-17, pl. 20; van Effenterre, 1980: 156-157). These archaeologists recognized three habitational units known as Houses A, B and C (Fig. 54), all three divided from each other by small roads (Van Effenterre, 1980: 157). Despite their poor conservation, the remains were enough to determine that they were larger than *maisons-ateliers*. The three houses contained big central rooms with a fixed hearth, similar to I 12 in Building A of Quartier Mu (Fig. 47). Once abandoned, the Maisons Sud were buried during the construction of the court building. A similar fixed hearth was found in the small settlement known as Quartier Gamma. This cluster of households is situated at the southeastern section of the palace, not far from Quartier Mu. In contrast to the Maisons Sud, Quartier Gamma seems to follow an organic spatial pattern, where the houses are not clearly separated from each other. The circular hearth, supported on a small platform, was found in the center of one of the largest rooms (Demargne y Gallet de Santerre, 1953: 27-29). Outside Malia, in the Protopalatial levels of Knossos, Evans (1935: 66-70) reports a similar configuration in the houses under the *kouloures* of the Neopalatial palace. At least one of them also contained a central fixed hearth in a big square room.

Drawing on Muhly's views on the domestic function of the Middle Minoan fixed hearths, it seems reasonable to argue that cooking—as one of the main purposes of this device—took up a prominent location in many Protopalatial urban households in Malia and elsewhere. As Van Effenterre (1980: 163) suggests, the hearths became their spatial and functional core. I would argue that the 'central fixed hearth' phenomenon conveys new meanings with regard to the Prepalatial. In Myrtos Fournou Koriphi, the inhabitants separated the consumption of food from cooking by building kitchens in tight, mono-functional rooms outside the houses, and leaving open communal spaces to eat and drink. In the Protopalatial habitational units described above, it appears that at least some of the cooking was performed in large, interior rooms that constituted the core of the houses. The ample space of these rooms with central hearths allowed the gatherings of small groups of people, maybe family and visitors. The social centrality of domestic cooking is then moved from the outside of the settlement to the inside of the houses.



Fig. 54. Plan of the South Houses in Malia (after Van Effenterre 1980: 157, fig. 223).

This phenomenon can also be observed in the rural house of Agia Varvara (Fig. 37) in Malia. The thorough excavation and publication of this isolated house allows for a closer examination (Pelon, 1966; van Effenterre, 1980: 171-172 and 397; Müller, 1991; Driessen y Macdonald, 1997: 192; Romanou, 2007; Letesson, 2009: 150-152). Located near the north coast, peripheral to the town of Malia, its plan was complete and the structure was generally very well preserved. It was erected in MM III and destroyed in LM IB after a fire (Van Effenterre, 1980: 397; Driessen and Macdonald, 1997: 192). Even though it was erected some years after the destruction of Quartier Mu, belonging to the Neopalatial period, its internal layout and features seem to be consistent with the Protopalatial domestic architecture in Malia (Van Effenterre, 1980: 397; Romanou, 2007). It is on these grounds that a comparison between Agia Varvara, Quartier Mu, Quartier Gamma, and Maisons Sud is worth exploring, despite the differing chronology.

The house of Agia Varvara has a square layout, measuring 10,4 meters in its North-South axis, and 11,7 meters in its East-West axis (Fig. 55). The entrance was placed at the northeast, and gave access to Room 1, considered a kind of hall or vestibule that mediates the access to Room 3, the main space in the house. Room 3 was the largest and the central space in the house. It is of regular shape (around five by five meters) and it contained a central pillar—attested to by the stone base that had remains of charcoal, pointing towards the existence of

a wooden pillar. The floor of the room is slightly sloped and located some centimeters under the thresholds. Van Effenterre (1980: 167) notices that the floors of the central pillar rooms is sometimes inclined, which leads him to suggest that maybe these rooms were not roofed, or at least not permanently. The inclined floor would have evacuated the waters and it would also have been practical to evacuate the smoke of the fires. These rooms were the focus of many domestic activities. The most intriguing feature of Room 3 lies in its southeast corner. It is a kind of cist, of rectangular shape that measures 1.76 meters long, 0.75 meters wide and 0.4 meters tall. It is made of stones and it forms two cavities where two big cooking jars were fitted. No traces of fire were found in the cist, nor on the outside of the jars. However the two jars, tightly fixed in the cavities, showed burning traces in their interior. Pelon (1966: 567)—the archaeologist who excavated the site—does mention the possibility that this installation might have worked as a hearth. Still, he also has many doubts regarding the functioning and practicality of such a device.

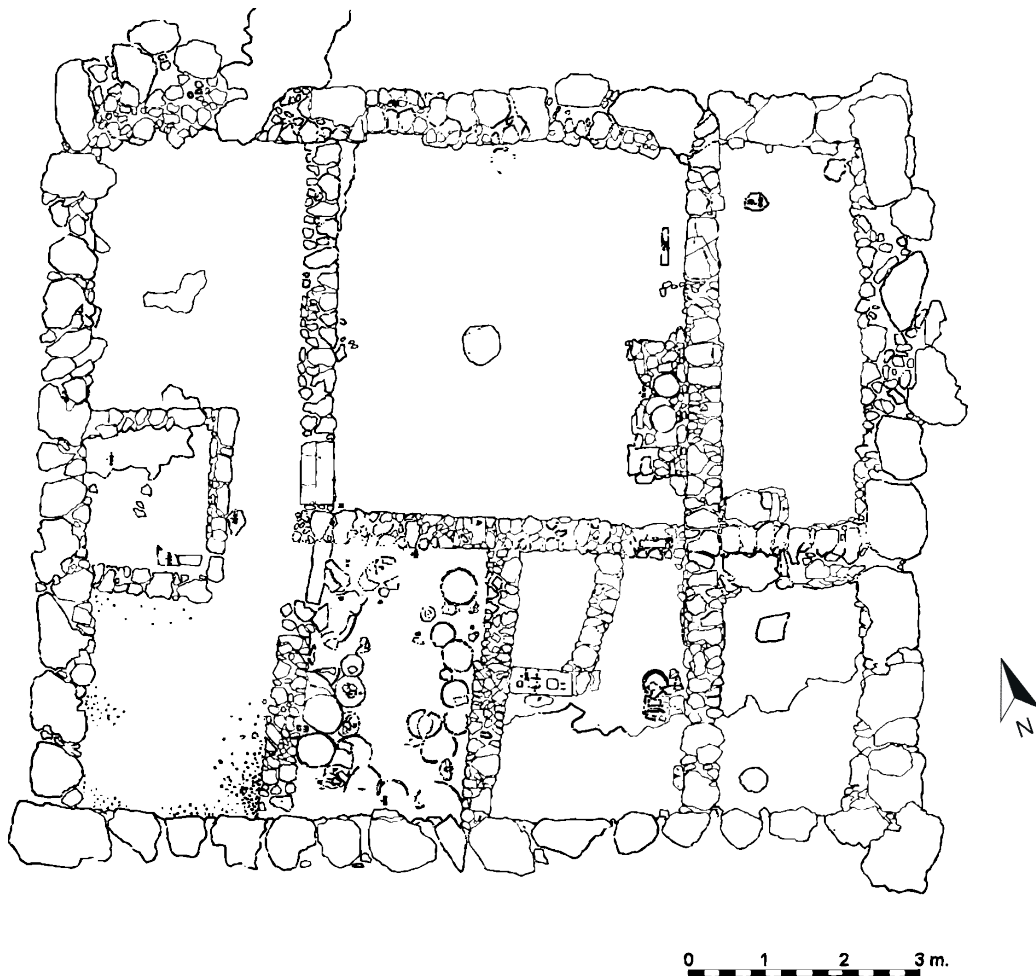


Fig. 55. Plan of Agia Varavara

Warren (1972: 123) proposes that big jars, or “pot boilers,” were used as heating devices, based on the discovery of hot stones inside some of them, which would explain the burning marks in the interiors of these jugs.<sup>90</sup> Also, Sophronidou and Tsirtsoni (2007: 261, footnote 18) consider that the same system was used for some of Neolithic and EBA jars. The use as a hearth of the enclosure of Agia Varvara would not be an exception; on the contrary, it seems a reasonable hypothesis given the lack of cooking devices elsewhere in the house. Regarding its location in the room, although the hearth of the houses of Malia are often located in the center, there are also additional examples of rooms with hearths leaning against walls or corners (Van Effenterre, 1980: 174). As Romanou (2007) demonstrates, Agia Varvara followed the same spatial syntax as the urban houses of Malia, where the central room with the hearth served as the main domestic and gathering locus. Elsewhere in Crete, rural settlements such as Apodoulou (Godart y Tzedakis, 1995; Civitillo y Greco, 2003) or Chamalevri (Andreadaki-Vlazaki, 1996, 1997) also show a clear preference for fixed cooking devices. In Chamalevri, the domestic unit known as Tzambakas House yielded multiple circular and rectangular fixed hearths, carefully burnished and painted red in MM IB, plus an area with deep traces of ashes marking the presence of simple hearths set up on the floor (Andreadaki-Vlazaki, 1997: 38). Given the extent of the fixed hearth phenomenon, especially in Malia before, after, and during MM II, the scarcity of such devices in Quartier Mu is somewhat surprising. In fact, the lack of cooking installations in the *maisons-ateliers* implies a very drastic shift of priorities, where cooking as a maintenance activity is deprived of the centrality that it enjoys inside the other houses of the urban settlement.

Other large urban sites with high-profile court buildings, like Knossos or Phaistos, have such long biographies that the Protopalatial levels were badly damaged due to later reconstructions. Nevertheless, the pottery studies of stratified deposits sometimes give us a glimpse of certain features of their cooking ware. This is the case of Knossos and Kommos. In the former, Macdonald and Knappett (2007) studied five stratified pottery deposits from MM IB and MM IIA scattered in areas known as Early Magazine and Southwest Houses. Most of the assemblages contained what seem to be redeposited and secondary materials. Among the few coarse wares they found, there were items corresponding to the three main cooking shapes: tripod pots, trays and dishes. Interestingly, the authors distinguished two types of tripod pots with distinctive sizes: large tripod basins and small tripod bowls (Macdonald y

---

<sup>90</sup> A similar system was contemplated by Bernabò-Brea (1964: 644) in Bronze Age Lemnos.

Knappett, 2007: 30). The same pattern occurs in Kommos. In studying Protopalatial pottery among deposits of monumental buildings, Rutter and Van de Moortel (2006: 341) note the coexistence of small/medium cooking pots along with very large ones. This evidence probably illustrates what was observed in Quartier Mu: the polarity of pot's volumes points towards the presence of two distinct culinary practices—one for large gatherings, and one for restricted groups.

Just like in Building A of Quartier Mu, additional sites where traces of feasting were found also comprise large proportions of drinking vessels, smaller numbers of serving jugs and a minor traces of cooking wares. In MM IB Petras (Tsipopoulou, 2012), right before the construction of the court building, a pit full of pottery was found on the slope of the site's hill (Haggis, 2007; Haggis, 2012). Known as the Lakkos Deposit, the materials of the pit probably belong to the monumental buildings that were destroyed for the construction of the palace. According to Haggis (2007: 755), the Lakkos pottery are probably the remains of a number of feasting ceremonies. The statistical analysis showed that less than four percent of the total number of shreds belonged to cooking vessels (Haggis, 2007: 756), indicating either the minor role of cooking during commensal events, or the deposition of the cooking ware elsewhere. Likewise, Protopalatial deposit A of the ones analyzed by Macdonald and Knappett (2007) in Knossos followed the same functional structure, where 95 percent of the shards recovered belonged to drinking and pouring vessels, and only one tripod cooking pot could be identified (Macdonald y Knappett, 2007: 46).

Textile elaboration acquired similar proportions in Knossos, where Evans unearthed the Loom Weight Deposit (Evans, 1921: 248-253, 1935: 678-680). Around 400 loom weights were found in a magazine sector near the Domestic Quarter of the palace, in the east slope of the hill. The weights, flat and piriform in shape, fell from above and rested over an assemblage of luxurious relics. Also, it is worth mentioning the discoveries made at the rural site of Chamalevri, where Andreadaki-Vlazaki (1997) discovered abundant quantities of loom weights, and an intriguing clay spindle whorl with 39 impressions depicting iris flowers. In fact, according to Linear B tablets, Chamalevri had a textile industry that may have originated during the Protopalatial. No other details regarding the number of loom weights or its precise location have been published yet; in any case, it would be one of few places with evidence of both textile tasks (weaving and spinning).

Neither Quartier Mu nor Knossos—as big urban elite contexts—have provided evidence of the most influential innovation in this field during the Protopalatial: the purple dye industry. The most impressive finding comes from Kommos, where a massive deposits of *Murex* shells were found in situ, right before the construction of the monumental buildings of the site (Ruscillo, 2006). Thousands of *Murex* shell fragments laid in connection with an installation, furnished with a stone slab floor and a shallow channel. The dye industry at Kommos might have enjoyed a significant proportion before anywhere else in the Mediterranean (Ruscillo, 2005). Other sites, such as Petras or Palaikastro, have also yielded evidence of the active exploitation of *Murex* shells for dyeing purposes during MM IB-MMII (Burke, 2010: 60-61). In accordance with Militello's ideas on the decentralization of the textile industry, the production of the purple color arose in non-palatial settlements. As Ruscillo (2006: 815) describes,

“*Murex*-dyed textiles were ‘precious’ in the ancient world, and worn only by officials and rulers for a number of reasons. First, the sheer amount of labor involved could be devoted only to persons of influence. Slaves, as opposed to specialists, may have made Royal Purple simply because of the danger involved in procuring *Murex* from the sea, the difficulties associated with insect infestation and stinging wasps, and the extremely dense and unpleasant smell of the *Murex* dye itself. Slaves, in this case, would be distinguishable by the color of their hands.” (815)

Ruscillo also lists historical and ethnographical evidence that connect the collection of shells and the production of dyes with women and children workers. If this was the case in Crete, the Protopalatial is the beginning of a highly specialized textile industry, which was separated into two spheres: maintenance and trade.

## 6.6. Conclusions

The Protopalatial witnesses a new level of material complexity, where maintenance activities must have been relocated to fit the new social and political situation. However, their role in Quartier Mu appears to be rather ambivalent due to the high-profile nature of the site, and the social tensions the inhabitants must have encountered. On one hand, they seem to retain

a certain level of prestige and role in the public sphere. But, on the other, the quotidian and caring aspect of maintenance activities seem to be blurred, at least to our eyes, considering the fact that all the activities identified respond to the more conspicuous needs of an elitist group.

The activity of cooking is diversified in at least three different practices: restricted (diacritical) feastings indoors, commensal events outdoors, and domestic cooking, which is more elusive in the archaeological record. The first two practices are clearly discernible by their location and material culture (see Table 9 below). The brief review of Protopalatial pottery deposits in Knossos, Kommos and Petras seem to indicate the similar coexistence of these two forms of commensality, at least concerning the use of either very small or very large tripod cooking pots.

	Restricted feasting	Public commensal events
<b>Fire devices</b>	Fixed hearths	Portable hearths / braziers
<b>Cooking pots</b>	Small volumes	Large volumes
<b>Presence of cooking</b>	Scarce	Abundant
<b>Location</b>	Indoors	Open air

Table 9. Comparison between restricted feasting and public commensal events in Quartier Mu (Malia)

The role of cooking in feasting practices seem to be opposed: whereas the commensal events indoors make use of limited amounts of small tripod pots, the evidences from the terraces in the southeastern corner of Building A show a more significant role of food in outdoor commensal events, with the abundant presence of dishes, trays, pots, querns, as well as a surprising variety of braziers. The scarce evidence of cooking in the artisans' houses seem to be similar to the cooking in the outdoor feastings, at least based on the use of portable fire devices. Despite the limitations imposed by the data, we could infer that the cooks in Quartier Mu belonged to at least two different social layers. If women were responsible for cooking at the domestic level, the different culinary practices in Quartier Mu may respond to one of these two gender dynamics: either men took up the restricted feasting occasions, practicing a special kind of *haute cuisine* (sensu Lèvi-Strauss) and excluding women of such prestigious events, or women from the higher classes took up the role of cooks in such ceremonies, setting up a big distance with other women from Quartier Mu. In either case, the sex-gender configuration seems to have suffered greater tensions than in the Prepalatial.

In other houses and rural farms of Malia, a central room with a fixed hearth seem to be the core of social life. If they were the main cooking locus—which seems to be the case, given the absence of kitchens anywhere else in the houses—that would give us an idea of the centrality of the cooks in the domestic units outside Quartier Mu. The culinary activity continues to be central also in certain ritual facilities. The contrast with the artisans' houses must be due to the high emphasis in crafts of luxurious items to satisfy the demands of the elites. If artisans' houses were certainly houses and not only workshops, this absence of cooking implements may attest to the tensions suffered by the cooks in the domestic units of Quartier Mu.

Regarding textiles, we have seen how in Quartier Mu the elaboration of fabrics constituted a very present activity on site, with the setup of high numbers of vertical looms. Whereas the production seem to focus on delicate and fine cloths even in the *maisons-ateliers*, the organization of work was scattered throughout the site, lacking a specific facility. I have argued that this configuration shows the upgrade of textile weaving from a maintenance activity to the production of highly specialized items without affecting much its social configuration. Despite the elitist character of Quartier Mu, they lack one of the most influential industries developed during the Protopalatial: the *murex* dyeing, a very complex and arduous process that might have been required the enrollment of forced workers.



## CAPÍTULO 7.

### EL BARRIO DE LOS ARTESANOS (MOCHLOS)

#### 7.1. Introducción

El yacimiento del Barrio de la Artesanía de Mochlos es un enclave situado en la vertiente oriental de la costa norte de Creta, que se construyó y abandonó durante la fase neopalacial MR IB. El análisis de la actividad textil y de cocina en esta comunidad revela que ambas actividades de mantenimiento, pero en especial, la de cocina, contribuyeron activamente a mantener el equilibrio social comunitario y, probablemente, a constreñir las asimetrías entre hombres y mujeres.

Sin embargo, es difícil considerar el caso del Barrio de la Artesanía como un ejemplo paradigmático del periodo Neopalacial. Los datos disponibles de esta fase de la protohistoria cretense aumentan exponencialmente con respecto a las dos anteriores. La complejidad del registro arqueológico demanda un análisis exhaustivo que aborde cada realidad arquitectónica y atienda las diferencias regionales. El presente capítulo sólo trata una pequeña parte del amplio registro arqueológico.

En las siguientes páginas presentaré una breve caracterización del periodo Neopalacial, poniendo especial énfasis en la configuración política. A continuación llevaré a cabo el análisis espacial, material y simbólico del yacimiento y, por último, haré un breve repaso al contexto más amplio del poblado de Mochlos. Unas cuantas notas sobre la situación de las actividades de mantenimiento en otros yacimientos cretenses servirán para indicar algunas ideas generales, diferentes de las desprendidas del análisis del Barrio de la Artesanía, que tendrán que ser ampliadas en futuros estudios.

## 7.2. El Neopalacial

El periodo conocido como Neopalacial (fig.56) abarca los periodos Minoico Medio III (MM III), Minoico Reciente IA (MR IA) y Minoico Reciente IB (MR IB). De acuerdo con la cronología absoluta propuesta por Warren y Hankey (1989), el Neopalacial se extendió desde el 1700/1650 ANE hasta el 1480/1425 ANE. Según la cronología alta, el periodo habría que desplazarlo cerca de un siglo antes. En total, habría durado más o menos 200 años, un periodo breve en el que la isla sufrió abundantes desastres naturales.



Fig. 56. Mapa de Creta con los yacimientos neopalaciales mencionados en el texto.

Su inicio viene marcado por los incendios generalizados que pusieron punto final al MM IIB. Pocas décadas después, durante la fase MR IA, la isla sufrió un terremoto de graves consecuencias. Sin embargo, ello solo fue el preludio de una catástrofe aún mayor: la célebre erupción del volcán de Thera (la actual isla de Santorini), cuyos efectos alcanzaron buena parte de Creta, especialmente su mitad oriental (Driessen y Macdonald, 1997: 85-104).

La fecha exacta de la erupción constituye aún objeto de intensos debates. Las discrepancias más sustanciales a este respecto se dan entre quienes defienden las fechas ofrecidas por el  $C_{14}$  y la dendrocronología, y quienes confían en la datación de eventos históricos a partir de los textos egipcios (Manning y Bruce, 2009; Warburton, 2009). Entre ambos métodos siempre ha existido un desfase temporal de aproximadamente un siglo<sup>91</sup>. Los primeros sitúan la erupción en la segunda mitad del s. XVII ANE, cerca del 1600 ANE, los segundos un

---

<sup>91</sup> Höflmayer (2012) ha cuantificado recientemente dicho desfase y en su opinión, dadas las últimas correcciones de los datos arqueológicos del Nuevo Imperio egipcio, que elevan unas décadas su cronología, el desfase hoy en día se acorta a unos 50 años.

siglo después, alrededor del 1500 ANE. En cronología relativa este desfase significa que aún se duda de si la erupción aconteció antes de que acabara el MR IA o justo a su fin, marcando el límite con el MR IB. Menos de un siglo después, otra secuencia de incendios acabó con la gran mayoría de los sitios habitados —con la notable excepción de Knossos—, poniendo punto final al periodo Neopalacial.

Si bien una parte de la literatura tradicional no cree que los desastres naturales sufridos durante el Minoico Reciente empañaran el esplendor que vivió Creta en el Neopalacial, en uno de los libros más influyentes sobre el periodo, Driessen y Macdonald (1997) defendieron que la sucesión de catástrofes naturales tuvo un impacto notable y que probablemente éstas contribuyeron, de forma indirecta, al colapso del Neopalacial. Tras un análisis exhaustivo de los cambios acontecidos en la demografía, la arquitectura, las comunicaciones, el culto, la producción industrial y la administración a lo largo y ancho de la isla, los autores argumentaron que la fase MR IB constituyó un periodo de declive gestado en las fases precedentes. En sus conclusiones afirmaron que el deterioro espolado por las catástrofes naturales se tradujo en el aumento del regionalismo, la fragmentación del poder político, la inseguridad y una creciente preocupación por garantizar la subsistencia (Driessen y Macdonald, 1997: 106). Todo ello habría sumido a la isla en una crisis sistémica que puso punto y final al predominio de Creta en el Egeo, dando lugar, a partir del MR II, a un nuevo orden político y social dominado por la influencia micénica, la nueva potencia en expansión (Driessen y Macdonald, 1997: 112-113).

No obstante, poblados como el de Mochlos confrontan las tesis de Driessen y Macdonald. Aquí, las evidencias revelan que el MR IB fue un periodo de bonanza y esplendor, caracterizado por un crecimiento demográfico considerable que incluyó, probablemente, el asentamiento de gentes venidas de Thera tras el desastre (Soles, 2004). El florecimiento del artesanado en Mochlos, que analizaré en este capítulo, ha de entenderse como un síntoma de la estabilidad que vivió esta región costera. Si, en realidad, buena parte de Creta disfrutó de un periodo de bonanza durante el MR IB, algo debió provocar el final abrupto del Neopalacial. La explicación clásica atribuye a la llegada hostil de población micénica que, ocupando el palacio de Knossos, se habrían hecho con el control de la isla (ver, por ejemplo, Hood, 1971: 383). No cabe duda de que el MR II se caracterizó por la predominancia de artefactos micénicos en el registro material y la adopción del Lineal B como lengua administrativa. Ahora bien, si las prácticas culturales micénicas fueron implantadas por población invasora o se adoptaron

por causas más complejas relacionadas con la crisis interna de Creta es una cuestión aún abierta (Preston, 2008: 311-312).

Siguiendo con la caracterización del Neopalacial, la cantidad de restos materiales de este periodo se multiplica exponencialmente con respecto a las etapas precedentes. En 1997, Driessen y Macdonald contaron más de 60 yacimientos excavados y hasta 320 construcciones conocidas, pero la cifra a día de hoy es sin duda muy superior. Más que en cualquier otro periodo, en el Neopalacial ha habido muchos esfuerzos por clasificar tipológicamente cada manifestación arquitectónica. Dentro de la arquitectura de prestigio destacan los «palacios» y las «villas». Entre los primeros, Knossos, Festos y Malia se reconstruyen y amplían. Otros como Zakros, Galatas o Petras se fundan en esta etapa. Por su parte, las villas —casas suntuosas que comparten numerosas características formales y funcionales con los «palacios»— proliferan en este periodo. En la conferencia celebrada en Atenas en 1992 en torno a estos edificios (Betancourt y Marinatos, 1997) se estableció una tipología en función de su localización que incluía: (1) villas urbanas en las inmediaciones de los centros palaciales, (2) villas situadas en el centro de pequeñas urbes y (3) villas en entornos rurales. Hay que tener en cuenta, no obstante, que la variedad formal y funcional de estos edificios se resiste a cualquier ejercicio de simplificación tipológica. Por último, existen numerosos ejemplos de arquitectura vernacular, más humilde, representada por las granjas aisladas en entornos rurales o pequeñas casas en contextos urbanos.

Recientemente, Letesson (2009: 321-368; 2012; también Letesson y Driessen, 2008) ha sido capaz de singularizar las innovaciones arquitectónicas más características del Neopalacial. Según este autor, bajo la forma heterogénea de cada edificio es posible reconocer una lógica espacial neopalacial común a casi todos ellos. Uno de los rasgos más significativos de dicha lógica es la articulación de la transición entre el interior y el exterior de los edificios a través de los llamados «espacios de transición exterior». Estos espacios adoptan la forma de vestíbulos o pasillos que conectan el exterior con la sala interior más amplia e integrada del edificio, lo que se conoce en la terminología de la sintaxis espacial que utiliza Letesson como «polo de convergencia», es decir, el lugar donde convergen la mayor parte de los caminos internos de un edificio. Los polos de convergencia neopalaciales son al mismo tiempo lugares de recepción —donde visitantes y residentes se encuentran— y núcleos multifuncionales a los que toda persona que habita el edificio tiene acceso.

La relación que se establece recurrentemente entre un espacio de transición exterior y un polo de convergencia da cuenta, según el autor, de la creciente necesidad de crear espacios interiores de reunión y, al mismo tiempo, de asegurar su monitorización (Letesson, 2012: 56-60). Los análisis de Letesson muestran que en el Neopalacial la esfera interior gana protagonismo en los eventos comunales que anteriormente se realizaban principalmente en el exterior (Letesson y Driessen, 2008: 209-210).

Por su parte, durante el Neopalacial, en algunas regiones de Creta el territorio se articula en zonas ocupadas por asentamientos con tres núcleos organizados de mayor a menor complejidad: un centro palacial como principal actor, un sector secundario (una ciudad, una villa prominente, etc.) y otro terciario (aldeas o granjas) (Rehak y Younger, 2008: 150-151). Sin embargo, aunque el modelo resulta apropiado para la descripción formal de muchos paisajes, no se ajusta adecuadamente a la realidad política y económica de Creta durante el Neopalacial, cuyas particularidades impiden la aplicación de modelos conocidos en las culturas vecinas del Mediterráneo (Driessen, 2001).

En consonancia con los debates en torno a la naturaleza y las funciones de los «palacios» que repasé sucintamente en el capítulo anterior, también la cuestión de la organización política ha vertido ríos de tinta. Si bien la comunidad científica reconoce que Creta alcanzó niveles de organización estatal ya desde el Protopalacial, el avance en las investigaciones parece confirmar que la forma estatal adoptada en la isla distó mucho del modelo tradicional, donde una única institución o líder ejercía el poder desde la cúspide de una formación piramidal.

Las evidencias indican que en Creta se desarrolló un sistema estatal corporativo y descentralizado donde diversos actores políticos competían entre sí (Nakassis *et al.*, 2010). Dichos actores no eran personajes individuales que monopolizaban los recursos y las fuentes de poder, sino, más bien, amplios grupos sociales (corporaciones) donde el poder particular de los/as líderes se restringía activamente. Ello explicaría la ausencia de manifestaciones culturales que realcen la figura de líderes específicos, tales como tumbas reales o representaciones pictóricas de dirigentes. Según este modelo, dentro de las corporaciones el poder emana del código cognitivo del grupo, que dicta, legitima y controla el ejercicio del mismo (Blanton *et al.*, 1996: 2).

Existen varias teorías respecto al carácter concreto de estas corporaciones. Por ejemplo, para Driessen (2010) tomarían la forma de *Casas* —*sensu* Lévi-Strauss (1991)— y para Hamilakis (2002) o Wright (2004) de facciones —*sensu* Brumfiel (1994)—. En el primer caso, que ya tuvimos ocasión de describir en capítulos precedentes, lo que aglutina al grupo son lazos de parentesco y la adscripción a un territorio determinado, cuya riqueza y estatus es lo que el grupo lucha por mantener y mejorar. En el segundo caso, las facciones constituyen agrupaciones sociales verticales más frágiles y estratégicas, en las que los miembros fluctúan y se busca constantemente la adhesión de nuevos acólitos. Las facciones, organizadas jerárquicamente, se aglutinan en unidades más amplias, donde todas comparten ciertos códigos culturales y sistemas ideológicos, por ello, la competencia entre ellas se fundamenta en la intensificación de la producción y el consumo, no en diferenciarse culturalmente del resto.

Los «palacios», por su parte, serían «communal, ceremonial centers that were used both by non-elite (outside) and by elite groups (inside) as meeting places for ritual, integrative actions» (Driessen, 2002: 8). Estos complejos edificios con patio central serían utilizados por las facciones o las *casas* más prósperas para controlar las ceremonias y acumular poder.

Sin embargo, es necesario vislumbrar un panorama político neopalacial muy heterogéneo, donde convivieron varias estrategias políticas. Junto a las dinámicas corporativas que enfatizan la cohesión interna, debieron sin duda existir tácticas diferenciadoras encaminadas al enriquecimiento individual o de un número reducido de personas. En esta línea también hay evidencias contundentes, como, por ejemplo, el desarrollo de una economía de bienes de prestigio controlada por las élites de Creta que, sin duda, contribuía al enriquecimiento de éstas en detrimento de los grupos a los que pertenecían (ver Parkinson y Galaty, 2007: 121).

Esta pluralidad de dinámicas políticas observables en el registro arqueológico se aborda, en la literatura, desde conceptos como el de «heterarquía» (Schoep, 2002a: 105-106, 2002b: 18 y 20; Schoep y Knappett, 2004; Legarra Herrero, 2012: 326-331). El término heterarquía surgió, a mediados del siglo xx, en el seno de estudios de neurociencia (McCulloch, 1945), desde donde emigró hacia múltiples disciplinas interesadas en el estudio de sistemas complejos (biológicos, empresariales, de información, sociales, etc.). Fue Carole Crumley (1987, 1995, 2001), en los años 80, quien primero introdujo este concepto en la literatura arqueológica. Según su definición, «structures are heterarchical when each element is either

unranked relative to other elements or possesses the potential for being ranked in a number of different ways» (Crumley, 1987: 158). Es decir, un sistema es heterárquico cuando se cumple una de las siguientes circunstancias: o bien sus elementos no están ordenados de forma jerárquica, o bien pueden ordenarse jerárquicamente pero de forma variable, es decir, cada elemento es susceptible de ocupar diversas posiciones en función de las circunstancias. Como decíamos, la estructura político-económica de Creta desde el MM hasta el final del Neopalacial se califica de heterárquica porque todo apunta a que los medios de producción, los recursos, el estatus, el control del comercio exterior, el poder político, etc. fluctuaron de unas corporaciones a otras, o de unos actores políticos (*polities*) a otros (Schoep, 2010), sin que una única institución tomara el control de todo ello.

Si bien en los últimos años hemos avanzado mucho en la comprensión de estos fenómenos políticos, aún quedan bastantes puntos que aclarar. Por ejemplo, con el énfasis en las estrategias corporativas de poder a veces se ha caído en el error de infravalorar el papel de los «palacios» como centros administrativos y económicos. Incluso si sus instalaciones se destinaban fundamentalmente a ceremonias de comensalidad, es indiscutible que, debido a su capacidad como grandes centros consumidores de bienes de todo tipo, debieron tener un impacto considerable en la vida de los habitantes de la isla (Nakassis *et al.*, 2010: 242). Asimismo, todavía no está del todo explicado cómo es posible que el fenómeno arquitectónico de los palacios surgiera a lo largo y ancho de la isla si los actores principales son pequeños grupos diversificados, heterogéneos, con intereses particulares; o cuáles eran en cada caso las razones concretas de la competencia entre facciones o *casas* (Day y Relaki, 2002). Si bien hemos mejorado nuestra comprensión del conjunto, aún resultan opacos los detalles sobre el funcionamiento y carácter de cada actor político.

#### *Estructura heterárquica y sistema sexo-género*

El nuevo escenario teórico sobre la complejidad sociopolítica neopalacial abre nuevas posibilidades para el estudio de las relaciones de género, una cuestión que aún no ha sido muy explorada. ¿Qué impacto pudo tener la estructura heterárquica neopalacial en el sistema que pautaba las relaciones entre hombres y mujeres? Podría darse el caso de que, en correspondencia con la falta de una jerarquía política piramidal y estable, el sistema sexo-género tampoco hubiera tomado la forma de un patriarcado homogéneo e inflexible. Es

probable que, al no existir una ideología social impuesta desde la cúspide, tuvieran cabida diversas maneras de organizar las relaciones de género.

Sólo recientemente algunos/as autores/as han empezado a explorar, a nivel teórico, las posibles conexiones que puede haber entre el género y la heterarquía (Levy, 1999, 2006; McCafferty, 2009; Hutson *et al.*, 2013). El asunto ha surgido en el seno de los debates en torno a la complejidad social y la aparición de los estados. Si se cuestiona que la complejidad social pase ineludiblemente por la creación de estructuras jerárquicas estables, también hay que cuestionar que la complejidad traiga consigo necesariamente estructuras patriarcales inflexibles (Pyburn, 2004). El hecho de comprobar que la heterarquía es una estructura relativamente frecuente de organización estatal ha revivido el antiguo debate sobre el papel de las mujeres en la construcción de los estados (Silverblatt, 1988), poniendo de nuevo en evidencia que «no uniform history of women in the state can account for the complex, often contradictory, histories of how women have engaged their particular political worlds» (Silverblatt, 1988: 452).

Hasta el momento, la aplicación del concepto heterarquía a las estructuras de género se reduce a tener en consideración las sutilezas y la diversidad de las relaciones entre hombres y mujeres, aquellas que a veces se ignoran cuando los estudios son muy generalistas. Por ejemplo, como explican Hutson, Hanks y Pyburn (2013), a menudo se entiende que un sistema sexo-género es heterárquico cuando, aún siendo patriarcal, contiene ámbitos en los que las mujeres tienen acceso a cotas de autonomía y de prestigio significativas. Asimismo, Janet Levy (2006) contempla que las relaciones de género son heterárquicas cuando se demuestran que no siguen un sólo patrón unidireccional de poder/sumisión.

Sin embargo, coincido con la crítica que realizó Brumfiel (1995) cuando objetó que la palabra heterarquía tenía —y sigue teniendo—, en la mayoría de estudios arqueológicos, un carácter meramente descriptivo, que nos dice poco sobre las estructuras y los contextos que la hacen posible. Sirve para no olvidar que los sistemas complejos son, efectivamente, complicados (Hutson *et al.*, 2013: 54-55), desbaratando definitivamente las asunciones que implicaban los modelos del evolucionismo social. Pero, en el caso particular de las relaciones de género, el concepto de heterarquía ha sido usado de una manera excesivamente amplia, perdiendo buena parte de su especificidad. Para dar cuenta de la diversidad en el seno de los sistemas



sexo-género ya existían herramientas teóricas como la interseccionalidad (p.e. Lozano, 2011) o la atención a las distintas escalas de agencia (p.e. Dobres, 1991), entre otras.

Para intentar afinar un poco más las implicaciones de las estructuras heterárquicas en el género propongo retomar la discusión sobre la importancia de los rasgos identitarios relacionales. Para ello, me gustaría regresar, momentáneamente, a las tesis sobre la identidad de Almudena Hernando. Esta autora nos recuerda que «[...] el conjunto de las relaciones sociales que una persona establece es lo que la constituyen como tal. Lo que llamamos “sociedad” o “economía” o “ideología” no existen por sí mismos, como algo que se pueda tocar o que tenga consistencia material de alguna clase. Se trata, simplemente, del nombre que damos a determinados tipos de relación entre los miembros de un grupo social.” (2005: 77). Es decir, cualquier sistema sociopolítico es, en realidad, la suma de las relaciones interpersonales de sus miembros que, a su vez, son la expresión de la subjetividad de las personas que las protagonizan.

Las estructuras heterárquicas constituyen un escenario especialmente adecuado para observar con claridad las tensiones que provocan los rasgos individualizadores y los rasgos relacionales (ver una reflexión al respecto en Gallego-Lletjós *et al.*, 2012). Es probable que, en el seno de las corporaciones cretenses, el protagonismo dado al código cognitivo del grupo y la ausencia de personalismos se correspondiera con la prevalencia de rasgos relacionales en detrimento de los rasgos individualizadores. Si muchas de estas corporaciones tomaron la forma *lévi-strauniana* de casas, como sugiere Driessen, tiene sentido que su carácter conservador, donde la cohesión del grupo era prioritaria, estimulara la presencia de la identidad relacional entre sus miembros, aunque fuera una relacionalidad forzada como estrategia de igualación. Si esto fue así, es lógico que las actividades de mantenimiento gozaran de una presencia pública significativa y que el estatus de las mujeres —quienes históricamente han encarnado una identidad relacional más clara— se hubiera visto beneficiado.

En otros casos, donde las élites se esforzaban por distanciarse de su comunidad, la situación sería la contraria. Las élites habrían alimentado sus rasgos individualizadores por encima de los relacionales, en cuyo caso el estatus de las mujeres podría haberse visto resentido, y las actividades de mantenimiento ensombrecidas (tal y como observamos, por ejemplo, con el caso del Quartier Mu). Todo ello son, por supuesto, solo hipótesis que se basan en la regularidad histórica que vincula a las mujeres con la relacionalidad.

Durante el Neopalacial, observamos un aumento significativo de representaciones antropomorfas. En las etapas precedentes, la representación de la figura humana en Creta se limitaba a un exiguo número de estatuillas de terracota, algún vaso de cerámica antropomorfo y apariciones aisladas en la glíptica. Los avances técnicos que trae consigo el Neopalacial estimularon la profusión de representaciones humanas en todo tipo de soportes, destacando, especialmente, los grabados de los sellos y los frescos (Rehak y Younger, 2008). De estos últimos, nos ocuparemos a continuación.

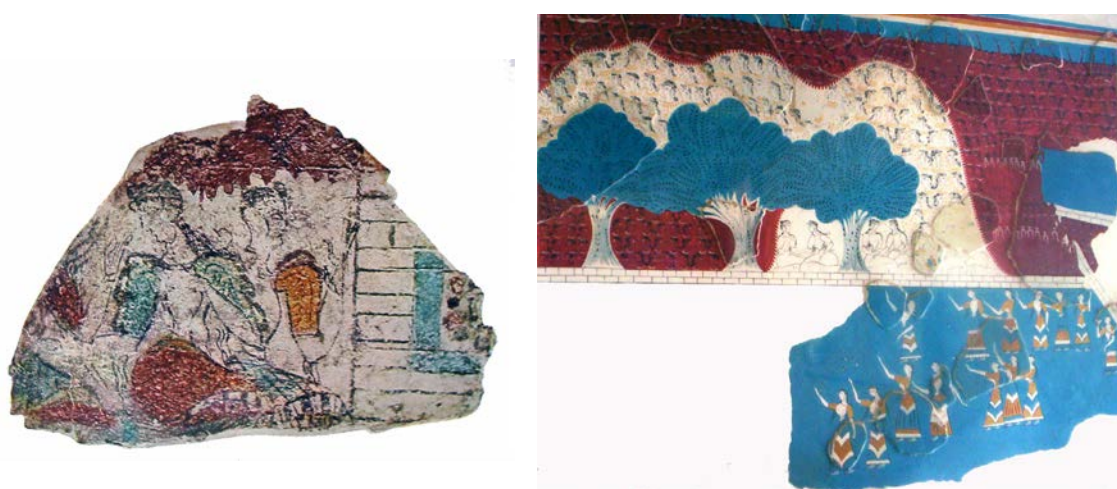


Fig. 57. Frescos hallados en Knossos. A la derecha, fragmento del conocido como «Grandstand fresco» (según la reproducción en Evans et al., 1967). A la izquierda el «Sacred Grove and Dance fresco» (expuesto en el Museo Arqueológico de Iraklio, foto de la autora).

La capacidad técnica necesaria para producir los frescos del Neopalacial fue alimentándose, poco a poco, desde el tercer milenio a.C. En las construcciones prepalaciales como Myrto Fournou Korifi, ya se usaba un enlucido para proteger y aislar de la humedad muros, techos y suelos. La composición de esta capa protectora fue mejorándose con el tiempo, desde los inicios en que se usaba barro con mínimas aportaciones de cal, hasta el fino encalado que se usa en el Neopalacial (Shaw, 2009: 140-147). En ocasiones, dicho enlucido se teñía de algún color, y ya, en el Protopalacial, se empezó a ensayar con motivos abstractos (Rehak y Younger, 1998: 119). Pero a partir del MM III se dio un salto técnico exponencial con la composición de dibujos complejos pintados al fresco<sup>92</sup>. Las imágenes incluían detalles

<sup>92</sup> Aunque parece claro que una buena parte de las imágenes se pintaron con el muro húmedo usando la técnica clásica del *buon fresco*, es posible que también se usara el método del *fresco secco*. Ver el estado de la cuestión respecto a la técnica en Jones (2005).

paisajísticos con plantas y animales, y escenas con figuras humanas. Knossos es el lugar donde más representaciones pictóricas se han recuperado (fig. 57), incluyendo algunos de los mejores ejemplos de la pintura en relieve que realizaban con barro. Fuera de Knossos, imágenes al fresco con figuras humanas se han hallado en Pseira, Palaikastro, Agia Triada y en Tourkogeitonia en Archanes (Rehak, 1997: 166; Rehak y Younger, 1998: nota 183), aunque, en cada lugar, apenas se halló una figura de forma aislada, nada que ver con el programa de imágenes tan extenso de Knossos. Rehak y Younger (1998: 111-112) consideran que en el corazón de los desarrollos artísticos del Neopalacial, y especialmente en el despliegue pictórico de los frescos, está la revolución experimentada en la glíptica a finales del MM II y comienzos del MM III. La fabricación de herramientas más precisas (como el llamado *bow-lathe*) permitió una mayor precisión en la talla de las piedras, abriendo enormes posibilidades para grabar escenas con mucho detalle.

La imágenes neopalaciales, tanto en sellos como en muros, repletas de personas en distintas situaciones, han suscitado debates en torno a dos cuestiones que merecen recalcar aquí: la relación sexo/género y la cuestión del estatus. En lo que respecta a la primera, las imágenes ofrecen una ventana por la que asomarse al modo en que la sociedad neopalacial estaba «generizada» (*gendered*, en inglés). Recordemos que el género es una categoría cultural e histórica, por lo que es preciso contemplar la posibilidad de que algunos grupos humanos no lo construyan de forma binaria<sup>93</sup> y que, si lo hacen, no polaricen las categorías en la forma en que lo hace nuestra cultura en la actualidad. Cómo una comunidad representa el cuerpo humano es un buen indicador de esta cuestión. Gran parte de la comunidad científica acepta que las pinturas y los grabados en los sellos diferencian claramente los hombres de las mujeres usando convenciones como el color o la vestimenta. Los hombres suelen pintarse de color rojo y las mujeres de color blanco. Los hombres suelen llevar una prenda muy escueta para tapar sus genitales, mientras las mujeres aparecen casi siempre ataviadas con largas faldas y corpiños profusamente decorados.

No obstante, ha habido quienes han puesto de manifiesto los casos en que las pinturas parecen saltarse las normas de representación del género (fig. 58) e invierten los colores, o no respetan la indumentaria propia de cada sexo (Hitchcock, 2000; Alberti, 2002; Masvidal

---

<sup>93</sup> Cuando digo construir el género de forma binaria me refiero a los casos, mayoritarios, en que se distingue, exclusivamente, entre hombres y mujeres. Hace algunas décadas que tanto desde la arqueología como la antropología se conocen casos de sociedades que contemplan terceros o múltiples géneros.

y Picazo, 2005: 126-127). En lugar de considerarlas excepciones, estos/as autores/as han creído más apropiado concebir un esquema sexo-género minoico que no es exactamente igual al nuestro, en el que las fronteras entre lo masculino y lo femenino no son siempre tan netas. Según este modelo, las excepciones iconográficas no son tales, son, en realidad, la representación de un sistema sexo-género propio. Yo misma (Lozano, 2008) seguí hace años esta misma línea de pensamiento, revisando las imágenes del palacio de Knossos y del poblado de Akrotiri. En aquella ocasión comprobé, tal y como proponía Alberti (2002), que la forma de representar el cuerpo humano que reflejan las pinturas neopalaciales de Knossos no insiste en las diferencias anatómicas sino en las similitudes, y que los rasgos más puramente sexuales (en especial los pechos femeninos) parecen atributos secundarios (como la ropa o los peinados) para individualizar a las figuras, no para marcar la oposición femenino/masculino (Lozano, 2008: 354). Sin embargo, creo que al poner el acento en las similitudes, infravaloré la presencia de diferencias en las imágenes. Hoy en día matizaría aquellas conclusiones reconociendo que las imágenes sí reflejan un género binario pero bastante más flexible y menos polarizado que el nuestro.



Fig. 58. Fragmento de uno de los paneles del fresco «Salto del Toro», hallado en Knossos. La figura aparece con vestimenta masculina pero con color blanco, la convención para la representación de las figuras femeninas (reproducción según Evans et al., 1967).

Merece la pena recordar aquí el trabajo de investigación de Maria Mina (2008, 2009) con las figurillas de terracota antropomorfas de Creta y Chipre durante el Neolítico y el Bronce Antiguo (ver página 165). En aquel caso Mina también comprobó que la iconografía antropomorfa deja en un segundo plano las diferencias sexuales, transmitiendo de forma prioritaria mensajes referentes al estatus o las características grupales, no individuales. En las pinturas neopalaciales, como las figurillas que analizó Mina, observamos el mismo fenómeno.

El otro aspecto que suscitan las imágenes neopalaciales es la cuestión del estatus. Por primera vez, podemos observar a numerosos agentes interactuando en distintas actividades. Dado que las pinturas pertenecen a edificios prominentes —y en especial a Knossos— parecía lógico esperar que alguna de ellas nos diera una pista de qué personajes ejercían el poder político, tal y como ocurre en los programas iconográficos de las culturas aledañas (Próximo Oriente, Egipto, Micenas, etc.). Sin embargo, no ha sido así. La cuestión que más ha preocupado a la comunidad científica respecto a la iconografía es la aparente ausencia de imágenes inequívocas de personajes con poder político. Este fue, por ejemplo, el eje central que se trató en una de las reuniones del Aegeum, que dio como resultado el volumen titulado *The role of the ruler* (Rehak, 1995). En él, muchos/as autores/as se interesaron por explorar el sexo de las personas en la cúspide del poder en Creta sin que pudieran alcanzar una respuesta definitiva.

Lo que muestran las imágenes son ceremonias grupales, donde hombres y mujeres no se mezclan entre sí, no participan simultáneamente en los mismos ritos (ver Driessen, 2013), aunque hay excepciones como el fresco del Salto del Toro (fig. 58) donde esta norma parece que se rompe. En cualquier caso, el acento siempre se sitúa, como diría Chapin (2007), en la «coalición», no en el protagonismo de individuos particulares.

### **7.3. El Barrio de la Artesanía (*Artisans' Quarter*) en Mochlos**

El *Artisans' Quarters*, o Barrio de la Artesanía, es un pequeño enclave perteneciente al yacimiento de Mochlos. Situado en la costa nororiental de Creta, entre el Golfo de Mirabello y la Bahía de Siteia (fig. 59a), Mochlos es un poblado que contó con una intensa ocupación desde tiempos prepalaciales. Fue descubierto por Richard Seager (1909; 1912) a principios del siglo xx y, a partir de los 90, estudiado por un equipo greco-americano liderado por Jeffrey Soles y Costis Davaras (Soles y Davaras, 1994, 1996).

En la actualidad, la zona principal del poblado se sitúa en un pequeño islote a pocos metros de la orilla. Durante la Edad del Bronce, sin embargo, el islote estaba unido a la costa por un estrecho istmo —hoy sumergido— que funcionaba como un excelente refugio para los barcos que pasaban por la zona. Como el islote es una roca sólida con muy poco sedimento, sin tierra arable y sin fuentes de agua dulce, sus habitantes debieron confiar plenamente en los recursos al otro lado del istmo. Allí, la costa forma una llanura fértil que se extiende a lo largo de unos 4,5km y cuya anchura roza los 1000m. Las montañas Ornos cercan la llanura, aislándola del interior de Creta. Hoy en día, esta explanada sigue siendo fértil y en ella se cultiva intensamente (Soles, 2003: 1-6).

El Barrio de la Artesanía se sitúa en la llanura, muy cerca de la orilla del mar. El proyecto greco-americano trabajó aquí a principios de los años 90 con motivo de la construcción de una carretera. Su trazado era interceptado por los restos del Barrio de la Artesanía, lo que obligó a cubrir con sedimento todas las catas una vez finalizados los trabajos. Se sacaron a la luz restos de tres edificios (A, B y D) de los cuales A y B se excavaron completamente y D solo de forma parcial (fig. 59b). Un cuarto edificio, el C, fue expuesto tras las obras en un hotel cercano, sin que se pudiera llevar a cabo ningún estudio exhaustivo, pero según Soles formaría parte del mismo conjunto (Soles, 2003: 8). Por lo tanto, es preciso tener en cuenta que aunque hablaremos solo de los edificios A y B el llamado Barrio de la Artesanía era más extenso.

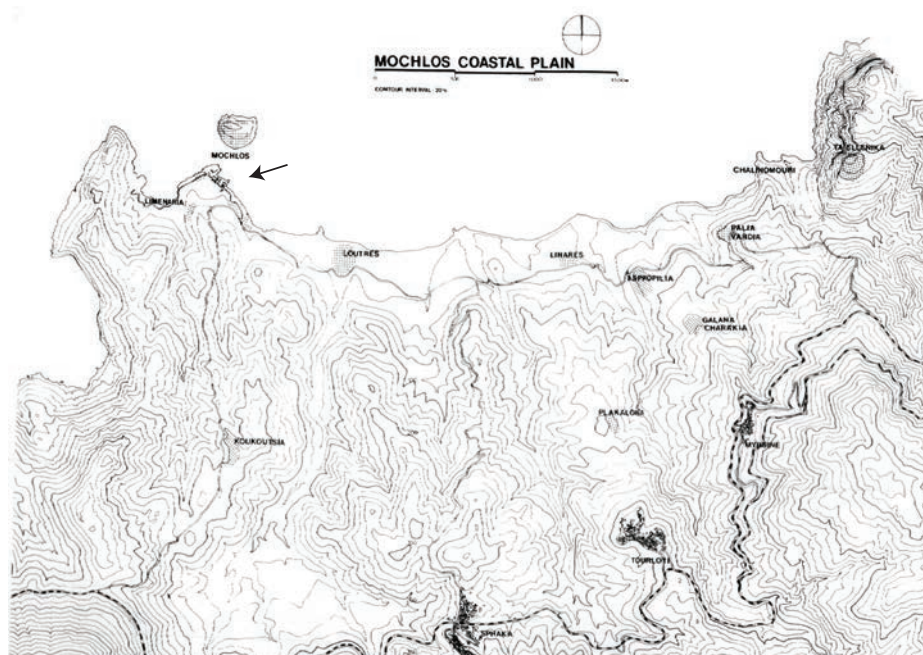


Fig. 59a. Situación del yacimiento de Mochlos. La flecha señala el empñazamiento del Barrio de la Artesanía (mapa topográfico de M. Raid en Soles, 2003: figure 1).



Fig. 59b. Edificios del Barrio de la Artesanía (según Soles, 2003: figure 2).

Tanto el estudio cerámico como el análisis estratigráfico coinciden en contemplar una sola fase de ocupación en el Barrio de la Artesanía correspondiente al MR IB (Barnard y Brogan, 2003: 104-111). En algunas zonas se localizaron depósitos de tefra procedente de la erupción de Santorini inmediatamente debajo de la fundación de los muros, lo que indica que los edificios se levantaron aquí justo después del desastre<sup>94</sup>.

El MR IB en Mochlos fue, en general, una época de expansión y crecimiento (Soles, 2004). En la zona de ocupación situada en el islote se levantaron nuevas casas, muchas de ellas de una entidad importante: con dos pisos, salas nobles con pilar central y bloques de ortostatos en su perímetro exterior. En la costa, se instalaron los talleres y en los promontorios que rodean la llanura se construyeron granjas aisladas.

El crecimiento que experimentó Mochlos en el MR IB probablemente se nutrió de gentes venidas de fuera, bien de otras regiones de la isla, o bien del exterior. En este sentido, Soles sugirió que parte de los nuevos pobladores habrían venido de las Cícladas huyendo

<sup>94</sup> Por ejemplo, en la sala 10 del Edificio A, indicando que su construcción se realizó justo después del desastre (Soles, 2003: 10).

de la destrucción del volcán.<sup>95</sup> La instalación en Mochlos de estas nuevas gentes debió estar motivada por la estabilidad y prosperidad de la zona, que en pocos años dio lugar al desarrollo de un artesanado muy amplio. Huellas de un crecimiento semejante se observan también en el asentamiento de Gournia y en general en la bahía de Mirabello, algo que según Soles contradice, al menos en el caso de Creta Oriental, el panorama de declive dibujado por Driessen y MacDonald (1997) para el MR IB.

### *Los edificios A y B*

Ambos edificios (fig. 60) contienen las condiciones de conservación apropiadas para el estudio funcional de los espacios en general, y de las actividades de mantenimiento en particular. Fueron destruidos al final del periodo por un incendio que selló buena parte de los depósitos, que permanecieron inalterados. En este caso, además, los edificios solo tenían una planta, lo que facilitó enormemente la comprensión de los restos. El equipo de investigación que excavó las ruinas puso especial interés en recuperar los suelos de habitación, diferenciando, siempre que fuera posible, entre los restos en uso en el momento de la destrucción y lo que se acumuló en el suelo, formando parte del mismo, durante la vida útil de la estancia. La mayor parte de los suelos de habitación —asentados sobre la roca madre— presentaban una potencia de entre 10 y 45cm en función de la intensidad de uso de cada estancia.

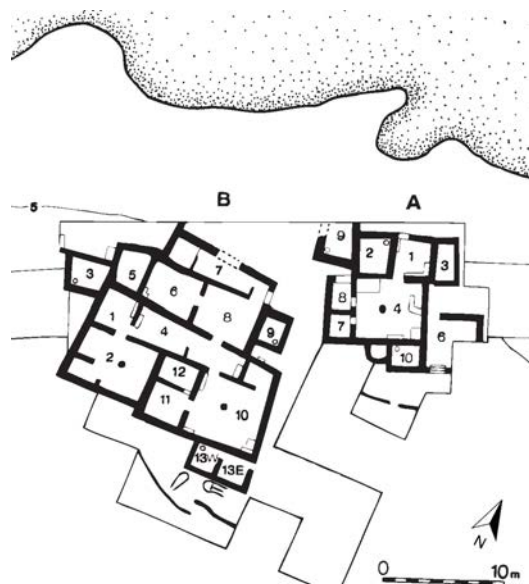


Fig. 60. Planta de los Edificios A y B del Barrio de la Artesanía en Mochlos (según Soles, 2003: figure 4).

95 Una de las evidencias que Soles extrajo en favor de esta hipótesis es la presencia de cerámica cicládica. Sin embargo, reconoció que la producción artesanal y la inmensa mayoría de la cerámica del yacimiento era de tradición minoica, y, por tanto, es posible que fueran gentes ya habituadas a las formas culturales cretenses (Soles, 2003: 96).



El Edificio A (Soles, 2003: 7-40) lindaba con el pueblo moderno de Mochlos, que engulló su parte oriental, de la cual no se conocen muchos detalles. La parte norte<sup>96</sup> también quedó dañada por la inmersión del istmo. A pesar de ello, la mayor parte sobrevivió inalterada. Durante su ocupación, el edificio fue modificado varias veces, tal y como evidencia la estructura de sus muros. El plano original era más pequeño y más compacto que su forma final (fig. 61). Originalmente, el Edificio A estaba compuesto de las salas 4, 7 y 8. Enseguida se añadieron los espacios 1 y 2. Los muros exteriores de este núcleo eran más gruesos que los interiores y forman una fachada continua. En la segunda fase se añadieron 4 ó 5 salas. Probablemente la más temprana fue la sala 10 junto con su pequeño espacio anexo. Luego se habría construido la sala 3, cuyo plano no encaja muy bien con la fachada a la que se adhiere. A continuación la sala 6 y tras ella el área 5, una zona abierta situada al norte. La sala 9 fue quizás la última adición, cuya construcción restringió considerablemente la entrada al edificio. Es muy probable que otra habitación quedara al norte de las salas 1 y 2, pero la erosión de la costa en esa zona nos impide saberlo con seguridad.

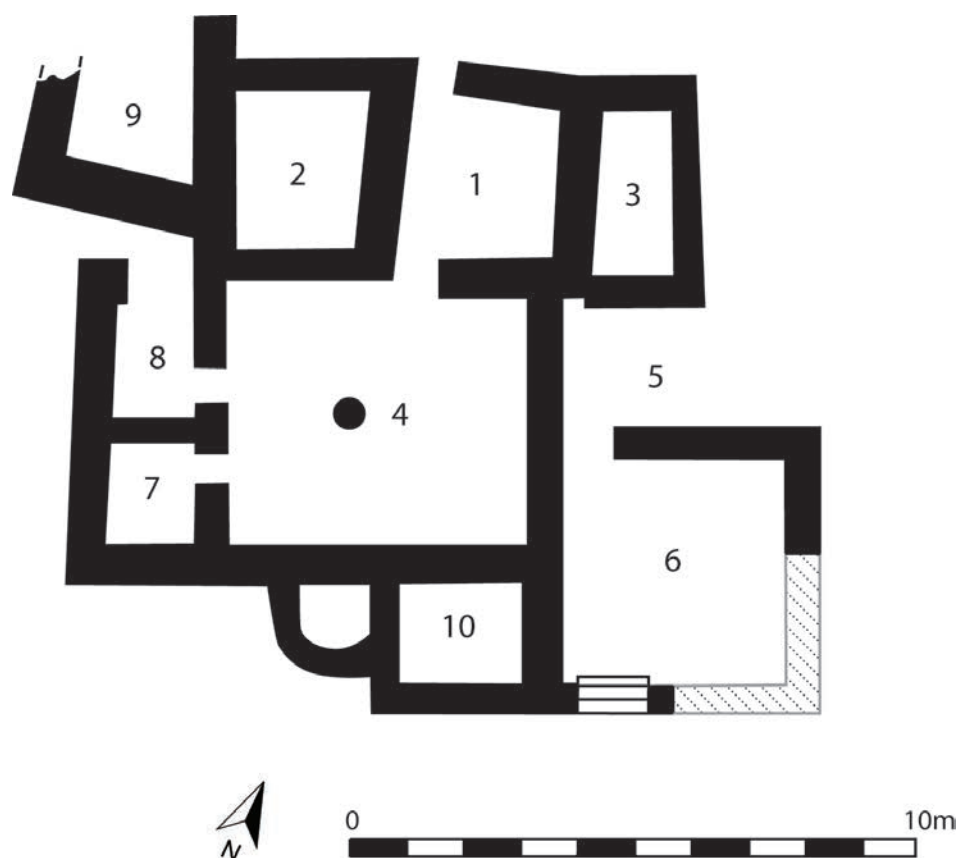


Fig. 61. Planta del Edificio A

<sup>96</sup> Siguiendo el estilo descriptivo que Soles y sus colaboradores/as hacen del poblado, cuando indico “norte” en realidad me refiero a una dirección ligeramente nor-oeste.

El edificio B (Soles, 2003: 41-89), situado al oeste del Edificio A, perdió su parte septentrional por su cercanía con la costa. Sus estancias 2 y 4 sufrieron cierta erosión por la vegetación que creía cerca de la carretera colindante. No obstante, la mayor parte del edificio fue rescatado intacto. El plano final del edificio constaba de 13 estancias pero empezó como una construcción más pequeña que se expandió, como el Edificio A, en distintas fases. Su estratigrafía es idéntica a la del Edificio A. La sucesión de etapas constructivas es la siguiente (fig. 62). Durante la fase 1 se levantaron los espacios 6, 7, 8 y quizás 5. La zona al sur, que luego se completó con más estancias, funcionó como un área abierta. En la fase siguiente se añadieron las estancias 1, 4, 2, 10-12. En este momento la número 4 se transformó en una especie de pasillo que llevaba a la sala 1 y conectaba las nuevas unidades 2 y 10 con el edificio anterior. En la última fase, se levantaron las salas 9, 3 y 13, muy parecidas en su localización y características a los últimos añadidos del Edificio A. En la zona exterior, opuesta a la costa, se hallaron dos hornos de alfar, en posible conexión con la sala 13.

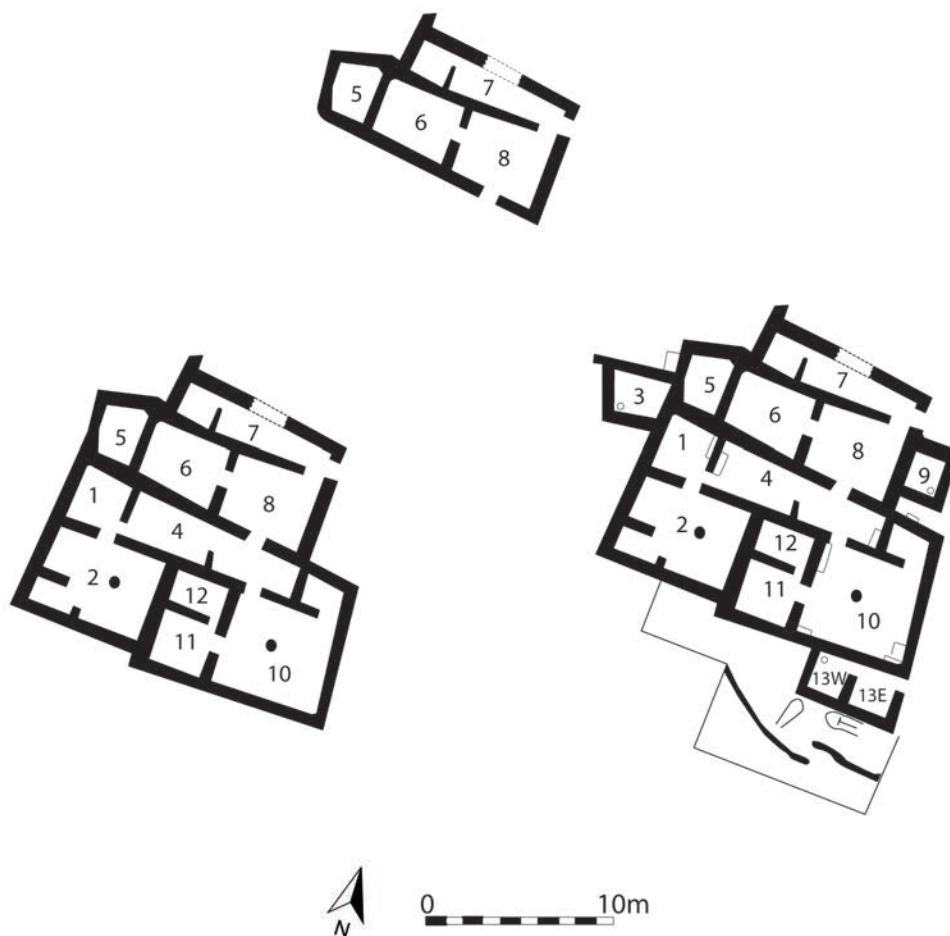


Fig. 62. Planta con las sucesivas ampliaciones del Edificio B

Ambos edificios estaban organizados de forma similar. En su interior constaban de dos estancias amplias usadas como taller (**B2, B10, A4, A1**)<sup>97</sup>, un pequeño santuario (**B1, A6**), unas habitaciones seguramente destinadas al descanso (**B12, B10, A7**), y varias cocinas adosadas en el perímetro exterior (**B3, B9, B13, A9, A2, A10**). Las actividades identificadas más significativas son los trabajos artesanales, la actividad culinaria y la producción textil. De forma más desdibujada, con menor presencia material, también se documentan el consumo de alimentos y un mínimo almacenaje de víveres (fig. 63 y fig. 64).

### *7.3.1. La actividad artesanal*

Si lo comparamos con el Quartier Mu, el Barrio de la Artesanía de Mochlos fue la sede de una intensa actividad artesanal pero de un carácter muy distinto, casi opuesto, al de las Casas-Taller del enclave maliota. Siguiendo las tesis de Costin (1991), Soles (2003: 96-99) consideró que los/as artesanos/as afincados en los Edificios A y B debieron haber desarrollado su trabajo de manera independiente, sin la presencia de una autoridad que controlara su producción o su trabajo. Si recordamos las tesis de Poursat (1996) respecto al artesanado maliota del Quartier Mu, allí las evidencias indicaban que las Casas-Taller eran la sede de artesanos/as dependientes.

En Mochlos, los/as artesanos/as eran probablemente especialistas a tiempo parcial que compaginaban las tareas de subsistencia y de mantenimiento con la producción artesanal, todo ello en la misma unidad doméstica. No obstante, dada la gran cantidad de debris producido en algunos sectores, es posible que algunos de los miembros del grupo se dedicara al trabajo artesanal a tiempo completo (Soles, 2003: 98).

Una de las diferencias más significativas respecto al Quartier Mu es el tipo y la calidad de objetos que se producían. Al no servir las necesidades de ningún patrón concreto, ni depender de ningún centro de poder, no elaboraban objetos de prestigio, sino más bien utilitarios, aquellos con los que abastecer a la comunidad cercana, incluidas las numerosas granjas de la zona. De hecho, el Barrio de la Artesanía convivió con otros establecimientos parecidos, como las casas C.7 y C.2 situadas en el poblado principal y que también han proporcionado restos de actividad artesanal.

---

<sup>97</sup> En la nomenclatura de las estancias la letra corresponde al edificio (A o B).

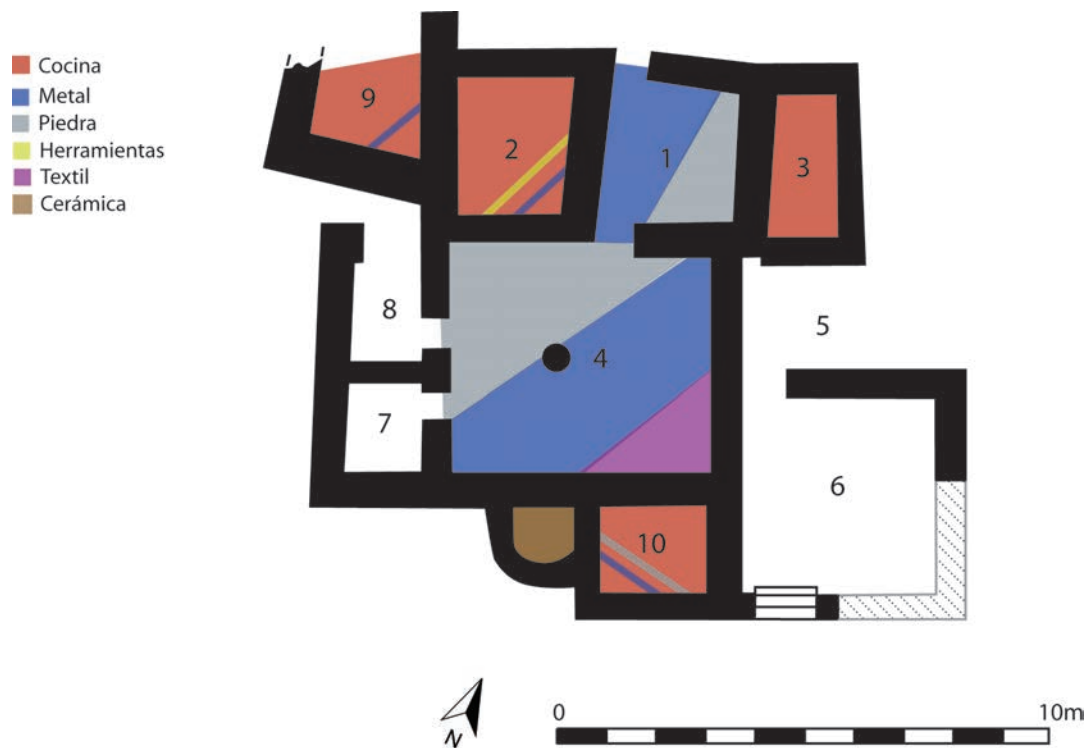


Fig. 63. Distribución actividades en el Edificio A. «Metal», «Piedra», «Textil» y «Cerámica» hacen referencia a los trabajos artesanales. «Herramientas» se refiere a la presencia de útiles multifuncionales relacionados con el trabajo artesanal.

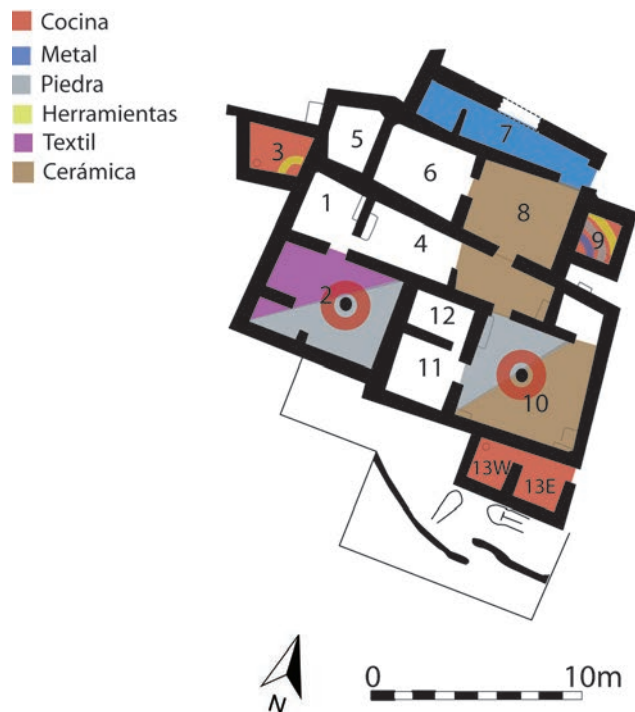


Fig. 64. Distribución actividades en el Edificio B. «Metal», «Piedra», «Textil» y «Cerámica» hacen referencia a los trabajos artesanales. «Herramientas» se refiere a la presencia de útiles multifuncionales relacionados con el trabajo artesanal.

En opinión de Soles (2003: 98), la unidad social que habitó el Barrio de la Artesanía no sería ni una familia nuclear ni extensa exactamente. Fijándose en casos tradicionales de familias de artesanos/as, el autor consideró que en cada uno de los edificios convivirían varias familias, la del maestro/a y aquellas de los/as aprendices.

Uno de los aspectos en los que centraré el análisis es en la convivencia tan estrecha que se aprecia entre los trabajos artesanales y las actividades de mantenimiento. Tal y como afirmó Soles (2003: 98):

«In an artisan family, some individuals would be involved in nonproduction activities that supported the specialists, such as the tending of flocks, the preparation of food, the collection of raw materials, or the distribution of finished goods. The artisan family acted as a close-knit, interdependent community producing utilitarian goods to support its subsistence needs».

Es decir, en una familia dedicada a la artesanía, todos sus miembros colaboran estrechamente para el buen funcionamiento del grupo. En el caso del Barrio de la Artesanía, además, las diversas actividades convivían en los mismos espacios.

Con el objetivo de entender la intrincada conexión espacial y material que hay entre todos los trabajos, vamos a describir detalladamente, primero, las artesanías y, a continuación, las actividades de mantenimiento. Pondremos especial énfasis en definir las diversas localizaciones en donde se llevaba a cabo el trabajo. Hay tres artesanías claras: la talla de objetos de piedra, la metalurgia del cobre/bronce y la producción cerámica. Y una cuarta, la producción textil cuyo carácter doméstico o comercial no está tan claro.

Igual que ocurría en las Casas-Taller del Quartier Mu, el registro arqueológico ha proporcionado evidencias pertenecientes a varias fases de los respectivos procesos productivos, entre las cuales se incluyen materias primas, desechos, herramientas, productos terminados y en proceso de fabricación (Soles, 2003: 93-100).

### *Talla de objetos de piedra*

Los objetos tallados<sup>98</sup> en piedra que se manufacturaban en el Barrio de la Artesanía eran fundamentalmente recipientes (en particular cuencos y alabastros), tapas, y mesas de trabajo. Como materia prima se utilizaba la serpentinita y, en menor medida, distintos tipos de calizas, todas ellas disponibles en abundancia en las cercanías del yacimiento. Las herramientas halladas atestiguan los métodos abrasivos y de perforación usados en el trabajo de la piedra: brocas, guías para perforar, cuñas, un cincel de bronce y una punta también de metal. De hecho, algunos de los recipientes encontrados muestran marcas provocadas por este mismo tipo de herramientas. Otros materiales atestiguan las técnicas empleadas en el acabado final: los restos de cuarzo y arenisca para facilitar la abrasión, la tefra volcánica (acumulada en el patio trasero del Edificio A) para pulir o el aceite de oliva para el alisado final (Soles, 2003: 93; Soles *et al.*, 2004: 35-40).

Esta actividad se ha identificado con claridad en tres salas reconocidas como talleres: la sala **A1**, **B2** y **B10**. Además de éstas, hay otras estancias en las que se guardaba material de trabajo. Es el caso de **B12** y **B11**. Aunque han sido descritas como espacios de habitación y descanso, en ellas hay también herramientas, materias primas y objetos de los/as artesanos/as que trabajaban en la sala **B10**. Asimismo, hay evidencias del trabajo con la piedra en la estancia **B9**, que en este caso es una cocina. Finalmente, hay huellas de esta artesanía en la zona exterior noroeste.

### *Trabajo del metal*

El edificio A concentra la mayor parte de las evidencias relacionadas con el trabajo del metal. En él, se hallaron lingotes de cobre listos para ser fundidos, desechos de metal almacenado para su reciclaje y restos característicos del proceso de fundición en molde. No se identificaron, sin embargo, los hornos específicos de reducción ni de fundición, ni tampoco había rastro de toberas. Solo está atestiguada la técnica del colado en moldes. En el muro sur de la desaparecida habitación norte del Edificio A (al NO de la sala **A1**) se construyó una cista de piedra que albergaba un depósito de metal, con lingotes nuevos de cobre y restos de objetos

---

<sup>98</sup>El equipo que excavó y analizó los objetos de piedra asumió que todos ellos, salvo uno claramente importado, habrían sido producidos in situ y serían una buena muestra de la producción del taller destinada al intercambio (Soles *et al.*, 2004: 35-40)

metálicos rotos. Probablemente, el contenido de la cista conformaba la materia prima para la fundición.

La presencia de goterones —pequeñas esferas metálicas fruto del proceso de colada que caen fuera del molde— puede indicar dónde se realizaba el vertido del metal. Algunos se hallaron en la cista de piedra, indicando que incluso estos desperdicios se reciclaban. Las concentraciones más significativas están en **A2** (donde se hallaron 9 de ellos), **A4** (más de 49), **A9** (18) y en el Edificio B, en **B9** (tan sólo 5) (Soles, 2003: 94).

En total se encontraron siete moldes, seis de ellos de cerámica<sup>99</sup> y uno de piedra. Fueron localizados en la sala **A1** (3 ejemplares), **A2** (2 ejemplares) y **A9** (1 ejemplar). Aquellos que conservan su estructura completa servían para dar forma a cabezas de remache, cilindros y asas, es decir, piezas comunes (Soles *et al.*, 2004: 22-23). También de carácter utilitario son los objetos de metal encontrados, como pinzas, punzones, cinceles, anzuelos, cuchillos pequeños y recipientes cotidianos como cuencos. La concentración más significativa de objetos de metal se halló en **A2**.

#### *Producción cerámica*

En el Barrio de la Artesanía hay numerosas evidencias de la producción cerámica a torno, sin embargo se conoce poco acerca del tipo de cerámica concreta que se producía (Soles 2003: 94-95). En el edificio B había seis tornos de alfar, cuatro de ellos ya en desuso antes de la destrucción del poblado. Los dos tornos en uso se hallaron en las salas **B4** y **B8** junto con bases de piedra para sustentar su eje. Como no son salas especialmente iluminadas, es muy probable que los tornos estuvieran en su lugar de almacenaje y que el trabajo se realizara en el exterior. Así parece que fue en el Edificio A, en cuya parte trasera se instaló un pequeño espacio redondeado, acotado por un murete. La instalación se conoce como «potter's pit» (el hueco del alfarero/a) y en su interior aún se conserva un torno con su base de piedra.

En las inmediaciones del edificio B se encontraron pozos de arcilla y también dos hornos, situados cerca de la sala **B13**. Al parecer no fueron usados simultáneamente. Es probable que algunas de las piezas apiladas contra el muro trasero del Edificio B fueran parte de la última

---

<sup>99</sup> Que se hayan conservado los de cerámica es una rareza, porque siempre se rompen una vez usados.

horneada. Entre las formas, destacan las tazas cónicas y ogivales, ollas grandes y un ánfora. Sin embargo, es a través de los análisis petrográficos como la cerámica local se conoce mejor (Barnard y Brogan, 2003: 99-110). Hay también recipientes torneados con pastas locales cuya decoración no se ha encontrado fuera de Mochlos, en particular, las ollas decoradas con lilas incisas o en relieve, que podrían ser la producción propia del Barrio de la Artesanía.

Para finalizar, antes de abordar el estudio de las actividades de mantenimiento es pertinente recalcar que en el Barrio de la Artesanía no se han encontrado **almacenes** con grandes recipientes. Ello indica que si los habitantes practicaban la agricultura o la ganadería no debían producir una cantidad significativa que necesitara ser almacenada. La falta de almacenes se relaciona con la escasez de equipos para moler el grano: solo se encontraron 4 molinos de piedra en todo el yacimiento, ninguno de ellos en conexión con cocinas, hogares o grandes recipientes. Si tal y como propone Soles sus habitantes se instalaron aquí tras la catástrofe de Thera, es posible que las tierras de la costa fueran propiedad de la población local y les estuviera vetado el acceso. No obstante, los restos botánicos y de fauna indican que su dieta no escatimaba en recursos: abundan los restos de vegetales, cereales, especies marinas y multitud de mamíferos jóvenes, todo lo cual indica que la comunidad era próspera (Soles *et al.*, 2004: 117-138). Con toda probabilidad subsistían gracias a la bonanza que experimentaba la región, en general, y el poblado principal de Mochlos, en particular, cuyas casas más ricas habría estimulado buena parte del trabajo de los/as artesanos/as. Un fenómeno parecido se observa en la cercana ciudad de Gournia, donde, en el mismo periodo, también abundan las casas de artesanos/as sin almacenes (Watrous y Heimroth, 2011).

## 7.4. Las Actividades de Mantenimiento

### *La actividad culinaria*

En el Barrio de la Artesanía la identificación de la actividad culinaria cuenta con las evidencias más diagnósticas: la presencia de abundantes recipientes de cocina, hogares, restos de fauna con marcas de corte y de calcinación, restos botánicos y morteros.

Existen dos tipos de espacios en los cuales se cocinaba: las estancias que se han reconocido como cocinas propiamente dichas y las pequeñas zonas para cocinar integradas en las salas-



taller. Las cocinas propiamente dichas son **B3, B9, B13, A2, A9 y A10**, que cuentan con varios rasgos en común. Salvo **A2**, todas estaban adosadas al perímetro exterior del edificio con el cual no comunicaban. Todas ellas tienen un mortero de roca calcárea colocado en una esquina de la habitación que en la mayoría de los casos se encontró in situ. Además, acumulaban en su interior la mayor parte de los restos de fauna encontrada en el yacimiento. **A2, A9, B3 y B13** contenían 1000 de los 1300 huesos recogidos en total (Barnard y Brogan, 2011: 187), lo cual incluía ovicápridos, cerdos, conejos y bóvidos, muchos con huellas de corte y quemaduras. Respecto a la fauna marina, **A2 y B3** acumulaban las mayores concentraciones, muchas de las cuales también mostraban marcas de haber sido quemadas. Asimismo, albergaban en su interior abundante vajilla para servir, en especial tazas y cuencos.

A estas seis cocinas cabría añadir dos más, **A3 y B5**, cuyas características espaciales y materiales coinciden con las demás. Sin embargo, su mal estado de conservación no permite afirmar con certeza a qué estaban destinados estos espacios. A continuación veremos una breve descripción de todos ellos.

#### *Cocina A2*

La cocina **A2** (Soles, 2003: 23-29) formó parte del núcleo inicial del Edificio A. Medía 2,26 x 2,92 metros y no se halló ningún umbral de acceso en su perímetro. Quizás la entrada se situaba a cierta altura en el muro norte, que solo ha conservado 35cm de altura, mientras el resto del perímetro alcanzaba cerca de un metro sobre el suelo. Rodeada por otras estancias, debió ser una habitación oscura, lo que quizás explique bien la presencia de 5 tazas cónicas con restos de cera de abeja usadas, probablemente, como lámparas. Aquí, el mortero de roca calcárea se situaba en la esquina noreste y mide 50 cm de diámetro y 35 cm de altura. Contaba con una pequeña canaladura en el borde que habría facilitado el vertido del contenido. Alrededor del recipiente se hallaron numerosos huesos de oliva, algunos de ellos machacados. En conexión con el mortero y los huesos de oliva se encontraron una jarra sin decorar con pico tubular, un alabastro, una olla grande decorada y fragmentos de un colador. Todo ello apunta a la producción de aceite en este espacio.

En la zona central de la habitación se localizó un área de sedimento más oscuro repleta de carbones de madera de olivo y cenizas. Lo mismo ocurría en la esquina sureste, en este caso sobre la roca madre. Se trata de dos hogares dispuestos en el suelo, sin delimitación física

aparente y que debieron limpiarse recurrentemente, lo que explica la presencia de cenizas en buena parte del depósito de suelo de la habitación. Respecto a la fauna, se concentraban en la sala más de 450 huesos de mamíferos, incluyendo restos de cuatro ovicápridos y dos cerdos, la mayoría con marcas de corte y quemaduras. La fauna marina, sobre todo conchas y pescados, también era abundante. Numerosos restos de recipientes de cocina descansaban al lado del hogar central, junto con restos botánicos. Los platos y bandejas de horno están presentes en toda la superficie de la habitación. Dos badiles (*scuttles*) para transportar brasas se hallaron en la esquina SE. Además de éstos, la sala estaba llena de tazas (66, en uso antes de la destrucción), algunas de ellas apiladas como resultado de haberse precipitado de una estantería. La mayoría de las tazas parecen producidas en masa y de carácter utilitario. Otras, sin embargo, son mucho más finas, frágiles y están profusamente decoradas.

Además, se hallaron muchos fragmentos de bronce, restos de dos moldes de cerámica (uno con bronce adherido), un pequeño anzuelo, un cuchillo, la parte de unas pinzas y un punzón. Muy probablemente son objetos producidos en el taller. Las más de 700 bolitas de piedra pómez que también se encontraron en esta sala sugieren que aquí se realizaban los trabajos de acabado y pulido de pequeños objetos de metal. Por último, cabe resaltar que, debido al uso tan intenso de esta sala, la acumulación de sedimento es mayor que en otros espacios. Esta circunstancia se aprovechó para enterrar en la zona norte un individuo infantil del que solo se recuperaron un diente y un hueso largo (ver información más adelante, p. 284).

Tal combinación de evidencias indica que la sala se utilizó con intensidad para cumplir varias funciones: cocina, almacenaje de recipientes, trabajo con el metal y quizás consumo.

### *Cocina A3 (?)*

Al contrario que en **A2**, esta cocina proporcionó pocos restos (Soles, 2003: 31). El interior fue alterado por construcciones modernas que afectaron sobre todo la mitad oriental. El espacio medía unos 5m<sup>2</sup> aproximadamente. Se unió al núcleo central del Edificio A en un segundo momento y en su perímetro tampoco se ha localizado ninguna entrada aparente. A pesar de la mala conservación, en los pocos fragmentos de la estancia donde se halló un suelo sin alterar se encontraron importantes concentraciones con cerámica de cocina, carbones y restos de fauna. Por ello y por sus características arquitectónicas se sugiere que fuera una cocina.

### *Cocina A9*

La cocina **A9** (Soles, 2003: 29-30) también sufrió alteraciones posteriores, además de haber perdido su lado norte por la erosión de la costa. Fue construida, como **A3**, en ángulo con la fachada occidental, limitando el espacio frente a la entrada del edificio. Aunque no se conservó todo el perímetro es probable que tampoco tuviera entrada aparente. Solo la zona cercana a su muro sur conservó intacto el depósito de suelo. La abundancia de restos aquí hizo pensar a Soles que el uso de esta cocina pudo ser tan intenso como el de la **A2**. Entre los restos más significativos se hallaron huesos de fauna con huellas de corte, carbones, recipientes de cocina y restos del trabajo del metal. El mortero se halló en la esquina suroeste.

### *Cocina A10*

La cocina **A10** (Soles, 2003: 34-35) fue alterada por un enterramiento del MR III, lo que impidió encontrar huellas del suelo original. La sala medía unos 5,2 metros<sup>2</sup>. Al igual que las anteriores, fue construida en una segunda ampliación del edificio, adosándose a la fachada sur. En sus muros tampoco había un umbral que señalara la entrada. El suelo estaba un poco hundido respecto al suelo exterior, así que una pequeña escalera habría sido necesaria si se accedía desde el pie de calle.

También aquí había un mortero de roca calcárea pero en este caso no se halló in situ. Los carbones de olivo se acumulan en el suelo, pero como en **A9**, no se sabe si pertenecen a un hogar o a las vigas del techo. Restos de fauna y de cerámica de cocina confirman la tendencia habitual en estas estancias, lo que sugiere su uso como cocina. Además, también se hallaron restos del trabajo con el metal y de la fabricación de recipientes de piedra: fragmentos de cuarzo, un bloque de anfibolita, un recipiente de piedra sin acabar y una mano de mortero.

### *Cocina B3*

La cocina **B3** (Soles, 2003: 70-73) fue una de las últimas adiciones realizadas al Edificio B. Medía unos 9 metros<sup>2</sup> y se adosó a la fachada occidental. Tampoco tiene puerta aparente. En la esquina suroeste se halló el mortero de piedra, que, como en **A2**, tenía un pequeño canal en el borde. Dos mazas se hallaron en el suelo de la habitación, probablemente conectadas

funcionalmente con el mortero. Los restos de fauna y la presencia abundante de cerámica culinaria confirman el uso de este espacio como cocina.

Los hallazgos se concentraban en dos zonas, contra el muro sur y contra el muro oeste. Por su elevado número sabemos que esta cocina debió ser una habitación con mucha actividad. Destacan tres bandejas trípodes decoradas con engobe y motivos circulares, probablemente usadas para el consumo y no para situarlas sobre el fuego. Se hallaron cenizas y carbones esparcidos por toda la superficie pero lamentablemente ninguna concentración especial señala la localización de un hogar. También esta cocina contenía restos de material artesanal como fragmentos de piedra pomez y de cuarzo.

#### *Cocina B5 (?)*

La sala **B5** (Soles, 2003: 67-70) era en realidad una oquedad natural que seguramente no fuera cerrada en origen, hasta que se añadió la sala 1 y entonces probablemente se integrara como una habitación. En ambos casos, sin embargo, los pocos hallazgos coincidían con la actividad culinaria.

#### *Cocina B9*

La cocina **B9** (Soles, 2003: 75-77) estaba situada en la fachada este del edificio B, al lado de la puerta de acceso al edificio. Medía unos 5m<sup>2</sup> y en su interior albergaba un pequeño armario. Tampoco tenía entrada aparente. A pesar de la cantidad de carbones y cenizas, tampoco aquí se pudo identificar con certeza la localización del posible hogar. El mortero de roca se situaba en la esquina sureste y su área circundante estaba relativamente limpia, como si se hubiera tratado de un espacio de trabajo. Los hallazgos se concentraban en la parte norte de la habitación. Entre ellos hay alguno de los recipientes con decoraciones más finas. Los restos de fauna fueron abundantes, sumando más de 100 huesos de ovicápridos, con huellas de corte y calcinación. El equipo cerámico contenía una buena proporción de recipientes de cocina, así como algunas de las vasijas más profusamente decoradas. Junto a este equipo material, la sala **B9** proporcionó objetos referentes al trabajo del metal y la piedra: desechos de bronce, cuarzos, piedra pomez, una copa de piedra fragmentada, una mesa de trabajo rota, e incluso la parte móvil de un torno de cerámica que se guardaba aquí.

### *Cocina B13*

La cocina **B13** (Soles, 2003: 77-80) era una sala doble cuyos espacios estaban divididos por un muro central, a través del cual se garantizaba el acceso de un lado a otro. La esquina noroeste estaba provista del mortero de roca característico de las cocinas. Un poco al sur se halló un hogar, aunque la dispersión de los carbones por la sala sugiere la presencia de al menos otro más. En conexión con el hogar había un plato y una olla de cocina. La fauna (ovicápridos y especies marinas), así como los restos botánicos abundaban en ambas partes de la sala. Como viene siendo habitual también se encontró un buen número de tazas cónicas. Sin embargo, aquí no hay rastro de las actividades artesanales, todos los artefactos remiten a un uso como cocina y como espacio de consumo.

Además de estas habitaciones en donde la actividad culinaria parece ser predominante, en las salas-taller del Edificio B había pequeñas zonas ocupadas por un hogar y varios recipientes de cocina. En efecto, tanto los hogares como la cerámica culinaria pudieron haber jugado un papel central en los distintos procesos productivos no necesariamente relacionados con la comida, pero la presencia de fauna impide ignorar que estas zonas también se utilizaron como espacios de cocina y probablemente de consumo. Destacan especialmente dos: la sala **B2** y la **B10**. En la primera, al sur de la columna central se concentraban abundantes carbones que, aunque al parecer no están in situ, pertenecerían a un hogar dispuesto ahí mismo o muy cerca. En conexión con esta zona se hallaron una buena cantidad de bandejas, platos y ollas de cocina trípodes, también restos de fauna marina y de mamíferos. Lo mismo ocurre en **B10**, donde se hallaron dos concentraciones distintas de carbones con cerámica de cocina y restos de fauna. En el Edificio A, las salas-taller **A4** y **A1** no proporcionaron hogares, pero la acumulación de ollas de cocina, restos de fauna y badiles para transportar las brasas son indicios claros de que se consumían alimentos. Finalmente, se reconocieron ciertas zonas exteriores en donde probablemente se cocinara, como, por ejemplo, el área norte del Edificio B (Soles, 2003: 71)

### *El trabajo textil*

Tal y como viene siendo habitual, el rastro de la actividad textil tiene una presencia espacial más difuminada. Sabemos que la gente que habitó los edificios tejía pero no está del todo

claro hasta qué punto lo hacían para cubrir sus necesidades básicas o sus productos se destinaban al intercambio. El número total de pesas de telar esparcidas en los dos edificios es de 63, de las cuales el 57% se halló en el Edificio B, el 22% en el Edificio A, el resto en zonas exteriores. No se conoce con certeza el número estándar de pesas por telar, pero si la 14 pesas encontradas en el interior del Edificio A pertenecían a un sólo telar —lo que es una suposición razonable—, entonces en el Edificio B pudo haber hasta 3.

No se halló ni una sola fusayola, pero sí otras herramientas seguramente implicadas en el trabajo textil, como por ejemplo agujas largas de bronce, una aguja de hueso, cuatro pequeños cuencos de hilado, y unos cuantos objetos conocidos como «soportes de urdimbre», en los que me detendré durante el análisis material.

Cabe la posibilidad de que los habitantes del Barrio de la Artesanía usaran pigmentos para teñir sus telas. Restos de ocre rojo y amarillo descansaban en la esquina SE del Edificio B. A pesar de que se recuperaron un buen número de conchas de *murex* en el yacimiento, es más probable que fuera un recurso alimenticio y no extrajeran la púrpura (Soles, 2003: 94).

#### *7.4.1. Análisis espacial de las cocinas*

Recapitulando, en el Barrio de la Artesanía hay seis cocinas identificadas con claridad (**B3**, **B9**, **B13**, **A2**, **A9** y **A10**), dos más (**A3** y **B5**) cuyo estado de conservación admite dudas respecto a la función y, finalmente, zonas culinarias integradas en estancias cuya función principal era otra.

Si observamos las características espaciales de las ocho salas reconocidas como cocinas hay dos detalles que llaman la atención: todas (salvo **A2**) son añadidos posteriores al perímetro central de los edificios y ninguna comunica con el interior de los mismos. Tal y como pasaba con las cocinas prepalaciales de Myrtos Fournou Korifi, no existen umbrales de paso a ras de suelo que interrumpían alguno de los muros. Sus accesos debían estar situados o bien a una cierta altura, o bien en el techo. La primera opción es poco probable. Sólo el muro norte de **A2** y el muro sur de **A10** conservaron una altura inusualmente baja, pero nada hace indicar que en el borde superior se situara una entrada. La única excepción a este patrón de aparente

inaccesibilidad es **B13** que sí tiene una entrada visible en el muro oriental, a ras de suelo, que, sin embargo, da al exterior no al interior del Edificio B. El mismo fenómeno se observa en algunas casas del poblado central de Mochlos. Allí, casas como la C.3. también adosaron una pequeña habitación cerrada donde la preparación de alimentos era la actividad predominante (Soles, 2004).

Estas dos premisas —ser una adición posterior y no tener conexión con el interior de los edificios— han originado varias interpretaciones. Soles (2004: 160) vaciló entre considerarlas receptáculos que limitaban la circulación hacia la casa (como estrategia defensiva) o indicadores de sucesivos aumentos de población. El autor reparó que, a nivel arquitectónico, algunas de estas adiciones bloqueaban parcialmente la entrada al edificio o restringían la circulación por espacios públicos (es el caso de **A9** y de la cocina añadida a la casa C.3.), en un intento quizás de estrategia defensiva<sup>100</sup> ante la posible amenaza de los invasores que se harán con el control de Knossos al final del periodo. Sin embargo, como él mismo admitió, estas habitaciones, lejos de estar construidas como bastiones defensivos, tienen fundaciones endebles y albergan cocinas, por lo que su función defensiva o de control parece inexistente. Más plausible parece su idea respecto al papel social de estas habitaciones, que habrían sido construidas para acomodar a nuevos integrantes del grupo familiar o habitantes foráneos. En opinión de Soles, los nuevos miembros habrían desarrollado su vida en estos exiguos espacios.

A mi juicio, es poco probable que las nuevas salas adosadas sean el hogar de nuevos miembros. Su arquitectura y la cultura material que contienen no confirman la hipótesis de nuevas «microcasas». Primero, porque entonces las nuevas familias habrían vivido en unas condiciones materiales extremadamente inferiores a las del resto de habitantes del lugar — algo que habría que justificar—, y segundo porque la cultura material que se halló en estos espacios no responde al equipo habitual de uso familiar. Por ejemplo, respecto a la cerámica, en algunas de ellas (como **B3** o **B9**) se calcula que hubo un número mínimo de tazas en el depósito de suelo de alrededor de 100, lo cual supera con creces el número de tazas que necesita una pequeña unidad familiar.

Otra interpretación —complementaria a la de Soles— fue la ofrecida recientemente por Barnard y Brogan (2011), quienes propusieron como hipótesis que dichas salas habrían sido

---

100 Además de las cocinas que entorpecen el paso, Soles (2004: 160-161) detectó otras dinámicas similares para controlar la circulación y restringir los accesos en Gournia, donde se cerró una de las entradas del palacio en algún momento del MR IB.

regentadas por sirvientes o esclavos/as. Esta idea la elaboraron inspirados por las teorías de Nevett, una estudiosa de los contextos domésticos de la Grecia Clásica. Nevett (2007) consideraba que muchas de las casas del periodo clásico en Atenas, especialmente aquellas más pudientes, ajustaban su esquema arquitectónico a un estilo de vida y un concepto de ciudadanía concreto según el cual las mujeres debían ser aisladas y su privacidad firmemente mantenida. Para ello, se evitaba a toda costa la libre circulación de las mujeres por la casa y su contacto con los hombres. Las estancias femeninas se situaban, por tanto, en los sectores interiores más segregados del exterior. Según Barnard y Brogan (2011), en el caso de Mochlos, como las cocinas están conectadas con el exterior y son espacialmente independientes de las casas resultan lo opuesto a un espacio doméstico privado y aislado, por lo que no es posible que fueran las mujeres de la familia quienes se encargaran de cocinar en ellas, sino sirvientes o esclavos/as.

Resultan sorprendentes las escasas precauciones científicas que se ponen en práctica cuando se acude de forma puntual a cuestiones de género para establecer hipótesis que expliquen el registro arqueológico. Si bien no es adecuado comparar el modelo político de las *poleis* griegas con la estructura política del Neopalacial en Creta, tampoco es razonable establecer analogías entre el sistema sexo-género de contextos cultural y cronológicamente tan alejados entre sí. No hay razones para pensar que en el Bronce Reciente de Creta la organización de las casas responda a una idea de los roles masculinos y femeninos equivalente a la de la Grecia clásica, donde las mujeres sufrían un fuerte control dado su «valor» como engendradoras de los herederos del *oikos*.

Incluso si ignoramos que la propuesta de Barnard y Brogan es una proyección anacrónica de un contexto cultural muy alejado, tampoco la cultura material de las cocinas independientes confirmaría la presencia de esclavos/as o sirvientes: no sólo porque el elevado número de restos de fauna (superior al resto de los Edificios A y B juntos) indica un consumo abundante y rico, sino también por la presencia de cerámica de lujo en su interior. Las particularidades espaciales de las cocinas en el Barrio de la Artesanía necesitan un marco conceptual alternativo.

De forma mucho más contundente que en el caso del Quartier Mu, en el *Artisans' Quarters* queda atestiguado que las personas trabajaban y vivían en el mismo lugar. Si en las Casas-Taller de Malia el trabajo artesanal tenía una presencia evidente y, por el contrario, resultaba



difícil rastrear la dimensión doméstica y cotidiana, en el Barrio de la Artesanía de Mochlos salta a la vista la intrincada mezcla de ambas esferas vitales. Así lo constató Soles (2003: 92):

«The division between working and living spaces is not always clear, however. In many cases, a room that was primarily a living space might also be used as a work space (e.g., A.2), a room designed primarily as a work area might be used for food preparation and consumption (e.g., B.10) while an adjacent room could be reserved for sleeping (e.g., B.11), or a room may have served equally for both purposes (e.g., B.2).»

Las estancias multi-funcionales en donde el trabajo, la subsistencia y el cuidado conviven son la norma en el Barrio de la Artesanía. Aquí es necesario recordar la precaución que venimos teniendo desde el principio a la hora de definir la función de los espacios. Siempre hay que esperar cierto grado de multifuncionalidad fruto, entre otros, del tiempo que estuvieron habitados los edificios, de las peculiaridades de conservación del registro arqueológico, de las circunstancias que provocaron el abandono del sitio, y de la indefinición de la mayoría de los objetos recuperados que, salvo excepciones, son en sí mismos aptos para multitud de tareas. Sin embargo, en este caso, la convivencia de trabajos muy diversos entre sí se aprecia por encima de lo habitual, tal y como enfatizó Soles en la cita anterior. Tanto en el Edificio A como el Edificio B la mayor parte de las estancias contiene las huellas de una actividad o actividades predominantes junto a las cuales se realizaban otras.

Ello es especialmente evidente en el Edificio B, en el que los talleres tienen un sector de cocina y las cocinas albergan materiales y herramientas del trabajo artesanal. Esto quiere decir que las distintas actividades no están espacialmente segregadas, o al menos solo lo están parcialmente. Hay una gran permeabilidad espacial entre los trabajos de mantenimiento y los artesanales. Esta cohabitación desencadena dos fenómenos: impide el monopolio de la información y favorece el escrutinio comunitario. Cualquier conocimiento estratégico para el grupo derivado de una actividad deja de ser monopolizable —o al menos se limita mucho su posible monopolio— si la tarea se realiza ante la presencia de otros miembros del grupo. Al mismo tiempo, el resto de miembros del grupo puede controlar de cerca los detalles de cualquier tarea. En consecuencia, si en el Barrio de la Artesanía en Mochlos existía un cierto grado de división sexual del trabajo, la integración espacial de las tareas artesanales y de mantenimiento probablemente frenó el desarrollo de la asimetría entre hombres y mujeres.

En efecto, la constatación empírica de la existencia de división sexual del trabajo es técnicamente imposible dadas las características del registro material. La falta de fuentes escritas que aporten información al respecto, la ausencia de material iconográfico que muestre escenas de la vida cotidiana, y la escasez de tumbas sexuadas que proporcionen pistas acerca del papel que desempeña cada sexo constituyen obstáculos difíciles de soslayar. Sin embargo, dada la regularidad histórica y etnográfica de la división sexual del trabajo que comentamos en capítulos anteriores, resulta plausible imaginarla en un contexto tan complejo material y culturalmente como la Creta Neopalacial.

Recordemos, no obstante, que la división sexual del trabajo no es *per se* una fuente de desigualdad. Entre los muchos factores que convierten a la división sexual del trabajo en una trampa para fomentar la asimetría está la segregación espacial (Spain, 1992; Hegmon *et al.*, 2000). La cohabitación de distintos trabajos en el Barrio de la Artesanía probablemente limitó las opciones para que las fuentes de poder y de prestigio fueran apropiadas por algún sector concreto de la comunidad.

Quizás la clave de una configuración espacial tan flexible —reflejo de una organización social que también lo sería— resida en el carácter independiente del artesanado de Mochlos. No estaban sometidos/as a la presión que supone depender de una instancia de poder o de un sector de la élite específico. Además, se especializaron en la manufactura de objetos cotidianos, lo que les permitió soslayar el circuito altamente competitivo de los productos de lujo.

El otro rasgo espacial significativo de las cocinas es su aislamiento respecto al interior de los edificios. Tal y como se observa con la cocina **A2** —proyectada en la primera fase del edificio—, esta característica no fue un rasgo improvisado. De hecho, también se encuentran cocinas similares en algunas casas del poblado central (Barnard y Brogan, 2011: 196). Ello nos remite al ejemplo de Myrtos Fournou Korifi, donde las cocinas se vinculaban espacialmente con el ritmo de la vida desarrollada en las áreas exteriores.

Sin embargo, mientras en Myrtos las cocinas constituían espacios monofuncionales, en el caso del Barrio de la Artesanía la desconexión espacial entre las cocinas y los edificios a los que se adosan resulta muy contradictoria, dados los vínculos materiales con los talleres que mencionábamos más arriba. En las cocinas se guardaban herramientas y se daban los

toques finales a los objetos artesanales, de modo que las personas que cocinaban también transitaban los talleres, y viceversa, las personas trabajando en el taller debieron transitar las cocinas. Por tanto, habría sido más conveniente garantizar un acceso directo de éstas al interior de los edificios. Debió existir alguna razón para mantenerlas tan aisladas.

Como vimos, Barnard y Brogan habían propuesto la existencia de sirvientes para justificar la segregación espacial, pero lo cierto es que, más allá de los argumentos en contra expuestos más arriba, hasta el momento, no hay evidencia alguna que pruebe la existencia de mano de obra servil en el Neopalacial, ni en los textos de Lineal A ni en la iconografía (Whitelaw, 2001: 32).

Por mi parte, propongo como hipótesis que las cocinas constituirían el único espacio privado de las unidades familiares que convivían en los edificios A y B. Soles (2003: 96-99) propuso que los edificios habrían sido habitados por las familias de maestros/as y aprendices, las cuales fueron aumentando en número a lo largo del MR IB, haciendo necesarias las sucesivas ampliaciones. En cada una de las ampliaciones, las nuevas estancias se integraban en la circulación del núcleo ya existente, a excepción de las cocinas. Es decir, probablemente se compartían los medios de producción, pero la cocina se reservaba como el espacio en el que guardar (y cocinar) lo que correspondía a cada unidad familiar. De ahí que las cocinas sirvieran también como alacenas.

#### *7.4.2. Análisis material de la actividad de cocina*

##### *Características principales de la evidencia material*

El análisis de la cultura material de las cocinas, en especial de la cerámica culinaria, ofrece algunos indicios respecto a la posible existencia de comensalidad en el poblado y constata la consideración social de esta actividad.

Las cocinas tienen un equipo material bastante similar, sin diferencias cualitativas significativas. Sólo se distinguen en términos cuantitativos por el número de objetos que albergan. A este respecto destaca la cocina **A2**, que disfrutó de un uso mucho más intenso que las otras y

proporcionó una abundancia inusitada de platos de cocina y tazas cónicas. El equipo habitual en el interior de estas estancias lo componen un mortero de piedra, uno o dos hogares en el suelo, varias ollas, gran cantidad de platos, y una o dos bandejas. Todas acumulaban muchos restos de fauna, a veces tanto mamíferos como animales marinos y otras solo una de las categorías.

Empecemos por caracterizar el tipo de arcillas de la cerámica de cocina. El conjunto cerámico del MR IB del Barrio de la Artesanía se sometió a un análisis macroscópico y otro petrográfico gracias a los cuales sabemos que los recipientes de cocina fueron manufacturados con tres pastas diferentes: dos tipos de pasta tosca local y un tipo de pasta tosca importada de Mirabello (Barnard y Brogan, 2003: 3-32).

Las primeras son dos variantes del tipo de pasta común llamado *Coarse Fabric Type 1* (pasta tosca tipo 1), la más frecuente en Mochlos. Se caracteriza por las inclusiones naturales de filita, un mineral a medio camino entre el esquisto y la pizarra, de forma alargada, típico de las formaciones rocosas de la zona. Las variantes difieren ligeramente en el color y, sobre todo, en la cantidad de inclusiones. En la variante (A) las inclusiones de filita solo se ven en el interior, no en la superficie. Con ella se elaboran todo tipo de recipientes, no exclusivamente de cocina. La variante (B) es funcionalmente más apta para los recipientes de cocina, ya que está preparada para cerámicas que han de soportar estrés térmico. Es de color más rojizo y contiene más inclusiones de filita, aparentes a simple vista tanto en el interior como en la superficie. Se utiliza únicamente para realizar ollas, platos, bandejas, badiles (*scuttles*) e incensarios.

La mayor parte de recipiente de cocina locales se confeccionó utilizando la variante (B) propia de cocina, sin embargo, un porcentaje pequeño se realizó con la variante (A) que no es tan apta para los choques térmicos. En el caso de los platos, el porcentaje alcanza el 5% que corresponde, además, con el tipo de platos con paredes más gruesas. En el caso de las bandejas, el porcentaje se eleva hasta el 12%. Esto quiere decir que existía cierta diversidad en las prácticas culinarias. Para determinadas preparaciones se necesitaban recipientes algo más robustos que, probablemente, se exponían menos a las fuentes de calor directas.

La pasta de importación es la denominada *Mirabello cooking fabric* (pasta tosca de cocina de Mirabello). Procede del área cercana a la ciudad de Gournia, a escasos veinte kilómetros al oeste de Mochlos, donde se encuentra el único depósito de arcilla con tal abundancia de inclusiones de granodiorita (Barnard y Brogan, 2003: 7). Constituye el segundo tipo de pastas

más numeroso en el Barrio de la Artesanía. Es la misma pasta que aparecía en el poblado de Myrtos a mediados del tercer milenio y que al parecer se ha registrado en numerosas regiones del centro y este de Creta desde el Prepalacial en adelante (Barnard y Brogan, 2003: 25). La región de Mirabello parece consolidarse como exportadora de cerámica de cocina desde el tercer milenio. Como ya sabemos es una pasta arenosa, frágil, no calcárea y cocida a baja temperatura. Las formas que se fabrican con ella son exclusivamente ollas de cocina, bandejas y platos.

Al igual que ocurría en el poblado prepalacial de Myrtos Forunou Korifi, los recipientes de cocina con pasta de Mirabello son idénticos formal y funcionalmente a los locales (Barnard y Brogan, 2003: 31). Recordemos que el transporte de las formas de cocina resulta muy arriesgado dada su fragilidad. Aunque entre la zona de Gournia y Mochlos la distancia es menor que entre Gournia y Myrtos, aún se hace necesario explicar este fenómeno. Las cerámicas de cocina con pasta de Mirabello podrían ser fruto del comercio entre regiones o pertenencias de población procedente de Mirabello que se instala en Mochlos. En cualquiera de los dos casos, la presencia de estas cerámicas constata, a mi juicio, la consideración social que, por algún motivo, tenían estos recipientes para sus dueños/as. De hecho, en épocas anteriores, también llegaban a Mochlos desde el centro de Mirabello recipientes de almacenaje como ánforas, pithoi y grandes ollas. Sin embargo, ese flujo constante desde el MA se vio interrumpido en el MR IB (Barnard y Brogan, 2003: 8), mientras el flujo de cerámicas de cocina no cesó.

Respecto a las formas, en el Barrio de la Artesanía volvemos a encontrar los tres tipos de recipientes paradigmáticos: ollas, bandejas y platos. En esta ocasión, tenemos una idea muy aproximada de la presencia real de este tipo de artefactos en el yacimiento. Habitualmente, su fragilidad afecta gravemente su conservación y solo un pequeño número logra entrar en el catálogo de ejemplares que se publican. Barnard y Brogan (2003: 113-171) realizaron un análisis estadístico de toda la cerámica hallada en cada suelo de habitación, incluyendo recipientes en uso antes de la destrucción y restos fragmentados dejados atrás, compactados en el suelo durante el periodo de ocupación<sup>101</sup>. Como los contextos son cortos en el tiempo y sin perturbaciones de niveles posteriores o anteriores, los resultados provistos dieron buena evidencia de las habitaciones y su uso.

---

101 Para ver más detalles de la metodología estadística empleada ver Barnard y Brogan (2003: 113-114)

Gracias a ello, sabemos que la cerámica de cocina constituye el segundo grupo, en términos de abundancia, en la mayoría de las salas de los Edificios A y B<sup>102</sup> (Fig. 65a y 65b), solo por detrás de las tazas. Lamentablemente, al no ser un dato disponible en otros casos, no sabemos hasta qué punto es excepcional o, por el contrario, suele ser la norma en todos los contextos domésticos del periodo. Ello no impide constatar que el consumo (por el número de tazas) y el cocinado de alimentos ocuparon —junto con el trabajo artesanal— buena parte de la vida de estos/as artesanos/as.

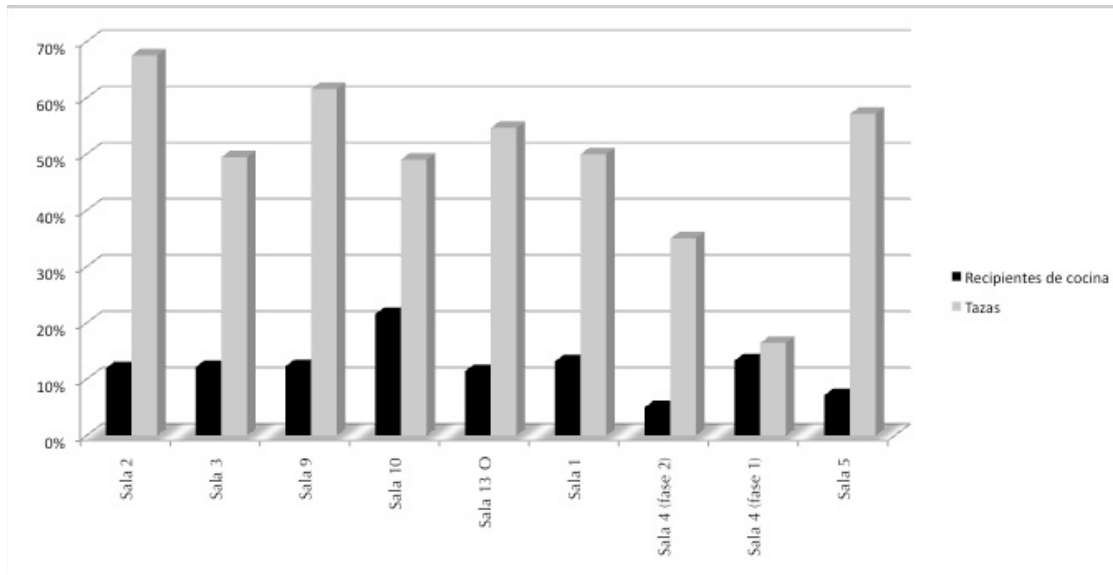


Fig. 65a. Porcentaje de tazas y recipientes de cocina hallados en cada sala del Edificio A.

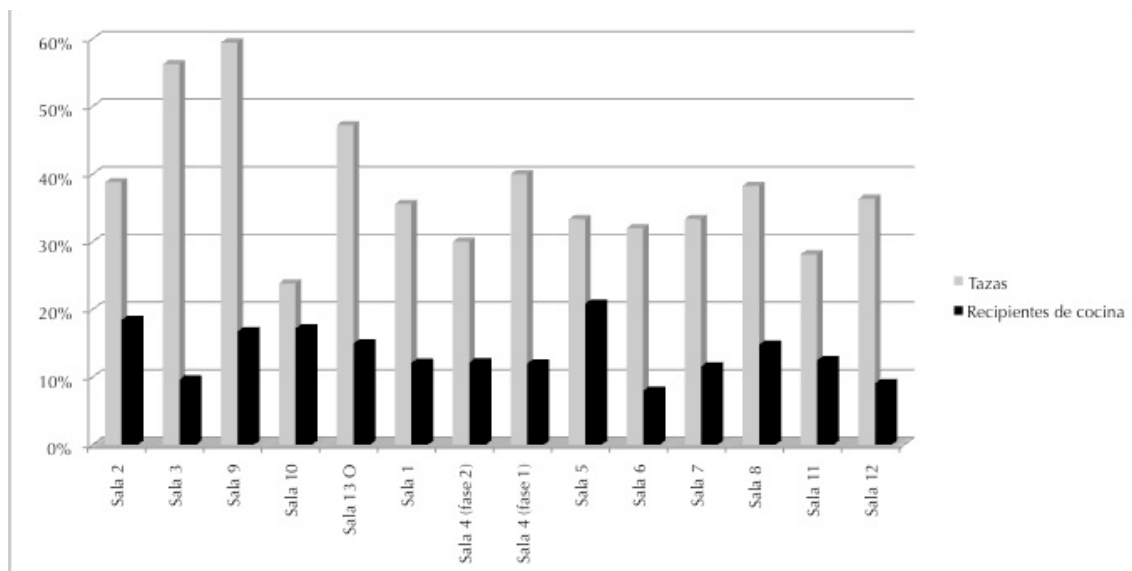


Fig. 65b. Porcentaje de tazas y recipientes de cocina hallados en cada sala del Edificio B.

102 Solo en B10 suponen el cuarto, por detrás de grandes recipientes (ollas y barreños) y en B6 suponen el tercero (después de las ollas comunes). No hay presencia de ellos en la entrada al edificio A (A8).

A las ollas trípodes, platos (de base convexa) y bandejas (de base plana) hay que añadir, en este caso, dos formas más: cuatro cuencos trípodes y unas pequeñas bandejas estilizadas de las que hablaré en el análisis simbólico. A continuación hacemos un breve repaso a sus características.

*Ollas trípodes*

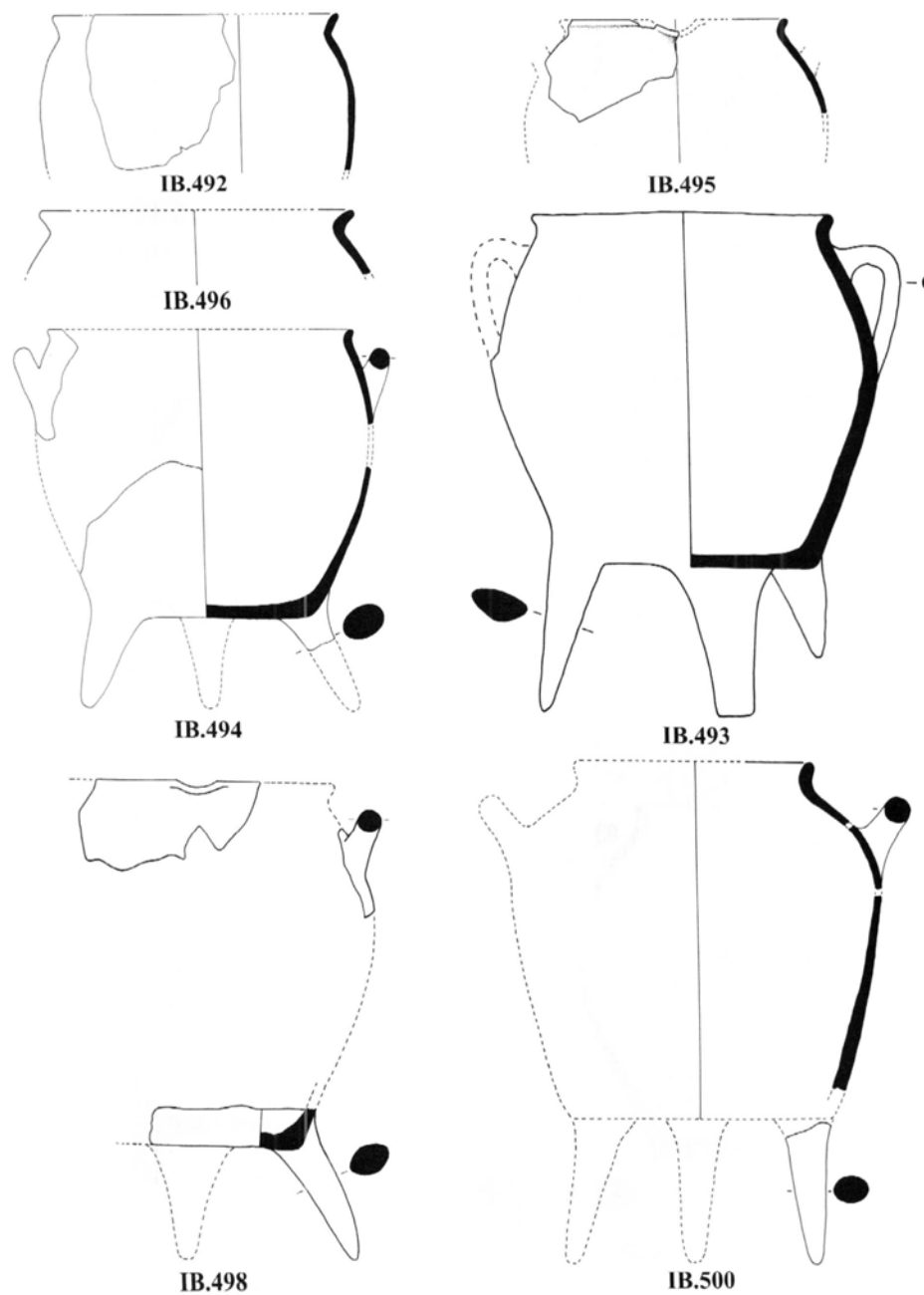


Fig. 66. Ollas trípodes de cocina halladas en El Barrio de la Artesanía, Mochlos (según Barnard y Brogan, 2003: figure 48).

A pesar de constituir la segunda forma cerámica más abundante en el yacimiento, solo se han catalogado 20 ollas trípodes y de éstas, un número aún más reducido conserva su perfil entero (Barnard y Brogan, 2003: 80-82) (fig. 66). La mayoría de los ejemplares pertenece al llamado Tipo A<sup>103</sup> de cuerpo globular o redondeado y labio exvasado. Una minoría sigue la forma Tipo B, con un perfil más recto<sup>104</sup>. Suelen tener dos asas casi siempre horizontales y a veces un pequeño pitorro en el borde. No suelen llevar engobe pero están bien alisadas por dentro y por fuera. Las paredes son finas y presentan las habituales marcas de calcinación. En el estudio no se menciona si las ollas están hechas a torno o a mano, pero la primera opción es más probable. En el último análisis publicado de un conjunto de cerámica de cocina del MR IB, en el poblado de Petras, la autora afirma que todas las ollas trípodes de cocina son hechas a torno (Tsipopoulou y Alberti, 2011: 484). El número mínimo total estimado de ollas de cocina en uso antes de la destrucción del poblado es de 125.

Con la intención de poder comparar las ollas del Barrio de la Artesanía con las del Quartier Mu, he calculado el volumen de las ollas mejor conservadas, aquellas cuyo perfil estaba completo y fueron dibujadas en la monografía final. La capacidad de estos recipientes oscila entre los 4 y los 7 litros (fig. 67), es decir, todas parecen apropiadas para un uso a escala doméstica y entre ellas no hay grandes desproporciones. Así, he podido comprobar que en el Barrio de la Artesanía no existe el fenómeno que observamos en el Quartier Mu, donde se distinguían dos categorías de ollas en función de su capacidad: aquellas que podían contener menos de 5 L y las de más de 100 L. No obstante, sabemos que en otros lugares neopalaciales sí existen ollas de cocina muy pequeñas, por ejemplo en la Casa II.1 de Petras, localizada en las inmediaciones de un edificio palacial, en la cercana bahía de Siteia. Allí, Alberti ha reconocido la presencia de varias ollas trípodes de cocina con pequeñas bases que oscilan entre los 9-14cm de diámetro (Tsipopoulou y Alberti, 2011: 491-492).

Las concentraciones más significativas de ollas de cocina se observan en **A1**, **A2**, **B9** y **B3**, es decir, tres cocinas y una sala taller. El elevado número en **A1** es un tanto engañoso porque es la estancia con una ocupación más intensa de todo el yacimiento, de la que se recuperaron más de 30 kg de cerámica y, en consecuencia, proporcionó números elevados de todas las categorías cerámicas. Sin embargo, Soles (Soles, 2003: 35) constató que, si bien la ausencia de

---

103 Según la tipología establecida por Betancourt (1980)

104 Más típico del periodo Neopalacial anterior, MM III- LM IA



hogares descartaría el uso como cocina, en esta sala las ollas trípodes atestiguan el consumo habitual de alimentos. De hecho, la presencia de estos recipientes en zonas con intensa actividad de consumo (en especial **A1** y **A4**) demuestra que se usaban no sólo para cocinar sino para transportar y servir los alimentos allí donde se comía. Las salas taller resultan ser, al mismo tiempo, los lugares donde se llevaba a cabo el consumo de alimentos.

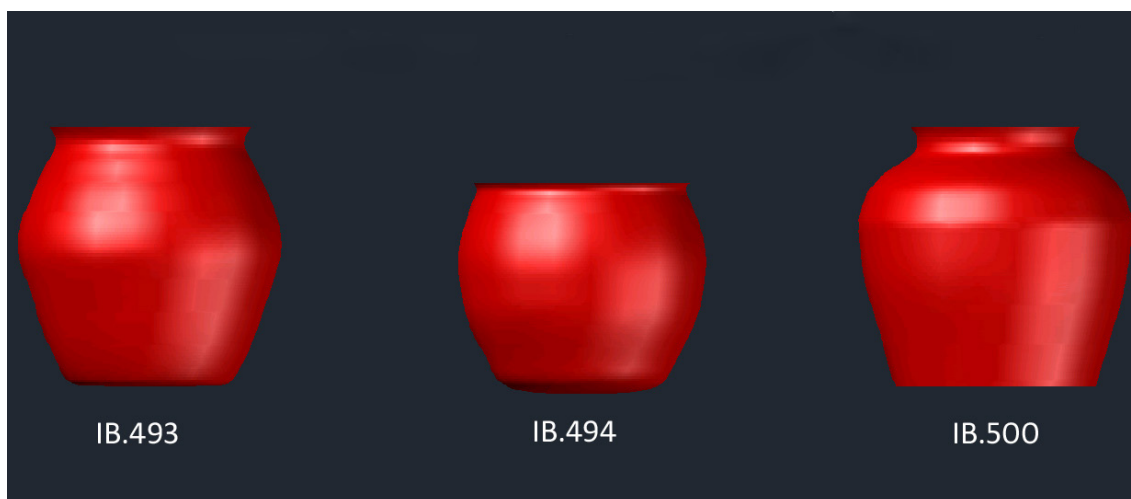


Fig. 67. Volúmenes interiores de tres ollas de cocina procedentes del Edificio B del Barrio de la Artesanía.

#### *Platos de cocina*

Los platos de cocina del Barrio de la Artesanía (Barnard y Brogan, 2003: 82-86) tenían forma entre circular y ovoide, con un borde grueso para facilitar el agarre. Se ha calculado que sus diámetros podían medir entre 30 cm y 90 cm, con la media estando entre 40 cm y 60 cm. Suelen presentar quemaduras en cualquier zona de su forma, pero especialmente en las bases. Hay dos tipos diferentes: el tipo A con el borde girado hacia abajo y de paredes gruesas, y el tipo B de muros finos y el borde girado hacia arriba. Como explicábamos más arriba, un considerable número de ejemplares del tipo A estaban realizados con cerámica local común, no de cocina, por lo que quizás dichos platos respondían a procesos culinarios que no implicaban un contacto con las fuentes de calor directas. Como es habitual en estos recipientes, la parte exterior, convexa, presentaba una superficie rugosa y tosca, mientras la parte de arriba estaba alisada.

En el Barrio de la Artesanía se halló una cantidad ingente de fragmentos pertenecientes a estos artefactos, que conformarían un mínimo de entre 300 y 500<sup>105</sup> platos en uso antes de la destrucción. Estaban presentes en todos los depósitos de suelo, con concentraciones significativas en las cocinas **A2**, **B9**, **B3** y **B13** y también en la sala taller **A1**. El elevado número puede responder a varios motivos: a la frecuencia de su uso, a la cantidad de personas a las que había que alimentar, o simplemente a la fragilidad de estos recipientes, que probablemente requeriría reposiciones muy frecuentes.

En la granja cercana de Chalinomouri (ver detalles más adelante), contemporánea al Barrio de la Artesanía y donde Soles y su equipo también realizaron un análisis estadístico de los restos cerámicos, se encontraron muchísimos menos platos, en un ratio de 1:30 con respecto al Barrio de la Artesanía. Si bien Chalinomouri es un contexto más pequeño y el carácter de su unidad social se asemejaría más a una familia de pastores/as o agricultores/as, la desproporción resulta evidente.

A falta de datos estadísticos similares en otros yacimientos contemporáneos que nos indiquen si el elevado número de platos entra dentro de lo habitual, o no, sólo nos queda proponer la opción de que en el Barrio de la Artesanía se practicara algún tipo de consumo por encima de las necesidades del grupo que habitaba los edificios A y B.

#### *Bandejas de cocina*

Las bandejas de cocina (Barnard y Brogan, 2003: 86-87) estaban menos presentes que las ollas y los platos. Se estima que en uso antes del derrumbe habría menos de una treintena, la mitad de ellas en el edificio B. Fueron halladas especialmente en las cocinas, pero también en el exterior. No hay, sin embargo, concentraciones destacables. Respecto a su forma, eran recipientes redondos con base plana y paredes rectas, a veces inclinadas hacia fuera o ligeramente convexas, de pequeña altura (unos cinco centímetros), diámetros de entre 18 y 39 cm, y normalmente con borde de perfil cuadrado con aristas redondeadas. A veces tenían asas o agarraderas. La parte exterior de la base era a menudo tan tosca como la de los platos. Algunos pocos ejemplares eran con certeza trípodes, aunque muchos otros peor conservados pudieron serlo también. Eran sustancialmente más pequeñas que los platos. A veces se

---

105 Los autores afirman en una nota al pie (p. 98, nota 203) que los platos sobreviven extremadamente fragmentados, haciendo muy difícil la estimación del número mínimo de ejemplares.

cubrían con engobe y casi siempre su superficie estaba alisada. Pocos de los fragmentos mostraban marcas de quemaduras, lo cual puede indicar que se usaban tanto para cocinar como para manipular y preparar los alimentos en frío. Ello abunda en la diversidad funcional de los recipientes de cocina en consonancia con prácticas culinarias variadas.

#### *Cuencos de cocina*

Junto a las formas habituales, el Barrio de los Artesanos proporcionó también cuatro ejemplares de unos cuencos manufacturados con pasta de cocina que presentaban trazas de quemaduras tanto en el interior como en el exterior (Barnard y Brogan, 2003: 53). Fueron encontrados en **A2** (dos ejemplares), **B8** y **B9**. Su cuerpo era de forma cónica y la base plana. Medían en torno a 10cm de altura y 15-20cm de diámetro. Se relacionan con los llamados kalathos o «spreading bowls» (de paredes más abiertas) del MM, que también tenía a menudo trazas de quemaduras (ver Georgiou, 1986: 30-32).

Además de la cerámica culinaria, cabe mencionar otros artefactos relacionados con la preparación de alimentos, como hogares, herramientas de piedra y restos de fauna. Los hogares en el Barrio de la Artesanía estaban dispuestos en el suelo sin ningún tipo de construcción que los delimitase. Se limpiaban recurrentemente y lo más seguro es que su localización no fuera siempre la misma. De ahí que se pueda detectar su presencia pero no precisar su número. No se hallaron, sin embargo, braseros portátiles, a pesar de que probablemente los/as habitantes también habrían usado los espacios exteriores para cocinar, a tenor del número de bandejas localizadas y otras cerámicas de cocina halladas en las inmediaciones de los edificios (Soles, 2003). También fueron escasos los badiles (*scuttles*) encontrados. Solo siete en todo el yacimiento, tres de los cuales descansaban en el taller **A1**, lo que refuerza la idea de que en esta sala también se comía, y, aunque en el suelo no se localizaron hogares, probablemente se mantenían las ollas calientes con brasas transportadas en los pequeños badiles de cerámica (Barnard y Brogan, 2003: 88).

Respecto a las herramientas líticas, los morteros de roca calcárea son los instrumentos de piedra que parecen relacionarse más íntimamente con la actividad de cocina. Seis de los siete morteros hallados en el yacimiento se encontraron in situ ocupando alguna esquina en las cocinas, el séptimo se halló en la sala **A6**, considerada como un pequeño santuario

doméstico (ver más abajo). Además de los morteros, un buen número de herramientas de piedra poblaban las cocinas: percutores, pulidores, afladores, mesas de trabajo, etc., todas ellas apropiadas para múltiples de tareas, tanto de cocina como artesanales. Sorprendentemente, solo se hallaron cuatro molinos en el yacimiento, de los cuales, tres reposaban en los talleres y uno en la sala **B5**, la cocina cuya identificación es más incierta (Soles *et al.*, 2004).

Asimismo, en las cocinas se acumulaban las mayores concentraciones de restos de fauna de todo el yacimiento, muchos con evidencias de haber sido quemados y cortados. El registro paleobotánico también señaló en la misma dirección, aunque las evidencias fueran más escasas por cuestiones de conservación. Las cocinas **A2**, **B3**, **B9** dieron resultados positivos de cebada, lentejas, uvas y leguminosas (Soles *et al.*, 2004: 117-138).

Por último, es preciso señalar que las cocinas albergaban un buen número de recipientes de cerámica fina y decorada. Destacan, por ejemplo las bandejas estilizadas de la cocina **B3** o la jarra decorada de **A10**. Pero lo más llamativo es la profusión de tazas. Los/as arqueólogos/as estimaron un número de cerca de 800 tazas de tipo cónico, entre los edificios A y B, en uso antes de la destrucción (Barnard y Brogan, 2003: 35-38). Si bien eran extraordinariamente abundantes en todo el yacimiento, las mayores concentraciones se encontraron en las cocinas, especialmente en **A2**, donde el número mínimo de tazas estimado de 257, seguido de **B9**, con 106 tazas estimadas, y, finalmente **B3** con 97.

Estos recipientes son todo un fenómeno en Creta. Con numerosos precedentes en el Protopalacial, en el Neopalacial se estandarizan y se producen en masa, erigiéndose como el vaso más representativo de la época. Knappett (1999) defendió que su diseño simple los hizo aptos para multitud de funciones y significados, por eso se encuentran en todo tipo de contextos: rituales, funerarios, de élites, domésticos, etc. De hecho se han documentado diversos usos, no sólo como recipientes estándares de bebida, sino también como contenedores de ofrendas, o receptáculos de pequeñas lámparas (Rehak y Younger, 2008: 154). A menudo, son el señuelo para detectar prácticas de comensalidad si se acumulan decenas de ellas en depósitos cerrados.

### *Visión de conjunto*

La abundante cantidad de platos de cocina, el considerable número de ollas trípodes, el almacenamiento de decenas de tazas, la acumulación de restos de fauna y, por último, el número de cocinas en cada edificio nos lleva a preguntarnos cómo se organizaba la preparación de alimentos en el Barrio de la Artesanía.

Varias de las cocinas almacenaban en su interior abundante vajilla para el consumo (tazas, cuencos) que superaba con creces el número de personas que podría haber habitado el edificio. Así lo consideró Soles (2003: 24-25), por ejemplo, en el caso de la cocina **A2** y su abundantísimo equipo cerámico en uso antes del derrumbe. Por otro lado, dado el espacio exiguo de estas salas, todo apunta a que el consumo de alimentos se desarrollaba en otras partes del poblado. Como hemos visto, hay evidencias de consumo de alimentos en las salas taller (sobre todo en **A1** y **A4**) y también —aunque muy escasas— en las zonas al aire libre cercanas a los edificios (Soles, 2003: 73-74; Barnard y Brogan, 2011: 196). A mi juicio, es probable que, en ciertas ocasiones, el consumo de alimentos se realizara de forma grupal en el exterior, lo que explicaría la acumulación material de las cocinas por encima de las necesidades cotidianas. Los pequeños eventos de comensalidad habrían sido una estrategia de cohesión social para evitar conflictos y problemas de competencia en un barrio en el que convivían varias familias de artesanos/as produciendo objetos utilitarios similares. Recordemos que, en total, se reconocieron cuatro edificios en la zona, de los cuales dos no pudieron ser excavados. Desafortunadamente, los espacios exteriores fueron erosionados por la costa y la construcción de la carretera, lo que hizo imposible un buen estudio de estas zonas (Barnard y Brogan, 2011: nota 31).

En un artículo sobre la producción de vino y las evidencias de consumo grupal en Mochlos, Brogan y Koh (2008) adujeron que la presencia de eventos de comensalidad sólo está atestiguada en las casas D.5. y B.2. del núcleo principal del poblado. Ambas son grandes construcciones de dos plantas, embellecidas con ortostatos, que probablemente constituían las villas y/o los centros ceremoniales más ricos del asentamiento (Seager, 1909; Soles, 2008). En el primer caso, Seager encontró un gran depósito de ollas trípodes y tazas cónicas procedentes del piso superior. En el segundo caso, Soles encontró una pequeña zona teatral al aire libre, con un altar junto al que reposaban restos de consumo: un plato de cocina, una

olla trípode, restos de fauna y un hogar. A cierta distancia, además, se desenterró un depósito con abundantes tazas cónicas. A su vez, Brogan y Koh (2008: 130) negaron que las pequeñas cocinas del Barrio de la Artesanía y de casas como la C.3. en el poblado principal hubieran organizado eventos semejantes de consumo comunitario.

Sin embargo, Brogan y Koh sólo contemplaron la existencia de comensalidad auspiciada por las élites en edificios suntuosos e ignoraron la posible presencia de comensalidad cotidiana. Lo mismo sucedió con Barnard y Brogan (2011), que minimizaron la importancia de la cantidad de restos encontrados en las numerosas cocinas del Barrio de la Artesanía. En Myrtos Fournou Korifi, a pesar de que el consumo grupal se llevaba a cabo en las zonas exteriores, las evidencias de la comensalidad cotidiana se hallaban en el interior de las casas, donde cada unidad familiar realizaba sus preparaciones. Es posible que en el Barrio de la Artesanía estemos ante una situación parecida y que, por tanto, las evidencias en el exterior, de haberse conservado adecuadamente, no fueran concluyentes. Además, ambos ejemplos coinciden en más aspectos: ambas comunidades son relativamente igualitarias, si atendemos a la homogeneidad de los equipos y la ausencia de materiales de lujo. Parece razonable que, a pesar de la distancia temporal, usaran estrategias parecidas de cohesión y prevención de conflictos, situando a las actividades de mantenimiento en un plano público.

Por otro lado, del análisis material se desprende la relativa especialización de las prácticas culinarias y la consideración social que acompañaba a su cultura material. En el primer caso, es razonable pensar que la selección de las pastas para los distintos recipientes culinarios respondería a distintas preparaciones alimenticias. La preferencia por los platos —mucho más numerosos que las ollas— nos indica la predilección por las comidas asadas o fritas entre las familias de artesanos/as. En el segundo caso, la existencia de recipientes culinarios importados de la cercana región de Gournia nos remite, de nuevo, a su importancia social, aunque se nos escape si fueron fruto de un intercambio o que, en realidad, denoten la movilidad de personas que se desplazan con sus pertenencias.

### 7.4.3. *Análisis espacial y material de la producción textil*

El Barrio de la Artesanía proporcionó varios tipos de herramientas relacionadas con la elaboración textil. De acuerdo con Alberti (2007), el Edificio B contenía el equipo necesario para tratar las fibras y tejer en varios telares. En efecto, esta construcción albergaba un buen número de recipientes grandes y medianos —tipo artesa—, adecuados para lavar o teñir la lana utilizando agua en abundancia. Estos contenedores cerámicos fueron probablemente multi-funcionales, y más aún en un lugar donde se realizaban varios trabajos artesanales. Su relación con el trabajo textil es solamente una suposición plausible, que no nos permite afirmar con certeza que allí donde se hallaron artesas o barreños se llevara a cabo el teñido o el lavado de la lana. Pero en este caso —al contrario de lo que sucedía en Myrto Fournou Korifi—, la cercanía con la orilla del mar (y, por tanto, la disponibilidad de agua) permite vislumbrar las tareas relacionadas con el tratamiento de las fibras.

Con el caso del trabajo del telar sucede algo parecido. Si bien ambos edificios proporcionaron pesas de telar, la distribución espacial de las mismas nos impide saber con certeza dónde se tejía. En el Edificio A se encontraron 14 pesas de telar de barro cocido, mientras que en B había 49 (Soles *et al.*, 2004: 28-33). Unas pocas descansaban esparcidas en el suelo de algunas estancias, el resto se hallaban en los niveles de derrumbe de muros y techos o dispersas en las zonas exteriores (fig. 68). Este patrón de distribución responde, probablemente, al establecimiento de los telares en el tejado, lo que viene siendo frecuente desde el Prepalacial (ver, a este respecto, Evely, 2000: 498). Así se entiende, por ejemplo, que la mayor concentración de pesas de telar se limite a un número de 6 —en la sala **A4**— y que en este pequeño conjunto haya pesas de diverso tipo.

El lugar que los/as arqueólogos/as del Barrio de la Artesanía consideraron más relacionado con la elaboración textil es la sala taller **B2**. En ella, se halló in situ un artilugio peculiar conocido como «soporte de urdimbre» (fig. 69). En esencia, es un objeto de barro cocido, con base plana y cuerpo convexo, que se fijaba al suelo con traviesas de madera. En la parte superior, dos orificios sujetaban sendas varas de madera. Al otro lado del soporte, debió situarse un utensilio similar (que en este caso se perdió) o quizás otras dos varas encajadas en la pared. Según paralelos próximo-orientales (ver en Barber, 1991: 89-91), esta herramienta servía para montar los hilos de la urdimbre y medir el ancho y el largo a voluntad, acercando

o alejando el soporte de la pared. Una vez escogidas las medidas deseadas, bastaba con levantar las varillas y ajustar los hilos al marco del telar. En la misma sala se halló una pila, quizás para lavar o teñir los hilos, pero no hay rastro de la presencia de telar.

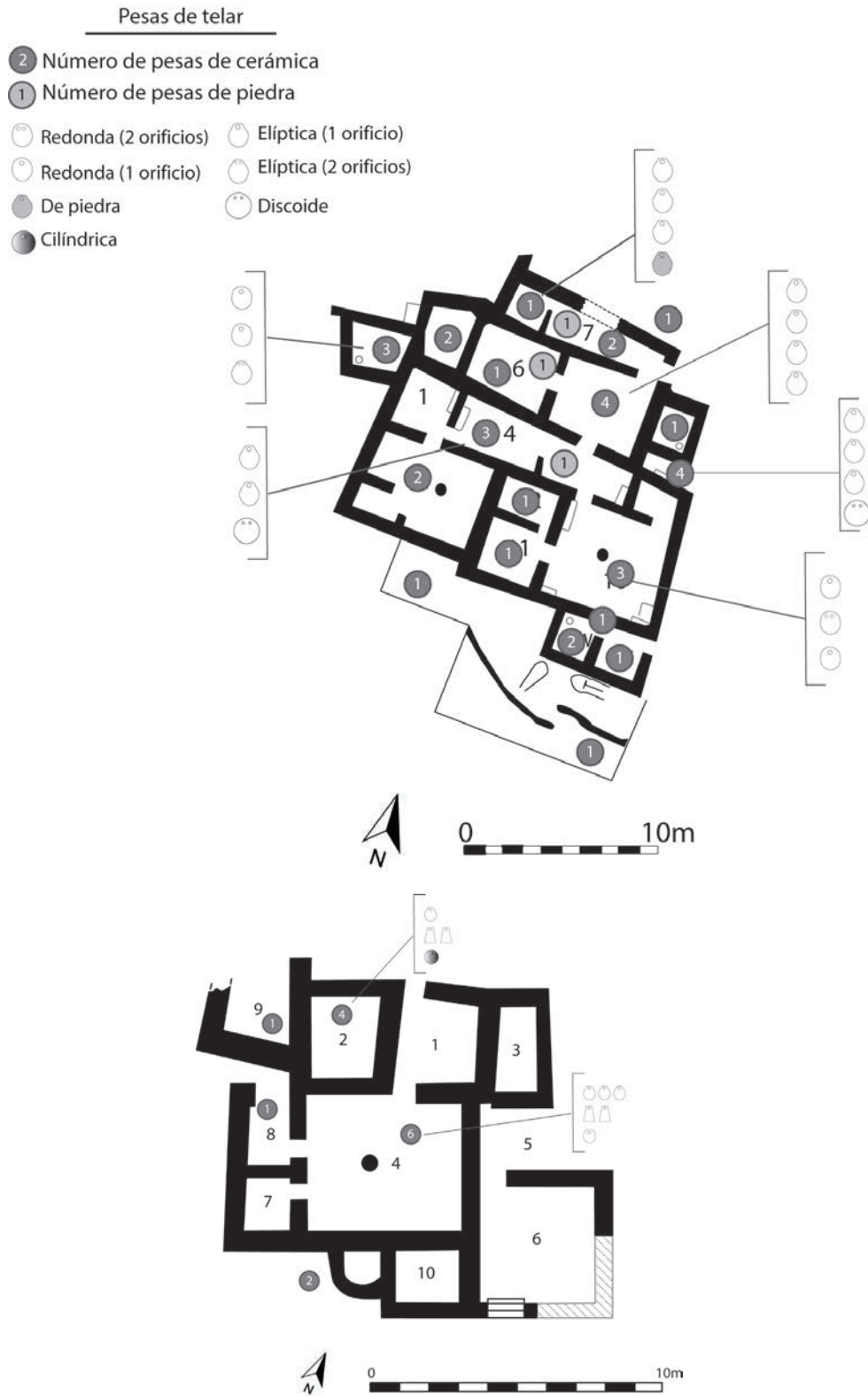


Fig.68. Distribución de las pesas de telar encontradas en los Edificios A y B del Barrio de la Artesanía.



Además del hallado *in situ* de la sala **B2**, se encontraron 22 restos de un número indeterminado de soportes de urdimbre que terminaron siendo material constructivo para muros, especialmente para las paredes de los hornos de cerámica (Soles *et al.*, 2004: 25). Algunos de ellos tenían orificios más grandes para encajar varas más gruesas.

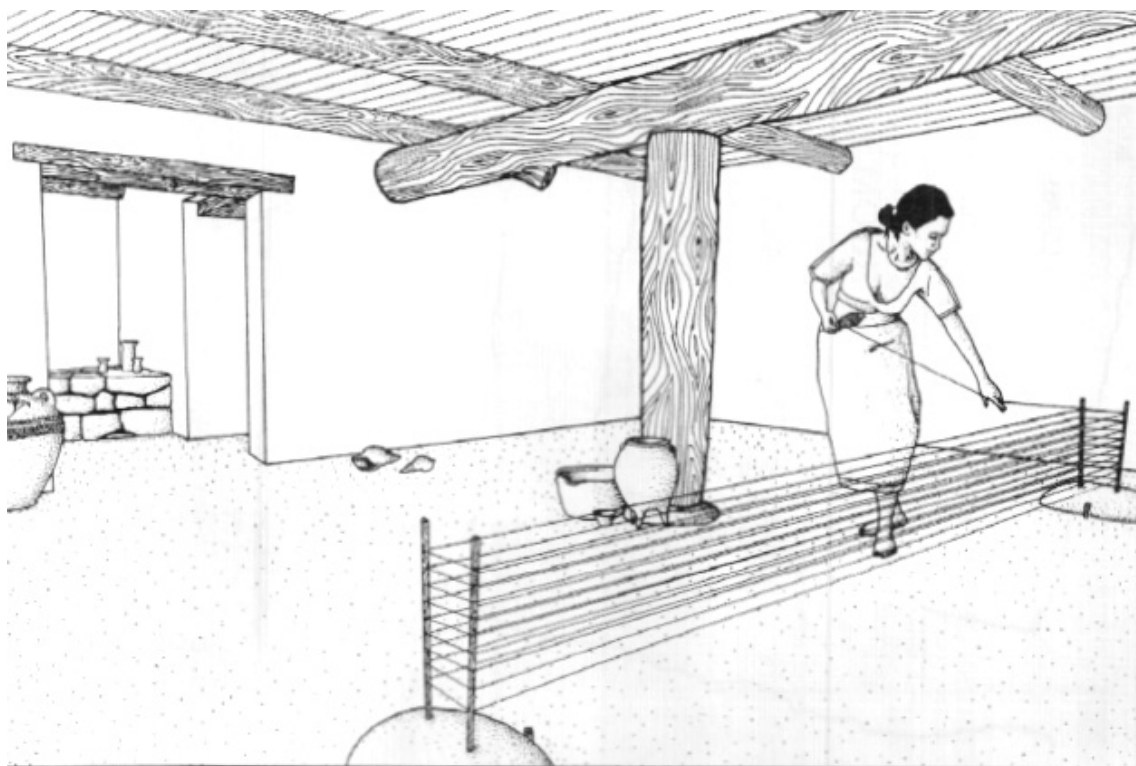


Fig. 69. Reconstrucción del funcionamiento del soporte de urdimbre en la sala **B2** del Barrio de la Artesanía, vista desde el sur hacia la esquina norte (dibujo de C. Dietrich y D. Faulmann en Soles, 2003: figure 39).

### Las pesas de telar

Las 63 pesas de cerámica se dividen en seis tipos distintos en función de la forma: elípticas, redondeadas, discoides, esféricas, trapezoidales y galbos reciclados perforados. Las dos primeras, que son las más numerosas, tienen la parte superior aplanada y en ella hay una hendidura. Según Barber (1991), la hendidura servía para encajar una barra de madera y evitar el tintineo de las pesas, o bien para mantener los hilos de la urdimbre separados de forma regular. Además de la forma, los pesos de todas ellas varían mucho. Las elípticas se agrupan en tres rangos: 270 y 150gr las más pesadas, 150-70gr las medianas y entre 70-30gr las más ligeras. Por su parte, las trapezoidales y los galbos reusados como pesas de telar constituyen los ejemplos con menos gravidez, 40-65gr y 40-33gr respectivamente.

Además de las pesas de cerámica, hay algunas piedras talladas perforadas que también pudieron servir para tensar la urdimbre. En especial, los pesos de tipo 22 (bicónicos), 24 (elípticos) y 25 (rocas naturales perforadas). No obstante, no se halló ninguna concentración significativa de estos pesos y solo aumentarían el número de pesas de telar en 10 unidades.

La variedad de las formas, de pesos, e incluso del número y posición de los orificios por los que se pasan los hilos indica que, probablemente, en el Barrio de la Artesanía se producían varios tipos de tejidos. No obstante, la cantidad de pesas de telar de cada tipo era muy bajo, a excepción de las pesas elípticas y redondeadas. Ello significa que, o bien no utilizaban pesas de formas y pesos homogéneos en cada telar, o bien que sólo nos ha llegado una muestra pequeña de las pesas totales que habría en funcionamiento.

En cualquier caso, todo apunta a que la escala de la producción textil fue doméstica, con la existencia de tres o cuatro telares en funcionamiento. Ello encaja con lo que se sabe de la elaboración textil en el Neopalacial. A pesar de ser un mercado donde se intercambiaban telas de lujo, la producción no fue ni centralizada ni intensificada significativamente, como veremos más abajo al explicar la situación en otros contextos neopalaciales. No sabemos si los/as artesanos/as de Mochlos intercambiaban sus telas o no, pero, en cualquier caso, sus características materiales y espaciales responden a una actividad de mantenimiento. Si los telares se situaban en los tejados de las casas, tendrían una conexión muy clara con la vida exterior de la comunidad.

Finalmente, cabe destacar, como dato relevante, la presencia de dos pesas de telar importadas. En el estudio de materiales del Barrio de la Artesanía se llevó a cabo el análisis de las pastas cerámicas de las pesas de telar (Soles *et al.*, 2004: 28-33). Los resultados señalaron que la mayoría estaban manufacturadas en pasta tosca local, con el típico desgrasante de filita. Sorprendentemente, hay dos excepciones (las pesas número IC133 e IC134) cuyas pastas contenían granodiorita, el desgrasante procedente de la arcilla de Gournia. Este dato nos asoma a la importancia de estos humildes objetos para los/as artesanos/as del telar. Probablemente, más que productos de intercambio, fueron pertenencias de gente asentada en Mochlos y procedente de Gournia. Así lo creen, Soles *et al.* (2004: 29), quienes sugirieron que detrás de las pesas de telar de Gournia podría haber patrones de exogamia.

#### *7.4.4. Conexiones de las actividades de mantenimiento con el mundo simbólico*

En el Barrio de la Artesanía, cada edificio contenía una sala que, por la calidad de sus hallazgos, se ha reconocido como el santuario doméstico. En ellos, junto a los elementos más típicamente rituales, se hallaron objetos que representan todos los trabajos artesanales del poblado y, también, recipientes de cocina.

En el caso del edificio A se trata de la estancia **A6** (Soles, 2003: 33-34). Buena parte de su extensión estaba invadida por construcciones modernas, lo que complicó la excavación de este sector. El muro oeste se apoya en la sala **A10**, lo que dio la pista para entender que el santuario fue una de las últimas adiciones al edificio. A la sala se accedía por el muro sur, donde un umbral daba acceso a una pequeña zona pavimentada. En su interior, los muros y parte del suelo estaban enlucidos, siendo la única sala embellecida de esa manera en el edificio. Entre los hallazgos, destacan un par de pyxides en miniatura y una figurilla de barro cocido en forma de pie, considerada un elemento votivo. Junto a estos, se encontraron una buena representación de objetos artesanales: un lingote de bronce de forma inusual que resultó ser el de mayor peso de todo el yacimiento, un martillo de cuarcita y tres recipientes de cerámica en miniatura (una olla, un cuenco trípode y una taza cónica). Asimismo, en el depósito de suelo también se localizó un mortero de piedra, de la misma tipología que los hallados en las cocinas. La mayoría de estos objetos se asomaban al perfil de la zona sureste de la sala que no pudo excavarse completamente, pero todo hace indicar que se trata de un santuario doméstico.

En el Edificio B, el santuario se localizó en la sala **B1** (Soles, 2003: 62-63), que pudo excavarse sin dificultades. También esta sala debió estar enlucida a tenor de los restos de encalado que se hallaron dispersos por el derrumbe de los muros. La presencia de un pequeño banco adosado a su muro este y el carácter ritual de muchos de los hallazgos encaja con la tipología «bench sancturay» de Gesell (1985). Destacan un buen número de pequeños recipientes con pedestal para sostener ofrendas, soportes tubulares, multitud de recipientes trípodes con pies estilizados y una concha de tritón marino, todo ello típico de otros santuarios neopalaciales (Soles, 2003: 63). Además, la sala contenía una jarra decorada en miniatura, un pequeño cincel de bronce y un fragmento de calcita, de nuevo una buena muestra de las artesanías locales. Respecto a las evidencias de cocina, el santuario **B1** proporcionó unos cuantos platos, algunos restos de fauna y un modelo de un tipo curioso de bandeja trípode de cocina estilizada.

En el Barrio de la Artesanía se documentaron cuatro bandejas de este estilo, que seguían la tipología habitual de cocina, pero con bases más finas y diámetros más reducidos. No mostraban signos de haber sido expuestas al fuego y se manufacturaron con pasta local común. Las tres restantes se hallaron en la cocina **B3**. A mi juicio, estas pequeñas bandejas son una versión de lujo del artefacto común de cocina, que por su carácter especial encontraron su espacio en el santuario.

La presencia de esta bandeja en el santuario del Edificio B y el mortero de roca calcárea en el santuario del Edificio A indican, a mi modo de ver, la importancia simbólica de la cocina en el Barrio de la Artesanía.

Por otro lado, hay un indicio más que sugiere la dimensión simbólica de la cocina. Bajo la espesa capa de sedimento que conformaba el suelo de la cocina **A2** se hallaron los restos de un enterramiento infantil, concretamente un diente y un hueso largo (Soles, 2003: 24 y 145). Es un ejemplo de los llamados enterramientos «intramuros». Se denominan así las sepulturas halladas en el interior de las casas o en zonas al aire libre dentro de poblados (Nordquist, 1990: 41; McGeorge, 2003: 301). Ocurren esporádicamente desde el Neolítico hasta finales de la Edad del Bronce y, aunque normalmente son enterramientos infantiles, hay también casos de adultos. Tal y como comenta McGeorge (2003) es una costumbre que también se documenta en las culturas circundantes y probablemente tenía que ver con algún tipo de tabú. Los casos conocidos de enterramientos infantiles intramuros incluyen: el feto enterrado en un pithos invertido en la Casa I de Petras, otro feto enterrado cerca de un hogar en una casa en Chania (mucho más tardío, del MR IIIB2) (ambos mencionados en McGeorge, 2003) y el enterramiento de cuatro individuos infantiles en la North House de Knossos (Wall *et al.*, 1986).

El fenómeno es demasiado complejo y extenso como para tratarlo aquí en profundidad. Los casos son muy diferentes entre sí, resultando difícil encontrar un hilo conductor que los explique globalmente<sup>106</sup>. Sin embargo, parece que un patrón relativamente común en el Mediterráneo es el que los/as niños/as sean enterrados cerca o bajo algún hogar de la casa. Souvatzi (2012: 32-34) exploró este fenómeno en el Neolítico del Norte de Grecia y

---

106 Recientemente, se ha hecho el primer intento por reflexionar en torno a esta práctica funeraria en un número especial de la revista *Archaeological Papers of the AAA* (marzo 2010)

en una de sus conclusiones señalaba que «the separation of children from the rest of the kin or domestic group can be seen as evidence for their special status and their intimate symbolic connection with the household» (2012: 33). Es decir, según Souvatzi, los/as niños/as serían enterrados en las casas como muestra de su vinculación íntima con las unidades domésticas. Si, como sucede a menudo, se escoge el hogar o la cocina, podemos proponer, como hipótesis, que la cocina es considerada en el Barrio de la Artesanía el núcleo identitario de la unidad doméstica, tal y como se desprendía del análisis espacial.

## 7.5. Ejemplos auxiliares

Al contrario de lo que ocurría en los periodos anteriores, en la época Neopalacial los datos a nuestra disposición se multiplican considerablemente. Para hacernos una idea global de cómo se organizaban las actividades de mantenimiento en otros lugares más allá de Barrio de la Artesanía en Mochlos, habría que desglosar el análisis en varios niveles, atendiendo a las diferencias cualitativas de cada asentamiento. Sería necesario explorar, por un lado, los edificios palaciales (cuyo registro arqueológico es mucho más claro y exhaustivo en esta época), por otro, las denominadas villas, y, finalmente, las granjas y las casas más humildes. Asimismo, convendría tener en cuenta las diferencias regionales, así como la existencia de diversas estrategias corporativas. Todo ello proporcionaría una visión completa del desarrollo que experimentan los trabajos de mantenimiento desde los múltiples ángulos que nos proporciona la cultura neopalacial. No obstante, un análisis tan exhaustivo excede los propósitos de este primer estudio sobre las actividades de mantenimiento en la Creta de la Edad del Bronce. A continuación, presento una primera aproximación donde abordaré algunas ideas generales. Sobre la preparación de alimentos, veremos que sus características espaciales son muy variadas, con los efectos sociales consecuentes que podemos intuir. Respecto a la elaboración textil, veremos que a pesar de la sofisticación de los tejidos y su uso como elemento de exhibición de las élites, su producción no es centralizada ni hay evidencias de una intensificación de la producción significativa. Todo apunta a que la organización del trabajo textil continúa teniendo la estructura típica de una actividad de mantenimiento.

Lo primero que cabe examinar son las inmediaciones del Barrio de la Artesanía, es decir, el poblado principal de Mochlos y la granja de Chalinomouri. Durante el Neopalacial, las casas se agolpaban en el islote situado frente a la costa, donde todo apunta a que el poblado experimentó un buen grado de prosperidad que, en la fase MR IB, se materializó en varias ampliaciones arquitectónicas (Soles, 2004), tal y como ocurrió en el Barrio de la Artesanía. Si bien el estudio definitivo del poblado neopalacial de Mochlos está aún pendiente<sup>107</sup>, ya se conocen algunos detalles preliminares de su configuración.

Barnard y Brogan (2011) resumieron recientemente las características de las estancias identificadas como cocinas (fig. 70). Hasta el momento se han identificado siete. La primera se construye en el MM III y es la que peor se conoce. Tres más, en las casas B.2, C.2 y C.7 se levantan en el MR IA y permanecen en funcionamiento hasta el MR IB. Por último, en el MR IB se construyen otras tres, en las casas C.1, C.3 y D.5.

Los autores constataron que las cocinas en el poblado principal seguían el modelo general que veíamos en el Barrio de la Artesanía. La mayoría eran pequeñas habitaciones con un mortero de roca calcárea como uno de los elementos más diagnósticos. En algunos casos, como en las casas D.5, C.3, C.7, las cocinas no se conectaban espacialmente con el interior de las viviendas sino con el exterior,<sup>108</sup> en otros, como la casa B.2, sí estaban integradas en el seno de los edificios. En el interior de todas ellas no había hornos ni hogares construidos, simplemente carbones esparcidos por el suelo señalando la presencia de hogares sencillos dispuestos en el suelo. También aquí, la mayoría de estas habitaciones se usaban como alacenas, a tenor de la cantidad de cuencos y tazas que albergaban. Lo único que las distingue de las cocinas halladas en el Barrio de la Artesanía es que permanecieron habitadas mucho más tiempo, lo que ha resultado en estratigrafías más complejas con la superposición de varios suelos de ocupación. Además, Barnard y Brogan (2011) comparten la idea de que los espacios exteriores también debieron usarse para cocinar, dado el pequeño tamaño de las cocinas, la ausencia de hogares fijos en su interior y el hecho de que estuvieran repletas de objetos. Ello explicaría, además, los hallazgos esporádicos de ollas trípodes en las zonas al aire libre.

---

<sup>107</sup> Aún no se conocen, por ejemplo, los detalles sobre las herramientas para la producción textil.

<sup>108</sup> En el caso de la cocina hallada en la casa C.1 el plano de la cocina no está tan claro y no es posible afirmar con certeza si conectaba o no con el resto de la casa (Barnard y Brogan, 2011: 196)



Fig. 70. Plano del poblado principal de Mochlos. Los números en el interior de algunas salas corresponden a algunas de las cocinas identificadas por Barnard y Brogan (según Barnard y Brogan, 2011: 192).

Por tanto, el modelo de cocinas que analizamos en las páginas anteriores no es privativo de las familias de artesanos/as, sino también de la comunidad en el poblado principal. Ello resulta sorprendente si pensamos que la unidad social que habitó las casas en el islote debió tener poco que ver con el artesanado de la costa. Sus residencias eran más suntuosas que las del Barrio de la Artesanía, como demuestra el uso abundante de ortostatos, su articulación interna (con el empleo de vestíbulos, corredores, etc.) y la construcción de dos plantas en muchas de ellas (Soles y Davaras, 1994, 1996). Todo apunta a que fueran las viviendas de familias pudientes. ¿Cómo ha de interpretarse esta coincidencia? Propongo —como hipótesis preliminar— que en ambos lugares la práctica principal o más significativa de preparación y consumo de alimentos se desarrollaba en el exterior, a la vista de todo el mundo, constituyendo la principal estrategia integradora. Las cocinas serían el símbolo material más característico, siendo espacios privados que, sin embargo, jugaban un rol esencial en la vida comunitaria.

Por otro lado, la existencia de algunas cocinas situadas en el interior de las viviendas, vendrían a constituir un elemento diferenciador y competitivo que, probablemente, perturbaba el equilibrio social. La casa B.2 —una de las más conspicuas del poblado, donde ya vimos que una zona al aire libre se reservaba para banquetes—, estaba provista, en su interior, de otra cocina suplementaria, de características materiales similares a las del resto de cocinas del

asentamiento. Este espacio, mucho más «privado» que las cocinas exteriores, tenía acceso directo a una gran sala rectangular, lujosamente acondicionada, que probablemente fuera un gran comedor (Soles y Davaras, 1996: 192). Es decir, en la casa B.2, además de participar del consumo comunal exterior, se reservaba un espacio interior para banquetes más privados y, seguramente, más conspicuos. En ambos casos, sin embargo, parece que el lugar de la cocina siguió siendo prominente. Los banquetes interiores no se convirtieron en simples «toasting rituals» con el alcohol como único protagonista.

No obstante, el alcohol —y, en particular, el vino— constituyó un elemento diferenciador que, probablemente, denotaba el estatus de los grupos que tenían acceso a él. Por ejemplo, en la casa C.7, se observa como, al final del MR IB, se reconvirtió una antigua cocina en un almacén de vino, quizás importado (Brogan y Koh, 2008). Cuando esto ocurrió, se tapió la puerta que daba al exterior del poblado y se limitó el acceso a una trampilla en el techo. Al mismo tiempo, se hizo necesario construir otra cocina al sur, en una zona pública abierta (Soles y Davaras, 1996; Barnard y Brogan, 2011). La nueva cocina denota, a mi juicio, la necesidad de continuar con las obligaciones comunitarias. ¿Tendría la casa C.7 otra cocina privada y una sala comedor como en la casa B.2? Habrá que esperar a que los trabajos en el yacimiento terminen para comprender en su totalidad el fenómeno de las cocinas conectadas con el exterior y el surgimiento de las cocinas «privadas».

En lugares más humildes, como las granjas aisladas, no existen las cocinas segregadas conectadas con el exterior. Así es, por ejemplo en Chalinomouri, una pequeña granja situada en las inmediaciones de Mochlos y con la que terminaremos nuestro repaso al yacimiento. Chalinomouri (Soles, 2003: 103-134) se sitúa en la parte más oriental de la llanura costera de Mochlos, en un pequeño promontorio escarpado que alberga la cuenca de un río. Aquí, se halló una pequeña vivienda que fue construida y abandonada en el MR IB. Chalinomouri constituye un ejemplo más de la expansión demográfica que vivió la región de Mochlos. Un repaso a la arquitectura y los hallazgos de la granja revela que la preparación y el consumo de alimentos se llevaban a cabo en la sala central y en las zonas exteriores que circundan la casa, en especial el patio NO donde un antiguo horno de cerámica se utilizó, justo antes de su abandono, como horno para comidas (fig. 71). Algo similar vimos que ocurría en la granja de Agia Varvara en Malia, datada en el MM III. Allí también la sala central constituía el único espacio interno con hogar y evidencias de consumo. A mi juicio, el carácter aislado de estos



asentamientos, donde había espacio para una sola familia, no requería de cocinas conectadas con el exterior y aisladas del interior que satisficieran las necesidades de interacción con la comunidad, que en sus enclaves, era inexistente.

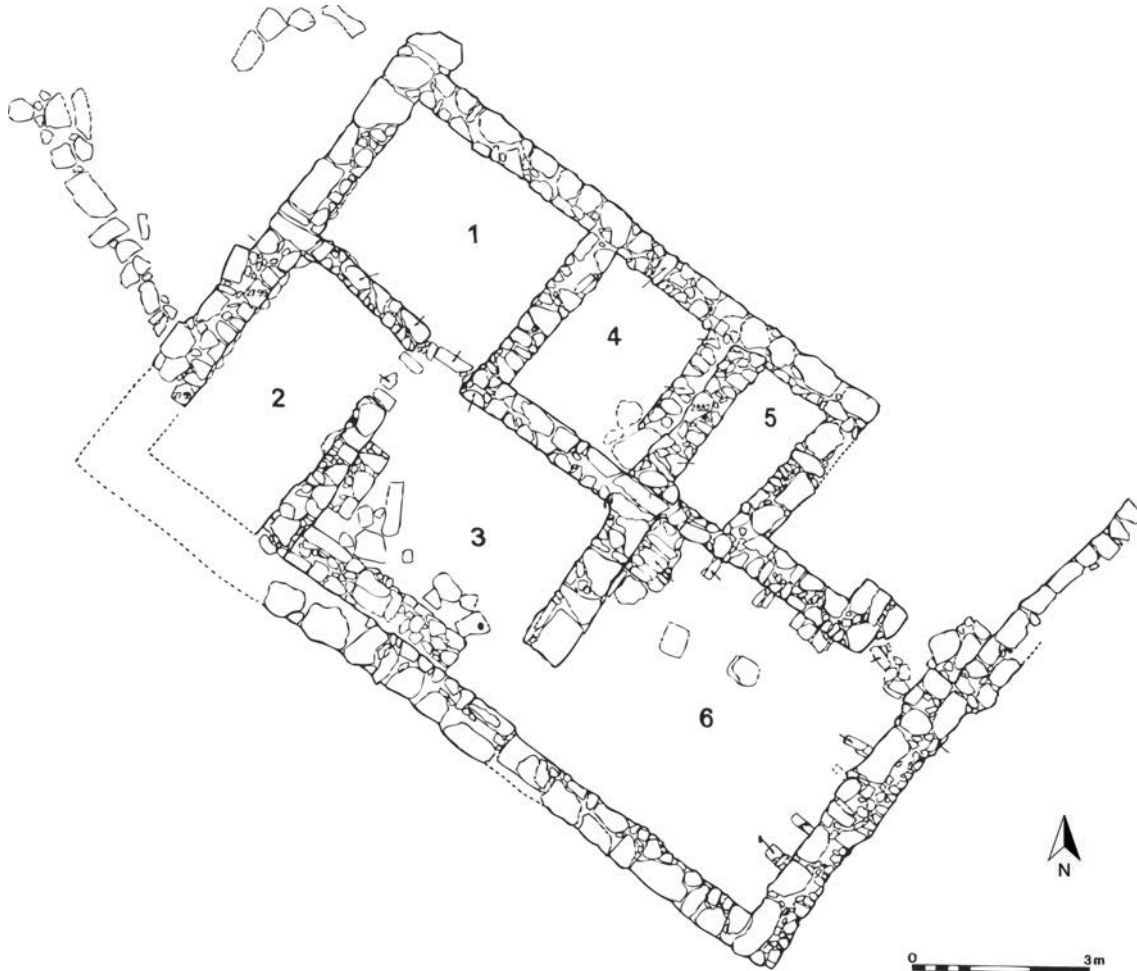


Fig. 71. Planta de la granja de Chalinomouri.

A continuación, ampliaremos nuestra visión para acercarnos a la variedad de espacios de cocina que se han identificado en el resto de la isla. Antes de nada, es necesario advertir que el número de cocinas identificadas hasta la fecha es muy pequeño si lo comparamos con la ingente cantidad de recipientes de cocina que se recuperan de las excavaciones (Barnard y Brogan, 2011). Casos como el de Mochlos, donde las cocinas abundan, son la excepción. En otros lugares como la extensa ciudad de Gournia o el asentamiento de Kommos las cocinas identificadas como tal son muy pocas. En general se asume que había una preferencia clara por cocinar al aire libre, donde las estructuras de combustión y los depósitos de cerámica son más difíciles de detectar.

En su estudio sobre el genotipo arquitectónico neopalacial, Letesson (2009: 344) reconoció que no había ninguna unidad espacial recurrente que albergara las cocinas de forma sistemática. Al contrario, la preparación de alimentos se llevaba a cabo en una variedad de espacios, que, en general, podían clasificarse en tres tipos: (1) espacios accesibles desde el exterior y segregados de los edificios a los que se asocian, (2) espacios interiores poco integrados con las habitaciones de su entorno, (3) espacios interiores bien integrados<sup>109</sup>. Esta heterogeneidad, además de reflejar lógicas espaciales diferentes, nos indica la diversidad en la gestión de las actividades de mantenimiento.

El primer tipo de cocinas ya nos es bien conocido. Cabría mencionar un caso más, hallado en una de las villas del núcleo urbano de Pseira, un asentamiento a pocos kilómetros al este de Mochlos, situado, también, en una pequeña isla frente a la costa septentrional de Creta (Seager, 1910; Betancourt y Davaras, 1995). Durante el Neopalacial, la ciudad estaba provista de más de sesenta edificios. Dos elementos de referencia vertebran la ciudad: una gran escalinata que asciende desde el puerto al punto más alto de la ciudad y, allí, una gran plaza. En un costado de la plaza se halló una de las edificaciones más suntuosas, la denominada «Plateia Building», que podríamos traducir como la *Casa de la plaza* (fig.72). Floyd (1998) estudió el edificio poniendo especial atención a la identificación de áreas de actividad.

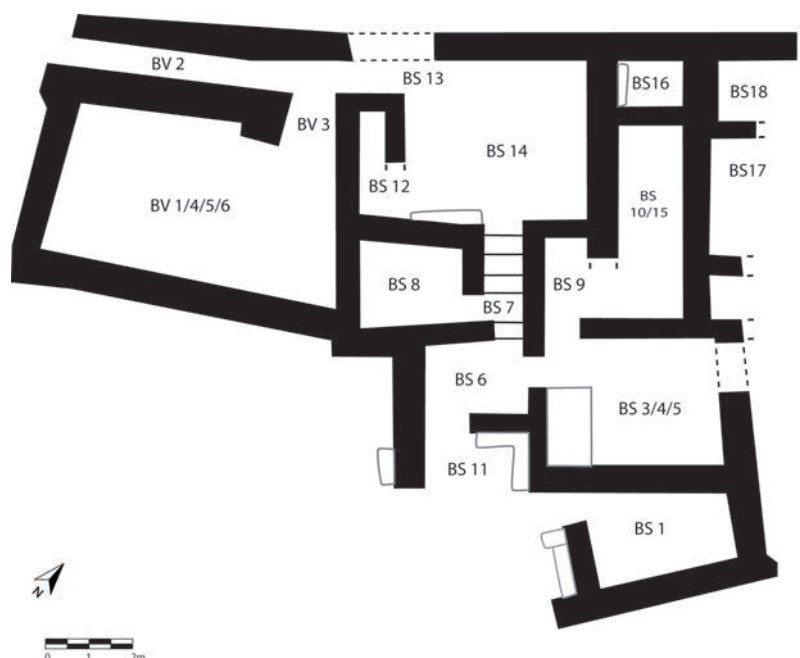


Fig.72. Planta de la *Casa de la Plaza* en Pseira.

109 De esta tipología, Letesson sólo reconoció tres casos: la salas 11 y 12 del edificio palacial de Galatas y la sala 32 del edificio palacial de Zakros (Letesson 2009: 344).

Encontró dos zonas de preparación y cocinado de alimentos. La primera, en el espacio **BS1**, un lugar adosado a la fachada NE, muy cerca de la entrada al edificio, pero sin comunicación interna con él. Restos de fauna, cerámica de cocina en abundancia y un mortero de piedra apuntan al uso del espacio como cocina. La segunda en la planta alta del edificio, encima de la sala **BS6**, de donde se precipitaron restos de un hogar, cerámicas de cocina, varias manos de molinos de piedra y restos de fauna. Junto a ello, una concentración de trece pesas de telar reveló el uso de la zona superior como espacio para tejer.

La cocina **BS1** repite el modelo que hemos visto en Mochlos. De ella se ha sugerido en varias ocasiones y por diversos autores que, dada su conexión con la plaza principal de la ciudad, estuviera destinada a la preparación de banquetes (Davaras en McEnron, 2001: 87; Letesson, 2009: 344). Además, de la misma manera que veíamos en la casa B.2., también la Casa de la Plaza reservaba un lugar suplementario, más privado, para un tipo de cocina y de consumo probablemente restringido a personas más selectas. Quizás pueda plantearse la posibilidad de que el modelo de casas suntuosas con dos cocinas, una destinada a eventos públicos y otra a ocasiones privadas sea un modelo típico de la zona oriental del golfo de Mirabello.

El segundo tipo de cocinas, aquellas en el interior de los edificios pero mal integradas con las habitaciones circundantes, han sido localizadas en casas de yacimientos como Tyliossos, Malia, Kommos o Achladia (Letesson, 2009: 344, nota 162). Que tengan una integración deficiente quiere decir que son habitaciones con accesos muy limitados, normalmente sólo comunican con una o dos salas del edificio. Los ejemplos que enumera Letesson son muy diversos entre sí, y van desde grandes villas (como Tyliossos) hasta pequeñas granjas (como Stou Kouss). Para saber a qué responde este fenómeno y si, efectivamente, detrás se esconde una pauta común con implicaciones sociales, sería necesario un análisis detallado de cada caso. Cada uno de ellos tiene un sinnúmero de particularidades que complican su comprensión. Por ejemplo, la Casa Norte de Kommos, donde la sala 3 ha sido identificada como cocina (fig. 73), constituye todo un palimpsesto de niveles superpuestos, desde el MR IA hasta el MR IIIA1, durante los cuales la casa sufrió importantes modificaciones (Shaw y Shaw, 1996: chapert 2). El suelo de habitación que se conserva en la sala 3 pertenece a la última etapa, cuando, efectivamente, se usó como una cocina. Si también se empleó de la misma manera en el Neopalacial es algo de lo que no hay certeza (Shaw y Shaw, 1996: 33).

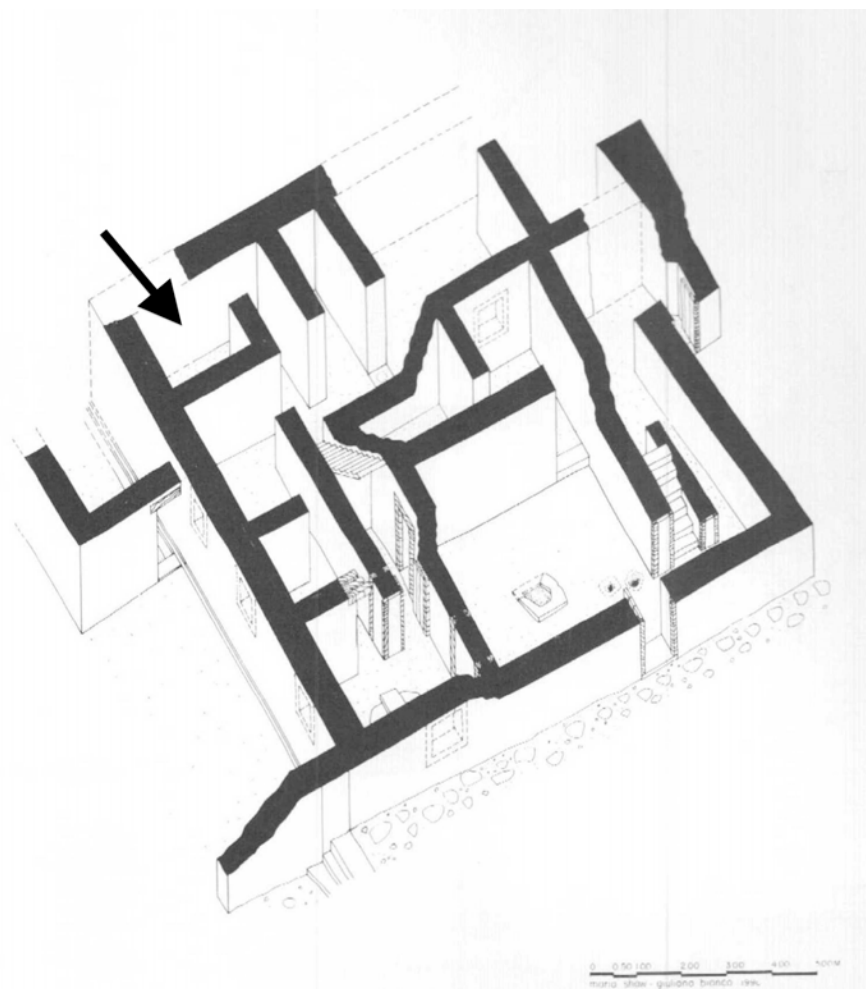


Fig. 73. Reconstrucción de la planta baja de la Casa Norte en Kommos. La flecha muestra la sala 3 (según Shaw y Shaw: plate 2.6).

### *La organización del trabajo textil*

No cabe duda de que los tejidos fueron elementos suntuosos de exhibición para las élites, empleados durante lujosas ceremonias palaciegas, a tenor de lo que muestran las pinturas que decoran el palacio de Knossos y otros edificios prominentes. En el capítulo anterior tuvimos ocasión de comprobar que en el Quartier Mu de Malia y el «Loom-weight Deposit» de Knossos la cantidad de pesas de telar encontradas evidenciaban una clara intensificación de la producción, así como su incipiente centralización. En el Neoapalcial, esa tendencia desaparece. La elaboración de tejidos se desarrolla en casas y villas, ninguna de las cuales alcanzará el volumen de telares que vimos en los casos protopalaciales (Alberti, 2007; Militello, 2007; Alberti, 2008)

Según Militello (2007), los «palacios» fueron centros que adquirirían tejidos, pero nada apunta a que controlaran ni la producción, ni la distribución, ni siquiera el mercado de materias primas. Las tablillas en Lineal A que mencionan ovejas o cantidades de lana son muy escasas, nada que ver con los registros de esta actividad que mantenía la burocracia de los centros micénicos en la Grecia continental, quienes sí ejercían un férreo control sobre esta actividad.

Las evidencias más contundentes proceden de villas con un marcado carácter productivo artesanal, como Vathypetro o Agia Triada. Esta última constituye uno de los pocos ejemplos en que se puede correlacionar la evidencia arqueológica y epigráfica y, comprobar, que el mercado de la lana tenía cierto grado de organización administrativa. Militello (2007) explica que en la sala 27 del ala oeste se encontró una acumulación de pesas de telar y en el quicio de la ventana hacia la sala contigua descansaban cuarenta y cinco nódulos. Los nódulos son un tipo de sellos que se usaban como símbolos o recibos del administrador/a al que pertenecían. En la misma zona, había una tablilla. En su recto había grabado el signo de lana y en el verso un balance. En el balance se mencionan 4 talentos y medio, que correspondería a 45 unidades (unos 135 kg de lana). La correspondencia entre el balance y los nódulos es sorprendente. Justo antes de su destrucción, la villa de Agia Triada recibía o distribuía 135 kg de lana y daba recibos a cambio, mientras un/a escriba detallaba los datos en una tablilla. Las pesas de telar atestiguan, probablemente, el procesamiento de dicha lana.

Tal y como señala Alberti (2007), ni siquiera casos como el de Agia Triada demuestran tener instalaciones exclusivamente dedicadas a la producción textil. Tampoco existe ningún centro neopalacial en el que se haya documentado el proceso textil completo, desde el acopio de materias primas, el tratamiento de las fibras, el hilado hasta el tejido. Las casas que muestran un mayor interés en la producción de tejidos acumulan pesas de telar para hacer funcionar como mucho dos o tres telares, tal y como veíamos en el Barrio de la Artesanía. Podemos concluir, por tanto, que los tejidos en Creta, aunque alcanzan la categoría de productos de lujo, en su mayor parte continúan organizándose a un nivel cotidiano, con un grado escasísimo de intensificación. La norma son los hogares en los que el interés por la producción de telas se traduce en la posesión de dos o como mucho tres telares, tal y como veíamos en el Barrio de la Artesanía. Que un producto que procede de una estructura de “mantenimiento” alcance la categoría de objeto de lujo que puede intercambiarse es, sin duda, un buen indicio de que las personas encargadas de tejer disfrutaban de condiciones óptimas para desempeñar su

trabajo: no estaban bajo la presión de ninguna autoridad central, no tenían que intensificar su producción y, probablemente, podían combinar la producción doméstica con aquella destinada al intercambio.

Para terminar, se hace necesario señalar, aunque sea brevemente, uno de los pocos contextos en que la elaboración textil adquirió una dimensión simbólica evidente. Se trata del Edificio 4 del cementerio de Archanes (Sakellarakis y Sapouna-Sakellaraki, 1991: 86-89; 1997: 223-229). Esta construcción de dos plantas, decorada con frescos en el piso superior, se hallaba situada en la zona central del cementerio y permaneció en uso durante el MR IA. Parece que fue un edificio destinado a la fabricación de materiales usados durante los ritos fúnebres. Destaca la presencia de una de las mayores concentraciones de pesas de telar que acumula un solo edificio, en total se recuperaron cincuenta, que cayeron del piso superior. Aquí parece que se elaboraban las telas destinadas, bien a los/as difuntos/as, bien a los/as participantes de las ceremonias. En opinión de los/as arqueólogos/as del sitio, las actividades del Edificio 4 eran acometidas «by the living for the care of the dead» (1991: 86).

Junto a ellas, doce pithoi, dos figurillas de terracota, un lingote de bronce, cerámica, recipientes y herramientas de piedra, entre otros, atestiguan la intensa labor que se ejecutaba entre sus muros. Destaca especialmente la sala acondicionada para la prensa de vino que, junto a un depósito cercano de más de doscientas tazas cónicas, nos indica el importantísimo papel que seguían cumpliendo los ritos comunales con consumo de alcohol.

## 7.6. Conclusión

De los periodos abordados en esta tesis doctoral, el Neopalacial es el que acumula el mayor número de yacimientos excavados y el que acapara más atención científica. A pesar de ello —o, quizás, como consecuencia de la abundancia de datos—, aún estamos lejos de entender, en toda su complejidad, el funcionamiento de la sociedad cretense entre el MM III y el MR IB. Junto a los indicios que muestran inestabilidad y retraimiento (Driessen y Macdonald, 1997), como efectos indirectos de las sucesivas catástrofes naturales, hay áreas que disfrutaban de crecimiento y auge, como es el caso del entorno urbano de Mochlos que hemos analizado en este capítulo. Aunque parece claro que en la isla existieron diferentes estructuras políticas

de magnitud estatal (Nakassis *et al.*, 2010), todo apunta a que el panorama general estuvo dominado por un esquema heterárquico en donde los actores principales fueron, con toda probabilidad, de carácter corporativo (Driessen *et al.*, 2002). El poder y el control de los recursos no recayó en una única institución situada en la cúspide de la pirámide social, sino que fluctuó entre las múltiples corporaciones que operaban en la isla. Las representaciones iconográficas de la época nos muestran una realidad donde las ceremonias y los rituales protagonizados por grupos de personas son la norma, reflejando, no la biografías de líderes particulares, sino el código religioso (e ideológico) del grupo al que pertenecían las imágenes. En ellas, no hay indicios de que el género sea un eje identitario que produzca asimetría, al contrario, hay quienes consideran (Hitchcock, 2000; Alberti, 2002) que la construcción del género admitía cierta flexibilidad. He propuesto que el escenario político heterárquico pudo afectar al sistema sexo-género de dos formas: por un lado, permitiendo tantos sistemas sexo-género como corporaciones sociales habitaran la isla. Por otro lado, dado el poco predominio de los rasgos identitarios individualistas y la influencia de los rasgos relacionales, facilitando la existencia de sistemas sexo-género de bajo perfil patriarcal.

En este capítulo hemos tenido ocasión de asomarnos a los espacios que habitaba el artesanado de una ciudad próspera, comprobar cuál era la situación de las actividades de mantenimiento y lanzar algunas hipótesis respecto al impacto de dichas actividades en las relaciones entre hombres y mujeres. El primer rasgo destacable es la frágil división espacial que había entre todas las actividades que se llevaban a cabo en el Barrio de la Artesanía. A pesar de que había “talleres” y también “cocinas”, ambos lugares contenían un buen porcentaje de cultura material propia del otro espacio. Es decir, las cocinas albergaban abundante material de los talleres, y en la mayoría de los talleres había hogares, cerámica de cocina y restos de fauna que indicaban la preparación y el consumo de alimentos. Partiendo de este dato, he sugerido que, de haber existido la división sexual del trabajo, la permeabilidad espacial habría reducido considerablemente la posible asimetría entre hombres y mujeres. Trabajar en los mismos espacios desincentiva la aparición de desigualdades.

La segunda cuestión relevante que se desprende del análisis se refiere a la lógica espacial de las numerosas cocinas que hay conectadas con el exterior e incomunicadas con el interior de las viviendas. Es difícil interpretar los motivos de una configuración semejante, sobre todo después de comprobar que las cocinas no eran espacios monofuncionales. Junto a los

objetos propios de la preparación de alimentos y de las actividades artesanales, funcionaban como alacenas para la vajilla de consumo. La gran cantidad de platos de cocina, así como las decenas de tazas encontradas en su interior y los restos de fauna, son una muestra, a mi juicio, de un empleo por encima de las necesidades de una pequeña unidad familiar. He propuesto que, probablemente, las cocinas segregadas se utilizaran para organizar pequeños eventos de comensalidad cotidiana, donde la comida y la bebida se compartía con otros miembros del grupo. Probablemente, ello fuera una estrategia necesaria para equilibrar la competencia natural que puede darse entre los/as artesanos/as que trabajan juntos/as y sitúan sus productos en los mismos mercados.

Si como propone Soles, en los edificios convivían diversas familias, he sugerido que las cocinas segregadas serían el único espacio privado de las unidades familiares. El lugar donde guardar, cocinar y consumir lo que pertenecía a cada familia, y desde ahí compartir, en las ocasiones de consumo comunal, lo que correspondiese. La decisión de enterrar a un individuo infantil bajo una de estas cocinas redonda en la idea de las cocinas como los centros simbólicos de cada “hogar” familiar.

Varios datos han confirmado la importancia simbólica y la consideración social de las actividades de mantenimiento. En primer lugar, la presencia de pesas de telar y recipientes de cocina importados, lo que sugiere que estos objetos, aparentemente humildes y tecnológicamente sencillos, tenían un valor añadido para sus propietarios/as. No sabemos, sin embargo, si son fruto de intercambio o la muestra de población foránea instalada en Mochlos. En segundo lugar, la presencia de objetos típicos de cocina en los santuarios domésticos de ambos edificios. El mortero de piedra del santuario en el Edificio A y la bandeja de cocina estilizada indican el interés de los/as habitantes por conectar la cocina con el mundo simbólico religioso.

En el análisis se ha detectado también que hay cierto grado de sofisticación en las actividades de mantenimiento. Así parece desprenderse de las distintas pastas empleadas en la cerámica de cocina y, también, de las pesas de telar, cuya variedad probablemente implicó la confección de tejidos diversos.

Respecto a la actividad textil, he destacado que su organización no varía mucho respecto a lo que observamos, por ejemplo, en el poblado prepalacial de Myrtos: había como máximo



cuatro telares funcionando al aire libre, en los tejados. Puede que la producción textil alcanzara para satisfacer no sólo las necesidades cotidianas, sino también necesidades comerciales. Hemos visto que, durante el Neopalacial, a pesar de la sofisticación que alcanzan las telas (a tenor de lo que vemos en la iconografía), la producción se organiza desde las casas y las villas. Ello significa que la elaboración textil alcanzó un nivel alto de especialización sin que su organización doméstica cambiara sustancialmente. Si las mujeres eran las encargadas del trabajo en los telares, no sufrieron las presiones que habitualmente acompañan los trabajos especializados como, por ejemplo, la intensificación de la producción o la exclusión de su participación en el trabajo.

Finalmente, ha habido espacio para repasar las evidencias en el resto del poblado de Mochlos y en otros asentamientos en Creta. Si bien la complejidad del registro requiere un examen más exhaustivo, el breve repaso me ha servido para señalar algunas ideas generales. Entre ellas, que a través de la configuración de las cocinas se pueden observar las tensiones sociales dentro de una determinada población. Si las cocinas adosadas a los muros exteriores de las casas en el poblado de Mochlos materializaban una de las estrategias básicas de cohesión social, la aparición de cocinas interiores en las casas más ricas como B.2, asociadas a amplias salas de consumo, puede interpretarse como un indicio de diferenciación social, donde los grupos de la élite buscaban escenarios más restringidos para celebrar sus eventos. Puede ser que casas como la B.2 en Mochlos estén reproduciendo, a pequeña escala, el mismo fenómeno que Letesson (2012) y Driessen (2002) han comprobado repetidamente en el caso de los palacios y de otros asentamientos neopalaciales: la esfera interior gana protagonismo en los eventos comunales que, anteriormente, se realizaban en el exterior. La fluctuación entre las dinámicas que buscan la cohesión social y aquellas encaminadas a alimentar las diferencias de poder pasan, en parte, por la manipulación de la actividad de cocina, lo que debió impactar, de forma directa, a la configuración de género de las poblaciones neopalaciales.



**CUARTA PARTE**

**CONCLUSIONES**



## CAPÍTULO 8.

### CONCLUSIONES

Después del análisis detallado de los tres casos de estudio, es el momento de sintetizar los resultados y exponer las conclusiones más relevantes. A continuación, vamos a recordar, brevemente, cuáles fueron las hipótesis de partida que suscitaron esta tesis doctoral y qué objetivos concretos me propuse abordar. Después, recopilaré las ideas más significativas surgidas del análisis y, por último, señalaré las conclusiones que se desprenden del mismo.

Una de las principales motivaciones que dio pie a la presente tesis doctoral fue la posibilidad de contribuir al estudio de una dimensión de la vida humana, la del cuidado, que pocas veces forma parte de los discursos sobre el pasado. La propuesta teórica que sustenta el concepto de actividades de mantenimiento me pareció la herramienta perfecta para abordar, a partir del registro arqueológico, dicho ámbito. En particular, propuse que un análisis detallado de las actividades de mantenimiento podía acercarnos al tipo de sistema sexo-género que vertebró a la sociedad cretense durante la Edad del Bronce, dado el papel estructural que estos trabajos desempeñan en la configuración de las relaciones entre hombres y mujeres, tal y como tuve ocasión de desgranar en el capítulo tres.

La hipótesis de partida señalaba que, en sociedades con sistemas patriarcales pronunciados, las reglas de la división sexual del trabajo imponen a las mujeres el desempeño de las actividades reproductivas y de mantenimiento, lo que causa, en parte, su exclusión de los circuitos donde se negocia el poder y el prestigio. Por definición, las actividades de mantenimiento son trabajos que no acumulan excedentes, sólo producen bienes de consumo inmediato, lo que impide que tengan un papel trascendental en la competencia por el poder material de sus comunidades. Por otro lado, poseen un carácter altruista derivado de su objetivo primordial: garantizar el sostenimiento de los vínculos sociales más básicos. En este sentido, fomentan la identidad relacional de quienes las realizan, que lleva aparejada la anuencia de poder. Sin embargo, aunque las actividades de mantenimiento no permiten el acceso al ejercicio del poder, nada impide que puedan gozar de prestigio.

Decíamos, en el capítulo tres, que en una sociedad de perfil patriarcal acusado, cabría esperar que los trabajos de cuidado se desempeñen en espacios completamente aislados y carentes

de prestigio. En una con perfil patriarcal más tenue, o con sistema sexo-género relativamente igualitario, cabría esperar una convivencia más estrecha entre los trabajos productivos y de mantenimiento a la vez que la presencia de los trabajos de cuidado en ámbitos o eventos públicos, a través de la cultura material que les es propia. Esto es, precisamente, lo que me he propuesto analizar en esta tesis doctoral. Tomando como referencia dos de las actividades de mantenimiento con una presencia material más contundente —la elaboración textil y la actividad de cocina— he analizado sus características materiales y su papel en los tres casos de estudio seleccionados.

Los objetivos propuestos fueron desglosados en tres apartados: (1) la caracterización de la elaboración textil y la actividad de cocina, (2) los vínculos de ambos trabajos con los ámbitos político-económicos supradomésticos y (3) una reflexión en torno a los rasgos del sistema sexo-género que se derivan de los dos puntos anteriores. A continuación haré un repaso de los resultados de todo ello.

Antes de meterme en materia, me gustaría volver a recordar las limitaciones de las premisas de partida. Al ser este un primer intento de analizar las actividades de mantenimiento y su influencia en el sistema sexo-género en Creta durante la Edad del Bronce, he optado por priorizar el enfoque diacrónico, anclando el estudio en tres yacimientos que abarcan un marco cronológico amplio. En consecuencia, no me ha sido posible ahondar en las particularidades regionales, ni tampoco atender adecuadamente la diversidad de yacimientos arqueológicos de cada periodo. Asimismo, se ha de tener en cuenta que las importantes diferencias cualitativas entre los tres casos de estudio exigen la máxima precaución a la hora de establecer comparaciones. No obstante, a pesar de sus diferencias, cada caso analizado refleja adecuadamente el ámbito más característico de su periodo. Myrtos Fournou Korifi constituye un poblado paradigmático dentro de una Creta prepalacial esencialmente rural. Sabemos que guarda muchas similitudes con otros asentamientos coetáneos peor conocidos, como Vasiliki o Tripiti. El Quartier Mu, en Malia, representa uno de los casos más emblemáticos de conjunto urbano de élite, en un momento en que el desarrollo de los edificios palaciales y el surgimiento de las ciudades es lo que más caracteriza el paisaje cretense. Enclaves como Festos, Kommos o Knossos experimentan desarrollos urbanos similares en el protopalacial. El último caso, el Barrio de la Artesanía en Mochlos, es, quizás, el que menos se acomoda a esta regla. El Neopalacial es un periodo en el que conviven multitud de núcleos poblacionales diferentes, reflejo de un ambiente político inestable y heterárquico.

### *El análisis espacial de las cocinas*

Las cocinas de Myrtos y el Barrio de la Artesanía guardan entre sí similitudes sorprendentes. En primer lugar, la rotundidad de su presencia. En ambos yacimientos la identificación de las cocinas en espacios bien delimitados es incontestable, dada la concurrencia de todos los elementos diagnósticos de la actividad culinaria (estructuras de combustión, cerámicas de cocina, restos de fauna y herramientas de molienda). En segundo lugar, las cocinas de ambos asentamientos están completamente segregadas de los edificios a los que se adosan. Sus accesos, cuya localización precisa es controvertida, comunican directamente con las zonas comunitarias al aire libre.

No obstante, también guardan diferencias remarcables. En Myrtos, las cocinas son espacios monofuncionales, donde no hay presencia de cultura material que responda a ninguna otra actividad. Además, cada una de ellas contiene en su interior un equipo material diferente, lo que he interpretado como una especialización de cada unidad doméstica en prácticas culinarias específicas. En el Barrio de la Artesanía, la segregación espacial de las cocinas se ve comprometida por la presencia de cultura material propia de otras actividades, como herramientas y materias primas de las actividades artesanales o vajilla de servicio para el consumo de comida y bebida. En su interior, las numerosas cocinas coinciden en el equipo de herramientas que usaban para cocinar.

En Quartier Mu la situación es muy diferente. En las casas-taller que bordean los edificios de lujo A y B no se ha podido identificar ninguna cocina, ninguna sala que contenga en su interior indicios de haberse usado como lugar para preparar alimentos. La cocina cotidiana, doméstica, es prácticamente invisible en el registro. Las únicas dos instalaciones que pudieron usarse para cocinar se encuentran en el interior del Edificio A. Ambas están relacionadas con salas de consumo para pequeños banquetes reservados a un número muy limitado de participantes.

### *El análisis material de las cocinas*

De entre todas las categorías de objetos relacionados con la actividad culinaria que he mencionado en los análisis, la cerámica de cocina es la que más posibilidades de comparación ofrece. La primera característica que emerge de los tres casos de estudio es la consistencia tipológica de los recipientes destinados a cocinar. Desde mediados del tercer milenio y hasta

el final del Neopalacial, cada uno de los yacimientos ha proporcionado los mismos tres tipos: ollas trípodes, platos convexos y bandejas planas. La única variación funcional significativa fue el uso de ollas sin pies en el Prepalacial, que fueron sustituidas por las trípodes en el periodo siguiente. Es un rasgo típico de las actividades de mantenimiento el que su cultura material tenga un carácter conservador y cambie poco a lo largo del tiempo. De hecho, ello es un requisito indispensable para garantizar la estabilidad y las pautas repetitivas que requiere lo cotidiano. Recordemos que la tendencia lógica de las actividades de mantenimiento es, precisamente, la de no cambiar.

Sin embargo, hay que señalar dos rasgos particulares de la vajilla de cocina minoica. El primero se refiere a su sorprendente sofisticación. La presencia de las tres formas principales denota la presencia de unas prácticas culinarias muy variadas, que incluirían el asado, el hervido, los fritos, etc. Dicha variedad forma parte de un código cultural que atraviesa otras diferencias sociales, porque, como hemos visto a lo largo de los capítulos de análisis, las tres formas se hallan tanto en poblados, como en granjas, ciudades o villas. La cocina minoica era tecnológicamente muy compleja, además, por la variedad de estructuras de combustión (fijas y portátiles) que también hemos tenido ocasión de repasar. Esta particularidad ha sido remarcada por varios/as autores/as (p.e. McEnroe, 2001: 46-48; Shaw 1990: 250). Por ejemplo, Borgna (1997: 200-202) destacó las diferencias que a este respecto existen con la cultura micénica, donde predomina un concepto de la cocina más sencillo, en el que sólo existen ollas con la base redondeada. Solamente las élites de los palacios micénicos muestran, en alguna ocasión, una mayor variedad en los recipientes culinarios asociados a eventos de comensalidad.

El segundo rasgo característico de la vajilla de cocina es que sus recipientes fueron producto de intercambio. Así lo comprobé tanto en Myrtos como en el Barrio de la Artesanía de Mochlos, cuyos conjuntos cerámicos contenían ollas, platos y bandejas procedentes del Golfo de Mirabello. Este hecho, que no ha recibido mucha atención en la literatura, resulta de difícil interpretación. Como he comentado en varias ocasiones, el transporte de estos recipientes, cuyas características técnicas les hace especialmente frágiles, debió responder a razones sociales o culturales, porque económicamente no parece seguir ninguna lógica. Los recipientes de cocina de Gournia eran funcional y formalmente idénticos a los ejemplares locales, tanto en Myrtos como en el Barrio de la Artesanía. Se han contemplado dos



explicaciones: que los recipientes fueran propiedades de valor para sus propietarios/as y que, por tanto, se desplazaran con ellos (en este sentido, hay quienes han mencionado la exogamia), o bien que fueran piezas importadas que escenificaran el éxito de las relaciones con el exterior. Adquirir objetos del exterior, pero que respetan las formas y gustos locales, es una manera de competir por estatus o reputación sin desafiar la estabilidad social o el sistema cultural (Tomkins 2004: 48-50). En cualquier caso, el intercambio de recipientes culinarios demuestra la consideración social de la actividad de cocina.

Casualmente, en el Quartier Mu de Malia, donde los esfuerzos comerciales se insertaban en una dinámica de bienes de prestigio, no hay recipientes de cocina importados, todos ellos fueron elaborados con pasta local. Sin embargo, aquí observamos otro fenómeno, el de la polaridad de los volúmenes interiores de las ollas de cocina. El Quartier Mu proporcionó ollas de más de 15 L de capacidad y, en el polo opuesto, ollas miniaturizadas, con menos de 1 L. Algunas de las más pequeñas se hallaron en la sala-comedor más lujosa del Edificio A, cerca del hogar fijo, lo que las sitúa en conexión con los eventos de comensalidad más conspicuos y restringidos. Las ollas de volúmenes más grandes, junto con aquellas de volúmenes medios, probablemente se destinaban a los eventos de consumo comunitario, con cultura material similar a la doméstica, que transcurrían en zonas exteriores, abiertas a un mayor número de participantes. La utilización de una vajilla formalmente distinta en los eventos de la élite constituye un ejemplo paradigmático de cómo la cultura doméstica, de mantenimiento, queda excluida de los escenarios de poder en contextos altamente jerárquicos y competitivos. Como tuvimos ocasión de ver sucintamente, algunos depósitos neopalaciales, como en la Casa II.1 de Petras (Tsipopoulou y Alberti, 2011: 491-492), también proporcionaron ollas de cocina muy pequeñas.

#### *El análisis espacial y material de la actividad textil*

La actividad textil ha resultado ser mucho más opaca en cuanto a su localización espacial, así como a los detalles sobre su desarrollo. El primer dato que cabría destacar es, de acuerdo a los contextos de hallazgo de las pesas de telar, el de los telares debieron situarse al aire libre, bien en los tejados de las casas, bien en los patios o áreas comunitarias exteriores. En segundo lugar, resulta inquietante la ausencia de fusayolas a partir del Prepalacial, un dato que aún no ha recibido una explicación definitiva. Hasta ahora, sólo se baraja un repentino

cambio tecnológico que apostó por el uso de piedras no trabajadas u objetos perecederos, indetectables en el registro arqueológico. Habrá que seguir ahondando en esta cuestión porque a lo largo de las fases cronológicas de la Edad del Bronce, las telas serán productos especializados de una complejidad técnica muy elevada. La cantidad de hilo que hacía falta para desarrollar la industria textil cretense requería una suma ingente de horas de trabajo (ver cálculos en Cutler et al, 2013: 117), que, por el momento no sabemos ni dónde ni quiénes lo llevaban a cabo.

Respecto a las pesas de telar, hemos visto que, de acuerdo a la metodología de Cutler *et al.* (2013), las formas y los pesos de estos artefactos habrían influido directamente en el tipo de telas que podían confeccionarse en los telares. Cada uno de los casos de estudio ha proporcionado pesas de telar de distinta tipología (aunque las esféricas y las ovaladas parecen las preferidas) y con pesos muy diversos. Las telas procedentes de Quartier Mu, donde Cutler *et al.* (2013) desarrollan en detalle su metodología, debieron ser finas y delicadas, a tenor de la fineza de los hilos que tensaban las pesas de telar. Es decir, no parece que en los telares se estuvieran elaborando telas toscas, como sacos o velas para barcos.

La estimación del número de telares en funcionamiento difiere de unos casos a otros, pero, en ninguno de ellos parece que se llegó a una escala industrial. En Myrtos, se estima que hubo sólo dos telares que, probablemente, compartían las familias del poblado. En el caso de Quartier Mu, se calcula hubo entre 20 y 30 telares. Aunque el aumento es considerable, hay que tener en cuenta que el Quartier Mu era un enclave de producción artesanal donde, sin embargo, la elaboración textil no tenía su espacio propio, pues había presencia de telares en cada uno de los edificios. La única concentración remarcable se situaba en el edificio D, donde un pequeño almacén albergaba suficientes pesas de telar para el trabajo en 7 telares. En el Barrio de la Artesanía de Mochlos, se hallaron tan solo pesas de telar suficientes como para trabajar en 4 telares. Por último, cabe destacar un dato significativo en referencia a las pesas. En el Barrio de la Artesanía -el único donde se analizó la procedencia de las pastas cerámicas de estas herramientas- se detectó que dos de ellas eran importadas. Ambas procedían del Golfo de Mirabello, la región de origen de algunos de los recipientes de cocina. En el futuro, sería interesante realizar estos análisis de forma sistemática para comprobar si es un fenómeno observable en otros lugares. En cualquier caso, el dato vuelve a señalar en una misma dirección: la consideración social de las actividades de mantenimiento.

### *El análisis simbólico de las actividades de mantenimiento*

La actividad de cocina es la que más conexiones con el mundo simbólico y ritual ha proporcionado. En el caso de Myrtyos vimos cómo la cocina 89 albergaba un cráneo humano que, según la lectura de Warren y la posterior interpretación de Driessen, conforma una reliquia probablemente vinculada al culto de los ancestros. Que fuera depositada en una cocina guarda, a mi juicio, una interesante correlación estructural: de la misma manera que el cráneo escenifica el estrecho vínculo entre los ancestros y la comunidad de los vivos, la cocina es el espacio que nutre al grupo, que también lo mantiene unido.

En el caso del Quartier Mu, tuve ocasión de comprobar que en el llamado *Santuario de Malia* la sala principal albergaba una cocina con la cultura material típica de los contextos domésticos. Junto a éstos, el símbolo de la doble hacha, tres pequeñas mesas de ofrendas y un gran recipiente destinado a libaciones dieron al lugar el carácter de santuario. En nuestro análisis puse de manifiesto que situar la cultura material de las cocinas domésticas en el centro de un lugar destinado a cultos religiosos es una muestra de la importancia de esta actividad de mantenimiento para el código ideológico de la población maliota.

En el Neopalacial, el caso de estudio elegido proporcionó dos pequeños santuarios domésticos que albergaban una buena muestra de las herramientas y los materiales de las actividades artesanales, probablemente para propiciar la buena suerte en los trabajos que mantenían a las familias de artesanos/as. Sin embargo, junto a estos objetos, también se hallaron muestras de dos de los objetos más típicos de las cocinas en el Barrio de la Artesanía: un mortero de roca calcárea y unas bandejas trípodes de cocina en forma estilizada. Con ello, pude argumentar en favor de la importancia social para los habitantes del enclave costero de Mochlos de una actividad, la de cocina, que probablemente constituía parte de los eventos de comensalidad que mantenían la cohesión grupal. A su vez, una de las cocinas más antiguas del Barrio de la Artesanía albergaba bajo uno de sus hogares el enterramiento de un individuo infantil. Si bien este caso no guarda correlación con el culto a los ancestros que vimos en la cocina de Myrtyos, también denota la centralidad de la cocina como el núcleo simbólico doméstico.

Por último, cabe resaltar la existencia, en el Neopalacial, de la única muestra que hemos reconocido que relaciona la elaboración textil con el mundo simbólico. Se trata del Edificio 4

de la necrópolis de Archanes, una construcción destinada a preparar las celebraciones de los ritos funerarios, donde una abundante acumulación de pesas de telar indicaba el papel que los tejidos tenían en dichos ritos. Tal y como expresaron los/as arqueólogos/as que excavaron esta necrópolis, “this building was used for the living for the care of the dead” (Sakellarakis y Sapouna-Sakellarakis, 1991: 86).

### *Recapitulación*

El análisis de la actividad de cocina ha revelado que en el caso de Myrtos y del Barrio de la Artesanía la cocina doméstica jugaba un papel fundamental en la vida comunitaria, en particular a través de eventos de comensalidad cotidiana, contribuyendo con ello a la principal estrategia de integración de ambos poblados. Probablemente, ello tuvo su reflejo en un sistema sexo-género con escasa asimetría, donde los rasgos relacionales formaban parte del código cognitivo e ideológico de la comunidad. Por su parte, en el Quartier Mu la cocina doméstica perdió su presencia en el interior de las casas-taller, así como en el seno de los edificios A y B de la élite, donde las actividades artesanales de lujo, por un lado, y los eventos de comensalidad reservados a las élites, por otro, nos hablan de un contexto altamente competitivo. En este caso, el sistema sexo-género debió reflejar las tensiones derivadas de la jerarquización, donde los rasgos individualizadores ganaron terreno en detrimento de las actividades y los trabajos que enfatizaban la cohesión grupal. A mi juicio, la asimetría entre hombre y mujeres debió alcanzar uno de sus puntos más álgidos, quizás sólo replicado en los contextos más competitivos del posterior periodo neopalacial.

En cuanto a la elaboración textil, hemos comprobado cómo, a lo largo de los tres periodos, conservó prácticamente intactas sus características de partida. En los tres yacimientos analizados el trabajo en el telar compartía tres rasgos fundamentales. Primero, se desarrollaba al aire libre; segundo, la diversidad de pesas de telar mostraba que, en los tres casos, se elaboraban distintos tipos de telas y, tercero, siempre se mantuvo como un trabajo descentralizado, que se llevaba a cabo en las unidades domésticas. Sólo en el caso de Quartier Mu vimos como la producción se intensificó ligeramente, pero ni siquiera entonces se habilitaron talleres especializados. Los telares siguieron estando repartidos por todos los edificios, tanto los más conspicuos como las casas-taller. A pesar de ser una actividad de mantenimiento que no modificó su escala doméstica, sabemos, por las representaciones iconográficas neopalaciales,

que la actividad textil proporcionaba tejidos de lujo. Ello quiere decir que las personas encargadas de tejer a nivel doméstico también proporcionaban telas para el intercambio sin que ninguna autoridad central mediara en la organización de la producción. La ausencia de una autoridad que exigiera telas en concepto de tributos -como en el caso de la cultura micénica- permitió que una actividad de mantenimiento se convirtiera en una fuente de productos especializados de intercambio, incrementando su prestigio sin alterar su naturaleza doméstica. Tal y como sucedía con la cocina, los rasgos de la elaboración textil reflejan el prestigio del que gozó en Creta otra de las actividades que más contribuye al cuidado y a la cohesión social, en especial, en lo que se refiere a las relaciones entre hombres y mujeres.

A mi juicio, los resultados de la tesis apuntan a que existía una coherencia significativa entre los rasgos de las actividades de mantenimiento y el desarrollo político general de la isla. Si pudiéramos dibujar dicho desarrollo en un gráfico, veríamos una línea curva en la que el grado de jerarquización o de asimetría social empieza siendo muy bajo en el Prepalacial, alcanza su punto más alto en el Protopalacial, y vuelve a bajar ligeramente en el Neopalacial, donde la línea se divide por el número de agentes políticos (*polities*) que proliferan en dicho periodo. En efecto, durante el Prepalacial sólo existen pequeñas diferenciaciones de riqueza grupal, probablemente como consecuencia del acceso desigual a los intercambios con el exterior de la isla, y ello sólo parece materializarse en las tumbas colectivas. Durante el Protopalacial, la competitividad se dispara: aparecen los centros palaciales, hay nuevas tecnologías como el torno -el cual, se utiliza, prioritariamente, para la fabricación en masa de las tazas, los recipientes clave en los banquetes-, surgen dos lenguas escritas, evidencias de sistemas administrativos y la especialización en productos de lujo. Sin embargo, todo ello no cristaliza en la aparición de grandes centros políticos que monopolizan el poder y controlan la producción. El organigrama político desemboca, ya en el Neopalacial, en una multiplicidad de agentes, donde los medios de producción, los recursos, el estatus, el control del comercio exterior, el poder político, etc., fluctúan de unos a otros, siguiendo un modelo de organización heterárquico.



## CHAPTER 9.

### ENGLISH SUMMARY

Drawing on the epistemic principles of standpoint theories —that suggest to root research in women’s experiences— and the concept of maintenance activities — those that involve care giving—, this doctoral thesis examines the spatial, material and symbolic features of textile production and cooking in Crete during the Pre-, Proto- and Neo-palatial (*ca.* 3100-1425 ANE). Considering the main role that, historically, these activities have played in the construction of gender relations; this thesis sheds light on the Minoan sex-gender system.

The motivation behind this study is the desire to contribute to the study of care, a dimension of human life often overlooked in historical discourses. Despite its central role in the sustenance of all human groups, care giving lacks its own place in narratives about the past. The concept of maintenance activities encompasses this social realm and offers the possibility to explore it through the archaeological record. In particular, maintenance activities include “a set of practices that involve the sustenance, welfare and effective reproduction of all the members of a social group. These comprise the basic tasks of daily life that regulate and stabilize social life. They mainly involve care giving, feeding and food processing, weaving and cloth manufacture, hygiene, public health and healing, socialization of children and the fitting out and organization of related spaces” (González Marcén, Picazo Gurina and Montón Subías, 2008: 3).

My research is based on the premise that maintenance activities play a significant role in the structuring of the sex-gender system. According to Rubin (1975: 159) “the sex-gender system is the set of arrangements by which a society transforms biological sexuality into products of human activity, and in which these transformed sexual needs are satisfied”. I chose Rubin’s terminology to avoid the problems inherent in similar terms, such as patriarchy. Even though all sex-gender systems are stratified, not all of them are so in the same manner or the same scale. The neutrality of the term comes in handy when dealing with Bronze Age societies, whose social configurations are still not well known.

Historically, maintenance activities have been at the core of the sexual division of labour. In patriarchal societies, women tend to be responsible of these tasks, what partially cause, and reinforce, their subordinate position. By definition, these activities do not produce surplus, they generate goods for immediate consumption, which does exclude them from the competition for power in their communities. Moreover, they possess an altruistic character tied to their purpose, which is to ensure the stability of the whole group through daily routines. In this sense, the people in charge of these works tend to develop a personhood where relational ties are at the core of their existence and the possibilities to exert power over others are very limited. I suggest that certain regularities can be observed in relation to the sex-gender system and maintenance activities. In societies with a well-established patriarchy, they tend to be isolated and deprived of social recognition. In societies with a more tenuous sexual stratification, or with a relatively equal sex-gender system, there is a tighter bond between reproductive and maintenance work, as well as certain recognition of the latter in the cognitive code and public realm of the groups.

Taking as a reference the two maintenance activities with the most conspicuous material presence—textile production and cooking— I analyze the place they occupy in three case studies representative of each period (Pre-, Proto-, and Neopalatial) and reflect on the possible consequences their features may have had in the Minoan sex-gender system. My aim is to address the issue of gender power relations in Minoan Crete from new grounds. Since Sir Arthur Evans unearthed the first feminine figurines and images, the question of gender relations has been often present in the literature. However, the discussions have suffered from a strong emphasis on religion and ritual, the Mother Goddess narratives and old theories about ancestral matriarchy. In the nineties, gender questions became exhausted without any clear conclusions about what places men and women occupied. I consider that, given the latest advances in fieldwork and the new theoretical paradigms in Minoan archaeology, it is time to revisit the issue of gender. Some authors, such as Maria Mina (2008, 2009), have already made important contributions in the recent years.

My analysis covered the settlement of Myrtos Phournou Koriphi (South Crete), the Quartier Mu (Malia) and the Artisans' Quarter (Mochlos). The aims were twofold. On one hand, I tried to connect maintenance activities with the wider political and economical arena. On the



other, I reflected on the traces of the sex-gender system as seen from the role and position of maintenance activities.

The analysis of cooking revealed that in the case of Myrtos and the Artisans' Quarters, domestic cooking played a fundamental role in community life, particularly through daily commensal events, and, therefore, contributing to the main integration strategy of both towns. Probably, this was reflected in a sex-gender system of scarce asymmetry, where relational dynamics were part of the cognitive and ideological code of the community. As for Quartier Mu, the domestic cooking lost its presence in the interior of workshops, as well as in Buildings A and B. The craft activities of luxurious commodities, on the one hand, and the restricted banqueting events, on the other, speak of a highly competitive context. In this case, the sex-gender system probably reflected the tensions derived from an increasing hierarchy, where individuation traits gained ground to the detriment of the activities and works that emphasized group cohesion. In my opinion, the asymmetry between men and women must have reached one of its most critical moments, only replicated later in the most competitive context of the following Neopalatial period.

Regarding textile elaboration, I have shown how, throughout the three periods, weaving kept mostly intact its initial features. It was performed in the open-air, it never got centralized, and it became a specialized work focused on the elaboration of fine fabrics. Their outcomes became luxurious items without altering its domestic organization. No central authority forced domestic weavers to increase production to pay taxes, nor was there any evidence of specialized weaving workshops where slaves or forced workers would have produce for the interests of the elites. On the contrary, textile elaboration seemed to have enjoyed certain scales of prestige.

I have argued that there was a significant coherence between the features of maintenance activities and the general political development of the island. If such development could be drawn on a graph, we would see a curved line in which the degree of hierarchy or social asymmetry started out very low in the Prepalatial, reached its highest point in the Protopalatial, and went slightly back down during the Neopalatial, where the line is divided by the number of polities that proliferate in this period. Indeed, during the Prepalatial there

are only small wealth differences between groups, probably as a result of unequal access to foreign objects through trade. In the Protopalacial, tensions and social competition increases dramatically, as it is apparent by the greater material complexity (the emergence of script, the intensification of administration, the emergence of several court-buildings, specialized production in luxurious items, etc.). However, the increasing material complexity did not result in the emergence of redistributive political centres exerting power over at the top of a social pyramid. Instead, most of the evidences show a political scenario where multiple polities and corporations compete and negotiate power, following a heterarchical model. The prevalence of corporate strategies, especially during the Prepalatial and later Neopalatial, may have been reinforced by the public role of maintenance activities, which would have played an important role keeping the stability and reinforcing their ties.

# **BIBLIOGRAFÍA**



## BIBLIOGRAFÍA

- ALARCÓN GARCÍA, E. (2010): Arqueología de las actividades de mantenimiento: un nuevo concepto en los estudios de las mujeres en el pasado, *Arqueología y territorio*, 7: 195-210.
- ALARCÓN GARCÍA, E. y SÁNCHEZ ROMERO, M. (2010): Maintenance activities as a category for analysing prehistoric societies, en DOMMASNES, L.H., HJØRUNGDAL, T., *et al.* (eds.): *Situating gender in European archaeologies*. Budapest: *Archaeolingua*, 261-282.
- ALBERTI, B. (1997): *Archaeology and masculinity in Late Bronze Age Knossos*. Tesis doctoral: University of Southampton.
- ALBERTI, B. (2002): Gender and the figurative art of Late Bronze Age Knossos, en HAMILAKIS, Y. (ed.): *Labyrinth Revisited*. Oxford: Oxbow books, 98-119.
- ALBERTI, E. (2007a): The Minoan textile industry and the territory from Neopalatial to Mycenaean times: some first thoughts, *Creta Antica*, 8: 243-263.
- ALBERTI, E. (2007b): Washing and Dyeing installations of the Ancient Mediterranean: towards a definition from Roman times back to Minoan Crete, en GILLIS, C. y NOSCH, M.L. (eds.): *Ancient textiles. Production, crafts, and society*. Oxford: Oxbow Books, 59-63.
- ALBERTI, E. (2008a): Murex shells as raw material: the purple-dye industry and its by-products. Interpreting the archaeological record, *Kaskal*, 5: 73-93.
- ALBERTI, E. (2008b): Textile industry indicators in Minoan work areas: problems of typology and interpretation, en ALFARO, C. y KARALI, L. (eds.): *Vestidos, textiles y tintes. Estudios sobre la producción de bienes de consumo en la Antigüedad. Actas del II simposio internacional sobre textiles y tintes del Mediterráneo en el mundo antiguo (Atenas, 24-26 de noviembre de 2005)*. Valencia, 25-36.
- ALEXANDER, R. (1999): Mesoamerican house lots and archaeological site structure: Problems of inference in Yaxcaba, Yucatan, Mexico, 1750–1847, en ALLISON, P.M. (ed.): *The archaeology of household activities*. Londres y Nueva York: Routledge, 78-100.
- ALEXIOU, S. (1967): *Υπερομινωϊκοί τάφοι Λιμένος Κνωσού*. Atenas.
- ALEXIOU, S. (1979): Τείχη και Ακρόπολεις στην Κρήτη, *Κρητολογία*, 8: 41-56.
- ALEXIOU, S. y WARREN, P. (2004): *The Early Minoan Tombs of Lebena, Southern Crete. Sävedalen, Paul Åströms Förlag, SIMA 30*. Sävedalen: Paul Åströms Förlag.

- ALFARO, C. y KARALI, L. (2008): *Vestidos, textiles y tintes. Estudios sobre la producción de bienes de consumo en la Antigüedad. Actas del II simposio internacional sobre textiles y tintes del Mediterráneo en el mundo antiguo (Atenas, 24-26 de noviembre de 2005)*. Valencia: Universidad de Valencia.
- ALFARO, C., WILD, J., *et al.* (2004): *Purpureae Vestes, Textiles y tintes del mediterráneo en época romana. Actas del 1er symposium internacional sobre textiles y tintes del Mediterraneo en época romana (Ibiza 8 al 10 de noviembre 2002)*. Valencia: Universidad de Valencia.
- ALLEN, P. y SACHS, C. (2007): Women and food chains: The gendered politics of food, *International Journal of Sociology of Food and Agriculture*, 15(1): 1-23.
- ALLISON, P.M. (Ed.) (1999): *The archaeology of household activities*. Londres y Nueva York: Routledge.
- AMORÓS, C. y DE MIGUEL, A. (Eds.) (2007): *Teoría feminista: de la Ilustración a la globalización. Vol. 2*. Madrid: Minerva Ediciones.
- AMOURETTI, M.-C. (1970): *Fouilles exécutées à Mallia. Le Centre Politique, II. La Crypte Hypostyle (1957-1962)*. Paris: P. Geuthner.
- ANDERSSON, E., GLEBA, M., *et al.* (2008): *Dressing the past*. Oxbow: Oxbow Books.
- ANDREADAKI-VLAZAKI, M. (1996): Χαμαλευρι, *Kritiki Estia*, 5: 251-264.
- ANDREADAKI-VLAZAKI, M. (1997): Craftmanship at MM Khamalevri in Rethymnon, en LAFFINEUR, R. y BETANCOURT, P. (eds.): *Texnb. Craftsmen, Craftswomen and Craftmanship in the Aegean Bronze Age. Proceedings of the 6th International Aegean Conference, Philadelphia, Temple University, 18-21 April 1996*. Liège y Austin: Université de Liège y University of Texas at Austin, 37-44.
- APPADURAI, A. (Ed.) (1986): *The social life of things: commodities in cultural perspective*. Cambridge: Cambridge University Press.
- ARANDA JIMÉNEZ, G., MONTÓN SUBÍAS, S., *et al.* (2011a): *Guess who's coming to dinner. Feasting rituals in the prehistoric societies of Europe and the Near East*. Oxford: Oxbow Books.
- ARANDA JIMÉNEZ, G., MONTÓN SUBÍAS, S., *et al.* (2011b): Appetite comes with eating: an overview of the social meaning of ritual food and drink consumption, en ARANDA JIMÉNEZ, G., MONTÓN SUBIAS, S., *et al.* (eds.): *Guess who's coming to dinner. Feasting rituals in the prehistoric societies of Europe and the Near East*. Oxford: Oxbow Books, 1-7.
- ARNOLD, B. (1991): "The Deposed Princess of Vix: The Need for an Engendered European Prehistory". en DALE, W. y NOREEN, D.W. (eds.): *The Archaeology of*

*Gender: Proceedings of the Twenty-Second Annual Conference of the Archaeological Association Of the University of Calgary.* Calgary., Archaeological Association The University of Calgary.

ATALAY, S. y HASTORF, C. (2006): Food, meals and daily activities: food habitus at Neolithic Çatalhöyük, *American Antiquity*, 71(2): 283-319.

ATKINSON, J. (2011): A small-scale reconstruction of the settlement of Myrtos Phournou Koriphi, en GLOWACKI, K. y VOGELKOFF-BROGAN, N. (eds.): *Στεγα: the archaeology of houses and households in Ancient Crete*. Princeton: The American School of Classical Studies at Athens, 27-38.

BACHOFEN, J.J. (1861): *Das Mutterrecht. Eine Untersuchung über die Gynäiokratie der alten Welt nach ihrer religiösen und rechtlichen Natur*. Basilea: Kreis y Hoffman.

BAMBERGER, J. (1974): The Myth of Matriarchy: why men rule in primitive society, en ROSALDO, M. y LAMPHERE, L. (eds.): *Women, Culture and Society*. Standford: Standford University Press, 263-280.

BARBER, E. (1991): *Prehistoric textiles: the development of cloth in the Neolithic and Bronze Ages with special reference to the Aegean*. Princeton University Press.

BARBER, E. (1997): Minoan Women and the Challenges of Weaving for Home, Trade and Shrine, en LAFFINEUR, R. y BETANCOURT, P. (eds.): *Texnh. Craftsmen, Craftswomen and Craftsmanship in the Aegean Bronze Age. Proceedings of the 6th International Aegean Conference, Philadelphia, Temple University, 18-21 April 1996*. Liège y Austin: Université de Liège y University of Texas at Austin, 515-519.

BARBER, E. (2007): Weaving the social fabric, en GILLIS, C. y NOSCH, M.-L. (eds.): *Ancient Textiles: Production, Craft and Society. Proceedings of the First International Conference on Ancient Textiles, held at Lund, Sweden, and Copenhagen, Denmark, on March 19-23, 2003*. Oxford: Oxbow Books, 173-178.

BARBER, E.W. (1994): *Women's Work, The First 20,000 Years: Women, Cloth, and Society, Early Times*. Nueva York.: W. W. Norton & Co.,

BARKER, G. (2005): Agriculture, Pastoralism and Mediterranean Landscapes in Prehistory, en BLAKE, E. y KNAPP, B. (eds.): *The Archaeology of Mediterranean Prehistory*. Oxford: Blackwell Publishing Ltd., 46-76.

BARNARD, K. y BROGAN, T. (2003): *Mochlos IB. Period III. Neopalatial Settlement on the Coast: The Artisans' Quarter and the Farmhouse at Chalinomouri. The Neopalatial Pottery*. . Filadelfia: INSTAP Academic Press.

- BARNARD, K. y BROGAN, T. (2011): Household archaeology at Mochlos: a statistical recipes from the Late Minoan I Kitchen, en NOWICKI, K. y VOGELKOFF-BROGAN, N. (eds.): *Στεγία: the archaeology of houses and households in ancient Crete*. Princeton, New Jersey: The American School of Classical Studies at Athens, 185-196.
- BARNETT, W. (1992): Review of Marija Gimbutas “The Language of the Goddess”, *American Journal of Archaeology*, 96(1): 170-171.
- BARRETT, J.C. y HALSTEAD, P. (2004): *The Emergence of Civilisation Revisited*. Oxford: Oxbow Books.
- BENDER JØRGENSEN, L. (2007): The world according to textiles, en GILLIS, C. y NOSCH, M.L. (eds.): *Ancient textiles. Production, craft and society*. Oxford: Oxbow Books, 7-12.
- BENNETT, E.L. (1961-2): On the use and misuse of the term “Priest-King”, *Kretika Chronika*, 15-16: 327-335.
- BERNABÒ-BREA, L. (1964): Poliochni, città preistorica nell'isola di Lemnos, *Rome: “L'Erma” di Bretschneider. Vol 1*.
- BETANCOURT, P. (1980): *Cooking vessels from Minoan Kommos. A preliminary report*. Los Angeles: UCLApap University of California.
- BETANCOURT, P. (1985): *The History of Minoan Pottery*. Princeton: Princeton University Press.
- BETANCOURT, P. (2008): *The Bronze Age begins. The ceramic revolution of Early Minoan I and the new forms of wealth that transformed Prehistoric society*. Filadelfia: INSTAP Academic Press.
- BETANCOURT, P. y DAVARAS, C. (1995): *Pseira I. The Minoan buildings on the West side of Area A*. Filadelfia: University of Pennsylvania Museum.
- BETANCOURT, P. y MARINATOS, N. (1997): The Minoan villa, en HÄGG, R. (ed.): *The Function of the Minoan Villa. Proceedings of the Eighth International Symposium at the Swedish Institute at Athens, 6-8 June 1992*. Stockholm: Svenska Institutet i Athen, 91-98.
- BILLIGMEIER, J. y TURNER, J. (1981): The socio-economic roles of women in Mycenaean Greece: A brief survey from evidence of the linear b tablets, *Women's Studies: An Interdisciplinary Journal*, 8(1-2): 3-20.
- BLANTON, R.E. y FARGHER, L. (2008): *Collective action in the formation of pre-modern states*. Nueva York: Springer.
- BLANTON, R.E., FEINMAN, G.M., *et al.* (1996): A Dual-Processual Theory for the Evolution of Mesoamerican Civilization, *Current Anthropology*, 37(1): 1-14.



- BORGNA, E. (1997): Kitchen-ware from LM IIIC Phaistos: cooking traditions and ritual activities in LBA Cretan societies., *Studi Micenei ed Egeo-Anatolici*, 39(2): 189-217.
- BORGNA, E. (2004): Aegean Feasting: A Minoan Perspective, *Hesperia*, 73(2): 247-279.
- BOSERUP, E. (1970): *Women's role in Economic Development*. Londres: St. Martin's Press.
- BOURDIEU, P. (1977): *Outline of a Theory of Practice*. Cambridge: Cambridge University Press.
- BOURDIEU, P. (2000): *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.
- BOYD HAWES, H. (1965): Memoirs of a pioneer excavator in Crete, *Archaeology*, 18: 94-101.
- BRADLEY, R. (2005): *Ritual and domestic life in Prehistoric Europe*. Londres y Nueva York: Routledge.
- BRANIGAN, K. (1970 [1988]): *Pre-Palatial. The foundations of Palatial Crete. A survey of Crete in the Early Bronze Age*. Amsterdam: Adolf M. Hakkert
- BRANIGAN, K. (1983): Craft specialization in Minoan Crete, en KRZYSZKOWSKA, O. y NIXON, L. (eds.): *Minoan Society*. Bristol: Bristol Classical Press, 22-32.
- BRANIGAN, K. (1988): Some observations on State formation in Crete, en FRENCH, E.B. y WARDLE, K.A. (eds.): *Problems in Greek prehistory*. Bristol: Bristol Classical Press, 63-72.
- BRANIGAN, K. (1993): *Dancing with death: Life and death in Southern Crete 3000-2000 B.C.* Amsterdam: Adolf M. Hakkert.
- BRAY, T.L. (2003): *The Archaeology and Politics of Food and Feasting in Early States and Empires*. Nueva York: Springer.
- BROGAN, T. y KOH, J. (2008): Feasting at Mochlos? new evidence for wine production, storage and consumption from a Bronze Age harbor town on Crete, en HITCHCOCK, L., LAFFINEUR, R., et al. (eds.): *Dais. The Aegean feast. Proceedings of the 12th international Aegean Conference. University of Melbourne, Centre for Classics and Archaeology, 25-29 March 2008*. Liège and Austin: Université de Liège y University of Texas at Austin, 125-132.
- BROODBANK, C. (1992): The Neolithic Labyrinth: social change at Knossos before the Bronze Age, *Journal of Mediterranean Archaeology*, 5: 39-75.
- BROWN, J.K. (1970): A Note on the Division of Labor by Sex, *American Anthropologist*, 72(5): 1073-1078.
- BRUMFIEL, E.M. (1991): Weaving and Cooking: Women's Production in Aztec Mexico, en GERO, J. y CONKEY, M. (eds.): *Engendering Archaeology: Women and Prehistory*. Oxford: Basil Blackwell, 224-251.

- BRUMFIEL, E.M. (1994): Factional competition and political development in the New World: an introduction, en BRUMFIEL, E.M. y FOX, J. (eds.): *Factional competition and political development in the New World*. Cambridge Cambridge University Press, 3-15.
- BRUMFIEL, E.M. (1995): Heterarchy and the analysis of complex societies: Comments, *Archeological Papers of the American Anthropological Association*, 6(1): 125-131.
- BUDIN, S.L. (2010): Maternity, children and “Mother-Goddesses” in Minoan iconography, *Journal of Prehistoric Religion*, 22: 7-38.
- BUNIMOVITZ, S. (2011): “Us” and “Them”: the distribution of 12th century cooking pots and drinking cups as identity markers, en KARAGEORGHIS, V. y KOUKA, O. (eds.): *On cooking pots, drinking cups, loomweights and ethnicity in Bronze Age Cyprus and neighbouring regions. An international Archaeological Symposium held in Nicosia, November 6th-7th 2010*. Nicosia: The A.G. Leventis Foundation, 237-244.
- BURKE, B. (2010): *From Minos to Midas. Ancient cloth production in the Aegean and in Anatolia*. Oxford: Oxbow Books.
- CADOGAN, G. (2000): Domestic life at Minoan Myrtos-Pyrgos, en KARETSOU, A., DETORAKIS, T., et al. (eds.): *Pepragmena H' Diethnous Kritologikou Synedriou, Irakleio, 9-14 Septemvriou 1996, Vol. A1: Proistoriki kai Archaia Elliniki Periodos*. Irakleio: Etairia Kritikou Istorikon Meleton, 169-174.
- CADOGAN, G. (2010): Goddess, nymph or housewife; and water worries at Myrtos?, en KRZYSZKOWSKA, O. (ed.): *Cretan Offerings. Studies in honour of Peter Warren*. Londres: British School at Athens, 41-48.
- CADOGAN, G. (2011a): Myrtos: from Phournou Koriphi to Pyrgos, en GLOWACKI, K. y VOGELIKOFF-BROGAN, N. (eds.): *Στεγες: the archaeology of houses and households in Ancient Crete*. Princeton: The American School of Classical Studies at Athens, 39-49.
- CADOGAN, G. (2011b): A power house of the dead: the functions and long life of the tomb at Myrtos-Pyrgos, en MURPHY, J. (ed.): *Prehistoric Crete: regional and diachronic studies on mortuary systems*. Filadelfia: INSTAP Academic Press, 103-117.
- CAMPBELL-GREEN, T. y MICHELAKI, F. (2012): Cemetery, ceramics and space: food consumption and ritual at the Early Bronze Age Tholos cemetery of Moni Odigitria, South Central Crete, en COLLARD, D., MORRIS, J., et al. (eds.): *Food and Drink in Archaeology*. Totnes (Devon): Prospect Books, 13-22.
- CARRANZA, M.E. (2002): Mujer y Antropología, en GONZÁLEZ, A. y LOMAS, C. (eds.): *Mujer y Educación. Educar para la igualdad, educar desde la diferencia*. Barcelona: Graó, 21-32.

- CARRINGTON-SMITH, J. (1975): *Spinning, weaving and textile manufacture in Prehistoric Greece*. Tesis doctoral: University of Tasmania.
- CASTRO, P., ESCORIZA MATEU, T., *et al.* (2002a): Trabajo y espacios sociales en el ámbito doméstico. Producción y prácticas sociales en una unidad doméstica de la prehistoria de Mallorca, *Geocritica. Scripta Nova. Revista electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, VI(119 (10)).
- CATAPOTI, D. (2006): From Power to Paradigm: rethinking the emergence of the “palatial phenomenon” in Bronze Age Crete. Tesis doctoral: The University of Sheffield.
- CATAPOTI, D. (2011): Rise to the occasion: An insight into the “politics of drinking” at the prepalatial settlement of Myrtos-Phournou Koryfi, South Crete, *Proceedings of the 10th Cretological Congress, Chania, Crete, 2006*. Iraklio,
- CATAPOTI, D. (en prensa): Rise to the occasion: an insight into the “politics of drinking” at the prepalatial settlement of Myrtos-Phournou Koryfi, South Crete. 101-114.
- CHAPIN, A. (2007): A Man’s World? Gender and Male Coalitions in the West House Miniature Frescoes, en BETANCOURT, P., NELSON, M.C., *et al.* (eds.): *Krinoi kai Limenes: Studies in Honor of Joseph and Maria Shaw*. Filadelfia: INSTAP Academic Press, 139-144.
- CHAPIN, A. (2009): Constructions of male youth and gender in Aegean art: the evidence from Late Bronze age Crete and Thera, en KOPAKA, K. (ed.): *Fylo: engendering prehistoric “stratigraphies” in the Aegean and the Mediterranean. Proceedings of an International Conference, University of Crete, Rethymno, 2-5 June 2005*. Liège y Austin: Université de Liège, 197-206.
- CHAPIN, A. (2010): Frescoes, en CLINE, E. (ed.): *The Oxford Handbook of the Bronze Age Aegean*. Oxford: Oxford University Press, 223-236.
- CHAPMAN, R. (2000): *Fragmentation in Archaeology: people, places, and broken objects*. Londres: Routledge.
- CHAPOUTHIER, F. y DEMARGNE, P. (1962): *Fouilles exécutées à Malia, 4e rapport. Exploration du Palais, bordure méridionale et recherches complémentaires (1929-1935 et 1946-1960)*. Paris: École Française d’Athènes.
- CHRIS, C. y PLASKOW, J. (Eds.) (1979): *Womanspirit Rising: a Feminist Reader on Religion*. San Francisco: Harper & Row.
- CHRISTAKIS, K. (2011): Redistribution in Aegean Palatial Societies. Redistribution and Political Economies in Bronze Age Crete, *American Journal of Archaeology*, 115(2): 197-205.

- CIVITILLO, M. y GRECO, B. (2003): Il complesso protopalaziale di Apodoulou Amariou: riflessioni preliminari, *Annuario della Scuola archeologica di Atene e delle Missioni italiane in Oriente*, 81(2): 767-793.
- CLAQUIN, L. y CAPELLI, C. (en prensa): Les braséros tripodes à Mégara Hyblaea : analyses typologiques et archéométriques, en S., B. y A., H. (eds.): *Entre Mégara Hyblaea et Marseille. Archéologie des cités grecques d'Occident. Hommages à Henri Tréziny*. Paris/Aix-en-Provence: Errance/Centre Camille Jullian,
- COLLARD, D., MORRIS, J., *et al.* (2012): *Food and Drink in Archaeology 3: University of Nottingham Postgraduate Conference 2009*. Prospect Books.
- COLOMER I SOLSONA, E., GONZÁLEZ MARCÉN, P., *et al.* (1998): Maintenance activities, Technological Knowledge and Consumption Patterns: A View of Northeast Iberia (2000-500 Cal BC), *Journal of Mediterranean Archaeology*, 11(1): 53-80.
- COLOMER I SOLSONA, L. (1996): Contenidors ceràmics i processament d'aliments a la prehistòria, *Cota Zero*, 12: 47-60.
- COLOUMB, J. (1979): Le "Prince aux Lis" de Knossos reconsidéré., *Bulletin de correspondance Hellénique* 103: 29-40.
- CONKEY, M. y TRINGHAM, R. (1995): Archaeology and the Goddess: Exploring the Contours of Feminist Archaeology, en STANTON, D.C. y STEWART, A.J. (eds.): *Feminisms in the Academy*. Michigan: University of Michigan Press, 199-247.
- CONKEY, M.W. (2005): Dwelling at the margins, action at the intersection? Feminist and indigenous archaeologies, 2005, *Archaeologies*, 1(1): 9-59.
- CONKEY, M.W. y SPECTOR, J. (1984): Archaeology and the Study of Gender, en SCHIFFER, M. (ed.): *Advances in Archaeological Method and Theory*. Nueva York: Academic Press, 1-38.
- CONNERTON, P. (1989): *How societies remember*. Cambridge: Cambridge University Press.
- CORDÓN, F. (1980): *Cocinar hizo al hombre*. Barcelona: Tusquets.
- COSTIN, C.L. (1991): Craft specialization: issues in defining, documenting, and explaining the organisation of production., en SCHIFFER, M. (ed.): *Archaeological Method and Theory*, vol. 3. Tucson (Arizona), 1-56.
- COUPLAND, G. (1996): The evolution of multi-family households on the Northwest coast of North America, en COUPLAND, G. y BANNING, E. (eds.): *People who lived in big houses: archaeological perspectives on large domestic structures*. Madison, Wisconsin: Prehistory Press,

- COWAN, R.S. (1983): *More work for mother: The ironies of household technology from the open hearth to the microwave*. Nueva York: Basic Books.
- CREWE, L. y KNAPPETT, C. (2012): Technological innovation and island societies: wheelmade pottery on Bronze Age and Iron Age Crete and Cyprus, en CADOGAN, G., IACOVOU, M., *et al.* (eds.): *Parallel lives. Ancient islands societies in Crete and Cyprus*. Londres: British School at Athens, 175-186.
- CROWLEY, J. (1995): Images of power in the Bronze Age Aegean, en LAFFINEUR, R. y NIEMEIER, W. (eds.): *Politeia. Society and state in the Aegean Bronze Age. Proceedings of the 5th International Aegean Conference, University of Heidelberg, Archäologisches Institut, 10-13 April 1994*. Liège: Université de Liège, 476-491.
- CROWN, P. (Ed.) (2000a): *Women and Men in the Prehispanic Southwest*. Santa Fe: School of American Research Press.
- CROWN, P.L. (2000b): Women's Role in Changing Cuisine, en PATRICIA, L.C. (ed.): *Women and Men in the Prehispanic Southwest*. Santa Fe: School of American Research Press, 221-266.
- CRUMLEY, C. (1987): A dialectical critique of Hierarchy, en PATTERSON, T. y GAILEY, C. (eds.): *Power relations and state formation*. Washington: American Anthropological Association, 155-169.
- CRUMLEY, C. (1995): Heterarchy and the Analysis of Complex Societies, en EHRENREICH, R., CRUMLEY, C., *et al.* (eds.): *Heterarchy and the Analysis of Complex Societies*. Washington: American Anthropological Association, 1-6.
- CRUMLEY, C. (2001): Communication, Holism, and the Evolution of Sociopolitical Complexity, en HAAS, J. (ed.): *From Leaders to Rulers*. Nueva York: Kluwer Academic/Plenum Publisher, 19-33.
- CURIÀ, E. y MASVIDAL, C. (1998): El grup domèstic en arqueologia: noves perspectives d'anàlisi, *Cypsela*, 12: 227-236.
- CURIÀ, E., MASVIDAL, C., *et al.* (2000): Desigualdad política y prácticas de creación y mantenimiento de la vida en Iberia septentrional, *Arqueología Espacial*, (22): 107-122.
- CUTLER, J., ANDERSSON STRAND, E., *et al.* (2013): Textile production, en POURSAT, J.C. (ed.): *Fouilles exécutées à Malia. Le quartier Mu V. Vie quotidienne et techniques au Minoen Moyen II*. Athènes., 95-120.
- DARCQUE, P. y TREUIL, R. (Eds.) (1990): *L'habitat égéen préhistorique*. Atenas: École Française D'Athènes.

- DAUX, G. (1961): Chroniques de fouilles en Grèce, *Bulletin de correspondance hellénique*, 85: 940-943.
- DAVIS, E.N. (1995): Art and Politics in the Aegean: The missing ruler, en REHAK, P. (ed.): *The Role of the Ruler in the Prehistoric Aegean. Proceedings of a Panel Discussion presented at The Annual Meeting of the Archaeological Institute of America, New Orleans, Louisiana, 28 December 1992*. Liège y Austin: Université de Liège y University of Texas at Austin 11-19.
- DAY, P. (2004): Marriage and mobility: tradition and the dynamics of pottery system in twentieth century in East Crete, en BETANCOURT, P., DAVARAS, C., *et al.* (eds.): *Pseira VIII. The archaeological Survey of Pseira Island 1*. Philadelphia, 105-142.
- DAY, P. y RELAKI, M. (2002): Past factions and present fictions: Palaces in the study of Minoan Crete, en DRIESSEN, J., SCHOEP, I., *et al.* (eds.): *Monuments of Minos, Rethinking the Minoan Palaces. Proceedings of the International Workshop "Crete of the hundred Palaces?"*. Liège y Austin: Université de Liège y University of Texas at Austin, 217-234.
- DAY, P., RELAKI, M., *et al.* (2010): Living from Pots? Ceramic perspectives on the economies of Prepalatial Crete, en PULLEN, D.J. (ed.): *Political Economies of the Aegean Bronze Age*. Oxford: Oxbow Books, 205-229.
- DAY, P. y WILSON, D. (2002): Landscapes of memory, craft and power in Pre-Palatial and Proto-Palatial Knossos, en HAMILAKIS, Y. (ed.): *Labyrinth Revisited. Rethinking "Minoan" Archaeology*. Oxford: Oxbow Books, 143-166.
- DAY, P., WILSON, D., *et al.* (1997): Reassessing specialization in Prepalatial Cretan ceramic production, en LAFFINEUR, R. y BETANCOURT, P. (eds.): *Texnh. Craftsmen, Craftswomen and Craftsmanship in the Aegean Bronze Age. Proceedings of the 6th International Aegean Conference, Philadelphia, Temple University, 18-21 April 1996*. Liège y Austin: Université de Liège y University of Texas at Austin, 276-289.
- DAY, P., WILSON, D., *et al.* (1998): Pots, labels and people: Burying Ethnicity in the cemetery at Aghia Photia, Siteias, en BRANIGAN, K. (ed.): *Cemetery and society in the Aegean Bronze Age*. Sheffield: Sheffield Academic Press, 133-149.
- DAY, P.M. y WILSON, D.E. (1998): Consuming power: Kamares ware in Protopalatial Knossos, *Antiquity*, 72(276): 350-358.
- DELGADO, A. y FERRER, M. (2007): Alimentos para los muertos: mujeres, rituales funerarios e identidades coloniales, en GONZÁLEZ MARCÉN, P., MASVIDAL FERNÁNDEZ, C., *et al.* (eds.): *Interpreting household practices: reflections on the social and cultural roles of maintenance activities*. Barcelona: Universidad Autónoma de Barcelona, 29-68.

- DEMARGNE, P. (1932): Culte funéraire et foyer domestique dans la Crète minoenne, *Bulletin de correspondance Hellénique*, 56(1): 60-88.
- DEMARGNE, P. y GALLET DE SANTERRE, H. (1953): *Fouilles exécutées à Mallia. Exploration des maisons et quartiers d'habitation (1921-1948). Maison I*. Paris.
- DESSENNE, A. (1957): Des ateliers de pierres gravées à Mallia, *Comptes-rendus des séances de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres*, 101(2): 123-128.
- DETOURNAY, B., POURSAT, J.C., et al. (1980): *Fouilles exécutées à Mallia. Le Quartier Mu, II. Vases de pierre et de métal, vannerie, figurines et reliefs d'applique, éléments de parure et de décoration, armes, sceaux et empreintes*.
- DEVAULT, M.L. (1991): *Feeding the family: The social organization of caring as gendered work*. University of Chicago Press.
- DI TONTO, S. (2011): Evidence for Domestic Activities in the Final Neolithic Period at Phaistos, en NOWICKI, K. y VOGELKOFF-BROGAN, N. (eds.): *Στεγὰ: the archaeology of houses and households in ancient Crete*. Princeton, New Jersey: The American School of Classical Studies at Athens, 15-25.
- DIETLER, M. (1996): Feasts and Commensal Politics in the Political Economy: Food, Power and Status in Prehistoric Europe, en WIESSNER, P. y SCHIEFENHÖVEL, W. (eds.): *Food and the Status Quest: An Interdisciplinary Perspective*. Londres: Berghahn Books, 87-126.
- DIETLER, M. (2001): Theorizing the Feast: rituals of consumption, commensal politics, and power in African contexts, en DIETLER, M. y HAYDEN, B. (eds.): *Feasts. Archaeological and ethnographic perspectives on food, politics, and power*. Washington: Smithsonian Institution Press, 65-114.
- DIETLER, M. y HAYDEN, B. (Eds.) (2001): *Feasts. Archaeological and ethnographic perspectives on food, politics, and power*. Washington: Smithsonian Institution Press.
- DIETLER, M. y HERBICH, I. (2001): Feasts and Labor Mobilization: Dissecting a Fundamental Economic Practice, en DIETLER, M. y HAYDEN, B. (eds.): *Feasts. Archaeological and ethnographic perspectives on food, politics, and power*. Washington: Smithsonian Institution Press, 240-267.
- DIVALE, W.T. (1984): *Matrilocal residence in pre-literate society*. Michigan: UMI Research Press.
- DOBRES, M.-A. (1991): *Technology and Social Agency. Outlining a practice framework for Archaeology*. Londres: Blackwell.
- DOUGLAS, M. (1975a): Deciphering a meal, en DOUGLAS, M. (ed.): *Implicit Meanings*. Londres: Routledge, 249-275.

- DOUGLAS, M. (1975b): *Implicit Meanings*. Londres: Routledge.
- DOUGLAS, M. (1980): *Purity and danger: an analysis of the concept of pollution and taboo*. Londres: Routledge.
- DOWNING, C. (1985): Prehistoric goddesses, the cretan challenge, *Journal of Feminist Studies in Religion*, 1: 7-22.
- DRIESSEN, J. (2000): *The scribes of the room of the chariot tablets at Knossos: interdisciplinary approach to the study of a Linear B deposit*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca.
- DRIESSEN, J. (2001): History and Hierarchy. Preliminary Observations on the settlement pattern of Minoan Crete, en BRANIGAN, K. (ed.): *Urbanism in the Aegean Bronze Age*. Sheffield: Sheffield Academic Press, 51-71.
- DRIESSEN, J. (2002): "The king must die". Some observations on the use of Minoan court compounds, en DRIESSEN, J., SCHOEP, I., *et al.* (eds.): *Monuments of Minos. Rethinking the Minoan palaces*. Liège y Austin and Austin: Université de Liège and University of Texas, 1-14.
- DRIESSEN, J. (2009): Daidalos' Designs and Ariadne's Threads: Minoan Towns as Places of Interaction, en OWEN, S. y PRESTON, L. (eds.): *Inside the City in the Greek World. Studies of Urbanism from the Bronze Age to the Hellenistic Period*. Oxford: Oxbow Books, 41-54.
- DRIESSEN, J. (2010a): The Goddess and the Skull. Some observations on Group identity in Prepalatial Crete, en KRZYSZKOWSKA, O. (ed.): *Cretan Offerings. Studies in honour of Peter Warren*. Londres: British School at Athens, 107-118.
- DRIESSEN, J. (2010b): Malia, en CLINE, E. (ed.): *The Oxford handbook of the Bronze Age Aegean*. Oxford: Oxford University Press, 556-570.
- DRIESSEN, J. (2010c): Spirit of place. Minoan houses as major actors, en PULLEN, D.J. (ed.): *Political Economies of the Aegean Bronze Age*. Oxford: Oxbow Books, 35-65.
- DRIESSEN, J. (2012): A Matrilocal House Society in Pre- and Protopalatial Crete?, en SCHOEP, I., TOMKINS, P., *et al.* (eds.): *Back to the Beginning. Reassessing social and political complexity on Crete during the Early and Middle Bronze Age*. Oxford: Oxbow books, 358-383.
- DRIESSEN, J. (2013): Chercher la femme. Identifying Minoan Gender Relation in the Built Environment, en U. GÜNKEL-MASCHEK, U. y PANAGIOTOPOULOS, D. (eds.): *Minoan Realities. Approaches to Images, Architecture, and Society in the Aegean Bronze Age*. Presses universitaires de Louvain, 141-164.



- DRIESSEN, J. y MACDONALD, C. (1997): *The Troubled Island: Minoan Crete before and after the Santorini Eruption*. Liège and Austin: Université de Liège.
- DRIESSEN, J., SCHOEP, I., *et al.* (2002a): Introduction, en DRIESSEN, J., SCHOEP, I., *et al.* (eds.): *Monuments of Minos, Rethinking the Minoan Palaces. Proceedings of the International Workshop "Crete of the hundred Palaces?"*. Liège y Austin: Université de Liège y University of Texas at Austin, IX-X.
- DRIESSEN, J., SCHOEP, I., *et al.* (2002b): *Monuments of Minos, Rethinking the Minoan Palaces. Proceedings of the International Workshop "Crete of the hundred Palaces?"*. Liège y Austin: Université de Liège y University of Texas at Austin.
- EAGLETON, T. (2005): *Después de la Teoría*. Barcelona: Debate.
- EISLER, R. (1987): *The Chalice and the Blade: Our History, Our Future*. San Francisco.: Harper & Row.
- EISLER, R. (2009): The battle over human possibilities: women, men and cultural transformations, en GOETTNER-ABENDROTH, H. (ed.): *Societies of Peace. Matriarchies, past, present and future*. Toronto: Inanna Publications, 269-282.
- ELLER, C. (2000): *The myth of matriarchal prehistory: Why an invented past won't give women a future*. Boston: Beacon Press.
- ELLER, C. (2005): The Feminist Appropriation of Matriarchal Myth in the 19th and 20th Centuries, *History Compass*, 3(1): 1-10.
- ELLER, C. (2012): Two Knights and a Goddess: Sir Arthur Evans, Sir James George Frazer, and the Invention of Minoan Religion, *Journal of Mediterranean Archaeology*, 25(1): 75-98.
- EMBER, M. (1973): An archaeological indicator of matrilineal versus patrilineal residence, *American Antiquity*, 38: 177-182.
- ENGELS, F. (1884 [1970]): *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*. Madrid: Editorial Fundamentos.
- ESCORIZA MATEU, T. y SANAHUJA YLL, M.E. (2003): *Mujeres y hombres en espacios domésticos. Trabajo y vida social en la Prehistoria de Mallorca (c. 700-750 cal ANE). El edificio Alfa de Puig Morter de Son Ferragut (Sineu, Mallorca)*. Oxford: BAR.
- EVANS, A. (1899/1900): Knossos: summary report of the excavations in 1900, *The Annual of the British School at Athens*, 6: 3-70.
- EVANS, A. (1901 [2013]): *The Mycenaean Tree and Pillar Cult and Its Mediterranean Relations: With Illustrations from Recent Cretan Finds*. Cambridge: Cambridge University Press.

- EVANS, A. (1904): The palace of Knossos, *Annual of the British School at Athens*, 10: 1-62.
- EVANS, A. (1906): *Essai de classification des époques de la civilisation minoenne. Résumé d'un discours fait au congrès d'archéologie à Athènes*. Londres: B. Quartich.
- EVANS, A. (1921): *The Palace of Minos at Knossos. Vol 1*. Londres: MacMillan.
- EVANS, A. (1928): *The Palace of Minos at Knossos. Vol 2*. Londres: MacMillan.
- EVANS, A. (1930): *The Palace of Minos at Knossos. Vol 3*. Londres: MacMillan.
- EVANS, A. (1935): *The Palace of Minos at Knossos. Vol 4*. Londres: MacMillan.
- EVANS, A.J. (1909): *Scripta Minoa, vol. I*. Oxford.
- EVANS, J. (1943): *Time and Chance: The Story of Arthur Evans and His Forebears*. Londres.
- EVANS, J. (1964): Excavation in the Neolithic settlement at Knossos, 1957-60, *Annual of the British School at Athens*, 59: 132-240.
- EVANS, S.A., CAMERON, M., et al. (1967): *Knossos fresco atlas*. Gregg Press.
- EVASDAUGHTER, S. (1996): *Crete Reclaimed. A feminist exploration of Bronze Age Crete*. Loughborough: Heart of Albion Press.
- EVELY, D. (2000): *Minoan Crafts: tools and techniques. An introduction*. Göteborg: Paul Åströms Förlag.
- FARNOUX, A. (1995): La foundation de la royauté minoenne : XXème siècle avant ou après Jésus-Christ? , en LAFFINEUR, R. y NIEMEIER, W. (eds.): *Politeia. Society and state in the Aegean Bronze Age. Proceedings of the 5th International Aegean Conference, University of Heidelberg, Archäologisches Institut, 10-13 April 1994*. . Liège: Université de Liège, 323-334.
- FAURE, P. (1973): *La vie quotidienne en Crete au temps de Minos (1500 av. J.-C.)*. Paris: Hachette.
- FLANNERY, K. y WINTER, M. (1976): Analyzing Household Activities, en FLANNERY, K. (ed.): *The Early Mesoamerican Village*. Nueva York: Academic Press, 41-45.
- FLOYD, C. (1998): *Pseira III. The Plateia Building*. Filadelfia: University of Pennsylvania museum.
- FOWLER, C. (2004): *The archaeology of personhood*. Londres: Routledge.
- FRAZER, J.G. (1922): *The Golden Bough: A Study in Magic and Religion*. Bel Air: Forgotten Books.
- FREUD, S. (1913 [1976]): *Totem y Tabú y otras obras (1913-1914). Obras completas de Sigmund Freud, volumen XXIII*. Buenos Aires: Amorrortu.

- GALLEGO-LLETJÓS, N., LOZANO RUBIO, S., *et al.* (2012): Dinámicas identitarias y sistemas sociopolíticos: cuestionando los modelos evolucionistas. Actas das IV Jornadas de Jovens en Investigação Arqueológica – JIA 2011 held in Faro, May 11-14, en CASCALHEIRA, J. y CONÇALVES, C. (eds.): *Actas das IV Jornadas de Jovens en Investigação Arqueológica – JIA 2011 held in Faro, May 11-1. Volume II*. Faro: Universidade do Algarve, 367-374.
- GEORGIU, H. (1983): Minoan coarse wares and Minoan technology, en KRZYSZKOWSKA, O. y NIXON, L. (eds.): *Minoan Society*. Bristol: Bristol Classical Press, 75-92.
- GEORGIU, H. (1986): *Keos, Results of Excavations Conducted by the University of Cincinnati under the Auspices of the American School of Classical Studies at Athens VI. Ayia Irini: specialized domestic and industrial pottery*. Mainz: Philipp von Zabern.
- GERE, C. (2009): *Knossos and the Prophets of Modernism*. Chicago and Londres: The University of Chicago Press.
- GERO, J.M. (1992): Feasts and Females: Gender Ideology and Political Meals in the Andes, *Norwegian Archaeological Review*, 25(1): 15-30.
- GESELL, G. (1985): *Town, palace, and house cult in Minoan Crete*. Göteborg: Paul Aströms Förlag.
- GESELL, G.C. (2004): From Knossos to Kavousi: The Popularizing of the Minoan Palace Goddess, *Hesperia Supplements*, 33: 131-150.
- GILLIGAN, C. (1982): *In a Different Voice*. Harvard: Harvard University Press.
- GILLIS, C. y NOSCH, M.L. (2007): *Ancient textiles: production, craft and society : Proceedings of the First International Conference on Ancient Textiles, held at Lund, Sweden, and Copenhagen, Denmark, on March 19-23, 2003*. Oxbow Books.
- GIMBUTAS, M. (1982): *The Goddesses and Gods of Old Europe, 7000-3500 BC*. Berkeley and Los Angeles: University of California.
- GIMBUTAS, M. (1989): *The Language of the Goddess: Images and Symbols of Old Europe*. Nueva York: Van der Marck.
- GIMBUTAS, M. (1991): *The Civilization of the Goddess: The World of Old Europe*. San Francisco: Harper Collins.
- GLOWACKI, K. y VOGELIKOFF-BROGAN, N. (Eds.) (2011): *Στεγὰ: the archaeology of houses and households in Ancient Crete*. Princeton: The American School of Classical Studies at Athens.
- GODART, L. y OLIVIER, J.-P. (1996): *Corpus Hieroglyphicarum Inscriptionum Cretae*.

- GODART, L. y TZEDAKIS, Y. (1995): Les recherches à Apodoulou, en PAPADOGIANNAKIS, N.E. (ed.): *Pepragmena tou Z' Diethnous Kritologikou Synedriou, Vol. A1: Tmima Archaialogiko*. Rethymno: Iera Mitropolis Rethymnis & Aulopotamou, 353-357.
- GOETTNER-ABENDROTH, H. (2009a): Introduction, en GOETTNER-ABENDROTH, H. (ed.): *Societies of Peace. Matriarchies, past, present and future*. Toronto: Inanna Publications, 1-16.
- GOETTNER-ABENDROTH, H. (2009b): *Societies of Peace. Matriarchies, past, present and future*. Toronto: Inanna Publications.
- GONZÁLEZ MARCÉN, P. (2005): Redes de complicidades y objetos vividos: una oportunidad de mediación para la Arqueología, en SÁNCHEZ ROMERO, M. (ed.): *Arqueología y género*. Granada: Universidad de Granada, 491-499.
- GONZÁLEZ MARCÉN, P., MASVIDAL FERNÁNDEZ, C., et al. (Eds.) (2008): *Interpreting household practices: reflections on the social and cultural roles of maintenance activities*. Barcelona: Universidad Autónoma de Barcelona.
- GONZÁLEZ MARCÉN, P. y MONTÓN SUBÍAS, S. (2009): Time, women, identity and maintenance activities. Death and life in the Argaric communities of southeast Iberia, en KOPAKA, K. (ed.): *Fylo: engendering prehistoric "stratigraphies" in the Aegean and the Mediterranean. Proceedings of an International Conference, University of Crete, Rethymno, 2-5 June 2005*. Liège y Austin: Université de Liège, 69-74.
- GONZÁLEZ MARCÉN, P., MONTÓN SUBÍAS, S., et al. (2006): Introduccio, en GONZÁLEZ MARCÉN, P., MONTÓN SUBIAS, S., et al. (eds.): *Dones i activitats de manteniment en temps de canvi*. Barcelona: UAB, 1-4.
- GONZÁLEZ MARCÉN, P., MONTÓN SUBÍAS, S., et al. (2008): Towards an archaeology of maintenance activities, en MONTÓN SUBIAS, S. y SÁNCHEZ ROMERO, M. (eds.): *Engendering Social Dynamics: The Archaeology of Maintenance Activities*. Oxford: British Archaeological Reports, 3-8.
- GONZÁLEZ MARCÉN, P., MONTÓN SUBÍAS, S., et al. (2007): Continuidad y cambio social en la cultura material de la vida cotidiana, *Complutum*, 18: 175-184.
- GONZÁLEZ MARCÉN, P. y PICAZO GURINA, M. (2005): Arqueología de la vida cotidiana, en SÁNCHEZ ROMERO, M. (ed.): *Arqueología y género*. Granada: Universidad de Granada, 141-158.
- GONZÁLEZ RUIBAL, A. (2006): House societies vs. kinship-shaped societies: an archaeological case for Iron Age Europe, *Journal of Anthropological Archaeology*, 25: 144-173.

- GOODISON, L. (2009): Gender, body and the Minoans: contemporary and prehistoric perceptions, en KOPAKA, K. (ed.): *Fylo: engendering prehistoric "stratigraphies" in the Aegean and the Mediterranean. Proceedings of an International Conference, University of Crete, Rethymno, 2-5 June 2005*. Liège y Austin: Université de Liège, 233-242.
- GOODISON, L. y HUGHES-BROCK, H. (2002): Helen Waterhouse and her "Priest Kings?" paper, *Cretan Studies*, 7: 89-96.
- GOODISON, L. y MORRIS, C. (Eds.) (1998a): *Ancient Goddesses: the Myths and the Evidence*. Londres: British Museum Press.
- GOODISON, L. y MORRIS, C. (1998b): Beyond the 'Great Mother:.' the Sacred World of Minoans, en LUCY, G. y CHRISTINE, M. (eds.): *Ancient Goddesses: the Myths and the Evidence*. Londres: British Museum Press, 113-132.
- GOODY, J. (1976): *Production and Reproduction: A Comparative Study of the Domestic Domain*. Cambridge: Cambridge University Press.
- GOODY, J. (1982): *Cooking, Cuisine and Class: a study in comparative sociology*. Cambridge: Cambridge University Press.
- GOODY, J. (1986): *La evolución de la familia y el matrimonio en Europa*. Barcelona: Herder.
- GOULD DAVIS, E. (1975): *The First Sex*. Londres?: Penguin.
- GRAFF, S.R. y RODRÍGUEZ-ALEGRÍA, E. (2012): *The Menial Art of Cooking*. Boulder: University Press of Colorado.
- GRAHAM, J. (1962): *The Palaces of Crete*. Princeton: Princeton University Press.
- GUYER, J. (1997): Households, en BARFIELD, T. (ed.): *The Dictionary of Anthropology*. Oxford: Blackwell, 245-246.
- HÄGG, R. (Ed.) (1997): *The function of the Minoan villa. Proceedings of the Eighth International Symposium at the Swedish Institute at Athens, 6-8 June 1992*. Stockholm: Svenska Institutet i Athen.
- HAGG, R. y MARINATOS, N. (1987): *The function of the Minoan Palaces. Proceedings of the Forth International Symposium at the Swedish Institute in Athens, 1984*. Estocolmo: Swedish Institute in Athens.
- HAGGIS, D.C. (2007): Stylistic diversity and diacritical feasting at Protopalatial Petras: A preliminary analysis of the Lakkos deposit, *American Journal of Archaeology*, 111: 715-775.
- HAGGIS, D.C. (2012): The Lakkos pottery and MM IB Petras, en TSIPOPOULOU, M. (ed.): *Petras, Siteia. 25 years of excavations and studies*. Atenas: The Danish Institute at Athens,

- HAGGIS, D.C. y MOOK, M.S. (1993): The Kavousi Coarse Wares: A Bronze Age Chronology for Survey in the Mirabello Area, East Crete, *American Journal of Archaeology*, 97(2): 265-293.
- HALSTEAD, P. (1995): From sharing to hoarding. The Neolithic foundations of Aegean Bronze Age societies, en LAFFINEUR, R. y NIEMEIER, W.D. (eds.): *Politeia. Society and state in the Aegean Bronze Age. Proceedings of the 5th International Aegean Conference, University of Heidelberg, Archäologisches Institut, 10-13 April 1994*. Liège: Université de Liège, 11-21.
- HALSTEAD, P. (1999): Neighbours from hell? The household in Neolithic Greece, en HALSTEAD, P. (ed.): *Neolithic society in Greece*. Sheffield: Sheffield Academic Press, 77-95.
- HALSTEAD, P. (2008): Between a rock and a hard place: coping with marginal colonisation in the Later Neolithic and Early Bronze Age of Crete and the Aegean, en ISAAKIDOU, V. y TOMKINS, P. (eds.): *Escaping the Labyrinth. The Cretan neolithic in context*. Oxford: Oxbow Books, 229-257.
- HALSTEAD, P. y BARRETT, J.C. (2004): *Food, Cuisine and Society in Prehistoric Greece*. Oxford: Oxbow books.
- HALSTEAD, P. y ISAAKIDOU, V. (2011): Political cuisine: rituals of commensality in the Neolithic and Bronze Age Aegean, en ARANDA JIMÉNEZ, G., MONTÓN SUBIAS, S., *et al.* (eds.): *Guess who's coming to dinner. Feasting rituals in the prehistoric societies of Europe and the Near East*. Oxford: Oxbow Books, 91-108.
- HAMILAKIS, Y. (1996): Wine, oil and the dialectics of power in Bronze Age Crete: a review of the evidence, *Oxford Journal of Archaeology*, 15(1-32).
- HAMILAKIS, Y. (1998): Eating the Dead: Mortuary Feasting and the Politics of Memory in the Aegean Bronze Age Societies, en BRANIGAN, K. (ed.): *Cemetery and Society in the Aegean Bronze Age*. Sheffield: Sheffield Academic Press, 115-132.
- HAMILAKIS, Y. (1999): Food technologies/technologies of the body: the social context of wine and oil production and consumption in Bronze Age Crete, *World Archaeology*, 31(1): 38-54.
- HAMILAKIS, Y. (2002a): The past as oral history: towards an archaeology of the senses, en HAMILAKIS, Y., PLUCIENNIK, M., *et al.* (eds.): *Thinking through the body. Archaeologies of corporeality*. Nueva York: Kluwer Academic and Plenum Publishers, 121-136.
- HAMILAKIS, Y. (2002b): Too many chiefs: factional competition in Neopalatial Crete, en DRIESSEN, J., SCHOEP, I., *et al.* (eds.): *Monuments of Minos. Rethinking the Minoan palaces*. Liège y Austin and Austin: Université de Liège and University of Texas, 179-199.

- HAMILAKIS, Y. (2002c): What future for the “Minoan” past? Rethinking Minoan Archaeology, en HAMILAKIS, Y. (ed.): *Labyrinth Revisited. Rethinking “Minoan” Archaeology*. Oxford: Oxbow Books, 2-29.
- HAMILAKIS, Y. (2008): Time, performance, and the production of a mnemonic record: from feasting to an archaeology of eating and drinking, en HITCHCOCK, L., LAFFINEUR, R., *et al.* (eds.): *Dais. The Aegean feast. Proceedings of the 12th international Aegean Conference. University of Melbourne, Centre for Classics and Archaeology, 25-29 March 2008*. Liège and Austin: Université de Liège y University of Texas at Austin, 3-22.
- HAMILAKIS, Y. y SHERRATT, S. (2012): Feasting and the consuming body in Bronze Age Crete and Early Iron Age Cyprus, en CADOGAN, G., IACOVOU, M., *et al.* (eds.): *Parallel lives. Ancient islands societies in Crete and Cyprus*. Londres: The British School at Athens, 187-207.
- HARAWAY, D. (1991): Situated Knowledge: the science question in feminism and the privilege of partial perspective, en HARAWAY, D. (ed.): *Simians, Cyborgs, and Women. The reinvention of natures*. Londres: Free Association Books, 183-201.
- HARDING, S. (1986): *The Science Question in Feminism*. Londres: Cornell University Press.
- HARDING, S. (2002): “Strong Objectivity”: A Response to the New Objectivity Question, en KOURANY, J. (ed.): *The gender of science*. New Jersey: Prentice Hall, 340-352.
- HARRISON, E. (1903 [1991]): *Prolegomena to the Study of Greek Religion*. Princeton: Princeton University Press.
- HARTSOCK, N. (1983): The Feminist Standpoint: developing the ground for a specifically feminist historical materialism, en HARDING, S. y HINTIKKA, M. (eds.): *Discovering Reality: Feminist Perspectives in Epistemology, Metaphysics, Methodology and Philosophy of Science*. . Dordrecht: D. Reidel, 283-310.
- HASTORF, C. (1991): Gender, Space, and Food in Prehistory, en CONKEY, M. y GERO, J. (eds.): *Engendering Archaeology: Women and Prehistory*. Oxford: Basil Blackwell, 132-159.
- HAYDEN, B. (1996): Feasting in Prehistoric and Traditional Societies, en WIESSNER, P. y SCHIEFENHÖVEL, W. (eds.): *Food and the Status Quest: An Interdisciplinary Perspective*. Londres: Berghahn Books, 127-148.
- HAYDEN, B. (2001): Fabulous feasts: A prolegomenon to the importance of feasting, en DIETLER, M. y HAYDEN, B. (eds.): *Feasts. Archaeological and ethnographic perspectives on food, politics, and power*. Washington: Smithsonian Institution Press, 23-64.
- HAYDEN, B. y CANNONA. (1982): The corporate group as an archaeological unit, *Journal of Anthropological Archaeology*, 1: 132-158.

- HEGEMON, M., ORTMAN, S., *et al.* (2000): Women, Men and the Organization of Space en CROWN PATRICIA, L. (ed.): *Women and Men in the Prehispanic Southwest*. Santa Fe: School of American Research Press, 43-90.
- HELLER, A. (1972): *Historia y vida cotidiana*. Barcelona: Grijalbo.
- HELMS, M.W. (1970): Matrilocalidad, social solidarity, and culture contact: three case histories, *Southwestern Journal of Anthropology*, 26: 197-212.
- HENDON, J. (2006): The Engendered Household, en NELSON, S. (ed.): *Handbook of Gender in Archaeology*. Lanham: Altamira Press, 171-198.
- HENDON, J.A. (1996): Archaeological approaches to the organization of domestic labor: Household practice and domestic relations, *Annual Review of Anthropology*, 25: 45-61.
- HENDON, J.A. (1997): Women's Work, Women's Space, and Women's Status Among the Classic-Period Maya Elite of the Copan Valley, Honduras, en CHERYL, C. y ROSEMARY, A.J. (eds.): *Women in Prehistory: North America and Mesoamerica*. Filadelfia: University of Pennsylvania Press, 33-46.
- HERNANDO, A. (2000): Factores estructurales asociados a la identidad de género femenina. La no-inocencia de una construcción socio-cultural, en HERNANDO, A. (ed.): *La construcción de la subjetividad femenina*. Madrid: Instituto de Investigaciones Feministas, 101-142.
- HERNANDO, A. (2002): *Arqueología de la Identidad*. Madrid: Akal.
- HERNANDO, A. (2003): Poder, individualidad e identidad de género femenina, en HERNANDO, A. (ed.): *¿Desean las mujeres el poder?. Cinco reflexiones en torno a un deseo conflictivo*. Madrid: Minerva ediciones, 71-136.
- HERNANDO, A. (2005a): Agricultoras y campesinas en las primeras sociedades productoras, en MORANT, I.D. (ed.): *Historia de las mujeres de España y de América Latina*. Madrid: Cátedra, 79-115.
- HERNANDO, A. (2005b): Mujeres y Prehistoria. En torno a la cuestión del origen del patriarcado, en SÁNCHEZ ROMERO, M. (ed.): *Arqueología y género*. Granada: Universidad de Granada, 73-108.
- HERNANDO, A. (2006): ¿Por qué la historia no ha valorado las actividades de mantenimiento?, en GONZÁLEZ MARCÉN, P., MONTÓN SUBIAS, S., *et al.* (eds.): *Dones i activitats de manteniment en temps de canvi*. Barcelona: UAB, 115-133.
- HERNANDO, A. (2008): Género y Sexo. Mujeres, identidad y modernidad, *Claves de Razón Práctica*, 188(64-71).



- HERNANDO, A. (2010): Gender, Individualization, and Affine/Consanguineal Relationships in “Egalitarian Societies”: The Awá-Guajá Case, en DOMMASNES, L.H., HJØRUNGDAL, T., *et al.* (eds.): *Situating gender in European archaeologies*. Budapest: *Archaeolingua*, 283-307.
- HERNANDO, A. (2012): *La fantasía de la individualidad: sobre la construcción sociohistórica del sujeto moderno*. Madrid: Katz.
- HERNANDO, A., POLITIS, G., *et al.* (2011): Gender, Power, and Mobility among the Awá-Guajá (Maranhão-Brazil), *Current Anthropology*, 67(2): 189-211.
- HILL, J. (1966): A Prehistoric community in Eastern Arizona, *Southwestern Journal of Anthropology*, 22(1): 9-30.
- HILLIER, B. y HANSON, J. (1984): *The social logic of space*. Cambridge: Cambridge University Press.
- HITCHCOCK, L. y NIKOLAÏDOU, M. (2012): Gender in Greek and Aegean Prehistory, en BLOGER, D. (ed.): *A Companion to Gender Prehistory*. Londres: Wiley-Blackwell, 502-525.
- HITCHCOCK, L.A. (2000): Engendering Ambiguity in Minoan Crete: It’s a Drag to be King, en DONALD, M. y HURCOMBE, L. (eds.): *Representations of Gender from Prehistory to the Present*. Londres: MacMillan Press Ltd., 69-86.
- HODDER, I. (1990): *The domestication of Europe: structure and contingency in Neolithic societies*. Londres: Blackwell.
- HÖFLMAYER, F. (2012): The Date of the Minoan Santorini Eruption: Quantifying the ‘Offset’, *Radiocarbon*, 54(3-4): 435-448.
- HOLDEN, C.J. y MACE, R. (2003): Spread of cattle led to the loss of matrilineal descent in Africa: a coevolutionary analysis, *Proceedings of the Royal Society of London. Series B: Biological Sciences*, 270(1532): 2425-2433.
- HOOD, S. (1971): Late Bronze Age destructions at Knossos, *Acta of the 1st International Scientific Congress on the Volcano of Thera* Athens, 378-383.
- HOOD, S. (1986): Evidence for invasions in the Aegean area at the end of the Early Bronze Age, en CADOGAN, G. (ed.): *The end of the Early Bronze Age in the Aegean*. Leiden: E. J. Brill, 31-68.
- HOOD, S., WARREN, P., *et al.* (1964): Travels in Crete, 1962, *Annual of the British School at Athens*, 59: 50-99.

- HORNBLOWER, G.D. (1929): Predynastic figures of women and their successors, *Journal of Egyptian Archaeology*, 15: 30-35.
- HRUBY, J. (2011): "It Is Very Difficult to Know People...": Cuisine and Identity in Mycenaean Greece, en AMUNDSEN-MEYER, L., ENGEL, N., *et al.* (eds.): *Identity Crisis: Archaeological Perspectives on Social Identity. Proceedings of the 42nd (2010) Annual Chacmool Archaeology Conference, University of Calgary, Calgary, Alberta*. Calgary (Alberta): Chacmool Archaeological Association, 121-131.
- HUTSON, S.R., HANKS, B.K., *et al.* (2013): Gender, Complexity, and Power in Prehistory, en BOLGER, D. (ed.): *A Companion to Gender Prehistory*. Wiley Online Library, 45-67.
- ISAAKIDOU, V. (2006): Ploughing with cows: Knossos and the "secondary product revolution", en SERJEANSTON, D. y FIELD, D. (eds.): *Animals in the Neolithic of Britain and Europe*. Oxford: Oxbow Books, 95-112.
- ISAAKIDOU, V. (2007): Cooking in the Labyrinth: exploring "cuisine" at Bronze Age Knossos, en MEE, C. y RENARD, J. (eds.): *Cooking up the past. Food and culinary practices in the Neolithic and Bronze Age Aegean*. Oxford: Oxbow Books, 5-24.
- ISAAKIDOU, V. (2008): "The fauna and economy of Neolithic Knossos" revisited, en ISAAKIDOU, V. y TOMKINS, P. (eds.): *Escaping the labyrinth. The Cretan neolithic in context*. Oxford: Oxbow books, 90-114.
- JAMES, E.O. (1959): *The cult of the mother-goddess: an archaeological and documentary study*. Londres: Thames and Hudson.
- JARMAN, M. (1972): Appendix Vi. The fauna, en WARREN, P. (ed.): *Myrtos. An Early Bronze Age settlement in Crete*. Londres: British School of Archaeology at Athens, 318-320.
- JENKINS, D.T. (2003): *The Cambridge History of Western Textiles*. Cambridge: Cambridge University Press.
- JONES, R.E. (2005): Technical studies of Aegean Bronze Age wall painting: methods, results and future prospects, *The Annual of the British School at Athens*, 13: 199-228.
- KEMPT, B. y VOGELSANG-EASTWOOD, G. (2001): *The Ancient Textile Industry at Amarna*. Londres: Egypt Exploration Society.
- KNAPPETT, C. (1999a): Can't live without them. Producing and consuming Minoan conical cups, en BETANCOURT, P., KARAGEORGHIS, V., *et al.* (eds.): *Meletemata. Studies in Aegean Archaeology Presented to Malcolm H. Wiener as he enters his 65th year*. Liège y Austin: Université de Liège y University of Texas at Austin 415-420.

- KNAPPETT, C. (1999b): Tradition and innovation in pottery forming technology: wheel-throwing at Middle Minoan Knossos, *The Annual of the British School at Athens*, 94: 101-129.
- KNAPPETT, C. (2009): Scaling Up: From Household to State in Bronze Age Crete, en OWEN, S. y PRESTON, L. (eds.): *Inside the City in the Greek World. Studies of Urbanism from the Bronze Age to the Hellenistic Period*. Oxford: Oxbow Books, 14-26.
- KOEHL, R. (1995): The Nature of Minoan Kingship, en REHAK, P. (ed.): *The Role of the Ruler in the Prehistoric Aegean. Proceedings of a Panel Discussion presented at The Annual Meeting of the Archaeological Institute of America, New Orleans, Louisiana, 28 December 1992*. Liège y Austin and Austin: Université de Liège y University of Texas at Austin and University of Texas at Austin, 23-36.
- KOKKINIDOU, D. y NIKOLAÏDOU, M. (1993): *Η αρχαιολογία και η κοινωνική ταυτότητα του φύλου: προσέγγισεις στην αιγαιακή προϊστορία*. Θεσσαλονίκη: Εκδοσεις Βανιας.
- KOKKINIDOU, D. y NIKOLAÏDOU, M. (2009): Feminism and Greek archaeology: an encounter long over-due, en KOPAKA, K. (ed.): *Fylo: engendering prehistoric "stratigraphies" in the Aegean and the Mediterranean. Proceedings of an International Conference, University of Crete, Rethymno, 2-5 June 2005*. Liège y Austin: Université de Liège, 25-40.
- KOPAKA, K. (Ed.) (2009a): *Fylo: engendering prehistoric "stratigraphies" in the Aegean and the Mediterranean. Proceedings of an International Conference, University of Crete, Rethymno, 2-5 June 2005*. Liège y Austin: Université de Liège.
- KOPAKA, K. (2009b): Mothers in Aegean Stratigraphies? The dawn of ever-continuing engendered life-cycles, en KOPAKA, K. (ed.): *Fylo: engendering prehistoric "stratigraphies" in the Aegean and the Mediterranean. Proceedings of an International Conference, University of Crete, Rethymno, 2-5 June 2005*. Liège y Austin: Université de Liège y University of Texas at Austin, 183-197.
- KOSTER, J. (1976): From Spindle to Loom: Weaving in the Southern Argolid, *Expedition*, 19(1): 29-39.
- LANUZZA, V. (2011): "The whole is a freak": a reassessment of the spatial organization of the Oval House at Chamaizi, Siteia, en GLOWACKI, K. y VOGELKOFF-BROGAN, N. (eds.): *Στεγὰ: the archaeology of houses and households in Ancient Crete*. Princeton: The American School of Classical Studies at Athens, 59-70.
- LAPATIN, K. (2001): Snake goddesses, fake goddesses: how forgers on Crete met the demand for Minoan antiquities, *Archaeology*, 54(1): 33-36.

- LAPATIN, K. (2002): *Mysteries of the Snake Goddess: Art, Desire, and the Forging of History*. Boston: Houghton Mifflin.
- LEGARRA HERRERO, B. (2009): The minoan fallacy: cultural diversity and mortuary behaviour on Crete at the beginning of the Bronze Age, *Oxford Journal of Archaeology*, 28(1): 29-57.
- LEGARRA HERRERO, B. (2012): The construction, deconstruction and non-construction of hierarchies in the funerary record of Prepalatial Crete, en SCHOEP, I., TOMKINS, P., *et al.* (eds.): *Back to the Beginning. Reassessing social and political complexity on Crete during the Early and Middle Bronze Age*. Oxford: Oxbow books, 325-357.
- LETESSON, Q. (2009): *Du phénotype au génotype: analyse de la syntaxe spatiale en architecture minoenne (MMIIIB-MRIB)*. Louvain-la-Neuve: Presses universitaires de Louvain.
- LETESSON, Q. (2012): From Building to Architecture: The Rise of Configurational Thinking in Bronze Age Crete, en PALIOU, E., LIEBERWIRTH, U., *et al.* (eds.): *Spatial Analysis and social spaces: interdisciplinary approaches to the interpretation of prehistoric built environments*. Berlin: Walter De Gruyter Inc, 49-90.
- LETESSON, Q. y DRIESSEN, J. (2008): From 'Party' to 'Ritual' to 'Ruin' in Minoan Crete: The Spatial Context of Feasting, en HITCHCOCK, L., LAFFINEUR, R., *et al.* (eds.): *Dais. The Aegean feast. Proceedings of the 12th international Aegean Conference. University of Melbourne, Centre for Classics and Archaeology, 25-29 March 2008*. Liège and Austin: Université de Liège y University of Texas at Austin, 207-213.
- LÉVI-STRAUSS, C. (1949 [1991]): *Las estructuras elementales del parentesco*. Barcelona: Paidós.
- LÉVI-STRAUSS, C. (1969): *The Raw and the Cooked: Introduction to a Science of Mythology*. Nueva York: Harper and Row.
- LÉVI-STRAUSS, C. (1982): *The Way of the Masks*. Londres: Johnatan Cape.
- LÉVI-STRAUSS, C. (1991): Casa, en BONTE, P. y IZARD, M. (eds.): *Diccionario Akal de Etnología y Antropología*. Madrid: Akal, 144-145.
- LEVY, J. (1999): Gender, Power, and Heterarchy in Middle-Level Societies, en TRACY, L.S. (ed.): *Manifesting Power: Gender and the Interpretation of Power in Archaeology*. Londres and Nueva York: Routledge, 62-78.
- LEVY, J. (2006): Gender, Heterarchy, and Hierarchy, en MILLEDGE NELSON, S. (ed.): *Handbook of gender in Archaeology*. Lanham: Altamira Press, 219-246.
- LOZANO, S. (2008): "El sistema sexo-género en la Edad del Bronce Egea: los frescos de Knossos y Akrotiri". en ORJIA, ALMANSA, J., *et al.* (eds.): *Actas de las I Jornadas de Jóvenes en Investigación Arqueológica: Dialogando con la Cultura Material*. Madrid, CERSA.

- LOZANO, S. (2011a): Gender Thinking in the Making: Feminist Epistemology and Gender Archaeology, *Norwegian Archaeological Review*, 44(1): 21-39.
- LOZANO, S. (2011b): Interseccionalidad, ¿una nueva herramienta teórica para la Arqueología?, en ORJIA (ed.): *Actas de las II Jornadas de Jóvenes en Investigación Arqueológica, celebradas en Madrid, May 6-8 2009. JLA 2009, Tomo II.* . Zaragoza: Libros Pórtico, 789-794.
- LOZANO, S. (2012): Las causas de la subyugación femenina: lecciones del feminismo marxista, *Estrat Critic*, 6: 213-227.
- LUPTON, D. (1996): *Food, the Body and the Self*. Londres: Sage Publications.
- MACDONALD, C. y KNAPPETT, C. (2007): Knossos: Protopalatial Deposits in Early Magazine A and the South-West Houses, *The Annual of the British School at Athens. Supplementary volume*, 41.
- MACGILLIVRAY, J.A. (2000): *Minotaur: Sir Arthur Evans and the Archaeology of the Minoan Myth*. Londres: Jonathan Cape.
- MAGGIDIS, C. (1998): From Polis to Necropolis: Social Ranking from Architectural and Mortuary Evidence in the Minoan Cemetery at Phourni, Archanes, en BRANIGAN, K. (ed.): *Cemetery and Society in the Aegean Bronze Age*. Sheffield: Sheffield Academic Press, 87-102.
- MAGGIDIS, C. (2000): Minoan burial customs and social ranking at Archanes, en KARETSOU, A., DETORAKIS, T., et al. (eds.): *Pepragmena H' Diethnous Kritologikou Synedriou, Irakleio, 9-14 Septemvriou 1996, Vol. A2: Proistoriki kai Archaia Elliniki Periodos*. Irakleio: Etairia Kritikon Istorikon Meleton, 179-197.
- MALINOWSKI, B. (1922 [2003]): *Argonauts of the Western Pacific: An account of native enterprise and adventure in the archipelagoes of Melanesian New Guinea*. Londres: Routledge.
- MALINOWSKI, B. (1935 [1977]): *El cultivo de la tierra y los ritos agrícolas en las islas Trobriand*. Barcelona: Labor Universitaria.
- MANNING, S. (1995): *The absolute chronology of the Aegean Early Bronze Age: archaeology, radiocarbon and history*. Sheffield: Sheffield Academic Press.
- MANNING, S. (2010): Chronology and terminology, en CLINE, E. (ed.): *The Oxford Handbook of the Bronze Age Aegean*. Oxford: Oxford University Press, 11-28.
- MANNING, S. y KNAPPETT, K. (2008): Protopalatial Crete, en SHELMERDINE, C. (ed.): *The Cambridge companion to the Aegean Bronze Age*. Cambridge: Cambridge University Press, 105-120.

- MANNING, S.W. y BRUCE, M.J. (Eds.) (2009): *Tree-Rings, Kings, and Old World Archaeology and Environment: Papers Presented in Honor of Peter Ian Kuniholm*. Oxford and Oakville: Oxbow Books.
- MARINATOS, N. (1987): Role and sex division in ritual scenes of Aegean art, *Journal of Prehistoric Religion*, 1: 23-34.
- MARINATOS, N. (2010a): *Minoan kingship and the solar goddess: a Near Eastern koine*. University of Illinois Press.
- MARINATOS, N. (2010b): Review of Knossos and the Prophets of Modernism by Cathy Gere, *American Journal of Archaeology*, 114(2): 1-3.
- MARLER, J. (2009): The iconography and social structure of Old Europe: the archaeological research of Marija Gimbutas, en GOETTNER-ABENDROTH, H. (ed.): *Societies of Peace. Matriarchies, past, present and future*. Toronto: Innana Publications and Education Inc., 283-296.
- MASVIDAL, C. y PICAZO, M. (2005): *Modelando la figura humana. Reflexiones en torno a las imágenes femeninas de la Antigüedad*. Barcelona: Quaderns Crema.
- MCCAFFERTY, G.G. (2009): Hierarchy, heterarchy and the role of women in social complexification, en TEREENDY, S. y LYONS, N. (eds.): *Que(e)rying archaeology: Proceedings of the 37th annual Chacmool conference, Calgary: University of Calgary*. Calgary: University of Calgary, 21-28.
- MCCULLOCH, W. (1945): A heterarchy of values determined by the topology of neural nets, *Bulletin of Mathematical Biophysics*, 7: 89-93.
- MCENROE, J. (1982): A Typology of Minoan Neopalatial Houses, *American Journal of Archaeology*, 86(1): 3-19.
- MCENROE, J. (2002): Cretan Questions: Politics and Archaeology 1898-1913, en HAMILAKIS, Y. (ed.): *Labyrinth Revisited. Rethinking "Minoan" Archaeology*. Oxford: Oxbow Books, 59-73.
- MCENROE, J. (2010): *Architecture of Minoan Crete. Constructing identity in the Aegean Bronze Age*. Austin: University of Texas Press.
- MCENRON, J. (2001): *Pseira V. The Architecture of Pseira*. Filadelfia: University of Pennsylvania Museum.
- MCGEORGE, P. (2003): Intramural Infant Burials in the Aegean, *The Greek-Swedish Excavations at the Agia Aikaterini Square, Kastelli, Khandia 1970-1987 and 2001. III:1. The Late Minoan IIIB:2 Settlement*. Stockholm, 301-303.

- MCINTOSH, A. y ZEY, M. (1989): Women as gatekeepers of food consumption: a sociological critique, *Food and Foodways*, 3(4): 317-332.
- MCKINNON, C. (1989): *Toward a feminist theory of the State*. Harvard: Harvard University Press.
- MCPHERRON, A. (1991): Review of Gimbutas et al. (1989), *American Antiquity*, 56(3): 567-568.
- MEE, C. y RENARD, J. (2007): *Cooking up the past. Food and culinary practices in the Neolithic and Bronze Age Aegean*. Oxford: Oxbow Books.
- MELLAART, J. (1967): *Catal Hüyük: A Neolithic Town in Anatolia*. Nueva York: McGraw Hill.
- MERCANDO, L. (1975): Lampade, lucerne, bracieri di Festòs (scavi 1950-1970), *Annuario della Scuola archeologica di Atene e delle Missioni italiane in Oriente*, 52-53: 15-167.
- MESKELL, L. (1995): Goddesses, Gimbutas and 'New Age' Archaeology, *Antiquity*, 69(262): 74-87.
- MEYERS, C. (2006): Harina de otro costal: género y cambios tecnológicos en la producción de harina en la Galilea romana, en GONZÁLEZ MARCÉN, P., MONTÓN SUBIAS, S., et al. (eds.): *Dones i activitats de manteniment en temps de canvi*. Barcelona: UAB, 25-50.
- MILÁN QUIÑONES DE LEÓN, S. (2008): *El nacimiento del estado en la isla de Creta y el periodo Protopalacial en Malia*. Tesis doctoral: Universidad Autónoma de Madrid.
- MILITELLO, P. (2006): Attività tessile a Festòs ed Haghia Triada dal Neolitico al Bronzo Tardo, en ΤΑΜΠΙΑΚΑΚΗ, Ε. y ΚΑΛΟΥΤΣΑΚΗΣ, Α. (eds.): *Πεπραγμένα Θ' Διεθνούς Κρητολογικού Συνεδρίου, Ελούντα, 1-6 Οκτωβρίου 2001. Α3: Προϊστορική Περίοδος, Τεχνή και Λατρεία*. Ηράκλειο, Εταιρία Κρητικών Ιστορικών Μελετών: Εταιρία Κρητικών Ιστορικών Μελετών, 175-188.
- MILITELLO, P. (2007): Textile industry and Minoan Palaces, en GILLIS, C. y NOSCH, M.L. (eds.): *Ancient textiles. Production, crafts, and society*. Oxford: Oxbow Books, 35-43.
- MILLET, K. (1970): *Sexual Politics*. Nueva York: Touchstone.
- MINA, M. (2008): *Anthropomorphic Figurines from the Neolithic and Early Bronze Age Aegean: Gender Dynamics and Implications for the Understanding of Early Aegean Prehistory* Oxford: BAR-IS.
- MINA, M. (2009): Island histories and gender stories: a comparative view through Neolithic and Early Bronze Age anthropomorphic figurines from Crete and Cyprus, *Focus on the Mediterranean*. Medelhavsmuseet, 171-186.
- MINTZ, S. y DUBOIS, C. (2002): The Anthropology of Food and Eating, *Annual Review of Anthropology*, 31: 99-119.

- MONTÓN SUBÍAS, S. (2000): Las mujeres y el espacio: Una historia del espacio sin espacio en la historia, *Arqueología Espacial*, 22: 45-59.
- MONTÓN SUBÍAS, S. (2002): Cooking in zooarchaeology: is this issue still raw?, en MIRACLE, P. y MILNER, N. (eds.): *Consuming passion and patterns of consumption*. McDonald Institute Monographs,
- MONTÓN SUBÍAS, S. (2005): Las prácticas de alimentación: cocina y arqueología, en SÁNCHEZ ROMERO, M. (ed.): *Arqueología y género*. Granada: Universidad de Granada, 159-175.
- MONTÓN SUBÍAS, S. (2010): Maintenance activities and the ethics of care, en DOMMASNES, L.H., HJØRUNGDAL, T., *et al.* (eds.): *Situating gender in European archaeologies*. Budapest: Arrchaeolingua, 23-34.
- MONTÓN SUBÍAS, S. (en prensa): The development of gender, feminist and queer archaeologies (a Spanish perspective), *Encyclopedia of Global Archaeology*.
- MONTÓN SUBÍAS, S. y LOZANO RUBIO, S. (2012): La arqueología feminista en la normatividad académica, *Complutum*, 23(2): 163-176.
- MONTÓN SUBÍAS, S. y SÁNCHEZ ROMERO, M. (2008): *Engendering social dynamics: the archaeology of maintenance activities*. Oxford: British Archaeological Reports.
- MOODY, J. (2004): Western Crete in the Bronze Age: A Survey of the Evidence en DAY PRESTON, L., MOOK, M., *et al.* (eds.): *Crete Beyond the Palaces: Proceedings of the Crete 2000 Conference*. Filadelfia: INSTAP Academic Press,
- MOORE, H. (1986 ): *Space, text, and gender. An anthropological study of the Marakwet of Kenya*. Cambridge: Cambridge University Press.
- MOORE, H.L. (1988 [1999]): *Antropología y Feminismo*. Madrid: Cátedra.
- MORGAN, L.H. (1877): *Ancient Society*. Londres.
- MORRIS, C. (2006): From ideologies of Motherhood to “Collecting Mother Goddesses”, *Creta Antica*, 7: 69-78.
- MORRIS, C. (2009): The iconography of the bared breast in Aegean Bronze Age art, en KOPAKA, K. (ed.): *Fylo: engendering prehistoric “stratigraphies” in the Aegean and the Mediterranean. Proceedings of an International Conference, University of Crete, Rethymno, 2-5 June 2005*. Liège y Austin: Université de Liège, 243-252.
- MORRIS, C. (2010): Thoroughly Modern Minoans: Women and Goddesses between Europe and the Orient, en DOMMASNES, L.H., HJØRUNGDAL, T., *et al.* (eds.): *Situating gender in European archaeologies*. Budapest: Arrchaeolingua, 83-92.



- MUHLY, P. (1981): Minoan Libation Tables. Tesis doctoral Bryn Mawr College.
- MUHLY, P. (1984): Minoan Hearths, *American Journal of Archaeology*, 88(2): 107-122.
- MÜLLER, S. (1991): Routes minoennes en relation avec le site de Malia, *Bulletin de correspondance Hellénique*, 115(2): 545-560.
- MURDOCK, G. y PROVOST, C. (1973): Factors in the Division of Labor by Sex: a cross-cultural analysis, *Ethnology*, 12(2): 203-225.
- MURILLO, S. (1996): *El mito de la vida privada. De la entrega al tiempo propio*. Madrid: Siglo XXI.
- MURPHY, J. (2003): Changing roles and locations of religious practices in south central crete during the pre-palatial and proto-palatial periods. Tesis doctoral Department of Classics: University of Cincinnati.
- MURPHY, J. (2011): Individual, household, and community after death in Prepalatial and Protopalatial South-Central Crete, en NOWICKI, K. y VOGELKOFF-BROGAN, N. (eds.): *Στεγα: the archaeology of houses and households in ancient Crete*. Princeton, New Jersey: The American School of Classical Studies at Athens, 51-58.
- MYERS, J.W., MYERS, E.E., *et al.* (Eds.) (1992): *Aerial Atlas of Ancient Crete*. Berkeley: University of California Press.
- NAKASSIS, D., GALATY, M., *et al.* (2010): State and Society, en CLINE, E. (ed.): *The Oxford handbook of the Bronze Age Aegean*. Oxford: Oxford University Press, 239-249.
- NERLOVE, S.B. (1974): Women's workload and infant feeding practices: A relationship with demographic implications, *Ethnology*, 13(2): 207-214.
- NEUMANN, E. (1955): *The great mother: An analysis of the archetype*. Londres: Taylor & Francis.
- NEVETT, L. (2007): Greek houses as a source of evidence for social relations, *British School at Athens Studies*, 15: 5-10.
- NIEMEIER, B. (1987): On the function of the "Throne Room" in the palace at Knossos, en HÄGG, R. y MARINATOS, N. (eds.): *The function of the Minoan Palaces. Proceedings of the Forth International Symposium at the Swedish Institute in Athens, 1984*. Liège & Austin: Université de Liège and University of Texas at Austin, 163-168.
- NIKOLAÏDOU, M. (2012): Looking for Minoan and Mycenaean women: paths of feminist scholarship towards the Aegean Bronze Age, en JAMES, S.L. y DILLON, S. (eds.): *A Companion to Women in the Ancient World*. Londres: Wiley-Blackwell, 38-53.
- NIKOLAÏDOU, M. y KOKKINIDOU, D. (2007): Epos, History, Metahistory in Aegean Bronze Age Studies, en MORRIS, S. y LAFFINEUR, R. (eds.): *Epos. Reconsidering Greek Epic and Aegean Bronze Age Archaeology. Proceedings of the 11th International Aegean*

- Conference, Los Angeles, UCLA - The J. Paul Getty Villa, 20-23 April 2006.* Liège y Austin: Université de Liège y University of Texas at Austin, 35-48.
- NIXON, L. (1983): Changing views of Minoan society, en KRZYSZKOWSKA, O. y NIXON, L. (eds.): *Minoan Society*. Bristol: Bristol Classical Press, 237-243.
- NIXON, L. (1999): Women, children, and weaving, en BETANCOURT, P., KARAGEORGHIS, V., *et al.* (eds.): *Meletemata. Studies in Aegean Archaeology Presented to Malcolm H. Wiener as He Enters His 65th Year. Vol. II.* Liège y Austin: Université de Liège y University of Texas at Austin y University of Texas at Austin, 561-568.
- NORDQUIST, G. (1990): Middle Helladic burial rites: some speulations, en HÄGG, R. y NORDQUIST, G. (eds.): *Celebrations of death and divinity in the Bronze Age Argolid.* Stockholm, 35-41.
- NORDQUIST, G. (1997): Male craft and female industry in the Aegean Bronze Age, en LAFFINEUR, R. y BETANCOURT, P. (eds.): *Texnh. Craftsmen, Craftswomen and Craftsmanship in the Aegean Bronze Age. Proceedings of the 6th International Aegean Conference, Philadelphia, Temple University, 18-21 April 1996.* Liège y Austin: Université de Liège y University of Texas at Austin, 533-537.
- NOSCH, M.L. y LAFFINEUR, R. (2012): *Kosmos: Jewellery, Adornment and Textiles in the Aegean Bronze Age. Proceedings of the 13th International Aegean Conference / 13e Rencontre égéenne internationale, University of Copenhagen, Danish National Research Foundation's Centre for Textile Research, 21-26 April 2010.* Leuven y Liège: Peeters.
- NOWICKI, K. (2001): Minoan peak sanctuaries: reassessing their origins, en LAFFINEUR, R. y HÄGG, R. (eds.): *Potnia: deities and religion in the Aegean Bronze Age.* Liège and Austin: Université de Liège and University of Texas at Austin, 31-37.
- NOWICKI, K. (2010): Myrtos Fournou Korifi: before and after, en KRZYSZKOWSKA, O. (ed.): *Cretan Offerings. Studies in Honour of Peter Warren.* Londres: The British School at Athens, 223-237.
- OLIVIER, J.P. (1983): Une rondelle d'argile d'Haghia Triada (?) avec un signe en Lineaire A, *Bulletin de correspondance Hellénique*, 107(1): 75-84.
- OLIVIER, J.P. (1990): The relationship between inscriptions on hieroglyphic seals and those written on archival documents, en PALAIMA, T. (ed.): *Aegean Seals, Sealings and Administration. Proceedings of the NEH-Dickson Conference of the Program in Aegean Scripts and Prehistory of the Department of Classics, University of Texas at Austin, January 11-13.* 11-23.

- OLSEN, B. (2009): Was there unity in Mycenaean gender practices? The women of Pylos and Knossos in the Linear B tablets, en KOPAKA, K. (ed.): *Fylo: engendering prehistoric "stratigraphies" in the Aegean and the Mediterranean. Proceedings of an International Conference, University of Crete, Rethymno, 2-5 June 2005*. Liège y Austin: Université de Liège, 115-124.
- OLSEN, B.A. (1998): Women, Children, and the Family in the Late Aegean Bronze Age: Differences in Minoan and Mycenaean Constructions of Gender, *World Archaeology*, 29(4): 380-392.
- ORTNER, S. (1996): *Making gender: the politics and erotics of culture*. Boston: Beacon Press.
- PALYVOU, C. (1987): Circulatory Patterns in Minoan Architecture, en HÄGG, R. y MARINATOS, N. (eds.): *The function of the Minoan Palaces. Proceedings of the Fourth International Symposium at the Swedish Institute in Athens, 10-16 June, 1984*. Estocolmo: Svenska Institutet i Athen, 195-203.
- PAPADATOS, Y. (2008): The Neolithic-Early Bronze Age transition in Crete: Evidence from the settlement at Petras Kephala, Siteia, en ISAAKIDOU, V. y TOMKINS, P. (eds.): *Escaping the Labyrinth. The Cretan neolithic in context*. Oxford: Oxbow Books, 258-272.
- PAPADOPOULOU, E. y PRÉVOST-DERMARKAR, S. (2007): "Il n'y a pas de cuisine sans feu": une approche des techniques culinaires au Néolithique et à l'Âge du Bronze Ancien à travers les structures de combustion en Grèce du nord, en MEE, C. y RENARD, J. (eds.): *Cooking up the past: food and culinary practices in the Neolithic and Bronze Age Aegean*. Oxford: Oxbow books, 123-135.
- PARKER PEARSON, M. (2003): *Food, culture and identity in the Neolithic and Early Bronze Age*. Oxford: British Archaeological Reports.
- PARKINSON, W. y GALATY, M. (2007): Secondary States in Perspective: An Integrated Approach to State Formation in the Prehistoric Aegean, *American Anthropologist*, 109(1): 113-129.
- PATEMAN, C. (1996): Críticas feministas a la dicotomía público/privado, en CASTELLS, C. (ed.): *Perspectivas feministas en teoría política*. Barcelona: Paidós, 31-52.
- PEATFIELD, A. (2001): Divinity and performance on Minoan peak sanctuaries, en LAFFINEUR, R. y HÄGG, R. (eds.): *Potnia: Deities and Religion in the Aegean Bronze Age, Aegaeum*. Liège and Austin: Université de Liège and University of Texas at Austin, 51-55.

- PEATFIELD, A. y MORRIS, C. (2012): Dynamic spirituality on Minoan peak sanctuaries, en ROUNTREE, K., MORRIS, C., *et al.* (eds.): *Archaeology of Spiritualities*. Nueva York: Springer, 227-245.
- PELON, O. (1966): Maison d'Hagia Varvara et architecture domestique à Mallia, *Bulletin de correspondance Hellénique*, 90: 552-585.
- PEREGRINE, P. (1994): Trade and Matrilocality, *Cross-Cultural Research*, 28(2): 99-110.
- PEREGRINE, P.N. (2001): Matrilocality, Corporate Strategy, and the Organization of Production in the Chacoan World, *American Antiquity*, 66(1): 36-46.
- PERNIER, L. y BANTI, L. (1951): *Il palazzo minoico di Festòs: scavi e studi della Missione archeologica italiana a Creta dal 1900 al 1950*. Roma: Libreria dello stato.
- PICAZO, M. (1997): Hearth and home: the timing of maintenance activities, en MOORE, J. y SCOTT, E. (eds.): *Invisible people and processes. Writing Gender and Childhood into European Archaeology*. Londres: Leicester University Press, 59-67.
- PLATON, N. (1961): Chronologie de la Crète et des Cyclades à l'Age du Bronze, en BERSU, G. y DEHN, W. (eds.): *Bericht über den V Internationalen Kongress für Vor- und Frühgeschichte. Hamburg, 1958*. Berlin: Mann, 671-676.
- PLATON, N. (1966): *Crete*. Geneva: Nagel Publishers.
- PLATON, N. (1968): Τα προβλήματα χρονολογήσεως των Μινωικών ανακτόρων, *Αρχαιολογική Εφημερίς*: 1-58.
- POMADÈRE, M. (2009): Où sont les mères ? Représentations et réalités de la maternité dans le monde égéen protohistorique, en KOPAKA, K. (ed.): *Fylo: engendering prehistoric "stratigraphies" in the Aegean and the Mediterranean. Proceedings of an International Conference, University of Crete, Rethymno, 2-5 June 2005*. Liège y Austin: Université de Liège, 197-206.
- PORČIĆ, M. (2010): House floor area as a correlate of marital residence pattern: A logistic regression approach, *Cross-Cultural Research*, 44(4): 405-424.
- POTTER, E. (2006): *Feminism and Philosophy of Science. An introduction*. Londres and Nueva York: Routledge.
- POURSAT, J.C. (1966): Un sanctuaire du Minoen Moyen II à Malia, *Bulletin de correspondance hellénique*: 514-551.
- POURSAT, J.C. (1987): Town and Palace at Malia in the Protopalatial Period en HAGG, R. y MARINATOS, N. (eds.): *The function of the Minoan Palaces. Proceedings of the Forth International Symposium at the Swedish Institute in Athens, 1984*. Estocolmo: Swedish Institute in Athens, 75-76.

- POURSAT, J.C. (1988): La ville minoenne de Malia: recherches et publications récentes, *Revue Archéologique*: 61-82.
- POURSAT, J.C. (1992): *Guide de Malia au temps des premiers palais. Le Quartier Mu* Paris: École française d'Athènes
- POURSAT, J.C. (1995): *La Grèce préclassique : des origines à la fin du VIe siècle*. Paris: Seuil.
- POURSAT, J.C. (1996): *Fouilles exécutées à Malia. Le Quartier Mu III. Artisans minoens : les maisons-ateliers du quartier Mu*. Paris: École Française d'Athènes.
- POURSAT, J.C. (2007): A "Little Palace" in the Mu District? Organization of space and functional repartition?, *Bulletin de correspondance Hellénique*, 131(2): 831-833.
- POURSAT, J.C. (2012): The emergence of elite groups at Protopalatial Malia. A biography of Quartier Mu, en SCHOEP, I., TOMKINS, P., *et al.* (eds.): *Back to the Beginning. Reassessing social and political complexity on Crete during the Early and Middle Bronze Age*. Oxford: Oxbow books, 177-183.
- POURSAT, J.C. (2013): *Fouilles exécutées à Malia. Le quartier Mu V. Vie quotidienne et techniques au Minoen Moyen II.* . Athènes.
- POURSAT, J.C., GODART, L., *et al.* (1978): *Fouilles exécutées à Malia. Le Quartier Mu I. Introduction générale. Écriture Hiéroglyphique Crétoise*. Paris: École Française d'Athènes.
- POURSAT, J.C. y KNAPPETT, C. (2005): *La poterie du Minoen Moyen II: production et utilisation. Quartier Mu IV*. Athenes: École Française d'Athènes.
- POURSAT, J.C., PROKOPIOU, C., *et al.* (2000): Oi oikiakes drastiriotites sto Quartier Mu. I alesi kai i yfantiki, en KARETSOU, A., DETORAKIS, T., *et al.* (eds.): *Pepragmena H' Diethnous Kritologikou Synedriou, Irakleio, 9-14 Septemvriou 1996, Vol. A3: Proïstoriki kai Archaia Elliniki Periodos*. Irakleio: Etairia Kritikou Istorikon Meleton, 99-114.
- PRESTON, L. (2008): Late Minoan II to IIIB Crete, en SHELMERDINE, C. (ed.): *The Cambridge companion to the Aegean Bronze Age*. Cambridge: Cambridge University Press, 310-326.
- PREZIOSI, D. (1983): *Minoan Architectural Design. Formation and Signification*. Berlin: Mouton.
- PROCOPIOU, H. (2013): Les outils lithiques, en POURSAT, J.C. (ed.): *Fouilles exécutées à Malia. Le quartier Mu V. Vie quotidienne et techniques au Minoen Moyen II.* . Athènes., 43-66.
- PULLEN, D.J. (1992): Ox and Plow in the Early Bronze Age Aegean, *American Journal of Archaeology*, 96(1): 45-54.
- PULLEN, D.J. (2010): *Political Economies of the Aegean Bronze AGE*. Oxford: Oxbow Books.

- PYBURN, A.K. (2004): Introduction: Rethinking complex society, en PYBURN, A.K. (ed.): *Ungendering Civilization*. Nueva York: Routledge, 1-46.
- QUINN, P. y DAY, P. (2007): Calcareous microfossils in Bronze Age Aegean Ceramics: illuminating technology and provenance, *Archaeometry*, 49: 775-793.
- RANDBORG, K. (1984): Women in Prehistory: The Danish Example, *Acta Archaeologica*, 55: 143-154.
- REEVES SANDAY, P. (2001): Matriarchy as a sociocultural form. An Old Debate in a New Light, *Bulletin of the Indo-Pacific Prehistory Association*, 21(5).
- REEVES SANDAY, P. (2009): Matriarchal Values and World Peace: the case of Minangkabau, en GOETTNER-ABENDROTH, H. (ed.): *Societies of Peace. Matriarchies, past, present and future*. Toronto: Inanna Publications, 217-227.
- REHAK, P. (Ed.) (1995): *The Role of the Ruler in the Prehistoric Aegean. Proceedings of a Panel Discussion presented at The Annual Meeting of the Archaeological Institute of America, New Orleans, Louisiana, 28 December 1992*. Liège y Austin: Université de Liège y University of Texas at Austin
- REHAK, P. (1997): Religious painting in the function of the Minoan villa, en HÄGG, R. (ed.): *The function of the Minoan villa. Proceedings of the Eighth International Symposium at the Swedish Institute at Athens, 6-8 June 1992*. Stockholm: Svenska Institutet i Athen, 163-175.
- REHAK, P. (2002): Imag(in)inig a women's world Bronze Age Crete. The Frescoes from Xeste 3 at Akrotiri, Thera, en SORKIN RABINOWITZ, N. y AVANGER, L. (eds.): *Among women. From the homosocial to the homoerotic in the Ancient world*. Austin: University of Texas Press, 34-59.
- REHAK, P. y YOUNGER, J. (1998): Review of Aegean Prehistory VII: Neopalatial, Final Palatial, and Postpalatial Crete, *American Journal of Archaeology*, 102: 91-173.
- REHAK, P. y YOUNGER, J. (2008): The material culture of Neopalatial Crete, en SHELMERDINE, C. (ed.): *The Cambridge companion to the Aegean Bronze Age*. Cambridge: Cambridge University Press, 140-164.
- RELAKI, M. (2004): Constructing a region: the contested landscapes of Prepalatial Mesara, en BARRET, J.C. y HALSTEAD, P. (eds.): *The Emergence of Civilisation Revisited*. Oxford: Oxbow Books, 170-188.
- RENFREW, C. (1972): *The Emergence of Civilisation. The Cyclades and the Aegean in the Third Millennium B.C.* Londres: Methuen.
- REUSCH, H. (1985): Zum Wandschmuck des Thronsaales in Knossos, en GRUMACH, E. (ed.): *Minoica: Festschrift zum 80.* Berlin: Geburtstag von Johannes Sundwall,

- RIVERA GARRETA, M.M. (1994): *Nombrar el mundo femenino. Pensamiento de las mujeres y teoría feminista*. Barcelona: Icaria.
- ROBB, J. (1994): Gender contradictions, moral coalitions, and inequality in Prehistoric Italy, *Journal of European Archaeology*, 2(1): 20-49.
- ROBIN, C. (2002): Outside of houses The practices of everyday life at Chan Nohol, Belize, *Journal of Social Archaeology*, 2(2): 245-268.
- RODRÍGUEZ-ALEGRÍA, E. y GRAFF, S.R. (2012): Introduction: The Menial Art of Cooking, en GRAFF, S.R. y RODRÍGUEZ-ALEGRÍA, E. (eds.): *The Menial Art of Cooking*. Boulder: University Press of Colorado, 1-18.
- ROMANOU, D. (2007): Residence design and variation in residential group structure: a case study, Mallia., en WESTGATE, R., FISHER, N., et al. (eds.): *Building communities: house, settlement and society in the Aegean and beyond. Proceedings of a conference held at Cardiff university, 17-21 April 2001*. Londres: British School at Athens, 77-90.
- ROSALDO, M. (1974): Women, culture and society: theoretical overview, en ROSALDO, M. y LAMPHERE, L. (eds.): *Woman, culture and society*. Stanford: Stanford University Press, 153-180.
- ROSALDO, M. (1980): The Use and Abuse of Anthropology: Reflections on Feminism and Cross-cultural Understanding, *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, 5(3): 389-417.
- ROSALDO, M. y LAMPHERE, L. (Eds.) (1974): *Woman, culture and society*. Stanford: Stanford University Press.
- ROSE, H. (1983): Hand, Brain, and Heart: A Feminist Epistemology for the Natural Sciences, *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, 9(1): 73-90.
- ROUNTREE, K., MORRIS, C., et al. (2012): *Archaeology of Spiritualities*. Nueva York: Springer.
- RUBIN, G. (1975): The traffic in women: notes on the “political economy” of sex, en REITER, R. (ed.): *Toward an anthropology of women*. Nueva York: Monthly Review Press, 157-210.
- RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M.L. (1992): La novia vendida: orfebrería, herencia y agricultura en la protohistoria de la península ibérica, *Spal*, 1: 219-251.
- RUNNELS, C. (1990): Review of Gimbutas et al. (1989), *Journal of Field Archaeology*, 17: 341-345.
- RUSCILLO, D. (2005): Reconstructing murex Royal Purple and Biblical Blue in the Aegean, en BAR-YOSEF MAYER, D. (ed.): *Archaeomalacology. Molluscs in former environments of human behaviour*. Oxford: Oxbow Books, 99-106.

- RUSCILLO, D. (2006): Chapter 4.7. Faunal remains and *Murex* dye production, en SHAW, J.W. y SHAW, M. (eds.): *Kommos V. The Monumental Minoan Buildings at Kommos*. Princeton and Oxford: Princeton University Press, 776-844.
- RUTTER, J. (2004): Ceramic sets in context: one dimension of food preparation and consumption in a Minoan Palatial setting, en HALSTEAD, P. y BARRETT, J.C. (eds.): *Food, Cuisine and Society in Prehistoric Greece*. Oxford: Oxbow books, 63-89.
- RUTTER, J. y VAN DE MOORTELE, A. (2006): Minoan pottery from the Southern area, en SHAW, J.W. y SHAW, M. (eds.): *Kommos V. The Monumental Minoan Buildings at Kommos*. Princeton: Princeton University Press, 261-715.
- SACK, R. (1980): Conceptions of geographic space, *Progress in Human Geography*, 4: 315-345.
- SAKELLARAKIS, Y. y SAPOUNA-SAKELLARAKI, E. (1991): *Archanes*. Atenas: Ekdotike Athenon.
- SAKELLARAKIS, Y. y SAPOUNA-SAKELLARAKI, E. (1997): *Archanes. Minoan Crete in a New Light*. Atenas: Ammos Publications
- SALTZMAN, J. (1992): *Equidad y Género: una teoría integrada de estabilidad y cambio*. Madrid: Cátedra.
- SANAHUJA YLL, M.E. (2002): *Cuerpos sexuados, objetos y prehistoria*. Barcelona: Cátedra.
- SANAHUJA YLL, M.E. (2007): *La cotidianidad en la Prehistoria*. Barcelona: Icaria.
- SÁNCHEZ ROMERO, M. (2000): *Espacios de producción y uso de los útiles de piedra tallada del Neolítico. El poblado de "Los Castillejos de Las Peñas de Los Gitanos (Granada, España)*. Oxford: British Archaeological Reports. International Series, 874.
- SÁNCHEZ ROMERO, M. (2006): Maternidad y prehistoria: prácticas de reproducción, relación y socialización, *Las mujeres en la Prehistoria. Exposición Itinerante. Museo de Prehistoria de Valencia*. Valencia: Diputación de Valencia, 119-137.
- SÁNCHEZ ROMERO, M. (2007): Actividades de mantenimiento en la edad del bronce del sur peninsular: el cuidado y la socialización de individuos infantiles, en SÁNCHEZ ROMERO, M. (ed.): *Arqueología de las mujeres y de las relaciones de género*. Madrid: Complutum 18, 185-194.
- SÁNCHEZ ROMERO, M. (2008): Actividades de mantenimiento, espacios domésticos y relaciones de género en las sociedades de la prehistoria reciente, en PRADOS TORREIRA, L. y RUIZ LÓPEZ, C. (eds.): *Arqueología del Género. I Jornadas Internacionales de Arqueología del Género*. Madrid: Servicio de Publicaciones de la Universidad Autónoma de Madrid, 93-103.



- SÁNCHEZ ROMERO, M. (2011): Commensality rituals: feeding identities in Prehistory, en ARANDA JIMÉNEZ, G., MONTÓN SUBIAS, S., *et al.* (eds.): *Guess who's coming to dinner. Feasting rituals in the prehistoric societies of Europe and the Near East*. Oxford: Oxbow Books, 8-29.
- SANDERS, D. (1984): *Behavior and the built environment: an interpretive model for the analysis of architecture in an archaeological context and its testing on material from the Aegean Bronze Age site of Myrtos, Crete*. Tesis doctoral: Columbia University.
- SANDERS, D. (1990): Behavioral conventions and archaeology: methods for the analysis of ancient architecture, en KENT, S. (ed.): *Domestic architecture and the use of space*. Cambridge: Cambridge University Press, 43-72.
- SCHMID, M. (2007): Organisation et spécialisation des espaces publics et privés à Malia, *Bulletin de correspondance Hellénique*, 131(2): 826-830.
- SCHOEP, I. (1995): Context and Chronology of Linear A Administrative Documents, *Aegean Archaeology*, 2: 29-65.
- SCHOEP, I. (1999): The Origins of Writing and Administration on Crete, *Oxford Journal of Archaeology*, 18(3): 265-276.
- SCHOEP, I. (2002a): Social and Political Organization on Crete in the Proto-Palatial Period: the case of Middle Minoan II Malia, *Journal of Mediterranean Archaeology*, 15(1): 101-132.
- SCHOEP, I. (2002b): The state of the Minoan palaces or the Minoan Palace-State?, en DRIESSEN, J., SCHOEP, I., *et al.* (eds.): *Monuments of Minos, Rethinking the Minoan Palaces. Proceedings of the International Workshop "Crete of the hundred Palaces?"*. Liège y Austin: Université de Liège y University of Texas at Austin, 15-33.
- SCHOEP, I. (2006): Looking beyond the First Palaces: Elites and the Agency of Power in EM III-MM II Crete, *American Journal of Archaeology*, 110(1): 37-64.
- SCHOEP, I. (2010a): Crete, en CLINE, E. (ed.): *The Oxford handbook of the Bronze Age Aegean*. Oxford: Oxford University Press, 113-125.
- SCHOEP, I. (2010b): Making elites: Political economy and elite culture(s) in Middle Minoan Crete, en PULLEN, D.J. (ed.): *Political Economies of the Aegean Bronze Age*. Oxford: Oxbow books, 66-85.
- SCHOEP, I. (2012): Bridging the divide between the "Prepalatial" and the "Protopalatial" periods?, en SCHOEP, I., TOMKINS, P., *et al.* (eds.): *Back to the Beginning. Reassessing social and political complexity on Crete during the Early and Middle Bronze Age*. Oxford: Oxbow books, 403-428.

- SCHOEP, I. y KNAPPETT, K. (2004): Dual Emergence: Evolving Heterarchy, Exploding Hierarchy, en BARRET, J.C. y HALSTEAD, P. (eds.): *The Emergence of Civilisation Revisited*. Oxford: Oxbow Books, 21-37.
- SCHOEP, I., TOMKINS, P., *et al.* (Eds.) (2012): *Back to the Beginning. Reassessing Social and Political Complexity on Crete during the Early and Middle Bronze Age*. Oxford: Oxbow
- SCHOFIELD, E. (1980): Evidences for household industries on Thera and Kea, en DOUMAS, C. (ed.): *Thera and the Aegean World. Papers presented at the Second International Scientific Congress, Santorini, Greece, August 1978*. Londres, 201-211.
- SEAGER, R. (1910): *Explorations of the island of Pseira, Crete*. Filadelfia: University museum.
- SEAGER, R. (1912): *Explorations in the Island of Mochlos*. Boston y Nueva York: American School of Classical Studies at Athens.
- SEAGER, R.B. (1909): Excavations on the Island of Mochlos, Crete, in 1908, *American Journal of Archaeology*, 13(3): 273-303.
- SEIBOLD, K.E. (1990): *The last Incas: social change as reflected in the textiles of Choquecancha, Cuzco, Peru*. Indiana University.
- SHAW, J.W. (2009): *Minoan Architecture: materials and techniques*. Padova: Bottega d'Erasmus.
- SHAW, J.W. y SHAW, M. (1996): *Kommos I. The Kommos Region and the Houses of the Minoan Town*. Princeton: Princeton University Press.
- SHAW, M. (1990): Late Minoan hearths and ovens at Kommos, Crete, en DARCQUE, P. y TREUIL, R. (eds.): *L'habitat égéen préhistorique*. Atenas: École Française D'Athènes, 231-254.
- SHERATT, A. (1981): Plough and pastoralism: aspects of the secondary products revolution, en HODDER, I., ISAAC, G., *et al.* (eds.): *Patterns of the past. Studies in honour of David Clarke*. Cambridge: Cambridge University Press, 261-303.
- SIKLA, E. (2011): The elusive domestic shrine in Neopalatial Crete: on the archaeological correlates of domestic religion, en NOWICKI, K. y VOGELKOFF-BROGAN, N. (eds.): *Στεγὰ: the archaeology of houses and households in ancient Crete*. Princeton, New Jersey: The American School of Classical Studies at Athens, 219-232.
- SILVERBLATT, I. (1988): Women in States, *Annual Review of Anthropology*, 17: 427-460.
- SIMONIS SAMPEDRO, A. (2012): La Diosa feminista: el movimiento de espiritualidad de las mujeres durante la Segunda Ola, *Feminismo/s*, 20: 25-42.

- SIMONIS SAMPEDRO, A. (2013): *La Diosa: un discurso sobre el poder de las mujeres. Aproximaciones al ensayo y la narrativa sobre lo Divino Femenino y sus repercusiones en España*. Tesis doctoral inédita: Universidad de Alicante.
- SMITH, D. (1988): *The Everyday World as Problematic: a feminist sociology*. Boston: Northeastern University Press.
- SMITH, J. (2002): Changes in the workplace: women and textile production on Late Bronze Age Cyprus, en BOLGER, D. y SERWINT, N. (eds.): *Engendering Aphrodite. Women and Society in Ancient Cyprus*. Boston: American Schools of Oriental Research, 281-312.
- SOETENS, S., SARRIS, A., *et al.* (2006): Peak Sanctuaries in the Minioan cultural landscape, en TAMPIAKAKH, E. y ΚΑΛΟΥΤΣ'ΑΚΗΣ, A. (eds.): *Πεπραγμένα Θ' Διεθνούς Κρητολογικού Συνεδρίου, Ελούντα, 1-6 Οκτωβρίου 2001. A3: Προϊστορική Περίοδος, Τεχνή και Λατρεία*. Ηράκλειο, Εταιρία Κρητικών Ιστορικών Μελετών: Εταιρία Κρητικών Ιστορικών Μελετών, 313-327.
- SOLES, J. (2003): *Mochlos LA. Period III. Neopalatial Settlement on the Coast: The Artisans' Quarter and the Farmhouse at Chalinomouri*. Filadelfia: INSTAP Academic Press.
- SOLES, J. (2004): New Constructions at Mochlos in the LM IB Period, en DAY, P.L., MOOK, M., *et al.* (eds.): *Crete Beyond the Palaces: proceedings of the Crete 2000 Conference*. Filadelfia: INSTAP Academic Press, 153-162.
- SOLES, J. (2008): Metal hoards from LM IB Mochlos, Crete, en ΤΖΑΧΙΛΙ, I. (ed.): *Aegean Metallurgy in the Bronze Age. Proceedings of an International Symposium held at the University of Crete, Rethymnon, Greece, on November 19-21, 2004*. Atenas: Ta Pragmata Publications, 143-156.
- SOLES, J. y DAVARAS, C. (1994): Excavations at Mochlos, 1990-1991, *Hesperia*, 63: 391-436.
- SOLES, J. y DAVARAS, C. (1996): Excavations at Mochlos, 1992-1993, *Hesperia*, 65: 175-230.
- SOLES, J., DAVARAS, C., *et al.* (2004): *Mochlos IC. Period III. Neopalatial Settlement on the Coast: The Artisans' Quarter and the Farmhouse at Chalinomouri. The Small Finds*. . Filadelfia: INSTAP Academic Press.
- SOLES, J.S. (1988): Social ranking in Prepalatial cemeteries, en FRENCH, E. y WARDLE, K. (eds.): *Problems in Greek Prehistory*. Bristol: ?, 49-62.
- SOLES, J.S. (1992): Prepalatial Cemeteries at Mochlos and Gournia and the House Tombs of Bronze Age Crete, *Hesperia*, Supplement 24: i-314.

- SOLES, J.S. (2001): Reverence for dead ancestors in Prehistoric Crete, en LAFFINEUR, R. y HÄGG, R. (eds.): *Potnia: deities and religion in the Aegean Bronze Age*. Liège and Austin: Université de Liège and University of Texas at Austin, 229-236.
- SOPHRONIDOU, M. y TSIRTSONI, Z. (2007): What are the legs for? Vessels with legs in the Neolithic and Early Bronze Age Aegean, en MEE, C. y RENARD, J. (eds.): *Cooking up the past. Food and culinary practices in the Neolithic and Bronze Age Aegean*. Oxford: Oxbow Books, 247-269.
- SORENSEN, M.L.S. (1991): "The Construction of Gender Through Appearance". en DALE, W. y NOREEN, D.W. (eds.): *The Archaeology of Gender: Proceedings of the Twenty-Second Annual Conference of the Archaeological Association of the University of Calgary*. Archaeological Association The University of Calgary.
- SORENSEN, M.L.S. (2000): *Gender Archaeology*. Cambridge: Polity Press.
- SOUVATZI, S. (2012): Between the individual and the collective: households as a social process in Neolithic Greece, en PARKER, B. y FOSTER, K. (eds.): *New Perspectives in Household Archaeology*. Winona Lake: Eisenbrauns, 15-44.
- SPAGNOLI, F. (2010): Cypriot and levantine cooking pots during the Late Bronze-Iron Age periods: a social prespective, en CHISTRODOULOU, S. y SATRAKI, A. (eds.): *POCA 2007: Postgraduate Cypriot Archaeology Conference*. Newcastle upon Tyne: Cambridge Scholars Publishing,
- SPAIN, D. (1992): *Gendered Spaces*. Chapel Hill and Londres: The University of North Carolina Press.
- SPECTOR, J. (1983): Male/Female Task Differentiation Among the Hidatsa: Toward the Development of an Archaeological Approach to the Study of Gender, en ALBERS, P. y MEDICINE, B. (eds.): *The Hidden Half*. Washington D.C.: University Press of American, 77-99.
- SPRETNAK, C. (1992): *Lost Goddesses of Early Greece*. Boston: Beacon Press.
- STEEL, L. (2002): Wine, comen and song: drinking ritual in Cyprus, en BOLGER, D. y SERWINT, N. (eds.): *Engendering Aphrodite. Women and Society in Ancient Cyprus*. Boston: American Schools of Oriental Research, 105-119.
- STEVANOVIĆ, M. (1997): The age of clay: the social dynamics of house destruction, *Journal of Anthropological Archaeology*, 16(4): 334-395.
- SWITSUR, V. (1972): Appendix XV. Radiocarbon dates, en WARREN, P. (ed.): *Myrtos. An Early Bronze Age settlement in Crete*. Londres: British School of Archaeology at Athens, 344-345.

- TALALAY, L. (2004): Heady Business: skulls, heads, and decapitation in Neolithic Anatolia and Greece, *Journal of Mediterranean Archaeology*, 17(2): 139-163.
- TALALAY, L.E. (1994): A Feminist Boomerang: The Great Goddess of Great Prehistory, *Gender and History*, 6(2): 165-183.
- TAYLOR, E.B. (1871): *Primitive Culture*. Londres.
- TENWOLDE, C. (1992): Myrtos Revisited. The Role of Relative Function Ceramic Typologies in Bronze Age Settlement Analysis, *Oxford Journal of Archaeology*, 11(1): 1-24.
- TODARO, S. (2013): *The Phaistos Hill before the Palace: a contextual reappraisal*. Milán: Polimetrica.
- TODARO, S. y DI TONTO, S. (2008): The Neolithic Settlement of Phaistos Revisited: Evidence for Ceremonial Activity on the Eve of the Bronze Age, en ISAAKIDOU, V. y TOMKINS, P. (eds.): *Escaping the Labyrinth. The Cretan neolithic in context*. Oxford: Oxbow Books, 177-190.
- TOMAS, H. (2010): Cretan Hieroglyphic and Linear A, en CLINE, E. (ed.): *The Oxford handbook of the Bronze Age Aegean*. Oxford: Oxford University Press, 340-355.
- TOMKINS, P. (2004): Filling in the “Neolithic Background”: Social life and social transformation in the Aegean before the Bronze Age, en BARRET, J.C. y HALSTEAD, P. (eds.): *The emergence of civilisation revisited*. Oxford: Oxbow books, 38-63.
- TOMKINS, P. (2008): Time, space, and the reinvention of Cretan Neolithic., en ISAAKIDOU, V. y TOMKINS, P. (eds.): *Escaping the Labyrinth. The Cretan neolithic in context*. Oxford: Oxbow Books, 21-48.
- TOMKINS, P. (2010): Neolithic antecedents, en CLINE, E. (ed.): *The Oxford handbook of the Bronze Age Aegean*. Oxford: Oxford University Press, 31-49.
- TOMKINS, P. y SCHOEP, I. (2010): Crete, en CLINE, E. (ed.): *The Oxford handbook of the Bronze Age Aegean*. Oxford: Oxford University Press, 66-82.
- TOURNAVITOU, I. (1988): Towards an Identification of a Workshop Space, en FRENCH, E. y WARDLE, K. (eds.): *Problems in Greek Prehistory*. Bristol: Bristol Classical Press, 447-467.
- TREUIL, R. (1999): Les maisons Dessenne à Malia, en BETANCOURT, P., KARAGEORGHIS, V., et al. (eds.): *Meletemata. Studies in Aegean Archaeology presented to Malcolm H. Wiener as he enters his 65th year*. Liège: Université de Liège y University of Texas at Austin, 841-846.

- TRINGHAM, R. y CONKEY, M. (1998): Rethinking Figurines: A Critical View from Archaeology of Gimbutas, the “Goddess” and Popular Culture, en LUCY, G. y CHRISTINE, M. (eds.): *Ancient Goddesses: the Myths and the Evidence*. Londres: British Museum Press, 22-45.
- TSIPOPOULOU, M. (Ed.) (2012): *Petras, Siteia. 25 years of excavations and studies*. Atenas: The Danish Institute at Athens.
- TSIPOPOULOU, M. y ALBERTI, M.E. (2011): LM IB Petras: the pottery from Room E in House II.1, en BROGAN, T. y HALLAGER, E. (eds.): *LM IB pottery. Relative chronology and regional differences. Acts of a workshop held at the Danish Institute at Athens in collaboration with the INSTAP study center for East Crete, 27-29 June 2007*. Atenas: The Danish Institute at Athens, 463-498.
- TWISS, K. (Ed.) (2007a): *The Archaeology of Food and Identity*. Carbondale: Southern Illinois University Press.
- TWISS, K. (2007b): Home is where the Hearth is: food and identity in the Neolithic Levant, en TWISS, K. (ed.): *The Archaeology of Food and Identity*. Carbondale: Southern Illinois University Press, 50-68.
- TZACHILI, I. (1992): Μικροαντικείμενα της ανασφαφής του Ακρωτηρίου, en DOUMAS, C. (ed.): *Akrotiri, Thera. Twenty years of research (1967-1987)*. Atenas: En Athenas Archeologikis Eteria, 25-35.
- TZACHILI, I. (2007): Weaving at Akrotiri, Thera: defining cloth-making activities as a social process in a Late Bronze Age Aegean Town, en GILLIS, C. y NOSCH, M.L. (eds.): *Ancient textiles. Production, crafts, and society*. Oxford: Oxbow Books, 190-196.
- TZEDAKIS, Y. y MARTLEW, H. (1999): *Minoans and Mycenaens. Flavours of their time*. Atenas: National Archaeological Museum.
- UCHITEL, A. (2009): The minoan Linear A sign for “woman”: a tentative identification, en KOPAKA, K. (ed.): *Fylo: engendering prehistoric “stratigraphies” in the Aegean and the Mediterranean. Proceedings of an International Conference, University of Crete, Rethymno, 2-5 June 2005*. Liège y Austin: Université de Liège y University of Texas at Austin, 131-137.
- UCKO, P. (1968): Anthropomorphic Figurines of Predynastic Egypt and Neolithic Crete, *Royal Anthropologica Occasional Paper*, 24.
- VAN EFFENTERRE, H. (1980): *Le palais de Mallia et la cité Minoenne*. Roma: Edizioni dell’Ateneo.
- VAN EFFENTERRE, H. y VAN EFFENTERRE, M. (1969): *Fouilles exécutées à Mallia: le Centre politique, I*. Paris: P. Geuthner.

- VAN EFFENTERRE, M. (1983): Réflexion sur l'organisation des ateliers dans la civilisation créto-mycénienne, en KRZYSZKOWSKA, O. y NIXON, L. (eds.): *Minoan Society*. Bristol: Bristol Classical Press, 69-74.
- VAVOURANAKIS, G. (2007): *Funerary landscapes East of Lasithi, Crete, in the Bronze Age*. Oxford: Archaeopress.
- WAGSTAFF, M. (1972): Appendix I. The physical geography of the Myrtos region: a preliminary appraisal, en WARREN, P. (ed.): *Myrtos. An Early Bronze Age settlement in Crete*. Londres: British School of Archaeology at Athens, 273-282.
- WALBERG, G. (1987): Early Cretan Tombs: the pottery, en LAFFINEUR, R. (ed.): *Thanatos: Les coutumes funéraires en Egée à l'âge du Bronze. Actes du colloque de Liège, 21-23 avril 1986*. Liège: Université de Liège,
- WALL, J., MUSGRAVE, H., *et al.* (1986): Human Bones from a Late Minoan IB house at Knossos, *Annual of the British School at Athens*, 81: 333-338.
- WARBURTON, D.A. (Ed.) (2009): *Time's Up! Dating the Minoan eruption of Santorini: Acts of the Minoan Eruption Chronology Workshop, Sandbjerg, November 2007*. Atenas: The Danish Institute at Athens.
- WARREN, P. (1969): *Minoan Stone Vases*. Cambridge: Cambridge University Press.
- WARREN, P. (1972): *Myrtos: an Early Bronze Age settlement in Crete*. Londres: British School of Archaeology at Athens.
- WARREN, P. (1983): The Settlement at Fournou Korifi, Myrtos (Crete) and its Place within the Evolution of the Rural Community of Bronze Age Crete, *Les Communautés Rurales. Deuxième Partie: Antiquité (Recueils de la Société Jean Bodin pour l'Histoire Comparative des Institutions)*. Paris: Dessain et Tolra, 239-271.
- WARREN, P. y HANKEY, V. (1989): *Aegean Bronze Age Chronology*. Bristol: Bristol Classical Press.
- WARREN, P., TZEDAKIS, J., *et al.* (1974): Debla. An Early Minoan Settlement in Western Crete, *The Annual of the British School at Athens*, 69: 299-342.
- WATERHOUSE, H. (1974): Priest Kings?, *Bulletin of the Institute of Classical Studies of the University of London*, 21: 153-155.
- WATROUS, V.L. (1994): Review of Aegean Prehistory III: Crete from earliest Prehistory through the Protopalatial period, *American Journal of Archaeology*, 98: 695-753.
- WATROUS, V.L. y HADZI-VALLIANOU, D. (2004): Initial growth in Social Complexity (Late Neolithic-Early Minoan I), en WATROUS, V.L., HADZI-VALLIANOU, D., *et*

- al. (eds.): *The plain of Phaistos. Cycles of social complexity in the Mesara region of Crete*. Los Angeles: Cotsen Institute of Archaeology, 221-231.
- WATROUS, V.L. y HEIMROTH, A. (2011): Household industries of Late Minoan IB Gournia and the socioeconomic status of the town, en NOWICKI, K. y VOGELKOFF-BROGAN, N. (eds.): *Στεγὰ: the archaeology of houses and households in ancient Crete*. Princeton, New Jersey: The American School of Classical Studies at Athens, 199-212.
- WEBB, J. y FRANKEL, D. (2011): Hearth and home as identifiers of community in mid-third millennium Cyprus, en KARAGEORGHIS, V. y KOUKA, O. (eds.): *On cooking pots, drinking cups, loomweights and ethnicity in Bronze Age Cyprus and neighbouring regions. An international Archaeological Symposium held in Nicosia, November 6th-7th 2010*. Nicosia: The A.G. Leventis Foundation, 29-42.
- WEGNER, E. (2011): *Communities of practice. A brief introduction*. <<http://hdl.handle.net/1794/11736>>.
- WEILHARTNER, J. (2012): Gender dimorphism in the Linear A and Linear B tablets, en NOSCH, M.L. y LAFFINEUR, R. (eds.): *Kosmos: Jewellery, Adornment and Textiles in the Aegean Bronze Age. Proceedings of the 13th International Aegean Conference / 13e Rencontre égéenne internationale, University of Copenhagen, Danish National Research Foundation's Centre for Textile Research, 21–26 April 2010*. Leuven y Liège: Peeters, 287-294.
- WESTGATE, R., FISHER, N., et al. (Eds.) (2007): *Building communities: house, settlement and society in the Aegean and beyond. Proceedings of a conference held at Cardiff university, 17-21 April 2001*. Londres: British School at Athens.
- WHALEN, J. (2012): Feasting and the State in Uruk Mesopotamia, en COLLARD, D., MORRIS, J., et al. (eds.): *Food and Drink in Archaeology*. Totnes (Devon): Prospect Books, 119-126.
- WHITELAW, T. (1979): Community structure, and social organisation at Fournou Korifi, Myrtos. Tesis doctoral Faculty of Arts. Department of Archaeology: University of Southampton.
- WHITELAW, T. (1983): The settlement at Fournou Korifi Myrtos and aspects of Early Minoan social organisation, en KRZYSZKOWSKA, O. y NIXON, L. (eds.): *Minoan Society*. Bristol: Bristol Classic Press, 323-346.



- WHITELAW, T. (2001): From Sites to Communities: Defining the Human Dimensions of Minoan Urbanism, en BRANIGAN, K. (ed.): *Urbanism in Aegean Bronze Age*. Sheffield: Sheffield Academic Press, 15-37.
- WHITELAW, T. (2004): Alternative pathways to complexity in the Southern Aegean, en BARRET, J.C. y HALSTEAD, P. (eds.): *The Emergence of Civilisation Revisited*. Oxford: Oxbow Books, 232-256.
- WHITELAW, T. (2007): House, household and community at Early Minoan Fournou Koriphi: methods and models for interpretation, en WESTGATE, R., FISHER, N., et al. (eds.): *Building communities: house, settlement and society in the Aegean and beyond. Proceedings of a conference held at Cardiff university, 17-21 April 2001*. Londres: British School at Athens, 65-76.
- WHITELAW, T., DAY, P., et al. (1997): Ceramic traditions at EM IIB Myrtos, Fournou Korifi, en LAFFINEUR, R. y BETANCOURT, P. (eds.): *Texnb. Craftsmen, Craftswomen and Craftsmanship in the Aegean Bronze Age. Proceedings of the 6th International Aegean Conference, Philadelphia, Temple University, 18-21 April 1996*. Liège y Austin: Université de Liège y University of Texas at Austin, 265-274.
- WHITTAKER, H.N. (2005): Social and Symbolic Aspects of Minoan writing, *European Journal of Archaeology*, 8(1): 29-41.
- WIESSNER, P. (1996): Introduction: Food, Status, Culture and Nature, en WIESSNER, P. y SCHIEFENHÖVEL, W. (eds.): *Food and the Status Quest: An Interdisciplinary Perspective*. Londres: Berghahn Books, 1-18.
- WIESSNER, P. y SCHIEFENHÖVEL, W. (Eds.) (1996): *Food and the Status Quest: An Interdisciplinary Perspective*. Londres: Berghahn Books.
- WILK, R. y NETTING, R. (1981): *Households: changing forms and functions. Presentación en el Wenner-Gren Symposium "Households: changing form and funcion"*.
- WILK, R. y RATHJE, W.L. (1982): Household Archaeology, *American Behavioral Scientist*, 25(6): 617-639.
- WILLETTS, R.F. (1977): *The Civilization of Ancient Crete*. Berkeley: Berkeley University Press.
- WILSON, D. y DAY, P. (1994): Ceramic regionalism in Prepalatial Central Crete: the Mesara imports from EM I to EMIIA Knossos, *Annual of the British School at Athens*, 89: 1-87.
- WOLCH, J. y DEAR, M. (Eds.) (1989): *The power of geography: how territory shapes social life*. Boston: Unwin Hyman.

- WRANGHAM, R. (2009): *Catching Fire. How cooking made us humans*. Basic Books.
- WRIGHT, J. (2004): The emergence of leadership and the rise of civilisation in the Aegean, en BARRET, J.C. y HALSTEAD, P. (eds.): *The Emergence of Civilisation Revisited*. Oxford: Oxbow Books, 70-75.
- WRIGHT, R.P. (1996): Technology, Gender, and Class: Worlds of Difference in Ur III Mesopotamia, en RITA, P.W. (ed.): *Gender and Archaeology*. Filadelfia: University of Pennsylvania Press, 79- 110.
- WYLIE, A. (1994): Evidential Constraints: Pragmatic Objectivism in Archaeology en MARTIN, M. y MCINTYRE, L. (eds.): *Readings in the Philosophy of Social Science*. Cambridge: MIT press.,
- WYLIE, A. (2003): Why Standpoint Matters, en FIGUEROA, R. y HARDING, S. (eds.): *Philosophical Explorations of Science, Technology and Diversity*. Londres and Nueva York: Routledge, 26-49.
- XANTHOUDIDES, S. (1906): Εκ Κρήτης: Προϊστορική οικία εις Χαμαίζι Σητείας, *Archaiologike Ephemeris*: 117-156.
- YANAGISAKO, S. (1979): Family and household: the analysis of domestic groups, *Annual Review of Anthropology*, 8: 161-205.
- YASUR-LANDAU, A. (2006): The Last Glendi in Halasmenos: Social Aspects of Cooking in a Dark Age Cretan Village, *Aegean Archaeology*, 7: 49-66.
- YASUR-LANDAU, A. (2011): *Deep change* in domestic behavioural patterns and theoretical aspects of interregional interactions in the 12th century Levant, en KARAGEORGHIS, V. y KOUKA, O. (eds.): *On cooking pots, drinking cups, loomweights and ethnicity in Bronze Age Cyprus and neighbouring regions. An international Archaeological Symposium held in Nicosia, November 6th-7th 2010*. Nicosia: The A.G. Leventis Foundation, 245-255.
- YULE, P. (1981): *Early Cretan seals: a study of chronology*. Mainz: Philipp von Zabern.
- ZEMBEKI, M. (2009): Gender, kinship and material culture in Aegean Bronze Age ritual, en KOPAKA, K. (ed.): *Fylo: engendering prehistoric "stratigraphies" in the Aegean and the Mediterranean. Proceedings of an International Conference, University of Crete, Rethymno, 2-5 June 2005*. Liège y Austin: Université de Liège y University of Texas at Austin, 151-163.